

BIBLIOTECA UCM



5303510771

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN**

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA VI. OPINIÓN PÚBLICA Y CULTURA DE MASAS

Se recuerda al lector no hacer más
uso de esta obra que el que
permiten las disposiciones Vigentes
sobre los Derechos de Propiedad
Intelectual del autor. La Biblioteca
queda exenta de toda responsabilidad.



**PODER Y PUEBLO. UN ANÁLISIS DEL
DISCURSO DE LA PRENSA DE LA IZQUIERDA
RADICAL SOBRE LA CONSTITUCIÓN
ESPAÑOLA DE 1978**

Dado de Baja
en la
Biblioteca

**TESIS DOCTORAL PRESENTADA POR D. JOSÉ MANUEL ROCA VIDAL
DIRIGIDA POR EL Dr. D. FERNANDO ARIEL DEL VAL MERINO**

MADRID. MARZO DE 1995

n.a. X-53-180449-5

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS
DE LA INFORMACION
REGISTROS DE LIBROS
BIBLIOTECA GENERAL**
Nº Registro Y.D. 336

A mis padres, Ángela y José Antonio

A mi hija Dalia

A Sol

Í N D I C E

I P A R T E**1. PRESENTACIÓN**

- 1.1. Apunte personal2
1.2. Agradecimientos10

2. INTRODUCCIÓN

- 2.1. Justificación temática. Objeto y lógica de la investigación13
2.1.1. Constitución. Poder. Pueblo. Ideología20
2.2. Hipótesis central45
2.3. Estructura48

3. HIPÓTESIS Y MARCO TEÓRICO

- 3.1. Introducción56
3.2. Delimitación teórica. Grandes hipótesis
3.2.1. La opacidad de lo social63
3.2.2. La dimensión política tomada como expresión concentrada de la
conciencia social67
3.2.3. La política como actividad encaminada a alcanzar el poder determina
unas relaciones agonales69
3.2.4. Dificultad de toda colectividad social para convertirse en colectividad
política: el pueblo como colectividad política71
3.3. Hipótesis de verificación72
3.4. Repertorio de conceptos esenciales utilizados74

4. DEL MÉTODO

- 4.1. Introducción y vicisitudes97
4.2. El análisis de los textos
4.2.1. El análisis de contenido100
4.3. Estructura del análisis105
4.4. Universo107
4.5. Muestra121

II PARTE**5. DEL CONTEXTO. MARCO DE REFERENCIA HISTÓRICO**

La modernización del Estado español y su formalización constitucional

- 5.1. Breve introducción doctrinal. Ubicación histórica de los textos
constitucionales en el mundo contemporáneo129

5.2. Apunte histórico sobre los avatares del desarrollo constitucional y la modernización del Estado español	145
5.3. Apuntes sobre el último período constituyente	
5.3.1. La transición y el período constituyente	159
5.3.2. Consenso y espíritu constituyente	178
5.3.3. El discurso hegemónico sobre la Constitución	190
 6. DEL SUJETO. LA IZQUIERDA MARXISTA RADICAL	
6.1. Un sujeto disperso y poco conocido	196
6.2. Aproximación sociológica	209
6.3. Aproximación a sus concepciones políticas e ideológicas	212
6.3.1. Una teoría sobre el destino humano	218
6.3.2. Una teoría sobre el cambio social	219
6.3.3. Una teoría sobre el sujeto histórico	221
6.3.4. Una teoría sobre las élites	223
6.4. Delimitación del sujeto	
6.4.1. Organizaciones y editores	228
6.4.2. Rasgos de su discurso en el franquismo tardío	230
 <u>III P A R T E</u>	
7. DEL TEXTO. ANÁLISIS DEL DISCURSO DE LA PRENSA MARXISTA RADICAL SOBRE LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA DE 1978	
7.1. <u>Bandera Roja</u>	
7.1.1. Fuerzas sociales y correlación de fuerzas durante el período constituyente	
7.1.1.1. Las fuerzas sociales	
7.1.1.1.1. La(s) clase(s) dominante(s)	235
7.1.1.1.2. Las clases subalternas	241
7.1.1.2. La correlación de fuerzas y el poder constituyente	
7.1.1.2.1. Dictamen sobre el momento constituyente	248
7.1.1.2.2. El consenso	251
7.1.1.3. Dictamen sobre la Constitución	
7.1.1.3.1. Valoración de la Constitución	252
7.1.1.3.2. Posición ante el referéndum constitucional	255
7.1.1.3.3. Evaluación de los resultados del referéndum	256

7.1.4. El discurso sobre el pueblo	
7.1.4.1. El discurso sobre el poder y sobre el pueblo	257
7.1.4.2. Conclusiones	270
 7.2. <u>En lucha</u>	
7.2.1. Fuerzas sociales y correlación de fuerzas durante el período constituyente	
7.2.1. Las fuerzas sociales	
7.2.1.1. La(s) clase(s) dominante(s)	275
7.2.1.2. Las clases subalternas	280
 7.2.2. La correlación de fuerzas y el poder constituyente	
7.2.2.1. Dictamen sobre el momento constituyente	284
7.2.2.2. El consenso	285
 7.2.3. Dictamen sobre la Constitución	
7.2.3.1. Valoración de la Constitución	287
7.2.3.1.1. La crítica de la Constitución	291
7.2.3.1.2. La defensa de la Constitución	293
7.2.3.2. Posición ante el referéndum constitucional	296
7.2.3.3. Evaluación de los resultados del referéndum	296
 7.2.4. El discurso sobre el pueblo	
7.2.4.1. El discurso sobre el poder y sobre el pueblo	297
7.2.4.2. Conclusiones	305
 7.3. <u>La Unión del Pueblo</u>	
7.3.1. Fuerzas sociales y correlación de fuerzas durante el período constituyente	
7.3.1. Las fuerzas sociales	
7.3.1.1. La(s) clase(s) dominante(s)	309
7.3.1.2. Las clases subalternas	312
 7.3.2. La correlación de fuerzas y el poder constituyente	
7.3.2.1. Dictamen sobre el momento constituyente	318
7.3.2.2. El consenso	319
 7.3.3. Dictamen sobre la Constitución	
7.3.3.1. Valoración de la Constitución	321

7.3.3.1.1. La crítica de la Constitución	320
7.3.3.1.2. La defensa de la Constitución	323
7.3.3.2. Posición ante el referéndum constitucional	331
7.3.3.3. Evaluación de los resultados del referéndum	333
 7.3.4. El discurso sobre el pueblo	
7.3.4.1. El discurso sobre el poder y sobre el pueblo	334
7.3.4.2. Conclusiones	344
 7.4. Vanguardia Obrera	
7.4.1. Fuerzas sociales y correlación de fuerzas durante el período constituyente	
7.4.1.1. Las fuerzas sociales	
7.4.1.2. La(s) clase(s) dominante(s)	346
7.4.1.2. Las clases subalternas	351
 7.4.2. La correlación de fuerzas y el poder constituyente	
7.4.2.1. Dictamen sobre el momento constituyente	360
7.4.2.2. El consenso	363
 7.4.3. Dictamen sobre la Constitución	
7.4.3.1. Valoración de la Constitución	366
7.4.3.2. Posición ante el referéndum constitucional	372
7.4.3.3. Evaluación de los resultados del referéndum	374
 7.4.4. El discurso sobre el pueblo	
7.4.4.1. El discurso sobre el poder y sobre el pueblo	375
7.4.4.2. Conclusiones	387
 8. CONCLUSIONES	
8.1. Rasgos generales del discurso. Elementos comunes y diferenciales	391
8.2. Sobre la noción de <<pueblo>>	402
8.3. Determinaciones del discurso o crítica de la pereza metodológica	407
8.3.1. Fascismo	409
8.3.2. Maoísmo	412
8.3.3. Dialéctica	414
8.4. Sobre la noción de <<poder político>>	417
8.5. Verificación y crítica del paradigma <<pueblo/enemigos del pueblo>> ..	422
8.6. Verificación de las hipótesis	430

8.7. Final. Paradojas, nuevos interrogantes, una licencia y un juego	434
--	-----

IV P A R T E

9. BIBLIOGRAFIA

9.1. Libros	441
9.2. Revistas y otros documentos	452

10. APENDICES

10.1. Índice de siglas	459
10.2. Cronología del período constituyente	461
10.3. Cronología de acontecimientos del año 1978	464
10.4. Publicaciones. Análisis hemerográfico	
10.4.1. Introducción. El papel de la prensa en la transición	467
10.4.2. Breve análisis hemerográfico	
10.4.2.1. <u>Bandera Roja</u>	472
10.4.2.2. <u>En lucha</u>	473
10.4.2.3. <u>La unión del pueblo</u>	474
10.4.2.4. <u>Vanguardia Obrera</u>	475
10.5. Primer repertorio de publicaciones	476
10.6. Textos de interés	
10.6.1. <u>Bandera Roja</u> nº 101	478
10.6.2. <u>Bandera Roja</u> nº 106	481
10.6.3. <u>Bandera Roja</u> nº 110	484
10.6.4. <u>Bandera Roja</u> nº 117	487
10.6.5. <u>En lucha</u> nº 161	490
10.6.6. <u>En lucha</u> nº 183	496
10.6.7. <u>En lucha</u> nº 222	499
10.6.8. <u>En lucha</u> nº 227	501
10.6.9. <u>La unión del pueblo</u> nº 34	504
10.6.10. <u>La unión del pueblo</u> nº 39	506
10.6.11. <u>Vanguardia obrera</u> nº 234	508
10.6.12. <u>Vanguardia obrera</u> nº 247	510
10.6.13. <u>Vanguardia obrera</u> nº 257	513

Un poco más avanzado que el caos, tal vez en el primero o segundo día de la creación, tengo un mundo de ideas que chocan, se entrecruzan y, a veces, se organizan.

Me gustaría agregarlas a nuestro mutuo material polémico.

(Ernesto *Ché* Guevara. Carta a Charles Bettelheim)

CAPÍTULO 1. PRESENTACIÓN

CAPÍTULO 1. PRESENTACIÓN

Sumario

1.1. Apunte personal

1.2. Agradecimientos

1.1. VICISITUDES. APUNTE PERSONAL

No recomiendo a nadie redactar una tesis doctoral a la edad que Luis Landero¹ califica de tardía porque, igual que le ocurre al protagonista de la novela de Landero con un personaje de su imaginación -*Faroni*-, que comienza a existir como un juego y acaba tiranizándole, la tesis puede comenzar como un juego del intelecto y luego devenir en una pasión malsana que acaba por dominar, aunque, en buena ley, debiera ser, al menos, resultado de dos moderadas y sanas pasiones: la pasión por el tema y la pasión por el saber.

Con respecto a la primera, es tarea casi imposible dedicar un largo período de tiempo a tratar sobre un asunto por el que no se siente pasión alguna, porque el aborrecimiento -se vive y se duerme (se sueña) con la tesis- producido por tan agobiante compañía sólo puede ser compensado por la pasión, aunque también recomiendo que se hagan serios esfuerzos para moderar tales ardores, porque de lo contrario el doctorando se lanzará sobre el tema de forma ávida y nunca su curiosidad se sentirá plenamente saciada. Tampoco recomiendo que la tesis tenga mucho que ver con eventos en los que el doctorando se haya visto personalmente involucrado porque los problemas de índole teórica se mezclarán con los existenciales, lo cual, a la edad tardía, en que se

¹Se trata de *Juegos de la edad tardía* (Barcelona, Tusquets, 1989).

tienen demasiadas tribulaciones en la cabeza, conducirá a que éstas pugnen con el nuevo inquilino -la tesis- que viene a ocupar una buena porción del apretado espacio en donde habitan.

La solución a esta falta de espacio será buscar una espita que alivie la presión de la caldera, pero de un problema se pasa a otro, porque, tras largos años de confinamiento, muchas ideas pretenderán escapar y manifestarse. Demasiadas cosas querrán asomarse, entonces, al exterior a través de la tesis, con lo cual ésta corre el peligro de convertirse en una nueva edición de la Enciclopedia o, todavía peor, en una especie de autobiografía académica, pero ninguno de ambos productos le interesa a un doctorando.

El problema, en la edad tardía, no suele ser la falta de ideas sino el exceso de ellas. Esta abundancia de ideas, de viejas y nuevas reflexiones como producto de una experiencia que empieza a ser larga, de temas que llaman la atención y de derivaciones de la propia tesis que conducen a bifurcaciones sugerentes; esta actitud curiosa, en suma, puede conducir al doctorando por caminos erráticos si no conserva la suficiente distancia con respecto a la cuestión que le ocupa.

En mi caso, debo advertir que, aun teniendo claras las citadas recomendaciones, no he sido capaz de seguir mis propios consejos y que al realizar esta investigación no he podido escapar a la vieja manía, que a estas alturas ya se ha convertido en un rasgo característico de mi trayectoria vital, de implicarme ética y emocionalmente en lo que hago, lo cual me lleva a definirme ante casi todo lo que emprendo y en esta ocasión -importante- no podía ser de otra manera, pues no puede uno comenzar una pesquisa -aun centrada en textos- sobre el poder y sobre el pueblo, sin preguntarse qué relación guarda con ambos.

Es de sobra conocido que el saber da poder y que el poder da saber. No voy a añadir nada importante a la vieja polémica sobre la ideología dominante, que algo dice de esto, ni tampoco a la

idea de que la hegemonía cultural de un grupo social reposa, entre otras instancias, en la organización del saber -entendido tanto como la estructura del propio conocimiento -episteme- como la organización de la Academia-; sólo quiero aportar aquí algún dato reciente que haga más concreta y actual la relación entre poder y saber.

Sánchez Ron, en la Introducción a su "Historia socio-económica de la física (siglo XX)", subtítulo de la obra *El poder de la ciencia* (1992), indica: *"Entre los diversos y múltiples <podere> que nos abruman hay uno que tiene, al menos, la ventaja de estar basado en la racionalidad: la ciencia"*. Sin embargo, detrás del poder de la ciencia puede haber otros poderes cuya racionalidad sea cuestionable. *"Puede resultar duro de aceptar -añade (371)-, especialmente para el acomodaticio y complaciente <<ego>> de los científicos, pero los recientes estudios históricos y sociológicos están demostrando que el desarrollo de una parte importante de la ciencia (desde luego de la física, la más <<aplicable>> de las ciencias) estadounidense -lo que en buena medida quiere decir también mundial- a partir de 1945 y hasta la actualidad ha seguido las líneas directrices marcadas no por los científicos, o por la dinámica interna de la propia ciencia, sino por políticos y militares"*. Sánchez Ron completa la información con una nota que indica que, en un informe preparado en 1951 para el Departamento de Defensa, se demostraba que el 70% del tiempo de investigación de los físicos de 750 universidades y colleges de EE.UU estaba dedicado a investigación militar.

Me imagino que, desde entonces, en EE. UU. esta dependencia del saber científico con respecto al poder político habrá aumentado - la Iniciativa de Defensa Estratégica (*guerra de las galaxias* en la jerga político-periodística), auspiciada por R. Reagan, iba por ese camino de subordinar todavía más el conocimiento a los intereses del complejo industrial-militar.

No conozco ningún estudio sobre el tema referido a nuestro país, aunque es seguro que debe haberlos, pero seguimos -con años de distancia (somos periféricos)- parecidos derroteros.

La prioridad concedida a la investigación técnica, la relación cada vez más estrecha entre el mundo académico y el empresarial, las sucesivas reformas de la enseñanza para adaptarla a las necesidades de la producción y del mercado y la anunciada muerte de las humanidades me hacen temer lo peor: que estamos en un camino, inducido desde los poderes políticos y económicos, que nos conduce inexorablemente al imperio de la weberiana razón instrumental sin reflexión ética ni filosófica; a una ciencia cuyo principal objetivo sea reproducir el sistema mercantil y las actuales -y desiguales- relaciones de fuerza entre un Norte rico y abundante y un Sur depauperado y carente.

Sin embargo, una tesis doctoral es una llamada a la puerta del saber que convierte al doctorando en un ser privilegiado por el hecho de colocarle en situación de acceder a ese restringido círculo (de poder y de saber) que es la Academia. En mi caso, la venturosa circunstancia de haber contado con la ayuda de una beca F.P.I. para realizar la investigación me concede cierta ventaja sobre la inmensa mayoría de los estudiantes de grado superior y mucha más sobre aquellos -verdadera legión- que, por causas tan diversas como aleatorias, no han podido alcanzar este nivel.

El que ese dinero -junto con el de la parte correspondiente a créditos y matrículas que no satisface el alumno- haya salido de los fondos públicos -del dinero de todos los ciudadanos y en particular de las clases subalternas (del pueblo)- me hace estar agradecido al empeño fiscal de estas clases -en las cuales me reconozco- y obligado, en alguna medida, a restituir parte de su esfuerzo solidario con una investigación que les sea de cierta utilidad.

Naturalmente, puede aducirse que la mayoría de las tesis tienen la pretensión de ser útiles socialmente, pero no deseo plantear

por ese lado la cuestión, máxime si, a tenor de lo expuesto por Sánchez Ron, deslindamos claramente los intereses generales de la sociedad de otros provenientes de particulares pero decisivas esferas. Tampoco he deseado realizar una investigación sobre las clases subalternas, las cuales, y especialmente sus capas más bajas, parecen estar destinadas a ser objeto de todo tipo de indagaciones. Es natural, son más numerosas y sus vidas ofrecen más contrastes y aspectos patológicos como para suscitar la curiosidad de los científicos y por ende están abiertas a todo tipo de prospecciones, en tanto que las clases altas tienden a ser herméticas y, además, son las que desde el poder -político, económico, militar o académico- dirigen los derroteros de la ciencia.

Mi intención en esta tesis es otra: es abordar el estudio del discurso² de aquellos colectivos que, en un momento no lejano de la historia más reciente de España, pretendieron convertirse en la vanguardia política de las clases subalternas y liberarlas de su condición subordinada por el más corto y urgente de los caminos: a través de una revolución. Esta reflexión se realiza sobre uno de los raros momentos de actividad de algunos segmentos de estas clases -la transición política-, aunque dicha actividad no fue tanta, como algunos quisieron entonces ver, como para intentar el asalto al cielo.

Se trata, pues, de una reflexión -hecha ahora con la lejanía que proporciona el paso del tiempo, con una perspectiva más objetiva (espero) y con la ayuda de una metodología de cierto rigor- sobre

² Me refiero al discurso político, definido más adelante en los puntos 3.3.6 y 3.3.7, como expresión de unas relaciones presididas por la fuerza antes que por la racionalidad o donde la racionalidad ha sido reducida al papel instrumental de dotar de argumentos a la fuerza. Además, como todo discurso referido al orden social y con mayor razón el discurso político, éste se inscribe en determinada coyuntura política, está determinado por la relación de fuerzas del momento y ha sido elaborado de acuerdo con las reglas de una determinada hegemonía.

acontecimientos a los que, en su momento, asistí como interesado testigo y modesto actor. Se comprenderá, entonces, el esfuerzo realizado para tratar de distanciarme y mantener la frialdad ante recuerdos y lecturas que casi antes que nada suscitan emociones encontradas. Pero dejando aparte este pequeño o gran ingrediente biográfico, esta indagación tiene otra finalidad relacionada con lo expuesto anteriormente. Y es que, pese a las dificultades que para Gramsci³ entraña abordar un estudio de este carácter, el presente trabajo puede considerarse, en su limitado campo, como una pequeña aportación a la historia de las modernas clases subalternas de este país y, más específicamente, un aporte sobre la representación que de ellas se hicieron algunas de aquellas agrupaciones políticas que, en los años sesenta y setenta, pretendieron contribuir a cambiar su condición subordinada.

Hora es ya de ocuparme de la segunda pasión: la pasión por el saber; por la contemplación, por la reflexión, por la propia dinámica de la investigación, que responde al esfuerzo por tratar de salir del caos y ofrecer algunos rudimentarios productos que puedan asemejarse a creaciones.

La madurez es la edad en la que ya se sabe que nunca se tendrá nada claro del todo y que intelectualmente se va a convivir, en una precaria armonía, entre el caos y un cierto orden; es más, no solamente se advierte que nunca se podrá desterrar el caos del pensamiento -vano empeño juvenil-, sino que éste es la antesala de la creación, que es sólo una pequeña porción de lo pensado, sentido o intuitivo puesto en orden gracias al lenguaje, sobre todo, gracias al lenguaje escrito. En este sentido, Julián Marías, en un artículo publicado en fecha reciente en el diario

³ Gramsci, A. (1970, 491) "Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos".

ABC⁴, indicaba: "Cuando se piensa en serio, pronto se cae en la cuenta de que no se ha alcanzado más que una nebulosa, dentro de la cual se empieza a estar orientado pero nada más. Cuando eso se expresa en palabras y frases coherentes, tras un esfuerzo de imprevisible magnitud, las cosas empiezan a aclararse, se va tomando posesión de una todavía parcial certidumbre. Solamente cuando se escribe se llega a un verdadero pensamiento..."

En esta tesitura, sólo la pasión por investigar puede ayudar a superar el estado de ánimo que produce en el doctorando la tensión entre la certeza de que el pensamiento precisa largos períodos de incubación (especialmente para los que no somos profesionales del esfuerzo intelectual como J. Marías) y la acuciante necesidad de salir ordenadamente del caos, en un -relativamente- corto lapso de tiempo, ofreciendo un discurso medianamente digno.

La magnitud de este reto está físicamente representada por unos cientos de páginas, cuya blanca superficie esperando ser manchada se presenta al comienzo como un obstáculo casi insalvable.

Así, la necesidad de enfrentarse a la redacción de una tesis es una buena ocasión para aprender a saber cómo se sabe, pues la propia mecánica de la investigación responde al esfuerzo por tratar de salir del caos.

En otro orden de cosas, la situación es similar a la vivida por un compositor que desea trasladar su inspiración al pentagrama, convirtiendo una melodía ideal que tiene esbozada en la cabeza en una composición formalmente expresada en un lenguaje. Vivaldi en *Il cimento dell'armonia e dell'invenzione* evoca la tensión que sufre todo compositor entre la armonía (la razón) y la invención (la imaginación); es decir, la tensión entre la libertad creadora y las reglas de la composición que van a permitir la aparición de

⁴ Marías, J. "Entender y no entender", ABC, 6/1/1994, p.3.

un producto ordenado por una serie de notas, por una determinada cadencia y por un número preciso de movimientos. El maestro veneciano resolvió de manera genial -a mi parecer- esta tensión en los doce conciertos que componen la mencionada colección, cuatro de los cuales son conocidos como *Las cuatro estaciones*. No es este el caso, pero, salvando las distancias -distintas ideas y lenguajes muy diferentes-, permanece la tensión que toda creación entraña.

En nuestro caso, para alcanzar ese objetivo, estimo que lo mejor es el diálogo -el viejo método socrático-, donde el relato surge según los estímulos del interlocutor, pero la conversación ofrece un clima que académica y fríamente es más difícil de reproducir en un texto. No obstante, la tesis, aunque finalmente no adquiriera la forma de una conversación, es un diálogo mantenido con otros autores y con el director de la misma, pero, a la vez, como fruto de ideas rumiadas en solitario, tiene mucho de gran soliloquio.

Una de las formas donde el diálogo encuentra adecuada expresión es la narración novelada. El semiólogo Umberto Eco sostiene que en ocasiones hay que narrar aquello sobre lo que es muy difícil teorizar y el resultado de ese intento es su novela *El nombre de la rosa*, pero mucho me temo que ni aún una narración de esa calidad pueda cumplir el requisito académico de sustituir a una tesis doctoral.

Yo -como U. Eco- hubiera preferido hacer una narración de tipo histórico como una larga novela del siglo XIX, pero la Academia impone su estilo, sus formalidades: definir el objeto, separar los pasos, indicar las fuentes; acotar el campo investigado, perfilar dónde acaba y dónde empieza una idea, cómo se expresa una hipótesis y cómo una conclusión; cómo se refleja una intuición; cómo se incorpora la idea de otro autor, porque encaja como una pieza de rompecabezas, al propio esquema. Idea que ha dejado de pertenecerle porque ha cubierto un hueco importante en

nuestro propio discurso y cuyo hallazgo se reconoce con una modesta cita que refleja la honestidad pero no la magnitud de la deuda contraída.

En fin, todo eso que requiere un largo aprendizaje y que, estando estrechamente vinculado a la metodología y a la epistemología, tiene mucho que ver con la organización peculiar del saber de cada uno.

Tengo que añadir que he tomado la Tesis no sólo como un requisito académico, sino como una gran ocasión para mantener un largo soliloquio y para hacer de ella un gran ejercicio de libertad -de libertad de investigación y de libertad de expresión-, tarea en la que me ha ayudado notablemente Fernando Ariel Del Val como director.

Debo, finalmente, indicar que he tratado de ajustarme a las normas al uso para realizar y presentar este tipo de trabajos; el Tribunal decidirá si lo he conseguido; si he logrado crear un pequeño cosmos o si aún sigo en la antesala de la creación: en el caos.

2. AGRADECIMIENTOS

No quiero terminar esta presentación sin mostrar públicamente mi agradecimiento a todas aquellas personas que me han ayudado a lo largo de estos años, que, empezando por el ámbito académico, son: en primer lugar, el director de la Tesis, Fernando Ariel Del Val, que me ha permitido una gran libertad de movimientos, tanto en lo que respecta a la metodología, como a enfoques y orientaciones, y con quien he compartido largos ratos de conversación al haber tomado la Tesis como un pretexto para discutir sobre lo divino y lo humano, en particular sobre lo último. También a Miguel Roiz y José Luis Dader, profesores del Departamento de Sociología VI. En otro orden de cosas, algunas de las ideas que aquí se exponen

son resultado de los estímulos recibidos en lo que podría ser considerado como un gran debate colectivo mantenido a lo largo de mucho tiempo con diferentes personas. En este sentido, pues, va mi agradecimiento a Pedro Carrillo, Amelia Caro, Agustín Morán, Sira del Río, Manuel Herranz y Ernesto Portuondo, con quienes, en unos u otros momentos, he conversado sobre algunos de los temas que van a continuación. También a Charo Bustamante y a Luis Cortés (compañero de *embarazo*, que ha traído al mundo antes que yo una hermosa criatura "*cum laude*") con quienes he pasado largas veladas compartiendo estas comunes cuitas.

Por lo que respecta al acopio de documentos, debo mostrar mi agradecimiento al Centro de Estudios Históricos Internacionales de Barcelona; a la Fondazione *Lelio Basso*, de Roma; a Arianna Montanari por sus atenciones en Roma; a Manuel Blanco y a VOSA; a Manolo Garí, Jaime Pastor y la gente de Ediciones Leviatán, por permitirme rebuscar en la colección de Combate, aunque luego la revista no entrara en el *corpus* definitivo; a Amelia Díe por cederme sus "papeles" y, en particular, a la Fundación *Pablo Iglesias* de Madrid, sobre cuyo personal ha recaído la mayor parte de las búsquedas del material de que consta la parte empírica de la investigación.

Al consejo editorial de Iniciativa Socialista por permitirme esbozar algunas ideas en la revista, que pese a ser balbuceos les han gustado. Al doctor Francisco Vaquero, por ponerme a punto. A Léa Souki, estudiosa brasileña cuyo proceso de investigación sobre la transición política española me ha servido para revisar mis propias ideas. Y, por fin y en un ámbito más íntimo, a Sol R. Barquero, incansable lectora de mis textos, que ha ejercido unas veces de cómitre animándome a remar y otras, de sufrido banco de pruebas de mis exploraciones y cambios de rumbo (y de humor).

Las teorías llegan a ser claras y <<razonables>> sólo después de que partes incoherentes de ellas han sido utilizadas durante largo tiempo. Tal irrazonable, sin sentido y poco metodico prólogo resulta así ser una inevitable condición previa de claridad y éxito empírico.

(Paul Feyerabend, *Contra el método*)

CAPÍTULO 2. INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 2. INTRODUCCIÓN

Sumario

2.1. Justificación temática. Objeto y lógica de la investigación

2.1.1. Constitución, poder y pueblo. Ideología

2.2. Hipótesis central

2.3. Estructura

2.1. JUSTIFICACIÓN TEMÁTICA. OBJETO Y LÓGICA DE LA INVESTIGACIÓN

El objeto de esta investigación es rastrear la presencia de un hipotético sujeto político en un determinado discurso y analizar las características que reviste esta presencia, tanto por lo que se refiere a los rasgos del sujeto buscado como por el lugar que ocupa en el discurso. Hay que añadir que este discurso -por sus autores, contenido y fines- es político y que se emite en un contexto espacial y temporal -la España de la transición- en el que la actividad política tuvo en la vida cotidiana un influjo que hoy se ha perdido, aunque se debe matizar que, si bien una gran parte de la ciudadanía percibió la trascendencia de estar asistiendo a un momento fundacional, en la mayoría de los casos esta excepcional coyuntura fue vivida con una actitud expectante pero pasiva.

Este discurso, en primer lugar, se refiere al ámbito del poder y, sobre todo, al ámbito fundamental de su residencia -el Estado- y, en segundo, se produce y se refiere a un momento histórico en que el Estado y su transformación son motivo de vivo debate entre las fuerzas políticas.

Si, por una parte, como discurso político, al estar destinado a actuar sobre la correlación de fuerzas -influir sobre las propias fuerzas y sobre las del adversario-, ofrece una visión polar del

ámbito de la política, por otra, esta visión se acentúa cuando, por la coyuntura, fuerzas políticas de distinto signo tratan de orientar por largo tiempo el rumbo del país al decidir sobre los cambios que están configurando el nuevo Estado de derecho. Debe recordarse que, en aquellos momentos, la tensión por el rumbo que tras la muerte de Franco debía seguir el régimen franquista y, por ende, los cambios que debían introducirse en el Estado, se expresaba en dos opciones políticas, representadas inicialmente por la antinomia reforma/ruptura.

Debemos agregar que al aceptar el núcleo decisivo de partidarios de la segunda los postulados principales de los seguidores de la primera y deshacerse la disyuntiva reforma/ruptura con la llamada ruptura pactada, un sector de las fuerzas rupturistas restantes, al que pertenece el sujeto emisor que nos ocupa, se afianza en sus posturas y mantiene un discurso que acentúa el antagonismo político frente al discurso conciliador del consenso.

Debemos indicar, también, que esta disertación vertebrada por la hostilidad frente a lo que considera inaceptables legados del franquismo, se ubica, por su forma y la rigidez de su postulados tácticos, en el extremo izquierdo del espectro político, en el lugar simétrico al de la extrema derecha, que por los motivos opuestos -demasiadas concesiones a los postulantes del nuevo régimen- conforma el otro núcleo de programas duros¹.

Así, en una distribución geométrica, tendríamos en los extremos del espectro político -izquierda radical y ultraderecha- a las fuerzas dotadas de programas duros y poco modificables, formas rígidas de actuar y escasa propensión a negociar. Podríamos decir que en estas fuerzas -de ideología muy perfilada- lo esencial son sus programas finalistas, que contemplan modelos completos de sociedades, que aspiran a instaurar rápida y totalmente. A tales

¹. Sobre la táctica empleada por los partidos con programas *duros* y *blandos* en los procesos de cambio político, véase la obra de Ángel Rodríguez Díaz, *Transición política y consolidación constitucional de los partidos políticos* (Madrid, CESCO, 1989).

fines subordinan la táctica, que no es otra que avanzar con los mínimos compromisos (a ser posible ninguno) hacia esos distantes objetivos finales prometidos por Dios o por la historia.

A medida que, desde los extremos del espectro, nos desplazamos hacia el centro, la ideología va perdiendo vigor y los programas, nitidez y se alejan de los modelos completos de sociedad y del camino de su urgente y total implantación. Las propuestas son graduales y las fuerzas ganan en flexibilidad y capacidad para negociar.

En el centro del espectro nos hallamos con programas muy vagos, apenas distinguibles unos de otros, pero con una actitud mucho más propensa a negociar. Estamos en un terreno donde la ideología política casi ha desaparecido y todo es transable y posible a corto plazo. El lugar donde lo importante son los medios; donde la táctica ha triunfado sobre la estrategia. Es la amplia franja del centro electoral que en otras latitudes ha sido ya ocupada por el desdibujado partido "atrápalo todo" (*catch-all-party*), según la definición de Kirchheimer, cuyo modelo ejerce una gran atracción sobre el resto de partidos del espectro.

Apuntado lo anterior, ahora podemos decir que el objeto central de esta pesquisa es analizar un repertorio de textos elaborados sobre el citado patrón del antagonismo político para comprobar si del discurso resultante surge con la suficiente consistencia una categoría capaz de representar simbólicamente a un colectivo social -*el pueblo*-; es decir, para comprobar si éste tiene, al menos, la misma entidad teórica que sus adversarios políticos, a los que podemos agrupar -siguiendo criterios que más adelante se explican- bajo la común denominación de *enemigos del pueblo*.

Pueblo y enemigos del pueblo son, en efecto, categorías que, en el texto, representan a dos sujetos enfrentados por el poder. No se trata, entonces, de realizar un análisis sociológico cuyos resultados deban cotejarse con representaciones de la realidad verificables matemáticamente por censos, estadísticas o cualquier

otra forma de medir cuantitativamente lo social, sino de analizar textos, discursos que definen simbólicamente lo social desde una perspectiva precisa: la política. Por ello hay que advertir, en primer lugar, que son discursos sobre un aspecto determinado de la realidad social realizados con un alto nivel de abstracción y, en segundo, que, aludiendo aquí a la distinción realizada por Althusser (1974) entre ideología y ciencia, tales discursos, pese a estar inspirados por un pretendido análisis científico de la realidad, se encuentran inmersos en el campo de la ideología. Así, pues, el objetivo de la investigación no es comprobar la congruencia de un discurso sobre la realidad social con la misma realidad -comparar el *pueblo* textual con una colectividad humana viviente-, sino comprobar la congruencia de un discurso con sus propias premisas; verificar la coherencia de la construcción simbólica de un sujeto político -el *pueblo*- realizada por medio del lenguaje.

La investigación tiene, además, otros dos objetivos importantes, que son conocer, en primer lugar, al sujeto autor del discurso y, en segundo, el contexto en el que el discurso se emite, pues, como sostiene Álvarez Junco (1987, 219) *"Hoy resulta totalmente insatisfactorio un mero análisis literal del discurso político, como si éste pudiera ser un puro sistema de representaciones, un complejo lingüístico o ideacional del que sólo interesa su coherencia interna o sus relaciones con otras visiones del mundo igualmente aisladas de su contexto social. El objeto de estudio es ya necesariamente el discurso ideológico en relación con el sistema social que le ve nacer"*.

Por esta razón, pensamos que, como todo discurso tiene un autor, es mejor que éste aparezca claramente expuesto ante los lectores con todos los rasgos posibles de su identidad desplegados antes que ésta deba ser deducida a partir de los textos -cosa razonable si sólo contáramos con éstos-, por lo cual hemos dedicado a este fin el Capítulo 6. Del sujeto.

Por idéntica razón estimamos que todo discurso se emite en un lugar preciso y en un determinado tiempo -en este caso la etapa constituyente de la transición española- y que, sobre todo si es político, responde a un clima de opinión que es irrepetible y fugaz, por ello, siempre que sea posible, dar a conocer también esas determinadas coordenadas espacio/temporales ayuda a evaluar correctamente un discurso. Aunque sea una labor imposible volver a evocar el clima de opinión de la etapa constituyente y tratar de reproducir el ambiente de la controversia con toda la carga emocional del momento original, hemos destinado el Capítulo 5. Del contexto a describir, siquiera brevemente, el ámbito social y político en el que el debate constitucional tuvo lugar. Estimamos que si el lector tiene delante el texto, a su autor y el contexto al que responde, facilitamos la interpretación de nuestro propio discurso y evitamos lecturas aberrantes de los textos en cuestión.

Después de lo dicho podemos referirnos ya a la lógica de esta investigación que no es otra que la derivada de la búsqueda de una perspectiva global en un proceso de comunicación concreto. Debido a la creciente complejidad que han ido adquiriendo los procesos de comunicación social, su estudio se ha visto en la necesidad de diversificar sus disciplinas para ir las adaptando a los diferentes enfoques teóricos desde los que se abordan los distintos momentos de la comunicación como proceso.

La conocida aportación de H. Laswell para describir un proceso de comunicación respondiendo a la célebre pregunta "*¿Quién dice qué, en qué canal, a quién y con qué efectos?*" ha planteado una serie de cuestiones sobre el emisor o comunicador -quién-, sobre el mensaje -qué-, sobre el receptor -a quién-, sobre el medio -el canal- y sobre el efecto producido en el receptor por el mensaje recibido, lo cual ha permitido el desarrollo de disciplinas que estudian por separado cada uno de los pasos o elementos que integran los actos comunicativos. Así, la investigación sobre la

comunicación de masas se ha subdividido en varias disciplinas: el análisis de los emisores y de sus instituciones, el análisis de los significados o de contenidos, el análisis de los medios, el análisis de los receptores -audiencias o públicos- y el análisis de los efectos (Bisky, 1982), pero la indudable profundización que se ha alcanzado en cada uno de estos campos ha tenido como efecto negativo el hecho de que se haya instaurado casi como única perspectiva investigadora el abordar de manera parcelada lo que no son sino pasos de únicos procesos de comunicación. Así, puede estudiarse la producción de mensajes independientemente de la recepción de los mismos y viceversa, o pueden estudiarse los efectos de los mensajes sin ocuparse demasiado de los canales o de su proceso de producción (Bisky, 1982, 44). Y esto se hace especialmente claro en el campo de los sondeos políticos y de las encuestas comerciales, en donde se abandona la perspectiva global del proceso de comunicación para centrarse en el análisis de las respuestas a preguntas aisladas.

Pues bien, en esta investigación, nosotros deseamos retornar a la perspectiva general para lo cual, ya lo hemos indicado, deseamos ocuparnos de los diferentes elementos que componen un proceso de comunicación política concreto: un sujeto emisor, unos medios, un mensaje y un contexto. Naturalmente, no podemos ocuparnos del receptor, del destinatario de tales mensajes ni de los efectos de los mismos porque nuestro objetivo es otro: es examinar como el emisor, en este caso un conjunto de emisores, concibe al receptor de su mensaje: el pueblo; analizar como los emisores describen o imaginan al pueblo, ubicado no en cualquier situación, sino confrontado ante la cuestión decisiva en política: el poder. En este sentido, si el sujeto emisor es real, si el mensaje y los medios son reales, el receptor es imaginario: el receptor que nos interesa es el sujeto político -el pueblo- descrito o imaginado por el emisor en su discurso y al que pretende inducir a la acción con su mensaje.

Puede que quepa la posibilidad de analizar también <<el efecto>> que ha producido el mensaje y más teniendo en cuenta que puede ser fácilmente verificable a través de la respuesta dada en el referéndum constitucional. Sin embargo, como ya veremos, los resultados de la consulta pueden ser interpretados de manera muy diferente según sea el perfil político atribuido al pueblo, ese sujeto descrito o imaginado por el emisor. En todo caso, el análisis de los efectos no es una cuestión central de este estudio, sino la delimitación de ese sujeto político llamado pueblo extraída de la lectura de un conjunto de textos.

La investigación, inserta en el legado de lo que según Ariel Del Val (1984) sería la crítica de la ideología o la investigación de la ideología, se inscribe, por su objetivo y métodos en una nueva parcela del saber llamada *comunicación política*, surgida como un "*pariente pobre* -como afirma Dader (1992) parafraseando a Dan Nimmo- *de la sociología política*" y convertida "*en un área de investigación interdisciplinar boyante y bien definida*", la cual comprende un extenso repertorio (ibíd) de temas como lenguaje político, retórica política, publicidad y propaganda políticas, debates políticos, socialización política, campañas electorales, opinión pública, procesos de adopción de decisiones públicas, relación entre instituciones políticas y medios de comunicación, movimientos políticos o simbología e imagería políticas.

Debido a sus objetivos, este estudio pretende acercarse a ámbitos muy diferentes y ponerlos en relación.

En primer lugar, el ámbito de la política, considerada, en primer término, como la expresión de relaciones de fuerza entre agentes que aspiran ejercer el poder, en especial desde el Estado, y, en segundo término, como "*un proceso constantemente recomenzado de comunicación política; donde el ejercicio del poder depende a menudo del acceso o control de resortes simbólicos (persuasión, credibilidad, imagen)*" (Dader, 1992, 71). Este proceso constante

de comunicación se realiza mediante elaboraciones lingüísticas o discursos cuyo contenido expreso sea político o bien formen parte de redes de comunicación en las que las funciones y significados sean esencialmente políticos o provoquen efectos políticos, es decir, aludan, de alguna manera, al poder (ibíd).

El segundo ámbito está relacionado con el anterior, del que forma un subconjunto, y con la historia: es el referido a la expresión jurídica del poder, al orden constitucional, y, en particular, a las circunstancias que han rodeado la aparición de los textos constitucionales y el papel que éstos han desempeñado -todavía lo hacen- en la organización política de las sociedades modernas, asuntos a los que se dedican dos epígrafes del Capítulo 5.

En tercer lugar, el ámbito de la ideología y sus diferentes -y hasta paradójicas- funciones, y, muy unido a ésta, el ámbito del lenguaje y su decisivo papel a la hora de representar la realidad -y, como parte de ella, a las relaciones políticas-, de los que nos ocuparemos en esta Introduucción y en la parte final.

2.1.1. CONSTITUCIÓN, PODER Y PUEBLO

El entrelazamiento de estos tres términos constituye el nudo de la investigación, justo es que anticipemos algo sobre ellos.

2.1.1.1. PODER

1. El concepto de poder es fundamental para abordar el análisis de un discurso político, pues lo que late en el fondo de la política es el palpito del poder.

Dos autores como Weber y Lenin, aunque desde ángulos distintos, lo ven así. Según Weber (1986, 84) "*política significará, pues, para nosotros, la aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre distintos Estados o, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo*

componen". Una líneas más adelante, recalca la misma idea: "quien hace política aspira al poder, al poder como medio para conseguir otros fines (idealistas o egoístas) o al poder <por el poder>, para gozar del sentimiento de prestigio que él confiere".

Lenin, por su parte (1977, XVII, 146), indica que "la naturaleza del poder son justamente las condiciones políticas, y no hay más naturaleza del poder que la social".

En esta vinculación entre política y poder, este último es, para Weber (1984, 43), "la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aún contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad".

Una noción similar, aunque con cierto tinte psicológico, es la de S. Giner (1983, 131), quien define el poder como "la capacidad que poseen grupos o individuos de afectar, según su voluntad, la conducta de otros individuos, grupos o colectividades. Esta capacidad puede limitarse a la mera influencia o descansar sobre una sanción punitiva. El hecho clave es la capacidad de control y manipulación -en grado variable de intensidad- que poseen unos seres humanos sobre otros".

De las anteriores nociones extraemos tres elementos que muestran que la esencia del poder descansa en la naturaleza contradictoria de las relaciones humanas. Influencia, punición y resistencia indican que la razón de existir del poder está en la diversidad de intereses, actitudes y funciones sociales; es decir, en la falta de concordancia de opiniones y objetivos que puede darse dentro de una comunidad dada. El poder responde, entonces, al deseo de delimitar y conseguir objetivos compartidos en una comunidad en la que existen la diversidad, la disparidad y, aun, el conflicto de opiniones e intereses.

La búsqueda de unos objetivos para toda la comunidad no supone, pues, que sean los objetivos que todos, o incluso la mayoría, desearían. Solamente el ejercicio del poder permite dar prioridad a unos propósitos sobre otros; a unos intereses sobre otros, mediante el uso, en unos casos, de la influencia y la convicción

para lograr tales fines y, en otros casos, de la fuerza y la punición, aunque en la realidad se suelen dar combinaciones de ambos extremos, polarizadas en uno u otro sentido.

Según esto, el poder sería la capacidad para señalar objetivos colectivos y para lograr que las fuerzas sociales se muevan en la dirección adecuada para alcanzarlos. O también, la capacidad para configurar la sociedad según los criterios e intereses de un grupo más o menos amplio de individuos, en detrimento de los criterios y conveniencias del resto, utilizando una combinación de medios que van desde la persuasión a la punición.

Con esta noción nos hemos acercado a la de N. Poulantzas, uno de los teóricos contemporáneos del Estado que estudia el poder en sociedades atravesadas por diferencias de clase. *"El concepto de poder -escribe Poulantzas (1986, 126))- se refiere a ese tipo preciso de relaciones sociales que se caracteriza por el conflicto, por la lucha de clases; es decir, a un campo en cuyo interior, precisamente por la existencia de las clases, la capacidad de una de ellas para realizar por su práctica sus intereses propios está en oposición con la capacidad -y los intereses- de otras clases. Esto determina una relación específica de dominio y de subordinación de las prácticas de clase, que se caracteriza precisamente como relación de poder"*. En otro párrafo de la misma obra (124), resume esta noción de poder: *"Se designará por poder la capacidad de una clase social para realizar sus intereses objetivos específicos"*.

Estamos lejos aquí de la visión sicosociológica del poder como fenómeno interpersonal -capacidad de A para lograr que B haga lo que no haría si faltara la intervención de A- y de la concepción funcionalista -participar en el proceso de tomar decisiones en una sociedad integrada en la que existen disfunciones pero no intereses de clase contrapuestos-. Ambas concepciones eluden el contexto social en que se genera el poder personal, que no es más que un eslabón en la cadena que tiene al Estado como centro neurálgico del poder político.

2. En las sociedades modernas el poder descansa en lo que Weber (1944, 707) llama dominación legal o legítima, por la cual *"se obedece, no a la persona en virtud de su derecho propio sino a la regla estatuida, la cual establece al propio tiempo a quién y en qué medida se deba obedecer. También el que ordena obedece al emitir una orden, a una regla: a la 'ley' o al 'reglamento' de una norma formalmente abstracta"*.

Esta forma de legitimidad, comparada con las más antiguas -la costumbre y el carisma, según la tipología weberiana-, tiene la ventaja -según señala Offe (1990, 122)- de que *"la autoridad se hace legítima con independencia de quien ocupa la administración política y de cuáles son sus intenciones. La única cosa que decide la legitimidad de la autoridad política es si se ha obtenido de acuerdo con los principios formales generales, como por ejemplo, reglas electivas"*.

"Comparado con las formas previas de legitimación -añade Offe-, el mecanismo legitimador se desplaza desde la substancia de autoridad de la persona o el gobernante al modo mediante el cual se reclutan los titulares de los cargos".

Con ello se ha despersonalizado el poder; parece que ya no queda vinculado a una persona o un grupo, sino a las normas que lo configuran y que señalan el acceso al lugar privilegiado para ejercerlo. Según esta interpretación, el poder lo ostenta aquel que llega al lugar adecuado -previsto por las normas- por el camino adecuado -igualmente previsto por las normas. El poder, ya separado de las personas que lo ejercen o lo pueden ejercer, se ha hecho abstracto pero no por ello ha perdido su origen social; simplemente, que quedado conservado, en esencia, en unas normas que gozan de legitimidad. Pero de ello, no puede extraerse la impresión de que cualquiera que tome el camino adecuado puede llegar al poder. El que el poder haya quedado definido por las normas no quiere decir que en la elaboración de las normas haya estado ausente el poder. Pero sobre esto volveremos más adelante. Si definíamos antes el poder como capacidad para organizar la

sociedad con arreglo a un criterio, con la legitimidad otorgada por las normas el sujeto concreto que dirige la sociedad pierde importancia. Dicho sujeto puede cambiar -el sistema democrático está basado, precisamente, en la alternancia de tales sujetos-, pero las reglas configurantes permanecen. Son lo permanente. Con ello el poder, en su forma más abstracta, queda definido como una relación social; un tipo de asimétrica relación social conformado por unas normas legítimas.

Una vez llegados hasta aquí, podemos entrar en materia sobre la consideración moderna de estas normas.

Una de las piezas fundamentales, si no la fundamental, sobre las que se asienta la legitimidad de las sociedades modernas es la existencia de unas normas explícitas acerca de las funciones y los fines del Estado; acerca de las relaciones entre éste y los ciudadanos; sobre los preceptos que regulan el acceso al poder y los resortes para controlarlo; esto es, una Constitución.

2.1.1.2. CONSTITUCIÓN

Sin menoscabo de que más adelante nos ocupemos del papel que han desempeñado los textos constitucionales en la transición del antiguo régimen al mundo moderno y de los avatares sufridos por España en este tránsito, vamos tratar brevemente del cometido que cumple la Constitución de 1978 en este trabajo.

Por un lado, es el texto de referencia, una variable conocida -al menos en teoría, puesto que, si fue sometido a referéndum, se puede sostener, en principio, que se conocía-, que cuenta con una abundantísima producción literaria en torno él, máxime cuando al cumplir, su décimo y décimoquinto aniversarios, respectivamente, se han editado nuevos trabajos², revisiones e interpretaciones

². Algunos de ellos son: "La Constitución cumple 10 años", El País, extra (24 pp.), 6 diciembre, 1988; "Constitución y democracia", editorial, El País, 6 diciembre, 1978, p.10; J.L. Cebrián, "La hojalata constitucional", El País, 6 diciembre, 1988, p. 11; J. De Esteban, "Diez años de Constitución: Una (continúa...)

sobre el propio texto y sobre el contexto en que se elaboró. Sólo el Centro de Estudios Constitucionales, en su colección "Estudios políticos", ha dedicado una decena de títulos al tema y la editorial Tecnos, 40 pequeños volúmenes a la colección "Temas clave de la Constitución española", amén de aquellos títulos de la inmensa bibliografía sobre la transición que se ocupan también de esa cuestión.

En estos quince años de vigencia, la Constitución ha sido objeto de estudios, opiniones y debates, así como de encuestas, sondeos y tertulias en los medios de comunicación que han mostrado su grado de aceptación, sus ambigüedades, sus aspectos positivos, sus limitaciones o la necesidad de remozarla en algunos aspectos, en especial el Título VIII -De la organización territorial del Estado-, para dejar definitivamente configurado ese laxo Estado de las Autonomías. Sin embargo, todavía queda un terreno virgen en la interpretación del hecho constituyente: el del discurso que valora negativamente el proyecto en el momento en que se está gestando, que evalúa negativamente su contenido por la timidez con que acomete los cambios en el Estado, por las concesiones a las fuerzas del viejo régimen, por sus ambigüedades en un sentido y por las claras opciones en otros, y que evalúa negativamente el procedimiento constituyente tejido en torno al consenso. Es el discurso, severo e impaciente, de la izquierda marxista radical,

²(...continuación)

reflexión de lo realizado", El País, 3 diciembre, 1988, p. 22; "Diez años de Constitución", editorial, Ya, 6 diciembre, 1988, p. 15; Ya, suplemento (8 pp.), 6 diciembre, 1988; "Una Constitución consolidada", editorial, Diario 16, 6 diciembre, 1988, p. 3; E. Suñé, "No la toquéis", Diario 16, 6 diciembre, 1988, p. 2; "Los 7 padres de la Constitución, diez años después" Diario 16, semanal nº 376, 4 diciembre, 1988, pp. 11-26; "La Constitución, doce años después", El Independiente, especial (12 pp.), 6 diciembre, 1990; M. Herrero y Rodríguez de Miñón, "La elaboración de la Constitución", Cuenta y Razón nº 41, "A los diez años de la Transición", diciembre, 1988, pp. 65-75; J. J. Toharia, "Franquismo, Transición y Democracia, a los diez años de la Constitución", Cuenta y Razón nº 41, pp. 101-108; L. Carandell y co.aa., 10 años de Constitución española, Asoc. Prensa de Zaragoza, Zaragoza, 1988.

que se coloca al margen del discurso del consenso constitucional o claramente contra él y contra la Carta porque quiere llevar más lejos los límites de la transición: es el discurso producido desde la radicalidad, que, lejos de añorar el pasado, como sucede con la perorata involucionista, estima que la reforma política todavía conserva demasiadas lazos con el franquismo; el discurso, difundido desde las páginas de la prensa marxista radical, aunque no sólo desde ésta³, que ya se alza contra un orden que todavía se está estableciendo.

Es precisamente este discurso, que ocupa el lugar central de la Tesis, **Capítulo 7. Del texto**, el que nos proponemos analizar para buscar entre sus líneas la existencia formal de ese sujeto -**el pueblo**- que, **partiendo de una posición socialmente subalterna, debe convertirse en el protagonista principal del proceso constituyente**. Protagonismo que le viene dado por su voluntad de abolir el orden establecido y sustituirlo por otro más acorde con el carácter, deseos e intereses de las clases emergentes y por el poder surgido de la fuerza numérica del conjunto de colectivos sociales que lo componen. Desde este punto de vista, el pueblo es la alianza de las clases subalternas; la unión y movilización de los estamentos inferiores de la sociedad que han abandonado su tradicional papel pasivo y se han incorporado a la dinámica de la lucha social para fundar un orden nuevo.

Aquí se encuentra el **meollo de esta investigación, concentrado en ese par de categorías, antinómicas casi por definición -poder y pueblo-**, que le sirven de título y que representan lo esencial de todo momento constituyente.

³.Hubo, durante el período constituyente, otros discursos contrarios a la Constitución que tampoco han sido analizados hasta el momento. Me refiero al discurso ácrata, al de los movimientos feminista y gay y al de otras colectividades que no vieron plasmados sus derechos en la Carta.

Mención aparte merece el discurso nacionalista, sobre todo el vasco, que ha sido más conocido por el bajo índice de aceptación que, en el País Vasco, obtuvo la Constitución en el referéndum (la abstención superó el 50% y los votos afirmativos no pasaron del 35%).

1. Por lo que respecta a la primera de las categorías -el poder-, debemos anticipar parte de la materia de los puntos 5.1 y 5.2 e indicar que consideramos la Constitución como un discurso sobre el poder; sobre la base, organización, administración, reparto, delegación y acceso al poder; como un discurso acerca de las condiciones políticas y sociales sobre las que se asienta el poder. El hecho positivo de que, en las sociedades modernas, las constituciones hayan establecido un sistema de instituciones que dividen el poder y limitan su ejercicio y un catálogo de derechos y deberes de los ciudadanos inspirado por un criterio formalmente igualitario, no asegura que dicho criterio aliente siempre con la misma fuerza y en todos los sentidos, pues, es bien sabido que en la práctica cotidiana no todos los derechos se ejercen de igual manera, que la justicia no se imparte con la misma equidad, que la ley no se aplica con igual tesón a todos los ciudadanos y que el principio general de la igualdad con excesiva frecuencia no logra presidir la conducta de todas las instancias del poder. También es sabido que, pese a todas las prevenciones y mecanismos de intervención y control legalmente establecidos en favor de la ciudadanía, el poder, a pesar de su aparente cometido arbitral, establece unas relaciones asimétricas entre los individuos, cuyo origen no está tanto en sus peculiares características personales como en las de los grupos sociales a los que pertenecen (élites, masas, clases dominantes, clases subalternas).

Con esto queremos decir, primero, que una constitución, hasta en el caso de que tenga una intención verdaderamente igualitaria, consagra relaciones socialmente desiguales y, segundo, que este carácter viene ya marcado de origen, independientemente de que, a lo largo del tiempo, pueda ser erosionado por los ciudadanos al ejercer sus derechos o acentuado por la presión del poder.

El asunto está muy claro en aquellas constituciones surgidas de una ruptura abrupta con el régimen anterior, en las cuales suele aparecer explícitamente en el texto una referencia al origen de

la nueva hegemonía⁴. Ésta es más difusa y la desigualdad no está tan clara en la letra -aunque sí en el espíritu- en aquellas constituciones que son resultado de un compromiso entre partes opuestas -como es la nuestra-, aunque no todas las partes sean siempre políticamente visibles -también como en nuestro caso, en donde ciertos poderes, ausentes de la Comisión constitucional y de las Cortes, dejaron sentir su influencia en el contenido-. En todos los casos, el texto resultante, tanto si es fruto de un proceso revolucionario como si lo es de un pacto entre nuevas y viejas élites⁵, refleja una determinada correlación de fuerzas, que, a través de tan solemne documento, se aspira a perpetuar. Así, podríamos decir que una constitución pretende congelar durante largo tiempo unas determinadas relaciones sociales a partir de definir, en un momento dado, los objetivos, las normas

⁴. Véanse, por ejemplo, el Preámbulo y los primeros artículos de la Constitución de 1978 de la República Popular China (Pekín. Ed. en lenguas extranjeras, 1978), en donde queda clara la hegemonía al definir la República Popular como un *"Estado socialista de dictadura del proletariado, dirigido por la clase obrera y basado en la alianza obrero-campesina"*.

La Constitución china de 1982, fruto del proceso de *desmaoización*, suaviza en parte estos aspectos.

También la Constitución rusa de 1918 deja claro cual es el bloque social hegemónico. Inspirada en la Declaración de Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado (ver Lenin, XXVIII, 99) y en el proyecto de constitución elaborado por el POSDR en abril de 1917 (Lenin, XXV, 456), define a Rusia como una *"República de Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos"*, a los cuales *"pertenece todo el poder"*. En consecuencia, priva de derechos políticos a aquellos que exploten mano de obra asalariada, a los comerciantes privados, a los rentistas, a monjes y sacerdotes y a los funcionarios y agentes de la vieja policía zarista (Carr, 1972, 143).

⁵. El que un nuevo bloque social promueva un cambio revolucionario no evita que las diferentes concepciones políticas e ideológicas existentes en el bloque afloren en momentos como el de redactar una nueva constitución. A este respecto son bien conocidas las tensiones entre las diferentes tendencias revolucionarias en la Francia de 1789-1793.

Con referencia a la Constitución soviética de 1918, E. H. Carr (1972, 166) sostiene que su elaboración fue fruto del acuerdo gubernamental entre bolcheviques y eseristas de izquierda, pero cuando entró en vigor -junio de 1918- la relación de fuerzas ya había cambiado: la izquierda eserista había dejado el gobierno, había sido expulsada de los soviets y declarada fuera de la ley. Y la guerra civil había comenzado.

(es normativa) y los valores supremos (es sustantiva) de una determinada sociedad.

Así parece desprenderse, si entendemos el período constituyente como el momento decisivo de un desplazamiento en la correlación de fuerzas, en el que las, hasta entonces, clases subalternas o fracciones sociales ajenas al poder pretenden convertir sus conquistas en derechos; legalizar lo obtenido a expensas de las antiguas clases o fracciones dominantes, imponer sus horizontes, valores y actitudes peculiares y legitimar, todo el tiempo que sea posible, el equilibrio social recién instaurado.

Así, una constitución resume y sanciona unas relaciones sociales que implican la existencia de una clase, estrato o bloque social hegemónico; la calidad de las alianzas que conforman dicho bloque -a favor de algo y en provecho de alguien; en contra de algo y de alguien-; la existencia de colectividades (fracciones o clases sociales) subalternas, aliadas entre sí o no.

Una constitución no refleja en la misma medida a toda la sociedad -en esa pretensión reside su función ideológica, su legitimidad-, sino, en especial, a una parte de ésta: a los intereses, valores y patrones ideales de la mejor situada (la mejor representada en los diversos aparatos del Estado). Tiene una vocación universal, pero representa, sobre otros, un interés particular, lo cual explica, en primer término, que desde el Estado se hagan de su contenido una lectura selectiva y una interpretación jerárquica, destacándose ciertos principios en detrimento de otros y, en segundo, que, a consecuencia de lo anterior, su desarrollo legal posterior esté claramente orientado a favorecer los intereses del bloque social hegemónico.

Así, una constitución es un marco en cuyo seno deben resolverse los conflictos sociales; es decir, un marco por donde la lucha política debe discurrir. Ese marco es la expresión legitimada de la correlación de fuerzas; la expresión simbólica de determinada concepción del orden social.

2.1.1.3. PUEBLO

Pueblo no es una más de las muchas palabras empleadas para dar forma al contenido de la Constitución española, sino que representa una categoría fundamental en la estructura de ese discurso. Pero *pueblo* es un término de uso corriente, lleno de acepciones, y, por lo tanto, poco riguroso si no se aclara en cuál sentido, de los muchos que tiene, se está empleando.

Sin ir más lejos, ya en el Preámbulo del texto constitucional aparece nítidamente dicha vaguedad semántica cuando en pocas líneas se habla de "*nación*" y de "*pueblo*" indistintamente, de "*todos los españoles y pueblos de España*" y de "*todos los pueblos de la Tierra*". Si parece clara la intención de los redactores del texto al utilizar el término *nación* en el sentido en que lo hace Sieyès -como asamblea popular constituyente-, no lo está tanto en lo que se refiere a *pueblo* y a *españoles*, pues parece que ambos términos sumen la totalidad de habitantes del país o, leyéndolo de otra forma, que sean términos excluyentes entre sí (que haya españoles que no pertenecen a los pueblos de España o pueblos de España que no se sienten españoles). Naturalmente, detrás de una redacción tan alambicada -fruto del clima de consenso con que se elaboró la Constitución- late la tensión nacionalista y el común deseo de huir de voces que evocaran al régimen de Franco, quien, como es sabido, sólo reconocía como destinatarios de sus sus alocuciones a los españoles⁶. Así, la deliberada indefinición y el deseo de evitar tensiones (que se acaban escapando por las rendijas del texto) ha debido correr por cuenta de la gramática. Con esto pretendo señalar que, en el discurso de la prensa que vamos a analizar, debiendo ser *pueblo* una categoría fundamental con respecto a otras, ella misma debe estar bien fundada, cosa que no siempre sucede, como ya veremos.

A este respecto, tanto por parte de los defensores como por la

⁶. Franco solía comenzar sus discursos, elaborados con un inevitable tono de arenga militar, con la voz ¡¡Españoles!! o ¡¡Españoles, todos!!.

de los detractores del texto constitucional de 1978 no existen diferencias a la hora de conferir a la palabra *pueblo* un papel fundamental con respecto a la totalidad de palabras del texto, aunque sí existen -y profundas- a la hora de hacer preciso su significado. No en vano, toda la Constitución, entendida -ya lo hemos dicho- como un discurso sobre el poder y sobre el Estado, descansa sobre el supuesto, recogido en los puntos 1 y 2 del artículo 1 del Título Preliminar, de que "*España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho...*" y de que "*La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado*".

El mismo deseo de alejarse del viejo régimen, levantado por la fuerza de los hechos -y de las armas-, anima la construcción literaria del punto 1, en donde se refuerza el carácter legal, sujeto a *Derecho*, del nuevo Estado, con la calificación de *democrático*. Pero además el Estado pretende limar su esencia política al pretender ser *social* o englobar sociedad política y sociedad civil. Tras dicha redacción se adivina la presión de un grupo de diputados por afirmar lo social en el texto y, al tiempo, la resistencia de otro grupo a aceptar definiciones que pudieran dar idea de que se contemplaban intereses de clase, como hubiera podido ser la de considerar España como un Estado de trabajadores, que es como la definía la Constitución de 1931, cuyo fantasma vagaba por los salones donde se reunían los miembros de la Ponencia y de la Comisión constitucional del Congreso.

Así, pues, despojar al término *pueblo* de las ambigüedades de su polisemia para fijarle un significado preciso en un texto no es sólo una cuestión de metodología científica, importante a la hora de construir una representación adecuada de la realidad, sino, sobre todo, un problema teórico cuando se pretende, de acuerdo con el resultado de determinados análisis, transformar la realidad social por medio de la actividad política, como es el caso que nos ocupa. En estas circunstancias, la confusión teórica

derivada de los resultados de un análisis basado en categorías poco rigurosas puede tener graves consecuencias en el terreno de la actividad política.

El caso se complica cuando el pueblo, además de ser considerado el origen de la nueva legitimidad del poder, se convierte en el destinatario del cambio político, pero no necesariamente en su protagonista. Se apela al pueblo, se habla en su nombre, se exhibe la representación del pueblo para proponer o realizar ciertos proyectos o reclamar derechos o, por el contrario, se invalidan en nombre, también, del pueblo, pero el pueblo puede ser marginado en el momento en que, paradójicamente, se debe convertir en el sujeto constituyente y en el origen de la soberanía, como veremos en el epígrafe 5.3.2.

Durante la transición, *pueblo* -igual que otras palabras- se convirtió, según los términos enunciados por De Saussure (1978), en un significante que, estando en presente en el discurso de todas las fuerzas políticas en litigio, conservaba distintos significados. En realidad, se produjo una enconada controversia por establecer un solo significado -el de pueblo y el de otros significantes igualmente fundamentales- desde una determinada perspectiva política y hacer que éste se convirtiera en el significado universalmente aceptado.

En el período fundacional del régimen democrático, conseguir el uso masivo de una determinada acepción de *pueblo* -y de otros términos esenciales- representaba el triunfo de una determinada interpretación política, porque suponía fijar el código con que debía interpretarse el sentido de las palabras con las cuales iba a ser definido el nuevo régimen. La actuación sobre el uso social del lenguaje -imponer un determinado uso seleccionando las voces clave y elaborando una disertación modélica que fuera difundida reiteradamente- se convertía en un elemento esencial para la dirección política de la sociedad. Aquellos que consiguieran convertir su particular interpretación del momento en una

interpretación social duradera contaban con muchas posibilidades de conservar la hegemonía una vez pasada la etapa constituyente de la democracia. Por decirlo de una manera más precisa, aquellas clases o estratos sociales que, por medio del lenguaje, lograran formalizar y hacer reconocer como definitiva la correlación de fuerzas, estaban haciendo algo que iba más lejos de la mera búsqueda del consenso político. Se trataba, en suma, de suscitar el interés "espontáneo" de toda la sociedad por la construcción de un proyecto particular de Estado, mostrado como un objetivo universal y solidario en un discurso en donde el poder no apareciera explícitamente porque los significados eran asumidos socialmente, aunque este discurso en su disposición estuviera configurado por las reglas del poder¹.

Pero aquí es preciso advertir que la capacidad de un discurso para convertirse en dominante no reside únicamente en el vigor persuasivo de éste -si así fuera, nos gobernarían los poetas o los retóricos-, ni en las verdades que contiene -si así fuera nos gobernarían los sabios y no es el caso-, sino en su relación con el poder. Es decir, que el discurso político como elemento para orientar, dirigir o dominar es resultado de unas coordenadas que no están en el campo de la comunicación, sino en las relaciones sociales, que son las que deciden quienes son los emisores y quienes los receptores.

La capacidad para emitir un discurso y hacer que, por encima de su contenido, sea socialmente relevante se encuentra más allá del propio discurso; tiene que ver con la correlación de fuerzas, con el lugar que ocupa en la sociedad quien emite el discurso, con el lugar que ocupa en el denominado **sistema de producción social de**

¹. Una de las manifestaciones de la hegemonía es la capacidad para señalar las reglas del uso social del lenguaje por medio de lo que Régine Robin (Castro Cuenca, 1979, 78) denomina coacciones que son "*las reglas de escritura, los códigos enunciativos, los esquemas argumentales, las disposiciones obligatorias que establecen la connivencia incluso la confrontación: el lugar desde donde se habla*".

comunicación (Martín Serrano, 1986), con los vínculos que se mantengan con los aparatos emisores y con los intelectuales y comunicadores profesionales, con el poder económico y político, con el Estado como síntesis de ambos. El poder se convierte así en un elemento clave para interpretar los discursos sobre la sociedad, especialmente los discursos políticos.

En esta tarea de elaborar y difundir un nuevo discurso hegemónico que sustituyera al periclitado discurso franquista⁸, los medios de comunicación de masas, que estaban interesados en realizar su propia transición, se revelaron factores decisivos.

No obstante, el empleo más o menos interesado de la voz *pueblo* no obedece únicamente a una mera cuestión de oportunismo político o de mera estrategia partidista, sino a las dificultades que ofrece el pueblo como colectividad multitudinaria para ser verificado empíricamente, porque parece que se trata de un ente realmente existente, de un ente que puede ser oído, temido, gobernado o traicionado. Alguien que concede y quita el poder, que confiere o priva de legitimidad, pero ¿dónde está el pueblo?, ¿dónde se le puede encontrar?, ¿en dónde se le puede medir y con qué?. ¿Puede ser acotado con criterios espaciales o territoriales -de arriba o de abajo, a la derecha o a la izquierda- étnicos, políticos, clasistas, culturales...? ¿A qué referirse cuando se habla de *pueblo*?

Es tan extrema la vaguedad de esa voz y tan grande la profusión de acepciones que puede encontrar según el contexto en que se utilice, que se puede afirmar con G. Amengual (1982, 88) que "*por sí misma carece de verdadero contenido semántico*".

Según este autor, la noción de *pueblo* tiene tres fuentes de significado o tres contextos históricos en los que han surgido los tres usos habituales del término: la revolución francesa, el romanticismo y el surgimiento de la clase obrera.

⁸. Sobre este tema se puede consultar la obra de Recio, Uña y Díaz Salazar (1990), Del Águila y Montoro (1984), Montabes Pereira (1989), Martí (1979), Sempere (1977).

Por el tema que nos ocupa, nos interesa por el momento la noción romántica de *pueblo*, a la que consideramos sustrato de la noción política, y es la que finalmente acaba emergiendo de una manera u otra cuando la última está poco fundada.

Así, pues, podemos considerar que el *pueblo* expresa la unidad cultural -así lo indica Amengual- puesta de relieve por el romanticismo, aunque dicha unidad sea difícil de determinar por lo que tiene de realidad viviente y de legado del pasado.

Se han buscado varios términos para tratar de perfilarla pero ninguno satisface plenamente. Tenemos el espíritu popular, o el espíritu del pueblo -el hegeliano *volkgeist*-, la idiosincrasia, el carácter nacional o incluso el genio nacional, que agradaban sobremanera a nuestros conservadores e incluso al general Franco y tanto disgustan a Julio Caro Baroja (1970, 112), para quien "*el carácter nacional es un mito amenazador y peligroso*".

Esta concepción del pueblo como depositario viviente del legado de las tradiciones, reposa en varios supuestos.

El primero es que el pueblo presenta una vida estructurada por la cultura antes de ser estructurado por la política. Esta estructura orgánica -asegura T.S. Eliot (1984, 17)- favorece el proceso de transmisión cultural entre las generaciones, pero además debe ser la base de la organización política posterior, pero sobre esto volveremos más adelante. Lo que importa ahora es destacar que dentro de la cultura, entendida en sentido amplio como un conjunto de representaciones simbólicas expresadas de maneras diferentes (lengua, literatura, danza, música, religión, mitos, leyendas), debemos incluir tanto las formas rituales como las emociones, pues la cultura, en cualquier manifestación, no es sólo la repetición o contemplación -visual o auditiva- de un legado por medio de un rito, sino la recuperación de un sentir colectivo.

El segundo supuesto parte de que junto a la base cultural, la noción de pueblo está relacionada con la ubicación geográfica. Así depende del clima, del suelo, de la producción, del paisaje;

en definitiva de la relación de los humanos con la naturaleza circundante. Por ello, cualquier pérdida del acervo de la cultura popular -en esto sigo a Amengual al pié de la letra- se considera una pérdida esencial que afecta a lo más profundo de los pueblos. Tercer supuesto, y consecuencia de lo anterior. Si lo más vivo y auténtico del pueblo reside en su cultura y en su relación con el entorno, lo considerado como "natural", lo que venga luego será, en consecuencia, "lo artificial".

Es decir, la organización política, el Estado con su estructura impersonal, técnica, burocrática, universal y abstracta supone un peligro que amenaza con borrar la "natural" identidad del pueblo. En fin, que aparece la tensión entre el pueblo y el Estado en la que el nacimiento de éste último -en una de sus visiones más críticas, la de Nietzsche (1986, 67)- supone la muerte del primero. Así escribe en su *Zaratustra*: *"Donde todavía existe pueblo, éste no entiende al Estado y le odia"* y más adelante (ibíd, 69): *"Allí donde el Estado acaba -¡Vedlo, hermanos míos! ¿No véis el arco iris y los puentes hacia el superhombre?"*.

Como es fácil de suponer, ninguna de las tres nociones de pueblo -cultural, política y de clase- aparece completamente separada de las otras y en su más pura manifestación, puesto que rasgos de la concepción cultural pueden hallarse en el fondo de la concepción del pueblo como unidad política.

Si el pueblo aparece como unidad cultural, vinculado a lo más básico y sencillo -la naturaleza- y con frecuencia opuesto a la sociedad política, se suele colegir que se halla incontaminado por los males derivados de la actividad política. Así, el pueblo suele ser bueno, noble; guarda lo más sano y lo más sabio de la sociedad. En este sentido, Robespierre (1973, 108), uno de los genuínos representantes de la racionalidad política, dice: *"Los males de la sociedad nunca vienen del pueblo, sino del gobierno. ¿Acaso podría ser de otro modo?. El interés del pueblo es el bien público, el interés de un sólo hombre es, por el contrario, el*

interés privado", y más adelante (112): "Y poned al principio (de la Constitución), esta máxima impugnabile: que el pueblo es bueno y sus delegados son corruptibles. Sólo la virtud y la soberanía del pueblo pueden defendernos de los vicios y del despotismo del gobierno".

Aquí, el jacobino espera que el sentido crítico del pueblo le sirva para precaverse contra futuros gobiernos despóticos como le sirvió para librarse de los gobernantes del antiguo régimen. Con ello, Robespierre apela al sentido igualador y democrático, a la conciencia política como un moderno valor del pueblo, pero de igual manera, la tradición y las actitudes populares más antiguas pueden invocarse para justificar un régimen de signo contrario. Por ejemplo, Franco (1975, 89) solía apelar en sus discursos a lo más rancio y vetusto del pueblo español para oponerlo al moderno régimen de la II República -"*...no era crisis del pueblo, cuyas virtudes y calidad espiritual jamás fallaron en las horas decisivas de nuestra historia, sino una quiebra total del sistema político y social imperante, unido a la falta de visión de sus clases directoras. El pueblo español, intelectual, bien dotado, de gran imaginación y cabeza clara, se encontraba acéfalo y sólo esperaba la unidad, la disciplina, el orden y la racionalización para triunfar*". Así, retornando a lo que decíamos unas líneas atrás, el régimen surgido el 18 de julio, al volver a despertar el viejo genio español, adormecido por la decadencia patria⁹, se convertía, a los ojos de su fundador, en la forma de Estado más adecuada a las esencias y tradiciones de los pueblos de España.

Pero por encima de estas potencialidades que tienen mucho que ver con una visión mítica -romántica- del pueblo, nos interesa la noción política de *pueblo*, del colectivo que desde una condición subalterna, unido por esa base cultural a la que hemos aludido

⁹. Véase, por ejemplo, el discurso de F. Franco al inaugurar el Valle de los Caídos (2-IV-1959) (ibíd, p. 124-125).

pero disperso en sus proyectos y sometido al poder de una élite o de otras clases, aspira a ser portador de derechos -acreedor del poder- y acaba por convertirse en sujeto constituyente. Nos interesa el paso del pueblo desde *"esa enorme e informe masa de individuos que en su mayor parte no llegan a tener a lo largo de su existencia una mínima conciencia de su propio ser"* (Ferrero, 1988, 31) hasta su configuración como sujeto, no por la acción del Estado, como sostenía Hegel -visión de la que Marx se burlaba cuando decía que, entonces, en vez de ser un pueblo que tenía un Estado, era el Estado el que tenía un pueblo-, sino a causa de la convergencia de las clases subalternas en torno a un programa.

Nos interesa el proceso de formación del pueblo, desde la masa amorfa de individuos, incultos y analfabetos pese a su ancestral cultura, o quizá por eso, porque conservan la cultura ancestral, e incapaces de pensar por y sobre sí mismos, hasta convertirse en una colectividad articulada que demanda derechos y derivar en una fuerza que agrupa a diferentes clases y estratos subalternas en torno a un proyecto colectivo plasmado en un programa político que se opone a los demás y, lo que es aún más importante, que aspira a dirigir políticamente a la sociedad. Con lo cual, si ahora la noción de *pueblo* depende de las alianzas políticas entre fuerzas con proyectos convergentes para disputar la hegemonía al bloque social dominante, entonces, el concepto político de *pueblo* es dinámico, cambiante según las situaciones y las sociedades; es histórico.

A este respecto, Mao Zedong (1977, V, 420), un teórico que ha ejercido una gran influencia sobre las organizaciones editoras cuyos textos vamos a analizar (ver epígrafes 6.3 y 6.4), escribe: *"El concepto de <<pueblo>> tiene diferente contenido en los diversos países y en distintos períodos de la historia de cada país. Tomemos, por ejemplo, el caso de China. Durante la Guerra de Resistencia contra el Japón, el pueblo lo integraban todas las clases, capas y grupos sociales que se oponían a la agresión*

japonesa, mientras que los imperialistas japoneses, los colaboracionistas chinos y los elementos projaponeses eran todos enemigos del pueblo. En el período de la Guerra de Liberación, los enemigos del pueblo eran los imperialistas norteamericanos y sus lacayos -la burguesía burocrática y la clase terrateniente, así como los reaccionarios del Kuomintang que representaban a estas clases-; el pueblo lo constituían todas las clases, capas y grupos sociales que luchaban contra estos enemigos".

Aunque los ejemplos dados por Mao Zedong reflejan el grado máximo de antagonismo entre el pueblo y sus enemigos, es útil retener el carácter político y cambiante de esas alianzas. Así, el pueblo no es algo mecánico -metafísico-, dado de una vez para siempre, sino algo cambiante, continuamente tejido y destejido por las alianzas políticas con las clases subalternas de cada coyuntura, lo cual hace de *pueblo* una categoría metodológicamente inservible si no se define en cada situación histórica.

La peculiar coyuntura en la que España queda tras la muerte de Franco hace que la transición pueda considerarse un período favorable para establecer todo tipo de pactos y negociaciones. Y así es, las alianzas y pactos surgieron por doquier y los cambios se sucedían con rapidez. En las negociaciones, el pueblo siempre aparecía como el *leit motiv* de las más dispares opciones: todas las fuerzas políticas pactaban, establecían alianzas, acuerdos en nombre del pueblo. Ni una sola fuerza política entre un amplísimo espectro negó al pueblo su derecho a participar; nadie rehusó ser su natural representante, el legítimo valedor de sus aspiraciones o el idóneo defensor de sus agravios. Sin embargo, según nuestro criterio, faltó pueblo para tantos valedores.

Si UCD se erigía en su portavoz, qué decir de Alianza Popular o del PCE y del PSOE, intitulados partidos obreros y populares... Todas las formaciones políticas exhibieron su cuota electoral, obtenida en las primeras elecciones a Cortes con participación masiva y popular después de casi 40 años de democracia orgánica,

como su parte alícuota en la representación del pueblo.

Durante el período constituyente, la representación parlamentaria será esgrimida por los partidos agrupados por el consenso para legitimar el contenido del proyecto constitucional como genuína expresión de la voluntad popular. Naturalmente, el discurso de la izquierda radical niega, como veremos, tal legitimidad a los partidos constituyentes, a los que considera, a unos, usurpadores de la voluntad del pueblo y, a los otros, traidores a la causa popular. Pero tanto unos como otros comparten una idea similar sobre el pueblo: el pueblo existe, está hecho, es identificable. Es más, para la izquierda radical el pueblo no solamente existe sino que ha sido la causa principal de la erosión del régimen franquista, por lo cual, considera que la Constitución debe recoger todo aquello por lo que el pueblo ha luchado.

Sin embargo, ese tenaz sujeto que ha combatido largamente a un régimen cruel y autoritario parece desfallecer a la hora de conseguir que sus conquistas se plasmen en un papel.

2.1.1.4. IDEOLOGÍA

Es preciso que en esta Introducción hagamos siquiera una breve alusión a la ideología, el ámbito en el que los discursos están inmersos.

Afortunadamente para los estudiosos del mundo de las ideas y de la política o de la movilización social suscitada por ambas, los agoreros pronósticos de Lipset y Bell en 1960 sobre el fin de las ideologías¹⁰ y, aquí, de Fernández de la Mora sobre el crepúsculo de las mismas (1965), no sólo no se han cumplido, sino que éstas, en España, en un pasado reciente, han jugado un notable papel. Durante el período constituyente de la democracia, lejos de vivir *"una coyuntura de apatía política y de relajamiento"*, licencia

¹⁰. Asistimos al declive y progresivo desdibujamiento de ideologías hasta ahora muy perfiladas y duras, que ofrecían visiones del mundo proclives a la confrontación, y a su sustitución por ideologías menos perfiladas, blandas o de disuasión, pero ideologías al fin.

literaria con la que el señor De la Mora (ibíd, 19 para las ss.) edulcoraba la obligada marginación política de la inmensa mayoría de los ciudadanos durante el franquismo, las ideologías como "*factores de tensión social*" volvieron a emerger, "*extremosas y pugnaces*", con toda su carga "*patética y mítica*", encarnando no sólo las aspiraciones de los "*niveles culturales modestos*" sino los miedos, intereses y proyectos de diferentes clases y estratos sociales, cuyos conflictos nos situaban muy lejos de aquella "*coyuntura de apatía política y relajamiento*", fruto de una "*era de fabuloso desarrollo material y cultural*" que durante cuarenta años no existió más que en las cabezas de sus mentores.

En el breve pero intenso lapso de tiempo en que España, una vez más, intentó un tránsito, volvieron a bullir la ideología como justificación del orden existente y la utopía como su crítica (Manheim, 1987), la ideología como referente simbólico y como legitimación de la autoridad (Ricoeur, 1989), como representación deformada o invertida de la realidad (Marx, 1978), la ideología como sustrato de la configuración mental de una época (Roca, 1991), la ideología como metacomunicación (Verón, 1976¹¹) y, en fin, la ideología como lenguaje, como signo (Voloshinov, 1976) y como jerga (Adorno, 1987).

Y, de nuevo, el lenguaje, con toda su capacidad para describir, representar, explicar, desvelar, proyectar o velar, tergiversar, ocultar, disimular, silenciar... volvió a servir como vehículo de la ideología durante el debate constituyente.

Nación -la Nación española- es el primer sustantivo que aparece en el Preámbulo de la Constitución española de 1978 y designa al sujeto colectivo que, en uso de su soberanía, expresa su deseo de

¹¹.No sólo como un tipo particular de mensaje, sino como un nivel de organización de los mensajes; como metacomunicación. Verón, E., "Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política" en *Lenguaje y comunicación social*, B. Aires, Nueva Visión, 1976.

establecer la justicia, la libertad y la seguridad, promover el bien y proteger a todos los españoles y pueblos de España en el ejercicio de los derechos humanos.

En el penúltimo párrafo del Preámbulo se sostiene que este sujeto colectivo desea colaborar en el mantenimiento de *"unas relaciones pacíficas y de eficaz cooperación entre todos los pueblos de la Tierra"*.

En apenas veinte renglones aparecen dos solemnes palabras: *nación* y *pueblo*. Dos palabras que pueden expresar mucho o, por contra, pueden convertirse en dos términos vacíos de contenido. Son dos significantes que pueden suscitar enconados debates sobre sus significados, cuando no servir de bandera para gestas heroicas, o bien pueden convertirse en simples piezas rituales al servicio de la retórica.

En el Título Preliminar, el artículo 1.2 indica: *"La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado"*. De nuevo aparece *el pueblo*, ahora como origen de la soberanía nacional y de todos los poderes del Estado; es decir, aparece como sujeto político. El artículo 1, frente a las otras acepciones que pueda tener la palabra *pueblo*, destaca la acepción moderna de *pueblo*, la noción política de *pueblo*, pero ese matiz no evita el debate sobre la esencia del *pueblo*, porque el *pueblo* es algo más que el conjunto de ciudadanos al que la Constitución asigna la soberanía; el *pueblo* es un signo -*"sin signos no hay ideología"*, afirma Voloshinov (1976, 19)- y, como tal, posee un significado que está más allá de él mismo. Es una palabra que remite a un ámbito de interpretación que no es el estrictamente gramatical -salvo un gramático o un filólogo, nadie se pelea por lo que define un diccionario ni por el sintagma nominal de una frase-; es un símbolo. Pero no sólo lo es *pueblo*; la Constitución está preñada de símbolos.

Podría pensarse que únicamente las grandes palabras ejercen una función simbólica -la libertad, la justicia, el bien común, la soberanía, la independencia, la patria, el sufragio...- o las

relativas a la organización del Estado -la Corona, el mismo Estado, las Cortes-, pero no, palabras como propiedad, familia, herencia o términos como economía de mercado, organización del trabajo, unidad territorial, religión, ejército, educación, etc, remiten a otros referentes como la moral, el credo religioso o a acontecimientos dramáticos que perviven en la memoria histórica y que, aun sin ser aludidos directamente, están presentes en los debates como fantasmas. Lo cual esclarece las prevenciones de que hace gala el lenguaje de los constituyentes y los meandros de un discurso que ofrece mensajes con dos niveles de comprensión. El uno es explícito; el otro, implícito, remite al ámbito de las intenciones, de las proyecciones, de los miedos, de la prudencia, de la amenaza, del recuerdo... es un metamensaje.

Debemos añadir que si bien todo ello estaba presente (aunque con muy diversos grados de concreción) en el clima de opinión del momento, por deseo de los diputados constituyentes no provocó un gran debate nacional -que se quiso evitar expresamente, como ya veremos después-, sino una discusión restringida que, empezando por los debates secretos de la Comisión y su prolongación en los pasillos del Congreso, despachos privados y restaurantes, logró preocupar solamente a sectores minoritarios de la población. No quiere ésto decir que faltase la intención de llevar el asunto a la opinión pública a través de los medios de comunicación, pero teniendo en cuenta lo abstruso del tema, las limitadas tiradas de la prensa escrita como medio más adecuado y la utilización de un lenguaje excesivamente jurídico, los resultados de tal esfuerzo no pueden calificarse de halagüeños. Pero es que el interés de la prensa era contradictorio con la intención de los constituyentes y el efecto propagador sobre la opinión pública se resintió de ello: los medios de comunicación ofrecieron los resultados de un árido debate, sometido a las prevenciones arriba mencionadas, en el que la ciudadanía no participaba y por el que no sentía el mínimo entusiasmo.

Es necesario señalar que, en este contexto histórico, la prensa no fue un mero transmisor de información, un intermediario entre los protagonistas del cambio político y una ciudadanía pasiva, sino que asumió un papel de coprotagonista, ya suficientemente señalado, con el que aspiró a legitimarse en el naciente régimen democrático como la voz de los ciudadanos en vez de como la voz del poder¹².

En este mismo ámbito de la opinión pública, debemos señalar la cantidad y calidad de medios materiales y de recursos económicos y humanos de que disponía el discurso del consenso para difundir sus razones, frente a la precariedad de medios que caracterizó al discurso del disenso, que encontró insalvables obstáculos para difundirse en gran escala, al emitirse desde un lugar periférico del sistema de comunicación social y tener grandes dificultades para elaborar un discurso verosímil¹³ y, por tanto, alternativo.

¹². Además de la competencia (en estilo, tecnología y estructura empresarial) que representaban los nuevos medios de comunicación -algunos muy poderosos- que surgieron en el franquismo tardío o en la transición, la desaparición del régimen franquista, al que habían estado vinculados los grandes medios, dejaba un mercado, hasta entonces excesivamente tutelado, con unos contornos políticos, económicos y profesionales poco definidos, lo cual explica los titubeos, miedos y dificultades por los que pasaron los grandes medios para hacer su transición. Sobre el tema se pueden ver, entre otras, en las obras de A. Alférez (1986), E. Bustamante (1982), J. Montabes (1989), P. Ronda (1979).

¹³. Según Ana María Ezcurra (1982, 104) "*el discurso verosímil es aquél que se pretende sin código, que 'oculta' su proceso de producción. Lo verosímil es aquello que se presenta como espejo de lo real y no como resultado de sus propias leyes. Un texto verosímil se remite a la realidad como si ésta fuera transparente. Por eso, lo verosímil implica una epistemología empirista. No se explicita la densidad ideológica del discurso, que emerge aquí como neutro en tanto que referencial*".
"Otra nota distintiva (ibíd, 106) es que lo verosímil funda su organización en lo conocido o en lo que se pretende ya conocido. De ahí que lo verosímil - como sugiere G. Genette (*Lo verosímil*, B. Aires. Tiempo Contemporáneo, 1972, p. 54)- triunfa en las soluciones..." "Por otra parte (ibíd, 107) lo verosímil se apoya en el postulado realista; el referente toma los atributos de lo real y se reactualiza la ilusión referencial..."

2. 2. HIPÓTESIS CENTRAL

La hipótesis central de esta investigación surge de una sospecha: la de que, en una coyuntura histórica propicia para suscitar la movilización social como es la del último período constituyente español (1977-1978), para aquellos partidos políticos de la izquierda radical que afirman que el proceso de cambios que atraviesa el país se debe principalmente a la demanda y a la movilización popular, *el pueblo* como entidad política no existe. O dicho de una manera menos lapidaria: la sospecha está en que *el pueblo*, pese a que en la prensa de estos partidos aparece como el principal agente erosionante del régimen de Franco y elemento esencial para transformarlo en otro de corte democrático, está tan débilmente perfilado en el aspecto político que no puede ser contemplado con el sujeto real que impulsa tamaña metamorfosis. Ello no quiere decir que en las revistas citadas no exista una frecuente -y aun excesiva¹⁴- alusión al pueblo como protagonista de tales cambios, sino que, dada la ambigüedad y la vaguedad con que *el pueblo* está descrito, surge la sospecha de que éste sea sólo un sujeto gramatical, un recurso retórico en un discurso, una categoría tomada de otra coyuntura social y que su existencia política sea fantasmal.

Esto nos conduce al tema de la proyección interna de la ideología y a su función de cara a la formalización de los sujetos; a la función "*interpeladora*", como la denomina Althusser (1974), que transforma a los individuos en sujetos al insertarlos en un sistema de símbolos y valores del que reciben los elementos que van a configurar su identidad y donde se reconocen como sujetos concretos, inconfundibles, irremplazables. "*La ideología es una 'representación' de la relación imaginaria de los individuos con*

¹⁴. Por ejemplo, en el editorial titulado "Contra la constitución monárquica", publicado en la revista Bandera Roja (nº 101, 15-22 de junio, 1978), la palabra *pueblo* y su derivado *popular* aparece citada 19 veces y otras 4 la expresión *masas populares*, en un texto que tiene 110 líneas.

sus condiciones reales de existencia", dice Althusser (1974, 52). Es decir, nos hallamos ante la función socialmente integradora de la ideología, pues, "si la vida social no tiene una estructura simbólica, no hay manera de comprender cómo vivimos, cómo hacemos cosas y cómo proyectamos esas actividades en ideas, no hay manera de comprender cómo la realidad pueda llegar a ser una idea ni como la vida real pueda producir ilusiones; éstos serían hechos simplemente místicos e incomprensibles" (Ricoeur, 1989, 51).

Esta función integradora -ofrecer sentido dentro de un sistema general de representación simbólica-, que se puede pervertir y ser utilizada para deformar o disimular la realidad de otras colectividades humanas de acuerdo con unos determinados intereses de clase o de grupo -esta es la concepción marxista clásica de la ideología (Marx & Engels, 1978)-, se ejerce, en primer lugar, sobre el grupo que elabora el discurso ideológico.

No podemos entrar ahora en la cuestión que plantean Abercrombie, Hill y Turner (1987) sobre si las clases dominadas aceptan o no la ideología de las clases dominantes, pero sí podemos tomar una idea de estos autores que viene al hilo de lo que nos ocupa: la de que la ideología sirve, antes que nada, para ofrecer cohesión a la clase dominante, a la clase que la elabora y la propaga, especialmente en las fases tempranas de dominación.

A tenor de lo dicho, podemos, por tanto, inferir que el discurso político elaborado por la izquierda marxista radical -en los términos en que se detalla en el punto 6. **Del sujeto.**- aunque está destinado a las clases subalternas -a la clase obrera, al campesinado, al pueblo-, obtiene su mayor eficacia al actuar como aglutinante sobre los grupos emisores, pues justifica su existencia como (pretendida) vanguardia popular. Es decir, el principal fin ideológico del discurso político de la izquierda radical es legitimar la aparición de estas organizaciones como nuevas élites que aspiran a dirigir a las clases subalternas. Es un discurso de cara al pueblo, al que se le brindan diversas opciones políticas, pero que señala, sobre todo, la posición de

cada organización con respecto al pueblo y a las demás clases sociales; con respecto al régimen franquista y con respecto al resto de organizaciones políticas; es un discurso que acota el territorio sobre el que pretende intervenir un nuevo sujeto político.

Teniendo en cuenta que se trata de un acta de nacimiento; de dar fe de que un nuevo sujeto está presente en la palestra política, en este discurso no parece que la reciedumbre corpórea con la que están representados los destinatarios, en este caso el pueblo, tenga demasiada importancia. Antes al contrario, por encima del componente científico que como análisis social debe contener, lo destacable de este discurso es la carga emotiva; la importancia concedida a la vinculación emocional e ideológica con las clases subalternas, con el pueblo, al que se concibe en una posición expectante -oprimido y explotado por el franquismo- y esperando el momento de la liberación. De ahí se deriva que el discurso revolucionario impregnado por el "*paradigma de la redención*" (Feher, 1987) sea, pues, la respuesta a la *parusía* en la que la izquierda radical imagina al pueblo.

Así, la falsa conciencia de la izquierda radical sobre sí misma y sobre su papel social es un efecto de la ideología, que no es únicamente un producto del mal pensar -una **visión deformada** o invertida del mundo real impuesta o sugerida por otros-, sino una **herramienta deformante** que ofrece, incluso para aquellos que son sus productores, una visión deformada de sí mismos.

La formación de esta paradójica falsa conciencia en individuos que decían estar en posesión de una teoría que era reflejo de la verdad objetiva viene facilitada, precisamente, por esa fe en un método universal de conocer que forma parte de una doctrina muy formalizada, cuyas categorías -presididas por el antagonismo- para analizar la realidad se consideran positivamente probadas tanto en el campo social como en el científico. De esta manera, para analizar la realidad social de un país basta aplicar el método y rellenar convenientemente las categorías igual que se

rellena una plantilla o un impreso: se busca a la clase o bloque dominante, a la burguesía, a la oligarquía; se buscan las clases intermedias -la pequeña burguesía urbana y agraria, campesinado, etc- y, se busca, sobre todo, a la clase oprimida por excelencia -la clase obrera- o al pueblo, que ha de ser el motor de la transformación social. Un simple análisis cuantitativo (cuando existe) -niveles de renta, beneficios empresariales, salarios, estructura del gasto familiar, ocupación, hábitat, etc- o la interpretación magnificada de determinados conflictos pueden servir para determinar tales categorías y, por ende, tratar de actuar sobre ellas para transformar la realidad. Es decir, el dogmatismo -siempre fácil- ha sustituido a la pretendida actitud científica.

Para no alargarme más sobre esta parte introductoria dedicada a la hipótesis central, queda solamente decir que la sospecha de que *el pueblo*, como sujeto político, no existe, implica que al analizar la realidad social no se han utilizado las categorías adecuadas; que tales categorías, aunque se hayan revelado acertadas para conocer y transformar otras realidades, no han servido para conocer verdaderamente la sociedad española y mucho menos para transformarla.

2.3. ESTRUCTURA DE LA INVESTIGACIÓN

En relación con el epígrafe anterior, el fragmento central de este estudio está dedicado a analizar los elementos que componen los discursos radicales que en aquella coyuntura pretendieron sensibilizar a parte de la opinión pública y ponerla en contra del discurso dominante, al que ya hemos denominado discurso del consenso.

Por lo que se refiere al método utilizado, al que se dedica el **Capítulo 4. Del método**, éste puede ser representado gráficamente por un triángulo o por una pirámide, que como figura reproduce

mejor los diversos lados de la indagación, en cuyo vértice se hallan los discursos, mientras la base está formada por el estudio sobre las condiciones -materiales, históricas y sociales- de producción del texto. La estricta investigación sobre el texto aparece, así, como la culminación de un trabajo realizado para conocer previamente al autor y el contexto en el cual ha sido producido.

Ello responde al principio metodológico de que en materia social siempre hay que preguntar por el dueño de las ideas y en esta ocasión, en que nos ocupamos de representaciones sobre una realidad en litigio, su observación es obligada.

Por otro lado, está el compromiso de jugar limpio con el lector y ofrecerle la posibilidad de manejar las mismas cartas que nosotros brindándole toda la información de que disponemos. Y ello por varias razones.

La primera, porque todo texto coloca al lector en una situación de clara inferioridad y ante un reto. La inferioridad le viene dada porque el autor y el contexto le son desconocidos. El reto se le plantea si pretende llegar hasta las heces en la lectura del texto. De lo cual se deduce que, si el lector desea obtener una correcta interpretación del texto, se verá obligado a entrar en ese triángulo hermético formado por el autor, el texto y el contexto. La pérdida u ocultación de datos sobre el autor y las circunstancias que rodean la producción de texto obligará al lector a realizar una lectura esotérica que le permita entrever algo sobre la vida e intenciones del autor hurgando en los entresijos del texto.

La segunda, porque ni los textos son del todo transparentes -y aún menos los textos políticos- ni tampoco hay lecturas inocentes -y menos las lecturas políticas-. Por eso, un propósito es evitar la interpretación aberrante, es decir, la lectura realizada desde otro contexto que pueda distorsionar el significado (Lozano, 1986, 28); otro, facilitar, asimismo, la cooperación del lector, que no tiene por qué ser un modélico descifrador (Eco, 1981, 73-77) que

supla con su esfuerzo las limitaciones que el texto posee. Así, pues, sabiendo que el lector siempre es extratextual, se trata de ayudarlo dándole a conocer al productor del texto y situándolo en el contexto del mejor modo posible, para que él, a su vez, pueda cooperar rellenando con su interpretación los vacíos que el texto aún pueda tener.

La tercera alude al vínculo específico entre texto y contexto, relación no siempre explícita y que se considera fundamental a la hora de interpretar el o los mensajes de un texto, de medir la coherencia de un discurso y de extraer la máxima información de sus significados, especialmente si se trata de un discurso político y coyuntural como es el caso. Y aunque todo texto tiene siempre algo de misterioso, pretendemos dejar poco resquicio para el ejercicio de la hermenéutica y hacer que las técnicas de análisis, que van a ocupar el lugar de ese antiguo arte de desvelar lo esotérico, hagan hablar a los textos después de que hayan hablado los hechos (una interpretación, naturalmente) que conforman el contexto.

De la relación entre el texto y el contexto podremos extraer la congruencia o incongruencia del primero en sus referencias al segundo; podremos saber de su capacidad para representarlo y aún para modificarlo ya que se trata de un discurso que incita a la acción, elaborado dentro de un determinado sistema social de comunicación que se corresponde con una formación social dada.

De esta manera, podría decirse, con una terminología tomada de Althusser (1978, 92), que el discurso -o el conjunto de éstos- que vamos a analizar es la consecuencia de la "*acumulación de determinaciones eficaces*" que pesan sobre él y que, por ende, no es esotérico, sino que responde a una lógica que viene marcada por el lugar social donde ha sido elaborado -si éste ha sido escogido o no, es, para el caso, indiferente¹⁵-, por las premisas

¹⁵.El discurso político de la izquierda marxista radical se elabora desde un punto muy periférico del sistema de comunicación social, lo cual es fruto (continúa...)

teóricas e ideológicas a las que responde y por los fines que persigue, todo lo cual es anterior a la elección y al orden de los signos que configuran el discurso.

Por ello, el contenido de cada discurso será concreto a la manera en que Marx (1970, 269) concibe la concreción: *"Lo concreto es concreto, porque es la síntesis de múltiples determinaciones, es decir, unidad de lo diverso. Por eso lo concreto aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, y no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida y, por tanto, el punto de partida también de la percepción y de la representación"*.

Conocer las condiciones de producción de un texto -su productor y el ambiente social en que es producido- lleva directamente a procurar el auxilio de otras disciplinas como son la historia y la sociología política.

Por lo que se refiere a esta última, se emplea para delimitar el sujeto -capítulo 6. Del sujeto-, como ya hemos indicado, pero la sociología y la política también están presentes en el análisis del contexto -capítulo 5. Del contexto- pues, confieso que no he sido capaz de separarlas de la visión histórica.

Como no concibo una sociología sin historia ni una historia sin sociología -según una idea de Josep Fontana, creo (y si no, que me perdonen Fontana y el verdadero autor)- he optado por seguir mis impulsos y juntarlas convenientemente en un solo enfoque (al fin y al cabo, en el mundo real todo está revuelto), y con esto hemos llegado al marco temporal, en donde es menester hacer una previa aclaración.

Durante mucho tiempo, la historia general que hemos recibido los que ya tenemos cierta edad y no somos estudiosos de la materia ha

¹⁵(...continuación)

tanto de la vocación de ser portavoz de los desheredados (o de los silenciados), como del esfuerzo marginador de los discursos políticos socialmente dominantes.

sido el relato de los grandes hechos, bélicos en particular, y de los grandes personajes, especialmente hombres; la historia de las guerras, de los reyes y de los prohombres y, en la historia de España, el relato ha sido aderezado por una peculiar tendencia hagiográfica hacia personajes del pasado que servían de remota legitimación al régimen de Franco.

Frente a esta concepción de la historia tuvo que desarrollarse la llamada historia social, que, según Tuñón de Lara, (1984, 6) se refiere a *"una historia global en cuya base se sitúa el estudio de las clases sociales"*. Y aún estando de acuerdo con Lucien Febvre (1986, 39) cuando escribe que *"no hay historia económica y social. Hay la historia sin más, en su unidad. La historia que es, por definición, absolutamente social"*, estimo necesario, en este momento y en este país, conservar el matiz social porque supone adoptar un aparato metodológico que contempla el pasado desde la perspectiva múltiple que le otorga su vinculación con la economía, la sociología, la política o la demografía, y porque recuerda que el estudio de la historia *"no es el fragmento de lo real, uno de los aspectos aislados de la actividad humana, sino el hombre mismo, considerado en el seno de los grupos de que es miembro"* (Febvre, 1986, 41).

Partiendo de este enfoque, vamos a ubicar los textos de la prensa marxista radical, es decir, el objeto central de la pesquisa, en el contexto en que tiene lugar el debate constituyente, que a su vez está inmerso en la más amplia problemática de la transición política, aunque el corpus de la investigación está básicamente formado por textos del año 1978, que es el año constituyente por excelencia. Por otro lado, vamos a trazar una breve panorámica histórica de los avatares que ha sufrido el constitucionalismo en nuestro país, teniendo como permanente telón de fondo los sucesivos -y casi siempre fallidos- intentos modernizadores de la sociedad y del Estado español.

Si, como escribe Tuñón de Lara (1984, 7), la base de la historia social se encuentra en el estudio de las clases sociales y en

sus luchas -"en su enfrentamiento (por naturaleza y no por disfunción) como factor fundamental en el proceso histórico"- , partiremos de una posición que contemple el conflicto social no como una anomalía, sino como elemento consustancial con el devenir humano. Es más, del examen de la prensa que nos ocupa, se extraen unas posiciones políticas que reposan en la asunción exasperada del conflicto social como rasgo fundamental de las sociedades modernas y, a la vez, como elemento crucial para su transformación.

Según esta idea, el conflicto está presente tanto en el marco teórico desde el cual se analiza la realidad -en la polaridad (dialéctica) como método para percibir la realidad social en movimiento (la lucha de clases como motor histórico)-, como en el marco político -el antagonismo como forma de intervención política (praxis)- para transformarla. El nexo que vincula la polaridad social (la lucha de clases) con la polaridad como categoría teórica y con la acción política es la llamada teoría del reflejo, según la cual el conocimiento es un reflejo del mundo real¹⁶ en el cerebro humano y de cuya crítica nos ocupamos brevemente en el capítulo octavo.

Desde la perspectiva analítica adoptada por la prensa que nos ocupa, puede deducirse que la elección del marco teórico para interpretar la realidad social es congruente con el campo elegido para transformarla (lucha de clases), con el bando que se ha elegido para hacerlo (proletariado) y con la posición adoptada en el frente de lucha (partido u organización de vanguardia). Se trata de una teoría, elaborada y aplicada por un partido, que debe servir a los intereses de una determinada clase social. Lo cual puede resumirse en la expresión teoría-clase-partido, que es otra manera de formular el archiconocido principio marxista que vincula teoría y praxis.

¹⁶. Véase Lenin, V.I., **Materialismo y empiriocriticismo**, Madrid, Ayuso, 1974, pp. 146, 147, 252, 253, 255, 256, 314.

Todo lo cual, si bien puede inducir con excesiva frecuencia a los partidos que profesan tales principios a adoptar tácticas ciertamente patológicas, es congruente con el universo político e ideológico (mítico, teleológico) dentro del cual se mueven tales posiciones, pero tratar ese asunto nos alejaría del tema principal de este trabajo.

Todo mirar se convierte naturalmente en un considerar, todo considerar en un meditar, todo meditar en un entrelazar; y así puede decirse que ya en la simple mirada atenta que lanzamos al mundo estamos teorizando.

(J. W. Goethe)

CAPÍTULO 3. HIPÓTESIS Y MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO 3. HIPÓTESIS Y MARCO TEÓRICO

Sumario

3.1. Introducción

3.2. Delimitación teórica. Grandes hipótesis

3.2.1. La opacidad de lo social

3.2.2. La dimensión política tomada como expresión concentrada de la conciencia social

3.2.3. La política como actividad encaminada a alcanzar el poder determina unas relaciones agonales

3.2.4. Dificultad de toda colectividad social para convertirse en colectividad política: el pueblo como colectividad política

3.3. Hipótesis de verificación

3.4. Repertorio de conceptos utilizados

3.1. INTRODUCCIÓN

1. El investigador, en la medida que trata de conocer con cierta profundidad un fragmento de la realidad social, no debe olvidar que éste es sólo una parte de un ámbito más amplio formado tanto por el mundo real como por su representación -la realidad real más la realidad representada (Beltrán, 1991)-. O, expresado de otra manera, no debe olvidar que su intención de conocer con más profundidad la realidad social, debe pasar, necesariamente, por abordarla desde su representación.

Es decir, que entre la intención del investigador y el presunto objeto de la investigación se alza todo un mundo de mediaciones, de representaciones -teóricas e ideológicas-, entre las cuales el primero debe abrirse paso y tomar aquellas que le conduzcan a su fin: producir un objeto teórico. Y aquí, la palabra presunto no es ociosa, puesto que el citado objeto de la investigación no alcanza tal categoría hasta que la investigación ha concluido; es decir, el objeto queda perfilado, definido, delineado en el

transcurso de la investigación, no antes, donde sus rasgos vagos -presentidos, intuitos pero no perfilados- permiten denominarlo pero no considerarlo todavía un objeto teórico, un objeto del saber, una aportación científica.

Pero volviendo al asunto anterior, a la coincidencia de varios ámbitos -realidad y representación- en el proceso de conocer, resulta que el investigador, al percibir el complejo mundo de mediaciones que se interpone entre él y su objetivo, sufre en carne propia una tensión tan vieja, o casi tan vieja, como el saber humano, origen de diversas escuelas filosóficas y causa de debate a lo largo de los siglos, pues se ha topado de bruces con las complejas relaciones entre el objeto conocido -o a conocer- y el sujeto cognoscente.

Como es fácil de comprender, no podemos abordar aquí un debate sobre el tema que nos llevaría desde la platónica teoría de las ideas innatas a las modernas aportaciones de la realidad concebida como una construcción elaborada socialmente o a las diversas corrientes que se centran en el estudio del lenguaje como elemento esencial de esa construcción o representación; únicamente vamos a comentar un par de ideas que consideramos imprescindibles para nuestra marcha. Por lo que concierne al objeto, la indagación sobre una parcela del mundo real, si bien contempla esa parcela como específico fin de su actividad, no debe ignorar que se trata solamente de parte de un conjunto más amplio, de una realidad más extensa, a la cual está vinculada la parcela investigada. Bunge (1981, 40) sostiene que todo objeto real (material) es o bien un sistema o bien un componente de un sistema. *"No hay cosas sueltas -dice-. Búsquense relaciones en particular, lazos (o acoplamientos o conexiones) entre las cosas"*. Este principio, que Bunge mantiene hablando de la ciencia en general, es particularmente cierto hablando de las ciencias sociales, de tal manera que el objeto investigado debe ser un objeto aislable, reconocible por sus rasgos, pero al mismo tiempo

reconocible por sus relaciones con otros objetos; que encuentre su lugar, historia y función en un sistema¹.

Por lo que se refiere al sujeto, en la medida que el conocimiento humano es sólo una representación ordenada del mundo realmente existente -que en sí mismo es un *continuum* incoherente de entes relacionados al que la actividad humana ha conferido un orden-, cualquier intento de saber algo más sobre una parcela concreta del mundo real está conectado con algún aspecto de ese previo acervo de representaciones que llamamos saber -ciencias en su formulación más rigurosa y restringida; ideologías en la más extendida y asistemática-, de lo cual sacamos dos conclusiones. La primera es que toda investigación se realiza dentro de un campo teórico, elegido y acotado por el investigador entre todos los campos del saber; es decir, el investigador elige su terreno, su ángulo para observar, para mirar la realidad. "*La mirada se encuentra a medio camino entre el saber y el preguntar*", dice L. Martín Santos (1988).

Es decir, que el interés por aproximarse a un fragmento de la realidad y convertirlo en objeto de estudio estará, por un lado, explícita y científicamente suscitado por alguna parte de ese "*mundo artificial*" que, según Bunge (1988, 9), es la ciencia y, por otro, por lo que este autor (ibíd, 59) denomina "*soporte extracientífico*" o sustrato cultural, derivado del espíritu de su tiempo y de la concepción del mundo del investigador, que no debe

¹. Aunque más adelante nos detengamos en este tema, basándome en las aportaciones de M. Martín Serrano (1982), pp. 93-109-, considero un sistema como la representación, a un alto nivel de abstracción, de un conjunto de elementos de la realidad que guardan entre sí relaciones precisas -*tienen información*- en una forma de organización. La configuración precisa de estas relaciones sería la estructura.

Por contra, un agregado sería un conjunto de elementos sin ningún tipo de organización ni relación precisa -*están desinformados*-.

ser entendida como un saber científico positivo², sino como un conjunto de principios morales y afirmaciones sobre el mundo y la vida.

La segunda idea es que detrás de la curiosidad que, después de observar un hecho, conduce al investigador a plantearse una(s) pregunta(s) y a aventurar una o varias respuestas (hipótesis), existe ya un primer enunciado teórico, pues como indica G. Longo (1973, 34) *"la investigación siempre se inicia formulando una pregunta, lo cual ya constituye un razonamiento"*. Según éste, *"el plantearse un problema constituye una suposición primaria y por tanto una primera formulación teórica, que si bien se deriva de los hechos observados y asimilados anteriormente.../.. es la que inicia la verdadera investigación, consciente y razonada"* y aunque esta primera formulación sea necesariamente tosca, vaga o esté basada en suposiciones o meras intuiciones, sirve de guía a la investigación.

De todo esto se deriva un gran problema metodológico para el investigador: ¿cómo separar la parcela a investigar del resto de la realidad pero sin perder de vista los nexos entre ambas?, ¿cómo vincular el acervo general de la ciencia con el preciso conocimiento para investigar un aspecto particular del mundo?, ¿qué elementos teóricos deben tenerse en cuenta para definir el objeto investigado?. Y, no menos importante, ¿cómo hacerlo sin dejarse influir por los soportes extracientíficos, pero sin negar que existen?.

La magnitud de este problema se le antoja al investigador novel parecida a la de tener que analizar una gota de agua en medio de un océano, pero para orientar al navegante existe la brújula. *"No hay avenidas hechas en ciencia -advierde Bunge (ibíd, 48)-, pero*

².Manuel Sacristán, en "La tarea de Engels en el Anti-Dühring", (1968, X) sostiene que "una concepción del mundo no es un saber, no es conocimiento en el sentido en que lo es la ciencia positiva. Es una serie de principios que dan razón de la conducta de un sujeto, a veces sin que éste se los formule de un modo explícito".

hay en cambio una brújula mediante la cual a menudo es posible estimar si se está sobre una huella promisorio. Esta brújula es el método científico, que no produce automáticamente el saber, pero nos evita perdernos en el caos aparente de los fenómenos, aunque sólo sea porque nos indica cómo no plantear los problemas y cómo no sucumbir al embrujo de nuestros prejuicios..."

Gracias al método sabemos cómo hemos convertido esas intuiciones o suposiciones iniciales en certezas, sabemos cómo hemos llegado a saber, y este proceso de llegar a saber cómo sabemos es lo que, para Bunge, distingue a la ciencia -"Para que un trozo del saber merezca ser llamado 'científico' -indica Bunge (ibid, 42)- no basta -ni siquiera es necesario- que sea verdadero. Debemos saber, en cambio, cómo hemos llegado a saber, o a presumir, que el enunciado en cuestión es verdadero: debemos ser capaces de enumerar las operaciones (empíricas o racionales) por las cuales es verificable (confirmable o desconfirmable) de una manera objetiva al menos en principio".

Como la investigación se inscribe en el marco de esa porción devenida recientemente autónoma de la sociología política llamada comunicación política, "lugar de encuentro" (Dader, 1992) o de confluencia de varias disciplinas -sociología general, teoría política, comunicación de masas, opinión pública-, que carece, por el momento, de una metodología propia, nos hemos visto obligados a utilizar los métodos propios de las materias colindantes. Lo cual no es demérito ni para una disciplina de tan reciente creación ni para la propia investigación que se ve enriquecida por esa pluralidad metodológica.

Es decir, la investigación, aunque esté centrada en la lectura e interpretación de textos, está recorrida transversalmente por el espíritu de los autores de dichos textos y por el espíritu de la época en la que los primeros estuvieron inmersos.

Así, pues, si en el presente capítulo quedan explicitados los grandes supuestos teóricos que sirven de terreno firme y punto de

partida a la investigación, en los capítulos 5. Del contexto y 6. Del sujeto se despliegan y conjugan, en el marco de un tiempo y de un espacio concretos, el enfoque social, el político y el histórico.

2. El acto de enunciar las hipótesis supone poner en escena los elementos esenciales que delimitan la posición del investigador ante determinado campo del saber.

Las hipótesis, que en apariencia son el origen de la pesquisa, la ilusoria cisura entre lo que se conoce y lo que se aspira a conocer, son, en realidad, la consecuencia de una decisión epistemológica adoptada con antelación; son un final. Importa poco que esta decisión pase inadvertida para los demás -incluso para el mismo investigador, quien, según Bunge (1988, 49), "*rara vez tiene conciencia del camino que ha tomado para formular sus hipótesis*"- o que figure explícitamente entre las consideraciones metodológicas, porque lo substancial es que el investigador haya acotado el terreno en el cual desea moverse.

El acto de formular las hipótesis supone enunciar las dudas, las interrogantes, pero también las certezas, porque, junto con el terreno pantanoso que son las hipótesis -verdades supuestas, a verificar- aparecen también verdades no verificables, verdades axiomáticas, que muestran el suelo firme desde el cual se han enunciado las primeras y desde el cual es posible iniciar el trabajo que concluya con su verificación. Así, con las hipótesis surge también el campo teórico en el que están inmersas; el lugar teórico donde el investigador se interroga y, si se permite el símil, desde donde corta un trozo del saber igual que se corta un trozo de tarta, recorriendo de arriba a abajo muchos campos que ha hecho suyos y despreciando el resto.

Naturalmente, el tajo pone al descubierto numerosos campos del saber que no van a ser revisados -ni pueden serlo- pero que sirven, si se utilizan diestramente, para dirigirse a la zona que se desea investigar.

La forma elegida para acotar este campo teórico es congruente con el esquema de explicitación de toda la investigación, basado en el principio de inferencia; es decir, partimos de lo general y por un proceso de inferencia o deducción descendemos a lo particular, que es concreto porque es la suma de muchas determinaciones, como afirma Marx (1970) en un célebre prólogo; es el fruto de muchas influencias. En este caso, el discurso que nos ocupa es producto de un contexto -mediato e inmediato- y de un sujeto que debemos conocer.

En el campo teórico hemos seguido idéntico principio, de manera que cualquier persona, siguiendo un orden lógico deductivo, pueda comprender escalonadamente no sólo nuestro último punto de vista, sino nuestro modo de razonar. Este proceder se inscribe en la corriente metodológica de las llamadas teorías axiomáticas, que, siguiendo una idea popularizada por H. L. Zetterberg (Castells, 1981, 43), consiste en elaborar *"cadenas de propuestas teóricas, ligadas por procedimientos lógicos de deducción y equivalencia, partiendo de algunas de ellas consideradas como puntos de partida inexplicados (axiomas)"*.

Llamaremos también hipótesis -hipótesis teóricas, dado que son supuestos- a estos territorios, a estos supuestos axiomáticos que el investigador acepta sin cuestionar para poder encaminarse a la zona cuestionada: a verificar las hipótesis que llamaremos de verificación. De este modo, la investigación parte de una serie de supuestos de distinta entidad y jerarquía que, desde el campo epistemológico hasta el campo metodológico (sin excluir el ideológico³), se relacionan en cascada. En este sentido, porque

³. Bunge (ibíd, 58) señala que las hipótesis científicas tienen soportes científicos y extracientíficos: *"los primeros son empíricos y racionales, los últimos son psicológicos y culturales"*. Más adelante (ibíd, 60), indica: *"Lo que hemos llamado soporte cultural de las hipótesis fácticas consiste en su compatibilidad con alguna concepción del mundo y en particular con la Zeitgeist prevaleciente. Es obvio que tendemos a asignar mayor peso a aquellas"*
(continúa...)

dan cuenta de forma resumida de la actitud del investigador, es como entendemos la afirmación de Bachelard de que las hipótesis son síntesis⁴, pues aparecen como un conjunto articulado cuyo valor epistemológico reside en la coherencia del mismo y no tanto en alguna de sus partes.

Partiendo del nivel más abstracto, definimos, en primer lugar, las hipótesis que corresponden al campo teórico, formuladas en el proceso de construcción del objeto investigado a partir de la problemática teórica en que se ubica el estudio. Su elaboración constituye una de las etapas más importantes de la pesquisa. En segundo lugar, definimos las llamadas hipótesis verificables en toda su dimensión y que, en alguna medida, verifican en un ámbito reducido, a través del análisis y tratamiento de los datos, las hipótesis teóricas o grandes hipótesis.

3.2. DELIMITACIÓN TEÓRICA. GRANDES HIPÓTESIS

3.2.1. LA OPACIDAD DE LO SOCIAL

Partimos de un principio epistemológico general que podríamos enunciar más o menos de la siguiente manera: *el ámbito formado por la dimensión colectiva de la actividad humana, al que nos referimos habitualmente como 'lo social', es esencialmente opaco. Lo que llamaríamos apariencias deslumbrantes o fenómenos más visibles de la realidad social no son sino manifestaciones de*

³(...continuación)

hipótesis que congenian con nuestro fondo cultural, y, en particular, con nuestra visión del mundo, que a aquellas hipótesis que lo contradicen".

⁴.Según Bachelard "*el tiempo de las hipótesis deshilvanadas y cambiantes ya pasó, como también pasó la época de las experiencias raras y aisladas. Ahora la hipótesis es síntesis*" (Bourdieu, Chamboredon, Passeron, 1975 (1989), 91).

esta opacidad que, tras el brillo de ciertas mistificaciones, velan el sentido profundo del acontecer social⁵, el cual se presenta no sólo oscuro sino en movimiento, añadiendo a esa opacidad la dificultad de conocer un ámbito magmático, nebuloso y bullente. Así, pues, lo social no se ofrece a primera vista sino que sólo revela parcialmente sus entrañas a aquel que ha mostrado el empeño suficiente para desvelar sus brumas por medio de un trabajo riguroso. De ello da buena prueba el esfuerzo de las diferentes ramas de las ciencias sociales por brindar explicaciones racionales del acontecer colectivo. El que éstas no sean coincidentes en sus conclusiones es una prueba adicional de los obstáculos que halla quien quiera adentrarse en dicho ámbito por alguna de sus distintas vías de acceso⁶.

Dicha opacidad también se hace patente cuando lo social, por medio del lenguaje, aparece expresado de manera manifiesta y sometido a algún grado de racionalización por las exigencias de un discurso. Ni aun cuando la comunicación surge desde dentro del ámbito de lo social, pierde éste por completo su existencia caliginosa. Este es el caso del fenómeno de la opinión pública, cuyo estudio, abordado desde muy distintos enfoques, ha dado lugar a tan sugerentes como enfrentadas teorías⁷.

El ejercicio de subrayar el carácter opaco de la realidad social y su resistencia a dejarse comprender con poco esfuerzo viene a cuento de que en esta investigación nos las tenemos con una serie de discursos cuyos autores están inmersos en una corriente del

⁵. En este sentido, la realidad social, como producto de la actividad humana, es tanto la realidad *real* como la *apariencia*. Véase el capítulo 1 de la obra de Miguel Beltrán *La realidad social* (Madrid, Tecnos, 1991).

⁶. Miguel Beltrán (1991, 99-127) estima que son cinco las vías o métodos para acceder a la realidad social: el método histórico, el comparativo, el crítico-racional, el cuantitativo y el cualitativo.

⁷. Para no extenderme sobre este tema, remito al manual de opinión pública del Departamento -Muñoz Alonso, A., Monzón, C., Rospir, J.I. y Dader, J.L., *Opinión pública y comunicación política* (Madrid, Eudema, 1990) y a la amplísima bibliografía que contiene.

pensamiento muy penetrada por el cientificismo -término que alude a la reverencia ante un modelo de ciencia social simplificador y basado en paradigmas de las ciencias naturales del siglo XIX-, convertido en soporte básico de una ideología hiperpolítica que ha recibido diversos nombres, uno de ellos, si no el más adecuado quizá el menos inconveniente, sería del de marxismo-leninismo, del que se habla en el capítulo 6, dedicado al sujeto.

Desde el punto de vista epistemológico, esta ideología se asienta sobre los siguientes supuestos:

a) La realidad social esta dada -es objetiva- pero en todas las sociedades atravesadas por intereses de clase la percepción de la realidad se encuentra oscurecida por la ideología de la clase dominante, la cual, para conservar el orden social existente, del cual es beneficiaria, difunde su peculiar visión del mundo entre las clases subalternas.

b) La teoría capaz de explicar la realidad social (y, además, de transformarla) también está dada -el marxismo, luego el marxismo-leninismo (en algunos casos continuado por el pensamiento de Mao Zedong)- y sólo queda aplicarla.

c) Si la verdad es objetiva, el papel asignado a la ciencia es el de desvelarla, reflejarla. El conocimiento es un reflejo de la realidad.

d) El método para conocer la realidad también existe (el método dialéctico), pero, sobre todo, existe acerca de él una actitud reverencial que lleva a aplicarlo mecánicamente urbi et orbi⁸. Estos supuestos, propios de un pensamiento conservador que creía

⁸. Por razones largas de explicar, la cuestión del método ha sido esencial para los marxistas, pues de simple asunto instrumental ha pasado a ser el límite que define la ortodoxia. Ya Georgy Lukács escribía en 1923 (1969, 2) que *"en cuestiones de marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al método. Esa ortodoxia es la convicción científica de que en el marxismo dialéctico se ha descubierto el método de investigación correcto, que ese método no puede continuarse, ampliarse ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores. Y que, en cambio, todos los intentos de <<superarlo>> o <<corregirlo>> han conducido y conducen necesariamente a su deformación superficial, a la trivialidad, al eclecticismo"*.

todavía en paradigmas del siglo XIX -unidad de las ciencias, un único método científico, ocaso de la filosofía como 'ciencia de la especulación', unidad de las leyes del movimiento en la mente humana, en la naturaleza y en la sociedad⁹...- convertidos en dogma han producido una actitud perezosa ante las incertidumbres del saber, de modo que, entre los colectivos a los que aludimos, la investigación de la realidad social se ha convertido en una invocación ritual, que alude más a la legitimación que da estar en posesión de un método universalmente válido para conocer la realidad que a un verdadero deseo de ponerlo a prueba.

Si a lo anterior unimos la idea de que tal pensamiento no sólo pretendía conocer la realidad social sino, antes que nada, transformarla, estaremos en condiciones de entender que, con tales presupuestos y sin un método riguroso, para sus seguidores -el sujeto que nos ocupa- la realidad social española se mostrara tercamente opaca.

Esta opacidad de lo real se manifiesta en el terreno lingüístico en la dificultad de encontrar términos unívocos para representar las dimensiones de lo social. Una de estas dimensiones en las que se expresa lo social es *pueblo*. En consecuencia, *el pueblo*, como una de las expresiones que puede adoptar lo social, es opaco.

La polisemia del término es una consecuencia de la opacidad con que se muestra esa expresión colectiva y de las muchas lecturas que puede ofrecer; o, dicho en otros términos, el significante *pueblo* contiene muchos significados acerca de lo que es -o se interpreta que es- dicho agregado humano.

En *pueblo* confluyen, además, varias dimensiones que aumentan las dificultades para perfilar sus rasgos. Por un lado, nos topamos con la dimensión cuantitativa -un pueblo son muchas personas- y, por otro, con la dimensión cualitativa: un pueblo no es igual a otro aunque ambos puedan agrupar al mismo número de personas; no

⁹. Véase J.M. Roca, "Marxismo y posmodernidad" (1991, 58).

son dos conjuntos similares formados por entes idénticos ni siquiera parecidos. Esa dimensión cualitativa alude a rasgos específicos, a un común denominador -o varios- que hace de una colectividad algo distinto de otras.

Por otra parte, el término *pueblo* hace referencia a un conjunto humano que puede ser estudiado tanto desde la perspectiva de su movimiento y evolución a través del tiempo, como desde el enfoque contrario: de la permanencia de los rasgos fundamentales de su identidad.

Para no alargarnos innecesariamente sobre un punto que tiene su desarrollo un poco más adelante, podemos resumir que el contenido de *pueblo*, como cualquier otra expresión de lo social, no está dado de forma inmediata, sino que aparece sometido a múltiples mediaciones y recorrido por transversalidades que requieren vías diferentes para aproximarse y desvelar sus opacidades.

Partir de este principio epistemológico general nos conduce a otra hipótesis: la emergente claridad de lo político, entendido como expresión superior, condensada, sintetizada de lo social.

3.2.2. LA DIMENSIÓN POLÍTICA COMO EXPRESIÓN CONCENTRADA DE LA CONCIENCIA SOCIAL

Siguiendo el razonamiento aristotélico de que el hombre es un animal político -*zoon politikón*- entendemos que lo social es una categoría anterior a lo político; lo social es prepolítico.

Para llegar a ser un animal político el hombre -como género- debe antes ser un animal social¹⁰; un animal que vive en compañía y que en compañía dirige los asuntos peculiares de su vida, pero cuando el *animal social*, además de ocuparse de sus propios asuntos, se ocupa de los asuntos de los demás -del resto del rebaño- y de su gestión -pues concibe que la marcha de todo el rebaño le afecta a él y que él puede afectar a la marcha de todo

¹⁰.Aristóteles vincula ambos rasgos -social y político- cuando compara al hombre con el animal social por excelencia: la abeja -"Por esto consta ser el hombre animal político o civil más de veras que las abejas..."(1985, 33)-.

el rebaño- se convierte en *animal político*, en ciudadano, en habitante de la sociedad política (polis), en aquel que, según Aristóteles (1985, 121), "*tiene derecho y libertad de participar del gobierno, del consejo y de la magistratura*".

Lo social concibe al humano agrupado, viviendo en una comunidad aún natural, en tanto que lo político concede al individuo la percepción de que pertenece a una colectividad artificial surgida de la convención: el hombre -el humano- es político en tanto que es social, pues la política confiere el más alto grado de socialización, de inmersión en lo colectivo al hacer partícipe al individuo de la gestión de lo común. A tenor de lo anterior, el individuo apolítico es el individuo parcialmente socializado; parcialmente inmerso en la peculiar asociación humana a la que pertenezca; es un individuo que, al no haber prolongado la moral particular en la moral de lo público, no ha realizado todavía el proyecto aristotélico que vincula la ética con la política.

El apolítico es un individuo incompleto porque está mutilado en un aspecto esencial de su vida humana -es decir, transnatural-: el que se ocupa de hacerle partícipe de los fines comunes, el que le brinda la percepción de que su propia existencia únicamente tiene sentido dentro de un proyecto común, de cuya gestión debe también ocuparse. La función de la política es, pues, vincular la administración de lo particular con la gestión de lo general y compartido.

El humano -hombre/mujer- político no deja de ser *zoon* en tanto conserva todavía vínculos puramente naturales (sangre, entorno, subsistencia) con la comunidad a la que pertenece (rebaño), pero deja de ser *zoon* en cuanto es político; en cuanto pasa de la agrupación como simbiosis al planteamiento de que toda asociación implica una tensión entre los fines compartidos y los fines no compartidos y en cuanto percibe que la gestión de lo común va más allá de lo que marca la naturaleza, porque la dimensión de lo político es transnatural; es artificial.

El individuo apolítico es un individuo alienado que desatiende aspectos de su propia vida dentro de un proyecto más general cuya gestión realizan otros; no sabe que la gestión de su presente no depende ni de fuerzas celestes -divinidades- ni naturales, sino de él -por acción u omisión- en una buena parte. El individuo apolítico es primitivo -todavía natural- porque no ha comprendido aún la dimensión artificial -mudable, histórica, transitoria- de la agrupación humana a la que pertenece y cuya evolución también depende de él.

Ahora bien, si la política supone la preocupación por la gestión de lo común, lo cierto es que ésta no es unívoca y que choca con otros modos de entenderla, pues se refiere a ámbitos -administra cosas y gobierna personas- con intereses y objetivos diferentes; la política representa diferentes visiones y modos de acercarse a la gestión de lo común, de ahí llegamos a otra hipótesis: a la lucha como elemento consustancial a la política.

3.2.3. LA POLÍTICA COMO ACTIVIDAD ENCAMINADA A ALCANZAR EL PODER DETERMINA UNAS RELACIONES AGONALES

La preocupación por lo común mostrada desde un ámbito particular de la sociedad no implica el acceso inmediato a su gestión dada la apetencia, fácilmente observable, que se muestra por el mismo objetivo desde otras esferas particulares de intereses.

En las sociedades modernas el lugar privilegiado para gestionar lo común -y para la gestión de lo privado a través de lo común, o de lo común convertido en privado- es el conjunto de aparatos del Estado, ámbito fundamental de residencia del poder político. Aspirar a intervenir sobre ello implica aceptar las reglas de juego de la política, que regulan -de muy diversas maneras- la competencia entre todos aquellos actores -individuos o grupos- que pretenden dirigir los asuntos comunes desde la atalaya del Estado.

Para nuestro propósito creemos conveniente adoptar una de las concepciones teóricas que más insisten en la política como ámbito

de las relaciones agonales; es más, su autor, Carl Schmitt, ubica la política en el terreno de la competición exacerbada que, en su ensayo *El concepto de la política* (1975, 97), enfatiza (la letra negrita es suya): "*La distinción propiamente política es la distinción entre el **amigo** y el **enemigo***". Más adelante, insiste: "*La distinción del amigo y el enemigo define la intensidad extrema de una unión o de una separación*" y luego: "*No es enemigo el concurrente o el adversario en general. Tampoco lo es el contrincante, el <antagonista> en la pugna del <Agón>* (Schmitt distingue entre *agón*, lucha entre griegos, aunque sea cruenta, y guerra, lucha entre griegos y extraños). Y lo es menos aún un adversario privado cualquiera hacia el cual se experimenta antipatía. Enemigo es una totalidad de hombres situada frente a otra análoga que lucha por su existencia, por lo menos eventualmente, o sea, según una posibilidad real. Enemigo es, pues, sólo el enemigo público, porque todo lo que se refiere a ese grupo totalitario de hombres, afirmándose en la lucha, y especialmente a un pueblo, es público por sólo esa razón" (ibíd, 100).

Es igualmente útil para nuestro propósito adoptar algunas de las categorías utilizadas por Mao Zedong (1974, 9), quien, desde un punto de vista eminentemente práctico, comienza el análisis de la sociedad china haciéndose la siguiente reflexión: "*¿Quiénes son nuestros enemigos y quiénes nuestros amigos? Esta es una cuestión de importancia primordial para la revolución. Si todas las anteriores luchas revolucionarias de China sólo obtuvieron éxitos exíguos, fue, esencialmente, porque los revolucionarios no supieron unirse con los auténticos amigos para atacar a los verdaderos enemigos*". Esta preocupación lleva a Mao (1977, 419) a emplear, para analizar en distintos momentos¹¹ los conflictos

¹¹. Además de en los escritos anteriores a la creación de la República Popular, los mismos términos aparecen en el epígrafe 5 uno de los textos fundamentales sobre la revolución cultural, la "Decisión del Comité Central (continúa...)

sociales en la sociedad china, dos categorías polares -*pueblo y enemigos del pueblo*-, que nos van a ser de gran utilidad en el trabajo que nos ocupa, uno de cuyos ejes de interés es el estudio de la noción de *pueblo*.

Así, para nosotros, el antagonismo político vendrá definido por la relación bipolar entre el pueblo -quien quiera que sea- y el o los enemigos del pueblo -quienes quiera que sean-.

3.2.4. DIFICULTAD DE TODA COLECTIVIDAD SOCIAL PARA CONVERTIRSE EN COLECTIVIDAD POLÍTICA: EL PUEBLO COMO COLECTIVIDAD POLÍTICA

De las diversas acepciones del término *pueblo* que hemos citado, nosotros adoptamos la noción política como máxima expresión de su identidad; los rasgos políticos hacen del pueblo una colectividad diferente de otras agrupaciones humanas. Sin embargo, esta especificidad halla algunas dificultades para:

a) hallar los rasgos comunes de una identidad colectiva, definida a través de un discurso
b) encontrar (y encontrarse a través de) una expresión política adecuada, plasmada en:

b.1.) un programa que defina su lugar en la sociedad, busque unos objetivos y articule los medios para alcanzarlos

b.2.) unos representantes (una delegación; una élite).

Esta noción de pueblo, entendida como conjunto de clases y capas sociales subalternas, nos conduce a la necesidad de un programa que contemple y articule las aspiraciones e intereses (a veces muy divergentes) de los diferentes grupos sociales que integran dicho conjunto.

Esta noción de programa es propia de la izquierda, según Juillard (1987). Mientras la derecha gobierna por tradición, por derecho natural cuando no divino o por la (presunta) superior calidad de

¹¹(...continuación)

del Partido Comunista chino sobre la gran Revolución Cultural Proletaria adoptada el 8 de agosto de 1966", conocida también como el *documento de los 16 puntos* (Daubier, 1974, 405).

sus miembros y no precisa programa porque considera que el suyo es el evidente, el habitual, el natural (el orden vigente, la familia, la propiedad, la religión y la tradición), los valores como la ética niveladora, el afán de justicia, la racionalidad correctora del presente y el diseño del futuro hacen del programa un elemento imprescindible para la izquierda, porque el programa es un manifiesto sobre su razón de ser que critica negativamente la sociedad presente y anticipa la del futuro ofreciendo a la vez un plan que contempla la articulación de medios y esfuerzos a lo largo del tiempo.

La derecha es del presente, en tanto que la izquierda pertenece al futuro; la derecha rotura el hoy, en tanto que la izquierda explora el mañana, de ahí que le sea necesaria una brújula (el programa) para no extraviarse en su viaje. Pero además, este diseño del porvenir es a la vez expresión de un pacto.

Según Juillard (ibíd, 90) *"el programa es la última voluntad del soberano, es decir, del pueblo, en manos de su delegado"*. Con lo cual, además de la fe de vida de un ente político, el programa es la pública expresión de un compromiso, del que surge, en este caso, un nuevo agente histórico: el pueblo entendido como sujeto político.

3.2.2. HIPÓTESIS DE VERIFICACIÓN

Si el discurso de la prensa radical afirma que:

- 1.- El pueblo existe, es activo, tiene un programa y lo persigue.
- 2.- El pueblo está políticamente representado, pero dividido.
- 3.- Las diversas organizaciones de la izquierda radical se arrojan toda o, al menos, una parte de esta representación.

4.- El período constituyente es resultado de la lucha popular contra el franquismo, por las libertades democráticas.

5.- A tenor de lo anterior, la Constitución debe recoger las aspiraciones populares.

LAS HIPÓTESIS, en consecuencia, sostienen que:

3.2.2.1.- El pueblo no existe como sujeto político y menos aún un pueblo a la ofensiva

3.2.2.2.- El pueblo, como sujeto político, no es reconocible por sus señas:

- por sus organizaciones separadas
- por sus dirigentes
- por su programa político

3.2.2.3.- La aparición del pueblo como sujeto político no ha sido la causa principal de la transformación del régimen

3.2.2.4.- El proceso constituyente no responde a la presión popular ni la Constitución recoge las aspiraciones de un pueblo político a la ofensiva

En consecuencia, la investigación:

1. Busca en los textos los rasgos que definen la identidad de la categoría *pueblo* en oposición a los de sus adversarios, definidos por la categoría *enemigos del pueblo*.

2. Analiza las relaciones entre ambas categorías para precisar la correlación de fuerzas (expresión de poder) entre los colectivos opuestos *-pueblo/enemigos del pueblo-*.

3. Dado que se trata de una pesquisa sobre documentos políticos

y que se centra en la esfera política, se considera que el pueblo por encima de otras consideraciones -culturales, étnicas, etc- debe encontrar su verdadera e inalienable expresión política en la formulación de un programa. Podemos adelantar como premisa que sin programa popular no hay pueblo, políticamente hablando.

4. Los textos deben reflejar que, a través de este programa y de la movilización en torno a él, el pueblo está en condiciones de hacer valer sus derechos durante el período constituyente; o sea, disputar, al menos, algunas cuotas de poder y conseguir que se encuentren plasmadas en el texto constitucional.

3.3. REPERTORIO DE CONCEPTOS UTILIZADOS

Dentro del marco teórico y dada la polisemia de algunos de los términos que vamos a utilizar, vemos necesario definir unos conceptos tan sometidos a controversia como son (por orden alfabético): burguesía, clase social, colectividad política, conciencia de clase, correlación de fuerzas, discurso, discurso político, Estado, izquierda radical, populismo, proletariado, sistema. Por otra parte, dado que la elección de un sentido preciso en un término polisémico comporta un razonamiento, hemos preferido reflejar éste antes que conformarnos con la definición escueta que es resultado del mismo.

3.3.1. BURGUESÍA

Existen varias razones para utilizar este término; la primera es porque lo utilizan los textos investigados dentro de un conjunto articulado de conceptos -el marxismo-; la segunda, es de otra índole: es preferible emplearlo a otros con menos connotaciones políticas y más usados en sociología -clase media, clase alta, clase media alta o clase empresarial- porque es un término con cierta solera histórica que remite a un determinado papel social

y a una determinada civilización. Las citadas acepciones, si bien pueden servir en determinados análisis sociológicos, son mucho más estáticas y menos ricas a la hora definir los rasgos de una cultura o de una época. Burguesía alude a la clase social que ha conformado con sus principios económicos, políticos e ideológicos la etapa moderna de la civilización occidental¹².

La burguesía es la clase que, en la moderna sociedad productora de mercancías, es propietaria de los medios de producción y de distribución. "*Por burguesía -señala Engels (Marx & Engels, 1969, 22)¹³- se comprende a la clase de los capitalistas modernos, propietarios de los medios de producción social, que emplean el trabajo asalariado*".

La burguesía, como clase eminentemente productiva, es una clase dinámica que, según Marx & Engels (1969), "*no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales*". Y sigue: "*Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, un movimiento y una inseguridad constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores*".

Este carácter dinámico e innovador, impulsado por la utilización de la racionalidad aplicada a los procesos de producción y de administración estudiada por Weber (1984), se ha extendido desde el campo económico a todas las demás áreas de la sociedad, dando lugar a un vertiginoso e imparable cambio, que para M. Bermann (1991, 90) es un exponente de la modernidad. "*Nuestras vidas -señala dicho autor- están controladas por una clase dominante con intereses creados no solamente en el cambio, sino también en la crisis y el caos*". Esta capacidad para hacer rentables el caos y

¹²La vinculación de la burguesía con los procesos de industrialización ha permitido que el término *burguesía de estado* haya sido aplicado a la clase dominante surgida en aquellos sistemas colectivistas que en origen se presentaron como una alternativa al capitalismo.

¹³.En una nota a la edición inglesa del *Manifiesto...* de 1888.

la destrucción, ha hecho de la burguesía "*la clase dominante más violentamente destructiva de la historia*" (Bermann, 1991, 97). La burguesía, en las sociedades capitalistas o burguesas, es la clase dominante (Marx) o cultural y políticamente hegemónica en el sentido gramsciano -la que dirige a sus aliados y domina a las clases subalternas- que detenta el poder político utilizando en su favor los aparatos del Estado, valiéndose de variadas formas gubernamentales que van desde dictaduras abiertas a regímenes parlamentarios.

3.3.2. CLASE SOCIAL

El concepto de clase social es actualmente el centro de uno de los debates más controvertidos y apasionantes de la sociología contemporánea¹⁴, sin embargo por razones evidentes no podemos entrar en él; bástenos encontrar una definición que sea operativa para nuestros fines, lo cual tampoco es tarea fácil aún eligiendo el campo teórico en donde buscarla.

¹⁴. Una prueba de que el concepto se halla sometido a casi una permanente revisión se encuentra en el debate mantenido en los años 70 entre R. Miliband y N. Poulantzas a raíz de la aparición de la obra del primero *El Estado en la sociedad capitalista* (Méjico, Siglo XXI, 1970) y en las críticas que paralelamente se hicieron a Poulantzas -*Poder político y clases sociales en el estado capitalista* (Méjico, Siglo XXI, 1969; 1968, 1ª edición en francés); *Las clases sociales en el capitalismo actual* (Méjico, Siglo XXI, 1976; 1974 1ª edición en francés)- desde la izquierda radical en la revista *Critique de l'economie politique* (París, Maspero), reproducidas en castellano en el volumen 4 de *Crítica de la economía política* (Barcelona, Fontamara, 1977). Además del repaso que realiza G. Gurvitch en *El concepto de clases sociales, de Marx a nuestros días* (Buenos Aires, Nueva Visión, 1973) y de la revisión que realiza A. Giddens en 1973 -*La estructura de clases en las sociedades avanzadas* (Madrid, Alianza 1979), las revisiones de fecha más reciente se deben Olin Wright -*Clase, crisis, Estado* (Madrid, Siglo XXI, 1983)-, F. Parkin, 1979, -*Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa* (Madrid, Espasa Calpe, 1984) y J. Elster, 1986, -*Una introducción a Karl Marx* (Madrid, Siglo XXI, 1991).

Las últimas aportaciones de las que tengo constancia se encuentran en la obra de Andrés Bilbao -*Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera* (Madrid, Trotta, 1993)- y en la compilación de trabajos de Olin Wright, V. Burris, A. de Francisco, P. van Parijs y J. Goldthorpe realizada por J. Carabaña y A. de Francisco, que lleva por título *Teorías contemporáneas de las clases sociales* (Madrid, Pablo Iglesias, 1993).

El concepto que precisamos debe contemplar a la clase social no sólo como un elemento dinamizador de la sociedad, sino como un factor determinante de conflictos y, a través de ellos, de los cambios sociales, pero ni aun dentro de esta perspectiva -la marxista- la solución es sencilla, puesto que del asistemático tratamiento dado por Marx a las clases sociales¹⁵ han surgido interpretaciones diversas que podemos agrupar en dos grandes corrientes. La primera, que puede resumirse en el conocido aserto de *clase en sí*, sostiene que las clases son entidades objetivas, determinadas estructuralmente, que mantienen entre sí relaciones de las cuales derivan conflictos que en ocasiones pueden tener un carácter antagónico.

Esta corriente, basada en una interpretación de los textos del Marx maduro -"científico"- de los *Grundrisse* y *El Capital*, en un principio estuvo representada por las visiones economicistas y deterministas de la II Internacional, posteriormente por la escuela estructuralista de Althusser y Poulantzas y, en fecha más reciente, por algunos miembros del llamado marxismo crítico -Gerald Cohen- y por Olin Wright.

La otra corriente, que podríamos llamar subjetivista -*clase para sí*-, inspirada en los textos más históricos y políticos de Marx (ideológicos, según Althusser), sostiene que las clases se forman a través del conflicto; se "hacen" en el enfrentamiento, sobre todo, en el nivel político del enfrentamiento -"*toda lucha de clases es una lucha política*" se afirma en el *Manifiesto*-, en el terreno de la disputa por el poder.

Al revés que para los defensores de la primera corriente, para quienes las clases primero existen y luego luchan, para los seguidores de la segunda las clases sólo existen cuando luchan; no existen clases sociales llevando una existencia autónoma y

¹⁵.Recuérdese que el estudio sistemático de las clases sociales que Marx quiso hacer en *El Capital* quedó apenas esbozado en unas docenas de líneas, publicadas por Engels como capítulo LII, del tomo III. (*El Capital*, Méjico, FCE, 1946 (5a ed. 1968), tomo III, pp. 817-818).

que, luego, puestas en relación, luchan, de la misma manera que, siguiendo una bella metáfora de E. P. Thompson (1989, I, XIII) sobre este tema, no hay amor sin amantes.

Esta escuela, en la incluimos a Gramsci y a otros dos famosos voluntaristas -Lenin y Mao Zedong-, estaría bien representada actualmente por A. Przeworski -**Capitalismo y socialdemocracia** (Madrid, Alianza, 1988)-.

Debe señalarse que en la segunda corriente no faltan los análisis de tipo empírico y sociológico aunque, bien es verdad, sirven a la perspectiva política que es lo esencial. Por ejemplo en Lenin, en "Una gran iniciativa"¹⁶ encontramos una definición de clase de tipo sociológico o en Mao Zedong en "Análisis de las clases de la sociedad china" (O.E. (I), 1974, 9)-, pero lo que prevalece en ambos, insisto, es el enfoque político de las clases y, por ende de la lucha de clases, resumido en una consigna de Mao difundida durante la revolución cultural -"poner la política en el puesto de mando".

Entre la primera corriente, objetivista, sustentadora de la visión marxiana de *clase en sí* y la segunda, sustentadora de la otra visión igualmente marxiana de *clase para sí*, optamos por la segunda, puesto que nos interesa la dimensión política de las clases; es decir, el resultado de haberse producido el salto de la *clase en sí* a la *clase para sí*, especialmente importante en el caso de la clase obrera como sujeto transformador de la sociedad a partir de ese salto.

¹⁶. "Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que las leyes refrendan y formulan en su mayor parte), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo, y, consiguientemente, por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disponen. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse del trabajo de otro por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social". (V.I. Lenin, "Una gran iniciativa", O.E. (3), Moscú, Progreso, 1970, p. 228).

Sin embargo, tal salto, lejos de ser fácil, es un lento tránsito repleto de mediaciones de las cuales puede surgir la conciencia de clase, por la cual la clase se ve como una *clase para sí* y se dota de un programa político acorde con tales objetivos, o puede quedar truncado el intento, debido, entre otras causas, a la acción de las clases adversarias, especialmente de la clase dominante, para dificultar el proceso a través de una articulada intervención que combina tanto la represión como la sugestión y la disuasión y la habilidad para quitar a las clases subalternos posibles aliados y privarla de pensadores.

Este conjunto de prácticas para mantener en posición subalterna a unas clases, ofrecer cohesión a la propia clase dominante y conservar la dirección de otras clases y capas sociales es a lo que Gramsci denomina hegemonía.

Si decíamos más arriba que consideramos la clase social no sólo como un elemento dinamizador de la sociedad sino como un factor determinante de los conflictos y, a través de ellos, de los cambios sociales, podemos pensar que tanto el conflicto como el cambio, aunque pueden estar influidos por la dimensión emocional de lo humano es difícil imaginar que lo estén siempre y de manera absoluta, y que, al menos el cambio, en cierto trecho y en cierta medida, puede estar inducido por cierta racionalidad.

Podemos admitir que si bien las clases en acción se expresan como movimientos que aglutinan a cantidades variables de individuos no dejan de estar dirigidas por minorías que tratan, con mejor o peor fortuna, de introducir elementos de racionalidad en la masa movilizada. Éste es un terreno de la política, el terreno de la racionalidad instrumental, pues por muy míticos o utópicos que sean los objetivos finales de una clase o colectivo menor que aspire a transformar la sociedad en determinado sentido, la élite dirigente, entre otras determinaciones subjetivas, introduce algún grado de racionalidad entre los medios y los fines, en el orden del espacio y del tiempo. La explicitación de los elementos comunes de la clase o colectividad, los agravios que vehiculan el

descontento, los intereses que aglutinan las voluntades, los objetivos a corto y medio plazo pormenorizados en un programa y simplificados y vulgarizados en unas consignas, así como la planificación de la actividad en el tiempo y la dosificación de los recursos humanos y materiales proporcionados a tales fines, colocan a la política en el terreno de los medios, de la eficaz utilización de los recursos; es decir, al menos parcialmente, en el campo de la weberiana racionalidad instrumental.

En este sentido, entendemos que del aserto marxiano de que "*toda lucha de clases es una lucha política*" se derivan al menos dos ideas esenciales. La primera es que la lucha de clases es una lucha entre clases para sí mismas, pues esta percepción -más o menos clara (el grado de claridad es una cuestión importante)- de los propios intereses (conciencia de clase) viene dada por la elaboración de un discurso que representa globalmente a toda la sociedad y dentro de ésta la particular ubicación de cada clase con respecto a las demás y con respecto al Estado.

La segunda es que de tal percepción surge la pretensión de actuar ante las demás clases sociales y disputar, en la medida que las fuerzas lo permitan, parcelas de poder. Así la actividad política es la "*aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos Estados o, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen*" (Weber, 1967). Por lo tanto, y ciñéndonos a la más numerosa de las clases subalternas, la consecuencia de esta relación entre la formalización de clase y la actividad política, expresada en términos del propio **Manifiesto**, es la "*organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político*". Y ésa es, precisamente, la dimensión que queremos destacar en esta nuestra investigación.

3.3.3. COLECTIVIDAD POLÍTICA

Una colectividad social deviene en colectividad política cuando decide intervenir en el campo de la política -de las relaciones

en torno al poder político- con el fin de alcanzar determinados objetivos. Esta decisión aparece cuando se percibe que, de la peculiar inserción social de sus miembros -proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disponen y las formas en que la disfrutan, grado de participación en el poder, modo de relacionarse con el Estado, forma de representarse simbólicamente la vida y el trabajo, etc, etc,- surgen unos intereses y fines peculiares que son, al menos, distintos de los de otras colectividades y/o de los intereses y objetivos generales atribuidos a la sociedad, y merecen, por tanto, una atención específica y una expresión política adecuada.

Es decir, que dichos intereses no se encuentran representados por las fuerzas políticas ya existentes y precisan, en consecuencia, para manifestarse plenamente y tratar de satisfacerse, de una representación política diferente. Abundando en lo ya dicho, el salto de colectividad social a colectividad política sería el resultado de un proceso de mediaciones por el cual la primera se percibiría a sí misma como ente político, como sujeto político.

3.3.4. CONCIENCIA DE CLASE

Íntimamente relacionado con la idea de clase para sí y con la emancipación de las clases subalternas el término conciencia de clase ha suscitado una vasta controversia sobre el origen y las condiciones en que tal consciencia se genera, que ha enfrentado a varias generaciones de intelectuales desde los tiempos de Marx a los años setenta de nuestro siglo, pero por el momento debemos contentarnos con una definición de emergencia.

Para la clase obrera, tener conciencia de clase es asumir un discurso formulado en términos de interés de clase -interés de una parte de la sociedad-, concretado en un programa político que aspira a demoler el orden social y a sustituirlo por otro; es desvelar la compleja trama que sustenta la alienación y apuntar su posible remedio. Dicho de otra forma: *"es asumir un discurso que construye teóricamente al sujeto revolucionario y, a la vez,*

a su adversario, el enemigo de clase, y ubica a ambos en la palestra, en el terreno de la lucha política (en el campo de la voluntad); en el campo de la lucha por el poder, de la lucha por tener la posibilidad de dirigir la sociedad" (Roca, 1994, 47).

El discurso sobre la conciencia de clase, al tener como objetivo primordial la actividad transformadora a través de la puesta en práctica de un programa político, además de elementos racionales o teóricos, debe de contener elementos míticos y emocionales que lleven a las clases subalternas a movilizarse.

Debido a la posición de desventaja de la que parten las clases subalternas -en este caso la clase obrera y las clases populares- y a la desfavorable correlación de fuerzas existente hasta muy avanzado el proceso emancipatorio, un sereno cálculo de posibilidades desaconsejaría no sólo tales esfuerzos emancipadores sino cualquier conato de resistencia, de ahí que este discurso deba contener los elementos emocionales -referidos a los objetivos finales, a visiones míticas de la clase, a la justicia moral del proyecto, a su necesidad histórica, etc- precisos para producir la movilización colectiva en condiciones muy adversas y en donde el coste inmediato en términos de sufrimiento humano quede a la larga compensado por los resultados obtenidos.

Aparte de la claridad con que esté expresado el discurso sobre la conciencia de clase, éste se asume a través de la praxis, lo cual supone un proceso largo de comprensión e interiorización, que puede ser estorbado -o incluso impedido- por la acción de los adversarios políticos¹⁷.

3.3.5. CORRELACIÓN DE FUERZAS

Con esta expresión definimos el amplio frente de contacto que, en un momento dado, guarda una o más fuerzas políticas con otra u

¹⁷. En este sentido, Lukács -*Historia y conciencia de clase* (p. 72)- indica que "la historia ideológica de la burguesía no es sino una lucha puramente desesperada contra la comprensión de la verdadera naturaleza de la sociedad por ella producida, contra la consciencia real de su posición de clase".

otras con las que mantiene unas relaciones de competencia.

El sentido en que aquí se utiliza la expresión supone que las fuerzas políticas aludidas están representando a fuerzas sociales (clases, fracciones o alianzas de clase) y que dicha correlación describe una relación tan próxima entre éstas que la variación de valores de una modifica valores de otra, aunque dicha variación no se manifieste entre ellas en el mismo sentido ni con el mismo grado de intensidad.

Para nosotros la correlación de fuerzas tiene sentido político porque cae dentro del campo de las relaciones políticas, esto es, de la competición por el poder, aunque no siempre las fuerzas que lo disputan sean, en sentido estricto, fuerzas políticas, es decir, partidos políticos, ya que pueden entrar en liza fuerzas llamadas sociales -sindicales, populares o religiosas- que al competir en ese ámbito se convierten en fuerzas políticas por ese solo hecho. Esta concepción implica que la lucha por el poder no se sitúa únicamente en las instituciones y entre las fuerzas reconocidas para ello, sino que se plantea en cualquier terreno en donde el poder sea políticamente desafiado, es decir, donde exista una disputa por el poder y un discurso sobre el Estado.

3.3.6. DISCURSO

Este término alude tanto al sentido estricto de una disertación oral sobre una materia o de un enunciado escrito de dimensión variable que también puede recibir el nombre de texto, tratado o reflexión, como al uso que han hecho del mismo las modernas corrientes de la lingüística y la semiología. En este caso, el término alude tanto a lo que es enunciado -"el discurso puede identificarse con el enunciado o, más concretamente, con lo que es enunciado" (J. Lozano, 1986, 35)-, al contenido del mensaje, como a las normas -implícitas y explícitas- que determinan su construcción, lo cual nos remite, por un lado, al sistema de códigos socialmente imperante y, en consecuencia, a la ideología dominante y, por otro lado, a los lugares que ocupan emisores y

receptores en un sistema de comunicación social atravesado por relaciones de poder, dirección en la cual van las aportaciones de M. Foucault sobre el discurso concebido como una de las muchas manifestaciones del poder.

Si nos referimos a una interpretación estricta del vocablo, un discurso es una disertación de cierta solemnidad elegida por un conferenciante para transmitir de manera razonada sus ideas a un auditorio -v.gr. las conferencias dadas por J. Fichte en Berlín en el invierno de 1808, conocidas como "Discursos a la nación alemana"-.

Díaz Barrado (1989, 18), que une la acepción oral con su función reproductora de la jerarquía, considera el discurso *"el vehículo más apropiado para estudiar las manifestaciones del Poder"* y ve en él la forma por excelencia del moderno mensaje político -*"El discurso se convierte a partir de la Revolución burguesa en el mejor canal de comunicación entre el Poder político y sus gobernados"*-.

En lo que se refiere a enunciados escritos de contenido teórico, debemos citar entre los discursos más famosos la advertencia preliminar de Descartes -*"Si este discurso parece demasiado largo para ser leído de una vez, se le podrá dividir en seis partes"*- a los lectores de *Dióptrica, Meteoros y Geometría*, obra que va precedida del largo trabajo introductorio conocido como *Discurso sobre el método*, así como los de J. J. Rousseau *Discurso sobre las ciencias y las artes* (1750) y *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (1755) entre otros mucho que han dejado huella en la cultura occidental.

Nosotros nos inscribimos, en el marco de esta investigación, en esta última corriente que se refiere a discursos escritos, pues sólo de discursos escritos nos ocuparemos, pero además hacemos nuestra la idea de que todo discurso surge de un lugar preciso de la sociedad -*"el emisor y el receptor del discurso corresponden a lugares determinados en la estructura de una formación social"* señala L. Bardin (1986, 169)- y añadimos que en una sociedad

jerarquizada los diferentes discursos reflejan esa jerarquización o, mejor dicho, unos coadyuvan a mantener la jerarquía imperante y otros se esfuerzan por erosionarla. Así, el discurso, y más el discurso político definido más adelante, es expresión de unas relaciones presididas por la fuerza antes que por la racionalidad o donde la racionalidad ha sido reducida al papel instrumental de dotar de argumentos a la fuerza. Nos alejamos, pues, de los postulados idílicos de Habermas sobre las condiciones en las que debe darse un debate racional, hoy de todo punto impensable y en el período que estudiamos -el período constituyente- todavía más, para asumir la idea de que todo discurso referido al orden social y con mayor razón el discurso político se inscribe en determinada coyuntura política, está determinado por la relación de fuerzas del momento y ha sido elaborado de acuerdo con las reglas de una determinada hegemonía.

Para nosotros, la Constitución es un discurso -un discurso sobre el poder, como ya hemos indicado- y los editoriales que versan sobre ella y que son objeto de nuestra investigación son también discursos -discursos contra el poder-, como un discurso es el mensaje esencial, resumido, sintético, extraído de todos ellos. Como discurso es la tesis: un discurso que analiza un discurso sobre otro discurso.

Tanto la Constitución como los editoriales en cuestión son lo que Voloshinov (1976, 144) llama discurso ajeno o discurso referido - un "*enunciado del otro sujeto, enunciado autónomo completamente y por principio, estructuralmente acabado y situado fuera del contexto propio*"-, lo cual nos coloca, como ya hemos indicado en otro lugar, ante la ineludible tarea de conocer a los autores y el contexto en que tales textos han sido producidos.

3.3.7. DISCURSO POLÍTICO

A lo anteriormente dicho cabe añadir que el discurso político se refiere al ámbito del poder político y, sobre todo, al ámbito fundamental de su residencia: el Estado.

El discurso político está destinado a modificar de alguna manera la correlación de fuerzas. Describe, en consecuencia, las fuerzas enfrentadas, perfila a los antagonistas y se dirige tanto a las propias fuerzas como a los adversarios, a los posibles aliados y a los indiferentes, con el propósito de sacarlos de esa posición neutral. Señala objetivos y medios, indica plazos y esfuerzos. Se inscribe en uno de los terrenos de la lucha por el poder, en la palestra de las ideas.

3.3.8. ESTADO

Frente a la noción de Estado -gendarme o árbitro- postulada por el primer liberalismo y la defendida por el primer marxismo - un instrumento al servicio de las clases dominantes-, nosotros optamos por una noción más adecuada a la creciente complejidad de las sociedades modernas, en donde el Estado desempeña un papel regulador de primera magnitud. A pesar de la revisión de este papel propuesta por las doctrinas neoconservadoras que buscan la urgente y progresiva reducción de la función asistencial del Estado de bienestar, su carácter intervencionista es esencial no sólo para mantener la cohesión social en sociedades creciente-mente anómicas, sino en la actual configuración de la economía mundial y de las economías nacionales. Por ello, estamos más de acuerdo con la definición de Duverger (1968, 16) "*El Estado -y, de forma más general, el poder instituido en una sociedad- es al mismo tiempo, siempre y en todas partes, el instrumento de dominación de ciertas clases sobre otras, utilizadas por las primeras para su beneficio, con desventaja de las segundas, y un medio de asegurar un cierto orden social, una cierta integración de todos los individuos de la comunidad con miras al bien común*", aunque habría mucho que discutir sobre cómo se complementan ambas funciones o sobre cómo y cuándo una de ellas prevalece.

Añadimos que tanto para mantener lo que Weber (1944) define como una "*relación de dominación de hombres sobre hombres, que se sostiene por medio de la violencia legítima (es decir, de la que*

es vista como tal)", como para mantener la función integradora, el Estado debe contar con un conjunto de aparatos que conservan cierta autonomía y que no son, precisamente, dóciles ante los deseos de quien ostenta o detenta el poder.

Con referencia al tema que nos ocupa, interpretamos que, durante el período constituyente, se asiste en España a un tránsito desde un Estado con permanentes rasgos de excepción a una forma estable y moderna de dominación, en donde el Estado cumpla, de la manera menos conflictiva posible, con los dos cometidos que le atribuye Duverger.

3.3.9. IZQUIERDA RADICAL

La que denominamos izquierda marxista radical está formada por un conjunto de organizaciones que, por encima de sus diferencias políticas, conserva una serie de rasgos comunes que permiten considerarlo como un colectivo con identidad propia. Una somera aproximación sociológica nos indica que se trata de un agregado de organizaciones de diferente entidad, formadas por individuos muy jóvenes, provenientes de ámbitos estudiantiles y obreros del medio industrial y urbano, que en los momentos de mayor amplitud llega a agrupar a unos 50.000 individuos, los cuales comparten un proyecto generacional¹⁸, o lo que Ortega y Gasset¹⁹ denomina "*un repertorio orgánico de íntimas propensiones*", que les conduce a tener -utilizando también las propias palabras del filósofo

¹⁸. Adopto la definición de generación que ofrece José L. Zárraga en *Informe Juventud en España. La inserción de los jóvenes en la sociedad* (Madrid, Instituto de la Juventud, Ministerio de Cultura, 1985, nota p. 378), que dice: "*Una generación social es un subconjunto de la población que se ha formado socialmente y se ha integrado en la sociedad en una determinada fase de su desarrollo y en las mismas circunstancias históricas, compartiendo sus formas sociales, su cultura y la experiencia de los acontecimientos concretos que marcan el período*".

Una de las causas del declive del proyecto radical reside, a mi juicio, en su incapacidad para convertirse en proyecto de otra generación.

¹⁹. Ortega y Gasset, J., *El tema de nuestro tiempo* (Madrid, Alianza, 1987, p. 82).

madrileño- "*su vocación propia, su histórica misión*".

Esta generación comparte una posición ante la sociedad adulta, que es el rechazo, y una manera de insertarse en ella, que es hacerlo de forma colectiva y para transformarla en profundidad por medio de la actividad política. Dicha transformación, que tiene como hipotético fin la sociedad sin clases (comunismo), comienza con una toma de conciencia a la que sigue una etapa de rebelión colectiva que desemboca en una revolución social, con la cual se colocan las piedras angulares de una sociedad que ha de transitar hacia otra que estará libre de antagonismo social.

Socialmente, la izquierda radical aparece en el seno de tres movimientos -obrero, estudiantil y nacionalista-, recorridos todos ellos transversalmente por fuerzas políticas tan dispares como el PCE -movimiento obrero y estudiantil-, las asociaciones católicas HOAC, JOC, y AST -movimiento obrero-, las llamadas organizaciones frente FLP-FOC-ESBA -estudiantil, nacionalista y con alguna incidencia en el obrero- y, finalmente, por ETA -nacionalista.

En el ámbito de la ideología -entendida como un núcleo duro, organizado y relativamente estable de creencias, anterior a lo que podríamos llamar cultura política-, la izquierda radical es tributaria de tres grandes corrientes de ideas -el marxismo, el cristianismo progresista y diversas formas de nacionalismo- pero es frecuente encontrar la influencia de dos o más corrientes en la misma organización. Conviene añadir que no todos los influjos son permanentes, aunque algunos imprimen carácter, y que dentro de cada una de las corrientes coexisten numerosas subcorrientes pugnando entre sí, que dan movilidad política al conjunto.

Las organizaciones que componen la izquierda marxista radical, a través de las diversas versiones doctrinarias del marxismo formalizadas en corrientes (leninismo, trotsquismo o maoísmo), comparten un ideario levantado sobre cuatro grandes pilares: una teoría sobre el destino humano -el comunismo-; una teoría

sobre el cambio social -la revolución-; una teoría sobre el sujeto histórico -el proletariado-; una teoría sobre las élites -el partido-. Estas ideas se amplían en el Capítulo 6. Del sujeto.

3.3.10. POPULISMO

Es, igualmente, otro término controvertido debido a su vaguedad y a la forma en que se emplea²⁰, de tal manera que ha llegado a designar tanto una ideología política como una cualidad de otras ideologías. Es decir, ¿detrás del populismo hay una ideología, un modelo de sociedad, el interés de una clase social o una doctrina política? ¿o es sólo una retórica contra la élite? ¿un alegato que exalta al pueblo, acentuando los rasgos de la gente común, del mussoliniano *uomo qualunque*?

Parece que la retórica populista es compatible con todo tipo de bases sociales, intereses económicos y con cualquier ideología. Así, hay un populismo de las clases dominantes y un populismo de las clases subalternas, un populismo de derecha y un populismo de izquierda²¹, que comparten esa apelación al pueblo entendido de forma vaga, quizá mítica, pero considerado depositario de los valores más profundos y tradicionales de una civilización que se consideran amenazada.

Por consiguiente, el mensaje populista se dirige a aquellos sectores de la población más arcaicos, más apegados a las formas tradicionales de vida -el campesinado- o a profesiones y formas productivas en trance de desaparecer -la pequeña propiedad, la artesanía, la manufactura, los oficios y los gremios- y a los que se desea preservar por lo que aportan a la cultura del pueblo.

²⁰. Véase Torres Ballesteros, S. "El populismo: un concepto escurridizo", en Álvarez Junco, J. (comp), 1987.

²¹. Ernesto Laclau -"Hacia una teoría del populismo" (1978, 203)- sostiene que "un populismo socialista no es la forma más atrasada de la ideología obrera, sino su forma más avanzada: el momento en que la clase obrera ha logrado condensar en su ideología el conjunto de la ideología democrática en una formación social determinada".

El discurso populista entiende el pueblo como algo homogéneo, puro y sin graves tensiones internas, unido por esencias en vías de desaparecer debido a la acción de agentes extraños.

Esta acción destructora se vincula a procesos de modernización, urbanización o industrialización, a la penetración -económica, política o cultural- extranjera o a la intervención de una élite autóctona (burocrática, económica, financiera o militar) cuyo comportamiento se considera una amenaza para el *ethos* popular.

3.3.11. PROLETARIADO

"Por proletarios -indica Engels (1969) en una nota a la edición inglesa de 1888 de El Manifiesto...- se comprende a la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir", aunque este término está afectado por la actual controversia sobre las clases sociales.

Nosotros lo empleamos con el mismo sentido con que aparece en los textos que vamos a analizar: en la acepción tradicional, llena de connotaciones míticas, mantenida hasta fecha reciente por el movimiento obrero y, por descontado, por la izquierda radical.

En líneas generales para esta acepción la sociedad capitalista está presidida por el conflicto entre dos clases sociales -la burguesía y el proletariado-, enfrentadas en el terreno económico a causa de sus intereses contrapuestos en la producción -capital y trabajo²²-, y en el terreno de las estructuras políticas y jurídicas a causa de la adecuación de éstas al modo de producir y distribuir el excedente social en provecho de la burguesía.

Según este discurso, de todas las clases, sólo el proletariado es la negación de la burguesía; la clase definida en negativo -

²². Si le damos a la palabra explotación un sentido ecológico -apropiación de un paquete energético-, podemos interpretar la actitud social de la burguesía ante la extracción de la plusvalía como una actitud similar a la mantenida, en el ámbito de la naturaleza, por los depredadores para apropiarse de los paquetes energéticos de los que otras especies son portadoras.

alienada, despersonalizada y expropiada²³-, cuyo interés supone la negación del orden social existente. Por lo cual, es, por excelencia, la clase adversaria de la burguesía y la que está llamada a transformar radicalmente la sociedad. En los países capitalistas -España lo es- la clase obrera es la más numerosa y la que produce la riqueza social, de la que se beneficia en una mínima parte. Es la clase más consecuente en sus reivindicaciones porque es la única que, por su propia experiencia, percibe la necesidad de modificar radicalmente las relaciones sociales, pues se percibe a sí misma (conciencia de clase) como un grupo aparte por su posición laboral, económica y políticamente subordinada. Es, por tanto, la clase que debe aglutinar en torno a su programa emancipatorio al resto de clases subalternas, de cuya alianza surgirá el pueblo revolucionario.

A través de este proceso, la clase obrera abandona su posición subordinada y aspira a convertirse en la clase hegemónica, lo cual supone que, en una primera etapa, se convierte en la fuerza dirigente para sus aliados y en la fuerza dominante para sus adversarios. Posteriormente, el proletariado aspira a desaparecer como clase dominante junto con la clase dominanda (la burguesía); es decir, desaparecidas las causas del antagonismo social por la colectivización del saber y de la riqueza, desaparecen las clases y se realiza, por lo tanto, la liberación de toda la humanidad. Véase el punto 6.2.3. "Una teoría sobre el sujeto histórico: el proletariado".

3.3.12. SISTEMA

La noción de sistema -basada en la de organismo- tiene su origen, en los años veinte, en el campo de la Biología, se desarrolla después de la II Guerra mundial por la Cibernética, la Teoría de la Información y la Teoría de Juegos y ha dado lugar, después, a

²³.R. Garaudy ("Actualidad de El Capital", 1970, 48) interpreta que Marx utiliza el término *enajenación* con tres sentidos distintos: como desposesión, como despersonalización y como deshumanización.

un campo propio, la Teoría de Sistemas, que se presenta como un nuevo paradigma de las ciencias sociales (G. Cotarelo, 1979). Por su capacidad para combinar los resultados de la investigación empírica con una concepción global y dinámica del comportamiento humano y para explicar, en especial, los procesos de intercambio, ha sido adoptada -no sin críticas- por la Sociología y por la Antropología, aunque en ésta ciencia con el nombre de estructura, término afín, para algunos autores. Veamos algunas definiciones. Para Martín Serrano (1982), en todos los niveles de la realidad, cabe identificar elementos que se comportan como componentes de sistemas con tal de que dichos componentes presenten los rasgos siguientes: hayan sido seleccionados, se distingan entre sí y se relacionen entre sí. De tal modo que tales rasgos puedan ser explicados como una consecuencia de su pertenencia al sistema. Este grado de organización y definición en las relaciones entre los componentes es lo que distingue un sistema de un agregado, que es un conjunto cuyos elementos carecen de cualquier tipo de organización.

García Cotarelo (1979, 52) indica: *"En términos simples podemos decir que un sistema es un conjunto de partes interrelacionadas y que también mantiene relaciones con el medio, la finalidad de todas las cuales es orientar la subsistencia del sistema en el medio, y a través del tiempo, en función de los criterios de equilibrio y mantenimiento de la identidad"*. Más adelante (63) recalca la relación del sistema con el medio -*"sistema es un conjunto de relaciones de sus partes componentes y del sistema como totalidad con el medio. Las propiedades funcionales definen los rasgos de este proceso, así como sus fines"*-.

Hay autores para los que el término sistema es equiparable al de estructura. F. Alburquerque (1981, 88), citando a J.L. Sampedro, indica: *"Estructura y sistema son un mismo modo de interpretar el mundo, aislando en él ciertas partes o subconjuntos que, una vez tomados como unidad de estudio, se someten al análisis de sus interdependencias internas, de sus relaciones con el exterior y*

de sus consiguientes comportamientos". Y recuerda una ingeniosa definición del primer término hecha por su maestro: "Estructura es lo que dura; lo demás es coyuntura..."

Uno de los padres del estructuralismo, J. Piaget (1985), vincula de este modo sistema y estructura: "En una primera aproximación, una estructura es un sistema de transformaciones que entraña unas leyes en cuanto sistema (por oposición a las propiedades de sus elementos) y que se conserva o se enriquece por el mismo juego de sus transformaciones, sin que éstas lleguen a un resultado fuera de sus fronteras o reclamen unos elementos exteriores. En una palabra, una estructura comprende así los tres caracteres de totalidad, de transformaciones y de autorregulación".

Jesús Mosterín (1984) también vincula sistema y estructura, aunque introduce diferencias entre ambos. "Por sistema (ibíd, 132) se entiende un conjunto bien delimitado de objetos, junto con ciertas propiedades, proposiciones e interrelaciones bien definidas entre los mismos. Así, hablamos del sistema bancario español, del sistema solar..." Mientras que reserva la palabra estructura "para referirse a ciertos rasgos más o menos formales comunes a varios sistemas. Así hablamos de la estructura del átomo de helio..." Y relaciona ambos conceptos: "En el sentido en que aquí usamos estas palabras, una estructura es algo más abstracto que un sistema. En cierto modo, podemos decir que un sistema es una cosa, aunque se trate de una cosa sumamente compleja. Siguiendo una tradición de vieja prosapia platónica, podemos llamar formas a los rasgos comunes a varias cosas. Las formas son así más abstractas que las cosas. Pues bien, si los sistemas son cosas, las estructuras son las formas de esas cosas, las formas de los sistemas. Naturalmente, una misma cosa puede tener varias formas (de animal, de gato, de cuadrúpedo, de hembra y de pelaje, etc), y de igual modo un mismo sistema puede tener varias estructuras".

Nosotros empleamos la noción de sistema por su utilidad, porque contar con una sola palabra que designe a un conjunto dotado de movimiento, compuesto por un determinado número de elementos que guardan entre sí relaciones precisas, gracias a las cuales el conjunto puede cumplir sus fines y relacionarse con el exterior (el ambiente, formado por otros sistemas), es algo muy útil.

Sin embargo, como en este trabajo nos referimos a relaciones políticas, es decir a relaciones presididas por tensiones a veces muy grandes -agonales, hemos dicho- estamos lejos de aceptar la visión orgánica o biológica y la visión cibernética de sistema, tanto para la sociedad como para el sistema político o el de comunicación social, pues nos cuesta imaginar a la sociedad como un conjunto de elementos definidos por unas relaciones precisas y articuladas y capaz de mantenerse en equilibrio gracias a su propia autorregulación. Muy al contrario, si la sociedad puede presentarse como un sistema -total, dinámico, articulado y compuesto de elementos sujetos a ciertas normas- sus relaciones internas no están definidas de una vez y para siempre, ni la articulación se mantiene, sino que el conjunto se ve sometido a las tensiones entre componentes que no quieren conservar esa articulación ni cumplir permanentemente las mismas funciones, por lo tanto el equilibrio es relativo y la autorregulación un buen deseo que no siempre se cumple. Todavía más en las sociedades occidentales que parecen afectadas por algún virus entrópico que genera comportamientos anómicos en una creciente proporción de sus componentes.

Por lo que respecta al sistema político, éste, en su vertiente administrativa -jurídico/normativa- ofrece cierta permanencia en las relaciones entre sus componentes, pero continuamente se halla sometido a las tensiones entre el ejercicio del poder y las resistencias al mismo, de tal manera que las relaciones entre los componentes pueden ser nominalmente (normativamente) unas y realmente otras, hiato al que frecuentemente se alude de forma

coloquial al señalar el divorcio existente entre lo que son los países reales y los países oficiales.

El término **sistema** se presta a ser utilizado en política y en sociología de manera muy ideológica por su facilidad para sugerir una visión de las sociedades existentes basada en el orden, la cooperación, articulación, realimentación, relaciones simétricas, funcionalidad, regulación, estabilidad, permanencia, cierto grado de evolución y dinamismo controlado.

Podríamos decir que, así empleado, el término **sistema** encuentra buen acomodo en la perspectiva teórica de las clases dominantes y, desde el punto de vista político, en los supuestos de un reformismo moderado como el de la socialdemocracia.

El método forma, no informa. Es una actitud más que un conjunto de reglas para resolver problemas.

(Mario Bunge, Epistemología)

CAPÍTULO 4. DEL MÉTODO

CAPÍTULO 4. DEL MÉTODO

Sumario

- 4.1. Introducción y vicisitudes
 - 4.2. El análisis de los textos
 - 4.2.1 El análisis de contenido
 - 4.3. Estructura del análisis
 - 4.4. Universo
 - 4.5. Muestra
-

4.1. INTRODUCCIÓN Y VICISITUDES

Cuando en el Capítulo 3, hablando de las dificultades que tiene una investigación, nos hemos referido a la idea de Mario Bunge de que para el investigador el método es la brújula que le permite llegar a buen puerto, estábamos dando por hecho que el navegante sabe manejar dicho instrumento y conoce al menos su destino, lo cual no suele estar tan claro al principio del itinerario.

Si es claro que los medios condicionan el fin, cuánto más en una situación en que los medios a emplear son infinitos y que pueden por tanto conducir a muchos fines y en la que el fin alcanza esa categoría de *objeto producido* al término de la investigación. Así que ante la tarea de empezar por algún lado, me propuse consultar otras tesis a ver si hallaba alguna que metodológicamente me fuera útil.

La brújula me condujo, primero, a la biblioteca general de la UCM (Marqués de Valdecilla) en donde la suerte no me acompañó (además estaba en obras) y luego a la de varias facultades donde no hallé mejor fortuna. En esos momentos entendí la desoladora expresión de Cajal de que "*investigar en España es llorar*" (o por lo menos cabrearse) y me vinieron a la mente preguntas elementales como

¿por qué no existe un registro central de tesis -a ser posible informatizado- para todo el distrito académico de Madrid, o mejor, para toda España?. Serviría, entre otras muchas cosas, para poder cumplir el requisito (cosa que también intenté) de inscribir la propia tesis después de haber consultado si existen otras con parecido título o referidas a un tema similar.

La concesión de una beca FPI me permitió viajar a Roma y tratar de encontrar allí inspiración en algún trabajo similar, pero además de comprobar que existía mucho material publicado sobre la *ultra sinistra*, pude advertir que ésta, en la etapa de mayor desarrollo -años 60/70-, no se había ocupado en absoluto de la Constitución.

Su discurso -en algunos grupos muy violento, como es sabido- se había dirigido directamente contra el Estado sin detenerse para nada en la Constitución, cosa, por otra parte, comprensible pues data del año 1948. No obstante, la copiosa literatura consultada sobre la izquierda radical italiana -ver Capítulo 6. Del sujeto- y su comparación con las carencias bibliográficas de aquí sobre ese tema me sugirió la idea de que era importante dar a conocer al sujeto cuyos mensajes me proponía analizar, idea que se me ratificó después, a medida que analizaba los textos y comprobaba el elevado grado de esoterismo que contenían para todo aquel que careciera de la información que yo poseía sobre dicho sujeto y sobre el contexto histórico en el que éste se movía. A partir de ese momento decidí cambiar el enfoque de la Tesis: reducir el abanico de publicaciones y el de categorías a investigar para abordarla desde varias perspectivas y dándole una estructura más compleja al dedicar una importante proporción al estudio del sujeto y del contexto.

Cuando en la Introducción -Capítulo 2- nos referíamos a la estructura de la Tesis, decíamos que se podía describir como un triángulo cuya base estuviera formada por las condiciones de

producción de los textos y la cúspide o vértice opuesto, por los textos propiamente dichos. Ya hemos indicado más arriba que en dichas condiciones incluíamos al sujeto productor y al contexto histórico y político en que los textos eran producidos.

Este enfoque, propio del periodismo de investigación, considera que los hechos o últimos acontecimientos conocidos son difíciles de comprender si no se ponen en relación con los antecedentes o, por decirlo de otra manera: los sucesos se entienden dentro de los procesos, pero, junto con esta indudable ventaja para el lector ajeno -y para una tesis doctoral todos los lectores son ajenos- al que se le ofrece el *back ground*, el enfoque presenta grandes dificultades en lo relativo al método, pues la indagación sobre el contexto -histórico, político, social- y la indagación (y la exposición) sobre los textos requieren métodos distintos. Pero además, este enfoque triangular se ha mantenido en los capítulos substanciales de la Tesis -marco teórico, contexto, delimitación del sujeto y análisis de textos-. Recuérdese que para delimitar el marco teórico y formular las hipótesis hemos partido de una serie de proposiciones abstractas sobre el campo epistemológico que, encadenadas, descendían en concreción hasta dar con las hipótesis verificables y relativas a los textos.

Idéntico criterio se ha empleado a la hora de acotar el contexto, para ir de lo más abstracto y alejado en el tiempo -los orígenes del pensamiento racional y los balbuceos del constitucionalismo-, hasta lo más próximo y concreto -el último período constituyente-. Y lo mismo ha ocurrido con el sujeto, que ha sido delimitado desde sus rasgos más abstractos -su ideología y sus presupuestos teórico/doctrinales- hasta lo más concreto -el discurso de cuatro colecciones de revistas sobre la Constitución. Con ello hemos obtenido tres aproximaciones a tres temas diferentes que tienen valor por sí mismas, que se completan con el análisis de los textos -el último triángulo-.

Por lo que se refiere al contexto, se ofrece un relato que, ya lo hemos dicho, combina la visión histórica y lo sitúa en el tiempo

pero atendiendo diferentes esferas -social, económica, política y, por supuesto, constitucional- siguiendo el método de ir desde atrás hacia adelante y de lo más abstracto a lo más concreto. En lo concerniente al análisis de los textos, el asunto ha sido algo más complicado.

Por lo que hemos dicho hasta aquí, el lector ya habrá supuesto que nos debatimos, en cuanto al método a emplear, entre dos caminos difícilmente compatibles y cuya fusión, sin embargo, se intenta: uno que corresponde a la visión general y atiende a los procesos históricos y a las estructuras sociales y otro que se decanta por lo cuantitativo, por lo empírico y susceptible de recibir un tratamiento matemático (Fdez Buey, 1991). En esto seguimos el consejo de viejos y nuevos maestros como Gramsci (1974, 207) -"No existen ciencias por excelencia y no existe un método por excelencia, 'un método en sí'. Toda investigación científica se crea su método adecuado, su propia lógica, cuya generalidad o universalidad consiste sólo en ser 'conforme al fin'"- y Bunge, que en su Epistemología (1985, 45), afirma: "El método científico es la manera de conducir investigaciones científicas, no puede aprenderse separadamente de éstas. Se va dominando el método -y acaso también modificándolo- a medida que se va haciendo investigación original"- y esperamos, pese al riesgo corrido, haber sabido combinar ambas opciones y ofrecer una visión integrada de nuestro propósito.

4.2. ANÁLISIS DE TEXTOS

4.2.1. EL ANÁLISIS DE LOS CONTENIDOS

A la hora de analizar el contenido de un texto es obligado tener en cuenta las aportaciones producidos por las diversas técnicas de investigación agrupadas bajo el nombre genérico de análisis de contenido, definido en 1948 por B. Berelson como "una técnica

de investigación para la descripción objetiva, sistemática y cuantitativa del contenido manifiesto de las comunicaciones, que tiene como objetivo interpretarlas". Para L. Bardin (1986, 7) "el factor común de estas técnicas múltiples y multiplicadas -desde el cálculo de frecuencias suministradoras de datos cifrados hasta la extracción de estructuras que se traducen en modelos- es una *hermenéutica controlada, basada en la deducción: la inferencia*". Estas técnicas reposan en la condición extratextual y objetiva del analista, el cual desconoce al sujeto emisor y desconoce a los receptores. Es más, cuánto menos conozca a ambos más objetivo podrá ser su análisis.

Sin embargo, detrás de esta aparente posición inobjetable desde el punto de vista metodológico de eliminar la subjetividad del investigador, existe el deseo de llegar a conocer al sujeto emisor analizando su mensaje.

Las modernas técnicas de análisis de contenido tienen su origen en los trabajos del norteamericano Harold Laswell sobre la prensa y la propaganda durante la I Guerra mundial -*Propaganda technique in the World War* (1927)-, época en la que, al clima de opinión propio de la guerra, hay que añadir la extendida creencia entre los estudiosos de esta materia de que los medios de comunicación de masas ejercen una influencia prácticamente irresistible sobre las audiencias y, por otra parte, la dependencia de las ciencias sociales en EE.UU. con respecto al *conductismo*, el cual, basado en una sicología del comportamiento objetivo, trata de describir la conducta humana como una respuesta a todo tipo de estímulos. Lo curioso del notable trabajo de Laswell, que es un intento de sistematizar el contenido de la propaganda recogida en diversos medios de comunicación, es que no trató de comprobar los efectos que ésta producía en las audiencias (Dader, 1994) y que las conclusiones están basadas sólo en el análisis de contenido. Es obvio que aceptando como ciertas las dos últimas premisas arriba expuestas -la influencia de los medios y la maleabilidad

de la conducta humana- una buena parte de los estudios sobre la comunicación y la opinión pública se dirigiera desde entonces y hasta los años 50 hacia el análisis de la publicidad y de la propaganda. Sin embargo, es preciso hablar del contexto en que tales interpretaciones surgen.

Por lo que se refiere a la propaganda hay que señalar que, además de la coyuntura propicia para su estudio marcada por el estallido de la I Guerra mundial, la revolución soviética, acaecida en 1917, se presenta como una amenaza para el sistema capitalista al erigirse como el primer Estado obrero de una prevista -y creíble para partidarios y adversarios- oleada revolucionaria que recorre una Europa hundida en el pesimismo al acabar la primera gran conflagración.

La creación de la III Internacional en 1919 y la importancia que concede -en especial en su II Congreso (1920)- a la persuasión y captación de las masas obreras por medio de la propaganda y de la agitación política -*agit/prop*- atizan un interés por el estudio de esta materia que aumentará con la aparición del fascismo y el nazismo y el despliague de sus enormes aparatos de propaganda, continuará en los años de la II Guerra mundial y, después, con la guerra fría.

Según Bardin (1986, 11), entre los años 1940/50, un 25 % de las investigaciones empíricas realizadas en EE. UU. basadas en el análisis de contenido pertenecen a estudios del campo político. Este autor indica que durante la II Guerra mundial, el gobierno norteamericano convocó a los analistas para desenmascarar a los diarios y revistas sospechosos de hacer propaganda subversiva, especialmente nazi, empleando diversos métodos para descubrirlos como la localización de temas favorables al enemigo, la comparación del mensaje del diario observado con los de las emisiones de radio alemanas destinadas a EE.UU, el análisis lexicológico de una lista de palabras clave y el análisis del grado de aceptación o rechazo de varios libros y periódicos respecto a dos temas "Las

doctrinas comunistas son verdad" y "La Unión Soviética prospera", aunque a tenor de algunos de los "filtros" empleados caben no pocas dudas sobre las verdaderas intenciones de tales búsquedas. La guerra fría y la caza de brujas -caza de comunistas, cripto-comunistas y filocomunistas, más que de brujas, emprendida por el Comité de Actividades Antiamericanas- que se desató en los EE.UU. al descubrir que la URSS era una potencia atómica, contribuyeron a convertir el *"anticomunismo en la religión dominante"*, según una expresión de Chomsky (1990), y a perfeccionar las técnicas para tratar de descubrir a ese difuso enemigo tras el discurso de cualquier liberal.

Por lo que se refiere a la publicidad, ésta se desarrolla cuando existe verdadera posibilidad de consumir compulsivamente; o sea, cuando el sistema industrial basado en la producción en cadena (taylor-fordista) produce ingentes cantidades de mercancías y, por el otro lado, cuando grandes masas de población tienen acceso al consumo gracias al abaratamiento del coste de los bienes y a las ventas a crédito. Así que la publicidad -sin negar su aptitud técnica para persuadir- sirve de puente entre dos factores ajenos y objetivos, factores -el mundo del trabajo y el del consumo-, que, por demás, conforman la vida cotidiana de millones de seres; la publicidad se sitúa en el espacio existente entre el taller y el supermercado; entre la cadena de montaje y la venta a plazos. Así, pues, gran parte de su secreto -su poder persuasivo- reposa en la compulsión que introducen en la vida cotidiana esos otros dos factores.

Por nuestra parte, al ocuparnos de estudiar un discurso opuesto abiertamente al orden reinante no necesitamos realizar esa labor detectivesca que busca en las debilidades e incoherencias del mensaje las pruebas que puedan delatar las verdaderas intenciones del emisor. No queremos inferir quiénes son los emisores a partir de descubrirlos en el texto sino al revés, queremos confirmar en

los textos algunas ideas previas que tenemos sobre los emisores. Con ello no renunciamos al uso de la inferencia, de la sugerencia o a buscar en los textos determinadas latencias, sino que su uso se hace sobre la base de que, previamente, se ha ofrecido mucha información sobre el emisor y sobre el contexto y de que se parte de analizar el contenido explícito de su discurso.

Dado que hemos decidido ocuparnos del discurso de un sujeto - "*unos bandidos*"¹- cuya existencia y avatares han sido hasta la fecha bastante ajenos a la investigación académica y cuyo mensaje -por su contenido, lógica y terminología- está ya públicamente ubicado en el espectro político y sobradamente contrastado con el discurso del consenso, podemos prescindir de ciertos elementos del análisis de contenido tendentes, por ejemplo, a desvelar las actitudes (que en este caso están meridianamente claras) o a medir el mayor o menor grado de desafección con respecto al texto de referencia -la Constitución-, porque éste es manifiesto. Así pues y desde las premisas apuntadas en el Capítulo 3, de los textos nos interesan sólo aquellas categorías relativas al *poder*, o mejor dicho, a la tensión entre *el poder* y *el pueblo*, expresada en la correlación de fuerzas políticas, lo cual supone que el texto debe delimitar, con mejor o peor fortuna, esas fuerzas en pugna; esos adversarios que disputan el poder, máxime si el discurso sobre la situación social se hace desde una perspectiva teórica que concibe la sociedad atravesada por el conflicto entre clases sociales con intereses antagónicos.

¹Peter Burke, en *Formas de hacer historia* (1993, 16), relata el suceso de un historiador británico que, en la década del 50, al ir a defender una tesis doctoral sobre el movimiento popular en la Revolución francesa fue interpelado por un miembro del tribunal que le preguntó "*¿Por qué se preocupa Vd por esos bandidos?*".

4.3. ESTRUCTURA DEL ANÁLISIS

Las publicaciones que hemos seleccionado ofrecen en sus páginas el discurso más cercano al populismo marxista en nuestro país y representan, por demás, a algunas de las mayores organizaciones políticas de ese espectro. Hay que señalar, sin embargo, que sus textos no son fácilmente normalizables, pues no se adaptan a los patrones de la prensa de gran tirada, que separa, al menos en la forma, las secciones dedicadas a la opinión de las dedicadas a información, aunque sobre este particular cabrían todo tipo de objeciones (se opina con el título, con la mancheta de cabecera y hasta con los titulares). La mayor dificultad en este sentido ha sido la de determinar la mejor sección para obtener la opinión institucional pues no todas las publicaciones tienen su sección editorial; algunas tienen una sección preferente -por el lugar y el número de página- que puede hacer las veces de editorial y en otro caso, ni siquiera esta sección existe; su lugar lo ocupan las declaraciones de los comités de dirección o de algunos de sus miembros, lo cual sobrepasa el estricto papel del editorial pues aquí el texto va más lejos porque contiene un mensaje imperativo sobre lo que hay que hacer -es una revista y, al mismo tiempo, un boletín oficial que señala tareas en un orden de prioridades, grados y tiempo para cumplirlas-.

Pese a todo, hemos tratado de formar el *corpus* con textos de una entidad y función similar, ateniéndonos a la siguiente gradación:

- editoriales, en donde los hay
- artículos de opinión colegiados de los órganos de dirección
- artículos de opinión personales de miembros de los órganos de dirección
- otros artículos de opinión, preferentemente textos de la redacción

Hay que señalar que no todas las revistas tienen igual calidad, ni todos los textos, aún de la misma revista, ofrecen la misma cantidad de información -los hay muy ricos informativamente y los

hay muy pobres, contruidos sobre unos cuantas ideas tópicas y llenos de retórica- y que, además, no todas las revistas publican la misma cantidad de artículos sobre el tema. En algún caso ha habido que ampliar la muestra para poder extraer una información que no aparecía.

A la hora de analizar los textos, se han buscado los contenidos explícitos en frases y párrafos -la palabra aislada para nosotros tiene poco sentido, como tampoco lo tienen el párrafo fuera del contexto y el discurso fuera del tiempo- y se ha reconstruido a través de ellos la lógica subyacente en cada discurso, no sólo de cada artículo, sino de toda la colección, respetando, siempre que ha sido posible, los términos empleados por sus autores, los giros peculiares de cada editor y, en algunos casos, nos hemos servido de largos fragmentos del texto original para articular nuestro propio discurso.

La categorías no se han seleccionado por el número de veces que están presentes en el texto -frecuencia-, sino por la importancia que encuentran en la estructura lógica del discurso. Por ejemplo, la categoría enemigos del pueblo, que formulada así aparece en unos textos y en otros no, es, sin embargo, fundamental para comprender el esquema bipolar del discurso analizado apoyado en dos categorías antagónicas -pueblo y enemigos del pueblo-, pues, aunque ésta última reciba otra denominación -oligarquía, por ejemplo-, a lo largo de todo el discurso ocupa el lugar reservado al antagonista del pueblo.

De acuerdo con lo anterior, teniendo en cuenta que la palabra es sólo una parte de la praxis social y que en ésta encuentra su sentido, con el análisis de los textos de cada publicación hemos pretendido descubrir cómo están delimitados esos dos sujetos -*el pueblo* y los *enemigos del pueblo*- a través de la descripción de sus rasgos respectivos a la luz de unas relaciones presididas por el enfrentamiento. Es decir, tratamos de ver cómo están siendo perfilados en cada discurso dos sujetos que mantienen relaciones

en un clima de conflicto y si los perfiles de tales sujetos son congruentes con el antagonismo descrito. De este modo recuperamos el sentido hermenéutico que toda lectura posee, pero lo ubicamos más allá de las simples palabras aisladas, de los vocablos.

Para alcanzar dicho objetivo, estimamos que en cada una de las publicaciones debemos localizar y formalizar en su discurso la siguiente estructura:

1. Fuerzas sociales y correlación de fuerzas durante el período constituyente

1.1. Las fuerzas sociales

1.1.1. La(s) clase(s) dominante(s)

1.1.2. Las clases subalternas

2. La correlación de fuerzas y el poder constituyente

2.1. Dictamen sobre el momento constituyente

2.2. El consenso

3. Dictamen sobre la Constitución

3.1. Valoración de la Constitución

3.2. Posición ante el referéndum constitucional

3.3. Evaluación de los resultados del referéndum

4. El discurso sobre el pueblo

4.1. El discurso sobre el poder y sobre el pueblo

4.2. Conclusiones

4.4. UNIVERSO

4.4.1. DELIMITACIÓN DEL UNIVERSO

Como ya hemos indicado, el objeto a investigar se va perfilando a medida que avanza la investigación y ya en la recopilación de material lo que antes eran sólo suposiciones, intuiciones o vagas nociones se van convirtiendo en aproximaciones a un conocimiento

empírico -todavía en bruto-. La tediosa operación de recopilar y expurgar el material se convierte así en la primera reconducción de la investigación hacia metas más asequibles. En este caso, supuso reducir el campo de estudio -excesivamente panorámico- y dotarlo de mayor profundidad, lo que, por otro lado, obligó a formular de manera más precisa las premisas teóricas. De esta manera, hemos podido constatar que cuanto más perfilado y profundo es el aparato teórico del que se parte, menor es la cantidad de datos necesaria para concederle un sentido, pues no hablan tanto los datos, como el enfoque teórico que hay tras ellos.

Partiendo, pues, de esa inicial visión panorámica, de un primer muestreo de más de doscientas publicaciones que en principio pudieran estar al margen del discurso del consenso se llegó a una segunda selección que se aproximaba al centenar -ver apéndice-, cifra que aún se estimó excesivamente alta y heterogénea, por lo que se efectuaron nuevas cribas.

La primera consistió en separar las revistas de partido de las publicaciones no partidarias; es decir, de las que no tuvieran el explícito papel de órgano político.

Una segunda criba consistió en desechar del grupo de revistas de partido todas aquellas en donde la impronta marxista estuviera lo suficientemente neutralizada o desdibujada por el peso de las posiciones nacionalistas. Con ello se eliminaban algunas revistas de interés pero el resto del *corpus* ganaba en coherencia al mantenerse unas líneas maestras de referencia basadas en una serie de presupuestos políticos que compartían casi todos los periódicos de la muestra. Es decir, se pensó que ganando coherencia en la formalización del *corpus* se facilitaría el trabajo de llegar a obtener un modelo de discurso unificado y representativo de todas las publicaciones seleccionadas. En las posiciones de los editores debía de verse reflejada la tensión entre el centro y la periferia, pero entre las tomas de postura

sobre otros títulos de la Constitución. Es decir, que las respuestas al proyecto constitucional debían contemplar opiniones con respecto al problema nacional pero no prioritariamente frente a él como sucedía con la prensa de los partidos de adscripción nacionalista, en los cuales la posición ante la Carta aparecía excesivamente sesgada por la contradicción entre el centralismo y la autodeterminación nacional.

Por otro lado, ya delimitado el campo de las revistas políticas de la izquierda radical, una gran parte de ellas, a la postre, no resultó ser de gran validez porque eran publicaciones vicarias de los órganos centrales. Por ello se desestimó la prensa de área (juvenil, vecinal, campesina u obrera), las revistas locales y regionales, los boletines de zona o barrio, las publicaciones sindicales y aquellas que reprodujeran de una manera u otra los argumentos de los órganos centrales de dirección.

Todavía dentro de las publicaciones de este campo hubo que efectuar una nueva selección porque en muchas de ellas la noción de *pueblo* no estaba suficientemente polarizada, o por decirlo de otra forma, aparecía fuertemente mediatizada por la noción de *clase*, especialmente por la de clase obrera o proletariado, u ocupaba con respecto a ésta última una posición secundaria en el discurso, por ello, hubo que reducir el campo nuevamente y ceñirse a aquellas publicaciones de las organizaciones radicales con un discurso más próximo al populismo, lo cual tuvo como afortunada consecuencia que el sujeto emisor de dicho discurso - descrito en el Capítulo 6- fuera mucho más homogéneo.

Finalmente quedaron seleccionadas las colecciones del año 1978, de las revistas **Bandera Roja**, **En lucha**, **La unión del pueblo** y **Vanguardia Obrera**, todas ellas vinculadas a instancias directivas de los partidos editores y, por tanto, vehículo de los argumentos genuínos que luego serían reproducidos en cascada por otras publicaciones de los mismos editores.

<u>Publicación</u>	<u>Organización editora</u>
<u>Bandera Roja</u>	Organización Comunista de España (Bandera Roja) -O.C.E. (B.R)-
<u>En Lucha</u>	Organización Revolucionaria de Trabajadores, -O.R.T.-
<u>La Unión del Pueblo</u>	Partido del Trabajo de España -P.T.E.-
<u>Vanguardia Obrera</u>	Partido Comunista de España (marxista- leninista) -P.C.E. (m-l)-

4.4.1.1. Repertorio de artículos de BANDERA ROJA

<u>nº</u>	<u>fecha</u>	<u>título artíc.</u>	<u>género</u>	<u>área</u>
86	13-19/II	El proyecto de Constitución va contra los trabajadores	suplem.	4 pgs
89	6-12/III	Municipales y Constitución: dos campañas en Catalunya.	art.f.	1/2 p 4
99	1-8/VI	Se dan prisa con su Constit.	suelto	1/3
100	8-15/VI	Feminismo: nuestras exigen- cias a la Constitución	instit. ⁽²⁾	1/2 5
101	15-22/VI	Feminismo: Const.y persona Contra la Const. monárquica	id. (2) editor. ⁽³⁾	1/2 2 1 p 3
102	22-29/VI	El derecho de autodetermina- ción:(casi) todos en contra	suelto portad.	1/4 1
103	26/VI-6/VII	La nueva Constitución china	art. f.	1p ctp
104	6-13/VII	Feminismo: anticonceptivos, abortos y Constitución	instit (2)	1/2 2
105	13-20/VII	Díme como argumentas y te diré lo que defiendes.	editor.	1 p 3
		Feminismo: mujer y trabajo.	instit (2)	1/2 4
		Seis mil millones para la Iglesia:sopa boba en la Cons	art. f.	1/3 5

².Firmado por la Comisión de Mujeres de la OCE (BR)

³.Texto conjunto firmado por OCE (BR) y UCE.

106	7-14/IX	Rechacemos la Constitución	sum..	2/3	1
		ibid (continuación)	edit.	1 p	3
108	28/IX-5/X	Ya sufrimos la Cons. por adelantado.	titular	1/3	1
		ibid. (texto)	instit.	2/3	4
109	5-12/X	"Konstituzioari ez"	opin.	1/3	5
110	16-23/X	Ante el referendum constit.:			
		¡ abstención !	edit.	1 p	3
		27 de sept contra la Const.	cron.	5/8	4
		En estatut a la medida de la Constitución.	opin.	2/3	5
113	13-20/XI	Feministas contra la Const.			
114	20/XI-4/XII	Constituído el frente unitario comunista contra la Const.	tit	1/4	1
		ibid. (texto)	instit.		9
		La Const. no recoge los dchos autonómicos de los pueblos	art.(⁴)	1 1/2	4
115	4-11/XII	Rechacemos su Const y sus chantajes : ¡ Abstención !	portada	1 p	1
		¡ Abstención !	edit.	1/2p	3
		A tal referendum tal Const.	suelto.	1/3	5
		La Constitución y el movimiento obrero.	instit.	4/5	8
		Abstencion.	cartel	1	16
116	11-18/XII	La abstención: un voto contra el consenso	portada	2/3	1
		Euskadi en la encrucijada.	opin.	1	2
		Una política reaccionaria	edit.	1 p	3
		Campaña contra la Constit.	suelos	2 p	6-7
s/n	s/f	La abstención (33 %) triunfo			

⁴.Firmado por G. Gómez y A. Panyella (éste del C.C.)

		de las fuerzas populares	suplemt. (⁵)		
117	25/XII-8/I	Transformar la abstención en			
		avance de las fuerzas populares	titul.	1/4	1
		ibid. (texto)	edit.	1 P	3
		6 dic: día de la abstención.			
		Las cifras no son de goma.	instit.	1 p	6

4.4.1.2. Repertorio de artículos de EN LUCHA

<u>nº</u>	<u>fecha</u>	<u>título</u>	<u>género</u>	<u>área</u>	<u>p</u>
183	2-II	Ante el inminente comienzo del debate			
		constitucional en las Cortes.	titul.	1/3	1
		id. id.	edit.	1 p	1
185	16-II	Las enmiendas de ORT a la Const.	inf.	1 p	5
186	23-II	Las enmiendas de ORT a la Const.	inf.	1 p	5
192	6-IV	¿ Monarquía o república ?	titul.	1/5	1
		id. id.	edit.	1/2	3
196	4-V	Hagamos oír la voz del pueblo.	titul.	1/4	1
		id id.	edit.	1 p	3
		Algunos datos de interés s/el			
		el debate constitucional.	inf.	1 p	16
197	11-V	Hagamos oír la voz del pueblo.	titul.	3/5	1
		La marcha del debate constit.	inf.	2 p.	4-5
		Presentación de la tribuna popular			
		por los dchos de los pp en la Const.	inf.	1 p	16
3	13-V	Aceptada la monarquía.	opin. (⁶)	1 p	-
198	18-V	A propósito del dcho de autodetr.	edit.	1 p	3
		La marcha del debate Constit.	inf.	2 p	4-5
199	25-V	Ante el debate const. hagamos oír			
		la voz del pueblo.	tit.sum.	2/5	1

⁵.Suplemento especial de 4 pgs dedicado a analizar los resultados del referéndum constitucional. Consta de 5 artículos que van sin firmar.

⁶.Se trata de una separata titulada EN LUCHA INFORMA, con numeración propia y distinto formato, que comienza a salir cuando empieza el debate constituyente en el Congreso.

		Graves limitaciones a los partidos			
		obreros y populares en la Constit.	edit.	2/3	3
		La marcha del debate constit.	inf/opin	11/2	4-5
200	1-VI	La marcha del debate constitucio.	inf/op ⁽⁷⁾	2	
		Sistema económico y Constitución.	n.red.	3/5	7
201	8-VI	Los poderes del Rey.	n.red.	1/4	6
202	15-VI	Los dchos nacionales en la Const.:			
		poderoso frente de lucha contra el			
		capital opresor.	opin. ⁽⁸⁾	1 p	6
204	29-VI	Exigimos que se hagan públicos			
		de inmediato los términos del			
		referendum constitucional.	edit.	1 p	3
208	27-VII	Las ff. pp. enjuician el proyecto			
		de Const. aprobado en el Congreso.	sum.	1/5	1
		id. id. (continuación)	opin. ⁽⁹⁾	2 p	8-9
209	3-VIII	El por qué y el para qué de			
		nuestro Sí a la Constitución.	entrev.	3/5	1
		id. id. (continuación)	entrev ⁽¹⁰⁾	2p	3-4
		Encuesta en el Senado s/la Cons.	entrev ⁽¹¹⁾	1 p	8

⁷.Esta sección es una mezcla de información sobre los debates en el Congreso y de opinión de la revista, se recogen, además, opiniones de diferentes personas sobre diversos artículos.

⁸.Se trata de una entradilla y de la opinión de cinco dirigentes nacionales de la ORT.

⁹.Recoge las opiniones de Laureano López Rodó, Federico Silva Muñoz, Gabriel Cisneros, Enrique Múgica, Jordi Solé Tura, Xabier Arzallus, Ramón Trías Fargas, Francisco letamendía, Txiki Benegas, Mario Onaindía y Pablo Ródenas.

¹⁰.Entrevista del director de EN LUCHA a José Sanroma, Secretario General de la ORT.

¹¹.Entrevistas breves a Alfonso Moreno, senador de Izquierda Democrática por Badajoz, Manuel Iglesias, senador del Grupo Mixto por La Coruña, Felip Soler, senador por Lérica de Entesa Dels Catalans, J. M. Bandrés, senador de Euskadiko Eskerra por Guipúzcoa y Lluís M. Xirinacs, senador por Barcelona, integrado en Entesa dels Catalans.

210	10-VIII	PNV y ORT de acuerdo en la necesidad de clarificar el significado de la Constitución.	comun. ⁽¹²⁾	2/3	1
217	28-IX	Una perspectiva de avance. id. (continuación)	opin. ⁽¹³⁾	1/3	1
			opin.	1 p	3
219	12-X	Sí a la Constitución (de la declaración del IV Pleno del C.C.)	sum.	2/3	1
		Ante la Const. y el referendum.	inst.	1 p	3
			n.red.	2 p	8-9
222	2-XI	Aprobada la Const. Seguir avanzando.	sum.	1/2	1
		Sí en el referendum. ¿Después qué?	edit.	2/5	3
223	9-XI	Sí, y seguir avanzando.	no.red.	4/5	4
224	16-XI	Constitución. ORT, Sí.	sum.	1/12	1
225	23-XI	Const. ORT, sí y seguir avanzando.	opin. ⁽¹⁴⁾	1/5	7
226	30-XI	Lo que no se le dejó decir a ORT en TVE.	n.red.	2/5	16
227	7-XII	Aprobada la Constitución.	tit.sum.	2/3	1
		Y seguir avanzando.	edit.	2/3	3
		Aquí tienes tus derechos. Úsalos.	n.red.	1 p	8
		Leyes que desarrollarán la Const.	n.red.	1 p	9
228	14-XII	El voto obrero, principal apoyo a la Constitución.	tit.sum.	3/5	1
		Sobre los resultados del ref.Cons.	edit	1 p	3

4.4.1.3. Repertorio de artículos de LA UNION DEL PUEBLO

<u>nº</u>	<u>fecha</u>	<u>título</u>	<u>género</u>	<u>área</u>
34	4/I	La Const. española será la más conservad. de Europa Oc.	titul.	1/5 1
		Todo el poder para el rey.	edit.	2/5 3
39	16/II	La democracia está en juego.	edit.	2/5 3

¹². Comunicado conjunto emitido al final de la entrevista, celebrada el día 7 de agosto, entre Carlos Garaicoetxea y José Sanroma.

¹³. Firmado por José Sanroma, Secretario General de ORT.

¹⁴. Extractos del discurso de José Sanroma.

		Una monarquía sin legitimidad democrática.	art. (15)	1p	13
40	9/II	La Const. y las autonomías.	art. (16)	3/5	3
43	2/III	Iglesia y Constitución.	art. (17)	2/3	22
49	13/IV	La Constitución y la Defensa.	art. (18)	2/3	8
50	26/IV	Sigue su marcha una Constit. reaccionaria.	suelto	1/5	1
53	17/V	El debate de la Const. debe salir a la calle.	suelto	1/6	1
		Por una Const más democrática.	edit.	2/5	3
55	25/V	Cosa buenas y malas en el anteproyecto de Constitución.	n. redac	3/5	5
		Los derechos de la juventud y la Constitución.	art. (19)	2/5	17
56	1/VI	Consenso para mantener la educación tal como está.	art. (20)	3/5	3
57	8/VI	La Constitución que se está cociendo.	art. (21)	1p	8
58	15/VI	Debate abierto sobre la Cons.	suelto.	1/4	1
		El pasteleo constituyente.	art. (22)	3/5	3
		Jornadas debate s/la Const.	vars.	2 p	6-7
59	22/VI	La C. deja las puertas abiertas	reseñ.	3/5	13

¹⁵.Firmado por Javier Lázaro, miembro del C.C. Federal.

¹⁶.Firmado por José María Beraza, del C. Ejecutivo.

¹⁷.Julio Lois, sacerdote, de las Com. Cristianas Populares.

¹⁸.Fernando Reinlein, de la UMD.

¹⁹. Firmado por Lourdes Lucia, miembro del C.C.

²⁰.Firmado por Miguel Ríaza.

²¹.Enrique de Castro, miembro del C.C.

²².Nazario Aguado, del C.Ejecutivo.

		a distintas altern. economicas.	(²³)		
60	29/VI	Todavía de puede mejorar la Const. edit.	2/5	3	
		Matrimonio, familia y filiación en la Constitución.	art.	4/5	8
61	6/VII	Const. mejorable, pero positiva. recuad.	1/8	1	
		El proyecto de Cons, básicamente positivo.	instit. ²⁴	3/5	5
		El proyecto de Const, mejorable pero positivo.	reseñ(²⁵)	1/2	7
		Por qué apoyamos la Constitución.	art. (²⁶)	1 p	8
62	13/VII	Euskadi ante la Constitución.	art. (²⁷)	1 p	8
64	27/VII	Const. democrática para España.	recuad.	1/6	1
		La Const. que está en camino.	art. (EC)	3/5	3
67	31/VIII	La Constit. en el Senado.	art. (EC)	3/5	3
69	14/IX	El Senado en la Constitución.	art. (²⁸)	2/5	3
70	21/IX	Ante la Constitución: cambiar la enseñanza.	art. (²⁹)	2/5	3
73	12/X	Sí a la Constitución.	recuad.	1/4	1
		Por qué decimos sí a la Const.	art. (EC)	2/5	4
74	18/X	El terrorismo, Euskadi y la Constitución.	art. (JMB)	1/2	5

²³. Rseña intervención de Eladio Garcia Castro (SQ Gral) en un debate sobre la Constitución.

²⁴. Declaración del Comité Ejecutivo del P.T.E.

²⁵. Reseña del mitin de E. García Castro en la fiesta de P.T.E. en Cataluña.

²⁶. Manuel Gracia, miembro del C. Ejecutivo.

²⁷. José Maria Beraza, SQ General del P.T. de Euskadi.

²⁸. Firmado por Jaime Goded

²⁹. Miguel Rianza

		La Const, arma de los trabajad.	art. (³⁰) 1/2	6
75	24/X	La Constit. y el poder judicial.	art. EC) 2/5	3
77	8/XI	6 diciem.: Constitución contra el franquismo.	titul. 1/5	1
79	22/XI	Campaña constitucional.	recuad. 1/3	1
		La Const: leyes nuevas para cambiar las cosas.	art. (MGL)2/3	3
80	29/XI	Sí, defendamos la democracia.	tit.y tex.3/4	1
		ibid. (texto declaración C.E.)	1 p	3
		Razones para la abstención en Euskadi.	art.(JMB) 4/6	6
		La Constitución y el derecho a la autodeterminación.	art.(MGL) 1/2	8
		La Const. y la consolidación de la democracia.	art.(NA) 1 p	8
		Monarquía y Constitución.	art.(³¹) 1/4	9
		Pensionistas y Constitución.	art.(³²) 1/6	10
		Mujer, familia y Constitución.	art.(³³) 3/6	10
81	6/XII	¿Y después de la Constitución?	edit. 2/6	3
		Después de la Constitución ¿qué?	instit(³⁴) 1 p	5
82	13/XII	Declaración del C.E. (s/ los resultados del refrendo)	instit. 2 p	3-4
83	20/XII	El desarrollo de la Constit.	art. (EC) 2/6	3
		¿Para qué la abstención masiva en Euskadi ?	art. (JMB)1 p	10
84	26/XII	1978 año de la Constitución...	suelos 2 p	8-9

³⁰.Firmado por Antonio Zoido, del C. Ejecutivo.

³¹.Antonio Bocanegra, miembro del C.Ejecutivo.

³².Esteban Martín Escribano, miembro del C. Central.

³³.Natividad Espinosa, miembro del C. Ejecutivo.

³⁴.Extractos del informe presentado por E. García Castro ante el III Pleno del C. Central Federal del P.T.E.

4.4.1.4. Repertorio de artículos de VANGUARDIA OBRERA

<u>nº</u>	<u>fecha</u>	<u>título</u>	<u>género</u>	<u>área</u>	<u>p</u>
232	26-IV	Contra el engendro consti- tucional de la monarquía (I)	opin. ⁽³⁵⁾	1/2	3
233	5-V	id. id (II)	opin.(VV)	2/3	9
234	12-V	Un trágala de constitución.	redac.	1/3	1
235	19-V	Acerca del engendro de la constitución monárquica.	opin. ⁽³⁶⁾	3/4	5
238	9-VI	La Constit y la enseñanza.	redac.	1/2	8
239	16-VI	La Const. en el banquillo.	reseñ.	1/2	4
239	16-VI	Frente al consenso, la lucha	opin. (VV)	1/2	4
240	23-VI	El engendro de la Const monár- quica y su apoyo a la Iglesia.	opin.(VR)	3/4	5
241	30-VI	Una constitución para los grandes explotadores.	opin. (VV)	1/2	3
242	7-VII	El engendro de la const. monár- quica y el dcho a la autodeterm.	op.(VR)	1/2	4
243	14-VII	El chantaje de las Leyes Fundamentales como justificación del oportunismo	(VV)	1/2	5
244	20-VII	El engendro de la Const. monárqui- ca y los derechos de la mujer.	op.(VR)	3/5	3
245	28-VII	Los chalaneos en torno a la Const del PNV contra el pueblo de Euskadi.	op ⁽³⁷⁾	2/5	5
245		El engendro de la Const. monárquica y la Independencia Nacional.	opin.(VR)	3/5	9
246	17-VIII	Una Const. monárquica para un			

³⁵.Firmado por V. Vega. La categoría de los sucesivos firmantes es la siguiente: V. Vega, R. Sánchez y M. Garcés, miembros del Comité Ejecutivo del PCE (m-l); V. Roig, miembro del Comité Central; M. Serrada, miembro de la Secretaría del Comité Central.

³⁶.Firmado por V. Roig.

³⁷.Firmado por M. Serrada.

		pueblo republicano.	opin. ⁽³⁸⁾	1/3	1
246		id (continuación)		2/5	2
247	1-IX	NO a la Constit. monárquica	instit. ⁽³⁹⁾	1 p	1
247	1-IX	La Const, un engendro al servicio de los terratenientes.	redac.	1/2	5
247		Euskadi dice No a la Const.	redac.	1/2	5
248	9-IX	El No a la Constit: alternativa del pueblo ante el referendum.	redac.	2/5	1
249	16-IX	Avanza el No a la Constit.	redac.	1 p	5
250	23-IX	Vota No a la Const, deber de todo demócrata.	opin. ⁽⁴⁰⁾	2/5	1
251	29-IX	Votemos NO a la Constit.	opin.(RS)	2/5	1,2
251		Por el derecho y al libertad de ser republicano.	opin.(EO)	3/5	1,8
252	7-X	Votar el No, organizar el No	opin.(MS)	2/5	1,2
252		Reforzar y ampliar la unidad repu- blicana, tarea urgente e imposter- gable.	opin. ⁽⁴¹⁾	1/2	1,2
254	21-X	Votar No al referendum es votar por la democracia, por la repú- blica y la independencia nacnl.	op. (EO)	3/5	1,2
255	28-X	Organicemos el voto negativo de los trabajadores.	opin. ⁽⁴²⁾	2/5	1,9
257	11-XI	Resolución del C.C.	inst. ⁽⁴³⁾	1 p	1,2

³⁸.Firmado por Elena Odena (cofundadora del partido y número dos de su jerarquía).

³⁹.Declaración del Comité Ejecutivo del PCE (m-1).

⁴⁰.Firmado por Ramón Sánchez.

⁴¹Raul Marco. Secretario General y cofundador del PCE (m-1).

⁴².Firmado por M. Garcés.

⁴³.Resolución del 6 de noviembre del III Pleno del Comité Central del PCE (m-1).

257		Del comunicado del C.E.	inst. ⁽⁴⁴⁾	1/4	3
258	18-XI	Votar NO en el referendum.	inst. ⁽⁴⁵⁾	1/4	1
258		Contra la campaña de intimi- dación: No a la Const. monárq. op. (MS)		1/4	1,2
258		La Const y el problema de la mujer (II)	redac.	2/5	3,4
259	25-XI	Votar No en el referendum.	inst. ⁽⁴⁴⁾	1/4	1
259		¿Qué valor tiene un referendum bajo un clima de terror y re- presión?	opin.(VV)	2/5	1,2
259		La Const. monárquica es el mayor complot contra el pueblo.	redac.	2/5	1,2
260	2-XII	Vota No a la Const. monárquic.	port.	1 p	1
260		id id.	inst. ⁽⁴⁶⁾	1 p	3
261	9-XII	Una fachada constitucional para una monarquía legada por Franco	op. (EO)	3/5	1,2
261	9-XII	Fracaso político de la operación referendum.	opin.(MS)	2/5	1,3
261		Más de 10 millones de españoles se han negado a dar el SI a la Constitución monárquica.	redac.	1/3	3
262	16-XII	Una derrota de la monarquía y sus colaboradores.	redac.	1/4	3
263	23-XII	El referendum: un boomerang de doble filo.	opin. (EO)	2/5	1

⁴⁴.Resumen del Comunicado del Comité Ejecutivo.

⁴⁵.Extracto en forma de consignas de la Declaración del Comité Ejecutivo.

⁴⁶.Declaración del Comité Ejecutivo del PCE (m-l).

4.5. MUESTRA

4.5.1. BANDERA ROJA

<u>nº</u>	<u>fecha</u>	<u>título</u>	<u>género</u>	<u>área</u>	<u>p</u>
86	13-19/II	El proyecto de Constitución va contra los trabajadores	suplem.	4	pgs
100	8-15/VI	Feminismo: nuestras exigen- cias a la Constitución	instit. ⁽⁴⁷⁾	1/2	5
101	15-22/VI	Contra la Const. monárquica	editor. ⁽⁴⁸⁾	1 p	3
103	26/VI-6/VII	La nueva Constitución china	art. f.	1p	contp
104	6-13/VII	Feminismo: anticonceptivos, abortos y Constitución	instit (47)	1/2	2
105	13-20/VII	Díme como argumentas y te diré lo que defiendes. Feminismo: mujer y trabajo.	editor.	1 p	3
			instit (47)	1/2	4
106	7-14/IX	Rechacemos la Constitución	edit.	1 p	3
110	16-23/X	Ante el referendum constit.: ¡ abstención !	edit.	1 p	3
115	4-11/XII	¡ Abstención ! La Constitución y el movto obrero.	edit.	1/2p	3
			instit.	4/5	8
s/n	s/f	La abstención (33 %) triunfo de las fuerzas populares	suplemt. ⁽⁴⁹⁾		
117	25/XII-8/I	Transformar la abstención en avance de las fuerzas populares	edit.	1 p	3
		6 dic: día de la abstención: Las cifras no son de goma.	instit.	1 p	6

⁴⁷.Firmado por la Comisión de Mujeres de la OCE (BR)

⁴⁸.Texto conjunto firmado por OCE (BR) y UCE.

⁴⁹.Suplemento especial de 4 pgs dedicado a analizar los resultados del referéndum constitucional. Consta de 5 artículos que van sin firmar.

4.5.2. EN LUCHA

<u>nº</u>	<u>fecha</u>	<u>título</u>	<u>género</u>	<u>área</u>	<u>p</u>
157	3-VII-77	La Const. de la II República: un buen ejemplo de constitución	redac.	3/5	4
161	8-8-77	España necesita una Constitución democrática (Decl. C.C. ORT)	inst.	1p.	3
165	29-9-77	Es urgente una constitución democrática	inst.	1p	3
183	2-II	Ante el inminente comienzo del debate constitucional en las Cortes.	edit.	1p	3
192	6-IV	¿ Monarquía o república ?	edit.	1/2	3
196	4-V	Hagamos oír la voz del pueblo.	edit.	1 p	3
198	18-V	A propósito del dcho de autodetr.	edit.	1 p	3
199	25-V	Graves limitaciones a los partidos obreros y populares en la Constit.	edit.	2/3	3
204	29-VI	Exigimos que se hagan públicos de inmediato los términos del referéndum constitucional.	edit.	1 p	3
209	3-VIII	El por qué y el para qué de nuestro Sí a la Constitución. (entrevta al Sº Gral de la ORT)	entrev	2 p	3-4
217	28-IX	Una perspectiva de avance.	opin. ⁽⁵⁰⁾	1 p	3
219	12-X	Sí a la Constitución (de la declaración del IV Pleno del C.C.)	inst.	1 p	3
222	2-XI	Sí en el referendum. ¿Después qué?	edit.	2/5	3
225	23-XI	Const. ORT, sí y seguir avanzando.	opin. ⁽⁵¹⁾	1/5	7
227	7-XII	Y seguir avanzando.	edit.	2/3	3
228	14-XII	Sobre los resultados del ref.Cons.	edit	1 p	3

⁵⁰.Firmado por José Sanroma, Secretario General de ORT.

⁵¹.Extractos del discurso de José Sanroma.

4.5.3. LA UNIÓN DEL PUEBLO

nº	fecha	título	género	área	
34	4/I	Todo el poder para el rey.	edit.	2/5	3
39	16/II	La democracia está en juego.	edit.	2/5	3
53	11/V	Por una Const más democrática.	edit.	2/5	3
55	25/V	Cosa buenas y malas en el anteproyecto de Constitución.	n. redac	3/5	5
57	8/VI	La Constitución que se está cociendo.	art. (⁵²)	1p	8
58	15/VI	El pasteleo constituyente.	art. (⁵³)	3/5	
3 59	22/VI	La C. deja las puertas abiertas a distintas alt. económicas.	reseñ. (⁵⁴)	3/5	13
60	29/VI	Todavía de puede mejorar la Const.	edit.	2/5	3
61	6/VII	Declaración del C.C. Federal: El proyecto de Cons. básicamente positivo.	instit. ⁵⁵	3/5	5
		El proyecto de Const, mejorable pero positivo.	reseñ. (⁵⁶)	1/2	7
		Por qué apoyamos la Constitución.	art. (⁵⁷)	1p	8
62	13/VII	Euskadi ante la Constitución.	art. (⁵⁸)	1 p	8
64	27/VII	La Const. que está en camino.	art. (EC)	3/5	3
73	12/X	Por qué decimos sí a la Const.	art. (EC)	2/5	4

⁵². Enrique de Castro, miembro del C.C.

⁵³. Nazario Aguado, del C. Ejecutivo.

⁵⁴. Reseña de la intervención de Eladio Garcia Castro en un debate sobre la Constitución.

⁵⁵. Declaración del Comité Ejecutivo del P.T.E.

⁵⁶. Reseña del mitin de E. García Castro en la fiesta de P.T.E. en Cataluña.

⁵⁷. Manuel Gracia, miembro del C. Ejecutivo.

⁵⁸. José Maria Beraza, Sº General del P.T. de Euskadi.

74	18/X	La Const, arma de los trabajad.	art. (⁵⁹)	1/2	6
79	22/XI	La Const: leyes nuevas para cambiar las cosas.	art.(MGL)	2/3	3
80	29/XI	Sí, defendamos la democracia. (texto Declaración C.E.Fed.)	inst.	1p	3
		Razones para la abstención en Euskadi	art. (JMB)	4/6	6
81	6/XII	¿Y después de la Constitución?	edit.	2/6	3
		Después de la Constitucion ¿qué?	instit(⁶⁰)	1 p	5
82	13/XII	Declaración del C.E.F. (s/ los resultados del referendum)	instit.	2 p	3-4
83	20/XII	Que hablen fuerte los trabaj. ¿Para qué la abstención masiva en Euskadi ?	edit. art.(JMB)	4/6 1 p	3 10

4.5.4. VANGUARDIA OBRERA

<u>nº</u>	<u>fecha</u>	<u>título</u>	<u>género</u>	<u>área</u>	<u>p</u>
232	26-IV	Contra el engendro consti- tucional de la monarquía (I)	opin.(⁶¹)	1/2	3
233	5-V	id. id (II)	opin.(VV)	2/3	9
234	12-V	Un trágala de constitución.	redac.	1/3	1
235	19-V	Acerca del engendro de la constitución monárquica.	opin.(⁶²)	3/4	5
238	9-VI	La Constit y la enseñanza.	redac.	1/2	8

⁵⁹.Firmado por Antonio Zoido, del C. Ejecutivo.

⁶⁰.Extractos del informe presentado por E. García Castro ante el III Pleno del C. Central Federal del P.T.E.

⁶¹.Firmado por V. Vega. La categoría de los sucesivos firmantes es la siguiente: V. Vega, R. Sánchez y M. Garcés, miembros del Comité Ejecutivo del PCE (m-l); V. Roig, miembro del Comité Central; M. Serrada, miembro de la Secretaría del Comité Central.

⁶².Firmado por V. Roig.

239	16-VI	Frente al consenso, la lucha	opin. (VV) 1/2	4
240	23-VI	El engendro de la Const monár- quica y su apoyo a la Iglesia.	opin.(VR) 3/4	5
241	30-VI	Una constitución para los grandes explotadores.	opin. (VV) 1/2	3
242	7-VII	El engendro de la const. monár- quica y el dcho a la autodeterm.	op.(VR) 1/2	4
243	14-VII	El chantaje de las Leyes Fundamentales como justificación del oportunismo	(VV) 1/2	5
244	20-VII	El engendro de la Const. monárqui- ca y los derechos de la mujer.	op.(VR) 3/5	3
245	28-VII	Los chalaneos en torno a la Const del PNV contra el pueblo de Euskadi.	op (⁶³) 2/5	5
245	28-VII	El engendro de la Const. monárquica y la Independencia Nacional.	opin.(VR) 3/5	9
246	17-VIII	Una Const. monárquica para un pueblo republicano.	opin.(⁶⁴) 1/3	1
247	1-IX	NO a la Constit. monárquica	instit(⁶⁵) 1 p	1
247	1-IX	La Const, un engendro al servicio de los terratenientes.	redac. 1/2	5
248	9-IX	El No a la Constit: alternativa del pueblo ante el referendum.	redac. 2/5	1
250	23-IX	Vota No a la Const, deber de todo demócrata.	opin.(⁶⁶) 2/5	1
251	30-IX	Por el derecho y a la libertad de ser republicano.	opin.(EO) 3/5	1,8
252	7-X	Votar el No, organizar el No	opin.(MS) 2/5	1,2

⁶³.Firmado por M. Serrada.

⁶⁴.Firmado por Elena Odena (cofundadora del partido y número dos de su jerarquía).

⁶⁵.Declaración del Comité Ejecutivo del PCE (m-l).

⁶⁶.Firmado por Ramón Sánchez.

252	7-X	Reforzar y ampliar la unidad repub- blicana, tarea urgente e imposter- gable.	opin. (⁶⁷)	1/2	1,2
254	21-X	Votar No al referendum es votar por la democracia, por la repú- blica y la independencia nacnl. op. (EO)	(⁶⁸)	3/5	1,2
255	28-X	Organicemos el voto negativo de los trabajadores.	opin. (⁶⁹)	2/5	1,9
257	11-XI	Resolución del C.C.	inst. (⁷⁰)	1 p	1,2
257	11-XI	Del comunicado del C.E.	inst. (⁷¹)	1/4	3
258	18-XI	Votar NO en el referendum.	inst. (⁷²)	1/4	1
258	18-XI	La Constitución y el problema de la mujer.	redac.	2/5	3,4
259	25-XI	La Const. monárquica es el mayor complot contra el pueblo.	redac.	2/5	1,2
261	9-XII	Una fachada constitucional para una monarquía legada por Franco	op. (EO)	3/5	1,2
261	9-XII	Fracaso político de la operación referéndum.	opin. (MS)	2/5	1,3
261	9-XII	Más de 10 millones de españoles se han negado a dar el Sí a la Constitución monárquica.	redac.	1/3	3

Como se puede observar, en este caso se ha trabajado sobre una muestra muy amplia que coincide casi con el universo, pues, al ser la publicación bastante irregular en su aspecto formal (y por

⁶⁷ Raul Marco. Secretario General y cofundador del PCE (m-1).

⁶⁸ Firmado por M. Garcés.

⁶⁹ Resolución del 6 de noviembre del III Pleno del Comité Central del PCE (m-1).

⁷⁰ Resumen del Comunicado del Comité Ejecutivo.

⁷¹ Extracto en forma de consignas de la Declaración del Comité Ejecutivo.

ende, en la difusión de sus contenidos) y carecer de una sección fija con rango institucional, se ha debido contemplar una muestra mayor de artículos de opinión, que en otros casos solamente se han utilizado como complemento de los editoriales.

*Somos lo que todos saben, lo que es todo
en España: una interinidad.*

(Ángel Ganivet)

CAPÍTULO 5. DEL CONTEXTO. MARCO DE REFERENCIA HISTÓRICO

CAPÍTULO 5. DEL CONTEXTO

LA MODERNIZACIÓN DEL ESTADO ESPAÑOL Y SU FORMALIZACIÓN CONSTITUCIONAL

Sumario

- 5.1. Breve introducción doctrinal. Ubicación histórica de los textos constitucionales en el mundo contemporáneo
- 5.2. Breve apunte histórico sobre los avatares del desarrollo constitucional y la modernización del Estado español
- 5.3. Notas sobre el último período constituyente
 - 5.3.1. La transición y el proceso constituyente
 - 5.3.2. Consenso y espíritu constituyente
 - 5.3.3. El discurso hegemónico sobre la Constitución

5.1. BREVE INTRODUCCIÓN DOCTRINAL. UBICACIÓN HISTÓRICA DE LOS TEXTOS CONSTITUCIONALES EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

1. Los manuales de historia que se mantienen fieles al criterio de periodización estricta, al menos los que se refieren a la historia occidental, es decir, al ámbito greco-latino y anglosajón, ofrecen el devenir histórico hendido por una serie de cortes que separan de forma casi tajante unas épocas de otras. Se destacan, así, determinados acontecimientos que, a modo de hitos, actúan como referencia para señalar el fin de una era y el comienzo de otra.

Uno de los hitos, en el que coinciden casi todos los manuales, es la Revolución Francesa, que separa como un mojón el antiguo régimen del mundo moderno.

Poco importa que los acontecimientos que transcurren entre la

toma de la Bastilla -el hito por excelencia- y el consulado de Bonaparte se consideren el resumen convulso de eventos que venían gestándose desde hacía largo tiempo o el anticipo de una sociedad que apenas está alumbrando. Lo más importante, lo verdaderamente destacable es ese salto, el cambio cualitativo que se destaca en lo que permanece cuando las aguas, perdida ya la turbulencia, vuelven a su cauce.

Es la consciencia de que algo ha cambiado, de que hay algo en los acontecimientos que ya es imborrable y que lleva a pensar y a sentir, no sólo a los intelectuales sino al pueblo llano, y esto es lo más importante, que ya nada será como antes porque algo decisivo en las mentalidades se ha roto.

Si nosotros, ateniéndonos al estilo de los viejos manuales de historia, quisiéramos destacar un símbolo, un hito que indicara el ocaso del antiguo régimen y la aurora del mundo moderno, nos veríamos obligados a buscarlo, seguramente, en los textos de las constituciones. Y decimos textos y no constituciones a secas porque la moderna plasmación de los derechos de los individuos y, en particular, los de la emergente figura del ciudadano burgués encuentra su indeleble expresión en la letra impresa.

Hasta el comienzo de las sesiones de los Estados Generales, en mayo de 1789, lo que la nobleza francesa llamaba constitución no era más que la expresión verbal¹ de las consuetudinarias normas que regían las desiguales relaciones entre estamentos.

Hasta entonces, cuando la aristocracia francesa se refería a la constitución no hablaba de otra cosa que de una determinada correlación de fuerzas sociales, de un equilibrio.

¹. A la pretensión real de abolir la prestación de trabajo personal del pueblo llano en la construcción de caminos y sustituirla por un impuesto que había de gravar también a la nobleza (Decreto de 3 de febrero de 1776), ésta se opuso a la medida alegando que el pueblo de Francia -el pueblo llano, se entiende- se encontraba sujeto a impuestos y prestaciones sin limitación y que ésta era una parte de la Constitución que ni el rey mismo podía cambiar. En Lasalle, F., *¿Qué es una constitución?*, Madrid, Júcar, 1979, pp. 45-46.

La palabra constitución tenía una acepción biológica, o mejor anatómica, que imaginaba el funcionamiento de la sociedad como un gran cuerpo humano, cuya cabeza era la Corona y donde cada uno de los miembros debía realizar la función que le correspondiera. Algo, que, como señala M. Foucault (1992, 200), *"no es tanto del orden de la ley cuanto del orden de la fuerza, no tanto del orden de un documento escrito cuanto del orden del equilibrio, algo que sea una constitución tal como la entenderían los médicos: relaciones de fuerza, equilibrio y juego de proporciones, asimetría estable, desigualdad congruente"*.

El resultado de la labor jurídico/política de los delegados del tercer estado, juramentados como Asamblea Constituyente, va a suponer una profunda modificación de esta idea al alumbrar dos tipos de documentos (Duverger, 1982, 27): la declaración de derechos y la constitución como explicitación de la organización del poder.

La aparición de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano el 26 de agosto de 1789 rompe con la tradición de considerar la constitución sólo como el orden establecido, para retornar a la noción medieval de pacto suscrito entre el monarca y los súbditos. En dicha Declaración, *"los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre"* toman forma de *"declaración solemne"*. Más adelante, los dos documentos son refundidos: las declaraciones de derechos de los ciudadanos constituirán el preámbulo o los primeros capítulos de la Constitución y el resto lo ocupará la descripción de la estructura fundamental del Estado y la organización del poder público.

En suma, trátase de constituciones donde la soberanía resida en la Corona, sea compartida con el pueblo o tenga en éste su origen exclusivamente, ha ido imponiéndose el uso de que la definición y organización del poder junto con las obligaciones y derechos de los ciudadanos encuentren su expresión escrita en un documento solemne que se considera fundamento del Estado.

Para resaltar la importancia que cobra el documento, F. Rubio Llorente (1986, 9) escribe: *"La Constitución, en abstracto, es, en efecto, el resultado del nuevo espíritu, la plasmación jurídica de un modo nuevo de concebir las relaciones entre los hombres como seres esencialmente libres e iguales"*.

Sin embargo, ese nuevo espíritu plasmado en las constituciones marca, para José Ortega y Gasset (1984), la entrada en la época de lo mudable, cuando se lamenta, en las últimas páginas de *Una interpretación de la historia universal*, de la introducción en Europa, desde 1789, del *"reformismo como actitud primaria ante el Derecho"* (1984, 287). Frente a la concepción romana del Derecho como algo invariable -*"Derecho era para el romano éstas dos notas constitutivas: primero, ser, en principio, inmutable; segundo, no ser un mandamiento de ninguna voluntad personal, sino ser lo establecido, o, lo que es igual, la Ley"* (id, 285)- que permitía al hombre *"asegurar alguna dimensión de su vida"* (283), que es, sobre todo, inseguridad, Ortega (ibíd, 292) lamenta que este espíritu reformista haya hecho del Derecho algo que hay que reformar, con lo cual *"haciendo al Derecho inestable, ha quitado de bajo de los pies de los hombres la tierra firme en que antes se afianzaban"*.

Ortega aparece aquejado de temor ante los cambios de su tiempo, como advierte F. Ariel Del Val (1984, 226): *"Frente a un universo cambiante y mudadizo, el escritor madrileño busca un punto seguro, éste no está ni en la vida, ni en la historia, sino únicamente en la forma de un derecho que no proviene de una idea de justicia, sino de una constelación de intereses contradictorios, como él mismo reconoce, que llegan a un compromiso"*.

Porque Ortega (ibíd, 284), en la misma obra, resalta la base inmutable del derecho como resultado de un compromiso establecido entre las partes en litigio, cuando escribe: *"El perfil concreto de las instituciones romanas -las procesales, la patria potestad, la propiedad, la herencia, etc- no se derivaban de ninguna supuesta idea del Derecho, sino de simples usos inveterados o de*

compromisos entre los grupos sociales en lucha". Y ha de ser, justamente, ese compromiso ya inservible de los estamentos con la monarquía del antiguo régimen el que va a ser sustituido por otro en la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, como resultado de un nuevo equilibrio social y como expresión política del tercer estado en calidad de sujeto constituyente.

Así, pues, con el ocaso del antiguo régimen se inaugura una era en la que los compromisos políticos derivados de las relaciones sociales se plasman en documentos y, por otro lado, se entra, gracias al constante desarrollo de la producción mercantil, en una etapa de gran dinamismo en donde la duración de dichos compromisos no admite comparación con la de los establecidos en tiempos del imperio romano. Los compromisos entre clases y estratos sociales serán más breves y, en consecuencia, las declaraciones de derechos sufrirán del mal del reformismo, según la expresión orteguiana. Naturalmente, la sensación de seguridad será menor y el hombre y la mujer contemporáneos vivirán el mal de la modernidad, porque -en palabras de Marx (1969, 26)- *"una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, un movimiento y una inseguridad constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores"*. Esta sensación de cambio constante no respetará nada, ni tampoco el Derecho, y aunque algunos países sepan responder jurídicamente con prontitud a las demandas de los nuevos tiempos, otros, en medio de una gran inestabilidad social, tardarán más tiempo en dotarse de una firme base constitucional. España está entre éstos últimos, pero sobre ello hablaremos más adelante. Ahora volvamos al espíritu que había alumbrado la edad moderna.

De ese espíritu, sembrado por la obra de los ilustrados, surgen la figura individual del ciudadano como portador de derechos frente al súbdito carente de ellos y la categoría colectiva de pueblo, como depositario de la soberanía del Estado. Esta idea, asumida masivamente en Francia con la lucha popular, encuentra su

adecuada expresión durante las jornadas revolucionarias en la voz "nación" (y en la popular exclamación "viva la nación" frente al grito de la nobleza monárquica "viva el rey").

La nación resume la temporal alianza de las clases subalternas que forman el tercer estado frente al poder de la Corona y sus aliados, el alto clero y la aristocracia. *"La nación existe ante todo -escribe el abate Sieyès (1985, 85)-, es el origen de todo. Su voluntad es siempre legal, es la ley misma. Antes que ella y por encima de ella sólo existe el derecho natural"*.

Este espíritu supone un paso decisivo en el camino emprendido en el Renacimiento hacia la autonomía del individuo, continuado contradictoriamente por la Reforma protestante.

2. *"Con el Renacimiento aparece una concepción dinámica del hombre". "En esta época es cuando nacen como categorías ontológicas inmanentes la libertad y la fraternidad"*, escribe Agnes Heller (1980, 7). Categorías necesarias para entender el esfuerzo emancipador del hombre por librarse de las trabas del mundo medieval, cuya primitiva función integradora se ha vuelto opresiva y cuya petrificada estratificación tropieza con unas relaciones sociales que ya no son esencialmente feudales, aunque formalmente, en algunos aspectos, lo sigan pareciendo. No en vano, estamos asistiendo a la *"primera etapa del largo proceso de transición del feudalismo al capitalismo"* (Heller, 1980, 8).

Pero la exaltación renacentista del individualismo frente a los lazos feudales y eclesiales encuentra en la Reforma protestante una ayuda y a la vez un obstáculo. Una ayuda porque la Reforma asume el ideal renacentista de la afirmación del sujeto, por lo cual, al propugnar un diálogo directo con Dios sin intermediario alguno, libera al creyente de la férula de la Iglesia, al tiempo que lo educa en la crítica de otro tipo de jerarquías. Por otro lado, supone un obstáculo al reforzar el papel de la religión en general, porque cada creyente se convierte en un sacerdote, en su propio superior jerárquico, en su propio Papa.

El carácter contradictorio de la Reforma será advertido por Marx (1973, 110) que escribirá acerca de Lutero: *"Acabó con la fe en la autoridad, porque restauró la autoridad de la fe. Convirtió a los curas en seglares, porque convirtió a los seglares en curas. Liberó al hombre de la religiosidad externa, porque erigió la religiosidad en el interior. Emancipó de las cadenas al cuerpo, porque cargó de cadenas el corazón"*.

Sin embargo, la Reforma protestante como movimiento cultural llegó más lejos que el Renacimiento. *"En Italia no hubo jamás una reforma intelectual y moral que abarcase a las clases populares - escribe A. Gramsci (1974, 151)-. Renacimiento, filosofía francesa del siglo XVIII, filosofía alemana decimonónica son reformas que tocan sólo a las clases altas y, a menudo, solamente a los intelectuales"*.

"El Renacimiento -indica Portelli (1977, 87)- adoptó la forma de un movimiento cultural superior, pero aristocrático, sin la menor derivación popular; la Reforma en cambio consiste, prescindiendo del éxito político diverso según los países, en un movimiento cultural de masas".

Este vasto movimiento cultural de carácter popular suscitado por la reforma luterana y el calvinismo es, según Gramsci (1973, 92), lo que *"ha permitido a los países protestantes resistir tenaz y victoriosamente la cruzada de los ejércitos católicos"*.

Pero no se trata solamente de eso, sino de que la Reforma, si se la entiende como la continuación y profundización del espíritu renacentista entre las masas, introduce una durísima cuña en la legitimidad de la Iglesia católica. Así lo estima Díaz-Salazar (1991, 263), cuando escribe: *"la Reforma protestante planteó a la Iglesia una crisis de hegemonía, que conllevó la quiebra de la unidad europea existente y el inicio de una creciente subordinación eclesial a los Estados nacionales"*.

Por otro lado, con la Contrarreforma, la Iglesia queda vinculada solamente al poder y a las clases altas y abdica de su función

tutelar, típicamente medieval, con las clases pobres. Gracias a ello, las clases subalternas buscarán su emancipación a través de movimientos civiles y laicos de signo comunitario, en vez de perseguir una salvación colectiva e inminente instaurando el paraíso en la tierra, propia de los movimientos milenaristas medievales, aunque también es cierto -según N. Cohn (1981)- que los modernos movimientos de masas de tipo revolucionario no han podido desprenderse del todo de la vieja inspiración milenaria. Por otro lado, el rechazo de la jerarquía papal condujo a la organización de iglesias nacionales reformadas, basadas en un pacto entre los miembros de la comunidad y en las decisiones tomadas democráticamente por la asamblea de fieles.

La asamblea de creyentes se constituía en la fuente del poder de la congregación y nombraba por elección a los ministros, por lo tanto, no es aventurado suponer que quienes estaban habituados a un régimen democrático en su iglesia desearan trasladar los mismos principios al terreno de la política y pretendieran fundar el Estado precisamente sobre un pacto entre iguales. Además, la idea del pacto, si bien era intolerable para los mentores de las monarquías absolutas, no era desconocida para la burguesía, que fundaba su creciente poder económico en el ejercicio cotidiano del pacto comercial: el contrato, prácticamente desconocido para los estamentos privilegiados por su alejamiento del mundo laboral y comercial.

Hay que recalcar que las iglesias más puritanas, y sobre todas ellas la calvinista, ofrecían una moral que minaba la vieja tutela de la Iglesia. En primer lugar, porque una consecuencia política de la doctrina de la predestinación es que, si los deseos de Dios no se pueden conocer y es pecado de soberbia intentarlo, nadie se puede arrogar la función de ser su vicario en la tierra, por lo tanto, el calvinismo rechaza la autoridad papal así como la de una dinastía que pueda ejercer su gobierno terrenal bajo su amparo, con lo cual ataca la legitimidad divina de la monarquía absoluta.

Su modelo de gobierno es una especie de república teocrática, que dirija, al tiempo, religiosa y políticamente a una comunidad de fieles.

En segundo lugar, Calvino recoge el legado individualista del Renacimiento y concede un gran papel a la voluntad personal.

En una época anómica, sin normas ni guías, o con demasiados y demasiado confusos guías, Calvino hace de cada hombre su propio guía, su propio dirigente, que debe forjarse cada día con una vida metódica y reflexiva. Con ello, el calvinismo coloca el destino de los hombres, cuyo fin sólo Dios conoce, en sus propias manos y elimina la tradicional organización eclesiástica, basada en la administración de consuelos y remedios temporales para alcanzar la salvación.

Las recomendaciones morales de las iglesias coloniales puritanas sobre la vida metódica, moderada y virtuosa hallaron su reflejo político en el artículo XV de la Declaración de Derechos del Buen Pueblo de Virginia de 1776 (germen de la Constitución de EE.UU.), que dice: *"Que ningún pueblo puede tener una forma de gobierno libre, ni los beneficios de la libertad, sin la firme adhesión a la justicia, a la moderación, la templanza, la frugalidad y la virtud y sin el retorno constante a los principios fundamentales"* Queda señalar que el carácter funcional del calvinismo le viene dado por su pretensión de adecuar una nueva religiosidad a las necesidades espirituales de una clase industriosa y dinámica en ascenso, vinculando -según Weber (1984)- la espiritualidad, la vocación profesional y el afán de lucro. Por ello, la doctrina calvinista concibe un Dios autoritario, duro -como el capitalismo que nacía-, pero además impredecible y oscuro -también como el capitalismo- con el que ya no caben alianzas colectivas como las habidas en el Antiguo Testamento (la tribu escogida, el pueblo elegido), ni garantías, sino sólo el trato individual, sin intermediarios -ni celestiales ni terrenales- a través de la lectura de la Biblia.

Con el advenimiento de la Revolución francesa, la crisis de la hegemonía católica suscitada por la Reforma protestante encuentra su continuación y alcanza su expresión máxima. Para Gramsci (1985, 175) se trata de una ruptura más profunda entre la grey y la jerarquía -"*históricamente más madura, porque se produjo en el terreno del laicismo: no curas contra curas, sino fieles-infieles contra curas*".

El cambio operado es sustancial, porque frente a la obligación del súbdito de profesar la religión del monarca, convertida en religión del Estado y causa de las guerras religiosas, se alza el derecho "*natural, inalienable y sagrado*" del ciudadano de creer lo más le convenga sin ser molestado por ello (artículo 10 de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano).

Con ello, la religión deja de ser un asunto de Estado para ser una cuestión privada pero cuya privacidad está protegida por el Estado. Sin embargo, el fin aglutinante de la religión, el "religare" (volver a unir, expresar sentimientos colectivos), encuentra otro camino al descubrirse que son posibles otras agrupaciones sociales por intereses distintos a los de la fe. El patriotismo y el nacionalismo serán -según Gramsci- nuevas formas de la "*religión popular*".

3. Con las aportaciones de la filosofía racionalista francesa, el empirismo inglés y las reflexiones sobre la revolución inglesa del siglo XVII, la segunda gran singladura de la marcha hacia la emancipación del individuo tendrá como eje la razón. El espíritu de la época lo resume la Ilustración y su monumento teórico peculiar será la Enciclopedia. Mediante la razón el individuo pretende entender y distanciarse de la naturaleza, separarse de Dios y limitar al poder político. El súbdito pleno de deberes y sujeto al arbitrio de los estamentos privilegiados y de la Corona en particular, deja paso al ciudadano que reclama derechos, pone límites al poder y demanda una legalidad a la que todos los ciudadanos se atengan, incluidos los que gobiernan.

La enumeración de los derechos del hombre y su explicitación en una Constitución es la gran aportación de las revoluciones del siglo XVIII, independientemente de cuáles sean su origen y su fundamento. Porque para la magnitud de la obra y la convulsión que va a suponer en el futuro la elaboración de sucesivas constituciones es indiferente el origen religioso, que Jellinek (1984, cap. VII)) atribuye a la Constitución del Buen Pueblo de Virginia de 1776 o el origen político, inspirado en Rousseau, que otros autores confieren a la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789.

Como tampoco importa demasiado para el caso, si los derechos que se atribuyen al hombre moderno, al ciudadano, le vienen dados por razones históricas, como afirmaban los teóricos ingleses o, por derecho natural, como defendían los colonos de Norteamérica y los revolucionarios franceses influídos por la filosofía dominante². Lo decisivo es que una nueva mentalidad va a irse creando en torno a dos ideas que actúan como un revulsivo. La primera, que ya hemos comentado, tiene como centro al hombre como portador de derechos naturales inalienables; la segunda tiene como centro la voluntad y la razón, por las cuales, el hombre puede romper con su pasado y asentar la sociedad sobre otros principios.

Desde esta reflexión, ni la Providencia ni la tradición sirven ya de fundamento a la sociedad, sino el pacto; el libre acuerdo entre individuos para vivir en colectividad, de conformidad con unas normas dictadas por ellos mismos. El pacto o contrato social se constituye en la base del Estado.

Esta mentalidad prende con fuerza entre las clases subalternas, de tal manera que el retorno al estado de carencia propio del antiguo régimen ya no será posible. Así, tras la definitiva derrota de Napoleón, los intentos del Congreso de Viena para

². "Quizá no ha habido ningún otro momento en que la naturaleza haya ejercido una mayor influencia sobre las mentes de los pensadores como en el siglo XVIII. Se convirtió en el patrón absoluto por el que se medía la bondad, verdad, inviolabilidad y pureza de todos los fenómenos" (Katouzian, H. *Ideología y método en economía*, Madrid, H. Blume, 1980, p. 37)

volver a instaurar el absolutismo en Europa serán una empresa breve y abocada al fracaso y, ni siquiera en Francia, la reintroducida dinastía de los Borbones podrá gobernar como lo hacía Luis XVI.

Europa y también América ya no serán las mismas porque el principio constitucional ha prendido y se extenderá como un reguero de pólvora, que arde siempre que encuentra ocasión.

Desde comienzos del siglo XIX, y como una característica de las sociedades modernas, la lucha de las clases subalternas por ver consagrados por escrito sus propios derechos y, al tiempo, ver limitados los privilegios de las clases dominantes en un estatuto único va a oscilar entre la concesión y la subversión, entre la Carta otorgada y la Constitución arrancada, en un forcejeo casi constante³.

Así pues, la elaboración de una Constitución es un episodio extraordinario en la historia de un país porque no en vano se trata de establecer las normas supremas que van a regular las relaciones de los habitantes entre sí y con el Estado y la composición y el funcionamiento de éste por un período dilatado de tiempo, lo cual no es asunto baladí ni de práctica frecuente. Pero de ello no puede inferirse que la Carta⁴ establece las normas con las cuales los ciudadanos, como individuos aislados, se van a relacionar y a resolver sus querellas entre sí y sus conflictos con el Estado. Este sería un caso teóricamente ideal, propio de los pilares doctrinales del liberalismo decimonónico, pero sólo concebible en un mundo poblado por robinsones.

³. Eliseo Aja (1984, 13-27), en un estudio que precede a la citada obra de Lassalle, distingue varios períodos en el azaroso desarrollo del movimiento constitucional: 1º) Constituciones liberales censitarias; 2º) Cartas otorgadas y Constituciones pactadas; 3º) Constituciones que inician la democracia y el parlamentarismo; 4º) Constituciones de la democracia inestable; 5º) las Constituciones de la democracia política y social.

⁴. Utilizo el término sólo como sinónimo a efectos de estilo, pero advierto que no es posible identificar una moderna constitución con el pacto establecido entre el rey y uno o varios estamentos por medio de una Carta Magna.

4. En otras palabras, las sociedades realmente existentes no están formadas por individuos aislados, aunque en este supuesto esté inspirado el espíritu y en muchas ocasiones incluso la letra de las constituciones del mundo occidental.

Existen individuos agrupados en sexos, en clases, estratos y fracciones sociales, en etnias y pueblos aun dentro del mismo Estado; individuos asociados, reunidos en organizaciones políticas, económicas, sindicales, culturales y religiosas.

Puede faltar algún tipo de estas asociaciones pero siempre subsiste alguna forma de asociación y, en el caso hipotético de que alguna constitución prohíba toda asociación, no faltará la agrupación, tácita pero efectiva, alrededor de una o más castas o en torno a una o varias familias notables o, simplemente, alrededor del sátrapa o de la corte, creándose un núcleo con intereses y capacidad de decisión distintos de los del resto de los individuos.

Por ello las doctrinas que conciben a las sociedades modernas como resultado de un pacto establecido entre sujetos libres e iguales, bien para formar gobiernos representativos y en teoría sujetos al control de los ciudadanos (Rousseau, Montesquieu, Locke) o bien para otorgar todo el poder a un soberano que gobierne de forma absoluta (Hobbes), son claramente didácticas para explicar modelos sociales simplificados (o deliberadamente tergiversados), pero resultan enormemente oscuras a la hora de confrontarse con las sociedades reales, cuya compleja trama las aleja notablemente de la simple adición de eremitas.

Sobre este tema, González Casanova (1983, 210) sostiene que el *"hipotético contrato social"* es una *"fantasía explicativa, causal y justificadora (típicamente mítica) del origen de las sociedades políticas.../... puesto que los Estados no se 'fundan' en un solo acto, sino a lo largo de un proceso histórico, que nunca surge de la nada y que jamás produce una ruptura radical con el continuum de la Historia humana"*.

El momento de refrendar la Gran Norma, y más si se trata del

recurso a la aprobación general de la población mediante el voto personal y secreto en un referéndum, contribuye a fomentar la idea del gran acuerdo establecido entre individuos. Ello no obsta para que pueda concebirse una constitución como un pacto, pero no como un pacto entre personas aisladas⁵.

Este gran pacto, este acuerdo sobre las reglas del juego de una sociedad determinada, es el resultado del cruce de múltiples tensiones previas entre concepciones políticas y culturales distintas y del choque de intereses diversos y con frecuencia contrarios. Dicho más sencillamente, es resultado, en un momento dado, de la correlación de las fuerzas sociales, expresadas en clases y representadas políticamente en partidos. Y precisamente es esa correlación la que va a quedarse largo tiempo consagrada en las normas que presidan y regulen las relaciones entre los actores sociales. En este sentido, García Pelayo (1986, 92) ve la huella que deja en la Constitución la actitud de los partidos que han participado en su elaboración: *"La Constitución misma es, pues, resultado de unas decisiones o de unos compromisos dilatorios de los partidos y supone, por tanto, un sistema de partidos preexistentes cuyas tensiones, conflictos, consensos, seguridad o inseguridad, decisión, indecisión o posposición de la decisión no dejan de reflejarse en el texto constitucional. La estructura y las posibilidades funcionales de la Constitución son, pues, originariamente, un producto del sistema de partidos, es decir, de las actitudes y de las relaciones entre los partidos durante el período constituyente"*.

⁵. Carl Schmitt llama la atención sobre la frecuente confusión entre pacto social o de Estado y pacto constitucional: *"El principio democrático de Poder constituyente del Pueblo lleva a la necesidad de que la Constitución surja mediante un acto del pueblo políticamente capacitado. El pueblo tiene que existir y ser supuesto como unidad política si ha de ser sujeto de un Poder constituyente. Por el contrario: las construcciones de un contrato social (Sozial) de sociedad (Gesellschaft) o del Estado (no hay que discutir aquí las diferencias entre estos 'contratos'), sirven para fundar la unidad política del pueblo"*. (Schmitt, C., *"La Constitución como pacto"*, Teoría de la Constitución, Madrid, Alianza, 1982, p. 80).

Ferdinand Lassalle (1979, 40), en una conferencia a la que ya hemos aludido, insistía sobre este aspecto cuando decía: *"He ahí, pues, señores, lo que es, en esencia, la Constitución de un país: la suma de los factores reales de poder que rigen en ese país"*. Unicamente cuando, por circunstancias diversas, el equilibrio social que una constitución plasmaba haya sido alterado será posible revisar, derogar tales principios o elaborar un nuevo Estatuto, cuyos nuevos contenidos responderán en esencia a la correlación de fuerzas emergente.

Lassalle (ibíd, 41), en la misma obra, explica como el texto constitucional expresa la correlación de fuerzas: *"Se toman esos factores reales de poder, se extienden en una hoja de papel, se les da expresión escrita y a partir de ese momento, incorporados a un papel, ya no son simples factores reales de poder, sino que se han erigido en derecho, en instituciones jurídicas, y quien atente contra ellos atenta contra la ley, y es castigado"*.

Visión muy diferente de aquella que Ortega y Gasset ofrecía del derecho romano, refiriéndose a él como lo inmutable, lo que no provenía de ninguna voluntad personal y lo que, por tanto, ofrecía una base firme y estable ante la inseguridad de la vida.

En el modesto repertorio de ideas que Francisco Ayala (1992, 13) atribuye al *generalísimo* Franco, sobresalen las propias de un inmovilismo acusado que le llevaron a tratar de suprimir en el país todo vestigio de modernidad y, por lo tanto, de cambio.

Durante cuarenta años se esforzó por restaurar lo inmutable al transferir la legitimidad de su régimen -erigido sobre la victoria en una contienda civil y favorecido por la correlación de fuerzas a escala internacional- hasta una instancia intemporal donde no pudiera ser cuestionada por ningún otro poder humano: la gracia de Dios.

Ante tamaña pretensión, Jordi Solé Tura (1978, 118) insiste en la terrenalidad del poder y en sus fundamentos sociales cuando sostiene que *"la historia constitucional de un país no se puede*

explicar únicamente a través de las constituciones", sino que deben tenerse en cuenta varios niveles de análisis y uno de éstos es "la correlación de las diversas fuerzas sociales como fuerzas de clase. Esa correlación ha variado y varía históricamente en función del desarrollo de las fuerzas productivas, de las relaciones de producción y de las correlativas luchas de clases, pero sin tenerla en cuenta es absolutamente imposible entender las categorías jurídicas de la ciencia del derecho constitucional".

La Constitución española de 1978, lejos de escapar a este planteamiento lo confirma, como lo confirma la azarosa historia del constitucionalismo español que recorre trabajosamente todo el siglo XIX y buena parte del XX.

El período de tiempo que transcurre entre la promulgación del Estatuto de Bayona en 1808⁶, elaborado a instancias de Napoleón, y la Constitución de 1978 es la historia de una inestable correlación de fuerzas que se ve reflejada con claridad en los numerosos borradores, proyectos, instauraciones y derogaciones de constituciones habidos en España en los últimos ciento setenta años.

⁶. Tomás y Valiente (*Códigos y Constituciones*, Madrid, Alianza, 1989, pp. 126-128) no admite para el Estatuto de Bayona ni para el Estatuto Real de 1834 el carácter de constituciones por no reunir los requisitos mínimos (representación popular, asamblea constituyente, separación de poderes, garantía de derechos asegurada...). No obstante, y teniendo en cuenta una afirmación del mismo autor (*ibíd.*, p. 13) en el sentido de que "*España en 1810 no tenía conciencia clara de lo que implicaba una codificación liberal*", como se puso de manifiesto en las Cortes de Cádiz, incluimos, por su carácter paradójico, el Estatuto de Bayona como una variedad de protoconstitución que contiene ciertos principios liberales ya adulterados por la praxis gubernativa napoleónica.

5.2. BREVE APUNTE HISTÓRICO SOBRE LOS AVATARES DEL DESARROLLO CONSTITUCIONAL Y LA MODERNIZACIÓN DEL ESTADO ESPAÑOL

España despide los siglos XVIII y XIX con sendas guerras. En la primera, contra la Francia revolucionaria, Carlos IV apuesta por sus parientes y al tiempo se defiende de las ideas que podrían ayudar a modernizar su reino. Por la segunda, se pierden las últimas colonias, que habían empezado a independizarse a causa de la debilidad de los Borbones con el invasor francés, convertido, tras la restauración, en aliado en el Congreso de Viena, con cuyo apoyo, la intervención militar de los *Cien mil hijos de San Luís* en 1823, se interrumpe el breve intento modernizador promovido por Quiroga y Rafael de Riego.

Por la terrible paradoja que encierra la entrega a Napoleón, con armas y bagages (Corona y reino incluidos), del "rey tonto", la "reina puta" (al decir popular), el hijo felón y el valido, el pueblo -como un niño grande que se sabe fuerte pero incapaz de ser autónomo- se pone en pié de guerra para defender, salvo honrosas excepciones, la abigarrada mixtura de absolutismo y religión, patriotismo y reforma⁷ frente al invasor, con tales resultados que cuando el idealizado rey -el "Deseado"- regrese de su voluntario y cómodo exilio en suelo francés podrá aislar prontamente a los liberales y gobernar de nuevo como un déspota olvidándose de su juramento a *la Pepa*, a pesar de que ésta no representaba una ruptura completa con el antiguo régimen, sino,

⁷.No conviene hacerse excesivas ilusiones sobre el talante reformador, más bien moderado. Basta leer las observaciones que hace Tomás y Valiente (1989, 12-16) sobre el espíritu uniformizante de que hacían gala los padres de la Constitución de Cádiz o la descripción que hace Albert Derozier (*Escritores políticos españoles. 1780-1854*, Madrid, Turner, 1975) del clima constituyente de 1810 en Cádiz.

en palabras de un observador de aquellos días (Marx, 1970, 113), *"un compromiso concluido entre las ideas liberales del siglo XVIII y las oscuras tradiciones teocráticas"*, que, lejos de ser una copia de la Constitución francesa, *"fue un producto genuino y original, surgido de la vida intelectual, regenerador de las antiguas tradiciones populares, introductor de las medidas reformistas enérgicamente pedidas por los más célebres autores y estadistas del siglo XVIII y cargado de inevitables concesiones a los prejuicios populares"* (ibíd).

Con ello, el ideario que podría haber contribuido a la reforma y modernización del país quedará proscrito largo tiempo y España comenzará una peligrosa serie de siestas y bruscos despertares que dan idea de que no parece haber un sujeto decidido que, de manera clara y continua, aplique su esfuerzo para acometer las profundas reformas económicas que el país necesita y adecúe a este propósito la estructura del Estado y la organización de la sociedad civil, de suerte que, salvo reformas esporádicas -los clásicos "parches"- y el proceso de racionalización emprendido por los políticos de la "gloriosa" -Ley de Ferrocarriles de 1855, Ley de Sociedades Anónimas de Crédito de 1856, Ley de Bancos de 1856 (Velarde, 1976, 20)-, España, que entretanto habrá terminado de perder los restos de lo que fue su imperio, llegará a fin de siglo con sus problemas más acuciantes sin resolver y de éstos serán determinantes los derivados de su anacrónica estructura productiva.

Así, mientras en los países más adelantados de Europa puede decirse que el siglo XIX es el siglo de la economía, en España tal disciplina no parece alumbrar en exceso el arte de gobernar, de manera, que, sumariamente, la historia económica de la España contemporánea puede resumirse como la historia de un desatino o, quizá mejor, de sucesivos desatinos realizados por los gobiernos como principales, pero no únicos, responsables.

La idea de desatino brota sola después de atisbar los problemas económicos y las medidas políticas que demandan y contemplar las

soluciones, o mejor, el remedo de ellas, arbitradas por unas clases dirigentes que rara vez han sabido estar a la altura de lo que las circunstancias exigían.

Y lo que las circunstancias del mundo contemporáneo exigían para España era transformar un país agrario en decadencia, con un vasto imperio colonial deshaciéndose, en un moderno estado capitalista. Es decir, transformar el sistema económico del antiguo régimen, basado en la producción de la tierra, en un sistema de producción capitalista aprovechando la incipiente industrialización de la periferia. Pero semejante mutación llevaba indisolublemente aparejado un cambio en las relaciones sociales y su correspondiente expresión política en la esfera del Estado, cambio que las clases privilegiadas, tradicionales poseedoras de la tierra y hasta entonces detentadoras del poder político en exclusiva, no estaban dispuestas a aceptar y mucho menos a promover.

No puede decirse que hayan faltado personalidades e incluso gobiernos con mentalidad reformadora, pero han chocado con la hostilidad de quienes podían hacer posibles las reformas y no querían, con la impotencia de quienes querían y no podían y, en no pocas ocasiones, con la pasividad de quienes podrían haber sido sus más directos beneficiarios.

A este respecto, G. Brennan (1962, 73), refiriéndose a la España de finales del siglo XIX y comienzos del XX, afirma: *"Lo primero que hay que señalar es que España es un país con economía subdesarrollada, primitiva, dividido en dos sectores bien delimitados. Arriba están las clases altas y medias, es decir el quinto de la población, que votan, leen periódicos, compiten por los empleos que da el gobierno y son en principio los que administran todos los asuntos del país. Abajo están los campesinos y obreros, que en los tiempos normales no sienten interés por la política, muchas veces no saben siquiera leer y se atienen estrictamente a sus asuntos personales. Entre estos dos mundos, diferentes en absoluto, hay un foso imperfectamente colmado por pequeños*

comerciantes y artesanos". Unas líneas más adelante insiste en la misma idea: *"Los trabajadores no mostraban ningún deseo de imitar las costumbres y estilo de vida de sus superiores en la escala social. Al contrario, mantenían con independencia de criterio las suyas propias". "Teniendo en cuenta esto, es fácil ver por qué la política española de los dos últimos siglos produce tan clara impresión de futilidad e inconsecuencia. Y es que el pueblo no tomaba ninguna parte en ella"* (ibíd, 74).

Marx (1970, 26), otro agudo observador de la España del siglo XIX, llega a parecidas conclusiones: *"los movimientos de aquello que solemos llamar estado han afectado tan escasamente al pueblo español que éste se ha desentendido muy gustosamente de este estanco dominio de alternas pasiones y mezquinas intrigas de los guapos de la corte, de los militares, aventureros y del puñado de sedicentes estadistas, y no han tenido razones importantes para arrepentirse de su indiferencia"*. Idea que completa en otra de sus crónicas al New York Daily Tribune (íd, 29) cuando escribe: *"lo que llamamos Estado en el sentido moderno de la palabra no tiene verdadera corporización frente a la corte por causa de la vida exclusivamente provincial del pueblo, si no es en el ejército"*, lo que le lleva a concluir, algunas crónicas después (ibid, 75), que *"la monarquía absoluta española, a pesar de su superficial semejanza con las monarquías absolutas de Europa en general, debe ser más bien catalogada junto con formas asiáticas de gobierno. Como Turquía, España siguió siendo un conglomerado de repúblicas mal regidas por un soberano nominal al frente. El despotismo presentaba caracteres diversos en las distintas regiones a causa de la arbitraria interpretación de la ley general por virreyes y gobernadores; pero a pesar de ser despótico, el gobierno no impidió que subsistieran en las regiones los varios derechos y costumbres, monedas, estandartes o colores militares, ni siquiera sus respectivos sistemas fiscales. El despotismo oriental no ataca el autogobierno municipal sino cuando éste se opone directamente a sus intereses*

y permite muy gustosamente a estas instituciones continuar su vida mientras dispensen a sus delicados hombros de la fatiga de cualquier carga y le ahorren la molestia de la administración regular".

Esta continua marginación de la política teniendo que soportar las peores consecuencias de ella condujo a la enajenación de fuerzas sociales que, pudiendo haber formado parte del proceso modernizador del sistema, buscaron la solución a sus intereses en programas utópicos y mostraron su malestar y su repulsa por medio de estallidos de violencia que alcanzaron su mayor virulencia en las tres primeras décadas del siglo XX.

De esta manera, se había llegado al caos recorriendo al mismo tiempo los dos caminos, por los que, según Cambó, se podía alcanzar alternativamente la anarquía: retrasando lo inevitable y pidiendo lo imposible.

A pesar de la gran ambigüedad de la palabra modernización no encuentro otra más adecuada para definir el proceso de cambio sufrido por los países que hoy llamamos desarrollados (que es otro término ambiguo), así, pues, los rasgos propios de la modernización se encuentran en el tránsito de la sociedad rural a la urbana, de la agrícola a la industrial, en donde se ha extendido el consumo a amplias capas de la población, en donde la ideología tradicional ha sido reemplazada, en parte al menos, por el culto a la ciencia y a la técnica, en la pérdida de influencia de la religión, en la creciente importancia de los medios de comunicación de masas, en la aparición de una extensa clase media urbana y en la movilidad social, en la demanda de racionalidad en la administración de los bienes considerados públicos, en el deseo de participar o, al menos, de conocer las decisiones políticas y en el cambio de origen de la legitimidad del poder. Teniendo en cuenta estos rasgos que no son exhaustivos, hay que indicar que la tarea de modernizar España era una magna labor que requería, por el retraso y la forma en que se abordaba, profundos cambios y no poco tesón.

A principios del siglo XIX, España tenía un vasto imperio en el que las colonias estaban mal comunicadas con la metrópoli, de igual manera que lo estaban las ciudades de la península entre sí y la capital del Estado con el resto. Pero además era un país casi prendido con alfileres, un conjunto de regiones aisladas pero no una nación, ni una suma de ellas, ni mucho menos un Estado, que, según González Casanova (1986, 16) *"de tal apenas tenía otra cosa que el aparato de dominación"*.

España perdía importancia política en Europa, en tanto que industrial y comercialmente era incapaz de competir, de ahí el frecuente recurso a las políticas proteccionistas.

La debilidad del mercado interior tenía sus causas en la baja renta de los habitantes, en la importancia del mundo rural, que en muchas regiones practicaba una economía de autoconsumo, y en las pésimas comunicaciones interiores. Por ello, la burguesía industrial de la periferia tuvo que desarrollarse comerciando con las colonias, cuya pérdida a fines de siglo provocó una debacle económica y una crisis moral.

Sin embargo, es preciso señalar que, además de la torpeza o de la miopía política de los estratos sociales dirigentes, había obstáculos objetivos para la modernización. Uno de ellos y no pequeño es el demográfico.

El censo de 1808 arroja un total de 12 millones de habitantes. Es decir, España era entonces un país poco poblado, pero además con la población muy desigualmente repartida por el territorio y con un abrumador predominio de la población rural sobre la urbana. El campesinado, con 1.700.000 individuos, es la colectividad más numerosa de la población activa (2.260.000), frente a la cual se alzan 403.000 nobles, 182.000 clérigos, 170.000 miembros de la burocracia y del ejército, además de 130.000 vagabundos y mendigos (Harrison, 1988). Como contrapartida, el censo de 1803 ofrece solamente 269.000 trabajadores de la industria doméstica y manufacturera.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX tan sólo tres ciudades de la península se acercan a los 100.000 habitantes - Valencia, Granada y Sevilla- y sólo dos sobrepasan esa cifra -una es Barcelona, que en 1797 cuenta con 115.000 habitantes y la otra es Madrid, con 167.600 el mismo año-.

El proceso de urbanización es tan lento que Madrid, la capital del Estado, hasta muy entrado el siglo XX, en 1960, no llega a contar con la población que albergaba Londres en 1830.

Acerca de la importancia de la población urbana como decisivo factor en los procesos de modernización, Santos Juliá (1988, 84, 25-40) escribe: *"Sobre esa base urbana, demográfica, económica y tecnológica afirman su presencia en la sociedad nuevas clases sociales que se dedican a producir y a comerciar y que, por tanto, encuentran en la permanencia de las barreras jerárquicas y de la desigualdad institucional de la vieja sociedad feudal y señorial el mayor obstáculo a su desarrollo"*. Y añade: *"Serán también (estas nuevas clases) como pueblo urbano, las que protagonicen las diversas revoluciones que pondrán fin a los antiguos regímenes e instaurarán estados nacionales, cuya base sólo podrá ser en adelante el reconocimiento universal de los derechos del ciudadano"*.

Es decir, que siguiendo el hilo del problema constitucional hemos llegado a los procesos de urbanización y modernización del país y al sujeto que, en teoría, debería ser su principal impulsor, pero en España, en palabras de Juliá (ibíd, 28), el agente social de los intentos democráticos y modernizadores ha sido *"un pueblo urbano muy reducido en su composición. Las ciudades españolas del siglo XIX no pasaban de constituir pequeños islotes en un océano de ruralidad. Obviamente, fueron los intereses de las clases sociales rurales, nobiliarias o no, los que finalmente acabaron predominando sobre las clases urbanas, cuyos más altos escalones no tuvieron ningún reparo en fundir sus intereses con los de la oligarquía rural"*.

Junto con la baja densidad de población y el dominio del campo sobre la urbe, hay que colocar una estructura social que separa enormemente las clases y resaltar la debilidad cuantitativa y cualitativa de las clases medias urbanas, que con sus hábitos culturales y de consumo escasamente podían modificar hábitos ancestrales ni contribuir a ensanchar el raquítico mercado interior y, en consecuencia, a impulsar decisivamente el proceso de industrialización y modernización con sus demandas.

La estructura de propiedad de la tierra y su baja productividad son otros de los factores ligados a lo anterior. "*El problema fundamental de España lo constituye la cuestión agraria*", escribe Gerald Brennan (1962, 73) acertadamente refiriéndose a la España anterior a la II República.

Una oligarquía de terratenientes, nobles o no, políticamente conservadores y económicamente absentistas, que prefería influir en la política mediante el caciquismo local y los cabildeos en Madrid para conseguir tarifas arancelarias ultraproteccionistas antes que remediar mediante inversiones de capital el atraso tecnológico de la agricultura española, fue la base social de la Restauración en los cruciales momentos en que se libraban las últimas guerras coloniales.

La pérdida de los territorios de ultramar pudo ser la ocasión para acometer una profunda transformación del campo mediante planes de irrigación y reforestación, introducción de máquinas, racionalización de fincas y parcelas y fomento del uso de fertilizantes, pero los planes de Costa y Gasset se estrellaron contra la mollicie, por lo cual la defensa frente a los granos de Estados Unidos estuvo, una vez más, en el recurso a los aranceles que, si bien salvaron (y enriquecieron) por el momento a los propietarios agrícolas, a largo plazo fueron un freno para la modernización. Se llegaba, así, a fin de siglo arrastrando un grave problema, cuya solución, siempre postergada, iba a ser más adelante uno de los factores desencadenantes de la crisis social que condujo a la guerra civil.

Puede decirse que el desigual reparto de la tierra, los predios de la nobleza y del clero, los intentos desamortizadores de Mendizábal y Madoz, las malas políticas agrarias, las tímidas y escasas reformas, han figurado como fondo omnipresente de la historia política de España de los siglos XIX y XX.

S. Juliá (1988, 84, 28) resume de manera magistral los resultados políticos a que han dado lugar las tensiones en torno a la modernización: *"En la España del XIX hubo tantas revoluciones como restauraciones, lo que quiere decir, por una parte, que no hubo ninguna revolución -si por tal se entiende la liquidación de una estructura de poder político para la construcción de un orden social diferente- y, por otra, que ninguna restauración fue capaz de cohesitar monarquía y democracia. Los intereses rurales, aristocráticos y terratenientes, acabarán siempre predominando y absorbiendo en sus fauces a los más débiles intereses de la industria, el comercio y las profesiones"*.

Al costado de los intereses económicos hay que colocar las conveniencias políticas y los presupuestos ideológicos para alcanzar una comprensión cabal del marco histórico en el que se desenvuelve el constitucionalismo español.

Puede afirmarse que las reformas⁸ de la Ilustración española acaban con la muerte de Carlos III en 1788, pues, al año siguiente, el estallido de la Revolución Francesa va a ser el factor aglutinante de una estrecha alianza, que durará largo tiempo, de la Corona con la Iglesia y la nobleza.

El miedo a que las ideas revolucionarias que llegan del país vecino puedan ser la causa de una revuelta semejante, es el motivo esgrimido para cerrar la frontera con Francia en 1790. Igualmente, los reformistas son separados de los cargos de responsabilidad, se suprimen los periódicos y se prohíbe la

⁸.Antonio Elorza -"Repercusiones en España de la Francia de 1789", "Ecos de la revolución", El País, 11-5-1989, suplemento nº 78, p.1- sostiene que el impulso reformador de los ilustrados toca su techo en vida de Carlos III.

importación de libros, se limitan las Sociedades de Amigos del País y la Inquisición extrema su celo prohibiendo no sólo las obras de Rousseau, Montesquieu y Voltaire, sino las de Cervantes. El temor a los aires de la revolución que llegan de afuera, a las ideas laicas y reformadoras; el miedo a la pérdida de los privilegios, en suma, será el factor decisivo que guíe la política de la alianza de las clases dirigentes, contra la que chocarán los breves y numerosos intentos reformadores. En este sentido, el historiador Malefakis indica que la idea de las dos Españas nació en Francia⁹.

Esta alianza de clases reforzará sus lazos ante la emergencia del movimiento obrero, que, una vez haya demostrado su mayoría de edad, pasará a convertirse en el enemigo principal.

Por ello, puede decirse que la historia del constitucionalismo español es la historia de un forcejeo, que queda explicado por los frecuentes proyectos y borradores constitucionales como resultado de los intentos de modificar el estatuto aprovechando las coyunturas en las que se alteraba la correlación de fuerzas preexistente.

Dos cuestiones van a cobrar gran relevancia en los sucesivos proyectos constitucionales: la cuestión de la soberanía y la del sufragio. Asuntos decisivos a la hora establecer el grado de modernidad, esto es, de alejamiento, o de pervivencia, de los valores del antiguo régimen en la sociedad española. Y ambos van a poner de manifiesto la pujanza, o la debilidad, de ese espíritu de la Ilustración, al que me refería más atrás, que separa al súbdito del ciudadano. Uno de los rasgos más representativos del cambio de mentalidad en la asunción del papel de ciudadano es la reivindicación del derecho al sufragio, que puede considerarse un excelente barómetro político de las intenciones de los artífices de las sucesivas constituciones.

⁹.Malefakis, E., Coonferencia pronunciada en Madrid el 23 de mayo de 1989. Reseña del diario ABC de la misma fecha.

Desde la carencia de derechos electorales, la Constitución de 1812 otorga el derecho al sufragio activo a los cabezas de familia masculinos aunque la elección sea indirecta. Este sistema apenas llegó a funcionar, porque *la Pepa*, en palabras de Marx (1970, 103), desapareció "súbitamente como una sombra al entrar en contacto con un Borbón de carne y hueso" y, salvo el breve período de gobierno liberal, a partir de los años treinta, que es cuando el proceso constitucional tiene una irregular continuidad, el cuerpo electoral se redujo notablemente.

El Estatuto Real de 1834 estableció, para un censo del 0,15% de la población¹⁰, el derecho a elegir el Estamento de procuradores. Con la ley electoral de 1836 el censo subió al 0,60%. Desde la promulgación de la Constitución de 1837, con el auge de los liberales, el cuerpo electoral ascendió al 2,2%, al 3,9% en 1840 y al 4,3% en 1843.

Pero con el acceso al poder de los moderados en 1845, el censo electoral vuelve a descender al 0,8% de la población en 1846.

Durante el bienio progresista se reintroduce la norma electoral de 1837, pero con la vuelta al gobierno de los moderados se retorna a la legislación de 1846.

Un aumento del cuerpo electoral tiene lugar con la ley de 18 de julio de 1865, con O'Donnell, que llega al 2,6 por ciento y se mantiene con poca variación hasta la Revolución de 1868, que proclama el derecho al sufragio para los varones mayores de 25 años; es decir, el 24% de la población.

Con la I República, al rebajarse la edad electoral a 21 años, el derecho al sufragio alcanza ya al 27% de la población, pero la Restauración borbónica hace retroceder la proporción al 5%.

La ley de 26 de junio de 1890 amplía el derecho al voto a los

¹⁰. Los datos referidos a modificaciones del censo están tomados de la obra de Solé Tura y Aja ya citada, pp. 122-125 y los cambios jurídicos de De Esteban, J. (ed.) (1982), *Las constituciones de España*, Madrid, Taurus, 2^a reimp. 1987; de Farias, P. (1976) *Breve historia constitucional de España*, Madrid, Doncel; Clavero, B. (1985) *Evolución histórica del constitucionalismo español*, Madrid, Tecnos.

hombres mayores de 25 años, medida con la cual el cuerpo electoral se sitúa de nuevo en el 27% de la población.

Tras el breve período de la dictadura de Primo de Rivera, con el advenimiento de la II República, al poder votar las mujeres por primera vez en la historia, el derecho al sufragio alcanza al 55% de la población.

De esta manera, las constituciones son las crestas de las olas que indican el movimiento profundo de las aguas sociales.

La Carta de Bayona de 1808, la Constitución de Cádiz de 1812, el Estatuto Real de 1834, la Constitución de 1837, la de 1845, la *nonnata* Constitución de 1856, los cambios constitucionales entre 1856 y 1868, la Constitución de 1869, el proyecto de constitución federal de 1873, la Constitución de 1876, los proyectos de Primo de Rivera, la Constitución de 1931 y el Fuero de los Españoles de 1945 son los jalones de la historia de lo que Ortega llamaba la España invertebrada, en la que nada parece destinado a durar mucho tiempo.

Esta azarosa trayectoria puede leerse con otros nombres, pero representa lo mismo: huída de los Borbones, invasión francesa, primeras Cortes liberales, regreso del absolutismo, trienio constitucional, década ominosa, guerra carlista y reforma liberal, década moderada, revolución de 1854, etapa isabelina conservadora, "gloriosa" de 1868, sexenio revolucionario, I República, restauración monárquica, quiebra del canovismo, dictadura, II República, guerra civil, Estado franquista y, de nuevo, una transición.

Desde la limitada perspectiva que ofrecía el año 1836, la observación de la azarosa existencia de las constituciones ya inspiró a Larra (1967, 287) uno de sus más ácidos epigramas - "*Aquí yace el Estatuto. Vivió y murió en un minuto*"-.

Comparando como sobrevienen los auges y las crisis, las luces y las sombras en la historia del constitucionalismo y, por ende, de la modernización y de la democracia en España, se extrae la idea

de un eterno retorno o la impresión del volteo de una incansable y consecuente noria, en donde no acaban de casar la democracia política con el desarrollo de la industria y la modernización con la tradición.

Este incesante girar en torno a una modernización que siempre acaba posponiéndose ha llevado a Jorge de Esteban (1976, 283) a escribir: *"el problema de la modernización política de España se viene arrastrando desde hace más de siglo y medio. Desde una perspectiva simplemente histórica .../... se trata, ni más ni menos, de que nuestro país alcance un desarrollo paralelo al que posee la mayoría de los países europeos"*. E indica más adelante (284) *"las raíces de este problema no son de ahora. España está sufriendo en sus dolencias de un apartamiento y una soledad con respecto a sus países hermanos europeos, que la llevan una y otra vez a encarnar una melodía tan monótona en su vivencia como el Bolero de Ravel"*.

De Esteban cita acertadamente las causas que Ramiro de Maeztu atribuye a la decadencia de España: ausencia de Renacimiento, de Reforma y de Revolución, a lo que el propio De Esteban opone lo que verdaderamente hubo: Retraso en vez de Renacimiento, Reacción en lugar de Reforma y Restauración en vez de Revolución. Conclusión paradójica, que, dejando aparte las combinaciones cabalísticas en torno a la R, resume muy bien la enorme fuerza de lo viejo.

Es cierto que el Renacimiento español, en bastantes de sus facetas, fue abortado tempranamente por lo que A. Heller (1980, 91) denomina una *"refeudalización"* y que, en consecuencia, el erasmismo, como fenómeno reformador típicamente renacentista, sucumbió ante la contraofensiva impulsada por el Concilio de Trento. Finalmente, la I Restauración se alza sobre el intento de una revolución abortada. De ello no puede inferirse que haya faltado sensibilidad en determinados círculos que sucesivamente se han adherido al Renacimiento, a la Reforma y a la Revolución,

sino que han faltado agentes sociales con la cantidad y calidad suficientes como para poder impulsar tales proyectos durante el tiempo preciso para poder mínimamente asentarse.

Quiero destacar, así, la importancia de la cantidad, de lo numérico; el peso del factor cuantitativo que, finalmente, se expresa como cualidad. Y aquí hay que hacer constar algo que me parece esencial y es que en España lo verdaderamente decisivo, lo auténticamente fuerte han sido los movimientos de reacción; las brutales respuestas de lo existente, de la tradición, de lo viejo frente a lo nuevo, forzosamente débil e inseguro.

Y acabamos esta breve reflexión sobre la modernización de España indicando que, nuevamente abortado el intento renovador de la II República, el régimen franquista supuso la interrupción del proceso modernizador emprendido por aquella, así como la ruptura del hilo constituyente. Pese al deseo de Franco de considerar el conjunto de Leyes Fundamentales como una constitución abierta y en evolución¹¹, el espíritu que animaba dichas Leyes supone el repudio del término Constitución en su acepción moderna.

Sobre este aspecto, la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano es taxativa, porque, en su artículo 16, dice: *"Toda sociedad en la cual la garantía de los derechos no está asegurada ni la separación de poderes establecida no tiene Constitución"*.

Es decir, que no toda ley fundamental es constitucional, sino sólo la que garantice los derechos de los ciudadanos e impida la concentración de poder en una misma persona o grupo.

Así, la pretensión de Franco era difícilmente compatible con su

¹¹. Véase, por ejemplo, la parte final del discurso de F. Franco en la sesión extraordinaria de la Cortes Españolas del día 22 de noviembre de 1966, al presentar la nueva Ley Orgánica del Estado (*La Constitución española. Leyes fundamentales del Estado*, Madrid, Servicio Informativo Español, Mº Información y Turismo, pp. 19-37, p. 35-36). Otra referencia se encuentra en el epígrafe "El Movimiento y el proceso institucional", del "Discurso en la Sesión de Apertura de la X Legislatura de las Cortes Españolas, Madrid, 18 de noviembre de 1971". (*Tres discursos de Franco*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1973, p. 19).

concepción del Estado y de la representación del ciudadano, que era antidemocrática a fuer de antimoderna (Roca, 1992, 22, 14). Y, por otro lado, tal pretensión, como bien recuerda Bartolomé Clavero (1985, 143), era difícil de conciliar con el contenido de un decreto de 29 de septiembre de 1936, por el cual la junta militar rebelde otorgaba a Franco todos los poderes del nuevo Estado. Dicho bando estuvo vigente hasta su muerte, el 20 de noviembre de 1975.

Con su desaparición, el eterno problema de la modernización del país volvía a estar a la orden del día. Y, como correlato, el de la Constitución.

5.3. NOTAS SOBRE EL ÚLTIMO PERÍODO CONSTITUYENTE

5.3.1. LA TRANSICIÓN Y EL PROCESO CONSTITUYENTE

Tras medio año de tanteos -el primero que sigue a la muerte de Franco-, en el que los agentes sociales, buscando adaptarse a la nueva situación, tratan de recomponer sus fuerzas y, al tiempo, de conocer la cantidad y la calidad de las fuerzas adversarias, los estados mayores de la oposición democrática -la Comisión Negociadora- y de la *posición* reformista encabezada por Suárez, llegan a un terreno donde es posible el acuerdo.

Atrás ha quedado el gobierno de Arias y Fraga y un interminable rosario de idas y venidas, de visitas y de entrevistas secretas y medio desveladas entre personalidades de la oposición y de los alrededores del poder; es decir, entre las élites emergentes y la vieja clase política.

Atrás ha quedado la andadura separada de la Junta Democrática y de la Plataforma de Convergencia, para quedar unificadas en la Plataforma de Organismos Democráticos -POD o *Platajunta*- y en la Comisión Negociadora. Atrás ha quedado un año sacudido por las luchas obreras y las movilizaciones populares, con varias huelgas

generales y un elevado saldo de trabajadores muertos -cinco sólo en Vitoria- por la represión policial o por la violencia de la extrema derecha -Montejurra-. En ese denso año 1976, han quedado también atrás las últimas Cortes franquistas, disueltas después de haber aprobado por aplastante mayoría¹² la Ley para la Reforma Política, que, con una participación del 77 por ciento, recibe el respaldo popular en el referéndum del 15 de diciembre.

Precisamente el referéndum para la reforma política es el hito que marca un cambio de tendencia en las relaciones entre el poder y la oposición. Porque, por un lado y contra ciertos análisis que negaban esa posibilidad, muestra que dentro del propio régimen existen fuerzas capaces de hacerlo evolucionar renunciando a partes importantes de sus fundamentos¹³.

El procurador ultraderechista Blas Piñar, consciente de ello, en una de las últimas sesiones de las Cortes franquistas dirá que está iniciándose un proceso constituyente "*bajo la estúpida farsa de la reforma democrática*".

Pero además, el resultado del referéndum muestra la capacidad del Gobierno de Suárez para sacar adelante la reforma contra los tirios nostálgicos del franquismo y los troyanos de la oposición democrática, para quienes dicho resultado representa una severa derrota y un preocupante motivo de división, pues el sector más moderado, al final de la campaña, realizada en clara inferioridad

¹². De 531 procuradores que componían la Cámara, estuvieron presentes 497, de los que votaron a favor 425; en contra 59 y 13 se abstuvieron. Entre los votos negativos merecen destacarse los de los generales Barroso, Castañón de Mena, Iniesta Cano, Lacalle Leloup, Pérez Viñeta y Salvador Díaz-Benjumea, el de monseñor Guerra Campos y los de Girón, Fernández Cuesta, Oriol, Piñar, Utrera, Martín Sanz y Zamanillo.

El resultado de la votación es sorprendente si se tiene en cuenta la mentalidad reinante en aquellas Cortes, que Miguel Angel Aguilar analiza muy agudamente en *Las últimas Cortes del franquismo* (Barcelona, Avance, 1976).

¹³. Entre los análisis de tipo catastrofista, figuran algunos de la izquierda marxista radical, que negaban al régimen de Franco capacidad para evolucionar dado su carácter "fascista". Otros afirmaban que una reforma iniciada por los sectores evolucionistas del régimen sería pronto desbordada por la movilización obrera y popular.

de condiciones con respecto al Gobierno, se separa de la posición común que defiende la abstención y propugna -sotto voce- la participación.

Solamente después de conocer el escrutinio del referéndum -esto es, la fuerza real de la oposición-, Adolfo Suárez accede a entrevistarse, en varias tandas, con la Comisión Negociadora. Tras estas entrevistas la oposición democrática parece salir de un sueño y entrar atropelladamente en la realidad a través de un acusado pragmatismo. Se abandonan las veleidades rupturistas y se malbarata la cultura de la resistencia contra el franquismo con tal de poder participar en lo que se adivina como irremediable. Los débiles y generales acuerdos -gobierno de amplio consenso, legalización de partidos políticos y sindicatos, elecciones a asamblea constituyente, reconocimiento de las libertades de expresión, reunión, asociación, huelga y manifestación, amnistía política y laboral, estatutos de autonomía, programa económico contra la crisis- establecidos entre representantes de fuerzas políticas muy dispares¹⁴ sobre los que se había levantado el programa de la oposición democrática, se deshacen como azucar en el agua y en aras de la estabilidad de la naciente democracia se entra en un proceso negociador en el que las fuerzas de la izquierda dilapidan no sólo su tradición luchadora y su cultura, sino su razón de ser como portadoras de la legitimidad democrática. Sobre este particular, J. Vidal Beneyto (1981, 39) sostiene: *"Para confirmar sus posiciones sociales y económicas en el postfranquismo, la burguesía necesitaba legitimar democráticamente sus expresiones políticas, sus grupos y sus hombres. La izquierda, la única fuerza históricamente democrática, tenía la llave de la mayor o menor amplitud, de la mayor o menor credibilidad de esa legitimación"*.

¹⁴. Casi medio centenar de organizaciones de un amplio espectro político están representadas en la Comisión Negociadora por: Carrillo (PCE), Tierno Galván (PSP), Felipe González (PSOE), Fernández Ordóñez (socialdemócratas), Satrústegui (liberales), Cañellas (democristianos), Pujol (catalanes), Jáuregui (vascos) y Paz Andrade (gallegos).

En esta situación, en las fuerzas hegemónicas de la izquierda -el PSOE y, sobre todo, el PCE-, y hasta en la extrema izquierda, se manifiesta claramente la divergencia entre lo que sostienen los programas políticos, cuyo contenido fundamental se mantiene ritualmente de congreso en congreso, y una creciente tendencia al pragmatismo, menos formalizada documentalmente pero realmente influyente a la hora de actuar.

Así, pese a la retórica defensa de la ruptura con el régimen franquista y la necesaria formación de un gobierno provisional, en una coyuntura sobre la que pesa una gran incertidumbre, la predisposición al pragmatismo se impondrá sobre la fidelidad a los programas.

El PCE, desde que formuló en 1956 su política de reconciliación nacional, había venido propugnando un pacto interclasista -el Pacto para la Libertad- para instaurar un régimen de libertades democráticas. Un gobierno provisional de amplia coalición sería la propuesta comunista para buscar al franquismo una salida sin traumas. Por su parte, el PSOE en el XIII Congreso (Suresnes, 1974) había optado por la ruptura democrática, con lo cual se respetaba el antiguo proyecto de un gobierno provisional sin signo institucional que convocara una asamblea constituyente.

Sin embargo, hay que señalar que el PSOE, dada la escasa fuerza de que disponía, no podía aspirar, ni mucho menos, a aplicar su programa. El papel que desempeñó en dicha coyuntura -y después, hasta lograr arrebatarse al PCE la hegemonía de la izquierda- fue posible por el apoyo político y financiero que le brindaron diversas fuerzas conservadoras internacionales y sobre todo la socialdemocracia, ante la creciente influencia comunista en la cuenca del Mediterráneo, que se concreta el auge que habían experimentado los partidos comunistas en los movimientos de oposición a las dictaduras de Grecia, Portugal y España, el continuo ascenso electoral del Partido Comunista italiano (que llega al 34 % en 1976) y el rumbo que tomaba la transición en Portugal. Así, pues, tales ayudas tenían el doble objeto de

frenar electoralmente al PCE, un partido comunista cuya potencia y verdaderos fines no se conocían, y debilitar, al mismo tiempo, su influencia en el mundo laboral mediante la revitalización del sindicalismo moderado de la U.G.T., que compitiera con CC.OO., la central dirigida por el PCE.

En ambos casos, el PCE en la Junta Democrática y el PSOE, con un lenguaje muy izquierdista en la Plataforma de Convergencia Democrática, habían mantenido tal dicotomía en sus posturas -a nivel de programa y a nivel de praxis-, que se había trasladado a la organización resultante de la fusión de ambas -la POD-.

Con esta contradicción interna, ante la capacidad de Suárez de sacar adelante la reforma mostrada en los resultados del referéndum, la salida menos traumática para la oposición era participar a toda costa en unas negociaciones en las que el Gobierno llevaba la voz cantante, pero ello suponía perder el espíritu crítico para aceptar lo que aparecía como inevitable; renunciar a buena parte del ideario a cambio de ser aceptada, tomada en cuenta a la hora de negociar.

Detrás de esta posición se adivina, por un lado, la sombra de varios fantasmas, como la caída de Allende en Chile tres años antes y el advenimiento de la II República, y, por otro, la prisa de una nueva generación de intelectuales que, para integrarse en la *intelligentsia* que dirige el destino del país, debe ensanchar el angosto sistema franquista de renovación de élites. Sin embargo, el Estado, el lugar óptimo para dirigir a la sociedad, gozaba todavía de buena salud y estaba gestionado por una élite que detentaba cuotas notables de poder y a la que era difícil desalojar de los aparatos en los que estaba encastillada. La única salida era la negociación.

Si, como escribe Gregorio Morán (1991, 156), "*todo era transable siempre que no se hiciera público*", bien pronto se pudieron ver públicamente los resultados de tales transacciones en las sorprendentes metamorfosis -aceptación de la monarquía, de la

bandera nacional y de los aparatos fundamentales del Estado- que sufrieron algunos dirigentes de partidos de acendrada tradición obrera y republicana que en un momento reciente habían sido muy críticos con el legado franquista y, especialmente, con la figura del sucesor designado por el dictador.

Se aceptaron las condiciones¹⁵ -con partidos y sindicatos en la ilegalidad- en las que se habrían de celebrar las elecciones generales el 15 de junio de 1977 y, a falta de un gobierno provisional o de concentración nacional, olvidados pronto pero tesonera y triunfalmente aireados en su momento, se plasmó el primer acuerdo económico y político entre nuevas y antiguas élites en el Pacto de la Moncloa, que, entre otras cosas, puede considerarse una preconstitución o un Estatuto provisional, ya que derogó parte de la legalidad franquista y la sustituyó por otra más acorde con la nueva situación.

Este clima de acuerdo entre élites continuó durante la etapa constituyente y acabó, refrendada ya la Constitución, como *"culminación del espíritu de pacto, compromiso y consenso que, en general, caracterizó a toda la transición española"* (Cotarelo, 1989, 318), con las elecciones generales de marzo de 1979.

De esta manera, el período constituyente estuvo determinado por el grado en que el franquismo como régimen se hundió y por la forma en que se construyó el nuevo régimen; es decir, la etapa constituyente permaneció inmersa en el conjunto de problemas que atravesaron la transición.

¹⁵.La promulgación de leyes y decretos sobre libertades y derechos no supuso, como es obvio, su inmediato ejercicio de manera indiscriminada. El Real Decreto de 8 de febrero de 1977 sobre el derecho de asociación política excluía a los partidos comunistas, republicanos y separatistas, y la legalización del PCE, el 9 de abril, dejó fuera de la ley a las organizaciones situadas a su izquierda, que tuvieron que atravesar un calvario de trámites antes de poder ser reconocidas.

La convocatoria electoral del 15 de junio, realizada al amparo del Decreto Ley de 18 de mayo de 1977, no permitió presentarse a los comicios a todos los partidos existentes, ni el decreto de 1 de abril sobre libertad de sindicación de trabajadores y empresarios trajo "de facto" la legalidad para todos los sindicatos.

Como indica Jordi Solé Tura (1978, 19), al contrario que en 1810, 1869 y 1931, en que tres grandes períodos constituyentes de signo democrático llenaron el vacío institucional dejado al hundirse la monarquía, el régimen franquista sólo se hundió parcialmente dejando en pie aparatos fundamentales del Estado y buena parte de su legitimidad.

Una prolongada y compleja presión civil, en la que tuvieron gran importancia los movimientos obreros y populares, combinada internamente con una crisis como modelo de dominación social y de acumulación de capital y externamente con la crisis mundial de la economía, permitió al bloque dominante, a través de la larga decadencia del régimen, conservar importantes cuotas de su poder. Así, a la muerte de Franco, momento en que se planteó con toda crudeza la supervivencia o la extinción de su régimen, se dió una situación de precario equilibrio entre las fuerzas de éste y las de la oposición.

Si bien el movimiento obrero y popular fue un factor decisivo en la erosión del régimen, lo cierto es que a la muerte de Franco, no contaba todavía con el grado suficiente de organización ni había delimitado más o menos claramente sus objetivos políticos. En otras palabras, la clase obrera no era todavía una clase para sí en el sentido marxiano¹⁶, por la falta de efectivos humanos organizados, de un programa político y por las diferentes influencias políticas que actuaban en su interior, pese a la incuestionable hegemonía del PCE a través de CC.OO.

Por lo que respecta a los movimientos populares -entre los que destacan los de carácter nacionalista-, permanecían dispersos

¹⁶. No se trata aquí de examinar las posibilidades que tenía la conciencia de clase de convertirse en acción a través de un programa político. Quizá la sociedad española se hallaba ya lo suficientemente inmersa en la reconfiguración social del mundo moderno como para que tal conciencia de clase fuera imposible, pero tanto el PCE como los partidos marxistas a su izquierda actuaban sobre esta hipótesis. Lo cierto es que el colectivo obrero activo constituyó uno de los mayores frentes de desgaste del franquismo, pero tal colectivo representó sólo una delgada capa frente al resto de obreros y ciudadanos pasivos.

debido a sus propios objetivos y a las múltiples direcciones que les imprimían las organizaciones políticas que actuaban en su interior. De una manera gráfica podría decirse que Franco murió demasiado pronto para el movimiento obrero y popular porque en 1975 ninguno de ellos había podido remontar los largos años de marginación política y pasividad civil propios de la dominación franquista, en tanto que sectores decisivos de su régimen conservaban una buena parte de su decreciente legitimidad junto con notables cuotas de poder en diversos aparatos del Estado, lo cual les permitió gozar durante la transición de una notable capacidad de maniobra.

Este inestable y oscilante equilibrio de fuerzas sociales puede considerarse la médula de la transición española.

Según esto, la transición puede ser analizada desde el modelo teórico que describe tal proceso como un cambio de régimen por transacción¹⁷ entre la vieja élite autoritaria y la nueva élite democrática, las cuales acaban fundiéndose hasta formar una "*amalgama*" (Ortega, F., 1994). La primera élite actúa desde el Estado y las instituciones con el respaldo de una legitimidad declinante -y suficiente ante la ausencia o debilidad de otras opciones¹⁸-, y la segunda, sobre la base de la movilización de las masas y la legitimidad de haberse opuesto al régimen.

El poder de la élite autoritaria se manifiesta en su capacidad para poner límites al contenido y a la velocidad de los cambios, aceptar o rechazar interlocutores, permanecer en determinados aparatos del Estado o instituciones civiles, vetar la discusión

¹⁷. Como el modelo propuesto por Share, M & Mainwaring, S., "Transiciones vía transacción: la democratización en Brasil y España", *REP*, nº 49, 1986.

¹⁸. Escribe Przeworski que "lo que importa para la estabilidad de cualquier régimen no es la legitimidad de ese particular sistema de dominación, sino la presencia o ausencia de opciones preferibles", "Algunos problemas en el estudio de la transición a la democracia", en O'Donnell, G., Schmitter, P., Whitehead, L., (eds.) *Transiciones desde un gobierno autoritario* (vol. 3), B. Aires, Paidós, 1988, pp. 79-104, p. 86.

sobre asuntos como la legitimidad anterior, la exigencia de responsabilidades o la depuración de cuerpos, y en asegurar su permanencia en el nuevo régimen como una importante opción electoral (Share, 1986). En este sentido, F. Ortega (1994, 63) afirma que el proceso se favoreció al transformarse la clase dominante franquista en una oligarquía competitiva que se fragmentó en varias tendencias que, sin ser todavía partidos, tuvieron ya que adoptar "*prácticas y formas de acción típicamente políticas*".

La nueva élite, vez conseguida su aceptación como interlocutora a la hora de establecer conjuntamente con la vieja élite las reglas formales del juego democrático, juzga que la actividad de las masas no sólo ya no es necesaria sino contraproducente, por lo cual procede a su consiguiente desmovilización.

Una visión que guarda cierta semejanza, pero es más sugerente desde el punto de vista político, la ofrecen Recio, Uña y Díaz Salazar¹⁹ con una interpretación de la transición basada en el concepto gramsciano de revolución-restauración o de revolución pasiva (Gramsci, 1971, 137-143), aunque dicho modelo debe ser utilizado, según mi opinión, para analizar un período más largo de tiempo que el de la estricta transición política²⁰.

¹⁹.Recio, J.L., Uña, O., Díaz-Salazar, R., **Para comprender la transición española: religión y política**, Estella, Verbo Divino, 1990.
Díaz-Salazar, R, "Transición política y revolución pasiva" en Trías Vejarano, J. (coord), **Gramsci y la izquierda europea**, Madrid, FIM, 1992.

²⁰.Denomino transición política a la etapa breve, pero muy intensa desde el punto de vista político, durante la cual se establecen los fundamentos del Estado de derecho. Temporalmente comprende desde la muerte de Franco hasta el referéndum de la Constitución. La transición política así entendida vendría precedida de una fase preparatoria o pretransición y sería parte fundamental de un período más largo o transición económica.
Puede hablarse también de una transición social que precisa de una etapa aún más larga para apreciar los cambios en actitudes y mentalidades, que llegaría hasta 1986. Con ello, la etapa de cambios políticos, económicos y sociales, se considera acabada al completarse el proceso *normalizador* -estabilidad democrática, saneamiento económico, integración internacional-, del cual correspondería al gobierno del PSOE la última parte.

Los cambios de valores, mentalidades y actitudes -lo que Gramsci (1971, 139) globalmente llama "*modificaciones moleculares*" que alteran progresivamente la composición de las fuerzas- son mucho más lentos que los cambios legales e institucionales, por lo cual se requiere un período de tiempo más largo para observar lo que permanece del talante y el *ethos* del viejo régimen y hasta dónde llegan y qué profundidad tienen los cambios introducidos por el nuevo. La revolución pasiva o revolución restauración es para Gramsci un proceso de modernización del Estado a través de una serie de reformas, pero sin pasar por una revolución de tipo jacobino que transforme radicalmente el orden político.

Para el sardo, la revolución pasiva se produce cuando las fuerzas emergentes que han contribuido a desatar la crisis de un régimen viejo se muestran incapaces de completar su obra e instaurar uno nuevo. En esta situación, una parte de la élite del viejo régimen consigue despegarse lo suficiente de éste e integrar -como haría el príncipe de Salina de G. T. de Lampedusa- parte del ideario de sus adversarios políticos. Este alejamiento calculado, junto con la asunción de las partes más moderadas del "programa enemigo", permite a una parte de las fuerzas políticas del viejo régimen no sólo sobrevivir en la nueva situación, sino incluso dirigir el proceso de cambio en sus tramos fundamentales, gracias a su renovación programática y a haber interesado en la reforma a sus oponentes políticos. Gramsci (1971, 139) pone como ejemplo de esta iniciativa política en una situación de debilidad de ambos contendientes al partido de Cavour -exponente de la revolución pasiva- frente al partido de Mazzini -exponente de la iniciativa popular-, y sostiene que después de 1848 -durante el Risorgimento italiano²¹-, el partido de Cavour supo atraer hacia sus filas a un número creciente de elementos del Partido de Acción logrando el empobrecimiento del movimiento de Mazzini.

²¹.El periódico *Il Risorgimento*, fundado por Cavour en 1847, dió nombre a una época en la que se postula la unificación italiana, el fin de la presencia extranjera y la modernización del país.

Lo cual pone sobre el tapete la cuestión de la hegemonía; de la capacidad de la vieja clase dominante para dirigir las fuerzas sociales y formar un bloque político lo suficientemente fuerte como para arrastrar detrás de su programa al movimiento popular.

En el caso de la transición española, la formación de un bloque en torno a los postulados de la reforma impidió la formación de la alianza en torno a la ruptura. La decisiva actuación de un sector de la burguesía desvinculada del viejo régimen al lograr atraerse al PSOE y al PCE, los dos principales partidos obreros y populares, impidió la formación de una gran alianza con un programa de contenido progresista y popular, que era uno de los objetivos de la izquierda radical.

Pero, más que de revolución pasiva, al no haber ni pugna ni alternancia de clases en el poder, yo prefiero calificar a la transición española de conservación innovadora, una de cuyas innovaciones conservadoras fue la de restaurar *de facto* una monarquía ya prevista por el régimen anterior, con lo cual se prolongaba, aunque de otra manera, el carácter vitalicio que tuvo en el franquismo la figura del jefe del Estado.

No se tiene constancia de que Franco hubiera leído a M. Weber, sin embargo era consciente de la difícil sucesión que tenía un régimen como el suyo, basado en la legitimidad carismática de su fundador. Por lo cual, con la II Restauración borbónica, el dictador estimó que el problema sucesorio quedaba resuelto por largo tiempo. En esta predisposición dinástica reside, a mi entender, la razón para comprender la enigmática respuesta de Franco cuando se le planteaba la cuestión de la sucesión: "*Todo queda atado y bien atado*"²².

²². "Aquel hecho decisivo (la Ley de Sucesión de 1969) ha sido concretado por la Ley de Jefatura del Estado de 15 de julio pasado, al determinar las funciones del Príncipe de España en los casos de ausencia o enfermedad del Jefe del Estado, que deja atado, y bien atado, el futuro de nuestra Patria..." (continúa...)

Esta conservación innovadora permitió que el viejo régimen no se destruyera, sino que se deconstruyera parcialmente pieza por pieza pero sin dejar vacíos. Nada se quitó que no tuviera ya prevista su pieza de repuesto. Mediante este proceso, la declinante legalidad anterior sirvió de apoyo a la legalidad nueva, de tal manera que no se produjo una ruptura constituyente.

Los miembros de las Cortes, que resultaron constituyentes pero bien pudieron no haberlo sido dada la resistencia de Alianza Popular y las dudas de UCD, fueron elegidos por una ley electoral surgida de la legalidad franquista; su poder constituyente se ejerció respetando los límites marcados por la Ley de Reforma Política, refrendada popularmente, es cierto, pero aprobada en las últimas Cortes franquistas a propuesta de un gobierno formado en su mayor parte por personalidades del régimen, cuyo presidente fue nombrado por el Rey, designado a su vez por Franco²³.

El procedimiento fue una muestra de implacable lógica en el uso del poder político, aunque desde el estricto punto de vista jurídico-constitucional pueda parecer un tanto heterodoxo que el poder constituyente quede condicionado por el antiguo poder

²²(...continuación)

F. Franco, "Discurso en la sesión de apertura de la X Legislatura de las Cortes Españolas", 18 de noviembre de 1971, (**Tres discursos de Franco**, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1973, pp. 9-31, p. 10).

²³.Según Franco, en la persona de D. Juan Carlos de Borbón, como sucesor a título de Rey, concurrían cuatro condiciones decisivas: 1) coincidencia en su persona de los requisitos señalados por la Ley de Sucesión (*); 2) probada lealtad a los Principios e Instituciones del Régimen y a la persona del Jefe del Estado; 3) su pertenencia, en línea directa, a la dinastía reinante hasta el 14 de abril de 1931; 4) su preparación rigurosa, de la que forma parte principalísima la forja en las virtudes castrenses.

(*) Cuyo artículo noveno indica: "*Para ejercer la Jefatura del Estado como Rey o Regente se requerirá ser varón y español, haber cumplido la edad de treinta años, profesar la religión católica, poseer las cualidades necesarias para el desempeño de su alta misión y jurar las Leyes fundamentales, así como lealtad a los Principios que informan el Movimiento Nacional. El mismo juramento habrá de prestar el sucesor después de cumplir la edad de treinta años*".

constituído. Para Schmitt (1982, 104), tal supuesto es difícil de concebir, pues *"legitimidad de una Constitución no significa que haya sido tramitada según leyes constitucionales antes vigentes. Tal idea sería especialmente absurda. Una Constitución no se pone en vigor según reglas superiores a ella. Además, es inconcebible que una Constitución nueva, es decir, una nueva decisión política fundamental, se subordine a una Constitución anterior y se haga dependiente de ella"*. *"Una Constitución -continúa Schmitt- no se apoya en una norma cuya justicia sea fundamento de su validez. Se apoya en una decisión política surgida de un Ser político, acerca del modo y forma del propio Ser"* (1982, 94). Sobre este asunto, Antonio Negri (1994, 31-32) se interroga *"¿cómo puede un hecho normativo consuetudinario hacer justicia a la innovación? ¿Cómo puede una 'clase política' preconstituída ser garante de una nueva constitución?* Habrá que concluir que si así se hizo fue, sencillamente, porque se quiso y se pudo hacer.

La escrupulosa observancia de la legislación vigente²⁴ en todo el proceso permitió la paradójica operación de ampararse en una legalidad que se iba demoliendo paso a paso, a manos de hábiles políticos y de expertos juristas, mientras se reemplazaba por otra, pero sobre la base de que nada más cambiase. Los aparatos fundamentales del Estado continuaron funcionando con la más absoluta normalidad, en muchos casos dirigidos por las mismas

²⁴. En este sentido, Miguel Herrero de Miñón, recordando la discusión con diputados socialistas y comunistas sobre si procedía o no elegir a los consejeros del Reino tal y como prevía la Ley para la Reforma Política, escribe: *"Para UCD era clave mantener que la transición, incluso constituyente, no suponía ruptura alguna, de manera que cualquiera que fuese el futuro del Consejo del Reino, importaba el cumplimiento estricto de las previsiones de las Leyes Fundamentales, aún en vigor, incluida la Ley para la Reforma Política. Una vez más, visto a distancia, el episodio puede parecer anecdótico. En aquel momento se discutía, a través de un caso concreto, toda la naturaleza del cambio, entre reforma y ruptura"*. ("Las Constituyentes", "Memorias de un padre de la Constitución", anticipo del libro **Memorias de estío** -Madrid, Temas de hoy, 1993- artículo publicado en El País, 7 de noviembre, 1993, pp. 16-17).

personas, y el Gobierno seguía formado por personalidades del viejo régimen. Es significativo que todavía seis años después de muerto Franco y habiéndose ya producido los cambios legales fundamentales de la transición, alcance la Presidencia del Gobierno Leopoldo Calvo-Sotelo, un genuíno representante de la oligarquía, que, según E. Fioravanti²⁵, se encuentra entre los cuatrocientos hombres públicos de la élite franquista.

Por otro lado, 77 miembros de las Cortes orgánicas permanecían en sus escaños, ahora como diputados y senadores de las Cortes constituyentes, nutridas, también, por otros miembros de la élite del Régimen²⁶. De esta manera, un grupo destacado de personas que habían participado en las actividades ordinarias de la décima legislatura de la dictadura podía, sólo unos meses más tarde, colaborar en la elaboración de una constitución democrática. El asunto se agrava si se recuerda que, en dicha legislatura, los procuradores asistieron sin el menor pestañeo a los actos que señalaron el delirio final del franquismo (continuo secuestro de publicaciones, indiscriminada represión política y sindical, condena de los militares de la UMD, ejecución por garrote vil de Puig Antich y Heinz Chez en 1974, estado de excepción en Euskadi el verano de 1975, terrorismo de Estado (Batallón Vasco Español), juicio militar sumarísimo y sin garantías contra cinco militantes de la extrema izquierda -dos de ETA y tres del FRAP-, que culminó con cinco ejecuciones en septiembre de 1975, y la última muestra de inquebrantable adhesión a Franco, organizada por el propio régimen en la plaza de Oriente de Madrid).

²⁵. Por reunir en su persona cargos políticos con cargos en empresas estatales y privadas, Eduardo Fioravanti ("La élite del poder en España", *Negaciones* nº 1, otoño 1976, pp. 79-106) ubica a Leopoldo Calvo-Sotelo entre los cuatrocientos hombres públicos que forman el núcleo de la clase dominante en el franquismo.

²⁶. Sobre este tema, además de los trabajos de Fioravanti y de Baena & García Madaria ya citados, puede verse el trabajo de S. Del Campo, F. Tezanos y W. Santín, "La élite política española y la transición a la democracia", *Sistema* nº 48, mayo 1982, pp. 21-61.

Esos mismos procuradores tardodemócratas acreditaron también su versatilidad al aplaudir *"la imposible cataplasma"* (Moya, 1984, 212) que fue la reforma de Arias Navarro -el famoso *"espíritu del 12 de febrero"* y su proyecto de asociaciones para *"promover la ordenada concurrencia de criterios, conforme a los principios y normas de nuestras Leyes Fundamentales"*²⁷-, aprobar luego la Ley de Reforma Política de Adolfo Suárez y al decidir, por fin, la disolución de las Cortes orgánicas y preparar, a la vez, su propia continuidad en las Cortes democráticas a través de la ley electoral de 1977, cortada a su medida²⁸.

Hay autores, que podríamos denominar hiperlegalistas²⁹, que ante esta peculiaridad constituyente han hecho de la necesidad virtud al atribuir al régimen instaurado por la Constitución una triple legitimidad: la derivada de la legitimidad histórico-dinástica; la derivada de la legalidad franquista y la propia legitimidad democrática. Pero ya hemos visto lo que opina Carl Schmitt sobre el arte de ir amontonando legitimidades.

En esto, también Sieyès (1985, 86) es taxativo: *"la Constitución no es obra del poder constituido, sino del poder constituyente"*, sentencia en su obra de 1789, y F. Ayala, en la Introducción a ésta, en nota a pie de página (ibíd, 1985, 84, 4), comenta los asertos del abate en los siguientes términos: *"La diferenciación entre el poder constituyente y el poder constituido desemboca aquí en una de sus más delicadas consecuencias: la de distinguir*

²⁷. "Desarrollo político. Derecho de asociación", Discurso del Presidente del Gobierno Carlos Arias a las Cortes Españolas, 12 febrero, 1974 (Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974, p. 30).

²⁸. Miguel Herrero de Miñón (en el ya citado artículo de El País "Las Constituyentes...") refiriéndose a las elecciones del 15 de junio de 1977, indica: *"Los resultados se intuían a la mañana siguiente y, para quien había redactado la normativa electoral, fue muy satisfactorio ver que había funcionado bien"*.

²⁹. Arias-Salgado, R., "Una perspectiva de la transición española a la democracia", *Cuenta y Razón* nº 41, diciembre 1978, pp. 77-84, p. 83.

entre las Asambleas constituyentes y los Parlamentos ordinarios. Estos últimos son un órgano político creado por la Constitución y regulado por sus normas: su existencia -vale decir, su existencia legítima- depende de que se atenga a ellas". Es decir, que aducir que las declinantes Cortes franquistas podían conceder algún tipo de legitimidad a aquellas instituciones que las reemplazaban, se nos antoja un argumento bastante peregrino.

Estando de acuerdo con González Casanova (1983, 211), quien opina que *"el carácter teóricamente ilimitado del poder constituyente de la Nación soberana es una ficción ideológica más de las muchas que conforman el Derecho, puesto que en la práctica histórica sólo la guerra y la victoria violenta de una revolución permiten hacer del poder constituyente algo originario. Y, aún así, éste aparece mediatizado por otros poderes superiores de hecho"*, sin embargo debo advertir que es preciso establecer algún límite en el lenguaje para no hacer de los conceptos algo completamente elástico y, por lo tanto, inútil. Entre el poder constituyente de un gobierno provisional surgido de una revolución triunfante y el otorgado a las Cortes de 1977 por la legalidad franquista existe tanta distancia, que dudo que sea posible encuadrar ambos procesos bajo el mismo concepto sin correr el riesgo de que éste se nos quede inservible para su función teórica.

Sobre este extremo, una voz más autorizada que la mía -Morodo (1982, 216)- señala: *"Técnicamente, no es fácil definir la naturaleza jurídica de nuestro Parlamento, en orden a si es o no un Parlamento estrictamente **constituyente**"* (negrita del autor).

Según mi modesto criterio, el período constituyente careció de dos requisitos fundamentales para merecer una equiparación con procesos similares: la formación de un gobierno provisional y de una asamblea unicameral constituyente, elegida con nuevos criterios y, muy especialmente, por aquellos tendentes a excluir a los representantes del viejo régimen o a limitar su poder.

Por lo que respecta al primero, hay que señalar que, en vez de ser el resultado de una victoria revolucionaria, el gobierno provisional pudo haber surgido de un acuerdo con representantes del declinante régimen franquista, que es lo que, bajo distintas formulaciones, propugnaban los defensores más moderados de las tesis rupturistas.

Con respecto a la segunda, debe señalarse que, además de las limitaciones legales que impidieron a muchos partidos radicales presentarse con sus siglas a las elecciones de junio de 1977, por lo que tuvieron que aparecer públicamente bajo nombre supuesto, de las alteraciones a la proporcionalidad directa que introducía el sistema D'Hont y de la sobrerrepresentación del voto rural sobre el voto urbano, hay que añadir que desde una sola cámara - Cortes- se pasó a dos -Congreso y Senado- y que en la Cámara alta aumentaba la desproporción entre el número de votantes y su representación en escaños. Por otro lado, y éste es un factor original del proceso constituyente español, el Rey designado por el dictador para sucederle gozó de la prerrogativa de nombrar a 41 senadores constituyentes, elección que recayó, en su mayoría, en personas vinculadas al viejo régimen (19 de los designados habían sido ya procuradores en las Cortes orgánicas; de ellos, 16 en la última legislatura y 14 en más de una de ellas³⁰).

La carencia de dichos requisitos no representa únicamente una falta de adecuación formal con unos principios jurídicos o de concordancia con la casuística del derecho constitucional, sino la constatación de la ausencia en el proceso constituyente del que debiera haber sido su principal protagonista; del sujeto constituyente por excelencia: el pueblo o la nación.

Para Sieyès (1985, 81) únicamente la nación puede ser sujeto constituyente -"*Si carecemos de Constitución, hay que hacer una; sólo la nación tiene derecho a ello*"-.

³⁰. Véase Baena del Alcázar, M. y García Madaria, J.M., "Elite franquista y burocracia en las Cortes actuales", *Sistema* nº 28, enero 1979, pp. 3-50, p. 19, nota 40.

Efectivamente, la propuesta de Sieyès de que, ante la resistencia de los otros dos estamentos, el tercer estado se autoproclamara único representante de la nación francesa, actuó en ese sentido. El 17 de junio, los representantes del tercer estado decidieron constituirse en Asamblea Nacional y, reunidos en la *Sala del Juego de la pelota*, prestaron el célebre juramento que desafiaba al poder real, el cual capituló y ordenó a los delegados de la nobleza y el clero que se unieran a la Asamblea Nacional. Con la alteración de los criterios de representación y las facultades de los delegados comenzaba la ruptura con el antiguo régimen, que hallaría su continuación en la calle y en los campos de Francia.

Nada de eso se dió en la transición española, naturalmente. No era una revolución, sino el tránsito de un sistema hacia otra versión de sí mismo, realizado con la legitimidad del propio régimen, desde los aparatos del propio régimen y dirigido en sus principales tramos por las élites del propio régimen. Y en este tránsito, faltó el espíritu constituyente, porque, como muy bien advierte González Casanova (1983, 306), "*no se improvisa un 'sentimiento constitucional'*".

Evidentemente, la falta de sentimiento constitucional, además de ser fomentada por las élites que dirigieron la transición, tenía una base en la actitud pasiva de la mayoría de los ciudadanos y en la ausencia de un proyecto colectivo o, por lo menos, de una repulsa generalizada con respecto al franquismo.

La falta de osadía colectiva para arriesgar algo de un presente poco claro por un futuro incierto pero posible y la ausencia de movilizaciones masivas a favor de un proyecto civil de tipo democrático burgués, señalan una de las grandes fronteras de la transición.

Según se extrae de numerosos estudios³¹ y, por supuesto, del análisis de los resultados de las consultas electorales -con un claro predominio del voto "centrista"-, la expectante sociedad española que salía del franquismo se reveló como moderadamente conservadora, bastante pasiva y poco amiga de cambios bruscos y profundos: los ciudadanos activos e innovadores fueron sólo una minoría.

5.3.2. CONSENSO Y ESPÍRITU CONSTITUYENTE

1. A tenor de lo expuesto, es fácil comprender que el proceso de elaboración de la Constitución española no suscitara entre los ciudadanos un especial estado de ánimo o lo que podríamos llamar "un espíritu constituyente", si es que así puede denominarse el ambiente popular parisino que tuvieron como telón de fondo los juramentados del "Juego de la Pelota", cuando el declive del antiguo régimen suscitaba todo tipo de expectativas.

Para Cambó³², el fin de una larga dictadura supone la explosión de las pasiones que el régimen no ha podido contener: *"Todos los problemas constituyentes se plantean simultáneamente, forma de gobierno, organización unitaria o federal del Estado, derechos individuales y sus garantías, organización de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, relaciones entre el Estado y*

³¹. Pueden verse: López Pintor, R., *La opinión pública española: del franquismo a la democracia*, Madrid, CIS, 1982; Alvira, F., *Partidos políticos e ideologías en España*, Madrid, CIS, 1978; vv.aa., *La reforma política. La ideología política de los españoles*, Madrid, CIS, 1977; Buse, M. *La nueva democracia en España (Sistema de partidos y orientación del voto: 1976-1983)*, Madrid, Unión E., 1984; Maravall, J.M., *La política de la transición*, Madrid, Taurus, 1981; López Pina, A. & López Aranguren, E., *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976; y el grueso volumen colectivo *La transición democrática*, Madrid, Sistema, 1989.

³². Cambó F., *Las dictaduras*, Madrid, 1929, pp. 202-204, tomada de G. Campos Ríos, "El poder político y la Constitución" *Cuadernos Ruedo Ibérico* nº 61-62, 1979, pp. 13-26, p. 13.

la Iglesia...", pero ese no era el caso de España en 1978.

Sea como fuere, González Casanova (1986, 305), desde las páginas de diario Tele Exprés, advertía que la discusión constitucional despertaba en la calle escaso interés.

La Constitución fue diseñada, debatida y negociada³³ entre bastidores. No sólo se hurtó su discusión a los ciudadanos, sino que la mayoría de sus representantes en el parlamento fué ajena a las deliberaciones que condujeron al texto definitivo, lo cual nos recuerda aquella frase de Marx (1985, 45) refiriéndose a los constituyentes reblicanos franceses de 1848, que "*manejaban la Constitución como una gran intriga. Lo que en ella había de constituirse era, ante todo, la dominación de la pandilla*".

El acuerdo adoptado por la Ponencia Constitucional³⁴ de mantener en secreto sus controversias y ofrecer a la prensa una sucinta explicación al final de las sesiones, fue seguido de la práctica de sacar el debate del ámbito parlamentario y mantenerlo en despachos particulares o en restaurantes, en especial durante las últimas semanas de trabajo de la Comisión, en las que el proyecto

³³. Aunque en los apéndices figura una cronología de los trámites legales del proceso constituyente, los pormenores sobre la formación de la Comisión y Ponencia constitucionales están relatados por Gregorio Peces Barba en el artículo "Los socialistas y la Constitución", dentro de la obra colectiva **La izquierda y la Constitución**, Barcelona, Taula de Canvi, 1978, pp. 5-18. También pueden encontrarse en Jordi Solé Tura, **Los comunistas y la Constitución**, Madrid, Forma, 1978.

Un resumen del proceso constituyente puede encontrarse en el artículo de S. Gallego-Díaz, J.L. Martínez y F. Abascal "Los que jugaron la final", **Cuadernos para el diálogo**, 24 junio, 1978, pp. 30-35; en los fascículos 36 y 37 de **Historia de la transición (II parte)**, publicada por **Diario 16**, 1984, pp. 534-555 y en la obra de J.A. González Casanova **Teoría del Estado y Derecho Constitucional**, Barcelona, Vicens Vives, 1982.

³⁴. En la Ponencia Constitucional (véase apéndice) no hubo ningún representante del PNV, lo cual fue, para Herrero de Miñón -"La elaboración de la Constitución", **Cuenta y Razón** nº 41, diciembre 1988, pp. 65-75 p. 67- un gravísimo error.

sufrió notables modificaciones³⁵. La inicial reserva de Peces Barba y Solé Tura³⁶ sobre el carácter confidencial de los debates se convirtió, poco después, en asentimiento, puesto que permitía el trabajo de la Comisión sin injerencias desde la calle, pero al mismo tiempo sin suscitar el interés popular. No obstante, la publicación por sorpresa de parte del borrador constitucional por la revista Cuadernos para el diálogo³⁷ el 22 de noviembre de 1978, seguida, tres días más tarde, de la aparición de todo el texto en el resto de la prensa, no contribuyó en gran medida a hacer más popular el debate, aunque produjo algunas dificultades a la Ponencia al hacer del texto materia opinable.

Sin embargo, al faltar el interés de los partidos por llevar la discusión a la calle por medio de actividades específicas, la tensión derivada de la discusión sobre el articulado no lograba llegar más allá de los círculos políticos y de las páginas de los periódicos; no interesaba a los ciudadanos. La opinión publicada no se convertía en opinión pública.

A pesar de que la información en los medios de comunicación de masas, y sobre todo en la prensa, fué abundante, las abstractas y frecuentemente aburridas disquisiciones de sus señorías sobre el texto, la formalizada terminología jurídica, la oficiosidad, la abundante retórica y la buscada ambigüedad del lenguaje del consenso no fueron la mejor preparación para que los ciudadanos

³⁵. "En tres semanas, del 21 de mayo al 13 de junio, se ha reinventado la Constitución" afirmaban Soledad Gallego-Díaz, José L. Martínez y Federico Abascal en "Los que jugaron la final", Cuadernos para el diálogo, 24 junio, 1978, pp. 30-35.

³⁶. Véase "Los socialistas y la Constitución" en Peces Barba, G., Solé Tura, J. y oo.aa., La izquierda y la Constitución, Barna, Taula de Canvi, 1978, p. 6.

³⁷. Los periodistas fueron Soledad Gallego-Díaz, José Luís Martínez y Federico Abascal. La "filtración" colocó en una situación incómoda a Peces Barba, que era de todos los ponentes en más próximo a la revista, tal como indica en "La ponencia y 'el portazo'", Historia de la transición (II parte), Diario 16, 1984, fascículo 37, pp. 550-551.

pudieran entrar en una materia tan ardua y tan alejada de la vida cotidiana como había sido hasta ese momento una constitución³⁸. Por otro lado, en la calle, con mucha frecuencia, se asoció el consenso con los cabildeos de pasillo y las cenas, olvidando que el consenso era el acuerdo general entre todos los grupos políticos de la Comisión constitucional. Aunque aquí habría que hacer una pequeña disquisición sobre el consenso, pues en este término podemos distinguir entre consenso estratégico y consenso táctico.

Podríamos decir que el primero se refiere al general acuerdo sobre el tipo de Estado y de sociedad que habría de suceder al régimen franquista, mientras el segundo se refiere sólo al procedimiento. O, expresado de otra manera, podría decirse que, sobre la base de un acuerdo estratégico acerca del modelo de régimen político a instaurar, se llega a un pacto sobre el camino para acercarse a él. Los llamados "pactos de mantel" no fueron más que un convenio procedimental reducido dentro de un consenso más amplio, formalizado en torno a dos grandes interlocutores (UCD y PSOE), pues el PNV no estuvo representado en la Ponencia y AP rechazó el carácter extraparlamentario de las sesiones gastronómicas³⁹.

El propio Solé Tura⁴⁰ admite esta percepción popular cuando explica: *"El consenso tuvo en aquellos momentos iniciales mala*

³⁸. Bartolomé Clavero afirma que tampoco la Constitución de 1931 halló demasiado aprecio en la sociedad. (*Evolución histórica del constitucionalismo español*, Madrid, Tecnos, 1985, p. 142). Gerald Brenan, en *El laberinto español* (París, Ruedo Ibérico, 1962, p. 185), confirma la idea e indica que las clases laboriosas estaban más pendientes del desarrollo de las leyes laborales, de los salarios y, sobre todo, de la reforma agraria.

³⁹. Véase a este respecto la opinión de Manuel Fraga, que considera un error llevar el debate a los comedores, en "El artículo 2º fue un error", *Historia de la transición*, II parte, *Diario 16*, 1984, fascículo 36, p. 535-536.

⁴⁰. Solé Tura, J., "Los comunistas y el proceso constituyente", *Historia de la transición* (II parte), *Diario 16*, 1984, fascículo 36, pp. 537-538.

prensa. La gente no lo entendía o lo confundía con un pasteleo más o menos clásico. Pero yo creo que fue una aportación decisiva a nuestra trayectoria política colectiva".

Si, como dice González Casanova (1986, 308), *"el consenso no es un pasteleo entre partidos poderosos, celebrado entre risotadas y borracheras en una bacanal traidora al pueblo"*, tampoco eran ajenos al ciudadano los conciliábulos de pasillo para allanar diferencias que en las sesiones ordinarias parecían irresolubles, ni las idas y venidas a los restaurantes. *"La mayor parte de los consensos -escribe L. Carandell⁴¹-, asensos, transacciones y reconsensos se lograban fuera de la Cámara, fuera del salón de la Comisión; a veces en restaurantes perdidos, a veces en despachos particulares". "Los periodistas -añade el mismo autor en otro escrito (1978, 36)- comenzaron a hablar de artículos cenados y artículos por cenar y, a partir de entonces, a los señores comisionados les entró cierta aprensión o temor a que el pueblo interpretase que estaban convirtiendo la Constitución en un banquete".*

Otro periodista -Manuel Vicent (1978, 12)- también se hacía eco, en aquellas fechas, de la estrecha relación entre comensalía y constitución, cuando escribía: *"Sin duda, ésta ha sido una Constitución bien comida. Todo el trayecto de su debate en la Comisión se ha visto sincopado con los placeres de la mesa, no solamente de la mesa que preside Amilio Attard, sino la de un restaurante de cuatro tenedores..."* No obstante, el mismo cronista reconocía efectos benéficos a esta función jurídico-nutritiva al admitir en el citado texto: *"Si los constituyentes de 1931 hubiesen cenado entre sí algunos artículos, probablemente no se hubiera llegado a la guerra civil".*

⁴¹.Carandell, L. y Márquez Reviriego, V., "Los testigos del proceso constituyente", *10 años de Constitución española*, Zaragoza, Asociación de la Prensa de Zaragoza, 1988, pp. 17-30, p. 19.

En el ya citado artículo de Herrero de Miñón⁴², al tiempo que podemos confirmar la importancia que tuvieron en la transición los acuerdos entre camarillas, podemos observar que comparte la idea sobre el papel desempeñado por la buena mesa, cuando escribe: *"Para mí, el proceso electoral del que aquellas Cortes surgieron se inició el 27 de mayo de 1977 con una cena en casa de Landelino Lavilla"*. Pero dejando aparte el yantar, por efecto del consenso logrado fuera de las cámaras, el debate constitucional en las nuevas Cortes fue *"técnicamente pobre y políticamente de escaso interés. Todo o casi todo estaba acordado con carácter previo"*, según reconoce Rafael Arias Salgado⁴³.

Volviendo a las razones del desinterés popular, hay que indicar que residen, por el lado histórico y tal como veíamos en las páginas precedentes, en los largos períodos de privación de derechos elementales que han sufrido las clases subalternas, a los que deben añadirse los cuarenta años de dictadura franquista, que no han sido, precisamente, factores que hayan ayudado a apreciar el justo valor de los derechos civiles. Sobre este aspecto, J. M. Maravall⁴⁴ considera la apatía como un efecto del

⁴². Añade después que fue una "reunión trascendental para lo que sería la vida inmediata de UCD", y unas líneas más adelante, escribe: "De aquella cena surgió la candidatura de Antonio Hernández Gil a la presidencia de las Cortes.../..y la de Álvarez de Miranda para la presidencia del Congreso de los Diputados. También arbitramos, de sobremesa, la fórmula para evitar, en beneficio de Modesto Fraile, la presidencia de la cámara que hubiera correspondido, por edad, a Dolores Ibárruri, *Pasionaria*, con peligroso escándalo, se decía, de los sectores militares" ("Las Constituyentes", El País, 7, nov. 1993, p. 16).

⁴³. Rafael Arias-Salgado escribe: "De ahí que la polémica constitucional en el Congreso y en el Senado, según refleja el diario de sesiones, fuese técnicamente pobre y políticamente de escaso interés. Todo o casi todo estaba acordado con carácter previo". "Una perspectiva de la transición española a la democracia", en *Cuenta y razón* nº 41, diciembre 1988, pp 77-84, p. 82.

⁴⁴. "Probablemente la apatía fuese en buena parte resultado del 'cinismo político' y de la desmovilización promovidos durante largas décadas por el
(continúa...)

"*cinismo político*" y de la desmovilización promovidos por el franquismo, pero junto con estas razones pretéritas, existen otras de carácter coyuntural que abundan sobre lo mismo.

La primera es el clima de acuerdo entre élites con que se teje el proceso de la transición, que si bien al principio se apoya en la movilización controlada de las masas, en una fase posterior exige su desmovilización para dejar el exclusivo protagonismo a las élites.

La segunda razón, ya dentro de la etapa constituyente, son los efectos desmoralizadores que ejerce sobre amplias capas de la población trabajadora el Pacto de la Moncloa, que si bien es un pacto político y económico, puede considerarse un precedente jurídico de la Carta. Pero además hay que hacer notar que el Pacto de la Moncloa, aunque hubo adhesiones posteriores, no fue suscrito directamente por organizaciones representativas del capital ni del trabajo como sucedía con otros pactos sociales en Europa, lo cual indica, por un lado, que el empresariado, frente a los emergentes sindicatos obreros, no contaba con asociaciones propias de la suficiente entidad y, por otro, que, ni en este caso, las élites que protagonizaron el proceso del cambio de régimen permitieron que un acuerdo social fuera establecido entre representantes de las organizaciones sociales.

El Pacto de la Moncloa introdujo el precedente de exigir elevadas contraprestaciones a las clases populares a cambio de derechos democráticos. O, expresado con una terminología más acorde con las leyes del mercado, las clases subalternas y en especial los trabajadores y sus familias tuvieron que *pagar* con las medidas de austeridad los beneficios de la reforma legal que ofrecía el Pacto en su doble objetivo de afrontar la crisis económica y

⁴⁴(...continuación)

Franquismo." (Maravall, J.M., *La política de la transición*, Madrid, Taurus, 1981, 2ª ed. 1984, p. 81).

consolidar la democracia modificando la legalidad vigente⁴⁵.

Hay una tercera razón cuyos efectos son difíciles de medir en la mentalidad ciudadana pero que explica el clima en el que la Constitución se alumbró. El secreto y el consenso suponían en la práctica negar la participación y la democracia de las que, en teoría, la Constitución hablaba y cuyo ejercicio cotidiano pretendía entronizar y proteger.

2. El consenso permitió crear, en primer lugar, lo que Salvador Giner denomina un pacto de "*legitimidad universal o de no pedir cuentas a nadie*"⁴⁶ y que Gregorio Morán (1991, 75) llama "*la constitución en Reino de desmemoriados*", y en segundo, establecer unos vínculos relativamente estrechos entre la nueva y la vieja clase política, que, si bien facilitaron el tránsito con el diálogo y el entendimiento entre las élites, ofrecieron, por contra, una visión demasiado homogénea de cara al exterior y la impresión de una innecesaria familiaridad entre personas que no hacía demasiado tiempo aparecían públicamente como auténticos adversarios -incluso como "*prisioneros*"⁴⁷ y apesadores- y representaban además intereses sociales y políticos difícilmente conciliables.

Sin embargo, de esta fase de acuerdos, que, según Caciagli (1986, 25), "*fue muy delicada y dañina para los partidos*", surgió, con

⁴⁵.El Pacto de la Moncloa modificó la legalidad sobre los derechos fundamentales (libertad de expresión, derecho de reunión y asociación, asistencia letrada al detenido), redefinió el concepto de orden público e introdujo cambios en las fuerzas y cuerpos de Seguridad del Estado, entre otras medidas. Véase el "Acuerdo sobre el Programa de Actuación Jurídica y Política", *Los Pactos de la Moncloa*, Madrid, Presidencia del Gobierno, 1977, 4ª ed., pp. 75-91.

⁴⁶.El término lo utiliza Salvador Giner en una encuesta sobre la transición publicada en *Sistema* nº 68-69, nov. 1985, p. 214.

⁴⁷.Es la opinión de Fraga, que, en calidad de Ministro del Interior, detuvo a los representantes de la Platajunta cuando la iban a presentar a los medios de comunicación.

la unión de la vieja y la nueva élite, una nueva clase política en el más estricto sentido mosquiano. Pero dichos acuerdos, pese a los deseos de "*constituir un amplio consenso nacional*"⁴⁸, no dejaban de ser una fórmula para encubrir la escasa representación social de los partidos políticos y destacar la importancia que tuvo en la transición el acuerdo entre élites.

En la dialéctica entre élites y masas, las primeras estaban especialmente interesadas en mantenerse en un lugar preeminente en la sociedad, en detrimento de las masas. Los partidos serán las instituciones que harán posible una de las formas de esta preeminencia a través de un complejo proceso que los lleva desde la ilegalidad hasta su inclusión, como instrumentos fundamentales para la participación política, en la Constitución (artº 6).

Si inicialmente algunos partidos para legitimarse necesitaron de las masas en movimiento, a medida que se fueron consolidando como organizaciones y afianzándose en la nueva legalidad la actividad de las masas fue menos necesaria⁴⁹.

La ley electoral de 1977, con las listas de candidatos formadas por los partidos y cerradas a la intervención de los electores, colocó definitivamente a los partidos como protagonistas de la acción política, hecho que la Constitución sancionó más tarde al instaurar en España el modelo de lo que se ha llamado Estado de partidos (García-Pelayo, 1986).

Sobre este asunto, Vidal Beneyto (1981, 108) considera que una de las razones del desencanto democrático debe buscarse en el papel jugado por las élites en la transición, a la que ve "*reducida a*

⁴⁸.Rafael Arias Salgado dice que la nueva España "es el fruto de un amplio consenso nacional para liquidar las últimas secuelas de la guerra civil y para organizar sin violencia apelando a los ciudadanos..." 'El consenso, fundamento de la nueva España', *Cambio* 16 nº 1000, enero 1991, p. 34 (el subrayado es mío).

⁴⁹.Sobre el tema de la formación de los partidos políticos puede verse la obra de Angel Rodríguez Díaz, *Transición política y consolidación constitucional de los partidos políticos* (Madrid, CESCO, 1989).

una operación de dirigentes y profesionales de la política, cuyo principal objetivo es regular su mutua cooptación, (que) no pasa de ser un mecanismo de legitimación del poder de las élites, una figura de administración del privilegio, que difícilmente puede entusiasmar al ciudadano".

El proceso de marginación era, pues, necesario, pero la labor de apartar a los ciudadanos de la política tuvo que partir del grado de movilización social iniciado en los últimos años del régimen e incentivado tras la muerte del dictador.

Así, la desmovilización⁵⁰, como requisito para construir un nuevo orden político⁵¹, fue larga y dolorosa y obedeció a una doble filosofía: como pacto político -el consenso propiamente dicho- y como pacto social para afrontar la crisis económica.

Fue larga porque era en sí misma un proceso contradictorio, ya que la movilización de las masas -en muchos casos simbólica- fue siempre un recurso argumental del PCE en las negociaciones⁵², pero también había razones objetivas que abonaban la movilización ciudadana.

Desde el punto de vista de un gobierno como el de UCD, si el acento de las medidas para salir de la crisis económica se ponía en fomentar la inversión, eso llevaba aparejado como ineludible correlato garantizar la obtención del beneficio empresarial y acometer una profunda reforma del envejecido aparato productivo,

⁵⁰. Véase J.M. Roca, "Consenso y desmovilización social" en "XIIIº Aniversario de la Constitución: ¿Cumpleaños feliz?", **Iniciativa Socialista** nº 18, febrero, 1992, pp. 16-22.

⁵¹. "Es probablemente cierto que los compromisos políticos interpartidistas, que el monopolio de la política por tal élite partidista, y que una considerable desmovilización general fueran todos ellos requisitos para construir un orden democrático nuevo." J.M. Maravall, *ibid*, p. 81.

⁵². Y también un proyecto durante el período constituyente. "El debate constitucional tiene que ser un gran debate público, que interese a todos los sectores de la población y que haga del texto constitucional el centro de una gran movilización de la clase obrera, de todos los sectores populares y, en definitiva, el centro de una gran movilización de la opinión pública" (J. Solé Tura, **Los comunistas y la Constitución**, Madrid, Forma, 1978, p. 113).

flexibilizar el mercado laboral (con sus secuelas: aumentar el paro y precarizar el empleo) y moderar los salarios⁵³; o sea, ofrecer sólidos motivos para la resistencia y la movilización de los trabajadores.

Además, entre los efectos de la crisis figuraba una alta tasa de inflación (19,8 % en 1976, 26,4 % en 1977), que generaba como reacción un movimiento de protesta contra la carestía, unido al impulso del movimiento vecinal, que encontró una coyuntura propicia para reclamar la mejoría de dotaciones y servicios en los barrios, demorada siempre por las autoridades franquistas. Y, finalmente, el proceso de desmovilización social fue doloroso porque también supuso quebrar una tendencia a la autoorganización obrera y popular que había sido costosamente puesta en marcha contra la estricta legislación laboral y política del franquismo. El proceso de conducir a los núcleos más activos de las clases subalternas a su nuevo papel de simples espectadores se realizó siguiendo un triple camino que llevaba desde los familiares territorios populares -el barrio, la empresa, la calle-, donde se habían iniciado como ciudadanos o incluso como dirigentes políticos, hasta las instituciones. El primer camino conducía directamente a los foros del Estado, al parlamento, a través de un alambicado sistema de representación. El segundo, llevaba desde las organizaciones vecinales hacia los ayuntamientos, por un procedimiento parejo. El tercero, desde la actividad laboral, de base local y asamblearia, hacia los grandes sindicatos, hasta erigir un modelo de sindicalismo muy institucionalizado en el que prevalece la eficacia sobre la democracia y la negociación centralizada, realizada por expertos, va en detrimento de la movilización de los trabajadores⁵⁴.

⁵³. Sobre este tema puede verse la obra colectiva coordinada por Miren Etxezarreta **La reestructuración del capitalismo en España, 1970-1990** (Madrid, Barcelona, Icaria-FUHEM, 1991).

⁵⁴. Véase, J. M. Roca "Sindicalismo y revolución", **El proyecto radical** (Madrid, Los libros de la catarata, 1994, pp. 155-202).

En este sentido, la desmovilización, o separación de política y politeia, sirvió para crear una nueva clase política y para conducir sin traumas la transición estrictamente política (la económica tuvo altísimos costes sociales), pero aumentó el desinterés de los ciudadanos por la política en general y por la Constitución en particular. Sobre este aspecto, debemos recordar que las críticas que realizó un sector de la izquierda radical sobre las consecuencias del consenso constitucional resultaron proféticas. En primer lugar, el propio referéndum recogió los frutos de esa marginación popular. La Constitución fué aprobada con el 59% de votos afirmativos sobre el total de votos emitidos, pero un 33% del censo no acudió a las urnas. En el País Vasco y Navarra las cifras aún fueron más rotundas: la abstención superó el 51% y los votos afirmativos no llegaron al 35% del censo⁵⁵. El escrutinio suscitó cierta preocupación, pues la abstención superó todas las previsiones, pero se encontraron respuestas satisfactorias (la monotonía de la campaña oficial, la falta de adiestramiento democrático después de cuarenta años, la falta de imaginación de la clase política para publicitar la campaña, el desencanto, el consenso, la crisis...) con tal de dar por bueno el procedimiento.

Estas ideas se ven confirmadas por una autorizada opinión⁵⁶ que revela descarnadamente el verdadero objetivo del compromiso constitucional: *"Evitar la confrontación pública y simultánea sobre todas las cuestiones colectivas que una Constitución trata de resolver o encauzar. El consenso fué una manera de imponer límites y silencios al debate nacional; a un debate de múltiples facetas que, por afectar a los problemas vitales de una sociedad golpeada por una aguda crisis económica podría haber resultado*

⁵⁵.Cifras tomadas de Cortes Generales 1979-83. Partidos políticos, elecciones legislativas, biografías de los parlamentarios, Equipo de Documentación Política, Madrid, José Mayá editor, 1979, p. 18.

⁵⁶.Arias-Salgado, R., "Una perspectiva de la transición española a la democracia", en *Cuenta y Razón* nº 41, diciembre 1988, pp 77- 84, p. 82.

indigerible o polarizado la situación política e impedido la prosecución de la reforma democrática". Es decir, evitar un clima de discusión colectiva como el que se describía en la cita de Cambó.

La opinión es un claro exponente de lo que, en el mejor de los casos, podría calificarse de posición paternalista, más propia de un déspota ilustrado que de uno de los protagonistas de un cambio que se proponía acabar con un régimen paternal y a la vez despótico. Límites y silencios al gran debate nacional sobre la Ley que habría de configurar las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, ése fue el buscado espíritu constituyente.

Así, no es de extrañar que las consecuencias de la marginación ciudadana en un momento tan trascendente fueran más allá del referéndum sobre la Constitución. El abstencionismo electoral creció desde el 22% en el referéndum sobre la Reforma Política, en diciembre 1976, hasta el 39,5% en las primeras elecciones municipales en abril de 1979, y con él, ese vago y persistente sentimiento que se ha llamado desencanto.

5.3.3. EL DISCURSO HEGEMÓNICO SOBRE LA CONSTITUCIÓN

El discurso hegemónico sobre la Constitución es, naturalmente, coherente con el discurso hegemónico sobre la transición; con el discurso que, procedente de varias fuentes pero ya emitido desde lugares privilegiados en el sistema de producción social de comunicación (Martín Serrano, 1986), comienza a aparecer al hilo de los hechos y a dirigir el sentido de éstos, y, sobre todo con el discurso sobre la transición que, formulado y racionalizado después, ha quedado como interpretación interior dominante y se ha exportado, también, a países de América latina y del este de Europa que intentaban cambios similares.

Este discurso, en resumen, sostiene que el proceso de tránsito desde la dictadura franquista hasta un régimen democrático es un proceso en sí mismo democrático -la *transición democrática*- que ha sido posible por la gran madurez cívica del pueblo español, por haber sido conducido de manera serena por una clase política responsable, por el respeto al proceso mostrado por los llamados poderes fácticos y, en particular, por el ejército; por haber estado impulsado por un noble motor -la Corona- y haber sido llevado a buen puerto por un excelente timonel -el Rey-.

Esta delineada explicación, ideal, o mejor dicho ideológica, pues tiene intenciones derivadas de intereses de grupo -hacer que la realidad, como representación construida socialmente, sea así percibida-, pretende eliminar las diferencias, destacar los acuerdos y ocultar los intereses particulares que, provinientes, sobre todo, del bloque social dominante durante el franquismo, han conseguido pervivir posteriormente amparados bajo el interés general, nacional y/o pretendidamente racional, del nuevo Estado de derecho. Nos hallamos, pues, ante una excelente muestra de lo que Foucault (1992, 179), refiriéndose a la concepción histórica de Boulainvilliers, afirmaba: "*Si hay historia, si hay acontecimientos, si sucede algo de lo cual se puede y debe conservar la memoria, es justamente porque entre los hombres se establecen relaciones de poder, relaciones de fuerza y cierto juego del poder. En consecuencia, **narración histórica y cálculo político** tienen para Boulainvilliers exactamente el mismo objeto*" (la negrita es mía).

Por lo que respecta a la Constitución, los argumentos centrales del discurso dominante son, en síntesis, los siguientes:

- La Constitución tiene, ante todo, un contenido integrador, pues en su articulado hallan representación todas las sensibilidades sociales y todas las tendencias políticas. No es, por tanto, la Constitución de una parte de la sociedad sobre el resto, ni la de

un partido sobre los demás, sino la Constitución de todos y para todos. No es una Constitución de derechas ni de izquierdas y permite, en consecuencia, gobernar a partidos de todo el espectro político.

- La Constitución supone la creación de un marco de referencia dentro del cual todas las sensibilidades pueden discutir, resolverse viejos contenciosos -monarquía/república, Iglesia/Estado, clericalismo/anticlericalismo, centralismo/separatismo- y las diferentes tensiones -tradición y futuro, Estado y sociedad civil, religión y secularidad, centro y periferia, capital y trabajo, hombre y mujer...- de una España modernamente concebida. Es decir, la Constitución es un marco que puede acoger a todos aquellos que crean en el diálogo como base de la convivencia. En consecuencia, quedan al margen de ella aquellas opciones políticas que propugnan la violencia y la intolerancia como formas de expresión política -el terrorismo y el golpismo involucionista-.

- La Constitución tiene, también, un sentido médico, referido al armazón anatómico: la nueva columna vertebral del cuerpo civil (la España vertebrada); el marco legal para resolver conflictos pacíficamente en el futuro y desterrar para siempre los antagonismos seculares que han dado lugar a las dos Españas.

- La Constitución es la suprema norma que define para el futuro las reglas del juego democrático y consagra un modelo de Estado bajo la supervisión y control de la ciudadanía a través de los partidos políticos. Con su aprobación en referéndum termina la transición como etapa de interinidad y España entra, tardía pero definitivamente, en la modernidad.

El discurso insiste, sobre todo, en el valor que tiene la Carta Magna como símbolo de reconciliación y superación de las secuelas

de la guerra civil; como reencuentro, como abrazo sin revancha, aunque para ello tenga que recurrir a la ficción de que no hay grandes discrepancias a base de subrayar los acuerdos y omitir los asuntos conflictivos. Así, a pesar de que, finalmente, la Constitución deviene en símbolo de ruptura con el franquismo, los espesos silencios, los rodeos y la ambigüedad que han presidido el discurso del consenso en el proceso constituyente han dejado entrever que existen asuntos en los cuales no es prudente entrar (democratización del ejército y de los cuerpos de seguridad del Estado, cuestionamiento de la Corona o de la unidad territorial del país, depuración de funcionarios franquistas, exigencia de responsabilidades políticas...) pero sí señalar que existen como misterios, pues como indican Del Aguila y Montoro (1984, 244) *"al hecho de que los misterios sean secretos se une la necesidad de hacer pública su existencia, pues de otro modo nadie tendría idea de su presencia en la esfera pública"*.

La sombra de los llamados poderes fácticos, a los que no conviene referirse más que vagamente, se cierne sobre todo el período constituyente de manera que el consenso deviene en el talante de compartir y en lo compartido y, al mismo tiempo, en un conjuro contra el peligro involucionista que desea evitarse, aunque dicho sea de paso y a tenor de lo que representó el golpe de opereta del 23-F, tal peligro se exageró y la desestabilización actuó como una coartada excelente para favorecer el consenso y recortar las aspiraciones de los que querían llevar más lejos el límite de los cambios.

En consecuencia, en este discurso, aparecen el consenso como el resultado racional del esfuerzo por dialogar, sacrificando el interés de clase o de grupo en aras del interés nacional, y la Constitución, como marco de convivencia frente a las opciones violentas, pero también, como señalan Del Aguila y Montoro (1984, 240), como la única alternativa democrática. La Constitución, en una sociedad contradictoria y antagónica como la española, más que un consenso representa un compromiso entre fuerzas políticas

que no pueden llevar hasta el final sus propias alternativas, por lo cual se ven constreñidas a optar entre alternativas forzadas. Así, sostienen estos autores, la transición no se enfrentaba al dilema <democracia o dictadura>, sino al "*de dictadura o de esta (y no otra) democracia*". De aquí ha surgido el malentendido por el cual se atribuye a la Constitución haber atenuado conflictos, cosa que ha hecho, y no, lo que realmente sucedió, que se vió desplazada por la amenaza involucionista a defender la democracia como forma de convivencia. De ahí, que según estos autores (ibíd, 241), la Constitución no pueda estar por encima del conflicto, sino que es la existencia de éste lo que la mantiene cumpliendo una función simbólica.

Precisamente contra el discurso que versa sobre esta función simbólica y todas las servidumbres que ésta conlleva -silencios, omisiones, ambigüedades, obscuridades- se alza el discurso de la izquierda radical que, con un lenguaje mucho más claro y duro, aunque no exento, claro está, de ideología, destaca el conflicto, el enfrentamiento social enterrado por la retórica, el olvido de unos intereses -amplios y populares- por la prevalencia de otros -estrechos y oligárquicos-; las concesiones enmascaradas bajo la forma acuerdos y las renunciadas pactadas.

Su discurso, emitido desde un lugar periférico del sistema social de comunicación, pretende sacar a la luz lo que permanece oculto -la Constitución tácita (Capella, 1985)-, desvelar las relaciones de poder y de fuerza, desmitificar los nuevos símbolos, criticar las nuevas instituciones y mostrar los estrechos vínculos que mantienen con las antiguas y, más allá del terreno de las ideas, aunar la fuerza social necesaria para desbaratar el consenso, aunque este objetivo escape con mucho a la dimensión real de su capacidad política.

*Años de plomo, Cuerpos incontrolados, Estragos de Estado,
Subversión, Represión, Terrorismo, Emergencia...
o al contrario: Los años más bellos de nuestra vida,
Transformación radical de la vida cotidiana, Utopía,
Necesidad del comunismo, Revolución sexual, Lucha armada...
Y más aún: Mundo Beat, Hippies, Situacionistas, Movimiento
Estudiantil, Poder Obrero, Lucha Continua, Maoístas,
Consejistas, Anarquistas, Autónomos...*

(N. Balestrini & P. Moroni, *L'orda d'oro*)

CAPÍTULO 6. DEL SUJETO

LA IZQUIERDA MARXISTA RADICAL

En la transición española, la ausencia de tal sujeto se percibe no sólo en la formalidad del proceso constitucional, sino en el carácter superestructural de los cambios y en la ambigüedad y el tono del discurso político constituyente, tan frío, mesurado y privado de estridencias, lo que revela la falta de pasión de que adoleció todo el proceso.

La causa reside en que faltó, sobre todo, el calor popular; la demanda expectante desde la base de la pirámide social de unos derechos, largamente sentidos y reivindicados, que debieran ser recogidos en la Constitución. Faltó, igualmente, un proceso de sensibilización previo, como el que tuvo lugar en la Francia de 1789, antes de celebrarse los Estados Generales, puesto en marcha con la recogida de las opiniones y necesidades populares en los "cuadernos de quejas". Y faltó la duda, la incertidumbre sobre los resultados, reflejo de la tensión entre el viejo poder constituido y el nuevo poder constituyente, entre los antiguos y los nuevos protagonistas.

Guglielmo Ferrero (1988, 82 y ss), aludiendo a los convulsos días de junio de 1789, cuando se refiere a las dudas de los representantes del tercer estado ante la resistencia de los delegados de los estamentos privilegiados -nobleza y clero- a ceder parte de su poder a la asamblea, señala que la pretensión de reivindicar el poder constituyente, o sólo el legislativo, suponía volverse contra el orden establecido, contra la Corona, contra la misma legitimidad de los Estados Generales *"en nombre de un principio de legitimidad nuevo, poco conocido, poco preciso, difícilmente comprensible, que fluctuaba constantemente entre la voluntad colectiva de Rousseau y el derecho soberano de la nación exigido por Sieyès"*. *"La reivindicación del poder constituyente...ni más ni menos significaba abrir la puerta a la verdadera revolución"*. La tensión entre la resistencia de los delegados de la nobleza y el clero y las aspiraciones de los representantes del pueblo llano señala el límite de los dos poderes enfrentados.

regla general, pervive en sus rasgos básicos hasta muy avanzada su trayectoria, aunque muchas de ellas no lograrán superar esta etapa primitiva y profesarán a lo largo de toda su existencia una suerte de *paleomarxismo*.

2. Respondiendo a lo que Ortega (1987, 96) denomina "*perfección intelectual pura*" propia del "*cartesianismo revolucionario*", el ideario marxista radical muestra una gran coherencia formal en cuanto a la articulación interna de su credo y propósitos. Los instrumentos sirven a los medios y éstos se subordinan a los fines, en un proyecto animado por la intención de instaurar un orden social justo y definitivo -"*el futuro ideal construido por el intelecto puro debe suplantarse al pasado y al presente. Este es el temperamento que lleva a las revoluciones. El racionalismo aplicado a la política es revolucionarismo y, viceversa, no es revolucionaria una época si no es racionalista*" (ibíd).

Este *cartesianismo revolucionario* también ha sido advertido por Eric Hobsbawm (1978, 131), quien sostiene que "*la gran debilidad de los revolucionarios educados en cualquiera de las versiones derivadas del marxismo clásico consiste en su tendencia a imaginar las revoluciones como si fueran a ocurrir bajo condiciones previsibles de antemano, como procesos que pueden ser previstos, planificados y organizados al menos en sus líneas generales*".

Al destino humano -el comunismo-, señalado por las leyes de la historia, se llega por medio de la lucha de clases impulsada por un agente revolucionario -el proletariado-, quien, dotado del instrumento adecuado para la confrontación política -el partido-, logra atraer al conjunto de las clases subalternas a su proyecto de drásticas transformaciones sociales. El papel preeminente que

¹⁵(...continuación)
revolucionaria en España (1964-1992)", *Leviatán* nº 51/52, primavera/verano 1993, p. 103 y ss.

CAPÍTULO 6. DEL SUJETO

LA IZQUIERDA MARXISTA RADICAL

Sumario

- 6.1. Un sujeto disperso y poco conocido
- 6.2. Aproximación sociológica
- 6.3. Aproximación a las concepciones políticas e ideológicas
 - 6.3.1. Una teoría sobre el destino humano
 - 6.3.2. Una teoría sobre el cambio social
 - 6.3.3. Una teoría sobre el sujeto histórico
 - 6.3.4. Una teoría sobre las élites
- 6.4. Delimitación del sujeto
 - 6.4.1. Organizaciones. Editores.
 - 6.4.2. Rasgos de su discurso en el franquismo tardío

6.1. UN SUJETO DISPERSO Y POCO CONOCIDO

Como indicaba en la Introducción, en esta pesquisa transversal que tiene por objeto el estudio de una materia cruzada por dos elementos, lo que tiene de conocido uno de los elementos -la Constitución española de 1978- lo tiene el otro de ignorado. El pequeño -en tamaño, grande por lo extenso de sus relaciones- universo formado en España por las organizaciones de lo que se puede denominar, entre otras muchas maneras, izquierda marxista radical¹ es todavía un territorio en gran parte inexplorado.

¹.El primer problema con que tropieza el estudio global de estas organizaciones es el de agruparlas bajo una denominación común -extrema izquierda, nueva izquierda, ultra izquierda, izquierda revolucionaria, izquierda comunista, izquierda radical...-, pero abordarlo ahora nos apartaría del tema.

En todo caso, el nombre quizá debiera ponerse de acuerdo con los rasgos
(continúa...)

Sin embargo, en la historia más reciente de nuestro país, el estudio del papel jugado por el archipiélago formado por las organizaciones políticas de ideología marxista radical y por sus círculos de influencia no puede ser soslayado con el argumento de que su programa fue utópico, su existencia efímera, de que sus presupuestos políticos e ideológicos fueron poco representativos socialmente y de que en la actualidad su discurso haya perdido vigencia.

Más bien habría que preguntarse lo contrario; por las razones históricas que condujeron a que los presupuestos políticos de unos grupos que luchaban en dos frentes simultáneamente, pues no sólo se enfrentaban al orden establecido, sino también al orden a establecer, encontraran en el pasado reciente cierto eco entre sectores de la intelectualidad y de la juventud trabajadora y estudiantil².

No tiene fácil explicación que una forma de ver y entender la vida que, si bien presentaba una *imago mundi* bien diferente de la del franquismo, conservaba extrañas semejanzas con algunas de nuestras peores tradiciones (in)civiles -como la intransigencia y el dogmatismo, por ejemplo-, haya encontrado durante casi dos

¹(...continuación)

dominantes en el conjunto después de haber realizado un estudio específico sobre sus características, pero éste no es el caso.

².El porcentaje de votos obtenido por la izquierda radical en las elecciones de junio de 1977 estuvo en torno al 3%, debiendo advertirse que se presentaba disgregada en muchas candidaturas y que no estaba legalizada, por lo que tuvo que presentarse amparada bajo unas siglas que no eran las habituales.

Por lo que se refiere a la influencia social ejercida basta citar como muestra a dos ministros recientes - Claudio Aranzadi y Jordi Solé Tura- o el antiguo director de El País - Joaquín Estefanía- que han militado en organizaciones radicales. Si nos referimos al ámbito de los profesores e intelectuales sin cargo público la lista es amplísima.

Pueden encontrarse rastros del paso de algunas personalidades por grupos de la izquierda radical en el artículo de Joaquín Roglán "El guateque de la revolución perdida", publicado en el suplemento Revista del diario La Vanguardia, 21 mayo, 1992, p.1 y ss.

décadas tales arraigos entre sectores progresistas de la España contemporánea.

Una aproximación al estudio de este tipo de organizaciones se inició durante los últimos años de vida del régimen franquista y primeros de la transición, en donde aparecieron, si no muchas, sí al menos las suficientes publicaciones que, desde diferentes enfoques, permitieron hacerse una idea de cual era entonces el estado de aquel pequeño cosmos. Fue una primera toma de contacto, en algunas ocasiones autocrítica, en otras sólo enunciativa, con el archipiélago de las organizaciones radicales que, una vez pasada la emocional coyuntura política de la transición, no halló continuadores.

En Italia -país con el que sólo en ciertos aspectos mantenemos semejanzas- esta labor prospectiva sobre su extrema "sinistra" está bastante avanzada. La reflexión sobre la inmediata historia de los movimientos sociales y las organizaciones radicales que los han impulsado o que han actuado políticamente sobre ellos está, en buena medida, realizada, publicada y, seguramente, asimilada.

Entre una amplísima bibliografía sociopolítica, los orígenes y evolución de la izquierda radical italiana pueden rastrearse en *La sinistra extraparlamentare in Italia*, de Giuseppe Vettori, (Roma, Newton Compton, 1973); *L'ultrasinistra in Italia. 1968-1978*, de Mino Monicelli (Roma-Bari, Laterza, 1978); *I gruppi extraparlamentari di sinistra*, Roma, (Carlo Vallauri, Bulzoni, 1976) y en el grueso volumen de Massimo Teodori *Storia delle nuove sinistre in Europa* (Bologna, Il Mulino, 1976). También puede hallarse la historia completa de "Lotta Continua", -*Storia di Lotta Continua*- una de las organizaciones radicales más sobresalientes del período 1968-1980, escrita por uno de sus principales animadores, Luigi Bobbio, publicada en Roma por Savelli en 1979 y reeditada después en Milán por Feltrinelli en el año 1988.

Incluso Patrizia Violi ha analizado las características de la prensa -Potere Operaio, Servire il popolo, Lotta Continua- de tres organizaciones de la extrema izquierda -Potere Operaio, Lotta Continua, Unione dei marxisti-leninisti- en la obra *I giornali dell'estrema sinistra* (Milano, Garzanti, 1977) y en una versión resumida en castellano "La prensa de la izquierda extra-parlamentaria: análisis del lenguaje", publicado en la obra colectiva *Cultura, comunicación de masas y lucha de clases* (Lutzensberger y co.aa., México, Nueva Imagen, 1978).

Veinte años después de la "*ondata rivoluzionaria*", una nueva reflexión ha dado lugar a otros títulos como *68' vent'anni dopo*, publicada en Roma a cargo de Massimo Ghirelli en Editori Riuniti, 1988, o *Lórda d'oro*, de N. Balestrini & P. Moroni, (Milano, Sugarco, 1988), lo cual da una idea de lo que falta por hacer sobre este asunto en nuestro país.

Por lo que se refiere a lo publicado en España sobre el tema, hay que decir, en primer lugar, que ha aparecido una serie de obras sobre la izquierda en general que facilitan la reflexión sobre esta izquierda particular.

Entre estas se encuentra el libro colectivo recopilado por M. Mella Márquez, *La izquierda europea*, (Barcelona, Teide, 1985), válido para comprender, en líneas generales, los presupuestos que han entrado en crisis en la izquierda europea -la moderada y la radical. Similar objetivo persigue la obra de R. G. Cotarelo *La izquierda: desengaño, resignación y utopía* (Barcelona, Ediciones del Drac, 1989) y la de Victor Alba, *¿Dónde está la izquierda?* (Barcelona, Planeta, 1982), que desde una perspectiva más clásica repasa las tradicionales señas de identidad de la izquierda.

El texto de Agnes Heller, *Anatomía de la izquierda occidental* (Barcelona, Península, 1985), ofrece elementos valiosos para la reflexión sobre algunos de los valores y mitos de la izquierda que nos ocupa, pero con toda la validez de estas obras, estimo

que los caminos exploratorios para estudiar a la izquierda marxista radical en España apenas están iniciados.

Ni siquiera Massimo Teodori en una obra de casi 700 páginas - **Storia delle nuove sinistre in Europa (1956-1976)** (Bologna, Il Mulino, 1976)- en la que escribe sobre la izquierda en la RFA, Francia, Inglaterra e Italia, se ocupa de las organizaciones similares en el Estado español.

No quiero con esto indicar que no exista cierto discurso sobre la izquierda marxista radical, ni que el complejo mundo de estas organizaciones no aparezca tocado de manera tangencial en otras obras cuyo fin es otro -por ejemplo en la abundante bibliografía sobre la transición política- sino que falta estudio sistemático, centrado en su problemática, actualizado y que ofrezca una visión global de su ideario y de su trayectoria como corriente política -o conjunto de corrientes- dentro del área del pensamiento y de la acción del comunismo contemporáneo. Es decir, que se encuentra pendiente una tarea como la que en Italia, en muy buena medida, ya se ha realizado.

La trayectoria de la extrema izquierda, o comunismo radical, aparece dispersa en obras que fuerzan a recomponer su historia igual que se monta un rompecabezas.

En la **Historia del franquismo** publicada en fascículos por Diario 16 y en la **Historia de la transición**, del mismo diario, se pueden hallar numerosas pistas. No así en la "Historia del comunismo", publicada por el diario El Mundo, en donde son escasas.

Unas aportaciones a la prehistoria de estas organizaciones se encuentran en los artículos de Pau Costa y Guillermo Castro, "Organización e iniciativa revolucionaria" y "Hacia un análisis de la <nueva izquierda> española" respectivamente, aparecidos en el nº 26-27 (agosto-noviembre, 1970) de Cuadernos Ruedo Ibérico. También se pueden hallar rastros en el trabajo de J. Hernández "Aproximación a la historia de las Comisiones Obreras y de las tendencias forjadas en su seno", publicado por la misma editorial

en su cuaderno nº 39-40 (octubre 1972-enero 1973, pp. 57-80) y en la crítica de Julio Sanz Oller a las prácticas manipuladoras de las organizaciones izquierdistas, titulada "La larga marcha del movimiento obrero español hacia su autonomía", publicada en el tomo 2 de "Horizonte español 1972", también de Cuadernos Ruedo Ibérico, que se completa con otros dos trabajos referidos al movimiento estudiantil -"Universidad: crónica de siete años de lucha", de Davira Formentor y "Notas sobre el movimiento estudiantil en España", de Sergio León.

El libro de José de Cora **Panfletos y prensa antifranquista clandestina** (Madrid, Ediciones 99, 1977) ofrece, también, algunas aportaciones.

Los tres tomos de la obra de Fernando Jáuregui y Pedro Vega **Crónica del antifranquismo**, (Barcelona, Argos Vergara, 1985) son de consulta preceptiva para recoger huellas, pero su objeto no es la extrema izquierda, lo mismo que **Miseria y grandeza del Partido Comunista de España: 1939-1985**, de Gregorio Morán (Barcelona, Planeta, 1986), en donde se puede seguir el rastro de las escisiones que, desde el PCE y el PSUC, dieron lugar a varias organizaciones de la izquierda marxista radical.

Algunas de las peripecias en las relaciones entre el PCE y otros partidos denominados comunistas -PCC, PCPE y la **Mesa para la Unidad de los Comunistas**- pueden seguirse en el artículo de Richard Gunther "Los partidos comunistas de España", publicado por Linz, J.J. y Montero, J.R., **Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta** (Madrid, Cesco, 1986). Una perspectiva amplia aunque breve sobre la génesis de algunos de estos grupos puede encontrarse en **Franquismo y lucha de clases (1939-1975)**, del Colectivo Cedos (Barcelona, Iniciativas Edit., 1977), y también en el libro de Pierre Malerbe, **La oposición al franquismo. 1939-1975**, (Madrid, Naranco, 1977).

En **Crítica de la izquierda autoritaria en Cataluña. 1967-1974** (París, Ruedo Ibérico, 1975), Antonio Sala y Eduardo Durán

relatan los orígenes y critican las características de tres organizaciones radicales -BR, LCR y PCI-, pero el estudio llega hasta 1974, año en que se produce en **Bandera Roja** la escisión del grupo "bandera blanca"³.

Aparte de dos breviarios editados en Barcelona por Dopesa en 1977 -**Diccionario de la izquierda comunista**, de Joan Sánchez Carraté, y **Diccionario de los partidos políticos**, de Angel Sánchez- las obras en donde la extrema izquierda ha encontrado un tratamiento específico, si bien breve y parcial, son: **Los partidos marxistas**, que es una recopilación de material facilitado por estos grupos realizada por F. Ruiz y J. Romero (Barcelona, Anagrama, 1977) y en el opúsculo de Carlos Trías **Qué son las organizaciones marxistas-leninistas** (Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976), basado también en textos facilitados por las propias organizaciones. Las concepciones sobre el Estado y la organización del poder del proletariado de bastantes de estas organizaciones - Liberación, LCR, LSR, MC, MRPC, OPI, OCE BR, OIC, ORT, PCE (r), PCU, PTE, UCE- se encuentran en el anexo sobre el debate en España de la obra de G. Albiac **El debate sobre la dictadura del proletariado en el Partido Comunista francés** (Madrid, De la Torre, 1976).

Dentro de la información de tipo breviario, la **Guía electoral 1977** (Madrid, Cambio 16, 1977) ofrece algunos datos históricos, extractos de los programas y someras biografías de dirigentes de algunas de estas organizaciones -LCR, MC, ORT y PTE-.

³.El llamado grupo "bandera blanca", encabezado por Jordi Solé Tura, Jordi Borja, José Maymó y Alfonso C. Comín regresó al PSUC. La peripecia de como se fraguó la operación puede verse en G. Morán (**Miseria y grandeza del PCE...**) pp. 496-497.

Con la escisión de "bandera blanca" se iniciaba en Bandera Roja una curiosa tradición de paulatinos regresos al partido madre -el PCE-PSUC-, seguida por todas las escisiones salvo la de 1976 (Levante y Andalucía) que, tras formar el Partido Comunista Unidad Roja, se fusionó con la organización de Madrid Unión de Marxistas Leninistas (antes Octubre).

Los restos de Bandera Roja decidieron en el V Congreso unirse al PSUC en marzo de 1989 y la organización desapareció.

Hartmut Heine, con su artículo "*La contribución de la <<nueva izquierda>> al resurgir de la democracia española. 1957-1976*", publicado en la obra colectiva **España bajo el franquismo** (Josep Fontana (ed.), Barcelona, Crítica, 1986), introduce histórica y políticamente el fenómeno de la extrema ('nueva') izquierda dentro del marco doble de la resistencia al franquismo y de los avatares del comunismo internacional.

Además de sus posiciones políticas, el Equipo de Estudio ofrece en **La lucha política por el poder** (Madrid, E. Querejeta, 1976), una pequeña aproximación a la historia de las organizaciones radicales, entre un estudio de similares dimensiones que cubre el espectro de todos los partidos en los momentos iniciales de la transición. En **Prueba de fuerza entre el reformismo y la ruptura** (mismo año, autor y editor), entre las líneas que describen las movilizaciones sociales en el postfranquismo, se puede encontrar la actuación de algunas de estas fuerzas políticas. También en "*Las primeras huelgas del posfranquismo*", Cuadernos Ruedo Ibérico nº 51-53, mayo-octubre 1976.

Muy centrada en el tema de la primeras elecciones locales pero con numerosas alusiones al entorno de la transición política, la obra de Francisco Herrera y Víctor Claudín, **Socialistas y comunistas ante las elecciones municipales** (Madrid, Zero, 1978), ofrece el testimonio de dirigentes de algunas organizaciones de este espectro (LCR, MC, PTE, ORT).

En Teoría y Práctica nº 4 (febrero, 1977), en el artículo titulado "Debate político con el Movimiento Comunista" se ofrecen bastantes datos sobre esta organización, y en el nº 15 de la misma revista (enero, 1978), en la misma sección, aparece un debate con la **Tendencia de OIC**.

En el número 7 de esta publicación (mayo, 1977) aparecen los resultados de dos encuestas sobre algunos de estos grupos ("La izquierda organizada catalana opina sobre el 'pacto social'" y en el número 11 (septiembre, 1977), bajo el epígrafe general de "La

Izquierda Revolucionaria y el futuro" se publican diversas entrevistas a dirigentes de LCR, MC, OIC, ORT y PCT, que ofrecen en sus respuestas algunos rasgos de estas formaciones. También bajo la forma de entrevistas a dirigentes de la izquierda radical la revista El viejo topo ofrece, entre sus números 27 y 43, un perfil de las principales organizaciones de este espectro. La revista Transición dedicó un número extraordinario (10 y 11, julio-agosto, 1979) al movimiento obrero, en donde también pueden hallarse rastros de las organizaciones que nos ocupan.

Algunas de éstas han publicado sus propias trayectorias, como es el caso de OCE BR, que, en "Balance de quince años de lucha comunista 1968-1983" (Bandera Roja, noviembre 1983, pp. 5-12), hace el relato más largo, de los que conozco, sobre esta organización. En fecha más reciente, el diario barcelonés La Vanguardia⁴ publicaba un reportaje con ocasión de la fiesta de "reencuentro de militantes" de dicho partido.

Algunos rasgos de la historia de OIC se pueden hallar en el nº 1 de La voz de los trabajadores (marzo, 1977), en la entrevista a Enrique Pérez Cañamares, entonces Secretario General.

En julio de 1987, Consuelo Láiz, publicaba el resumen de su memoria de licenciatura con el título "Aproximación al estudio de la Organización Revolucionaria de Trabajadores" (Cuadernos de ciencia política y sociología, nº 19, julio 1987). Esta autora ha leído recientemente su tesis doctoral -"La izquierda radical en España durante la transición a la democracia"- en donde aborda el estudio de ORT, PCE(i), MCE, LCR, PCE (m-l), OMLE y ETA, pero volviendo a ORT, sus posiciones sindicales, dentro de una breve historia del movimiento obrero contemporáneo, aparecen en el opúsculo de José M. Ibarrola El mundo del trabajo (Madrid, E. Escolar, 1977), así como la propuesta de un programa obrero y

⁴.Suplemento "Revista", 21 mayo, 1992, p. 5.

social en el marco de una república democrática. No su historia pero sí mucho acerca de la línea política de ORT se encuentra en la recopilación de artículos de su órgano En lucha publicada por Emiliano Escolar (Madrid, 1978) bajo el título **¿Qué es el proletariado?**.

Un resumen de las posiciones políticas del PTE se encuentra en la intervención de Nazario Aguado en la Facultad de Económicas de Barcelona (4 de junio, 1976), publicada en la obra colectiva **Programas económicos en la alternativa democrática** (Barcelona, Anagrama, 1976).

Por lo que se refiere a los presupuestos económicos de este mismo partido, puede leerse la obra de su Secretario General **La crisis económica. Alternativa democrática al Pacto de la Moncloa**, (Eladio García Castro, Madrid, Manifiesto Editorial, 1978) y "Programa de emergencia", del mismo autor, recogido, junto con la intervención de Jerónimo Lorente (miembro de la dirección del PTE y de su sindicato la CSUT) "Sindicalismo de clase", en la obra colectiva **Crisis política, crisis económica y crisis empresarial** (Barcelona, Dopesa, 1978).

El documento de Eladio García Castro y Enrique Palazuelos -"Una fuerza para una nueva civilización"- que supone el último intento para salvar al **Partido de los Trabajadores de España**⁵, aparece publicado en el nº 17-18 de El cáraabo, así como la respuesta de los críticos de este documento. Un resumen de la historia del PTE y, al tiempo, una crítica a la iniciativa de Castro y Palazuelo, se encuentra en el artículo de Agustín Morán "Sobre la crisis del PTE y la nueva alternativa: del partido radical", aparecida en el nº 53 (agosto, 1980) de la revista Manifiesto.

Finalmente, en un trabajo posterior -**¿Crisis de los partidos políticos?**, editado por F. Claudín (Madrid, Dédalo, 1980)- Eladio

⁵.Nombre adoptada por la nueva formación, resultante de la unificación del Partido del Trabajo de España (PTE) y la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT).

García Castro, en el capítulo titulado "La crisis de la izquierda revolucionaria", desde un enfoque autocrítico insiste en algunas de las ideas planteadas en el ya citado documento elaborado con Palazuelos. En la misma obra editada por Claudín, Pina López Gay, antigua Secretaria General de la organización juvenil del PTE -la JGR- escribe el artículo que lleva por título "Juventud y crisis de partidos".

Algunos de los presupuestos políticos del recién desaparecido⁶ Movimiento Comunista se encuentran en **De Franco a Juan Carlos I**, (Madrid, Revolución, 1979), pero no debe buscarse en esta obra nada que haga referencia a su historia.

Un resumen cronológico y un balance, autolaudatorio y de poco interés, de los 25 años de historia del PCE (m-l) se publicó en diciembre de 1989, en el nº 20 de Revolución Española.

En 1990 se editó la tesis doctoral de Santiago Míguez González - **La preparación de la transición política en España** (Zaragoza, Prensas Universitarias)- en donde aparecen sucintas historias de varias de estas organizaciones radicales -MC, PTE, ORT, OCE BR, PCE (r) y GRAPO, PCE (m-l) y FRAP- pero aporta menos datos que algunas de las obras ya mencionadas.

Entre la farragosidad de un discurso muy sectario de Arturo Van der Eynde (ed.) -**El proletariado contra la 'Unión Sagrada'** (Madrid, 1980)- se descubren (pocos) datos sobre la historia del PORE y muchos sobre sus presupuestos políticos.

Mejor fortuna editorial ha tenido la lucha armada, empezando por la obra de A. Muñoz Alonso **El terrorismo en España** (Barcelona, Planeta, 1982). Aparte de la presencia de ETA en bastantes obras sobre la transición, los orígenes de algunos partidos radicales

⁶.Desaparecido al fusionarse, brevemente, con la LCR en noviembre de 1991 y dar lugar a la organización **Por una Izquierda Alternativa**, nombre genérico que define el espíritu colectivo pero que permite que, en las diversas nacionalidades y comunidades autónomas, la organización resultante adopte diversos nombres. En Madrid se llama **Liberación**.

que tienen su cuna en la organización vasca pueden seguirse fácilmente en **Ideología y estrategia política de ETA**, de Gurutz Jáuregui (Madrid, Siglo XXI, 1981) y en **ETA. Historia política de una lucha armada**, de Luigi Bruni (Bilbao, Txalaparta, 1988).

En Tribuna Socialista nº 4 (octubre-diciembre, 1976, pp. 80-87) aparece el "Manifiesto de ETA VII Asamblea" y en Cuadernos Ruedo Ibérico nº 37-38 (junio-sept. 1972, pp. 15-36) en el artículo de Iker, "Nacionalismo y lucha de clases en Euskadi", se puede seguir la trayectoria de ETA entre la Vª y la VIª asambleas.

En el tomo 2 de "Horizonte español 1972" (pp. 77-85), publicado por la misma editorial, se encuentra expuesta la historia de ETA desde su origen en el PNV hasta la escisión de la VI Asamblea.

Por lo que respecta al GRAPO, organización armada del PCE (r), su historia puede seguirse en **De un tiempo y un país**, de Pío Moa (Madrid, De la Torre, 1982), en **El tazón de hierro**, memoria autobiográfica de Félix Novales (Barcelona, Crítica, 1989), en **GRAPO. Los hijos de Mao**, de Rafael Gómez Parra (Madrid, Fundamentos, 1991) y en lo que puede considerarse la versión "oficial" de esta organización: **Historia del PCE (r) y de los GRAPO**, de Juan García Martín (Madrid, Contracanto, 1984).

Debo mencionar la tesis doctoral que sobre este partido y sus organizaciones está realizando Lorenzo Castro Moral, de la facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED, algunos de cuyos aportes aparecen en el artículo "La izquierda radical y la tentación de las armas", publicado en el volumen colectivo **El proyecto radical** (Roca, 1994).

En lo que atañe al FRAP, su peripecia y la del PCE (m-l) se puede encontrar en **FRAP. 27 de septiembre de 1975**, del Equipo Adelvec (VOSA, 1985), que también se puede considerar una versión "oficial" y en **La sombra del FRAP. Génesis y mito de un partido**, de Alejandro Diz (Barcelona, Interviu-Ediciones Actuales, 1977). También en el citado artículo de Lorenzo Castro puede hallarse trazos de la trayectoria del FRAP.

El nacimiento y desarrollo del grupo de inspiración consejista MIL y de los GARI se encuentra expuesto en la obra de T. Tajuelo *El MIL, Puig Antich y los GARI* (París, Ruedo Ibérico, 1977).

Un modesto intento de reagrupar todas las corrientes políticas surgidas a la izquierda del PCE y del PSUC, incluyendo a las organizaciones nacionalistas influídas por el marxismo, ha sido realizado por mí. Se trata de la reconstrucción, hasta 1992, de la trayectoria seguida por las principales tendencias de la izquierda revolucionaria desde 1964, año en que tuvo lugar en el PCE la escisión marxista-leninista (prochina).

Esta reconstrucción parte de cuatro grandes ramas -el comunismo (PCE-PSUC), el nacionalismo (ETA), el movimiento obrero de inspiración cristiana (HOAC, VOJ, JOC) y las organizaciones que desde el movimiento intelectual y estudiantil enlazan con corrientes nacionalistas y obreras (FLP-FOC-ESBA)-, las cuales dan lugar, a través de un rápido proceso de partenogénesis, a medio centenar de organizaciones radicales.

Un resumen de esta investigación, en forma de breves relatos de su trayectoria y referido sólo a los partidos y organizaciones comunistas y marxistas (o influídas por estos presupuestos ideológicos) existentes en 1990 -LCR, MC, PCC, PCE, IU, PCE (m-l), PCPE, PCE (r), PST, PTE-UC, PSUC, ETA, GRAPO, HB-, ha sido incorporado al capítulo "*Spain*", en la segunda edición de la obra colectiva dirigida por Roger East *Communist and marxist parties of the world*, (Essex (UK), Longman, 1990 y Chicago (USA) St. James Press, 1990), del que soy, junto con Richard Gillespie, coeditor de la sección dedicada a España.

En el año 1992, debido a nuevos reagrupamientos en el seno de algunas de estas formaciones, redacté para la revista The Journal of the Communist Studies (Londres, septiembre, 1992) una puesta al día de dichos datos, que ha sido publicada, también, en diciembre de 1993, en la revista brasileña Cadernos de Ciências

Sociais, editada por la Universidade Católica de Belo Horizonte. La primera reconstrucción histórica de la trayectoria de estos grupos, dividida en una serie de fases, me ha sido publicada en el número 51/52 (primavera/verano 1993) de la revista Leviatán con el título "La izquierda comunista revolucionaria en España (1964-1992)" y, finalmente, el intento más serio para abordar desde varias perspectivas el nacimiento y evolución de este pequeño cosmos ha sido la publicación de El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992) (J.M. Roca (ed.), Madrid, Los libros de la catarata, 1994) en donde, a lo largo de varios artículos realizados con otros autores, se aborda el origen de estos grupos y las relaciones con el movimiento obrero y estudiantil, las tendencias armadas y se apuntan algunas causas sobre su ocaso.

Naturalmente, aquí nos proponemos solamente ofrecer los datos precisos para delinear lo mejor posible al sujeto hablante, al sujeto emisor del mensaje crítico con la Constitución y elogioso con el pueblo para evitarnos tener que deducirlo a partir de su mensaje. En las páginas que vienen a continuación trataremos de aproximarnos a ese sujeto a través de la delimitación de una serie de rasgos generales.

6.2. APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA

El sujeto que denominamos izquierda marxista radical está formado por un conjunto de organizaciones políticas que, a pesar de sus diferencias, conserva una serie de rasgos comunes que permiten considerarlo como un colectivo con identidad propia. Una somera aproximación sociológica nos indica que se trata de un agregado de organizaciones de diferente entidad, formadas por individuos muy jóvenes, provenientes de ámbitos estudiantiles y obreros del medio industrial y urbano, que en los momentos de su máxima

implantación llega a agrupar a unos 50.000 individuos⁷ que comparten un proyecto generacional⁸, o lo que Ortega (1987, 82) denomina "*un repertorio orgánico de íntimas propensiones*", que les conduce a tener -utilizando también las propias palabras del filósofo madrileño- "*su vocación propia, su histórica misión*". Quizás la pretensión de Ortega⁹, de adjudicar a cada generación una misión histórica, sea excesiva, pues para que una percepción compartida se convierta en un cometido histórico hace falta algún sujeto que, a través de un discurso, elabore los perfiles de esa misión y los difunda.

Si el discurso existe, permite la reflexión colectiva y la praxis de, al menos, el núcleo más consciente de esa cohorte, entonces tenemos una generación. O sea, que una generación aparece en la acción, pero en el caso que nos ocupa estimo que están dados todos los ingredientes para condiderar como tal a la izquierda marxista radical.

⁷. Entre los diferentes grados de vinculación -milитantes, afiliados, simpatizantes y núcleos directos de influencia- que establecen estas organizaciones hasta componer una orla de individuos activos. Número difícil de establecer sobre la base de información fragmentaria, pero que se aproxima a las cifras de afiliación dadas por M. Busse en *La nueva democracia española*, Madrid, Unión Ed., 1984.

⁸. Adopto la definición de generación que ofrece José L. Zárraga en *Informe Juventud en España. La inserción de los jóvenes en la sociedad* (Madrid, Instituto de la Juventud, Ministerio de Cultura, 1985, nota p. 378), que dice: "*Una generación social es un subconjunto de la población que se ha formado socialmente y se ha integrado en la sociedad en una determinada fase de su desarrollo y en las mismas circunstancias históricas, compar-tiendo sus formas sociales, su cultura y la experiencia de los acontecimientos concretos que marcan el período*".

En mi opinión, una de las causas del declive del proyecto radical reside en su incapacidad para convertirse en proyecto de otra generación.

⁹. Sobre este asunto y la procedencia de las ideas de Ortega sobre las generaciones, puede verse el capítulo II.2. "Las generaciones sociales de François Mentré: un plagio *more orteguiano*" de la obra de F. Ariel Del Val *Historia e ilegitimidad. La quiebra del Estado liberal en Ortega* (Madrid, UCM, 1984).

Esta comparte una actitud ante la sociedad adulta, que es el rechazo, y una manera de insertarse en ella, que es hacerlo de forma colectiva y para transformarla en profundidad por medio de la actividad política. Dicha transformación, que tiene como fin hipotético la sociedad sin clases (comunismo), comienza con una toma de conciencia a la que sigue una etapa de rebelión colectiva que desemboca en una revolución social, con la cual se colocan las piedras angulares de una sociedad que ha de transitar hacia otra que estará libre de la explotación del hombre por el hombre y, por lo tanto, de antagonismo social.

Esta extrema izquierda sociológica, que -usando otra frase de Ortega (ibíd, 80), aparece como *"una generación de combate"*-, al igual que ocurre en Europa, reacciona contra los supuestos de su "progenitor político" -el PCE, al que reprocha haber abandonado la revolución y el comunismo- y busca su fundamento doctrinal y moral en sus "abuelos políticos" (Lenin, Trotski, Stalin o Rosa Luxemburg), en sus "antepasados" (Marx y Engels) y en figuras de su propio tiempo (Camilo Torres, Mao Ze Dong, Patricio Lumumba, Ché Guevara, Ho Chi Minh o Malcolm X).

Socialmente, la izquierda radical aparece en el seno de tres movimientos -obrero, estudiantil y nacionalista-, recorridos todos ellos transversalmente por fuerzas políticas tan dispares como el PCE -movimiento obrero y estudiantil-, las asociaciones católicas HOAC, JOC, y AST -movimiento obrero-, las llamadas organizaciones frente FLP-FOC-ESBA -estudiantil, nacionalista y con alguna incidencia en el obrero- y, finalmente, por ETA -nacionalista.

En el ámbito de la ideología -entendida como un núcleo duro, organizado y relativamente estable de creencias-, la izquierda radical es tributaria de tres grandes corrientes de ideas -el marxismo, el cristianismo progresista y diversas formas de nacionalismo-, pero es frecuente encontrar la influencia de dos o más corrientes en la misma organización. Conviene añadir que no

todos los influjos son permanentes, aunque algunos imprimen carácter, y que dentro de cada una de las corrientes coexisten numerosas subcorrientes pugnando entre sí, que dan movilidad política al conjunto.

6.3. APROXIMACIÓN A LAS CONCEPCIONES POLÍTICAS E IDEOLÓGICAS

1. Es difícil separar lo que se podría considerar el programa político de la izquierda marxista radical de lo que son sus presupuestos ideológicos. Y, a la vez, es difícil separar éstos de las condiciones sociales en que surgen; de su tiempo. Por ello, si hablamos de marxismo en un contexto histórico, debemos precisar de qué marxismo hablamos. Y éste no es otro que el recibido y formulado en unas condiciones concretas, en una determinada fase histórica de las relaciones entre clases, lo cual nos encamina al problema de las condiciones materiales en las que se genera el conocimiento. Ello plantea, en primer lugar, la pregunta de qué tipo de marxismo pudieron conocer, estudiar o aprehender bajo la dictadura de Franco, las organizaciones revolucionarias que hacían del marxismo su guía, no sólo por la represión a que eran sometidas, sino por la carencia de textos y, sobre todo, por la ausencia de un contexto teórico y de una tradición intelectual en la que inscribir tales lecturas.

Este marxismo, que, debido al triunfo del franquismo, nacía privado de la cultura política acuñada durante el declive del régimen de la Restauración, en la II República y en la guerra civil -además de por carencias que vienen de muy atrás¹⁰-, era,

¹⁰.Una de las causas del raquitismo del pensamiento civil reside en el hondo arraigo del pensamiento religioso, que se ha negado a dejarse ocupar
(continúa...)

paradójicamente, un marxismo viejo al insertarse en la corriente interpretativa de la III Internacional, la cual ofrecía un modelo político y organizativo muy perfilado (y muy adaptable a las condiciones impuestas por el régimen franquista) y que venía precedido, además, por el aura del triunfo.

Como nadie puede vivir al margen de su tiempo, las organizaciones que profesaban este marxismo trataron de vincularse a las ideas más en boga -y en especial al maoísmo-, pero no pudieron saltarse impunemente etapas de su desarrollo intelectual sin que éste quedara gravemente afectado por las durísimas condiciones en que surgía.

El problema sobre las condiciones materiales en las que surge el conocimiento nos lleva, en segundo lugar, a interrogarnos acerca de "qué cantidad" de marxismo atesoraban aquellas organizaciones de gente muy joven que, a finales de los años sesenta y primeros de los setenta, recién incorporadas a la actividad política -y aun a la vida adulta¹¹- se declaraban ya marxistas.

Personalmente creo que era más un marxismo del corazón que un marxismo de la cabeza; que era más una posición ideológica -una

¹⁰(...continuación)

terrenos en los que se consideraba el único valedor. El propio pensamiento de la izquierda marxista no ha salido indemne de esta influencia. En España, la carencia de intelectuales vinculados a un movimiento obrero vigoroso no ha permitido crear una producción teórica de tipo político. Perry Anderson en *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 40) advierte el carácter tan poco predispuesto para la elaboración teórica en un país donde *"el proletariado demostró ser de temperamento más revolucionario que cualquier otra clase obrera del continente durante los años treinta"*.

¹¹. A título de ejemplo, en 1976, la edad media de los miembros del Comité Central de la LCR era de 28 años y 25 años la de los asistentes al I Congreso de LCR-ETA VI. Para entonces LCR tenía ya seis años de existencia. Datos obtenidos de "Radiografía de la LCR" en el documento "Construir un partido comunista revolucionario", I Congreso LCR-ETA VI, agosto 1976.

concepción del mundo, en el sentido que le da M. Sacristán¹², de una serie de principios que dan razón de una conducta- que una actitud científica; que era más una rabia teñida de rojo, la elección de un bando, de unos amigos y de una manera de entrar en la edad adulta, que el fruto de un cabal conocimiento de la obra de Marx y de sus sucesores.

Por ello, y contrariamente a lo que afirma la mayoría, por no decir la totalidad de los programas y líneas políticas en cuanto concierne a los fundamentos teóricos, la táctica y la estrategia de la izquierda marxista radical no estuvieron fundamentadas en criterios científicos, sino ideológicos. Declarar fidelidad al carácter científico del marxismo y al método dialéctico -y en ocasiones al marxismo-leninismo-pensamiento Mao Zedong- para analizar y transformar el mundo no implica adoptar una posición científica¹³ ante los problemas de la sociedad que se trata de transformar, sino hacer una declaración ritual para dejar clara constancia del campo en que se está ubicado y de qué principios se defienden.

¹². "Una concepción del mundo no es un saber, no es conocimiento en el sentido en que lo es la ciencia positiva. Es una serie de principios de dan razón de la conducta de un sujeto, a veces sin que éste se los formule de un modo explícito. Esta es una situación bastante frecuente: las simpatías o antipatías por ciertas ideas, hechos o personas, las reacciones rápidas, acríticas, a estímulos morales, el ver casi como hechos de la naturaleza particularidades de las relaciones entre hombres, en resolución, una buena parte de la consciencia de la vida cotidiana puede interpretarse en términos de principios o creencias muchas veces implícitas, 'inconscientes' en el sujeto que obra o reacciona" (M. Sacristán, "La tarea de Engels en el Anti-Dühring", *Anti-Dühring*, Méjico, Grijalbo, 1968, p. X).

¹³. Tampoco adoptar la dialéctica como método para analizar la realidad social, parece que lo sea (véase la crítica que en este sentido hace Mario Bunge en *Materialismo y ciencia*, Barna, Ariel, 1981). Aceptar la dialéctica es, en la mayoría de los casos, una declaración de principios, acompañada de la negativa a analizar en detalle la sociedad; una manera que tienen los discípulos de Lenin de evitar el enojoso "análisis concreto de la situación concreta" que les recomendaba su maestro.

En este sentido, el marxismo así adoptado es, con palabras de Ariel Del Val, una muestra de falsa conciencia¹⁴, un prisma mixtificador de la realidad; una ideología, tal como la concibe Paul Ricoeur (1989), cuya función es integradora, pues permite pensar, interpretar la realidad, aglutinar una colectividad (factor esencial para la pervivencia e identidad de un grupo) y, sobre todo, actuar; es un recurso utilitario, pues, teniendo como objetivo prioritario transformar la sociedad, permite actuar sin necesidad de haber investigado previamente. Entonces, lo que se cree marxismo, es tan sólo *paramarxismo* -un estadio emotivamente favorable pero anterior al conocimiento y comprensión de la obra marxiana-. Este paramarxismo es un conjunto catequístico de verdades de manual; esquemático, normativo, provisto de un estilo argumental intransigente y dotado de una fuerte carga doctrinal; es decir, una ideología subversiva, que, por mor de la urgencia de la revolución, por incapacidad o por comodidad, permite dirigir la praxis sin una investigación previa. Cumple el papel que Martín Santos (1976, 65) atribuye a las ideologías como "*saberes que tienen todas las respuestas*" y que "*permiten actuar como si se tuviera la ciencia que no se tiene*". El marxismo deviene, así, en una guía para la acción (de los creyentes, pero no de los científicos sociales).

Este marxismo del corazón es forjado y/o asumido en el período fundacional -entre 1964 y 1970¹⁵- de estas organizaciones y, por

¹⁴.Del Val, F. Ariel, "Marx crítico del Estado y de la falsa conciencia. El marxismo como falsa conciencia", en R. Reyes (ed) **Cien años después de Marx** (Madrid, Akal, 1983, pp. 138- 165).

¹⁵.Concibo el desarrollo de estas organizaciones a lo largo de cinco etapas:

1a. 1964-1970. Etapa de gestación o fundación

2a. 1970-1975. Etapa de consolidación.

3a. 1975-1979. Etapa de auge.

4a. 1979-1982. Etapa de declive.

5a. 1982-1992. Etapa de desconcierto. Véase Roca, J.M. "La izquierda comunista (continúa...)"

el proletariado cumple en este proceso le viene dado por su situación objetiva como clase en la sociedad -en el centro del proceso productivo y al margen del poder político- y por la percepción de las leyes que marcan el sentido del progreso humano a las que vincula su propio destino.

Aparece así una doctrina globalizadora¹⁶ e incuestionable que se considera el reflejo del mundo real, desarrollada a partir de un solo método, basada en la única interpretación científica de la sociedad -lo que no es marxista es burgués y, por tanto, falso¹⁷; ideológico-, aplicada por un solo partido, apoyada en un agente social con una función histórica demostrada, y movida por un solo motor. Todo lo cual puede ser resumido en el siguiente esquema: teoría-clase-partido (una teoría para una clase, elaborada y aplicada por un partido).

La quiebra -años después- de esta disertación tan orgánicamente articulada por el discurso fragmentario y heteróclito de la

¹⁶. Luckács -"¿Qué es marxismo ortodoxo?" (Historia y conciencia de clase, 1969, p. 10)- señala en repetidas ocasiones el carácter central que tiene en el marxismo la idea de totalidad: "El conocimiento de los hechos no es posible como conocimiento de la *realidad* más que en ese contexto que articula los hechos individuales de la vida social en una *totalidad* como momentos del desarrollo social". Y más adelante (11), añade: "En cuanto se resquebrajó el método dialéctico y, con él, el dominio metódico de la totalidad sobre los momentos singulares: en cuanto que las partes dejaron de hallar su verdad y su concepto en el todo, y, en vez de ello, el todo se eliminó, por acientífico, de la consideración, o se redujo a mera <<idea>> o <<suma>> de las partes, la conexión meramente reflexiva de las partes aisladas apareció necesariamente como ley atemporal de toda sociedad humana". "Esta consideración dialéctica de la totalidad, que tanto se aleja, aparentemente, de la realidad inmediata que la realidad parece tan <<acientíficamente>> construida, es verdaderamente el único método que permite reproducir y captar intelectualmente la realidad. La totalidad concreta es, pues, la categoría propiamente dicha de la realidad".

¹⁷. Esta idea la resume Robert Haveman cuando escribe: "*Consideraba que todo pensamiento que no fuera marxista era al mismo tiempo enemigo y falso*". ("Sí, yo estaba equivocado", en **Respuestas aclaratorias a la Administración Central de Verdades Eternas**, Barcelona, Ariel, 1981, p. 75).

postmodernidad sumirá en una profunda crisis al pensamiento marxista, en particular a sus variedades más dogmáticas.

Las organizaciones que componen la izquierda marxista radical a través de las diversas versiones doctrinarias del marxismo formalizadas en corrientes (leninismo, trotsquismo, maoísmo), comparten un ideario levantado sobre cuatro grandes pilares: una teoría sobre el destino humano -el comunismo-; una teoría sobre el cambio social -la revolución-; una teoría sobre el sujeto histórico -el proletariado-; una teoría sobre las élites -el partido-.

6.3.1. UNA TEORÍA SOBRE EL DESTINO HUMANO: EL COMUNISMO

Inmersa en una variante de la teleología moderna que podríamos denominar optimismo histórico, la izquierda marxista radical considera que las leyes que marcan la evolución de la humanidad conducen a un tipo de civilización en donde se habrá superado el antagonismo social: la sociedad moderna escindida en clases dará paso a una auténtica comunidad en donde el gobierno de las personas será sustituido por la administración de las cosas. El comunismo se presenta así como resultado del devenir histórico y a la vez como fruto de la actuación de los seres humanos más conscientes de este devenir, al que vinculan su proyecto vital. Según esta interpretación el advenimiento del comunismo se debe a la combinación de causas objetivas y subjetivas.

Con respecto a las primeras, en donde la influencia hegeliana es notable, la historia se concibe como una sucesión de modos de producción, en los cuales los conflictos derivados de los intereses contradictorios de los diversos agentes sociales ejercen una función dinamizadora y, en particular, aquellos generados en el ámbito de la producción a causa de los avances de la ciencia y la técnica (revolución científica y técnica). Esta función dinamizante se realiza al margen de la consciencia de los propios agentes.

Con respecto a las causas subjetivas, éstas surgen cuando los seres humanos (una parte de ellos, naturalmente) perciben ese desarrollo histórico y hacen uso de su voluntad para favorecer tales cambios. En este caso, el esfuerzo humano, representado por un sujeto histórico revolucionario, trata de adecuar, por medio de la acción política, las estructuras gubernamentales, jurídicas y administrativas envejecidas al desarrollo de las fuerzas de producción de una sociedad dada, con lo que se entra, entonces, en una era de revolución social. Así, pues, según este discurso, al comunismo se llega por la conjunción de la revolución en el campo de la producción (economía) y de la administración y el gobierno (política).

Como es fácil de suponer, para que una sociedad escindida en clases sociales enfrentadas deje paso a una verdadera comunidad de intereses y objetivos son precisos ciertos requisitos como el pleno desarrollo de las fuerzas productivas que generen una riqueza nunca igualada (la oferta de la naturaleza se considera ilimitada) y una distribución equitativa que termine con la desigualdad material. Para ello es preceptivo un proceso de colectivización de bienes y conocimientos y la sustitución del gobierno de las personas por la administración de las cosas. Situado como culminación de una etapa intermedia o socialismo, el comunismo ocupa en el discurso radical el lugar de destino del gran viaje. En aras de este mítico objetivo se soportan los esfuerzos necesarios para alcanzar la sociedad sin Estado ni clases sociales y plena de abundancia; la comunidad de seres libres, libremente asociados, con la cual comienza la verdadera historia de la humanidad.

6.3.2. UNA TEORÍA SOBRE EL CAMBIO SOCIAL: LA REVOLUCIÓN

Relacionada con la teoría anterior y en un devenir histórico concebido como resultado de los conflictos entre las clases sociales, la revolución señala el momento álgido del tránsito de

un tipo de sociedad a otro; el momento en que las envejecidas relaciones de producción son incapaces de contener el dinamismo de las fuerzas productivas, las cuales requieren para su pleno desarrollo de un ámbito jurídico y político que sólo puede ser proporcionado por las relaciones sociales instauradas por un nuevo sujeto histórico. La revolución representa la mayoría de edad de ese nuevo sujeto que reclama para sí la gestión de la sociedad de acuerdo con los fines demandados por los agentes que interpretan el desarrollo de las fuerzas productivas.

La revolución es un acto político -una serie de actos- donde la lucha por el poder queda plenamente desvelada y justificada por sus objetivos.

En el caso de la sociedad capitalista, dicha lucha se produce entre agentes sociales con intereses antagónicos en el ámbito de la producción -capital y trabajo- y de la gestión de la sociedad -clase dominante y clase dominada-, encarnados por dos clases sociales: la burguesía y el proletariado.

La revolución, como ruptura con el pasado, responde a la lógica del todo o nada; a las ideas de totalidad, pureza e impaciencia, propias del afán igualitario de las clases subalternas (Roca, 1993, 23, 60-69).

La revolución, de esta manera, se emparenta con la tradición quiliástica medieval, que postulaba el advenimiento de un reino que duraría un milenio, en el que las clases más desfavorecidas habrían de encontrar compensación a sus desdichas y todas las injusticias habrían de ser reparadas. La revolución tiene, así, una connotación apocalíptica: es la versión laica del día del juicio; la "lucha final" de la que habla el himno de Pottier¹⁸; el "*dies irae*", el día de la ira de los pobres; un acto de refundación de la sociedad sobre nuevas bases; la corrección,

¹⁸.El estribillo de *La Internacional*, el himno de los trabajadores escrito por Eugenio Pottier, dice en una de sus estrofas: "Agrupémonos todos en la lucha final..."

brutal, urgente y justiciera, del rumbo de la historia realizada por los más débiles.

Así, pues, la revolución, además de un contenido económico, un significado político y un destino administrativo, tiene también un sentido mítico al suscitar un sentimiento catártico y las emociones colectivas capaces de movilizar a miles de personas en pos de un objetivo.

6.3.3. UNA TEORÍA SOBRE EL SUJETO HISTÓRICO: EL PROLETARIADO

En la teoría que concibe la historia como una sucesión de modos de producción (materialismo histórico), el tránsito de un modo de producción a otro descansa en el resultado de la lucha entre las clases dominantes y las clases dominadas; en el resultado de la sucesiva rebelión de los oprimidos para desplazar a las clases opresoras del poder y reemplazarlas en la dirección social, por lo cual, el concepto de clase social se encuentra sometido a una "constricción metateórica fundamental" (De Francisco, 1993, 9) por su función de explicar la transición entre sociedades. Este esquema atribuye un papel decisivo a la clase que subvierte el orden y que, excitando el conflicto social, se convierte en la fuerza motriz de los cambios.

En la sociedad capitalista este conflicto opone a dos clases sociales -burguesía y proletariado- enfrentadas en el terreno económico a causa de sus intereses contrapuestos en la producción -capital y trabajo-, y en el campo de las estructuras políticas y jurídicas a causa de la adecuación de éstas al modo de producir y distribuir el excedente social en provecho de la burguesía. Según este discurso, de entre todas las demás clases, sólo el proletariado es la negación de la burguesía; la clase definida en negativo -alienada, despersonalizada y expropiada-, cuyos valores suponen la negación del orden social existente. Por lo cual, es, por excelencia, la clase adversaria de la burguesía y la que está llamada a transformar radicalmente la sociedad. En los países

capitalistas -y España lo es- la clase obrera es la más numerosa y la que produce la riqueza social, de la que se beneficia en una mínima parte. Así, es la más consecuente en sus reivindicaciones porque es la única clase que por su propia práctica percibe la necesidad de modificar radicalmente las relaciones sociales, pues se percibe a sí misma (conciencia de clase) como un grupo aparte por su posición laboral, económica y políticamente subordinada¹⁹. Es, por tanto, la clase que debe aglutinar en torno a su programa al resto de las clases y capas subalternas, de cuya alianza surgirá el pueblo revolucionario. Con este proceso, la clase trabajadora abandona su posición subordinada y aspira a convertirse en la clase hegemónica, lo cual supone que, en una primera etapa, el proletariado organizado se erige en la fuerza dirigente para sus aliados y en la fuerza dominante frente sus adversarios. Posteriormente, y a medida que el proceso de colectivización se extiende, el proletariado tiende a desaparecer como clase dominante junto con la burguesía como clase dominada; es decir, una vez suprimidas las causas del antagonismo social por la universalización de la riqueza y del saber, desaparecen las clases y se realiza, por lo tanto, la liberación de toda la humanidad.

De la amplia colectividad que forman los trabajadores en España - ocho millones en el momento en que se formulan los programas de la izquierda radical- el núcleo central de la clase (algo más de cuatro millones) lo forman los obreros de la industria y de la construcción, y de éstos, por su organización, combatividad y

¹⁹. Por razones obvias, pasamos por alto el proceso por el cual los trabajadores llegan a percibirse a sí mismos como una clase subalterna (conciencia de clase), lo cual nos conduciría a la interesante cuestión de si esta percepción es fruto de la práctica directa en la producción de mercancías o resultado de la intervención de un agente externo. En todo caso, en el epígrafe correspondiente en el capítulo 3 se aborda brevemente este asunto.

madurez, el millón largo de metalúrgicos forma el sector más consecuente, quien, concentrado en las zonas industriales y organizado disciplinariamente en los centros fabriles, representa la fuerza de un verdadero ejército.

En el universo simbólico de la izquierda radical la figura del obrero ha sido convertida en modelo social del sujeto decisivo de la futura sociedad. Adornado por todo tipo de valores positivos ha sido ofrecido como un nuevo mito, con un pasado glorioso en todo el mundo, y en España, que es lo que nos ocupa, con un futuro prometedor.

6.3.4. UNA TEORÍA SOBRE LAS ÉLITES: EL PARTIDO DE VANGUARDIA

Así como es innegable el carácter igualitario que brota del discurso que ubica socialmente a la clase obrera como una clase económicamente explotada, políticamente oprimida y culturalmente alienada, es igualmente cierto que, en lo concerniente a su emancipación, al contemplar la función dirigente del partido sobre la clase -o sobre el conjunto de las clases subalternas-, dicho discurso contiene un elemento paradójico al verse obligado a recurrir a una nueva élite rectora.

Frente a la teoría de las élites defendida por la nobleza, según la cual sólo tienen capacidad intelectual y moral para gobernar los linajes superiores y, especialmente, uno entre ellos que es la dinastía real, y frente a la teoría liberal-burguesa, que reserva la actividad gubernativa a los poseedores de capital en su doble faceta de creadores de riqueza y contribuyentes a los gastos del Estado, se alza la teoría de las élites marxista (o mejor dicho, marxista-leninista) que defiende la superioridad social de los individuos con conciencia de clase. Frente a la superioridad de la sangre, transmitida por herencia, o del dinero -transmitido también por herencia o adquirido-, el marxismo-leninismo opone la superioridad que concede la conciencia de clase, entendida como la conjunción de la posición política, de

la opción moral y del conocimiento científico. Es decir, la conciencia de clase no supone sólo una opción política; sino un saber y un sentir; es ciencia y es moral, adquiridas de forma individual pero con una clara proyección política colectiva. El carácter científico le viene del esfuerzo por interpretar el sentido de la historia y las leyes que rigen el funcionamiento de la sociedad capitalista. El carácter moral le viene dado por la opción en favor de una clase social subalterna y productiva -el proletariado-, y el carácter político, por el sentido que da a la emancipación colectiva, plasmado en un programa para la toma revolucionaria del poder.

Esta teoría funda la superioridad de la conciencia en el campo del conocimiento y de la acción, al sostener que la comprensión de las leyes que rigen el modo de producción capitalista no se extrae directamente al observar cómo funciona la sociedad; ni siquiera se deriva de la actividad práctica realizada en el centro neurálgico de la producción mercantil que es la fábrica (éste es el núcleo de la antigua polémica del marxismo con el sindicalismo y con el espontaneísmo). Únicamente a través de la actividad intelectual vinculada a la lucha de clases es posible comprender globalmente las relaciones sociales -económicas, políticas y culturales- del modo de producción capitalista y vislumbrar su posible (y deseable) transformación. Esta actividad -la práctica teórica, al decir de Althusser- corresponde a un grupo de individuos que elaboran un discurso dirigido a aquellos que sufren los efectos de tales relaciones pero no alcanzan a comprenderlas (están alienados).

No podemos detenernos ahora en el sugerente tema de la función social de los intelectuales revolucionarios, que nos llevaría desde las ideas de Marx sobre el trabajo productivo, aparecidas en el libro primero de *El Capital*, pasando por las posiciones de

Kautsky y Lenin²⁰ sobre la conciencia elaborada desde fuera de la clase, a las de Lukács sobre el papel de la *intelligentzia* en los países industriales o las de Gouldner sobre el ascenso de los intelectuales como una nueva clase. Bástenos recoger de forma resumida la concepción de Gramsci sobre el partido como un intelectual colectivo. En este sentido, el partido, al actuar como intelectual orgánico de la clase, formaliza un discurso, con el cual la clase dialoga consigo misma sobre su emancipación. Por medio de este discurso, la clase obtiene una visión general de la sociedad, no sólo económica y sindical, sino una visión global de las relaciones entre las clases sociales; sobre la correlación de fuerzas, sobre el poder, y concibe un proyecto de clase, concretado en un programa político, a través del cual podrá salir de su posición sometida (clase en sí) y, al tiempo, incorporar a su proyecto emancipatorio (clase para sí) al resto de las clases subalternas; es decir, podrá formalizar el programa que alumbra el nacimiento político del pueblo o la nación. Este discurso, en palabras de Gramsci (1971, 68), "*organiza la voluntad como conciencia operativa de la necesidad histórica, como protagonista de un drama histórico real y efectivo*". Según esto, tener conciencia de clase es asumir -y llevar a la práctica- un discurso teórico formulado en términos de interés de clase concretado en un programa político que aspira a remover profundamente el orden social; es decir, es desvelar la compleja trama que sustenta la alienación y apuntar su posible remedio. O, expresado de otra manera, es asumir un discurso que construye teóricamente al sujeto revolucionario y, al mismo tiempo, a su adversario, el enemigo de clase, y ubica a ambos en el terreno de la lucha política (en el campo de la voluntad); en el campo de la lucha por el poder; de la lucha por tener la posibilidad de

²⁰.Que forman uno de los núcleos temáticos de la obra de Lenin *¿Qué hacer?*, (O.E. 1966, I, 117)

dirigir a toda la sociedad. Lo cual nos conduce directamente a otros dos asuntos en los que tampoco podemos entrar pese al interés que tienen, pero que hemos esbozado en el Capítulo 3. Uno es el de clase como un concepto eminentemente político y el otro es el de la clase como un colectivo que se formaliza en la acción y en un discurso.

Al igual que otras teorías sobre las élites, ésta atribuye a la élite con conciencia de clase la función dirigente sobre una clase determinada y, luego, sobre toda la sociedad, pero esta función requiere de una organización separada. El partido es, en primer lugar, la agrupación de los individuos con conciencia de clase que tiene como misión llevar dicha conciencia al resto de la clase y dirigirla en la lucha política. Misión que se amplía, más tarde, a la gestión de toda la sociedad desde el Estado. Sin embargo, la propia teoría concede a esta élite un *status* provisional dado por su propia misión: la vanguardia, lejos de mantener su *status*, eleva a la clase a su mismo nivel, con lo cual desaparece como élite. Es decir, la teoría sobre el partido de la clase obrera, a diferencia de otras doctrinas sobre las élites, contempla como necesaria la extinción del propio partido obrero, aunque luego la trayectoria de los partidos obreros que han llegado al poder ha discurrido por otros derroteros.

En resumen y para no extenderme más sobre este asunto, se puede concluir que esta teoría sobre las élites contempla un tipo de organización específica que es el partido de revolucionarios o partido de vanguardia, que elabora el discurso político, articula el recurso de personas y medios, distribuye las fuerzas, actúa como estado mayor de la clase y como dirigente de las alianzas. Es la maquinaria que permanece a lo largo del tiempo, asegura la transmisión de la experiencia y vincula a diferentes levas de revolucionarios. El partido para poder cumplir tales funciones

debe estar regido por las reglas del centralismo democrático²¹ (subordinación del militante a la organización, de la minoría a la mayoría, del órgano inferior al superior y de todo el partido al comité central²²). Tales principios tratan de obtener una estructura cohesionada, especialmente en los niveles superiores en los que se halla el núcleo de revolucionarios profesionales vinculado al secretario general, lo que Hanna Arendt (1981, III, 584) llama *"el círculo íntimo en torno al jefe, que puede ser una institución formal, como el Politburó bolchevique..."*

Finalmente, se debe indicar que esta particular teoría sobre las élites ha servido de sustrato para fomentar uno de los cultos que más (y peor) influencia han ejercido sobre el universo mítico de la izquierda marxista radical: la partitolatría, erigida sobre una visión idealizada del Partido Bolchevique.

²¹. Véase "Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los partidos comunistas" (III Congreso de la Internacional Comunista), *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista* (tomo 2), (Buenos Aires, Pasado y Presente, 1973, p. 66 y ss) y Mao Zedong (octubre, 1938), "El papel del P.C. Ch. en la guerra nacional", (O.E., tomo II, p. 210), aunque éste, posteriormente ("Discurso ante una conferencia ampliada de trabajo convocada por el C.C. del P. C. de China" -30 de enero de 1962-, *Pekín Informa* n.º 27, julio 1978, pp. 6-24, p. 9 y 10) insistirá menos en los aspectos puramente disciplinarios y más en la necesidad de combinar democracia y centralismo para dirigir cabalmente -*"Sin democracia no puede haber un centralismo correcto, porque la divergencia de opiniones, la falta de una comprensión unificada, hace imposible establecer el centralismo ¿Qué significa centralismo? Significa ante todo, centralizar las ideas correctas. Lograr, sobre la base de esta concentración, la unificación de la comprensión, la política, el plan, el comando y la acción. Esto se llama centralización"*.

²². Aunque los principios del centralismo democrático no lo dicen, en la práctica, la última regla ha solido prolongarse hacia la cúspide de la pirámide, subordinándose el comité central al comité ejecutivo, éste al buró político o secretaría política y este nivel al secretario general, que, en no pocos casos, ha gozado de un poder omnímodo.

6.4. DELIMITACIÓN DEL SUJETO

6.4.1. ORGANIZACIONES Y EDITORES

La izquierda marxista radical se encuentra representada por un nutrido repertorio de organizaciones que, por medio de un amplio muestrario de programas políticos, reproduce en su seno las divisiones del movimiento comunista internacional. Así, hay formaciones adscritas a corrientes ya consagradas, tanto en su versión ortodoxa -el comunismo soviético en su formulación más estaliniana²³- como heterodoxa -el trotsquismo y sus variantes-, como a nuevas corrientes, promovidas, unas, por las polémicas en el seno del comunismo internacional -debate chino-soviético y, en menor medida, debate chino-álbanés-, y otras, por el auge de los movimientos guerrilleros en el tercer mundo (las también muy numerosas variantes del castrismo y el guevarismo).

Del amplio espectro de organizaciones radicales existente en la etapa histórica en que se produce el cambio de régimen (Roca, 1994, 69) hemos seleccionado como sujeto de nuestra pesquisa a aquellas que se hallan bajo el influjo de lo que podría llamarse el marxismo populista, representado por la táctica adoptada por el VII Congreso de la III Internacional frente al fascismo (los frentes populares²⁴) y, más recientemente, por el pensamiento de

²³. No son pocas las organizaciones de la extrema izquierda, de adscripción filosoviética e incluso maoísta, que exoneran a Stalin de la degeneración burocrática del comunismo. Para éstas, el moderno revisionismo se instaura en el PCUS -y en los partidos comunistas vinculados a él- a partir de la lectura por Jruschov del informe crítico sobre Stalin, en el XX Congreso del PCUS (febrero, 1956).

²⁴. Presentadas por Jorge Dimitrov en el Informe ante el VII Congreso de la I.C. (1935), quien, sobre el frente popular antifascista, dice los siguientes. "En la movilización de las masas trabajadoras para la lucha contra el fascismo, tenemos como tarea especialmente importante *la creación de un extenso frente popular antifascista sobre la base del frente único proletario.* (continúa...)"

Mao Zedong, sobre todo por sus postulados en materia de táctica y en especial por el papel atribuido al pueblo en la revolución democrático-popular de China²⁵, convertida en un modelo cuyos presupuestos acríticamente comparten.

Estas organizaciones son las siguientes: Organización Comunista de España (Bandera Roja) (OCE-BR), Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), Partido Comunista de España (marxista-leninista) PCE (m-l) y Partido del Trabajo de España (PTE), en cuyos órganos centrales de prensa -Bandera Roja, En lucha, Vanguardia Obrera y La Unión del Pueblo, respectivamente- podemos encontrar las referencias al pueblo, con las características a las que aludíamos en la Introducción.

²⁴(...continuación)

El éxito de toda la lucha del proletariado va íntimamente unido a la creación de la alianza de lucha del proletariado con el campesinado trabajador y con las masas más importantes de la pequeña burguesía urbana, que forman la mayoría de la población incluso en los países industrialmente desarrollados" (1977, 34-35) (cursiva de Dimitrov).

²⁵.La revolución democrático-popular es resultado de la alianza del proletariado, con los campesinos y la pequeña burguesía, y con el apoyo ocasional de la burguesía nacional. En la alianza, el campesinado es la fuerza principal (la más numerosa) y el proletariado la fuerza dirigente (la más resuelta), ambas, junto con la pequeña burguesía y la burguesía nacional, forman el pueblo.

La revolución democrático popular no tiene como fin destruir el capitalismo, que en China es incipiente y supone un factor de progreso, sino que tiene como objetivo combatir el feudalismo interior y el dominio colonial (europeo) e imperial (japonés), -que son los enemigos del pueblo-, que, para evitar la competencia, dificultan el desarrollo industrial. Sobre esta base, es posible la alianza con la burguesía nacional.

El objetivo principal de la revolución democrático-popular es realizar una reforma agraria, que destruya las relaciones feudales en el campo basadas en la desigual propiedad de la tierra.

6.4.2. RASGOS DE SU DISCURSO DURANTE EL FRANQUISMO TARDÍO

En los últimos años del franquismo los programas políticos de estas organizaciones ya se encuentran perfilados y, aunque existen diferencias, comparten el dictamen sobre la correlación de fuerzas y el papel que a corto plazo van a jugar los agentes sociales. A, grandes rasgos, el análisis de tal dictamen es el siguiente:

a) Sostienen que el Estado franquista (llamado también fascista o militar fascista) sirve exclusivamente a los intereses de la oligarquía terrateniente y financiera (también denominada gran capital) y de su aliado y valedor, la oligarquía norteamericana (también llamada imperialismo²⁶), con quien se encuentra en una situación de dependencia o clara subordinación. En el caso más extremo y caricaturesco de este dictamen -el del PCE (m-1)- se considera a España "una colonia yanqui".

b) Sobrevaloran la capacidad de lucha y de organización de los trabajadores y de los jóvenes y confunden la resistencia obrera frente a los usos y abusos derivados de la organización de la producción capitalista -el campo de la lucha sindical- con la lucha de la clase obrera por objetivos revolucionarios o, al menos, democráticos -lucha política-. Esta pretendida lucha por objetivos políticos se ubica en una coyuntura de la lucha de clases en la que se estima que las clases populares se encuentran en una fase ofensiva.

Basándose en una interpretación sesgada -y en la consiguiente extrapolación- de ciertos acontecimientos históricos más que en un análisis profundo del comportamiento de las clases en la

²⁶. La palabra imperialismo (que en su interpretación leninista sería el equivalente a un modo de producción -un estadio del modo de producción capitalista-) suele emplearse para designar indistintamente una clase social transnacional (semejante a la oligarquía), la penetración del capital norteamericano, la opresión política ejercida desde EE.UU. o una forma de la hegemonía cultural anglosajona.

sociedad española contemporánea, adjudican al proletariado el papel de agente dirigente del pueblo en transformaciones sociales que se estiman próximas e ineluctables, aunque aquel puede ser apartado de su histórica misión por la influencia de la ideología burguesa o del *revisionismo*²⁷ (la misma ideología pero emitida desde el interior del propio movimiento obrero), representado sobre todo por el PCE y su filial catalana, el PSUC, enemigos políticos de la clase obrera, a los cuales hay que combatir tanto como a la burguesía.

c) Debido a la aceptación dogmática de la obra táctica de Mao Ze Dong y/o de las tesis de la Internacional Comunista sobre el fascismo, sobrevaloran las contradicciones que la pequeña y mediana burguesía -y aun la burguesía nacional- mantienen con

²⁷. "El término *revisionismo*, con el sentido peyorativo que le atribúan estas organizaciones, era completamente inadecuado desde la perspectiva científica, ya que si la teoría marxista pretendía ser una ciencia de la sociedad habría de ser capaz de incorporar la crítica que representan las nuevas ideas" (Roca, 1991, 57). Así, el término empleado en esos años tiene sólo un sentido político, no científico. Tampoco se refiere, como se podría suponer, a los postulados de la II Internacional, para los cuales la izquierda radical reserva la palabra *reformismo*, sino a los supuestos doctrinales y a la praxis de los partidos comunistas herederos de la III Internacional y vinculados al PCUS. En Europa, la izquierda radical considera *revisionistas* a los partidos comunistas de Italia, de Portugal, de Francia, de España y, por supuesto, a los de los países del Este.

El término representa, pues, una crítica a los vínculos de estos partidos con el PCUS (*revisionismo soviético*) y a la aceptación de sus postulados doctrinales (*productivismo a ultranza, determinismo histórico, burocratismo*) y políticos, especialmente en el orden internacional, donde en aras de su postulado fundamental -la coexistencia pacífica entre los dos bloques, consagrada en Yalta pero formulada mucho antes (Roca, 1990, II, 326)- se evita cualquier movimiento que pueda alterar la correlación de fuerzas -tanto en el interior del bloque capitalista, como en el "socialista" (diferencias con Tito y con Mao)-.

Igualmente, el término hace referencia a la falta de espíritu revolucionario y a las tendencias burocráticas en estos partidos y a la subordinación de la política comunista a las reglas de juego de la democracia burguesa, en los países donde ésta existe.

la gran burguesía y su aliado el *imperialismo* norteamericano y propugnan la formación de frentes populares (antimonopolistas y antiimperialistas), en los cuales la clase obrera dirija a un conjunto de clases -semiproletariado, campesinado, pequeña y mediana burguesía y, en ocasiones, a la burguesía nacional- que forman el pueblo.

d) Infravaloran la capacidad de maniobra del bloque de clases dominante, al que consideran indisolublemente vinculado al franquismo, régimen que se estima condenado a desaparecer, pues cualquier intento de introducir reformas que conduzcan hacia un régimen de corte parlamentario similar a otros de occidente será desbordado por la acción de las clases populares.

e) Por tanto, mantienen (infundadas) esperanzas de que se van a producir drásticos cambios sociales a corto plazo o, al menos, el advenimiento de la primera etapa (democrática o democrático-popular) de la revolución socialista.

f) Conciben la revolución española como una extravagante mixtura en donde convergen ideas y hasta programas calcados de otros procesos revolucionarios -algunos muy lejanos en el tiempo y en el espacio- con proyectos autóctonos sobre las transformaciones locales.

En resumen, imaginan la revolución como una especie de segundo acto, con aditamentos exóticos, del proceso de movilización popular puesto en marcha durante la II República e interrumpido por la derrota de las fuerzas populares en la guerra civil²⁸, el

²⁸. En la izquierda radical existen diferentes interpretaciones sobre lo que fue la guerra civil, una de ellas afirma que se trató de una Guerra Nacional Revolucionaria. Véase, por ejemplo, el número 6 de El Militante - Órgano teórico y político de la ORT-.

cual puede volver a repetirse, esta vez con éxito -derrocando al franquismo y a la monarquía y proclamando la república-, a través de grandes movilizaciones obreras y populares que cambien la correlación de fuerzas -huelga general, gobierno provisional y asamblea constituyente- y que instauren un período de democracia popular o democracia avanzada como antesala del socialismo.

En el posfranquismo, estas organizaciones se ubicarán en el campo de la ruptura y adoptarán una posición crítica con las personas provenientes del franquismo y con las instituciones heredadas de este régimen, especialmente con la Monarquía y con aquellas de carácter coercitivo o burocrático (fuerzas de orden público, ejército, judicatura, alto funcionariado).

En consecuencia, durante el período constituyente mantendrán posiciones críticas tanto con respecto al contenido de la Carta como con respecto al procedimiento de elaboración (consenso) y de ratificación popular. Sin embargo, durante la discusión del texto constitucional dos de las mayores organizaciones de este espectro -ORT y PTE- darán un giro copernicano a sus posiciones y acabarán solicitando el voto afirmativo en el referéndum.

Para las restantes, la oposición a la Constitución, como uno de los pilares esenciales del nuevo régimen democrático-burgués, durará -por lo que a nuestro estudio respecta- hasta el mismo momento de la consulta, aunque las formas de expresar su rechazo serán diferentes, pero en todo los casos, éste descansa en la estimación compartida de que la Carta fundacional no recoge las aspiraciones por las que las clases populares se han enfrentado al régimen franquista.

En el fondo de los textos de la prensa analizada late la idea de que la Constitución es un resultado de la correlación de fuerzas, lo cual nos ha permitido acercarnos a ella tomándola, como ya se ha indicado anteriormente, como un discurso sobre el poder.

*Al principio ya existía la Palabra,
y la Palabra se dirigía a Dios
y la Palabra era Dios.
Ella al principio se dirigía a Dios.
Mediante ella existió todo;
sin ella no existió cosa alguna de lo que existe.*

(Evangelio según San Juan. Prólogo)

CAPÍTULO 7. DEL TEXTO

7.1. ANALISIS DE LOS TEXTOS DE

BANDERA ROJA

Sumario.

7.1.1. Fuerzas sociales y correlación de fuerzas durante el período constituyente

7.1.1. Las fuerzas sociales

7.1.1.1. La(s) clase(s) dominante(s)

7.1.1.2. Las clases subalternas

7.1.2. La correlación de fuerzas y el poder constituyente

7.1.2.1. Dictamen sobre el momento constituyente

7.1.2.2. El consenso

7.1.3. Dictamen sobre la Constitución

7.1.3.1. Valoración de la Constitución

7.1.3.2. Posición ante el referéndum constitucional

7.1.3.3. Evaluación de los resultados del referéndum

7.1.4. El discurso sobre el pueblo

7.1.4.1. El discurso sobre el poder y sobre el pueblo

7.1.4.2. Conclusiones

7.1.1. FUERZAS SOCIALES Y CORRELACIÓN DE FUERZAS DURANTE EL PERÍODO CONSTITUYENTE

7.1.1. LAS FUERZAS SOCIALES

7.1.1.1. LA(S) CLASE(S) DOMINANTE(S)

En los textos de la revista Bandera Roja (BR en lo sucesivo) una colectividad queda claramente definida porque ejerce esta función

dominadora sobre otra. Así, en el editorial titulado "*Contra la Constitución monárquica*", publicado en el número 101 (15/6/78), se indica: "*El punto culminante de esta 'legalización' es la próxima aprobación por las Cortes del texto constitucional que consagra la forma monárquica del Estado. De esta manera, los enemigos del pueblo quieren perpetuar su dominación*". Es decir, se afirma que la sociedad española está tajantemente dividida en dos colectividades sociales colocadas en desigual situación: una domina -son los enemigos del pueblo- y la otra es dominada -es el pueblo-.

Unas líneas más abajo se aclara quienes son tales enemigos: la burguesía monopolista y el imperialismo, aunque en el mismo editorial se emplean como sinónimos los términos gran capital y capital financiero y, en ocasiones, el término imperialismo se completa con el apelativo *norteamericano*, pero los textos no dejan duda alguna sobre el carácter de esa dominación compartida -"el dominio político y económico de la burguesía monopolista y el imperialismo sobre España". En otro párrafo, referido al papel que juega la monarquía, a la que se considera "el eje vertebrador de la Constitución" (BR 86, S.3), se afirma que "en la monarquía converge un sistema de relaciones e intereses económicos y políticos entre las fuerzas del imperialismo y las distintas fracciones de la burguesía monopolista, entre los viejos aparatos franquistas (ejército, policía, aparatos administrativos, etc) y los nuevos aparatos democrático-burgueses".

De la lectura de Bandera Roja se deriva que las relaciones que mantiene la fracción dominante y su aliado norteamericano con las clases subalternas -el pueblo- son de dominación política y económica, realizada con el auxilio de los viejos y los nuevos aparatos del Estado. No obstante, pese a que los *enemigos del pueblo* son los grandes capitalistas nacionales e internacionales, la categoría *enemigos del pueblo* está formada por elementos que

no son homogéneos. Cuando esos enemigos han de ser dotados de corporeidad como agentes sociales para poder ser identificados - y, si procede, combatidos- como fuerzas reales, el discurso de BR mezcla los niveles. Así, el capital nacional -el gran capital-, está encarnado por la burguesía monopolista o financiera, que es la fracción de una clase -un conjunto de individuos con prácticas reconocibles de clase-, pero el capital internacional queda mal definido por la inapropiada voz *imperialismo*, que es un estadio - superior, según la conocida interpretación de Lenin- del modo de producción capitalista; es decir, la revista mezcla abstracciones de distinto nivel, porque un modo de producción, o un estadio de tal modo, no puede ser un enemigo político.

Expresado en un nivel de abstracción homogéneo, de acuerdo con las consecuencias de la citada caracterización del imperialismo¹ -prevalencia de la circulación de capital sobre la de mercancías y del capital financiero sobre el industrial y el comercial-, su equivalente en términos de clase estaría expresado por la gran burguesía, la oligarquía o la fracción financiera de la burguesía de Estados Unidos.

En otro editorial -nº 106 (14/9/78), "*Rechacemos la Constitución con una amplia abstención activa y política*"-, cuando se critica el proyecto constitucional desde la citada oposición entre los intereses del trabajo y los del capital, se hacen más explícitas las manifestaciones de la dominación de éste -"*Rechazamos una*

¹. Importancia de los monopolios, fusión del capital industrial y bancario para dar lugar al financiero, prevalencia de la circulación de capital. Véase, Lenin, V.I., *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, O.E. (1), Moscú, Progreso, 1966. El que, a la luz del proceso de remodelación del capitalismo tras la crisis de comienzos de los años 70, parte del análisis de Lenin haya quedado obsoleto e incluso se hayan observado tendencias contrarias -los países pobres como exportadores de capital hacia los ricos (deuda externa)-, lo cual pertenece a un debate teórico posterior (Wallerstein, Amin, Aglietta, Magdoff, Sweezy, Valier, Palloix...), no importa aquí, sino que se mantenga el análisis de Lenin, aunque el capitalismo ya esté cambiando de tendencia. Así conviene para una estrategia que concibe a la burguesía española como plenamente dependiente, en virtud de que los flujos de capital se producen en un solo sentido (desde EE.UU hacia España).

Constitución que pretende legitimar la dominación capitalista estableciendo constitucionalmente la 'economía de mercado', el pleno sometimiento a la propiedad y a la iniciativa privada, el pleno poder patronal de organizar la producción y el trabajo y el empleo bajo criterios de productividad, el poder patronal absoluto en la empresa, el derecho de lockout, la no supresión del despido libre y el recorte de las libertades sindicales... Vetando así y en su conjunto toda perspectiva socialista." - pero tampoco se gana en la definición de los agentes sociales, porque las potestades que el proyecto constitucional confiere a los propietarios de capital afectan de muy diversa manera a una gama muy extensa de empresarios -medianos, grandes y pequeños-, que en los textos de BR no aparecen mencionados, excepto los grandes empresarios, la burguesía monopolista o el gran capital y, claro está, su aliado norteamericano. Del mediano y pequeño capital no hay rastros.

Por contra, sí parece más clara la oposición entre los intereses empresariales, que la Constitución reconoce, y esa alternativa difusa llamada "perspectiva socialista", en cuyo camino BR sitúa a la república popular de la que nos ocuparemos más adelante.

Si en el análisis social no queda demasiado claro cuales son las clases que, desde el punto de vista económico, forman el bloque de los enemigos del pueblo, sí queda meridianamente claro quienes son sus representantes políticos. En el citado editorial del nº 101 se dice que son AP, UCD, PSOE y PCE -"Alianza Popular, Unión de Centro Democrático, el PSOE y el PCE se han puesto de acuerdo en lo sustancial: la 'legalización' y consolidación de la Monarquía. Sin embargo, las fuerzas más reaccionarias, AP y UCD, intentan frenéticamente limitar al máximo y vaciar de contenido las libertades democráticas y las conquistas populares"-.

Los textos de BR, en este "club de amigos de la Constitución monárquica" (BR 105), adjudican al PSOE y al PCE -"apoyados por la influencia del revisionismo y del reformismo, los enemigos del pueblo han impuesto una salida a la crisis del régimen de Franco

favorable a sus intereses" (BR 101)- una posición subordinada - "los partidos reformistas PCE y PSOE después de un largo año de subordinación a todo el proyecto capitalista" (BR 106)- con respecto a AP y UCD, que son los que llevan la voz cantante - "Ante estas dentelladas de las camarillas neofranquistas de UCD y AP, los dirigentes del PSOE y del PCE mantienen una actitud desfalleciente. Se limitan a protestar verbalmente, lloriquean y al mismo tiempo boicotean cualquier movilización popular que pueda presionar ante las Cortes..."- en su propósito de elaborar "una constitución al servicio exclusivo del gran capital y del imperialismo".

En otro editorial -nº 110 (23/10/78)- se llega a cuantificar² a ese reducido grupo de los grandes capitalistas y sus aliados, a los que se alude de otra manera -"se pretende ahora imponernos una Constitución cortada a la medida de los grandes empresarios, banqueros, terratenientes y de sus amigos de dentro y fuera del país, o sea una Constitución al servicio del cinco por ciento de la población, que es lo que suman todos esos caballeros".

Pero además, se concibe que entre los intereses y necesidades de ese reducido conjunto social y la amplia mayoría de la población existe un abismo que escinde a la sociedad en dos desiguales grupos difícilmente conciliables. Así, en el editorial del nº 117 (25/12/78) se insiste en esta idea de la polarización política, en la que no caben zonas intermedias, cuando se dice: "De nuevo se dibujan dos campos definitorios de la lucha de clases en la España actual. El campo de la burguesía, en el que se han integrado las fuerzas reformistas del PSOE y del PCE, y que se unifica en torno a la defensa de los planes del gran capital:

².Esta idea de cuantificar al pueblo y a sus enemigos también aparece en el artículo titulado "Lo que Juan Carlos no visitó: la nueva constitución china", firmado por E.A. (BR 103, 26/6/78), en donde se dice que la Constitución china representa al noventa y cinco por ciento de la población, que forma el pueblo, en tanto que la española representa al cinco por ciento, que en China no es considerado como pueblo.

pacto social, empeoramiento de las condiciones de vida y trabajo del pueblo (paro, congelación salarial, aumento de precios, incremento de la productividad) como vía capitalista de hacer frente a su propia crisis económica; dependencia e integración en el campo imperialista y Estado fuerte bajo la institución de una monarquía intocable. Y del otro, el campo popular..."

Observamos que el campo de los *enemigos del pueblo* se configura, si no claramente en cuanto a su composición social -quedan en el aire esas fracciones de medianos y pequeños empresarios-, o quizá sería mejor decir que se configura restrictivamente por la gran burguesía, el asunto está mucho más claro en cuanto se refiere a representación política, en cuanto a quienes ejercen la dirección política en ese bloque y en cuanto al programa político y económico en que se apoya esa alianza. BR interpreta que, en realidad, el acuerdo sobre el texto constitucional -consenso- es sólo parte de un acuerdo más amplio sobre los límites que debe respetar la reforma (monarquía, pluralismo político con el repudio de las opciones extremas, economía de mercado, vínculos con los Estados democráticos de Europa...) que tiene como una de sus expresiones al Pacto de la Moncloa.

Como resumen de este epígrafe podemos decir que el lugar de la clase dominante lo ocupa una reducida alianza dominante formada en el terreno económico por una fracción de clase, la burguesía monopolista, en ocasiones llamada financiera (*gran capital*), y por su aliado la burguesía de EE.UU. (*imperialismo*), que este bloque ya ha sido el dominante durante la etapa franquista, con cuyo régimen mantiene vínculos políticos y emocionales (*fuerzas reaccionarias o camarillas neofranquistas*); y que este bloque, representado políticamente por UCD y AP, postulante de un Estado fuerte en torno a la monarquía y vinculado al bloque occidental, ha sabido atraer a su proyecto a otras fuerzas políticas como el PSOE y el PCE.

7.1.1.2. LAS CLASES SUBALTERNAS

De la lectura de los artículos de BR se extrae la idea de que las clases subalternas están formadas por varias colectividades que mantienen entre sí relaciones imprecisas. De estas colectividades el *pueblo*, que tiene un carácter central en el discurso, al menos por el número de alusiones, aparece vinculado de diferentes modos a otros colectivos.

En ocasiones, una simple yuxtaposición une la categoría *pueblo* a las de *trabajadores* o *clase obrera* -"*desorientar y desmovilizar a la clase obrera y al pueblo*", "*han traicionado la confianza de la clase obrera y del pueblo*"- o a ambas a la vez -"*El proyecto constitucional es básicamente un instrumento del gran capital para continuar explotando y oprimiendo a la clase obrera, a los trabajadores y al pueblo*"-, dando la idea de que se trata de tres colectividades diferentes pero sometidas a la misma dominación. En otras ocasiones el *pueblo* como sujeto es sustituido por su actividad a través del calificativo *popular* o *lo popular*, de características aún más imprecisas, pues *lo popular* aparece como cualidad de diferentes entidades. Una veces de las masas -masas populares-; también como expresión de actividades ocasionales -movilización popular-; como movimiento -como movilización de más duración-, como fuerzas populares -es decir, como asociaciones estables o con un cierto grado de encuadramiento- y, finalmente, como unidad popular -objetivo a conseguir, según los textos de BR-. Con ello, toda una gradación de situaciones parece indicar el curso que sigue la formación del *pueblo* desde la categoría de masas hasta formalizarse en una unidad política a través de un proceso de movilización, organización y toma de conciencia de los propios intereses, pero da más la impresión de que los distintos momentos que se atribuyen a lo popular, más que a esta lógica, obedecen a los impulsos retóricos de los editorialistas.

Por otro lado, observamos que BR parece emplear el controvertido³ término masas en su acepción leninista, es decir, como elementos susceptibles de ser aglutinados políticamente.

En ocasiones, parece que hay cierto esfuerzo para dejar clara la noción de *pueblo*. Así, por ejemplo, se desprende de la lectura del editorial del nº 101 (15/6/78): *"Este suceso (la aprobación del proyecto constitucional por las Cortes) va a tener un peso indudable en el futuro inmediato de España. Para la clase obrera y el resto de las clases populares tiene mucha importancia la cuestión de qué hacer ante estos hechos"*, en donde se indica que la clase obrera forma parte del *pueblo*, que a su vez está formado por varias clases. Pero esta acotación no se completa con otras que puedan dar una idea de cuales son las clases restantes que forman el *pueblo*. Lo más frecuente es que éste sea definido por una mezcla de categorías sociológicas y políticas, como en el caso del editorial del nº 117 : *"De nuevo se dibujan dos campos en la lucha de clases: el de la burguesía, que incluye al PSOE y al PCE, aglutinado en torno al gran capital y bajo el Estado fuerte de la monarquía.*

El otro es el campo popular, formado por tres corrientes: la primera incluye a la clase obrera, al campesinado pobre y a los comunistas; la segunda, a los nacionalistas revolucionarios de

³. En tanto que para los teóricos de las élites las masas son el resultado de la disgregación social, de la pérdida de vigor de factores aglutinantes, sean la capacidad de dirigir de las élites, los valores de grupo o la simbología colectiva, para la literatura política marxista las masas son un conjunto de individuos políticamente oprimidos y económicamente explotados susceptibles de ser ganados para la causa anticapitalista. Lenin, que utiliza profusamente el término, lo emplea en este sentido en "El defensismo honrado se muestra tal cual es" (O.C. XXV, Madrid, Akal, 1977, p. 140) -*"La masa de la población está formada por proletarios, semiproletarios y campesinos pobres. Ellos representan la inmensa mayoría del pueblo"*- y en las "Tesis para el II Congreso de la Internacional Comunista" (O.C. XXXIII, Madrid, Akal, 1977, p. 319) -*"Vínculos más estrechos con las masas!, entendiendo por masas a todos los trabajadores y explotados por el capital, particularmente a quienes están menos organizados y educados, más oprimidos y menos dispuestos a organizarse"*.

Galicia, Cataluña y Euskadi, y la tercera, a los demócratas repúblicanos" o del editorial del nº 101, que dirige un mensaje a "todos los obreros, a los campesinos y a los trabajadores, y a todas las fuerzas populares, revolucionarias, republicanas y antiimperialistas de nuestro país con un objetivo común: lograr la unidad combativa de todas las fuerzas del pueblo contra sus enemigos: la burguesía monopolista y el imperialismo", haciendo un recorrido por todo lo que pudiera ser incluido en el pueblo. Pero, si bien obreros, campesinos y trabajadores son categorías del mismo nivel, aunque habría que conocer la diferencia entre obreros -¿el trabajo productivo?- y trabajadores -¿el trabajo improductivo?, ¿los servicios?- que se refieren al ámbito del trabajo y sitúan la oposición *pueblo/enemigos del pueblo* en el nivel de las relaciones de producción -entre propietarios y no propietarios de medios de producción (capital/trabajo)-, los términos como fuerzas populares, republicanas, revolucionarias, antiimperialistas, comunistas, nacionalistas o demócratas se refieren a opciones o rasgos políticos, sobre todo las últimas, porque la expresión *fuerza popular* alude al carácter, a la base social de una fuerza, pero indica poco sobre el ideario, en tanto que los otros términos pueden servir para indicar algún tinte del programa popular.

En realidad, es que al mismo significante *pueblo* se le dan dos significados distintos. Por un lado, *pueblo* es un término que define tanto una situación dada, el estado objetivo de las clases subalternas con respecto al poder (no tienen el poder), como un estado subjetivo plasmado en una meta política (aspiran al poder) y entre ambas nociones hay una diferencia de cualidad.

En el primer caso, el *pueblo*, en una interpretación cercana a la de García Calvo, sería también lo de abajo, desorganizado y carente de poder, frente a lo de arriba, organizado en torno al

poder⁴. En el segundo caso, el *pueblo* no tiene el poder, pero lo esencial es que aspira a tenerlo, lo cual implica asumir tareas políticas y entrar en el ámbito de la lucha política. Entre ambos estadios hay un paso importante, trascendente desde el punto de vista político, por el cual, el *pueblo* se percibe a sí mismo como sujeto político.

Y ésto vale también para las expresiones *clase* o *estrato social* y *fuerza social* que no son siempre términos equivalentes. En este caso -fuerza popular y además revolucionaria, republicana, etc- y a la luz del sistema teórico marxista, la expresión puede ser interpretada como una colectividad para sí misma, es decir, consciente de que tiene intereses propios frente a otras -la gran burguesía, etc- según la distinción realizada por Marx en 1847⁵ (1974) entre una clase en sí y una clase para sí, mantenida en 1848 con Engels (1969), en el *Manifiesto*, como ya hemos visto. Así, pues, podemos colegir que BR se refiere a fuerzas populares cuando el pueblo -las clases y estratos sociales que lo forman- es consciente de sus intereses, goza de determinado grado de organización y se moviliza en pos de sus fines. Aquí *pueblo* tiene un sentido político que puede ser avalado por la segunda parte de la frase del llamamiento dirigido a "*todas las fuerzas populares, revolucionarias, republicanas y antiimperialistas*". Sin embargo, las tres últimas voces pueden designar cualidades añadidas a lo popular -contenidos de un hipotético programa popular- o aludir a fuerzas políticas independientes que se suman a las populares

⁴. Véase la reseña de la intervención de García Calvo en el seminario "¿Hay otra izquierda?", recogida en Roca, J.M. "¿Hay otra izquierda en España?", *El Independiente*, 27 agosto, 1989, p. 6.

⁵. "*La dominación del capital ha creado en esta masa una situación común, intereses comunes. Así, esta masa viene a ser ya una clase frente al capital, pero no todavía para sí misma. En la lucha, de la cual hemos ya señalado algunas fases, esta masa se reúne, constituyéndose en clase para sí misma. Los intereses que defiende llegan a ser intereses de clase. Pero esta lucha de clase contra clase es una lucha política*" (Marx. C. (1974) *Miseria de la filosofía*, Madrid, Júcar, p. 257).

para formar un frente. Si nos quedamos con la primera opción, entonces *pueblo* no tendría carácter político, sino cultural. La noción, inscrita en la interpretación romántica, aludiría a la aportación étnica y cultural -lengua, espíritu, tradición-, a la base social sobre la que se añadirían las demás cualidades (antiimperialistas, revolucionarias o republicanas) aportadas por las fuerzas propiamente políticas.

Si nos quedamos con la segunda opción, entonces la frase tiene menos sentido, porque unas fuerzas revolucionarias, republicanas y antiimperialistas sólo pueden ser populares, precisamente por esos rasgos que traspasan los límites de las contradicciones de clase. Una fuerza anticapitalista, tiene que ser esencialmente obrera, ya que se sitúa en el nivel de las contradicciones de clase, entre capital y trabajo, que enfrentan a dos clases, a la burguesía y al proletariado, según el esquema marxista, pero unas fuerzas populares con los rasgos arriba descritos sitúan sus contradicciones con el orden existente a nivel de régimen, puesto que se definen republicanas; a nivel nacional -se definen como antiimperialistas- y a nivel del orden general existente y del Estado por su condición revolucionaria, de tal manera que podría darse, que es lo que aquí se apunta, un programa que tuviera un contenido revolucionario, republicano y antiimperialista pero no anticapitalista, con lo cual se pondría en evidencia la peculiar relación que vincula a la clase obrera con el resto de las clases subalternas que forman el pueblo puesto que el programa popular no contempla la legítima aspiración de aquella, que, siguiendo la lógica de las demás fuerzas, es librarse de la dominación del capital, cualquiera que sea su tamaño o condición.

Esta aparente laguna en el análisis de las clases subalternas con respecto a los intereses de la clase obrera no es tal si tenemos que cuenta que encaja perfectamente con otra laguna, en el mismo nivel de abstracción, en el análisis de la clase dominante, en el que, como se recordará, la mediana y pequeña burguesías hallaban un lugar muy poco preciso.

Como no podemos pensar que se trate de un grueso error doctrinal que recorra todos los textos de la revista (y de otras del mismo editor), debemos inferir que se trata de la consecuencia de una opción política -de una selección consciente-, que, por otro lado, cuadra perfectamente con el análisis social realizado por la revista. Así, si la clase dominante se reduce a la fracción monopolista de la burguesía -*gran capital o capital financiero*-, y a su aliada la burguesía monopolista o transnacional de EE.UU. -*imperialismo*-, la pequeña y mediana burguesías forman parte del pueblo, de las clases subalternas, de las clases dominadas; de ahí que esos fines -republicanismo, antiimperialismo, etc- que se atribuyen al movimiento o al ideal programa popular, puedan ser suscritos -y decimos puedan, no que deban o hayan sido suscritos- por la mediana y pequeña burguesías, en tanto que el carácter anticapitalista, que pondría en evidencia la particular relación de éstas con otra parte del pueblo -la clase obrera-, no aparece mencionado porque sería inaceptable para estas fracciones de la burguesía.

Podemos hallar una prueba de lo que decimos, en lo que podría ser un esbozo de programa o de los objetivos generales que la OCE (BR) y UCE atribuyen, en un editorial conjunto (BR 101), a la alternativa republicana: "*Nuestros dos Partidos están por una República que garantice las más amplias libertades para el pueblo, que realice profundas transformaciones económicas y sociales (nacionalización de la banca y los monopolios, reforma agraria, etc...) y que asegure la independencia nacional frente al imperialismo. Nuestros dos Partidos están por una República que abra las puertas al socialismo en nuestro País. Para ello, estamos por impulsar y forjar la más amplia y combativa Unidad Popular contra el dominio político y económico de la burguesía monopolista y el imperialismo sobre España*".

Por otro lado, en el editorial del nº 110 (23/10/78), aludiendo a sectores que pudieran ser ganados para la causa abstencionista

en el referéndum, se cita a *"aquellos sectores minoritarios de la burguesía pequeña o media frustrados ante las autonomías sin poder real"*. Es decir, se atribuye cierto nivel de fricción entre la grande y la pequeña y mediana burguesías no en el nivel de la producción (contradicción entre gran capital y medio o pequeño capital), sino en la contradicción a nivel nacional o a nivel administrativo, entre centralismo y periferia.

Leyendo los textos de Bandera Roja queda claro que *el pueblo* se concibe como una grande e imprecisa colectividad -*"El rechazo a la Constitución es una necesidad de todos los trabajadores de la industria, de los servicios, del mar, de los campesinos, de las mujeres y de la juventud porque atenta directamente contra sus exigencias. Es por tanto el rechazo a una Constitución contraria a la mayoría absoluta del pueblo"* (BR 106)-. Lo cual corresponde al tamaño tan reducido que se atribuye al bloque dominante, que, recordemos, está formado por el cinco por ciento de la población. Si colocamos estos datos en un análisis que concibe a la sociedad española dividida en dos bandos -*pueblo/enemigos del pueblo*-, la deducción lógica es que *el pueblo* lo forme el noventa y cinco por ciento restante. Por ende, un *pueblo* tan ampliamente concebido, puede ser políticamente representado por un haz de fuerzas tan extenso que abarque a comunistas, republicanos, revolucionarios, antiimperialistas, demócratas y nacionalistas tal y como se indica en los editoriales mencionados. Pero el intento de unir los intereses de tantas y tan distintas fuerzas pondría sobre el tapete la cuestión del poder dentro del pueblo, plasmada en el contenido del programa y en la dirección de la alianza, porque tal y como se plantea la unidad popular en los editoriales de BR, parece que se trata de agrupar a fuerzas sociales de importancia similar, que dirigen la alianza de forma colegiada, lo cual es impensable de todo punto.

En resumen, podemos decir que la categoría *pueblo* tiene, en los textos de BR un papel central, que designa a un agente social extenso pero vago.

Que del impreciso conjunto de clases subalternas surge una noción de *pueblo* igual de imprecisa, que no está plenamente definida ni por la composición social de las clases y estratos que lo forman, ni por el carácter político de las fuerzas que los representan, ni por un programa.

Pueblo es una aproximación a todo ello; en ocasiones es un sujeto actuante y en otras, una colectividad a formalizar, que, sin embargo, parece haber sido capaz de precisar sus derechos constitucionales (BR 115) en torno a los siguientes ejes:

- Derecho a elegir al Jefe del Estado
- Derecho a dotarse de autogobiernos nacionales y regionales
- Derecho a emprender las transformaciones socialistas
- Derechos propios de la mujer, de la juventud y de las minorías oprimidas
- Derecho a la autodeterminación de las nacionalidades
- Derecho al pleno ejercicio de las libertades políticas y sindicales.

7.1.2. LA CORRELACIÓN DE FUERZAS Y EL PODER CONSTITUYENTE

7.1.2.1. DICTAMEN SOBRE EL MOMENTO CONSTITUYENTE

Para Bandera Roja "*la Constitución monárquica es resultado de la actual correlación de fuerzas existente entre las distintas clases sociales en España*" (BR 101) o, según las categorías de su propio análisis, mejor debiera decir que es resultado de la correlación de fuerzas entre el pueblo y los enemigos del pueblo. La argumentación para llegar a dicho dictamen es la siguiente: "*El proyecto de Constitución que se debate en las nuevas Cortes españolas es fruto de una triple situación de hecho. Primero es resultado del hundimiento de la dictadura franquista, de su fracaso histórico (paso desde dictadura a formas democráticas*

parlamentarias). Segundo, es la manifestación de una situación objetiva de fortaleza de las organizaciones obreras, populares y campesinas, y de la necesidad de integrarlas en el nuevo ordenamiento político.../..Y tercero, es resultado de la contraofensiva general de la burguesía que consiguió primero subordinar ante su Monarquía a la Plataforma de Organismos Democráticos hace ya unos tres años, y luego ha conseguido subordinar al PSOE y al PCE a los planes generales del capitalismo español" (BR 86, separata).

Naturalmente, el dictamen sobre la correlación de fuerzas depende del análisis social, en el que, recordemos, la gran burguesía norteamericana (llamada *imperialismo*), cumple un destacado papel que no disminuye con el cambio de régimen: "*la alternativa del gran capital y del imperialismo norteamericano para nuestro país es la consolidación de un régimen de democracia burguesa, estrechamente vinculado e integrado en el sistema de alianzas militares y políticas bajo la hegemonía de EE.UU*" (BR 101).

Así, tenemos que el momento viene definido por dos fuerzas. Por un lado, las de la oligarquía y el *imperialismo*, con su propia estrategia, y, por el otro, las masas obreras y populares -con la suya, en una situación de *objetiva fortaleza*- que con su lucha han logrado "*quebrar el franquismo*" (o "*hundir*" la dictadura) y conquistar las libertades democráticas. No obstante, este impulso no ha podido llegar más lejos porque "*el movimiento popular antifascista ha carecido de una dirección revolucionaria*" (BR 101). Por esta causa, los enemigos del pueblo (el gran capital y el *imperialismo*), con la ayuda del revisionismo y del reformismo (el PCE y el PSOE), "*han impuesto al régimen de Franco una salida favorable a sus intereses*" (ibid).

Esta salida se basa en el tránsito de un régimen de "*terrorismo abierto*" (ibid) a otro -basado "*en el engaño y en la demagogia*"- de democracia burguesa -"*nueva dictadura en forma 'democrática'*" (BR, 106) o "*dictadura democrático-burguesa*" (BR, 115)-, que mantiene lo esencial del aparato de dominación franquista y,

especialmente, la monarquía. Esta salida está legitimada por el proyecto de Constitución y avalada por los grandes partidos parlamentarios.

Para Bandera Roja (nº 101), en este régimen democrático burgués, la institución monárquica cumple una misión esencial: *"El centro medular de esta alternativa es la monarquía. En la figura de Juan Carlos de Borbón confluye un complejo sistema de relaciones e intereses económicos y políticos entre las fuerzas del imperia-lismo y las distintas fracciones de la burguesía monopolista, entre los viejos aparatos franquistas (ejército, policía, aparatos administrativos, etc) y los nuevos aparatos democrático-burgueses. Pero sobre todo, la monarquía representa la garantía de continuidad de lo esencial de los aparatos puestos en pié por el franquismo: el ejército, la policía y todo el aparato judicial y burocrático. Combatir a la monarquía es combatir el centro neurálgico de la alternativa de los enemigos del pueblo"*.

La Constitución es el instrumento mediante el cual el nuevo régimen adquiere existencia legal y por el cual la institución monárquica confiere carácter a la forma de Estado -*"El punto culminante de esta 'legalización' es la próxima aprobación por las Cortes del texto constitucional que consagra la forma monárquica del Estado"* (BR 101).

Bandera Roja adjudica al PCE y al PSOE un papel fundamental en la consolidación de este nuevo régimen -*"El PCE y el PSOE están jugando un papel de pieza clave en la consolidación monárquica. Los dirigentes de estos partidos han traicionado la confianza de la clase obrera y del pueblo. Por un lado, han pactado y se han subordinado a los grandes capitalistas, y, por otro, han desencadenado permanentes campañas de propaganda para desorientar y desmovilizar a la clase obrera y al pueblo"* (BR 101). Y, por lo que respecta al debate sobre el proyecto de Constitución, "los

dirigentes de estos partidos han comulgado con ruedas de molino y, haciendo críticas en lo secundario, han pasado a aceptar lo esencial del proyecto de consolidación de la Monarquía".

7.1.2.2. EL CONSENSO

El consenso se interpreta como una consecuencia de la correlación de fuerzas y de la "actitud desfalleciente" del PSOE y el PCE, que han subordinado sus planes, inicialmente rupturistas, a los proyectos reformistas de UCD y AP.

"Durante años defendimos la necesidad de derrocar el franquismo y extirpar toda la podredumbre que llevaba consigo, abriendo un proceso constituyente que reflejara la nueva correlación de fuerzas y las aspiraciones de los trabajadores en lucha, verdaderos protagonistas del hundimiento de la dictadura. Pero la realidad ha ido por otro camino" al sucumbir el PCE y el PSOE "a los cantos de sirena de la burguesía ante sus promesas de reforma y concesiones, olvidaron sus palabras de ruptura total con el franquismo y sus sucesores y se subordinaron a las iniciativas reformistas de la burguesía" (BR 86). Por lo tanto, si no ha habido ruptura con el régimen anterior, se dice en la mencionada separata nº 3 (BR 86), tampoco ha tenido lugar un proceso constituyente -"En tales condiciones, la Constitución no pretende abrir las puertas de un nuevo orden social y político más justo e igualitario, sino tan sólo encubrir el mantenimiento del mismo capitalismo español que en su día apoyó al franquismo..."

Al faltar el proceso constituyente, la Constitución es, pues, resultado de una componenda -"Componenda es la aceptación de la Monarquía reinstaurada por Franco como resultado del pacto entre las fuerzas franquistas y la oposición democrático-burguesa y reformista (PSOE, PCE) a espaldas de la voluntad popular.../.. Componenda ha sido el trabajo de negociación y pactos secretos que, en medio del silencio oficial, ha hecho la Comisión Constitucional de las Cortes..." (BR 86).

7.1.3. DICTAMEN SOBRE LA CONSTITUCIÓN

7.1.3.1. VALORACIÓN DE LA CONSTITUCIÓN

Se adjudica (*"Contra la constitución monárquica"*, BR 101) a la Constitución el papel fundamental de consolidar y legitimar el nuevo régimen democrático-burgués, cuyo *"centro medular"* reside en la monarquía -*"el verdadero eje vertebrador de la Constitución es la institucionalización de la Monarquía"*- y, especialmente, en la figura del Rey Juan Carlos de Borbón:

- Porque representa la continuidad de lo esencial del aparato de dominación franquista: el ejército, la policía, los tribunales, y la burocracia.
- Porque incorpora los nuevos aparatos democrático-burgueses.
- Porque aglutina una serie de relaciones e intereses políticos y económicos entre las fuerzas del imperialismo y las distintas fracciones de la burguesía monopolista.
- Porque es el centro de la alternativa que el gran capital y el imperialismo han preparado para España: una democracia burguesa vinculada a las alianzas militares y políticas bajo hegemonía de EE.UU.

Además, Bandera Roja critica que el Jefe del Estado no pueda ser elegido por el pueblo, sea irrevocable e irresponsable y esté dotado de tales poderes -*"poderes inauditos"* (BR 105)- que hacen del Rey un *"Jefe absoluto del Estado"*, de tal manera que llamar monarquía parlamentaria a la monarquía que se propone en la Constitución *"o es una ironía o es un engaño"*.

Pero además, el proyecto constitucional (BR 106):

- Legitima la dominación capitalista, con el reconocimiento de la economía de mercado y todo lo que conlleva (la propiedad privada, el pleno poder patronal, *"lock out"*, restricciones a la libertad sindical, la productividad). A juicio de los articulistas de Bandera Roja (ibid) lo decisivo del proyecto constitucional "es

no reconocer en la Constitución un área de economía pública o estatal, básica para el control de la ordenación capitalista y puerta abierta para una política de transformaciones impulsadas por los trabajadores". Otro artículo calificado de absolutamente reaccionario, es el 32,2, que institucionaliza la explotación de los trabajadores al conceder a los empresarios la potestad de organizar el trabajo según los criterios dictados por la productividad.

- Legitima el centralismo del capital monopolista, impidiendo el derecho de autodeterminación de las nacionalidades -"El sistema de regiones autónomas que propone el Proyecto constitucional obedece más a una concepción de eficacia administrativa de tipo descentralizado útil para el desarrollo del capital monopolista, que a un verdadero reconocimiento de los derechos históricos de las nacionalidades y a una voluntad de organizar unos verdaderos poderes autónomos más abiertos al control popular".

-Perpetúa la explotación y opresión de la mujer, niega el derecho al aborto y al divorcio, mantiene la discriminación laboral, ignora la coeducación y la información sexual a cargo de la sanidad pública.

El mismo editorial resume lo anterior de la siguiente forma: "Bajo estos cuatro ejes se pretende consolidar los pilares básicos de la dominación capitalista. De la nueva dictadura en forma 'democrática' de la burguesía, que se estructura a base de un fuerte aparato represivo heredado de la dictadura y reforzado en sus medios. Que legitima paralelamente leyes antiterroristas, prácticas de estado de excepción, limitación de libertades políticas y sindicales. Así como un amplísimo frente de represión social, sexual y penitenciaria".

Además de criticar la Constitución en esos cuatro ejes centrales, se critican las relaciones del Estado con la Iglesia, los límites

a los derechos civiles, el carácter centralista y represivo del Estado o la existencia de dos cámaras.

Las siguientes frases, extraídas de diferentes artículos, ofrecen valoraciones globales sobre la Constitución, debiendo hacerse constar que a lo largo de los textos analizados hemos percibido que las mayores y más numerosas críticas están dedicadas a la institución monárquica, a la economía de mercado y al proyecto autonómico:

- *"El actual proyecto constitucional es básicamente un instrumento del gran capital para continuar explotando y oprimiendo a la clase obrera, a los trabajadores y al pueblo"* (BR 101).
- *"Nuestro Partido está contra la Constitución Monárquica, una constitución al servicio exclusivo del gran capital y del imperialismo"* (BR 101).
- *"Rechazamos una Constitución que pretende legitimar la dominación capitalista"* (BR 106).
- *"Es una Constitución cortada a la medida de los grandes empresarios, banqueros, terratenientes y de sus amigos de dentro y fuera del país, o sea, una Constitución al servicio del cinco por ciento de la población, que es lo que suman todos esos caballeros"* (BR 110).
- *"La Constitución es el ordenamiento jurídico de la nueva dictadura democrático-burguesa y como tal ha estado hecha y negociada por las viejas y nuevas fuerzas que componen el campo burgués"* (BR 115).

7.1.3.2. POSICIÓN ANTE EL REFERÉNDUM CONSTITUCIONAL

Con respecto al momento político en que se plantea la consulta, el editorialista del nº 110 de Bandera Roja es consciente de que la correlación de fuerzas es favorable a los enemigos del pueblo, que son quienes tienen la iniciativa: *"Se mire por donde se mire, el referéndum se nos presenta de modo desfavorable: es el enemigo quién nos emplaza y quién nos obliga a entablar batalla cuando él quiere y en su terreno, o sea, contando con los medios más poderosos para sembrar la confusión en la gente sobre el sentido del voto, habiendo evitado que el debate constitucional se proyectara en la calle y no existiendo ahora un clima de movilización popular lo bastante amplio como para permitir, por nuestra parte, una labor de explicación política de la envergadura necesaria"*.

El referéndum, que es calificado de *"viejo método de las clases dominantes para controlar con garantías los resultados de la consulta"* (BR 110), *"no está pensado para que con él se decida nada, sino para 'demostrar' con números que la población está satisfecha con lo que hay, que los que protestan son una ridícula minoría"* (ibíd), porque *"en cuanto a números, el gobierno ya tiene ganado el referéndum. Por dos razones. Primera, porque ya se ha asegurado la colaboración de los principales partidos políticos. Segunda, porque lo está planteando como un voto a la democracia contra el franquismo: usted no quiere el franquismo, pues vote sí a la Constitución, como si se estuviese decidiendo ahora la posibilidad de volver al franquismo"*. Se critica, también, porque ofrece una sola respuesta sin más opciones y se presenta falsamente como la única vía entre la vieja dictadura y el terrorismo.

Ante el referéndum, Bandera Roja (nºs 106, 110, 115) considera que la abstención activa y política es la postura más coherente en todo el Estado, aunque en otro lugar (BR 110) se afirma que la

abstención es la *"actitud más consecuentemente revolucionaria"*, pero en Euskadi votar <NO> recoge el sentimiento de una amplia corriente popular y esa posición es la que hay que defender (BR 110). No obstante, en Madrid se mantiene una postura más activa que la abstención: el boicot (véase la reseña de la campaña contra la Constitución, BR 116).

Para Bandera Roja la abstención o el voto negativo sólo deben ser el resultado de una amplia campaña de denuncia del proyecto constitucional y de discusión popular, junto con el apoyo a las luchas populares, obreras y vecinales.

7.1.3.3. EVALUACIÓN DE LOS RESULTADOS DEL REFERÉNDUM

Para Bandera Roja (nº 117) los resultados del referéndum muestran que *"la burguesía apenas ha conseguido apoyo a su constitución"*, pues sólo ha votado <Sí> el 59% del censo -*"pese al pucherazo, sólo el 59% dijo sí a esta constitución. La abstención (33%), triunfo de las fuerzas populares* (BR 117, suplemento especial)- y ello se debe en gran parte al voto popular obtenido con la ayuda de *"sus nuevos servidores el PSOE y el PCE"* (BR 117).

La abstención se interpreta, en primer lugar, como una muestra de recelo hacia la Corona -*"la abstención política en el pasado referéndum tiene un claro signo popular de desconfianza y rechazo a la reforma monárquica"*-, y, en segundo, como un signo de la movilización popular, que ha logrado detener la contraofensiva burguesa puesta en marcha con las elecciones generales de 1977 y continuada luego con el Pacto de la Moncloa y el consenso -*"la abstención en el referéndum ha supuesto parar los pies a esta ofensiva"*. Para el editorialista, esta circunstancia supone que *"De nuevo se dibujan dos campos en la lucha de clases: el de la burguesía, que incluye al PSOE y al PCE, aglutinado en torno al gran capital y bajo el Estado fuerte de la monarquía. El otro es el campo popular, formado por tres corrientes: la primera incluye*

a la clase obrera, al campesinado pobre y a los comunistas; la segunda, a los nacionalistas revolucionarios de Galicia, Cataluña y Euskadi y la tercera, a los demócratas republicanos" (ibid). Finalmente, se hace también una lectura premonitoria de los resultados del refrendo, pues se interpreta que la abstención anuncia futuras movilizaciones populares.

7.1.4. EL DISCURSO SOBRE EL PUEBLO

7.1.4.1. EL DISCURSO SOBRE EL PODER Y SOBRE EL PUEBLO

En el resumen del epígrafe dedicado al análisis de las clases subalternas, decíamos que *el pueblo* aparecía en los artículos de Bandera Roja como una imprecisa y extensa colectividad que no estaba plenamente definida ni desde el punto de vista social ni desde el punto de vista político, pues, aunque se mezclaban ambos enfoques, los análisis nunca se llevaban hasta las últimas consecuencias. Después de conocer las posiciones de la Revista sobre la Constitución, el referéndum y la correlación de fuerzas, estamos en mejores condiciones de sacar conclusiones del discurso de Bandera Roja sobre el pueblo.

Siguiendo los criterios epistemológicos establecidos en el Capítulo 3, en los que consideramos el ámbito de lo social como esencialmente opaco y, por contra, la dimensión política como la expresión concentrada de la conciencia social, no vamos a añadir nada más sobre la delimitación social del pueblo, obtenida por la adición de una serie de colectividades de diversa entidad -clase obrera, trabajadores, campesinos, mujeres, campesinado pobre, jóvenes...- que aparecen explícitamente en los textos y por otros -mediana y pequeña burguesía- que, de manera menos clara, también pueden ser incluídos, hasta llegar a abarcar a ese noventa y cinco por ciento de la población, enfrentado al cinco por ciento

formado, según palabras de la Revista, por la gran burguesía y sus amigos. Lo que nos interesa es la expresión política de ese conjunto de colectividades que forman el pueblo o, quizá mejor dicho, la expresión política de cada uno de los colectivos y su correspondencia con las adscripciones políticas atribuidas al *pueblo* en general -antiimperialista, comunista, republicano, revolucionario, nacionalista-, porque entre el esbozo de análisis social y el esbozo de análisis político existe poca correlación. Se obtiene la sensación de que, por un lado, se ha iniciado una aproximación al pueblo desde el punto de vista sociológico y, por otro, se ha hecho lo mismo con un enfoque político y luego se han unido los rasgos gramaticalmente, se han enlazado por medio del lenguaje, pero no se han integrado como visiones teóricas, con lo cual tenemos un *pueblo social* que halla difícil correspondencia con el *pueblo político*.

A la noción política de *pueblo* se llega por adscripción externa, por la adición de una serie de adjetivos que resumen el perfil del ideario que el pueblo debe tener, pero, aparte de no indicar nada sobre los agentes que asumen su condición de republicanos, de nacionalistas o de antiimperialistas (aparte de los miembros de las organizaciones radicales y sus círculos de influencia), no se señalan los vínculos que puedan tener entre sí las distintas clases y fracciones sociales que forman el pueblo -por ejemplo, los jóvenes con los obreros, las mujeres o los campesinos-, pues tales colectivos tienen intereses distintos y, a veces, hasta divergentes (p.e. dentro de las propias filas obreras, existen intereses inmediatos divergentes entre los trabajadores jóvenes y los viejos, o entre obreros y obreras, ante un mercado laboral decreciente) que deben ser contemplados en un programa común y articulados, por medio de una negociación, con las orientaciones ideológicas del proyecto popular, que son las únicas que aquí se apuntan, con el agravante de que se apuntan antes de que surjan los sujetos que las propongan y las asuman.

La principal carencia del dictamen de Bandera Roja es la falta de referencias a cómo se articulan en un único y común proyecto los intereses peculiares de cada uno de los estratos o clases que forman el pueblo, mediante el diálogo entre sus representantes políticos. Es decir, que aquí se echa en falta aquel dilatado proceso de tejer y destejer alianzas entre sujetos políticos que comentábamos aludiendo a una cita de Mao Zedong sobre las distintas concreciones que el pueblo chino había adoptado a lo largo del tiempo. Pero, si no existen esas clases y fracciones sociales, políticamente organizadas y dispuestas a establecer determinadas alianzas, no se pueden inventar-. O, mejor dicho, quizá existan esas alianzas, pero no entre las fuerzas políticas ni en los términos en que desearían los editorialistas de Bandera Roja y por eso no se perciben, pero no adelantemos conclusiones. Lo que queremos indicar es que el programa político popular, fruto de un largo proceso de formación y diálogo entre fuerzas de las clases subalternas, si no existe no se puede suplir con retórica. Si consideramos la política como la expresión concentrada de la conciencia social, no es por partir de un axioma que nos ofrezca algún tipo de seguridad en nuestras elucidaciones, sino porque hacemos una determinada lectura histórica de los movimientos sociales y políticos.

Además del ya archicitado ejemplo del pueblo chino, o del más lejano de la revolución francesa -el pueblo articulado en torno al programa de la burguesía-, podemos citar dos episodios, uno de ellos muy próximo en el tiempo al período constituyente español, que son excelentes muestras de la formalización política del pueblo: uno es el frente popular contra el fascismo, que inspira el modelo de asociación popular defendido por la OCE (BR) y otras organizaciones radicales; el otro es la Unidad Popular del Chile de Allende, una expresión más moderna del pueblo como entidad política.

En ambos casos el pueblo es una fuerza actuante, articulada por un programa, por organizaciones -"los partidos no son sino la

nomenclatura de las clases" (Gramsci, 1974, 82)- y dirigentes y, por tanto, las alusiones al pueblo pueden concretarse y referirse a puntos del programa y hasta a personas. "*Las clases se expresan en los partidos* -afirma Gramsci (1974, 83)-, *los partidos forman a los hombres de Estado y de gobierno, a los dirigentes de la sociedad civil y de la sociedad política*".

Esto es lo que sucede en los textos de Bandera Roja cuando se alude a *los enemigos del pueblo*, de los que se puede citar, en concreto, su proyecto, sus partidos o sus representantes, frente a lo cual, las alusiones al pueblo son enormemente vagas a la hora de describir sus rasgos, porque no hay nada que describir. El pueblo es, entonces, una generosa suma de atributos extraídos de episodios locales de la lucha obrera, vecinal, nacional o cultural bajo el régimen franquista y aun de más atrás (de la II República y de la guerra civil), que son extrapolados a una amplia colectividad.

En el polarizado dictamen que la Revista hace de la sociedad española, a *los enemigos del pueblo* se les atribuye la función de explotar, oprimir y dominar al pueblo, o a los trabajadores y a las demás clases populares, y éstas últimas quedan investidas de valores positivos por cuanto son sujeto pasivo de las execrables funciones atribuidas a las primeras.

A lo anterior se añade el mérito de haber luchado contra la dictadura franquista -fascismo- hasta "*quebrarla*" y de haber conquistado las libertades democráticas, con lo cual lo popular está impregnado de valores positivos. Así, pues, el pueblo es un sujeto ideal cuyos valores suponen la quintaesencia desde la cual se juzga a la Constitución que niega, precisamente, esos valores -es antipopular-, en tanto que el régimen opuesto, la república, es, sobre otras cosas, popular.

Lo popular representa, entonces, los valores democráticos y la respuesta a la opresión política y a la explotación económica; el interés nacional frente a la ingerencia extranjera y la apetencia imperialista; el sentir nacionalista por reivindicaciones que van

más allá de la autonomía administrativa; los valores del trabajo obrero y los afanes del pequeño y mediano capital frente al gran capital nacional y extranjero.

Según este discurso, *el pueblo* representa los valores y actitudes diametralmente opuestos a los del bloque dominante en un momento en que el país parece atravesar una coyuntura en que las fuerzas políticas deben definirse ante una terrible alternativa: o con *el pueblo* o contra él.

En esta disyuntiva, la postura del PSOE y del PCE, poco enérgica en la defensa de los intereses obreros y populares al elaborarse la Constitución, se contempla como una traición al pueblo, por ello, el consenso se interpreta como una claudicación.

Hay que señalar que el dictamen de Bandera Roja sobre la relación de fuerzas durante el período constituyente encaja perfectamente con su relato sobre el ocaso del franquismo y su interpretación de la transición.

En los años finales del franquismo, la OCE(BR) atribuye a la clase obrera y a las organizaciones populares un nivel de lucha y movilización muy superiores a los que en realidad poseen y demuestran. Por ejemplo, en "*Las tareas del proletariado en la presente crisis política*" (Política Comunista nº 5, noviembre, 1975, p. 17), puede leerse: "*El período en el que entramos es un período de ofensiva del movimiento obrero y popular y de desmoronamiento de la Dictadura.../. El carácter ofensivo de la lucha del proletariado exige poner en primer plano la lucha política, esto es, la lucha contra la Monarquía, por la República y el Programa Mínimo, en el combate general por la conquista del Socialismo*".

Esta visión idealizada del momento conduce a plantear consignas irrealizables como la Huelga General, en otoño de 1974, o a proponer metas inalcanzables como el Frente Democrático Popular ("*La crisis sucesoria y la conquista de las libertades políticas*" en Política Comunista nº 3, julio 1974) o un Gobierno Provisional

Democrático ante la inminente muerte de Franco (BR 34, 20/10/75). Esta sobrevaloración de la oposición popular al Régimen lleva a que se tenga que recurrir a un agente externo a la clase y al pueblo -la influencia moderadora del PSOE y del PCE- para poder explicar que, a pesar del empuje atribuido a la movilización popular, el postfranquismo no transcurra por donde la OCE (BR) esperaba. Es decir, que la ansiada ruptura no se produzca y que la reforma se realice respetando la legalidad franquista, sea conducida en sus tramos y contenidos por un gobierno surgido de la misma legalidad y que cuente, además, con la colaboración de los dos principales partidos de adscripción popular, uno de ellos alma de la oposición al Régimen. Según esta lógica, si antes las fuerzas populares estaban a la ofensiva, el camino que lleva la reforma sólo puede ser fruto de la contraofensiva victoriosa del bloque burgués con el apoyo del PSOE y del PCE.

La aprobación, por referéndum, de la Ley de Reforma Política en diciembre de 1976, la ley que permite a la derecha gobernante concurrir ventajosamente a las elecciones de junio de 1977 para seguir gobernando después, el Pacto de la Moncloa y el proyecto constitucional serían los clamorosos resultados de la operación de reforma puesta en marcha por la contraofensiva burguesa.

Siguiendo el hilo de este razonamiento, el potencial rupturista de la clase obrera y el pueblo no podía permanecer inactivo mucho tiempo, sino que esperaba para manifestarse una ocasión propicia como el referéndum constitucional, según se afirma en el citado editorial del nº 117 de Bandera Roja.

Así, en este discurso, la actividad del pueblo ofrece una lógica *guadianesca* que pasa por los siguientes momentos:

- 1) El pueblo entra en escena. Es activo y se encuentra a la ofensiva, "quiebra" el franquismo e impone al bloque dominante las libertades democráticas.
- 2) En el momento de legitimar sus conquistas en el proyecto de Constitución, el pueblo desaparece de la escena política al ser

marginado por los partidos que forman el bloque constituyente.

3) El pueblo reaparece y rechaza en referéndum la Constitución que le proponen sus adversarios, como preámbulo de futuras movilizaciones.

En realidad, este enfoque, obtenido de un análisis preelaborado de la sociedad española del que nos ocuparemos en su momento, descansa en la interrelación de varios supuestos políticos que se han revelado incorrectos. El primero se refiere a la función angular concedida a un acontecimiento por encima de otros, que luego son interpretados a la luz del primero. Este acontecimiento es la muerte de Franco.

Si este hecho biológico, en un análisis político del régimen realizado en clave personalista, se interpreta como la quiebra del régimen -"*quiebra del franquismo*" (BR 101)- a manos de la ofensiva popular, todo lo que venga después será visto como un efecto de esa quiebra o, lo que es lo mismo, como resultado de una conquista popular, antes que como una muestra de la capacidad de dirigir a la sociedad que conserva el bloque social dominante, cuya hegemonía no está, ni mucho menos, "*quebrada*" con la muerte del dictador.

El segundo supuesto reside en disociar lo que, con un criterio generoso e impreciso podría llamarse movilización popular, de las fuerzas políticas que han impulsado tal movilización, que han sido, principalmente, el PCE y las CC.OO., aunque, en algunos lugares y durante no mucho tiempo, la movilización haya sido promovida por otras fuerzas. Con esto queremos indicar que ni la lucha obrera, ni la vecinal o popular, han tenido un carácter autónomo más que de forma episódica y local y que, por lo tanto, tales movilizaciones han estado impregnadas por el contenido político que les ha dado la fuerza política que las ha impulsado, que en la inmensa mayoría de los casos ha sido o bien el PCE o bien CC.OO., la organización/movimiento a través de la que ha actuado.

Es decir, durante la dictadura franquista no ha habido ni un movimiento popular autónomo que haya sido luego *capturado* por el PCE, ni dos movimientos populares de similar potencia y de signo contrario: uno, de carácter reformista, dirigido por el PCE, y otro, de signo radical o revolucionario dirigido por la extrema izquierda. Lo que se ha dado son movilizaciones de diverso grado y contenido, la mayoría de la ocasiones ligadas a reclamaciones inmediatas de los trabajadores o vecinos, o de signo solidario con otras del mismo tipo o con un carácter antirrepresivo. En la mayoría de los casos y debido al bajo nivel de cultura política de la ciudadanía ha faltado el contenido político, que ha sido dado por las fuerzas políticas que han querido promover, dirigir o capitalizar dicha movilización añadiendo sus consignas a las reivindicaciones de quien fuere. En unas ocasiones, las consignas han sido más moderadas y en otras más revolucionarias y, no pocas veces, la misma lucha o la misma movilización "ratificaba" las justas posiciones cívicas de unos o el no menos justo radicalismo de otros.

Lo que queremos recalcar es que, salvo en estrechas franjas de la población y en zonas muy localizadas, durante el franquismo no se produjo un fuerte movimiento social autónomo de carácter democrático-burgués, ni tampoco un potente movimiento popular de tipo revolucionario.

En este sentido, uno de los objetivos que justifican la aparición de la izquierda radical en el espectro político, que es el de arrebatarse la hegemonía al PCE en el movimiento obrero y popular, se salda con un notorio fracaso porque únicamente lo consigue de manera local y por poco tiempo (Roca, 1994). A la larga, dentro de los sectores más conscientes de las clases subalternas han prevalecido las posiciones del PCE y, después, las más moderadas del PSOE, tanto en lo que respecta al ámbito político como al sindical.

Otro de los supuestos que se ha revelado equivocado es el de atribuir al PCE determinadas potencialidades que estaba lejos de

querer demostrar. Lo que desde algunas posiciones de la izquierda radical se interpretan como 'traiciones' del PCE, como renunciar a la ruptura con el régimen franquista, aceptar el marco de las elecciones de 1977, firmar el Pacto de la Moncloa y el consenso constitucional, son hitos coherentes con su trayectoria anterior. Desde los lejanos días de la II República y la guerra civil, el PCE ha dado sobradas muestras de anteponer sus compromisos con la burguesía democrática a las necesidades emanadas de su teórico programa hacia la revolución y el socialismo, como se puso de manifiesto en los sucesos de mayo de 1937 que culminaron con el proceso al POUM, el asesinato de Andrés Nin y la persecución de los anarquistas. Con la eliminación de estos sectores radicales seguía al pie de la letra los dictados del VII Congreso de la Komintern, que instaba a los Partidos Comunistas a establecer pactos antifascistas con las burguesías nacionales, aunque para ello hubiera que posponer (*sine die*) la revolución.

Fiel a esta tradición, en 1956 S. Carrillo elabora la política de reconciliación nacional que debe concretarse en un pacto ("Pacto para la libertad") con la parte democrática del bloque social dominante, cuya parte no democrática queda así reducida a una estrecha oligarquía económica vinculada a la élite burocrática y militar del Estado franquista ("*la camarilla de El Pardo*" o "*el bunker*").

El carácter interclasista de la Junta Democrática, la fusión con la Plataforma de Convergencia, la aceptación por la POD de los postulados fundamentales de la reforma política propuestos por Adolfo Suárez, el Pacto de la Moncloa y el carácter vergonzantemente constituyente de las elecciones de junio de 1977, son coherentes con esa trayectoria. Pero además, el carácter moderado en su forma de expresión que el PCE, en esos años, imprimió al movimiento obrero y popular, que debía ser ejemplarmente cívico y democrático ante un gobierno que no reparaba en medios por muy sangrientos que fueran, permitió, precisamente, que el bloque social gobernante pudiera poner en marcha su proyecto de reforma

sin hallar grandes resistencias, que si existieron fue porque escaparon, aunque no por mucho tiempo, a la acción atemperadora del PCE y, sobre todo, del PSOE.

Pero ya es momento de que retornemos al discurso de Bandera Roja y a la lógica de su interpretación, según la cual, el resultado de las elecciones generales de junio de 1977 se ve como una victoria popular, como una consecuencia de la presión popular, antes que como una contraestrategia, como un dique al avance popular y un nuevo cauce colocados por el bloque dominante para incorporar una nueva legitimidad democrática a su viejo dominio. En estas elecciones, la representación electoral obtenida por el PSOE -29,4 % de los votos y 118 escaños- se ve como parte de la dinámica popular para recuperar una tradicional representación política y sus señas de identidad históricas, en vez de verla como un preocupante síntoma de la falta de clarividencia popular ante la exuberante campaña de imagen montada por un partido recién creado -recuérdese que el PSOE era, entonces, PSOE (r), renovado, para distinguirse del PSOE (h), histórico- y ajeno a las movilizaciones populares habidas bajo el régimen franquista. De ahí que, después, el pacto social (Pacto de la Moncloa) y el consenso constitucional encontraran difícil acomodo en este discurso⁶. Y con esto hemos llegado a la cuestión del poder político, poder que el bloque social dominante ha logrado conservar durante el período constituyente.

En el epígrafe 3.3 definíamos el poder político como la capacidad para organizar la sociedad de acuerdo con determinadas ideas e

⁶.La lógica del discurso triunfalista, tan extendida entonces, afectó también al PCE, cuyos militantes, incapaces de integrar en su interpretación las evoluciones ideológicas de su secretario general, creyeron que el Pacto de la Moncloa era una maniobra de diversión de cara a la burguesía, para tenerla entretenida hasta que el PCE tuviera más fuerzas, de ahí que S. Carrillo fuera visto por sus leales como un *viejo zorro* de la política, en vez de como un *"impenitente ensayador de desafortunadas estrategias"* (Roca, 1993).

intereses y para encaminarla a cumplir determinados fines. Veamos ahora como se manifiesta ese poder en la coyuntura que nos ocupa.

Dentro del contexto marcado por el triunfo electoral de UCD y AP y del acuerdo con sus oponentes políticos para mantener la paz social recogido en el Pacto de la Moncloa, el bloque social dominante, a través de la Constitución, presenta un proyecto político colectivo a la consideración de las clases subalternas. Este proyecto, fruto del consenso entre agentes políticos que representan a estratos y clases sociales diferentes, contiene un diseño de la sociedad y del Estado, del poder, de las relaciones de los ciudadanos entre sí y con el poder y presenta los valores supremos de la sociedad y las supremas normas que deben regirla, ante los cuales todos los ciudadanos deben pronunciarse, porque con este proyecto, el bloque social dominante, en primer lugar, interpela a cada ciudadano personalmente -pasando lista-, y en segundo, le conmina a manifestarse sobre todo él en bloque, a favor o en contra, sin medias tintas, de tal manera que nadie puede ser ajeno aunque se abstenga, pues si se abstiene es después de haber sido interpelado. Eso es una muestra de poder; la capacidad de interpelar, en el momento deseado, a cada uno de los miembros de la sociedad, con edad y derechos civiles, sobre un asunto en el que no caben discusiones ni matices.

Esta muestra de la hegemonía del bloque dominante es muy bien percibida por el editorialista de Bandera Roja nº 110 (23/10/78), que escribe: *"el referéndum se nos presenta de modo desfavorable: es el enemigo quien nos emplaza y quien nos obliga a entablar batalla cuando él quiere y en su terreno, o sea contando con los medios más poderosos para sembrar la confusión en la gente sobre el sentido del voto, habiendo evitado que el debate constitucional se proyectara en la calle, y no existiendo ahora un clima de movilización popular lo bastante amplio como para permitir, por nuestra parte, una labor de explicación política de la envergadura necesaria"*.

Efectivamente, la correlación de fuerzas es muy desfavorable a los adversarios del consenso pues no hay capacidad para ofrecer un proyecto constitucional alternativo ni para proponer enmiendas desde fuera de los cauces institucionales al texto acordado y aún menos para intervenir en el pacto entre el PSOE y UCD, que es donde, en definitiva, se dirime la marcha de la Constitución, como bien saben el PCE y el PNV.

Difícil salida cuando no hay fuerzas. Una de las salidas dignas es defender el valor de lo testimonial ante lo que se juzga políticamente rechazable; es decir, votar NO o abstenerse, pero sabiendo que tales opciones tienen ese carácter testimonial, no disfrazando la debilidad con supuestas alternativas que no lo son, pues hay demasiado trecho y demasiado vacío entre abstenerse o votar NO y propugnar un cambio de régimen (república popular) lleno de potencialidades abstractas.

El vacío -y el trecho- señalan, precisamente, la ausencia del pueblo en términos políticos. La ausencia de organizaciones representativas de una parte (puesto que el PSOE y el PCE están en el bando del consenso) de los obreros, de los campesinos, de los nacionalistas (de otros nacionalistas), de los republicanos y de la mediana y pequeña burguesía nacional dispuestas a llegar una alianza y tratar, luego, de atraer hacia ella a los grandes partidos de adscripción popular.

El drama, presentado pero no expresado, que reflejan los textos de Bandera Roja es que, durante el franquismo tardío y el post-franquismo, las fuerzas populares no pudieron aglutinarse pero sí lo hicieron, y muy rápidamente, sus adversarios, que lograron atraer hacia su proyecto de reformas moderadas a los principales partidos de base popular y obrera, el PSOE y el PCE. De ello, resultó un *pueblo* -que para muchos es el verdadero- que en lugar de estar definido por los rasgos que Bandera Roja le confería -republicano, antiimperialista, nacionalista, revolucionario- es monárquico, centralista, reformista y proimperialista, y en vez

de ser conducido por las fuerzas radicales hacia el socialismo, ha sido conducido por el PCE y PSOE hacia el programa burgués. Con lo cual parece confirmarse una vez más el sombrío pronóstico de Gramsci (1988, 493) sobre las dificultades que tienen para unirse los grupos sociales subalternos, pues aunque exista cierta tendencia provisional hacia la unidad, *"esa tendencia se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes"*. *"Los grupos subalternos -recalca Gramsci- sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, incluso cuando se rebelan y se levantan"*.

A la vista de lo dicho -o mejor de lo leído- sobre la vaguedad del concepto *pueblo* después de haber servido para analizar social y políticamente la sociedad española, es lícito preguntarse por las razones que han llevado a conceder, en un discurso político, un papel central a un concepto de tan escasa utilidad. Sin embargo, debemos tener en cuenta que la actividad política no está regida únicamente por las frías reglas de la racionalidad, sino atravesada por las cálidas corrientes de la emoción humana. La política es un ámbito en donde coexisten el frío cálculo de probabilidades con el más ardiente e insensato entusiasmo; ambas actitudes son necesarias pero se rigen por principios distintos. Y para suscitar la emoción, para favorecer la movilización, para aglutinar fuerzas, para creer en los objetivos finales y en la posibilidad de vencer a adversarios superiores en calidad y en número está el mito.

En los textos analizados, la voz *pueblo* ofrece poca información sobre el sujeto real al que alude; no describe, pero, por contra, sirve para evocar, para imaginar, para movilizar. *Pueblo* entonces es un mito construido por la adición idealizada de actividades locales, nacionales e internacionales, recientes y pretéritas, de las clases subalternas. *Pueblo* es un significante de significado impreciso que puede ser ampliado con retazos de relatos sobre

nuevos hechos heroicos y gestas triunfantes; *pueblo* es, pues, un continente cuyo contenido puede aumentar constantemente y ser proyectado hacia un futuro que se concibe luminoso. Y para este fin el pueblo no precisa ser concreto, al contrario, obtiene su máxima fuerza cuando se concibe atemporal y ubicuo, de todo tiempo y de todo lugar, como un sujeto que recorre y moldea a su gusto la historia. Así, con un mismo término, puede hablarse del pueblo actual y del pretérito, refiriéndose a la constitución china (BR 103), aludir al pueblo español de 1936 que "*defendió la República con las armas en la mano*" (BR 105) o al pueblo "*que se levantó en armas contra los franceses*" en 1808 (BR 86, S.3).

Naturalmente, desde un punto de vista históricamente riguroso se puede argüir que la misma palabra designa sujetos y situaciones muy diferentes; es cierto, y más cuando, fruto de una lectura muy interesada, se atribuyen al pueblo cosas que difícilmente se pudo plantear, como conquistar, en 1808, "*el derecho de abrir las vías de un nuevo ordenamiento político y social*". Sin embargo, para esta función mítica la verosimilitud de un hecho histórico no es un demérito porque para el que cree en el mito lo importante es sentirse continuador de los afanes del pueblo chino de 1949, del pueblo español de 1936 y del pueblo guerrillero de 1808. Lo que importa es creer en ese espíritu popular que forma una corriente de insubordinación civil que atraviesa la historia e inscribirse en ella.

El mito no sirve para describir la sociedad tal como es, ni para delimitar las propias fuerzas de manera realista, ni, como hemos visto, para impedir o reformar constituciones, pero es útil de otra manera.

El enfrentamiento, en muchas ocasiones heroico y solitario, de las pequeñas organizaciones radicales contra el poderoso Estado franquista únicamente ha sido posible cuando los militantes han creído que defendían la causa de un pueblo eterno e invencible; cuando contaban con un mito.

7.1.4.2. CONCLUSIONES

Con respecto al contenido general de los artículos utilizados, debemos decir que los editoriales de Bandera Roja ofrecen mucha información sobre el sujeto emisor, tanto sobre sus posiciones ante la coyuntura -franquismo tardío, transición y período constituyente-, como sobre sus concepciones teórico/doctrinales y sus objetivos tácticos y estratégicos (derechos populares, República, socialismo), aunque éstos sean imprecisos, como se ha indicado.

Igualmente hay que señalar que, dentro de los parámetros de sus posiciones, los ejes fundamentales del discurso sobre la Carta Magna se mantienen a lo largo de todos los números y que la posición ante el refrendo constitucional es congruente con dichos presupuestos, que aparecen agrupados en cuatro grandes ejes -economía capitalista, forma de Estado, autonomías y mujer y juventud-.

Estos ejes semántico-ideológicos¹ representan oposiciones sociales en forma de antinomias. El primer eje critica la economía de mercado -artº 38 de la Constitución- desde el punto de vista de la oposición de intereses entre capital y trabajo, socialmente representados por clases. El segundo, que define la forma de régimen, hace lo propio con el artículo 1.3. y el título II -De la Corona- a través de la oposición entre monarquía y república.

El tercer eje semántico-ideológico critica el título VIII -De la Organización Territorial del Estado- mediante la oposición entre centralismo y periferia, definida por el término nacionalidad. El cuarto eje se detiene en el contenido de los artículos 15 (derecho a la vida) y 32 (matrimonio) para buscar en ellos la oposición hombre/mujer. De esta manera, bajo estas categorías -

¹. Ana M. Ezcurra -La ofensiva neoconservadora, Madrid, IEPALA, 1982, p. 111, nota 127- define el eje semántico-ideológico como "*parejas de oposiciones que suelen vincularse por equivalencia con otras semejantes. Damos el nombre de subcódigo connotativo al conjunto así establecido*".

clase, régimen, nación y sexo- se ven planteadas dentro del marco de la Constitución cuatro contradicciones principales de la sociedad española, si bien existen otras dos categorías -pueblo/enemigos del pueblo- que se superponen a las anteriores y determinan todo el discurso.

- La oposición del par de términos pueblo/enemigos del pueblo constituye el eje esencial del discurso sobre la Constitución y sobre el contexto social y político en que la Carta se ubica.

- Pero como el pueblo no es objetivable, no aparece con cara y ojos políticos, con protagonistas, con programa, resulta que el antagonismo entre estas categorías es previo a la formalización social de uno de los sujetos. Es decir, que la oposición política entre agentes es anterior al "nacimiento político" de uno de los agentes y a la supuesta hostilidad entre ambos.

- De lo cual inferimos que se trata de un análisis preelaborado que utiliza categorías extraídas de otros análisis sociales.

- Igualmente inferimos que la supuesta polaridad pueblo/enemigos del pueblo como condición previa a la definición de estos agentes por un análisis social, viene dada por la nefasta influencia del llamado método dialéctico, presidido por la todopoderosa figura de la contradicción, que conduce a ver oposición social (o lucha de clases en su forma antagónica) antes de que estén desvelados los agentes sociales y formadas sus actitudes (hostiles o no).

- De la misma manera, estimamos que al pueblo como sujeto social le son atribuidas capacidades que está lejos de poder demostrar, por lo que el discurso puede calificarse de idealista en cuanto a la actividad transformadora de éste.

- La evolución de los acontecimientos posteriores al período

constituyente, los resultados de sucesivas elecciones (locales, autonómicas y generales) y la firma de nuevos pactos sociales para salir de la crisis económica, entre otras decisiones políticas y económicas que representaron altos costes para las clases subalternas, han ratificado que los análisis de Bandera Roja habían pecado de triunfalistas o, por decirlo con otras palabras, permanecían inscritos en esa vaga (y otrora poderosa) corriente de la teleología moderna que podríamos denominar optimismo histórico.

7.2. ANÁLISIS DE LOS TEXTOS DE

EN LUCHA

Sumario.

7.2.1. Fuerzas sociales y correlación de fuerzas durante el período constituyente

7.2.1. Las fuerzas sociales

7.2.1.1. La(s) clase(s) dominante(s)

7.2.1.2. Las clases subalternas

7.2.2. La correlación de fuerzas y el poder constituyente

7.2.2.1. Dictamen sobre el momento constituyente

7.2.2.2. El consenso

7.2.3. Dictamen sobre la Constitución

7.2.3.1. Valoración de la Constitución

7.2.3.1.1. La crítica a la Constitución

7.2.3.1.2. La defensa de la Constitución

7.2.3.2. Posición ante el referéndum constitucional

7.2.3.3. Evaluación de los resultados del referéndum

7.2.4. El discurso sobre el pueblo

7.2.4.1. El discurso sobre el poder y sobre el pueblo

7.2.4.2. Conclusiones

Las páginas de En lucha muestran el drástico cambio de opinión de ORT con respecto a la Constitución.

Podemos adelantar que, desde el inicial repudio del Proyecto constitucional, a mediados del año 1978 las posiciones empiezan a cambiar hasta llegar a aceptar el texto definitivo y a promover una campaña defendiendo la Constitución y solicitando el voto afirmativo en el referéndum.

7.2.1. FUERZAS SOCIALES Y CORRELACIÓN DE FUERZAS DURANTE EL PERÍODO CONSTITUYENTE

7.2.1. LAS FUERZAS SOCIALES

7.2.1.1. LA(S) CLASE(S) DOMINANTE(S)

De la lectura de las páginas de esta revista no surge la idea de que existe un bloque social dominante formado por la alianza de varias clases o fracciones de clase, sino que es sólo una fracción de clase, la oligarquía, la que detenta en solitario el poder político a través de la ocupación exclusiva de las instituciones del Estado.

A lo largo de los textos analizados, esta oligarquía aparece denominada con diversas expresiones tales como gran capital, burguesía monopolista (EL 199); grandes capitalistas (EL 161, 199); amos del dinero (EL 204); gran burguesía (EL 204, EL 209); gran patronal (EL 204); oligarquía financiera y terrateniente centralista (EL 227)¹, y perfilada por los siguientes rasgos:

- es una clase social nacional (EL 161)
- es una clase social internacional (EL 199)
- es la clase social dominante (EL 209)
- ha llevado al fascismo al poder (EL 161)
- es enemiga de la libertad y de la democracia (EL 161)
- gobierna en solitario porque tiene copadas las instituciones estatales (EL 161)
- tiene en sus manos el poder económico y político (EL 161)
- tiene como aliado al imperialismo (EL 161)

¹En el Programa Electoral de ORT (abril, 1977, p. 9) se puede leer: "La oligarquía financiera y terrateniente se ha enriquecido rapiñosamente a costa de la superexplotación de la clase obrera, de los campesinos, de todo el pueblo; ha entregado nuestra economía al saqueo del imperialismo extranjero y le ha ido vendiendo la soberanía nacional a EE.UU. cuando así lo necesitaba para reforzar su dominación sobre los pueblos de España".

- está vinculada tradicionalmente a la monarquía (EL 192)
- rechaza radicalmente la forma republicana de gobierno (EL 192)
- está representada por el gobierno de UCD (EL 192)
- está políticamente representada por UCD y AP
- está apoyada por el ejército, la iglesia y la CEOE (EL 192, EL 204)

Es decir, la oligarquía aparece definida políticamente por sus vínculos, por sus representantes y apoyos sociales, por sus ideas y por su forma de gobernar.

En los textos, la burguesía como clase social sólo aparece ocasionalmente y el lugar de la clase dominante lo ocupa la burguesía monopolista, citada más veces como oligarquía, lo cual puede dar la impresión de que *oligarquía* es una categoría más adecuada para caracterizar al grupo social hegemónico en la correlación de fuerzas sociales y políticas existente en la España del tardo y postfranquismo. Sin embargo no es así. No se trata de una categoría utilizada para un análisis de coyuntura, sino de una categoría con validez general.

Según los artículos de En lucha, la oligarquía es una clase universal que histórica e internacionalmente se ha opuesto a las clases subalternas y en particular a la clase obrera y al pueblo. Por lo que respecta al caso español, en el editorial del número 161 de la Revista se adjudica exclusivamente a la oligarquía la responsabilidad de haber instaurado el régimen de Franco -"*...no debemos de ignorar que la clase responsable de la subida al Poder del fascismo ha sido la oligarquía, la misma que hoy sigue teniendo en sus manos el poderío económico y político; la misma que tiene copadas las instituciones estatales*"-, con lo cual se olvida deliberadamente el apoyo que el alzamiento militar del 18 de julio recibió de sectores de la mediana y pequeña burguesía agraria y comercial e incluso de sectores populares inmersos en el ambiente conservador del mundo rural.

En el editorial del número 199, referido a las limitaciones que el texto constitucional establece para los partidos obreros y populares, se afirma que *"la defensa de los intereses de la clase obrera y el pueblo que defiende el partido del proletariado choca frontalmente con la dominación oligárquica"*.

Más adelante el editorial añade: *"Históricamente la burguesía monopolista ha tenido que ceder al empuje del movimiento obrero y popular, viéndose obligada a reconocer la existencia legal de sus partidos. Parejo a esto, los grandes capitalistas han ido imponiendo una serie de trabas jurídicas y constitucionales para establecer el control legal sobre las fuerzas políticas populares"*. Y finalmente, el mismo artículo señala el carácter internacional de la oligarquía cuando afirma: *"Lo que se ha presentado como una regulación democrática, ha sido utilizado por las burguesías monopolistas de varios países para dificultar el ascenso del partido de la clase obrera"*.

A tenor de lo expuesto podemos inferir que la oligarquía es la clase que histórica e internacionalmente ha conformado el mundo burgués y que ha sido (y aún es) el adversario político de los trabajadores. De pasada, debemos señalar que se advierte un giro con respecto a la interpretación marxiana sobre uno de los rasgos característicos de la época moderna -*"Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado"*. Donde Marx y Engels (1969) ven la confrontación de burguesía y proletariado, En lucha ve a la oligarquía frente al proletariado. Estas apreciaciones sobre la oligarquía no se ciñen únicamente al terreno de la política, también las podemos hallar en el campo económico.

En el editorial del número 204, el tratamiento que la economía de mercado recibe en la Constitución se critica de la siguiente manera: *"la constitucionalización de la economía de mercado resta*

armas para hacer frente a los desmanes que provoque el ejercicio de la propiedad privada en manos monopolistas; se atribuyen a la gran patronal excesivas facultades en la defensa de sus intereses admitiéndose el lock-out y el despido libre al tiempo que se imponen limitaciones al derecho de huelga de los trabajadores". De aquí se desprende una lectura selectiva del derecho a la libertad de empresa, de la cual se extrae la idea de que supone ventajas únicamente para la gran patronal y no para todo tipo de patronales. Igualmente los "desmanes" que puedan derivarse del ejercicio de estos derechos constitucionales se atribuyen en exclusiva a los monopolios como si otros sectores, medianos y aun pequeños del capital, no pudieran cometerlos.

Por lo que se refiere a la caracterización del sistema político que la Constitución instaure, se advierte la notable paradoja de que en el régimen que se califica como democracia burguesa sólo una parte de ésta detenta el poder -"*en la democracia burguesa, la gran burguesía sigue mandando*" (EL 209).

Recorriendo los artículos de En lucha se saca la conclusión de que si bien se percibe que la Constitución instaure un sistema parlamentario de corte occidental -"*el texto constitucional configura un régimen de democracia burguesa*" (EL 204)-, no queda claro el lugar que ocupan en él las diferentes fracciones de la burguesía, salvo, naturalmente, la oligarquía. ¿Dónde quedan la pequeña y mediana burguesías que no aparecen ni por acción ni por omisión en el dictamen de En lucha con respecto al texto constitucional? ¿Salen beneficiadas o perjudicadas en sus fines e intereses de clase en el proyecto constitucional?. Sólo hay una pequeña alusión, en una larga entrevista al Secretario General de ORT, publicada en el número 209 de En lucha, quien afirma que las pretensiones del gran capital, al haber encontrado acomodo en el texto constitucional, "*dañan no sólo a la clase obrera, sino también a la pequeña y mediana empresa*".

La respuesta a tales interrogantes nos conduce a los presupuestos teóricos sobre los que esta organización (y otras) de la

izquierda marxista radical elabora sus programas políticos.

En el punto 6.2.4. -Una teoría sobre las élites: el partido de vanguardia- decíamos que tener conciencia de clase es asumir y llevar a la práctica un discurso teórico formulado en términos de interés de clase, concretado en un programa político que aspira a remover profundamente el orden social; es desvelar la compleja trama que sustenta la alienación y apuntar su posible remedio. O dicho con otras palabras, es asumir un discurso que construye teóricamente al sujeto revolucionario y, al mismo tiempo, a su adversario, el enemigo de clase, y ubica a ambos en el campo de la voluntad; en el terreno de la liza política, en el campo de la lucha por el poder; de la lucha por la dirección de la sociedad. Es decir, la delimitación del adversario está indisolublemente relacionada con la delimitación de las propias fuerzas y las de los posibles aliados. Más aún teniendo en cuenta la perspectiva teórica desde la cual la izquierda radical analiza la sociedad que enfatiza la lucha entre las clases más que la cooperación. En el caso que nos ocupa, de las páginas de En lucha brota la impresión de que tras los criterios políticos para delimitar a la clase dominante existe un presupuesto sociológico simple y cuantitativo próximo a una de las versiones de la teoría de juegos. Si consideramos la sociedad como un conjunto dado de individuos y aplicamos las reglas de un juego de suma cero para determinar el número de opresores y de oprimidos, tendremos que cuanto menor sea el número de opresores mayor será el número de oprimidos y viceversa. Según esto, cuanto más reducida sea la clase dominante -la oligarquía- más numeroso será el pueblo. Si, como veremos, el pueblo puede llegar a abarcar a "*la inmensa mayoría de los españoles*" (EL227), por inferencia debemos estimar que dentro de esa mayoría se encuentran presentes la pequeña y mediana burguesías en calidad de aliadas de la clase obrera y de otras clases y capas populares, y enfrentadas, claro está, a la oligarquía, que detenta el poder en solitario.

Aunque no formulada con esta crudeza, una alusión a la pequeña y mediana burguesías aparece en las citadas declaraciones de José Sanroma, quien no vincula a estas clases explícitamente con la formalización del pueblo, sino con la creación de una unidad muy amplia, de carácter antimonopolista, para salir de la crisis económica.

7.2.1.2. LAS CLASES SUBALTERNAS

Diversas colectividades sociales aparecen sucesivamente en las páginas de En lucha para referirse a las clases subalternas: los trabajadores, el proletariado, la clase obrera, el pueblo, el pueblo trabajador, los pueblos de España, los hombres y mujeres del pueblo trabajador, las naciones de España, las nacionalidades y diversos sectores populares sin especificar.

La categoría que parece aglutinar a todas ellas es la de *pueblo* o *pueblos de España*, pero como la diferencia entre ambas no queda clara ni siquiera por el contexto de las frases, debemos colegir que el o los editorialistas emplean indistintamente una u otra. Uno de los casos es el siguiente párrafo, en donde aparecen claramente como sinónimos : "*la clase obrera y los pueblos de España no han podido unir en un único haz la derrota del fascismo y la de la oligarquía. Pero no es menos cierto que el pueblo ha impuesto a los grandes capitalistas, enemigos de la libertad y la democracia, el reconocimiento de los derechos y libertades negados en las cuatro últimas décadas*" (EL161).

Tampoco conocemos la diferencia entre el pueblo a secas y pueblo trabajador y aunque suponemos que se trata de una distinción que hace referencia a la fracción exclusivamente laboral del pueblo - la clase obrera- frente a la pequeña y la mediana burguesías, incluídas implícitamente en el pueblo tal como indicábamos en el punto anterior, esta suposición queda desmentida por el uso. Si tal sentido puede derivarse del contexto referido a los fines e intereses específicos de la clase obrera, como en la frase: "*El*

pueblo trabajador ha asociado desde siempre la conquista de la libertad a la obtención de mejores condiciones de vida y trabajo. Los grandes capitalistas quieren utilizar la democracia para seguir explotando a los trabajadores, y ahora también con el engaño del pacto social", queda desmentido en la frase inmediata: "Para el pueblo, la consolidación de la democracia no puede ir separada del combate contra el pacto social y del uso de la libertad para conseguir mayor bienestar material y cultural" (EL227).

Este uso indiferenciado se mantiene en todos los artículos, alguno de los cuales puede calificarse de antológico por la profusión de términos empleados para delimitar lo que parece ser el mismo sujeto social. "Aún con todo, pueden y deben conseguir los pueblos de España que el texto constitucional que han de elaborar las Cortes recoja adecuadamente los derechos y libertades democráticas que conquistaran. Hay que poner definitivamente freno a quienes pretenden hacer democracia negándole sistemáticamente al pueblo el derecho a participar en los asuntos vitales de la política. Los hombres y mujeres del pueblo trabajador deberán ahora usar intensamente el derecho a opinar sobre el contenido de la Constitución hasta forzar a los partidos redactores de la misma a tener en cuenta esa opinión. Ante el anuncio del comienzo del debate constitucional, ya desde ahora y en el transcurso de su discusión en las Cortes, la clase obrera y los pueblos de España hemos de dejar oír nuestra voz desde todas las nacionalidades y regiones, convertidas en escenario de un inmenso parlamento del pueblo exigiendo su pan y sus derechos". En esta larga cita extraída del editorial del número 183, en la que se han subrayado las expresiones en cuestión, se encuentra una prueba de lo que afirmamos.

Lo que se desprende de la lectura de En lucha es que:

1) el pueblo comprende todas aquellas clases y capas sociales que no son la oligarquía, hasta abarcar a "la inmensa mayoría de los españoles que forman el pueblo" (EL227)

2) que el pueblo tiene algún grado de vertebración y

3) que, en ésta, la clase obrera aparece como la fracción dirigente de todo el conjunto.

Así, pues, en ese enorme e impreciso agregado que es el pueblo lo que queda delimitado claramente es la fracción que ocupa el lugar dirigente: el proletariado o clase obrera, de la que sabemos que es "*única, numerosa y fuerte*" (EL198).

De la lectura de los editoriales de *En lucha* se desprende que:

- el pueblo es una colectividad activa, que,
- con la clase obrera a su cabeza,
- ha conquistado los derechos democráticos,
- los ha impuesto a los grandes capitalistas, enemigos de la libertad y la democracia.
- Luchando ininterrumpidamente durante los últimos cuarenta años
- ha podido derrotar al fascismo pero no a la oligarquía que lo sostenía.
- El pueblo es el único motor que ha permitido el paso de la dictadura a la democracia (y no la figura del Rey).
- El pueblo -con su lucha y con sus votos- ha dado un mandato a los partidos democráticos: hacer una Constitución.

De lo anterior se deduce que:

- El pueblo representa la colectividad subalterna por excelencia que aparece guiada por su fracción más resuelta, la clase obrera.
- El pueblo presenta un elevado grado de madurez política, adquirido en largos años de enfrentamiento con la dictadura franquista
- El pueblo es una entidad aglutinada en torno a determinados objetivos políticos (antifascismo).

Dentro del pueblo como colectividad, la clase obrera aparece perfilada de la siguiente manera:

- es la fracción más resuelta del pueblo (clase para sí).
- ha luchado por los mismos objetivos que el pueblo y lo ha guiado en esta lucha.
- aspira a alcanzar el socialismo (junto con los diversos pueblos de España).

El pueblo aparece dotado de los siguiente objetivos:

- en el pasado, su objetivo estaba en conquistar los derechos democráticos, por los cuales se enfrentó durante 40 años a la dictadura franquista (fascista)
- en la situación actual -el período constituyente-, el pueblo se plantea la defensa y ampliación de tales derechos
- hacia el futuro, la alianza entre la clase obrera y el pueblo tiene un sentido: llegar al socialismo

El pueblo como colectividad está políticamente representado:

- a) Por varios partidos, entre los cuales se encuentran el PSOE y el PCE, considerados partidos populares con representación parlamentaria y partidos de izquierda.
- b) Por los partidos nacionalistas, como representantes de los diversos pueblos de España.
- c) Una parte del pueblo está representada por la ORT, según se indica en el editorial del nº 227 de En lucha, referido a la necesidad, después del referéndum constitucional, de celebrar elecciones legislativas "*que den oportunidad para formar un Parlamento más representativo con la inclusión de la Organización Revolucionaria de Trabajadores -que goza de reconocida influencia en una parte importante del pueblo- y una mayor presencia de las fuerzas nacionalistas*".
- d) Dentro de la concepción estratégica del pueblo es de vital importancia la formalización política de la clase obrera, que según una vieja tradición debe estar representada por un solo partido. La lectura del editorial del nº 199 de En lucha, referido al contenido del artículo 6 del Anteproyecto de

Constitución, cuyas limitaciones *"tienen un claro destinatario: el Partido de la clase obrera y otros partidos del pueblo"* parece ratificar la idea del partido único de los trabajadores, o de un partido *verdaderamente representativo* de los intereses políticos de los trabajadores. Naturalmente, la ORT en diversos documentos se arroga tal representación².

7.2.2. LA CORRELACIÓN DE FUERZAS Y EL PODER CONSTITUYENTE

7.2.2.1. DICTAMEN SOBRE EL MOMENTO CONSTITUYENTE

1. El período constituyente es -según En lucha- una consecuencia de la victoria de las fuerzas democráticas en las elecciones generales de junio de 1977, cuyo resultado se interpreta como un mandato que el pueblo, con su lucha y con sus votos, ha dado a los partidos democráticos: elaborar una nueva constitución. No obstante, si bien dichas elecciones se pueden considerar un fruto de la lucha ininterrumpida que los pueblos de España han mantenido durante los últimos cuarenta años para imponer a los grandes capitalistas el reconocimiento de las libertades y derechos democráticos, también es cierto que *"la clase obrera y los pueblos de España no han podido unir la derrota del fascismo*

²Véase el editorial del nº 142 de En lucha (20/3/77) en donde se afirma: *"La clase obrera y su Partido, la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), estamos interesados y venimos propugnando una solución democrática"*. Igualmente en la reseña del I Congreso (En lucha nº 162, 8/9/77) se pueda hallar la misma pretensión. Lo mismo cabe decir del Informe del I Pleno del II Comité Central -*"La lucha por la democracia y por la defensa de los intereses del pueblo trabajador, hoy"* (sept. 1977)- El militante nº 12 (marzo, 1978, pp. 97-116), en donde se afirma (p. 116): *"Un Congreso que culmina la etapa de formación del partido marxista leninista de la clase obrera española y que comienza a lograr su plena madurez"*. El informe termina señalando la confianza de ver crecer a la ORT con la aportación de *"hombres y mujeres del pueblo que decidan militar junto a los miles de comunistas que ya hoy formamos el Partido"*.

con la de la oligarquía", que ha sido la clase que ha llevado al primero al poder y "la que sigue teniendo en sus manos el poderío económico y político; la misma que tiene copadas las instituciones estatales" (EL 161).

2. En esta situación de predominio político de la oligarquía, se libra una batalla entre los que desean recortar los derechos democráticos conquistados y aquellos que pretenden ampliarlos. Esta batalla debería hallar su correlato en el parlamento pero tanto el PCE como el PSOE han aceptado las condiciones que conforman el consenso constitucional y todo lo que conlleva. Además, pese a haber sufrido el fascismo una derrota en las urnas, persiste la amenaza de una intentona golpista contra el nuevo régimen democrático.

3. El poder constituyente no está, pues, en las Cortes, "sino en la Moncloa y en la Zarzuela" (EL 204) y sometido, además, a la influencia de la CEOE, del ejército y de la jerarquía de la iglesia católica.

Así, pues, "la Constitución de 1978 nace con todo el lastre que la hegemonía de UCD, AP y la propia Monarquía han impuesto en el proceso de su elaboración. Al PSOE y al PCE les corresponde una gran responsabilidad en ello al haber aceptado el consenso" (EL 204). Por estas razones, "el proyecto de Constitución que se va a debatir es sólo un reflejo muy pálido de los objetivos que estaban presentes en las amplísimas luchas que el pueblo llevó por su libertad contra la dictadura fascista" (EL 183).

7.2.2.2. EL CONSENSO

Las páginas de En lucha son críticas con el consenso, pero, a diferencia de otras revistas radicales, ésta no lo desestima por principio -"En la medida en que las constituciones bajo el poder burgués son, por lo común, resultado de un compromiso, traducción de un equilibrio temporal e inestable entre las fuerzas político-

sociales participantes en su elaboración (aunque siempre bajo la supremacía burguesa), es necesario, en tanto exista un amplio consenso respecto a la Constitución, contar con un mecanismo que permita establecer modificaciones constitucionales que reflejen, al menos en parte, la evolución de la correlación de fuerzas" (EL 161)-, sino por la forma que reviste.

Así, el editorialista del nº 196 de En lucha, señala: "El modo arbitrario, irregular y secreto en que, bajo la batuta de UCD, se ha elaborado el Anteproyecto, al tiempo que ha puesto mil obstáculos a la presión del pueblo, ha abierto anchas puertas a la influencia del gran capital. Éste ha impulsado que la Constitución sancione el sistema capitalista -cosa normal, dado que conserva el poder político-. Por otra parte, la jerarquía eclesiástica, la CEOE y diversas fuerzas políticas, económicas y sociales al servicio de la oligarquía han conseguido de diferentes formas limitaciones importantes en el contenido democrático del texto". Afirmaciones que se repiten, casi punto por punto, en el editorial del nº 199 -"El modo en que se está elaborando la Constitución, con componendas de trastienda y dejando al margen al pueblo, está permitiendo a los grupos oligárquicos imponer este tipo de limitaciones a los derechos democráticos que se ven obligados a reconocer. Una labor que no encuentra oposición en el resto de los grupos parlamentarios y que algunas veces, como ésta, cuenta con su colaboración. Este es otro fruto del consenso y del empeño de los parlamentarios en encerrar la elaboración de la nueva Constitución en las Cortes". Como correlato, en el mismo editorial de En lucha nº 196, se señala que a lo largo de los ocho meses que han transcurrido desde el comienzo del debate constituyente, "se ha hecho todo lo posible por mantener al pueblo al margen de la elaboración del Anteproyecto".

Argumento en el que se insiste en el editorial del nº 204 -"La Constitución de 1978 nace con todo el lastre que la hegemonía de UCD, AP y la propia Monarquía han impuesto en el proceso de su

elaboración. Al PSOE y al PCE les corresponde una gran responsabilidad en ello. Fruto fundamental de esta hegemonía ha sido el que el pueblo haya visto limitadas grandemente sus posibilidades de presionar para conseguir una Constitución mejor".

Sin embargo, en un editorial posterior -del nº 204- se admite la posibilidad de que las demandas populares puedan haber encontrado eco en la Comisión Constitucional del Congreso -"Cabe afirmar que las grandes movilizaciones populares que han tenido lugar a lo largo de estos doce meses de democracia han influido en la Constitución que se va a aprobar. Pero el secreto -aceptado por el PSOE y el PCE- en que se redactó el anteproyecto ha impedido al pueblo ejercer un influjo mayor".

7.2.3. DICTAMEN SOBRE LA CONSTITUCIÓN

7.2.3.1. VALORACIÓN DE LA CONSTITUCIÓN

Los principales argumentos que aparecen en los sucesivos artículos y editoriales de En lucha tienen su origen en el documento "Sobre la Constitución", elaborado por la Secretaría Política del Comité Central de la ORT, publicado en extracto en el número 161 de la Revista (8/VIII/77) bajo el título "España necesita una Constitución democrática" y repetido en sus líneas maestras en el editorial del número 165 (29/IX/77) "Es urgente una constitución democrática".

Antes de que comience el debate constitucional en las Cortes, el citado documento de la Secretaría Política es enviado a los presidentes de los grupos parlamentarios (Felipe González, del PSOE, Santiago Carrillo, del PCE, E. Tierno Galván, del Grupo Mixto, y Joan Raventós, del Grupo Parlamentario Socialista de Cataluña, así como a los diputados Juan María Bandrés, Lluís María Xirinachs y Francisco Letamendía).

Igualmente, ORT da a conocer a todos los grupos parlamentarios las 37 enmiendas que presenta al Proyecto de Constitución. Dichas enmiendas, acompañadas de comentarios sobre los debates en el Congreso, comienzan a publicarse a partir del número 185 de En lucha (16/II/78). De igual manera se crea la sección "La marcha del Debate Constitucional" y el mismo día en que se empieza a discutir el Proyecto en la Comisión del Congreso se comienza a publicar una separata especial -En lucha informa- dedicada al tema.

En el citado editorial del número 161 se ofrece a los lectores una definición, de corte jurídico, de lo que es una constitución: *"Las constituciones escritas son una pieza fundamental de la realidad política. Configuran el marco legal, jurídico-político en que deben desenvolverse los partidos y organizaciones. De esta manera ayudan a moldear esa realidad política, dando forma a la relación de fuerzas existente"*, que resume la apuntada en el editorial *"La Constitución de la II República. Un buen ejemplo de una Constitución democrática"*, publicado en el número 157 y que dice: *"La Constitución es la ley política fundamental de un país: en ella se recogen los derechos y garantías individuales y políticas de sus habitantes, regulándose también la composición, estructura, funciones y competencias de los diversos organismos estatales. Por lo tanto, las Constituciones escritas son una cuestión básica de la lucha política porque configuran el marco legal en que deben desenvolverse los distintos partidos y fuerzas políticas y a través de éstos, las diferentes clases sociales"*.

Como indicábamos al principio de este apartado, las páginas de la revista En lucha muestran el drástico cambio de opinión de ORT durante el período constituyente. Desde el inicial repudio del Proyecto, las posiciones van evolucionando hasta adoptar una postura favorable al texto definitivo, lo cual lleva a esta Organización a promover una campaña de opinión pública para solicitar el voto afirmativo en el referéndum constitucional.

La tercera y la cuarta reuniones plenarias del Comité Central de ORT, celebradas el 12 de junio y los días 2 y 3 de octubre de 1978, respectivamente, y, sobre todo, los acuerdos de la reunión de la Secretaría Política puestos de manifiesto por el Secretario General, José Sanroma, en una entrevista (En lucha nº 209, 3/VIII 1978), marcan los puntos de inflexión en el cambio de opinión del periódico, que, en síntesis, sufre, a lo largo del año 1978, la evolución siguiente:

* En lucha 183 (2/II/1978). Reproduce las ideas del documento maestro -"Sobre la Constitución", En lucha 161- afirmando que España necesita una constitución no solamente democrática, sino abiertamente antifascista.

El proyecto constitucional tampoco permite el tránsito al socialismo.

* En lucha 196 (4/V/1978). Indica que a pesar de que el proyecto configura una Constitución que no es la que los trabajadores necesitan ni para llegar ni para abrir el camino hacia el socialismo, es imprescindible introducir en el texto una serie de derechos que puedan facilitar la lucha obrera y popular.

* En lucha 203 (22/VI/1978). Afirma que el texto constitucional configura un régimen de democracia burguesa, que al tiempo que reconoce derechos conquistados por el pueblo, los limita en su ejercicio.

* En lucha 204 (29/VI/78). Señala que a pesar de que el contenido de la Constitución, globalmente democrático pero no socialista, supone un avance con respecto al pasado fascista, no se pueden dejar de criticar sus limitaciones al ejercicio de los derechos democráticos.

* En lucha 209 (3/VIII/78). Reconoce que no ha habido posibilidad

de hacer una Constitución mejor, pero si el proyecto tiene un sentido progresista con respecto al fascismo y si puede servir para impulsar la lucha por los objetivos que defiende la ORT, la Constitución debe aceptarse.

* En lucha 217 (28/IX/1978). Apunta que, a pesar de ser una constitución elaborada bajo el poder del gran capital y con la vigilancia del imperialismo, permite aprovechar las libertades conquistadas para continuar la lucha contra el poder burgués y la explotación capitalista.

* En lucha 219 (12/X/1978). Razona que la Constitución hubiera podido tener un contenido más progresista, pero que, a pesar de todo, entierra legalmente el régimen fascista.

El referéndum debe suponer un rotundo SÍ a la democracia y un NO a la restauración de la dictadura franquista.

* En lucha 222 (2/XI/78). Manifiesta que pese a las deficiencias e insuficiencias que contiene, el texto constitucional es un elemento positivo y válido para avanzar.

* En lucha 224 (16/XI/78). Solicita, en el referéndum, el SÍ a la Constitución, para cerrar el paso a los fascistas y consolidar la democracia.

* En lucha 227 (7/XII/1978). En un análisis sobre los resultados del referéndum, afirma que con la aprobación de la Constitución se ha cumplido el deseo de la inmensa mayoría de los españoles que forman el pueblo de poner punto final al pasado fascista y construir un régimen democrático.

Partiendo de este resumen y para evitar el análisis minucioso de un discurso a veces excesivamente moroso y poco rico en nueva información, hemos creído conveniente agrupar en dos grandes

bloques -a favor y en contra- las opiniones de En lucha sobre la Constitución. Como éstas se emiten, naturalmente, en el tiempo, comenzaremos por las posiciones adversas que son las primeras.

7.2.3.1.1. LA CRÍTICA A LA CONSTITUCIÓN

La crítica parte del supuesto de que la Constitución debe tener el carácter contrario al régimen derrotado por la lucha obrera y popular. Puesto que *"el régimen imperante en España estos últimos cuarenta años ha sido de carácter fascista"*, lo justo es que la Constitución no *"sea solamente democrática, sino, además, una Constitución abiertamente antifascista"* (EL161).

La Constitución debe tener además otro rasgo fundamental: debe contemplar la república como la forma política del Estado. Una Constitución de las características mencionadas barrería *"toda supervivencia institucional del régimen anterior, privando a los fascistas de su poder en el aparato del Estado"*.

La ausencia de un preámbulo que defina el carácter opuesto *"al ordenamiento jurídico-político anterior, pone de manifiesto que no se quiere hacer una Constitución Democrática antifascista"* (EL183).

Aunque ya se ha citado al principio del epígrafe, la razón de lo anterior reside, según las propias expresiones de En lucha (nº 183), en que *"la Constitución va a estar bajo el poder burgués; porque no fue posible unir en un mismo golpe la derrota del fascismo y la de la oligarquía que lo sustentaba, la Constitución que se redacta no posibilitará a partir de ella el paso al socialismo"*.

Inicialmente, los desacuerdos fundamentales con el proyecto constitucional son los siguientes:

- El régimen democrático queda seriamente condicionado debido a las excesivas facultades concedidas a la Corona, a los poderes del Ejecutivo, a la regulación del voto de censura constructivo y a la proporcionalidad de la representación parlamentaria.

- Impone arbitrariamente la institución monárquica sin haber realizado previamente un referéndum específico sobre la forma de Estado, en el cual el pueblo pueda expresar libremente sus preferencias sobre la monarquía o sobre la república.

- A partir del reconocimiento de la propiedad privada y de la libre iniciativa empresarial, institucionaliza el sistema de producción capitalista. La constitucionalización de la economía de mercado es una dificultad añadida a los intentos de hacer frente a los desmanes que provoque el ejercicio del derecho a la propiedad privada por parte de los grupos monopolistas.

Se conceden a la gran patronal excesivas facultades en la defensa de sus intereses, admitiéndose el lock-out y el despido libre, al tiempo que se imponen serias limitaciones a los derechos de los trabajadores, especialmente a los de huelga y sindicación.

- La triple normativa sobre el programa, las actividades y la estructura de los partidos políticos es una amenaza para el partido de los trabajadores y otros partidos populares y puede ser utilizada, en su momento, para declararlos fuera de la ley.

- No se reconoce el derecho de autodeterminación para las nacionalidades y se limitan los derechos correspondientes a las nacionalidades y regiones.

- Es insuficiente la regulación que se hace de la libertad de enseñanza, de la igualdad de la mujer, de los derechos de la juventud, de la familia, el matrimonio, el divorcio... Y existen notables trabas interpuestas para el ejercicio de los derechos de asociación, sindicación y otros que se reconocen.

- Existe la posibilidad de suspender los derechos reconocidos a las personas sospechosas de terrorismo. Queda abierta la posibilidad de establecer estados de excepción encubiertos.

Sin dejar de reconocer su contenido democrático, la Constitución no responde ni mucho menos a las necesidades de consolidar y ampliar la democracia en España, por lo cual la lucha por los derechos democráticos va a seguir siendo objetivo fundamental de la movilización popular. Por ello, el proyecto constitucional es un pálido reflejo de los objetivos por los que el pueblo se ha movilizizado contra la dictadura franquista.

En los artículos citados no se critica únicamente al contenido del proyecto constitucional sino también al procedimiento para elaborarlo, el cual, según En lucha (nº 161), margina a fuerzas políticas esenciales -"nada habrá más peligroso que valerse del equilibrio coyuntural reflejado en unas elecciones 'sui géneris', como las del 15 de junio, para hacer y deshacer componiendo un sistema político con marginación o subordinación manifiesta de sectores sociales y fuerzas políticas fundamentales".

7.2.3.1.2. LA DEFENSA DE LA CONSTITUCIÓN

La abismal diferencia que encuentra el lector de En lucha entre el contenido de los artículos de los ejemplares de principios de 1978 y los de finales de ese año se debe al giro copernicano que experimenta el dictamen de ORT sobre la situación política del país. Aunque la causa mediata de dicho giro sea el proceso de legitimación democrática en que se encuentra inmersa la ORT, la causa inmediata es el dictamen sobre la influencia que ejercen en el proceso constituyente tanto el fenómeno del terrorismo como lo que En lucha denomina involución fascista.

Las actividades de los grupos armados, sobre todo de ETA, y el malestar que causan en el Ejército aumentan las reservas con que se recibe el proceso constituyente en algunos minoritarios pero influyentes sectores del estamento militar.

En un clima emocionalmente poco proclive a los cambios y a la pérdida de los valores jerárquicos y tradicionales como el que

ofrece el ejército español al fin del franquismo, el continuo goteo de nuevas víctimas del terrorismo se percibe como la confirmación de que la descristianización, la desunión de España y la legalización de partidos considerados seculares enemigos son algunas de las consecuencias de la "traición" de A. Suárez a los ideales franquistas, que serán reconocidas en una constitución, que se entiende como la carta magna del caos.

Junto con los atentados de la extrema derecha contra miembros del movimiento popular y vecinal, el malestar en el Ejército tendrá expresión pública no sólo en las frecuentes y duras declaraciones de algunos generales, sino en ciertos movimientos de resistencia. La reunión de Játiva³, la insubordinación del capitán de corbeta Gonzalo Casado en Cartagena, donde, en presencia del Ministro de Defensa, general Gutiérrez Mellado, acusa al proyecto constitucional de ser "ateo y divorcista", y del general Atarés que, antes de ser arrestado, logra gritar "*la Constitución es la gran mentira*" y, sobre todo, el descubrimiento de la trama golpista de la "Operación Galaxia", dan una idea del clima en que se produce el giro de ORT, para cuyos dirigentes lo fundamental del momento es colaborar en la consolidación del proceso democrático.

Así, por un lado, ORT condena explícitamente las actividades de ETA ((EL208, 27/VII/78; EL224, 16/XI/78) y participa en las manifestaciones de repulsa al terrorismo junto con partidos del arco parlamentario (EL224, 16/XI/78) y, por el otro, decide⁴ aceptar el proyecto constitucional, pues "*en esta situación, todo lo que sea postergar la aprobación y puesta en vigor de la*

³En septiembre de 1977 se reúnen en Játiva exministros franquistas y generales (Pita da Veiga, Coloma Gallegos, Prada Canillas, Álvarez Arenas, De Santiago, Milans del Bosch) para poner en marcha un proyecto que tiene como fin proponer al Rey un gobierno de salvación nacional apoyado por las fuerzas armadas y presidido por un general.

⁴Ver declaraciones de José Sanroma (En lucha nº 209) después de una reunión de la Secretaría Política para tratar el tema de la Constitución, y la declaración sobre este asunto del IV Pleno del Comité Central (En lucha nº 219, 12/10/78, y El militante nº 14, noviembre, 1978).

Constitución favorece una inestabilidad política de la que son máximos beneficiarios los fascistas. Por ello, aunque en bastantes aspectos la Constitución es un trágala para el pueblo y para el Partido, tenemos que inclinarnos por el sí" (EL209).

Los argumentos esenciales a favor del proyecto constitucional son los siguientes:

- ORT, por sus propias fuerzas, no ha tenido posibilidad de hacer una Constitución mejor, pero demorar su aprobación favorece los intentos involucionistas. No queda más remedio que aceptarla.

- El proyecto de Constitución instaaura como régimen político una democracia burguesa, que es un progreso y una mejora respecto al fascismo, porque el pueblo ve reconocidos por ley una serie de derechos y la clase dominante, aunque no cede nada de su poder, se compromete legalmente a seguir unas reglas del juego.

- Aceptar la Constitución no significa decir sí al capitalismo ni, por tanto, renunciar a puntos esenciales del programa - "*seguimos siendo un partido marxista-leninista que lucha por el socialismo y el comunismo, que lucha diariamente contra el capitalismo, y el sí a la Constitución no nos crea ningún compromiso que nos obligue a renunciar a esta lucha" (EL209).*

- Aceptar la Constitución no es aceptar la Monarquía - "*seguimos siendo un partido republicano, aunque ahora la lucha por la República tiene unas nuevas condiciones" (EL209).*

- Aceptar la Constitución tampoco supone renunciar a defender el derecho de autodeterminación de las nacionalidades, sino aceptar el nuevo marco de juego - "*A lo que decimos sí es, resumidamente, a las reglas del juego que se establecen en la Constitución. Aceptamos en cierto modo un compromiso jurídico, no moral..." (EL209).*

7.2.3.2. POSICIÓN ANTE EL REFERÉNDUM CONSTITUCIONAL

Después de lo dicho, unas pocas frases textuales resumen la posición ante el referéndum:

- *"El referéndum debe ser ocasión de (mostrar) la más amplia participación popular para afirmar un SÍ a la democracia y un NO a la restauración de la dictadura franquista" (EL219).*

- *"La Organización Revolucionaria de Trabajadores se ha pronunciado ya por el SÍ para el referéndum constitucional considerando el texto globalmente positivo y válido para avanzar a pesar de las insuficiencias y deficiencias que contiene" (EL222).*

- *"La Organización Revolucionaria de Trabajadores está llevando a cabo una campaña por el SÍ a la Constitución en toda España, para cerrar el paso a los fascistas y seguir avanzando en la consolidación de la democracia" (EL224).*

7.2.3.3. EVALUACIÓN DEL RESULTADO DEL REFERÉNDUM

Los editoriales de la Revista ven en los resultados de la consulta una confirmación del acierto de sus posiciones:

- *"Acaba de aprobarse la Constitución en referéndum. Se ha impuesto el deseo de la inmensa mayoría de los españoles, que forman el pueblo, de enterrar legalmente el franquismo y construir un régimen democrático. Ahora se nos reconocen los derechos y libertades elementales por los que hemos venido luchando en los últimos cuarenta años" (EL 227).*

La aprobación de la Constitución se considera, igualmente, el fin de una etapa transitoria, de un pasado definitivamente cerrado y la apertura de una nueva época.

- *"Esta Constitución pone el punto final al pasado fascista y es también un instrumento para consolidar la democracia. Consolidar, en este caso, es sinónimo de avanzar: usar las libertades y derechos que en la Constitución se reconocen para conquistar mayores metas" (EL 227).*

7.2.4. EL DISCURSO SOBRE EL PUEBLO

7.2.4.1. EL DISCURSO SOBRE EL PODER Y SOBRE EL PUEBLO

De la lectura de los textos que forman el *corpus*, una de las ideas que quedan más claras es la del carácter central que tiene en el discurso de En lucha la oposición de intereses, objetivos y aspiraciones de dos colectividades que se comportan como adversarios, con lo cual se verifica el paradigma *amigo/enemigo*. De igual manera se verifica la forma concreta que adoptan tales categorías en la coyuntura política y social en la que se ubica el estudio. *Amigo* y *enemigo* hallan su expresión social en las agrupaciones humanas *pueblo* y *oligarquía*, que es el término que en los discursos de otras revistas equivale a *enemigos del pueblo*. No obstante, si bien el paradigma analítico *amigo/enemigo* se verifica, debemos señalar que ambas categorías, en cuanto a su concreción, no son equiparables.

Mientras que la correspondiente a *enemigos del pueblo* -oligarquía o gran capital- es una categoría llena de contenido y de matices y parece responder a una colectividad humana real, socialmente definible, con una actividad constatable en la sociedad, con unas aspiraciones, unos intereses, una expresión política representada por partidos, por programas y por una élite -algunos de cuyos miembros aparecen en los textos con nombres y apellidos-, la categoría *pueblo* es difusa, indefinida; es más literaria que sociológica y, sobre todo, que política.

Después de leer los editoriales de En lucha no sabemos qué es el pueblo; ni si es uno o son varios los pueblos de España, a no ser que exista un gran pueblo de pueblos; ni sabemos qué colectivos sociales integran el pueblo, ni cuales son sus partidos -aparte de la ORT, pues ni siquiera el PSOE y el PCE están claramente señalados como partidos populares-, ni cuál es su programa, ni cuáles sus dirigentes. Sabemos cuales son las vagas aspiraciones del pueblo porque le son atribuidas por los editorialistas de En lucha, pero nada en los textos indica que se hayan materializado

en alguna reivindicación concreta y haya sido expresada de alguna manera, por algún representante del pueblo. Y con esto llegamos al asunto del poder.

Pueblo es una categoría literaria (o mítica si se quiere) pero no política, porque, si la política supone la aspiración a ostentar o detentar el poder, la aspiración a tal fin necesita de los medios y del marco adecuado, pero nada en los textos nos indica que se esté librando una batalla política (o una serie de ellas) entre contendientes que han alcanzado tal grado de antagonismo como para ser definidos como enemigos.

Es decir, no hay disputa por el poder entre el pueblo y los enemigos del pueblo (u oligarquía), porque uno de los litigantes -el pueblo- no existe como sujeto político y, por lo tanto, no puede entrar en el marco de la política ni disputar por el poder. Según En lucha, que ofrece una noción del poder más próxima a la ética que a la política, el poder parece ser un derecho derivado de la condición subalterna, de la cantidad de individuos privados de él o de la calidad de la opresión que sufren, más que el resultado de una voluntad política de un sujeto social y de una fuerza que convierta dicha voluntad en capacidad real.

Esta falta de objetivación del pueblo, la dificultad de adoptar forma -cuantificable, identificable sobre el papel-, ha permitido que el discurso pudiera desprenderse de estos anclajes de lo real y concreto y fabular sobre la capacidad transformadora de las fuerzas populares; el discurso es así triunfalista. Este rasgo, claramente perceptible en los primeros textos, podría haberse atemperado a tenor del rumbo que, en el debate parlamentario, iba tomando el texto constitucional y haber dado lugar a una postura más comedida y acorde con lo que estaba sucediendo en las Cortes y en la calle, en donde el debate entre los constituyentes pasaba sin pena ni gloria, pero ello obligaba a revisar seriamente la interpretación sobre el final del franquismo y el dictamen sobre la correlación de fuerzas.

Las razones por las que esta revisión -no sólo en ORT, sino en la

mayoría de las organizaciones de la izquierda radical- no se hizo no vienen ahora a cuento⁵, lo cierto es que, en aquella coyuntura era difícilmente conciliable seguir manteniendo que el pueblo se encontraba a la ofensiva y, al tiempo, tratar de explicar unos acontecimientos que marchaban por derroteros bien diferentes.

El resultado de este vano esfuerzo por tratar de conciliar el triunfalismo político con la observación de la terca realidad, que si bien no siempre se impone, ofrece, al menos, aspectos que son insoslayables, fue producir un discurso incoherente.

La lógica (la misma que hemos encontrado en Bandera Roja) que subyace en este discurso paradójico, dividida en cuatro momentos, es, en síntesis, como sigue:

Primer momento: El pueblo aparece en escena. Después de cuarenta años de lucha ininterrumpida, el pueblo impide la continuación del franquismo después de la muerte de su fundador (en los textos se habla de "derrota" del franquismo -fascismo-) e impone a la oligarquía las libertades llamadas democráticas. Sin embargo, la movilización popular no puede evitar que la oligarquía, hasta privada de su valedor, siga detentando el poder encastillada en los aparatos del Estado. Pese a ello, la ofensiva popular impone

⁵En "Revolución: política y mito" (Iniciativa Socialista nº 23, 1993) apunto algunos de los factores que hacían muy difícil la revisión de aspectos tácticos y estratégicos que tuvieran que ver con las señas de identidad de estos grupos radicales: *"Estos dos rasgos -revolución y comunismo- quedaron marcados con carácter indeleble sobre la conciencia de muchos militantes -dirigentes y dirigidos- y condicionando, por lo tanto, el futuro de unas organizaciones nacidas para alcanzar el comunismo por medio de una revolución. Al desaparecer ésta como posibilidad a corto o medio plazo, no acertaron a definir otro objetivo y desaparecieron como viejos dinosaurios incapaces de adaptarse al nuevo entorno. Su carácter esencialista, que les sirvió de acicate durante los años de militancia orientada hacia la revolución, actuó como una vacuna que impidió revisar sus señas de identidad y adaptarse. Eran organizaciones que habían nacido exclusivamente para cambiar el mundo de forma radical; no podían, pues, adaptarse a él. Tenían una concepción de su misión social que les impedía llegar a ningún tipo de transacción con lo que consideraban sus principios. Muchas organizaciones no superaron la prueba de cuestionar su identidad y desaparecieron al no poder renunciar a ninguno de sus rasgos esenciales"*.

la convocatoria de las elecciones generales -15/VI/77-, que son ganadas por los partidos democráticos, los cuales, obedientes al mandato popular, las convierten en constituyentes y comienza a elaborarse el proyecto constitucional.

Segundo momento: A la hora de dar a sus conquistas forma legal, de convertir los hechos en derechos, el pueblo desaparece de la escena política y abandona a sus adversarios la elaboración del documento que sanciona la nueva correlación de fuerzas.

A medida que avanza la discusión del proyecto constitucional, En lucha advierte que las cosas no transcurren como pensaba: los partidos de la oligarquía -UCD y AP- van imponiendo sus criterios y, a través del consenso, consiguen que el PCE y el PSOE los acepten. Con ello, ambos partidos se desvinculan del pueblo -lo traicionan-.

En consecuencia, los editoriales de En lucha critican tanto el contenido de la Carta Magna y el procedimiento seguido para discutirla (el consenso, que deja al margen al pueblo), como la tibia actuación del PCE y del PSOE en la Comisión constitucional.

Tercer momento: En el instante de refrendar la Constitución, el pueblo reaparece triunfante y asume el texto definitivo porque representa sus intereses.

Cuarto momento: Establecido el supremo marco legal del nuevo régimen, el pueblo desaparece definitivamente de la escena política y su lugar lo ocupan las élites (entre las cuales ORT aspira a encontrarse).

La primera paradoja de este discurso es que cuesta creer que un pueblo que ha luchado durante cuarenta años contra un régimen y que impone a sus representantes el ejercicio de unos derechos, no sea capaz, una vez que el régimen ha sido derrotado, de conseguir que tales derechos se plasmen en un papel.

La segunda es que acepte pasivamente ser marginado en el crucial momento de elaborarse la Constitución. Y la tercera, y no menos sorprendente paradoja, es que reaparezca fugazmente para asumir como propio un proyecto elaborado por sus antiguos adversarios. Pero la interpretación de la revista es diferente.

Al ser aprobada la Constitución en referéndum -por el 87% de los votos emitidos o por el 59% del censo, si se prefiere (aunque la mayoría de los diarios de entonces no lo prefirió, ni tampoco el que nos ocupa), En lucha saca la conclusión de que el pueblo -"la inmensa mayoría de los españoles"- finalmente ha vencido al ver reconocidos los derechos y libertades por los que ha luchado durante cuarenta años.

Si seguimos la lógica de este razonamiento podemos llegar a dos conclusiones. La primera es que ha ganado el *gran ausente* de la Convención, el marginado del debate constituyente; aquel contra el que se elaboraba el proyecto y cuyo contenido soslayaba casi de continuo sus reclamaciones. Y ha ganado sin que haya variado sustancialmente dicho contenido ni haya cambiado su actitud. El pueblo ha visto reconocidos sus derechos sin disputar el poder - el poder constituyente-, sin llegar a ser el sujeto constituyente por excelencia. O sea, que llevando el razonamiento a sus últimas consecuencias, el pueblo ha recibido una constitución sin haberse constituido él mismo en sujeto constituyente, en el elemento esencial, origen del poder y de la soberanía; luego, estamos ante algo que, siguiendo la lógica del discurso de En lucha, no es una constitución sino una Carta otorgada por el verdadero soberano: un monarca.

En el caso que nos ocupa, el monarca, designado por el anterior jefe de Estado, es soberano antes de que el pueblo haya llegado a verse a sí mismo investido de tal cualidad en un nuevo proceso constituyente o le haya traspasado la soberanía.

La segunda conclusión se refiere a la representación política del pueblo.

Si, a la postre, la Constitución ha sido refrendada por el pueblo porque recoge, al menos, parte de sus derechos, podemos inferir que en la Comisión constitucional alguien ha hecho posible que, frente a las pretensiones de la oligarquía, la Carta recoja en su articulado tales derechos populares. Como ningún representante de ORT ha estado presente en dicha comisión, podemos colegir que esa función ha correspondido a los diputados del PSOE y/o del PCE, con lo cual, si, finalmente, la Constitución ha reconocido los derechos del pueblo, entonces el PSOE y/o el PCE son partidos que representan los intereses del pueblo; ergo el papel de ORT como pretendido partido popular, democrático pero extraparlamentario, es más que dudoso, de lo cual esta Organización es consciente. De ahí que, en su prisa por legitimarse como un partido radical pero democrático, emprenda una rápida convergencia hacia las posturas del consenso dando a significantes como *pueblo* el significado del discurso mayoritario. Compárese, por ejemplo, el empleo que hace En lucha, en su editorial del 7 de diciembre, de los términos *pueblo y españoles* con el que hace el editorial de El País del 5 del mismo mes y se verá que son enormemente afines.

Según nuestro razonamiento, en el momento de refrendar la Constitución, el pueblo como ente político, lejos de aparecer, permanecía en paradero desconocido o, quizá mejor expresado, aún no había dejado constancia de su nacimiento; era un *nasciturus* político sobre el que se ejercían todo tipo de presiones para convertirlo en aborto; para que no llegara a ser -en acto- sino una entidad potencial a la que poder aludir e invocar sin correr el riesgo de atender su respuesta.

Según nuestro análisis, el discurso de En lucha no describe el camino ascendente del pueblo desde la subalternidad hasta ver plasmada su soberanía en la Constitución, sino el itinerario inverso; la degradación del pueblo o, mejor, su desagregación: el tránsito de una colectividad a la ofensiva que derrota a un

régimen militar, impone unas elecciones democráticas y un proceso constituyente, hasta su desaparición en el crucial momento de convertir sus conquistas en legalidad, en norma fundamental, y su no menos mágica y fugaz reaparición para asumir el proyecto fundacional de su enemigo, con lo cual, la Revista manteniendo el mismo sujeto gramatical -el significante *pueblo*- ha cambiado de sujeto político -de significado-. Los editorialistas han hecho suyo el discurso del bloque del consenso sobre el poder y lo esencial de su concepción teórica: el culto al individuo aislado, asocial, en los momentos políticos decisivos. Así, a la hora de decidir sobre un asunto que afecta a la sociedad en su conjunto más que a cada una de sus partes, el pueblo como colectividad se deshace en entes particulares. Es decir, el pueblo como ente social se deshace en múltiples individuos que privadamente -y en secreto- refrendan en solitario la Constitución. Con este proceder -y tomamos una frase textual de C. Schmitt (1982, 239)- *"se hace imposible la asamblea del pueblo presente y toda especie de aclamación, quedando por completo rota la vinculación entre el pueblo reunido y la votación. El pueblo ya no elige y vota como pueblo"* sino desmigajado en individuos.

Más lúcidos que los editorialistas de En lucha, los padres de la Constitución encontraron tan perdido e indefenso al pueblo que creyeron necesario colocarle un defensor de oficio. El artículo 54 de la Constitución, que regula la figura del Defensor del Pueblo, es una prueba del desvalimiento del soberano que además sanciona la muerte del pueblo como sujeto político, porque dicha Institución no es competente en asuntos políticos colectivos sino en reclamaciones referidas al Capítulo II, que ampara derechos individuales. Otros epígrafes también reconocen implícitamente este desvalimiento, por ejemplo, en el artículo 77.1 se indica que las Cámaras pueden recibir, siempre por escrito, peticiones individuales y colectivas pero queda prohibida la presentación directa por manifestaciones ciudadanas. Es decir, el pueblo, que es soberano según el artículo 1.2., no puede acudir como pueblo,

es decir, colectivamente, a pedir, reclamar o solicitar al templo de la soberanía popular, ni tampoco como soberano, a solicitar, pedir o exigir cuentas directamente a sus representantes.

El artículo 67.2. que señala que "*los miembros de las Cortes no estarán ligados por mandato imperativo*", ratifica lo anterior y hace imposible cualquier relación entre el pueblo soberano y sus delegados que no sea la establecida en los procesos electorales. Nos hallamos, pues, en el meollo de las concepciones políticas de la doctrina liberal, aceptadas para presentar la aprobación de la Constitución como una victoria del pueblo sobre sus enemigos.

En realidad, el cambio de postura señala el rápido desplazamiento político que ha ido sufriendo la publicación y su organización editora.

En efecto, los editorialistas de En lucha parece que han asumido el discurso doctrinal del adversario y, en muy poco tiempo, han pasado de exaltar a un pueblo ideal, luchador y a la ofensiva, a describir un pueblo pasivo y disciplinado: este cambio señala el tránsito de concebir el pueblo como un sujeto colectivo, como el conjunto de clases subalternas insubordinadas, hasta disolverlo en el agregado al que pertenece el modélico ciudadano burgués.

7.2.4.2. CONCLUSIONES

Con respecto a la evolución de las posiciones de la Revista, debemos indicar que es el resultado de la concurrencia de varios factores. El primero de ellos es partir de un dictamen sobre la correlación de fuerzas cuyo esquema y categorías centrales, por haber sido tomados acríticamente de otros análisis, operan en el discurso como significantes pero su significado es difuso en unos casos, idealista en otros o ambas cosas. Así, el pueblo está embellecido por atributos que el discurso no puede adjudicar como cualidades a sujetos reales, de ahí, que, a pesar de todas sus pretendidas cualidades, el pueblo sea inconcreto como sujeto político; el pueblo no tiene forma política.

El segundo de los factores es la persistencia en las posiciones iniciales a pesar de percibir que el dictamen sobre la relación de fuerzas está equivocado y de que la capacidad ofensiva del pueblo no es tal. Es decir, la resistencia a la rectificación.

El tercero es consecuencia del anterior. La acelerada adaptación a una situación no imaginada en donde las reglas del juego no las marca un pueblo a la ofensiva sino su adversario pretendidamente derrotado.

Esta apresurada convergencia hacia las únicas posiciones que es posible mantener en un sistema político que se advierte ya como demasiado estrecho, implica un cambio de postura en la práctica pero no en los principios teórico-doctrinales, de ahí que se elabore un discurso manteniendo los mismos referentes pero cuyo sentido sea no sólo distinto sino incluso opuesto (oportunismo político). Los significantes permanecen, pero los significados han cambiado.

En este sentido, es significativo que el discurso de En lucha inicialmente sea crítico con las posiciones políticas situadas a su derecha y, tras su convergencia con el bloque del consenso, lo sea con las ubicadas a su izquierda.

En este proceso de legitimación democrática, la convergencia con el PCE, el PSOE y el bloque constituyente ha dejado a ORT sin enemigo, pero como en la actividad política siempre hay que tener un adversario la Revista lo ha delimitado de nuevo.

Por un lado, lo tiene en la derecha no democrática, nostálgica del franquismo, poco relevante socialmente pero significativa por sus formas. La hidra de siete cabezas del fascismo, nunca muerta del todo, es un enemigo conveniente.

Por otro lado, en los grupos terroristas de izquierda. De esta manera, el discurso de En lucha se ha "centrado": defiende el nuevo orden constituido y es beligerante con los extremismos políticos tanto de izquierda como de derecha.

Por lo que se refiere a su forma; discurso que no busca explicar, definir, concretar, describir porque no es esa su finalidad -no es un discurso científico- sino ideológico, cuya función es conativa: debe afirmar, aglutinar, orientar, persuadir, animar, suscitar el entusiasmo, porque busca la acción. Actúa sobre la emoción más que sobre la razón; sobre la emulación, de ahí la necesidad de presentar a un pueblo largamente sometido, luchador, heróico, indomable, noble, sencillo, trabajador... que suscite admiración, solidaridad y sirva de ejemplo. Es un discurso doblemente ideológico.

En primer lugar, porque como no pretende entender, explicar o describir sino persuadir, interpelar -que, según Althusser (1974, 64), es como la ideología se dirige a los individuos y los convierte en sujetos concretos, permitiéndoles representarse de forma imaginaria sus condiciones de existencia-, está exento del esfuerzo de investigar, pues, recordando la idea de Martín Santos (1976, 65), las ideologías *"se presentan como saberes que tienen todas las respuestas y la acción es, en muchas ocasiones, demasiado urgente para comenzar una investigación científica, pausada y crítica. La ideología es una totalización ficticia que ni ante la imposibilidad de unir de manera coherente todos los datos, de llenar todas las lagunas, quiere renunciar a dirigir la acción"*. Y por la acción -he ahí el lugar de la política y más de la política revolucionaria, que es transformadora *per se* o no es nada- también recurre a lo irracional, a la emoción, al mito.

Y en segundo lugar, es ideológico, porque es un discurso que sirve antes que nada a sus propios autores; es justificatorio en el sentido que indicábamos en el **Capítulo 2** de la ideología cumpliendo su papel hacia adentro -hacia los autores-; justifica su giro, su cambio de posiciones. En este sentido, deja de ser una ideología subversiva, como la que sustenta a otros grupos de la izquierda radical, y pasa a ser una ideología conservadora, sustentada por un discurso pragmático, porque legitima el orden (nuevo, eso sí) existente.

¿Qué papel desempeña, entonces, el pueblo en este discurso? El pueblo es un significante en un discurso que cumple la función de un sujeto gramatical, de actor en un juego literario que cambia, basado en la tensión entre un protagonista y un antagonista.

La categoría *pueblo* cumple su *papel* sobre el papel como el héroe de una novela cumple el suyo: es necesaria para desplegar una trama, para mantener el interés, para suscitar el dinamismo de una narración y, evidentemente, para escribir un relato que tenga que ver con la lucha de clases, con enfrentamientos sociales, con intereses contrapuestos, con la política.

Es una categoría que pertenece más al campo de la fabulación que al del informe político, al análisis de coyuntura o al dictamen sobre la correlación de fuerzas sociales.

El pueblo es un fantasma que aparece y desaparece a lo largo de los textos sin adoptar nunca una apariencia corpórea concreta o, tomando prestada una frase de Mao Zedong muy en boga en su día, el pueblo "*es un tigre de papel*" (o sobre el papel).

7.3. ANÁLISIS DE LOS TEXTOS DE

LA UNIÓN DEL PUEBLO

Sumario.

7.3.1. Fuerzas sociales y correlación de fuerzas durante el período constituyente

7.3.1. Las fuerzas sociales

7.3.1.1. La(s) clase(s) dominante(s)

7.3.1.2. Las clases subalternas

7.3.2. La correlación de fuerzas y el poder constituyente

7.3.2.1. Dictamen sobre el momento constituyente

7.3.2.2. El consenso

7.3.3. Dictamen sobre la Constitución

7.3.3.1. Valoración de la Constitución

7.3.3.1.1. La crítica de la Constitución

7.3.3.1.2. La defensa de la Constitución

7.3.3.2. Posición ante el referéndum constitucional

7.3.3.3. Evaluación de los resultados del referéndum

7.3.4. El discurso sobre el pueblo

7.3.4.1. El discurso sobre el poder y sobre el pueblo

7.3.4.2. Conclusiones

El caso de La Unión del Pueblo es similar al de En lucha, no en vano sus organizaciones editoras comparten presupuestos políticos y actitudes tácticas durante la transición, lo cual lleva a ambas organizaciones a unirse -julio de 1979- durante un breve espacio de tiempo antes de desaparecer del mapa político.

Ambas revistas siguen una trayectoria editorial similar a lo largo del año 1978.

El semanario del PTE comienza postulando una constitución más democrática que la que se discute en las Cortes pero acaba por aceptar el discurso hegemónico, incluso con los mismos términos. Al igual que ORT, el PTE -excluido, a su pesar, del consenso- se esfuerza por aparecer públicamente como un partido radical pero responsable y con sentido de la política de Estado, por lo cual elabora y ofrece al resto de las fuerzas políticas su fórmula gubernamental -Gobierno de Salvación Democrática- para consolidar la democracia, salir de la crisis económica y terminar con el terrorismo y la amenaza involucionista, dentro de cuya estrategia cabe la defensa de la Constitución. Por esto mismo, La Unión del Pueblo adopta una postura muy beligerante con aquellos partidos de la izquierda radical que de diversas maneras la rechazan.

7.3.1. FUERZAS SOCIALES Y CORRELACIÓN DE FUERZAS DURANTE EL PERÍODO CONSTITUYENTE

7.3.1. LAS FUERZAS SOCIALES

7.3.1.1. LA(S) CLASE(S) DOMINANTE(S)

No se puede afirmar que la colectividad social que en los textos de La Unión del Pueblo aparece bajo diversas especies sea lo que en términos sociológicos o políticos se podría denominar una clase dominante. De una mezcla poco rigurosa de categorías que aluden tanto a los rasgos económicos -grandes capitalistas, gran capital-, como a la ubicación espacial en el espectro político -derecha, derecha conservadora-, como a la mentalidad o talante -reaccionaria, conservadora- surge un colectivo nebuloso cuyos rasgos más persistentes son la intransigencia ante las demandas populares, la resistencia a abandonar su preeminente posición en el aparato estatal y la lentitud que introduce en el tránsito al Estado de derecho, actitudes que, en las páginas de la revista, quedan resumidas en la voz *derecha*, que se convierte, así, en el

paradigma político e ideológico de los intereses contrarios a las clases subalternas y en el término con que se alude genéricamente al sujeto que en otras revistas de la muestra encarna los rasgos propios del o de *los enemigos del pueblo*.

El término *derecha* se refiere, pues, a un reducido grupo social caracterizado por detentar el poder político, por su vinculación con el franquismo y el gran capital monopolista y por su vocación centralista. Pero también *derecha* es un término elástico y cómodo -*comodín*- que permite, sin grandes esfuerzos teóricos, señalar un enemigo sin precisarlo, pues al aludir a una actitud designa genéricamente al *enemigo*, pero, por la ambigüedad del término, es o bien muchos enemigos o bien un enemigo mutante y menguante, que permite al PTE aproximarse al discurso hegemónico (el discurso de la *derecha*) y, a la vez, mantener una posición beligerante con un enemigo minoritario y fantasmal: porque siempre hay una *derecha* más reaccionaria que encarna lo más sombrío del pasado y lo más autoritario del presente.

Así, si la *derecha* es difícil de identificar socialmente, en lo político está representada por Unión de Centro Democrático y por Alianza Popular -"*UCD representa a los grandes capitalistas*", sostiene Nazario Aguado (LUDP, 58), miembro de la dirección del PTE-, aunque eso no obsta un posible acuerdo con un sector de esta coalición en un programa de gobierno, tal y como propugna el Secretario General, E. García Castro (1978, 89): "*definiríamos la composición del Gobierno de Salvación Democrática como fruto de un compromiso de todas las fuerzas políticas obreras y populares (PSOE, PCE, PTE y otros) con el sector más dinámico y democrático del capital, que podría coincidir con un ala de lo que hoy es la UCD (socialdemócratas y otros)*". El propio García Castro, en otro documento (LUDP, 59), admite que "*el electorado de UCD es en gran medida popular*".

La *derecha* política está apoyada por la jerarquía eclesiástica y por el ejército, cuyos sectores involucionistas, junto con la ultraderecha -Fuerza Nueva y las publicaciones El Imparcial y El

Alcázar-, presionan a su ala más conservadora para instaurar un gobierno fuerte con presencia del ejército.

A pesar de que el régimen surgido tras la muerte de Franco -que la Constitución pretende consolidar- es calificado de democracia burguesa, la burguesía no aparece en los textos como un grupo actuante. Ésta, como clase económica -según el marxismo, es la propietaria de los medios de producción, y el PTE se declara marxista-leninista- y como clase políticamente dirigente y culturalmente hegemónica, está ausente del análisis social.

Así, pues, salvo para el estrato más alto -el gran capital-, la propiedad de los medios de producción no es un parámetro adecuado para definir a la *derecha* como se desprende de que PNV y CiU, representantes de las burguesías vasca y catalana, no sean consideradas organizaciones de la derecha, como podemos leer en el editorial del nº 39: *"Otro tema fundamental en litigio es la forma de gobierno. Según el proyecto, que en este punto tiene el respaldo no sólo de la derecha, sino también del PCE, PNV y la minoría catalana..."*

Como resumen de este punto podemos decir que de la lectura de La Unión del Pueblo no podemos extraer la idea de que exista una clase dominante con todos sus atributos -económicos, políticos e ideológicos-, sino un estrato social reducido pero identificable por su mentalidad, actitud y posición política: la *derecha*. Ésta queda definida, entonces, porque detenta el poder y representa al gran capital; por su carácter centralista y por sus vínculos políticos y emocionales con el franquismo.

Sin embargo, debemos hacer notar la contradicción que contiene esta delimitación del adversario político, pues si, desde el punto de vista de una aproximación económica, *"la oligarquía financiera y monopolista"* es señalada por el Informe Político del I Congreso del PTE (marzo 1978) como el *"enemigo estratégico"*, desde el punto de vista político la *derecha* está representada por UCD y AP, con lo cual, el carácter oligárquico casa mal con una

representación electoral tan amplia como el 43% de los votos obtenido por ambos partidos en las elecciones de junio de 1977.

7.3.1.2. LAS CLASES SUBALTERNAS

Términos que parecen responder a varios criterios metodológicos aparecen sucesivamente en las páginas de La Unión del Pueblo para aludir a las clases subalternas. Sin embargo, lo que parecía ser un enfoque multilateral derivado de un principio metodológico firme, se revela como un efecto de un análisis apriorístico y falta de consistencia.

El análisis social está basado en la oposición de dos categorías que delimitan colectividades distintas. De un lado, un reducido grupo -la oligarquía financiera y monopolista-, aludida como *la derecha* y, del otro, la inmensa mayoría de los ciudadanos que forman el pueblo. Sin embargo la categoría *pueblo* es enormemente imprecisa, porque unas veces se emplea como sinónimo de la voz *españoles* y otras, de *ciudadanos*. Por ejemplo, en el editorial titulado "*Todo el poder para el rey*" (LUDP 34), puede leerse: "... lo acordado en los reducidos cenáculos donde se decide el destino de los españoles, evitando así una discusión con participación del pueblo", en donde *pueblo* y *españoles* son voces que se refieren al mismo sujeto. Aunque en otro texto (LUDP 39) este sentido no esté tan claro, pues la frase "*esta monarquía que se nos trata de imponer a los españoles*", al aludir a todos los habitantes que se verán gobernados por un rey, elude señalar que son unos españoles los que imponen dicha institución a los otros. En el anterior editorial (LUDP 34), también se puede leer: "(la discusión del proyecto) *no puede quedar desvinculada del pueblo y de la acción de todos los ciudadanos y de los trabajadores en primer lugar...*", con lo que parece que el editorialista equipara pueblo y ciudadanía y hace de los trabajadores parte del pueblo y de los ciudadanos, aunque sobre la relación entre trabajadores y pueblo volveremos más adelante.

En el artículo de Enrique de Castro "*La Constitución que se está*

cociendo" (LUDP 57) el empleo es similar cuando se habla de "*la unión de todos los ciudadanos*" y unas líneas más abajo de "*unir al pueblo*".

No obstante, el uso del vocablo *pueblo* -unas veces en singular, otras en plural- plantea otros problemas ya que aparece vinculado con otros términos, en combinaciones muy distintas, de manera que progresivamente se ensombrece su sentido.

En ocasiones, no parece tener suficiente fuerza expresiva y se acompaña "*de todos los ciudadanos*" o aparecen juntos los dos términos en plural -"*todos los ciudadanos y pueblos de España*"-, con lo que da la impresión de que *pueblo*, como término arcaico, se asocia al concepto moderno de ciudadanos -sujetos portadores de derechos- para indicar que éstos forman un moderno conjunto subordinado, aunque el empleo de la voz en plural también puede interpretarse como una alusión a aquellos ciudadanos que puedan tener alguna reivindicación territorial pendiente, pero en este caso se refiere a todos los habitantes de las nacionalidades y regiones y no sólo a sus clases subalternas, como ya hemos visto con la mención a PNV y CiU al hablar de la clase dominante.

Es decir, *pueblo* en singular puede aludir al conjunto de clases subalternas -aunque de forma harto problemática, como estamos viendo- y *pueblos*, en plural, o *los pueblos de España*, hacer referencia a todos los habitantes de las nacionalidades y regiones y no sólo a las clases subalternas locales.

Es frecuente que éstas aparezcan aludidas por su función en el ámbito productivo -las clases trabajadoras o los trabajadores, indistintamente; nunca proletariado-, pero tampoco queda claro el sentido con que se emplean tales términos, pues la palabra *trabajador* puede designar lo mismo al que trabaja frente al que holga de manera habitual (alguien de las clases altas, por ejemplo, un rentista), que al poseedor de fuerza de trabajo frente al poseedor de capital, en cuyo caso ambos sujetos están perfectamente definidos por el sistema conceptual marxista. Sin

embargo esta interpretación no es válida, porque los nombres que reciben en esta categorización social los poseedores de fuerza de trabajo -proletarios- y los de capital -burgueses- no aparecen en los textos y, mucho menos, colocados en párrafos donde cumplan el papel antagónico que habitualmente encuentran en el discurso marxista.

A veces, la condición laboral se adjudica a todo el pueblo -*el pueblo trabajador*-, con lo cual el pueblo queda formado por las clases subalternas -que no tienen el poder político- y que además trabajan -no poseen medios de producción-, pero esta noción es contradictoria con la conferida a *pueblos de España*, que, como ya hemos indicado, alude a la condición nacional o territorial, pero no a la condición social (clase o estrato) y con la inclusión de la pequeña y mediana burguesías, que, por el reducido tamaño de la oligarquía, que es además monopolista, aparecen excluidas del bloque social dominante y, por otro lado, están expresamente aludidas entre las clases sociales susceptibles de llegar a un pacto con otras clases subalternas.

En ocasiones, la subalternidad social y la situación laboral aparecen como rasgos que designan a sujetos distintos -*los trabajadores y los pueblos de España*-, aunque con intereses políticos afines.

Cuando el discurso se refiere a la lucha contra el franquismo (fascismo), el pueblo aparece junto a otros actores como pueden ser las fuerzas progresistas o democráticas, sin que quepa colegir qué papel desempeña cada cual. Y cuando decimos que el pueblo aparece junto a otros actores, lo decimos en sentido literal, en su estricta acepción gramatical, puesto que tales sustantivos están unidos por una conjunción, pero por nada más. La conjunción <y> indica paridad en la relación, tiene un sentido casi aritmético -suma dos sujetos -A <y> B-, al parecer iguales porque no señala el valor de cada uno de ellos-, como se puede observar en las siguientes frases que hemos tomado entre otras:

"... es el fruto de las movilizaciones populares y del esfuerzo de todas las organizaciones democráticas"

"(paro, terrorismo, golpismo, etc) exigen la respuesta decidida de todas las fuerzas obreras y progresistas"

"...el esfuerzo de todos los ciudadanos y trabajadores"

"...el ejercicio de amplias libertades a los trabajadores y a los pueblos de España"

- "...donde los trabajadores y pueblos de España se juegan tanto"

"ninguna Constitución burguesa puede ofrecer a los trabajadores y al pueblo en general..."

"...abrir el camino de la colaboración y la unidad de las fuerzas democráticas y obreras para hacer frente al gran capital..."

"...a los trabajadores y los antifascistas".

Leyendo los textos no podemos saber cuáles son los vínculos entre colectividades tan diferentes como ciudadanos y trabajadores o entre trabajadores y pueblo o entre fuerzas populares y fuerzas democráticas y progresistas. Es decir, no ofrecen ningún tipo de información sobre cómo están articuladas las clases subalternas. Al igual que en los artículos de En lucha, en las páginas de La Unión del Pueblo el pueblo aparece como una colectividad activa y dotada de ciertas aspiraciones democráticas -no concretadas-, que, tras una larga y tenaz lucha contra el fascismo, ha logrado alcanzar, si bien, a diferencia de la primera publicación, en la segunda, el pueblo está menos perfilado y su función dinámica, menos destacada. Podemos decir que el rasgo más destacable del discurso de La Unión del Pueblo sobre las clases subalternas es

la falta de conexión precisa entre los diferentes grupos sociales y la falta de hegemonía de alguno sobre el resto; es decir, la falta de articulación del bloque subalterno, que en el semanario En lucha gira en torno a la clase obrera. Allí el pueblo ocupa un lugar subordinado con respecto a la clase: la clase obrera dirige al pueblo.

Naturalmente, se puede aducir que las clases subalternas, lejos de formar un bloque y de estar dirigidas por alguna de sus fracciones, pueden aparecer desarticuladas, informes. Ciertamente, pero ése es otro discurso, no el que nos ocupa, que atribuye al pueblo una capacidad de organización y movilización suficientes como para haber conquistado las libertades democráticas después de una lucha larga y tenaz contra el fascismo, pero a lo más que llega en la concreción del pueblo es a enumerar una serie de colectividades que podrían tener un interés común, por ejemplo, abrir un proceso de participación popular en la Constitución - "Nuestro Partido, que en las elecciones del 15 de junio se vió privado de diputados por un sistema electoral injusto, va a hacer todo lo posible para impulsar ese proceso de participación popular, estableciendo la más amplia colaboración posible con todas las fuerzas democráticas y progresistas, partidos y personalidades independientes que quieran trabajar por el mismo fin. La mayor responsabilidad corresponde a la izquierda parlamentaria, cuyas enmiendas progresistas apoyamos y que debería contribuir a organizar actos unitarios y facilitar la formación de un frente común que trabaje en defensa de una Constitución democrática" (LUDP 53, 11/5/78)- o presentar ciertas modificaciones al proyecto - "... son enmiendas en torno a las cuales pueden conseguirse acuerdos entre partidos, sindicatos, organizaciones juveniles y feministas, que permitan conseguir cambios progresistas en el texto constitucional. Sería preciso también que las fuerzas obreras y democráticas de todo el Estado prestemos apoyo a la enmienda de los nacionalistas vascos... "

(LUDP, 60)-. No obstante, a pesar de abrirse el arco de posibles aliados, éstos siguen sin ser definidos, ni siquiera nombrados -¿qué partidos, qué sindicatos, qué organizaciones juveniles y feministas, qué personalidades, qué fuerzas progresistas o democráticas pueden o quieren apoyar esta propuesta...?

El intento de definir el pueblo como una alianza de clases y estratos sociales tampoco ofrece mayor concreción: se postula (LUDP 40) que los trabajadores busquen "*la colaboración con la pequeña y mediana empresa para trabajar en común por un Plan Alternativo al Pacto de la Moncloa, capaz de hacer frente realmente a la crisis*", pero no se indica ningún partido de trabajadores -salvo el PTE- que desee tales acuerdos con unas organizaciones patronales que también faltan.

Otro de los fenómenos que se puede observar en los textos de esta revista es que el auxilio de una muletilla retórica -la palabra todos- que se utiliza para dar más énfasis a los llamamientos -todos los demócratas, todas las fuerzas progresistas, todas las fuerzas obreras, etc- acaba convirtiéndose en sinónimo de la voz pueblo, con lo cual asistimos al progresivo crecimiento, en tamaño pero también en vaguedad, del pueblo, que llega a abarcar a todos los ciudadanos -"*avanzar entre todos hacia una España democrática*" (CE, LUDP 61). La idea que subyace es la de que existe una amplia colectividad con intereses comunes frente a una minoría que se reduce cada vez más. "Todos frente a la derecha" puede ser la frase que resume esta idea y, luego, una vez asumido el proyecto constitucional (de la derecha), "todos frente al golpismo y el terrorismo".

Como resumen podemos decir que el conjunto de clases subalternas aparece muy poco perfilado y el pueblo, definido de forma muy vaga y contradictoria, pese a lo cual se le adjudican objetivos políticos a cierto nivel y capacidad de movilizarse como para haber conquistado las libertades democráticas tras larga lucha contra el fascismo.

7.3.2. LA CORRELACIÓN DE FUERZAS Y EL PODER CONSTITUYENTE

7.3.2.1. DICTAMEN SOBRE EL MOMENTO CONSTITUYENTE

De la lectura de las páginas de La Unión del Pueblo se desprende que el momento constituyente recoge los frutos de la iniciativa de la *derecha* que, ante el ascenso de la lucha popular ha sabido reaccionar a tiempo, desprenderse del viejo fascismo y acometer la reforma del régimen. Con esta maniobra, las clases subalternas que quedado en clara desventaja -"*... hubiésemos deseado obtener posiciones más ventajosas para la clase obrera tras la caída del fascismo, pero los sectores más dinámicos del gran capital, en el momento en que vieron peligrar sus intereses de clase, tomaron la iniciativa de desmontar por la vía reformista el viejo aparato fascista, desbancando poco a poco del poder a los sectores más parasitarios e inmovilistas, contando para ello con la plena colaboración de los partidos situados hoy a la izquierda parlamentaria y aislando a la vanguardia antifascista, a los que deseábamos los cambios de forma inmediata y completa*" (MGL, LUDP 79)-.

Esta correlación favorable a la *derecha* se manifiesta igualmente en las Cortes -"*La relación de fuerzas en el Parlamento es bien conocida: UCD y AP son mayoría y además cuentan con la complicidad frecuente de partidos de izquierda para sus objetivos reaccionarios*" (LUDP, 39)- y en el rumbo que va tomando el proyecto constitucional -"*los criterios políticos e ideológicos de la UCD han presidido en lo fundamental y la oposición se ha limitado a actuar de comparsa -si bien no todos los partidos en el mismo grado- haciéndose corresponsable de los proyectos de la derecha*" (LUDP, 34)- para ir completando un vasto plan -"*La derecha, que detenta el poder, tiene unos objetivos respecto a la Constitución acordes con su estrategia política global, que podríamos resumir en conseguir un texto formalmente democrático, pero que le*

permita utilizar todos los resortes para asegurar el mantenimiento de sus privilegios en una nueva forma adecuada a la nueva situación del país" (EC, LUDP, 57).

En consecuencia, el consenso es visto por La Unión del Pueblo como parte de esa estrategia de la derecha y de ahí su crítica.

7.3.2.2. EL CONSENSO

El consenso, calificado por N. Aguado (LUDP, 58) de "*pasteleo constituyente*", representa la marginación del pueblo del proceso constituyente y, por tanto, la reconducción a la pasividad de un agente social muy activo -"*y las (actuaciones) de un pueblo, que, tras haber conquistado las libertades en una prolongada y tenaz lucha contra el fascismo, se vería ahora burlado y a merced de las fuerzas de la derecha conservadora*" (LUDP, 34)-.

"Una Constitución para España -se afirma en el editorial de LUDP 53- no la puede decidir sólo el Parlamento, ni la participación del pueblo puede limitarse a un referéndum sobre un hecho ya prácticamente consumado, sino que ha de hacerse un debate previo abierto en centros de trabajo, en locales sociales de barrios y pueblos, en centros culturales, etc".

Nazario Aguado (LUDP 58) afirma que "*el camino del consenso es una vía muerta para los pueblos de España, e incluso para los partidos que la practican... pues sólo beneficia a la derecha y, sobre todo, a los sectores más reaccionarios del gran capital*", luego solicita el fin del pasteleo y "*abrir el camino de la colaboración y de la unidad de las fuerzas democráticas y obreras para hacer frente al gran capital...*", deseo que, maliciosamente, podríamos interpretar como la sugerencia de ampliar el consenso hasta incluir en él a partidos extraparlamentarios como el PTE.

Los principales destinatarios de esa petición de unidad frente a los planes de la derecha son el PCE y el PSOE, a los que, a lo largo de todo el período constituyente (y antes, pero ese asunto

no debe ocuparnos ahora) se les pide, desde las páginas de La Unión del Pueblo, colaboración y unidad y, alternativamente, se les critica por su debilidad y su vinculación con la derecha.

"Nosotros rechazamos su política de consenso (de la socialdemocracia y el revisionismo) -afirma M. Gracia (LUDP, 61)- como una política de claudicación permanente, que ha alejado al pueblo del debate y que ha limitado la posibilidad de arrancar condiciones más democráticas. Desde los tiempos de la Comisión 'Suplicadora' de los 9... /.. esos partidos de la izquierda se han venido plegando a los ritmos y a los límites que los representantes del gran capital marcaban en el proceso de cambio democrático, para asegurarse de que bajo ningún concepto se podría poner en peligro su dominación de clase y que ésta se asentará sobre las formas más seguras y estables... La renuncia constante por parte del revisionismo y la socialdemocracia a defender unas alternativas progresistas, a buscar la unidad de las fuerzas democráticas, suscitar campañas de opinión y apelar a la movilización popular cuando se hiciese necesario, es lo que ha determinado, en definitiva, que, tanto en el debate constitucional como a la hora de negociar soluciones a la crisis económica en el Pacto de la Moncloa, no se haya levantado una presión suficiente para conseguir mejoras sustanciales e ir transformando progresivamente la correlación de fuerzas de manera más favorable para los trabajadores y los pueblos de España".

Aunque, a lo largo del período constituyente, La Unión del Pueblo se unirá al discurso del consenso... desde fuera.

7.3.3. DICTAMEN SOBRE LA CONSTITUCIÓN

7.3.3.1. VALORACIÓN DE LA CONSTITUCIÓN

7.3.3.1.1. LA CRÍTICA DE LA CONSTITUCIÓN

Del dictamen general sobre la relación de fuerzas favorable a la derecha y de su correlato en la Comisión constitucional con la

hegemonía de UCD y AP e, igualmente, de la crítica al PSOE y al PCE por su apoyo a esta hegemonía a través del consenso, podría sacarse la idea de que desde las páginas de La Unión del Pueblo va a rechazarse la Constitución pero no es así, aunque al comienzo el proyecto constitucional sea recibido con cierta aversión -"Todo el poder para el Rey" (LUDP, 34, 4/1/78), "Sigue su marcha una Constitución reaccionaria" (LUDP, 50, 26/4/78), "el actual texto... daría lugar, de ser aprobado tal cual, a una de las constituciones más restrictivas y conservadoras de Europa" (LUDP, 53, 11/5/78)-.

Insistiendo siempre en la necesidad de conseguir una constitución más democrática, las iniciales reservas sobre la entronización de la monarquía sin un previo plebiscito sobre el modelo de Estado - monarquía o república-, los excesivos poderes concedidos al Rey, el régimen autonómico que niega el derecho de autodeterminación de las nacionalidades, el papel asignado a las fuerzas armadas, la limitación del derecho de asociación de los funcionarios y militares, la economía de mercado o la legalización del cierre patronal van ser progresivamente minimizadas, al tiempo que se postula un esfuerzo unitario para mejorar el texto apoyando desde fuera de la Cámara determinadas enmiendas -"El PTE ha resuelto - se indica en el editorial de LUDP, 57 (8/6/78)- apoyar aquellas enmiendas presentadas por partidos de la izquierda parlamentaria que considera justas, democráticas y progresistas en la actual situación, especialmente muchas de las presentadas por Euzkadiko Ezkerra y por el PSOE, y también por el PCE y la minoría catalana".

Dos semanas después, La Unión del Pueblo (nº 59, 22/6/78) recoge unas declaraciones del Secretario General del PTE recomendando moderar las críticas -"Nuestro objetivo fundamental no debería estar centrado en un ataque sistemático a la actual Constitución, porque esto podría sumarse, desde una apariencia aparentemente (sic) revolucionaria, a esos efectos desmoralizadores que sobre la opinión pública está teniendo, en general, la política de

consenso....", "un ataque sistemático y derrotista contra la Constitución podría obtener un resultado opuesto al que se pretende, en el sentido de aumentar la desmoralización..."

En las mismas declaraciones, E. García Castro matiza una de las críticas realizadas al proyecto -la constitucionalización de la economía de mercado-, cuando afirma que *"no es determinante en esta Constitución el problema de la propiedad privada sobre los medios de producción"* ya que en materia de Economía y Hacienda es ambigua y *"no cierra las puertas"* a un plan económico alternativo al Pacto de la Moncloa, como el que propugna el PTE. Este plan, basado -según García Castro- en *"un intervencionismo estatal de carácter democrático"*, se dirigiría a mantener las condiciones de vida del pueblo, a apoyar las regiones y sectores deprimidos y a la pequeña y mediana empresa independiente de los grupos monopolistas.

Un expresivo titular -*"Todavía se puede mejorar la Constitución"*- sirve para que el editorialista del nº 60 de la revista (29/6/78) reconozca que se han introducido mejoras en el proyecto: *"Son apreciables, sobre todo, los progresos conseguidos en los títulos referentes a las Autonomías, Economía y Hacienda, o bien en la consecución de los derechos políticos a los 18 años o el hecho de que se deje la puerta abierta a la sindicación -sin reconocerla explícitamente- de los funcionarios y los miembros de las Fuerzas Armadas y de Orden Público"*. No obstante, el editorialista afirma la necesidad de establecer acuerdos con partidos, sindicatos, organizaciones juveniles y feministas para presentar enmiendas en las que se reconozca la mayoría de edad a los 18 años, se reduzca el tiempo de la detención preventiva, se suprima el respaldo al estado de excepción, se mantengan los derechos y garantías a los ciudadanos sospechosos de delitos de terrorismo, se limiten los poderes del Rey, se eliminen las restricciones al derecho de huelga, no se legalice el cierre patronal, se facilite el voto de censura al gobierno y se reconozca el derecho al divorcio.

El paso decisivo en el apoyo a la Constitución vendrá cuando el número 61 la revista (6/7/78), en una declaración que lleva por título *"El anteproyecto de Constitución es básicamente positivo"*, dé cuenta de la posición del Comité Ejecutivo del PTE. En ésta, pese a que se señala que aún perduran aspectos negativos como no abolir la pena de muerte, no reconocer la mayoría de edad a los 18 años, el excesivo tiempo de prisión preventiva, suprimir los derechos en las personas sospechosas de terrorismo, no explicitar el derecho al divorcio, institucionalizar el lock out, mantener las excesivas atribuciones del Rey y la falta de proporcionalidad en las cámaras, se determina que *"el anteproyecto constitucional configura a España como un Estado democrático, siendo éste un paso decisivo para garantizar la convivencia democrática de todos los ciudadanos y pueblos de España. Pese a algunos puntos negativos que el mismo contiene (factibles de ser subsanados) entendemos que éstos no empañan en lo esencial su contenido democrático y que, por tanto, toda posición negativa al respecto está hoy fuera de lugar"*. Y concluye: *"Por todo ello, nuestro Partido considera como básicamente positivo el anteproyecto constitucional (con las salvedades antes mencionadas) y damos nuestra respaldo al mismo"*.

7.3.3.1.2. LA DEFENSA DE LA CONSTITUCIÓN

A partir de ese momento, tanto desde los editoriales como desde las páginas de opinión en artículos firmados por miembros de la dirección del PTE, va a ir explicitándose el apoyo al proyecto constitucional, al tiempo que desde las páginas de la revista se irá dando cuenta a los lectores de la campaña de sensibilización, primero, y a favor del voto afirmativo en el referéndum, después.

Diversos acontecimientos, como el recrudecimiento del terrorismo y las actividades de la extrema derecha, van a favorecer este acercamiento del PTE a las posiciones del consenso.

En un año (que comienza con el incendio del Scala en Barcelona y acaba con el asesinato de Argala, en el sur de Francia) pródigo en atentados (véase la cronología en los Apéndices), en verano se recrudece la actividad terrorista -en primavera ha sido asesinado por el GRAPO Jesús Haddad, Director General de Prisiones, el 28 de junio muere a manos de ETA el periodista José Ma Portell y en julio, el general Sánchez Ramos y el coronel Pérez Rodríguez; un capitán de navío será asesinado en octubre- y el 1 de julio entra en vigor el Decreto-ley antiterrorista. El asesinato de Portell y de los dos jefes militares conduce a que la revista aproxime sus posiciones a las del bloque constitucional en su editorial "*No ceder ante el chantaje del terror*" (LUDP, 64, 27/7/78), pero será, sobre todo, la confirmación de los rumores sobre una trama golpista con el descubrimiento (poco tiempo después del atentado contra el diario El País) de la "Operación Galaxia" lo que lleve a la revista a afirmar, en su editorial del nº 79, que dicha operación tenía por objeto impedir el referéndum constitucional. En La Unión del Pueblo nº 80 (29/11/78), bajo el titular "*Contra los fascistas y terroristas. Defendamos la democracia*", aparece una Declaración del CE del PTE en donde se propone a las fuerzas de izquierda un plan de emergencia a aplicar por un gobierno de alianza UCD-PSOE o bien de UCD, se insta a los trabajadores a pronunciarse contra el terrorismo y el fascismo y se pide al pueblo un apoyo rotundo a la Constitución.

Sin embargo, además de estas razones suscitadas por la coyuntura, existen razones derivadas de las propias concepciones políticas para dar apoyo a una constitución cuyo contenido esencial sigue tercamente sin ser enmendado, entre otras razones, porque no hay en las Cortes quien defienda las enmiendas que el PTE propone. Como vamos a ver seguidamente, desde las páginas de La Unión del Pueblo se brindan tres razones fundamentales para dar apoyo a la Constitución. La primera, y aparentemente la determinante, porque la Carta Magna refleja la correlación de fuerzas. La segunda,

porque refleja la voluntad del pueblo, y la tercera, porque la Constitución configura un régimen político que, aunque sea una democracia de tipo burgués, es mejor que el fascismo:

"La Constitución va por detrás de los acontecimientos reales, es decir, que respalda o sanciona jurídicamente los cambios reales que se han producido en el país y en la correlación de fuerzas sociales" (Eladio García Castro, LUDP 59, 22/6/78).

"valorando, en primer lugar, los cambios políticos que sanciona el texto que hoy tenemos -y que no son patrimonio exclusivo de ningún partido, sino fruto de los esfuerzos y sacrificios populares durante muchos años de lucha por la democracia- y, en segundo lugar, aunando fuerzas para presionar y ampliar más esas conquistas" (Editorial, LUDP 60, 29/6/78).

"Asímismo, nuestro Partido considera que este trascendental paso que se da en el afianzamiento de la democracia en España no puede arrogárselo como patrimonio exclusivo ningún partido, sino que es el fruto de las movilizaciones populares y del esfuerzo de todas las organizaciones democráticas para desterrar para siempre las leyes fascistas y avanzar entre todos hacia una España democrática" (Declaración del Comité Ejecutivo, LUDP 61, 6/7/78).

"Debemos contemplar la Constitución como lo que es: un conjunto de enunciados generales que sancionan los cambios políticos y sociales producidos. Y la situación política que atravesamos está definida por una correlación de fuerzas reflejada en los resultados electorales del 15 de junio, que hicieron las veces de termómetro indicador del estado de conciencia del pueblo, de sus aspiraciones actuales, de en quienes confía, hoy por hoy, para la representación de sus intereses" (M. Gracia, LUDP 61).

"Si este anteproyecto responde esencialmente a las aspiraciones y necesidades de las masas; si contempla, en lo esencial, el

reconocimiento y la garantía de los derechos democráticos; si se corresponde con la actual correlación de fuerzas, nosotros lo apoyamos sin prejuicios, sabiendo las limitaciones que tiene, lo que significa y que la vamos a cambiar" (M. Gracia, LUDP 61).

- "Ocurre que el proyecto de Constitución consuma la liquidación del fascismo e institucionaliza unos cauces que permiten la representación popular en los distintos organismo de gobierno, respondiendo con ello a las actuales aspiraciones de las masas". (MGL, ibíd).

- "Una Constitución es siempre el reflejo de una situación político-social determinada, de la correlación de fuerzas existente en un momento dado" (E. de Castro, LUDP 64, 27/7/78).

- "Al final se ha conseguido la institucionalización de un sistema democrático después de largos años de lucha y de sacrificios por parte del pueblo. Por eso decimos que la Constitución no es obra de la 'clase política' ni de las actuales Cortes, sino que éstas han venido a refrendar unas conquistas, unos logros obtenidos por la acción decidida del pueblo y de las diferentes fuerzas democráticas" (M. Gracia, LUDP 79, 22/11/78).

- "La democracia burguesa es el sistema menos malo de dominación del capital para los trabajadores. Esta Constitución refrenda un sistema democrático burgués, reconociendo toda una serie de derechos que permitirán, tras la aprobación de la misma, la elaboración de leyes positivas en todos los terrenos: sanidad, enseñanza, código de los trabajadores, reforma fiscal, ley de divorcio, ley de cooperativas, ley de viviendas de protección oficial, leyes de planificación económica, etc..." (M. Gracia LUDP 79).

- "También se dice que esta Constitución es burguesa. Nosotros

decimos que efectivamente lo es, pero ¿es que acaso se quiere contraponer en estos momentos el sistema democrático burgués al socialista?. La Constitución refrenda los cambios políticos producidos: ¿hay socialismo en España?, ¿es que acaso tienen el poder, o pueden tenerlo hoy, las clases trabajadoras?" (MGL, LUDP 79).

Como hemos visto por las citas precedentes, la correlación de fuerzas queda sancionada en la Constitución y ante ese hecho consumado parece que no hay más remedio que resignarse (otras fuerzas de la izquierda radical opinan lo contrario), pero es que, además, se ve la posibilidad de intervenir en un sistema político, aunque sea democrático burgués, al que *a priori* se adjudican grandes posibilidades transformadoras a favor de las clases subalternas, como se desprende de algunas de la opiniones recogidas. Así, pues, la Carta se percibe como el "instrumento que precisa el país para continuar en la profundización del proceso de cambio democrático, cuyas posibilidades, en lo fundamental, quedan plenamente abiertas en el texto que se ha aprobado en el Pleno del Congreso" (E. de Castro, LUDP 64).

Este carácter abierto, que en otros artículos se percibe como ambiguo, debe permitir, en teoría, gobiernos de diferente signo político -"La Constitución es ambigua en muchas cosas, pero en estos momentos la ambigüedad en la formulación es positiva - afirma E. García Castro (LUDP 61, 6/7/78)- porque mientras haya ambigüedad hay posibilidad de una interpretación progresista..." Este carácter "en el apartado sobre Economía y Hacienda, deja plenamente abiertas las puertas al intervencionismo estatal democrático y a la planificación democrática" (ibíd) y, en consecuencia, a la posibilidad de aplicar un programa político alternativo al Pacto de la Moncloa, como afirma M. Gracia (LUDP 79): "Con esta misma Constitución, si nuestro Partido lograra una coalición con otras fuerzas progresistas y tuviéramos mayoría parlamentaria, podríamos formar de inmediato un Gobierno de

Salvación Democrática, que legislaría de forma progresista, de acuerdo con la Constitución, leyes en favor de las clases trabajadoras".

Al igual que sucedía con la ORT (y en otra medida con el PCE, al que ambos partidos radicales se aproximan), el hecho de aceptar una constitución elaborada bajo la hegemonía de UCD y AP coloca al PTE en el brete de tener que conciliar este paso táctico con el contenido de su programa político para evitar ser tildado de oportunista incluso dentro de sus propias filas, temor que se trasluce, por ejemplo, en el artículo de José M^a Beraza "*Las razones para la abstención en Euskadi*" (LUDP 80, 29/11/78), cuando señala: "*Para muchos la resolución adoptada por el PT de Euskadi es sencillamente oportunista y no guarda congruencia alguna con la naturaleza de un partido marxista-leninista como el nuestro*", y en el artículo de M. Gracia, "*Por qué apoyamos la Constitución*" (LUDP 61), en que se hace eco de esta inquietud: "*Incluso existen dudas en nuestro propio Partido y hay quienes se preguntan: si aceptamos esta Constitución, ¿qué nos separa entonces del revisionismo y de la socialdemocracia?*".

Pero si existe algún tipo de contradicción entre el programa, los análisis políticos precedentes y la táctica, una manera de resolverla es negar que existe y afirmar que los giros de la táctica pueden coexistir con lo anterior. Así, Enrique de Castro (LUDP 64, 27/7/78) afirma: "*Nosotros somos y continuamos siendo republicanos, estamos por el derecho de autodeterminación, por la sindicación de todos sin exclusiones, por el derecho de todos a pertenecer a partidos políticos, y por otras muchas cosas que el texto constitucional no reconoce, pero ello no es obstáculo en absoluto para apoyar esta Constitución*".

Como el PTE, a pesar de su evolución hacia posiciones moderadas, posibilistas (o menos radicales), pertenece por su programa y adscripción ideológica al ámbito de la izquierda radical, se ve

obligado a justificar, en los términos habituales del debate en ese ámbito, su cambio de posiciones conservando, al tiempo, un lugar en este espectro al reclamar su posición revolucionaria y criticar, por ende, las posturas radicales contrarias a la Constitución, a las que califica de testimoniales y utópicas. Así, en el editorial de La Unión del Pueblo nº 60 (29/6/78) se dice: *"El rechazo de la Constitución en nombre de una supuesta alternativa más democrática -que hoy ni existe ni sería alcanzable en la vida real- no es más que un recurso al pataleo que no conduce a cambiar la correlación de fuerzas actual, sino a encerrarse en posiciones testimoniales, abandonando a la derecha y al 'centro' el terreno para que dejen la Constitución tal cual está o empeoren algunos de sus apartados con o sin el consenso de la izquierda parlamentaria"*.

Eladio García Castro (LUDP 61), en un discurso, afirma: *"El espíritu revolucionario no estriba en demandar una Constitución utópica, sino en defender acertadamente hasta dónde se puede llegar en este momento y cómo llegar. Esta Constitución no tiene alternativa"*.

Por su parte, M. Gracia (LUDP 79) señala: *"Hay quienes rechazan la Constitución desde posiciones de 'izquierda'. Lo hacen movidos por un nostálgico testimonialismo, que les conduce a hacer abstracción de la realidad añorando sueños revolucionarios que pudieron ser, pero no han sido .../.. Y lo que es peor, les da miedo reconocer lo dura que es la situación, porque esto implica poner en marcha toda una serie de tareas reformistas en todos los planos que conduzcan a un estrecho ligamen con el pueblo trabajador, a fin de hacer avanzar a las masas partiendo de la situación en que se encuentran"*, con lo cual el autor postula la aceptación de la correlación de fuerzas, posición que, en otro artículo (M. Gracia, LUDP 61), ha sido defendida como una muestra de respeto a la voluntad popular -*"No podemos suplantarnos ni las aspiraciones ni la experiencia de las masas, sino que tenemos que partir de esas premisas para avanzar hacia adelante. Ni podemos*

confundir los esquematismos propios o la impaciencia de algunos con las aspiraciones populares".

La justificación, en ocasiones, olvida argumentos en sentido contrario (sobre la monarquía, por ejemplo) dados en la propia revista y recurre finalmente a la ortodoxia, al cuerpo doctrinal para defender el cambio de rumbo: *"Se rechaza la Constitución alegando que ésta refrenda la Monarquía- afirma M. Gracia (LUDP 79)- pero se ignora que, en primer lugar, ésta ha desempeñado un papel positivo en el advenimiento de la democracia y, en segundo lugar (que es lo más importante), a nuestro pueblo esta cuestión le importa un rábano en estos momentos. Ello no quiere decir que nuestro Partido renuncie a su republicanismo sino que la solución de esta cuestión la plantearemos en su momento. De igual manera esta Constitución niega el derecho de autodeterminación. Es verdad, pero hemos conseguido lo que todos los pueblos de España anhelaban: los derechos autonómicos... Los estatutos de autonomía no cierran el proceso de liberación nacional, sino que, por el contrario, serán un instrumento de avance en esa dirección. Quien ignore eso desconoce el ABC del marxismo".*

La conclusión a esta defensa del cambio de opinión la pone el editorial titulado *"¿Y después de la Constitución?"* (LUDP 81, 6/12/78), que critica con dureza y notable sectarismo, por considerarla contraria a los intereses del pueblo, la campaña de otras fuerzas de la izquierda radical contra la Constitución y el referéndum -*"En este sentido, ha quedado diáfana en las últimas semanas la total irresponsabilidad del abanico de grupos y grupúsculos de extrema y extremísima izquierda que, de pronto, han salido de debajo de las piedras para dedicarse a empapelar las paredes, con un derroche repentino e insospechable de medios económicos y con el único fin de denigrar la Constitución democrática que los pueblos de España han conquistado tras larga y dura lucha de 40 años"-.*

7.3.3.2. POSICIÓN ANTE EL REFERÉNDUM CONSTITUCIONAL

Podría pensarse que después de encontrar tantas razones para apoyar la Constitución, pedir el voto afirmativo en el referéndum sería una posición general, pero tampoco es así.

Desde las páginas de La Unión del Pueblo se solicita el Sí en toda España excepto en el País Vasco, en donde se propugna la abstención, pero no en razón de que existan discrepancias con la postura adoptada en el resto del país ni reservas con respecto a la Constitución, como se encarga de aclarar José M^a Beraza en el artículo "*Las razones para la abstención en Euskadi*" (LUDP 80, 29/11/78), en el que afirma que el PT de Euskadi "*no sólo acatará la Constitución en el momento en que ésta sea aprobada, sino que presionará para lograr su aplicación progresista y defenderá la Constitución, ésta Constitución, frente a los intentos de las fuerzas reaccionarias para reformarla en perjuicio de los derechos democráticos que en ella se contemplan*", sino porque, distinguiendo entre la Carta y el referéndum, éste "*es un acto político sometido a consideraciones coyunturales que aconsejan mantener en Euskadi una postura diferenciada*". "*La Constitución - afirma Beraza (ibíd)- la estamos contemplando de forma distinta en Euskadi que en Andalucía; la estamos midiendo con patrones distintos. El resultado sólo puede ser diferente*". Aunque es difícil entender que, midiendo con patrones distintos, el texto se acepte y que tal aprobación no se manifieste públicamente en el referéndum. En realidad, lo único diferente en Euskadi es la presión del nacionalismo -y del independentismo- y su rechazo del contenido de la Constitución y no sólo del procedimiento de su elaboración y aprobación, presión ante la que el PTE sucumbe y, para no ser tildado de "españolista", como ocurre con UCD, AP, PSOE y PCE, se suma a la opinión de la mayoría. Idea que queda confirmada por J. M. Beraza, quien analizando los resultados del referéndum (LUDP 83), afirma: "*Los resultados nos han dado la victoria. La abstención ha sobrepasado a la media del Estado en las cuatro provincias vascas*". Aunque es difícil comprender, en

primer lugar, cómo se puede llamar victoria al generalizado rechazo de un documento con el que se está de acuerdo y al que se ha apoyado en todo el país y, en segundo lugar, cómo se puede apropiarse de un resultado que será, antes que para nadie, para el PNV, el partido de la burguesía nacionalista vasca al que el PTE ha seguido dócilmente, y, luego, para otras fuerzas nacionalistas que rechazan tanto el contenido del texto constitucional como el procedimiento empleado para su elaboración y ratificación.

Los principales argumentos ofrecidos por La Unión del Pueblo sobre la postura a mantener ante el referéndum, son los siguientes:

- *"Sí a la Constitución. Para enterrar el pasado franquista y consolidar la democracia. Para abrir paso a nuevas leyes que ayuden a cambiar las cosas"* (LUDP 73, 12/10/78).
- *"El proceso constituyente toca a su fin. Con él mueren las Leyes Fundamentales del franquismo y una de las peores etapas de nuestra historia. El Partido del Trabajo de España llama a todos los ciudadanos a votar Sí a la Constitución"* (LUDP 73, 12/10/78).
- *"De acuerdo con esta consideración (que, en lo fundamental, reconoce los derechos, libertades e instituciones que configuran una democracia política, y de que no existe otro proyecto más democrático) se decidió no sólo dar el Sí, sino promover una amplia campaña de divulgación y explicación de su contenido... y, en consecuencia, promover un Sí consciente y activo que permita dar un paso adelante en la unidad del pueblo y en su ánimo para las sucesivas batallas, que no acaban con la Constitución"* (E. de Castro, LUDP 73, 12/10/78).
- *"Constitución contra el franquismo". "El Partido del Trabajo da un Sí inequívoco a la Constitución, pero ha dado claras razones para propugnar la abstención en Euskadi"* (LUDP 77, 8/11/78).

- "Ahora más que nunca, cuando todos los enemigos de la democracia hacen sus últimos esfuerzos por lograr que el calendario del proceso democrático se pare antes del 6 de diciembre, hay que decir *Sí a la Democracia, No al fascismo, y aprestarse a defender las conquistas alcanzadas por las clases trabajadoras después de una lucha tenaz y prolongada...* El C.E. del PTE ha propuesto un compromiso en torno a un programa de emergencia para salvar la democracia, erradicar el terrorismo y aplastar los intentos golpistas, salvaguardando en todo momento las libertades democráticas conquistadas" (Declaración del Comité Ejecutivo del PTE, LUDP 80, 29/11/78).

7.4.3.3. EVALUACIÓN DE LOS RESULTADOS DEL REFERÉNDUM

Como ya hemos indicado anteriormente, el resultado del referéndum se interpreta como una confirmación de la postura mantenida:

- "El referéndum constitucional del 6 de diciembre ha supuesto el *sí afirmativo y sin paliativos de los españoles a la libertad y a la democracia, a pesar del alto grado de abstención producido*" (Declaración del C.E. del PTE, LUDP 82, 13/12/78).

- "Los resultados electorales cosechados en Euskadi a raíz del referéndum ponen de manifiesto la profunda raíz de los graves problemas que aquejan al pueblo vasco. La abstención mayoritaria es la expresión en las urnas de la decepción de todo un pueblo ante una Constitución genéricamente progresista, pero que margina importantes reivindicaciones por las que vienen luchando durante años" (Declaración del C.E. del PTE, LUDP 82, 13/12/78).

- "Los resultados nos han dado la victoria. La abstención ha sobrepasado la media del Estado en las cuatro provincias vascas" (J.M. Beraza, LUDP 83).

7.3.4. EL DISCURSO SOBRE EL PUEBLO

7.3.4.1. EL DISCURSO SOBRE EL PODER Y SOBRE EL PUEBLO

Decíamos en el punto 7.3.1.2., cuando nos referíamos al análisis de las clases subalternas, que éste parecía responder a varios criterios metodológicos pero que tal impresión no se confirmaba posteriormente puesto que las categorías, utilizadas con poco rigor, ofrecían un producto híbrido que no era ni un análisis sociológico ni uno político. Y, efectivamente, al igual que en las anteriores publicaciones, en La Unión del Pueblo también nos encontramos con grandes dificultades para ver descrito al pueblo desde el punto de vista político.

Como en los casos anteriores, a la noción política de *pueblo* se llega por adscripción externa, por la adición de una serie de adjetivos que resumen el perfil que el pueblo debe tener, con la salvedad de que, en los textos que ahora nos ocupan, los rasgos de este perfil son todavía más imprecisos puesto que la palabra *pueblo* tiene, eminentemente, una acepción retórica; es un comodín que en el discurso se combina con otras voces, como *ciudadanos*, *trabajadores* o *españoles*, a las que en unas ocasiones sustituye y, en otras, complementa. Pero del conjunto de relaciones, que por medio de un amplio muestrario de combinaciones se establecen entre sectores sociales de las clases subalternas, no podemos sacar la idea de qué es verdaderamente el pueblo, ni de cuáles son las relaciones entre unas colectividades y otras. ¿Cuáles son los nexos políticos entre los trabajadores y los antifascistas? ¿cuáles, entre los trabajadores y los ciudadanos? ¿cuáles, entre los trabajadores y los pueblos de España? ¿qué relaciones guardan las organizaciones populares y las organizaciones democráticas? ¿qué vínculos hay entre las fuerzas democráticas y las fuerzas obreras? ¿cuáles, entre éstas últimas y las llamadas fuerzas progresistas? ¿y cuáles, con las organizaciones juveniles y las feministas? ¿qué es lo que tienen en común todos los pueblos de España?.

A pesar de tantas y tan variadas relaciones, leyendo los textos de La Unión del Pueblo no obtenemos la más mínima información de cómo están articuladas las clases subalternas. El pueblo y los demás colectivos parecen entidades activas pero llegado el momento de describir esa actividad mancomunada el discurso guarda un espeso silencio.

Si lo que cabalga sobre esos textos es la búsqueda de la mítica unidad popular entre colectividades damnificadas por el proyecto democrático burgués y, en particular, por la Constitución, unidad que podría concretarse en un frente, alianza o similar, o bien en acuerdos bilaterales entre fuerzas, como parece desprenderse de los artículos, lo que falta es definir el contenido de dichos acuerdos, porque no se señalan más que imprecisos propósitos como abrir el debate o presentar enmiendas al proyecto constitucional, responder a los planes de la derecha o defender la democracia, y lo que falta, sobre todo, es plantear la cuestión del poder en el seno de dichas relaciones o, lo que es lo mismo, el sentido y la dirección política de las alianzas.

Cuando examinábamos el discurso de La Unión del Pueblo sobre las clases subalternas -punto 7.3.1.2.-, decíamos que los colectivos sociales que parecían representarlas aparecían unos junto a otros en el más estricto sentido gramatical del término **junto a**, porque fuera de la **conjunción sintáctica** representada por el fonema <<y>>, nada nos indicaba en los textos que hubiera una **conjunción política**, porque no aparecían ni los objetivos ni los medios ni los sujetos ni los instrumentos ni tampoco la dirección política de tal conjunción. En toda esa variada gama de relaciones no aparece ni una sola vez citado el colectivo que dirige la alianza o la relación y cuál o cuáles son los dirigidos, y la ausencia de ese detalle no es un asunto baladí, porque en toda relación política se plantea, al nivel que sea, la cuestión del poder, la capacidad de orientar la acción política en uno u otro sentido. Así, en ese impreciso pueblo, ¿quién dirige?: ¿los trabajadores

a los ciudadanos?, ¿las fuerzas progresistas a las fuerzas obreras o al revés?, ¿las fuerzas democráticas a las progresistas o viceversa? y así sucesivamente podríamos ir relacionando unos con otros todos los colectivos que aparecen citados, sin que aparezca el grupo dirigente. Naturalmente, tales preguntas no se pueden contestar porque las fuerzas sociales se expresan por medio de las fuerzas políticas o partidos (recordemos la idea de Gramsci ya citada de que los partidos son la nomenclatura de las clases) y si éstos no existen, tales relaciones son ilusorias. Desde el punto de vista de quien sustenta tales opiniones -el Partido del Trabajo- tampoco queda clara la vinculación política que éste ha establecido o desea establecer con las restantes colectividades ni con el pueblo.

En resumen y para acabar con este asunto, en los textos, las clases subalternas aparecen carentes de articulación y tampoco destaca un colectivo cuya incipiente influencia sea capaz de aglutinar al resto.

Como decíamos en el Discurso sobre el pueblo de la revista Bandera Roja, aquí también se echa en falta el proceso concreto de formalización del pueblo, entendido como un largo proceso de tejer y destejer alianzas entre fuerzas políticas.

Naturalmente, se puede aducir que las clases subalternas, lejos de formar un bloque y de estar dirigidas por alguna de sus fracciones, pueden estar desarticuladas, informes. Ciertamente, pero ése es otro discurso, no el que nos ocupa, que atribuye al pueblo (LUDP 34) una capacidad de organización y movilización suficiente como para "*haber conquistado las libertades democráticas en una prolongada y tenaz lucha contra el fascismo*" y hallarse, además, en condiciones de señalar lo que es determinante en la coyuntura, como se desprende de la lectura del párrafo siguiente del mismo editorial: "*Las opciones ante las que se encuentran los partidos democráticos hoy están a la luz: o dar su apoyo al Proyecto (de Constitución), poniéndose abiertamente de espaldas, e incluso en*

contra del pueblo, o defender las libertades y principios democráticos esenciales de acuerdo con las demandas populares". Opinión que plantea una disyuntiva falsa, porque, como hemos visto, el grado de formalización del pueblo es tan impreciso que no puede hablarse de un nuevo sujeto político que aparece en la palestra y obliga a las restantes fuerzas a definirse o con él o contra él. ¿Cuál es el programa del pueblo ante el que deben pronunciarse las restantes fuerzas políticas? No se indica; nada hay sobre lo que definirse. Por contra, la burguesía sí lo tiene -y lo presenta en nombre del pueblo-, pero sobre este asunto volveremos más adelante, ahora retrocedamos un poco en el tiempo.

Estas concepciones que configuran un discurso sobre el pueblo que peca, a la vez, de impreciso y de optimista son herederas del dictamen que hace el PTE del ocaso del régimen franquista, cuyo final, aludido con imprecisas y enigmáticas frases como "*la caída del fascismo*", atribuye al empuje de la movilización popular contra el fascismo más que a la desaparición del dictador como factor aglutinante del bloque social en el poder.

En esa coyuntura, el PTE propugna la instauración de un Gobierno Provisional de amplia coalición antifascista que dé paso a un proceso constituyente y, en varias ocasiones, (infructuosamente) propone la huelga general, como en el caso del 15 de diciembre de 1976, día del referéndum sobre la Reforma Política, a la que considera una maniobra de la burguesía monopolista para cambiar la forma de dominación, frenar a las masas y salir de la crisis económica con un nuevo modelo productivo capaz de integrarse en el sistema económico europeo.

Como en otros casos ya vistos, para poder explicar la docilidad popular ante los derroteros que lleva la reforma y evitarse la revisión de un análisis hecho a la ligera, se ve obligado a recurrir a la influencia de agentes externos -el PCE y el PSOE- a los que responsabilizar de la repentina pasividad de las masas y del rumbo que sigue el proyecto constitucional.

Así, según el discurso de La Unión del Pueblo, la trayectoria popular sigue una lógica (*guadianesca*) similar a las descritas por las revistas precedentes, cuyos principales momentos son:

- 1) El pueblo está formado políticamente y se encuentra a la ofensiva en una lucha larga y tenaz de contenido antifascista, que acaba con el franquismo (fascismo).
- 2) En el momento de legitimar sus conquistas democráticas en el proyecto constitucional, el pueblo es marginado del proceso y se elabora una Constitución de acuerdo con una relación de fuerzas cuya hegemonía corresponde a UCD y AP.
- 3) El pueblo reaparece victorioso y ratifica la Constitución en el referéndum.

No obstante, en este discurso, afín al de En lucha, hay una diferencia notable con respecto al de Bandera Roja: en éste, el relativamente alto índice de abstención se interpretaba como un rechazo popular que presagiaba futuras movilizaciones. Es decir, el pueblo volvía por sus fueros, con lo cual el orden político quedaba abierto para las clases subalternas dependiendo de su capacidad de lucha, en tanto que en La Unión del Pueblo el orden político se da por cerrado, pues se concibe como una conquista popular -"la Constitución democrática que los pueblos de España han conquistado tras larga y dura lucha de 40 años" (LUDP 81)- y únicamente se prevé la movilización popular para defender el orden constitucional, como afirma M. Gracia (LUDP 79): "*La Constitución es un punto de partida positivo para la defensa de los intereses del pueblo trabajador. A buen seguro que, en la medida que avance nuestra lucha, nuestras exigencias, los sectores más reaccionarios tratarán de limitar y recortar los derechos reconocidos en la misma, siendo entonces, cuando nosotros, los comunistas, tendremos que salir a la calle a defender esos derechos alegando que tales restricciones son anticonstitucionales*", o J. M. Beraza (LUDP 80): "*El Partido del Trabajo de Euskadi.../.. no sólo acatará la Constitución en el*

momento en que ésta sea aprobada, sino que presionará para lograr su aplicación progresista y defenderá la Constitución, ésta Constitución, frente a los intentos de las fuerzas reaccionarias para reformarla en perjuicio de los derechos democráticos que en ella se contemplan".

Es decir, con este interpretación, el pueblo ha pasado de ser un sujeto colectivo capaz de mantener una lucha larga y tenaz contra el fascismo a desmigajarse en un agregado de individuos que aceptan individual y pasivamente el proyecto constitucional de sus adversarios y que únicamente retornará a su condición colectiva cuando se trate de defenderlo, incluso de algunos de sus fautores.

Como ya decíamos, el dictamen extraído de la lectura de los textos es muy otro. El pueblo no está formado, ya que los textos no son capaces de describirlo, y, por tanto, ha carecido de un programa antifascista (que ha existido únicamente en la táctica de los grupos izquierdistas de esa orientación) como también lo indican, si bien tácitamente, los textos de La Unión del Pueblo. Así se dice que la ofensiva popular ha acabado con el fascismo, pero después no queda más remedio que admitir que la realidad es otra, cuando se afirma (LUDP 61) que "*la situación política que atravesamos está definida por la correlación de fuerzas, reflejada en los resultados electorales del 15 de junio, que hicieron las veces de termómetro indicador del estado de conciencia del pueblo, de sus aspiraciones actuales, de en quienes confía, hoy por hoy, para la representación de sus intereses*".

De lo cual resulta un situación tan paradójica como difícil de creer, en la que un pueblo unido contra al fascismo, tras luchar cuarenta años, acaba con un régimen odiado pero en la primera ocasión que se le presenta -las primeras elecciones- vuelve a colocar en los centros neurálgicos del poder político a antiguos representantes del régimen derribado.

Así, pues, como ni el pueblo está a la ofensiva, ni tiene ni sigue un programa antifascista, los que podrían haber sido sus componentes se hallan a merced de otras alternativas a falta de una propia. Y con esto retornamos a la cuestión del poder, a la capacidad de intervenir sobre la sociedad, sobre la vida política y obligar a las demás fuerzas políticas a definirse sobre un proyecto propio. Eso es el poder: la capacidad de conminar, casi con fecha y hora, al resto de las fuerzas políticas y a cada uno de los ciudadanos -pasando lista- a definirse ante un proyecto político y social sintetizado en una constitución. El poder se manifiesta, en esta coyuntura, en la capacidad de colocar los límites del régimen democrático y de la actividad política; de decir: **éstas son las reglas y sobre ellas hay que opinar**; de decir: **no hay más opción que aceptar este marco de juego político o marginarse**. Y frente a esto, todo lo que ha aparecido de los textos La Unión del Pueblo sobre la unidad popular o el acuerdo de unas u otras fuerzas no son más que buenos deseos, fantasías, peticiones, llamamientos a unos u otros, que no han sido atendidos porque la atención estaba puesta en responder a la ineludible interpelación que la burguesía reformista planteaba con un proyecto político de largo alcance.

¿Qué hacer, desde el punto de vista de la izquierda radical, ante esta interpelación? Ya hemos visto que desde la revista Bandera Roja se daban razones para rechazar el proyecto constitucional defendiendo la abstención en el referéndum, pero el PTE, que busca legitimarse como un partido con sentido de la política de Estado y respetuoso con las nuevas instituciones, pretende salir de la marginación en que le mantiene su condición extraparlamentaria apoyando enmiendas desde fuera de las Cortes y dando, desde fuera del bloque del consenso, su apoyo a la Constitución con una campaña de divulgación y petición del voto afirmativo en el referéndum.

Aunque el resultado a la hora de votar sea el mismo, esta postura

es distinta de la de ORT, que, con una posición resignada ante la relación de fuerzas, indicaba en su revista En lucha que aceptar la Constitución suponía un compromiso político, pero no moral, en tanto que desde las páginas de La Unión del Pueblo los argumentos van más allá de la simple aceptación, ya que postulan el apoyo y la defensa de la Carta; es decir, hay una implicación moral en la asunción y defensa del proyecto.

Con la aceptación y defensa del modelo político propuesto por el bloque del consenso se acepta, igualmente, el modelo económico y social contenido en el mismo: la Constitución, que legitima derechos individuales, consagra una noción de *pueblo* como una substancia abstracta que es origen de una soberanía que escapa al sujeto colectivo del que emana; el pueblo es una suma de átomos; la adición de sujetos que únicamente tienen derechos políticos individuales y que permanecen solos en los momentos cruciales de su ejercicio. Concepción que está muy alejada de la noción de pueblo como masas populares, en la que el PTE decía inspirarse a través de la acrítica aceptación de los postulados maoístas. Por ello, y sin cuestionar si antes existía o no una verdadera vocación popular (si es que puede llamarse así), de la lectura de los textos de La Unión del Pueblo durante la etapa constituyente podemos inferir que el *pueblo* como sujeto político con su propio modo de intervenir en la sociedad se abandona para aceptar como modelo al ciudadano burgués.

Podemos hacer otra reflexión acerca del poder o, mejor dicho, acerca de la atracción que ejerce el poder sobre las fuerzas políticas y, naturalmente, sobre las de la izquierda radical. Lo que aparece con claridad meridiana en los textos de esta revista es la progresiva percepción de que el poder no se encuentra "en la calle" (*la calle*, efectivamente, *era de Fraga*), a disposición de cualquiera que desee tomarlo, ni se origina una situación descrita históricamente como de doble poder. Muy al

contrario, bajo un discurso populista se encuentra la certeza de que la disputa por el poder político se dirime dentro de los nuevos aparatos del Estado y que fuera de ellos queda muy poco margen para la actividad política; llegar a entrar en el reducido círculo formado por las nuevas instituciones será el principal objetivo del PTE.

Fracasados todos los intentos -realizados a base de llamamientos no exentos de crítica al PCE y al PSOE (*"La mayor responsabilidad corresponde a la izquierda parlamentaria, cuyas enmiendas progresistas apoyamos y que debería contribuir a organizar actos unitarios y facilitar la formación de un frente común que trabaje en defensa de una Constitución democrática"* (LUDP 53, 11/5/78), a los sindicatos y (como ya hemos visto) a unas inconcretas fuerzas democráticas, populares, progresistas, etc- para crear un bloque adverso al formado en torno al consenso, el PTE acaba admitiendo que la hegemonía en el campo popular es del PCE y del PSOE y a ésta se adapta rápidamente, con lo cual abandona una noción de pueblo -imprecisa y cercana al populismo, pero basada en un sujeto activo- por una noción de pueblo hecha a imagen y semejanza de la burguesía (gran capital, según sus análisis), aunque este cambio se defiende con el argumento de que así se respeta la voluntad del pueblo y de que hay que hacer frente a nuevos enemigos del régimen democrático como el golpismo y el terrorismo (LUDP 79, 80, 82, 83).

Aunque los resultados de este acelerado proceso de legitimación democrática exceden al objeto de nuestro análisis, no está de más dedicar unas pocas líneas a comentarlo porque tiene nefastas consecuencias.

Los rápidos cambios de una situación política que evoluciona en un sentido no previsto por el dictamen sobre la correlación de fuerzas, obligan al PTE a adaptarse compulsivamente a los usos del nuevo rumbo para no quedar descolgado, pero esta legitimación

democrática realizada por medio de un acusado pragmatismo supone introducir importantes cambios en el terreno de la táctica y de las formas, en tanto que los principios y los objetivos finales del programa político permanecen intactos. Dicho de otra forma: el PTE, en la táctica se ha aproximado al PSOE y al PCE, mientras que en la estrategia y en los principios sigue siendo un partido marxista, leninista y revolucionario.

Como es fácil de suponer, tampoco el PCE y el PSOE escaparon a esta necesidad de adaptarse a una situación cambiante, pero por partir de unos principios políticos más laxos y por contemplar, entre otras, una salida negociada al régimen franquista estaban mejor dotados para acometer cambios internos¹, que también se saldaron con rupturas, pero volvamos a las cuitas del PTE.

El proceso de legitimación democrática realizado a rastras de los acontecimientos coloca a este partido en una dinámica que le obliga a atender numerosos frentes de contacto con los partidos del consenso y a emular su táctica y *estilo político* sin revisar aspectos sustanciales del programa, que, en lo fundamental, es ratificado en el I Congreso (marzo de 1978), porque lo importante en ese momento de euforia es alimentar las expectativas de entrar en las nuevas instituciones -"*Cuando el Partido del Trabajo de España acceda al Parlamento no será para hacer lo mismo que los que hoy están allí*" (discurso de Eladio García Castro en el I Congreso, LUDP 46)-, posibilidad que nadie pone en duda.

El intento de revisar formal y seriamente el ideario llega cuando el PTE, sin entusiasmo y económicamente exhausto, ha comprobado que la apresurada legitimación democrática ha conducido a la desorientación ideológica y que el intento de entrar en las

¹. Aunque esto no quiere decir que dicha adaptación fuera fácil a la hora de plasmarla retocando los programas. En ambos casos se pudo hacer pero no sin traumatismos: en el PCE, en el IX Congreso, en un debate al amparo de la definición sobre el leninismo, que se saldó con una serie de rupturas. En el caso del PSOE, en el XXVII Congreso, en el debate sobre el carácter marxista del partido, que motivó la dimisión de Felipe González, durante unos meses, de la Secretaría General.

instituciones se ha saldado con sucesivas derrotas electorales. En esta situación, agravada por la desmoralización que el fracaso de la acelerada unificación con ORT ha producido en sus cuadros y militantes, se produce un intento de discutir profundamente sobre los principios², pero ya es demasiado tarde y el partido se deshace.

7.3.4.2. CONCLUSIONES

Como primera conclusión debemos señalar que el conjunto de textos de La Unión del Pueblo conforma un discurso que, por su vaguedad, ofrece escasa información sobre los presupuestos del emisor -sus principios, programa y táctica-, aunque no sobre sus propósitos finales.

Es un discurso polémico que evoluciona con críticas a izquierda y derecha, poco descriptivo y de tono apelativo, con aspectos voluntaristas muy marcados, sobre todo instando a la unidad de acción de unos u otros agentes sociales, pero respetando el marco institucional.

Por otro lado, abunda en la retórica y en los lugares comunes de los discursos políticos al uso y, en un esfuerzo notable por ser verosímil, acercarse al discurso mayoritario, a lo tenido en el momento como <razonable>, se aproxima al lenguaje del consenso y acaba aceptándolo en el fondo y en la forma. En este sentido, es polémico pero también posibilista.

Con respecto a la posición sobre la Constitución, hay que señalar que partiendo de una crítica bastante formal al contenido de la misma, acaba por aceptarla olvidándose de su postura inicial, por lo que cabe calificarlo de discurso escasamente riguroso y poco respetuoso con sus propios presupuestos.

².La propuesta parte del documento de E. García Castro y de E. Palazuelos "Una fuerza para una nueva civilización", que se puede encontrar en la revista El cáraño 17/18, Madrid, s/f., junto con el documento "Por un partido para la revolución socialista" en que se critica el primero.

El eje central que marca la estructura discursiva basado en la oposición de dos sujetos -*la derecha* y *el pueblo*, aunque un éste, por impreciso, no es objetivable- evoluciona y ambos sujetos acaban siendo irreconocibles y siendo sustituidos por otra pareja antagónica aún más vaga: de un lado, un impreciso *todos* y, de otro, el *golpismo* y el *terrorismo*. Es decir, hay un cambio de oponentes al haber crecido el colectivo agrupado en torno al consenso, que ahora abarca a casi toda la población, excepto a un grupo de nostálgicos del viejo régimen (*golpismo*) y otro grupo no menos exíguo de enemigos de la democracia (*terrorismo*).

Esta reducción del enemigo social a una condición marginal ha sido realizada con un lenguaje crecientemente conciliador, que ha ganado en ambigüedad, elipsis e indefinición, aunque ha tratado vanamente de mantenerse fiel a los principios que lo vinculan a la izquierda radical apelando a la ortodoxia.

Finalmente, debemos indicar que con la aceptación del contenido y formas del discurso del consenso renuncia a disputar la hegemonía al bloque dominante desde una posición subalterna, pero apoya a una facción (democrática), frente a otra (*golpista*) del bloque social dominante, con lo cual refuerza la hegemonía de la facción del bloque dominante que ha dirigido la transición y el proceso constituyente.

Todo lo cual, nos lleva a pensar que se trata del discurso de un colectivo en trance de adaptarse acelerada y compulsivamente a una nueva situación política (legitimación democrática) sin haber revisado con la profundidad suficiente las primigenias señas de identidad que lo hacían una organización radical y subversiva.

7.4. ANÁLISIS DE LOS TEXTOS DE

VANGUARDIA OBRERA

Sumario.

7.4.1. Fuerzas sociales y correlación de fuerzas durante el período constituyente

7.4.1. Las fuerzas sociales

7.4.1.1. La(s) clase(s) dominante(s)

7.4.1.2. Las clases subalternas

7.4.2. La correlación de fuerzas y el poder constituyente

7.4.2.1. Dictamen sobre el momento constituyente

7.4.2.2. El consenso

7.4.3. Dictamen sobre la Constitución

7.4.3.1. Valoración de la Constitución

7.4.3.2. Posición ante el referéndum constitucional

7.4.3.3. Evaluación de los resultados del referéndum

7.4.4. El discurso sobre el pueblo

7.4.4.1. El discurso sobre el poder y sobre el pueblo

7.4.4.2. Conclusiones

7.4.1. FUERZAS SOCIALES Y CORRELACIÓN DE FUERZAS DURANTE EL PERÍODO CONSTITUYENTE

7.4.1. LAS FUERZAS SOCIALES

7.4.1.1. LA(S) CLASE(S) DOMINANTE(S)

Antes de proceder a analizar los textos para determinar cuál es la clase dominante es preciso advertir que para este partido la

clase dominante española se encuentra en posición subordinada con respecto a una clase dominante extranjera aludida por el poco apropiado término de *imperialismo norteamericano*, sobre el que ya hemos manifestado nuestra reserva. Un artículo, firmado por V. Vega, publicado en el nº 232 de Vanguardia Obrera (en lo sucesivo VO) (26/4/78) con el expresivo título de "*Contra el engendro constitucional de la monarquía (I)*", avisa al lector sobre esta cuestión "*sin la cual no es posible analizar correctamente todo el engendro de la constitución monárquica*".

Para el autor, la transición española forma parte de un proceso a escala internacional auspiciado por Estados Unidos para dotar de legitimidad democrática a viejos regímenes instaurados por la fuerza de las armas, como son los de Franco, Pinochet, F. Marcos y Hassán II: "*Se trata de toda una táctica general impulsada por el imperialismo y sus aliados tendente a recubrir los orígenes sangrientos y la naturaleza fascista, terrorista y arbitraria de tales dictadores, monarcas y camarillas con una nueva imagen; se trata de dotarles de una nueva liturgia democratizante e incluso de promover hombres, siglas y partidos de recambio que permitan al imperialismo y a sus lacayos una cierta capacidad de maniobra, una cierta ampliación de sus base social frente a una situación de crisis general y de agudización de las contradicciones y la lucha de clases*". Por lo cual "*la maniobra pseudodemocratizante de la monarquía juancarlista se inserta en esta nueva táctica del imperialismo norteamericano y sus aliados, la táctica que encabezan Carter y la llamada Comisión Trilateral*".

Una vez hecha esta advertencia, ocupémonos de ver por quién y cómo está compuesta esta subordinada clase dominante española.

A lo largo de los artículos seleccionados el grupo social dominante aparece aludido, la mayoría de las ocasiones, por el término *oligarquía* aunque también por la expresión *burguesía monopolista* -"*La burguesía monopolista puede hacer muchas leyes, pero el proletariado, con sus luchas, impondrá su legalidad que*

en nada se parece a la de sus enemigos irreconciliables de clase" (V. Roig, VO 235)-.

Por la cita anterior, vemos que a la oligarquía, o a la burguesía monopolista, se le otorga la consideración de enemigo de clase, la cual viene dada por la relación que se atribuye a esta clase con respecto a las clases subalternas: explotación económica de los trabajadores y opresión política del pueblo -"*la brutal explotación capitalista sobre la clase obrera y el pueblo*" (V. Vega, VO 233), "*la superexplotación de los trabajadores por parte de los grandes capitalistas*" (V. Vega, VO 241)- en un "*régimen de opresión y explotación heredado de la dictadura*", que conforma una "*dictadura oligárquica bajo disfraz parlamentario*" (V. Vega, VO 239).

El sustantivo *oligarquía* suele ir acompañado de adjetivos que le confieren carácter desde el punto de vista económico, como son *terrateniente* -oligarquía terrateniente- o *financiera* -oligarquía financiera-, expresiones frecuentes que a veces aparecen juntas -oligarquía terrateniente y financiera-, y de otros que califican más moral que políticamente a este grupo social, como *fascista* o *reaccionaria*. Otros calificativos (despectivos las más de las veces) señalan la posición voluntariamente subordinada de la clase dominante española con respecto a la norteamericana -"*la oligarquía proyanqui*", "*el enemigo común* (de los pueblos de España): *la oligarquía financiera y terrateniente y sus amos los imperialistas norteamericanos*" (VO 242), "*oligarquía subordinada al imperialismo yanqui*" (VO 239), o "...*la oligarquía financiera 'española' vendida al imperialismo yanqui*" (VO 245)-.

Esta relación de dependencia, que en la mayoría de las ocasiones se refiere, como ya hemos visto, al ámbito económico, permite a las dominantes empresas extranjeras obtener, según la expresión más inocua, sustanciosos beneficios -"*... ganancias exorbitantes para la oligarquía financiera y los monopolios extranjeros*" (VO 235)- y, según otras expresiones más duras, encubre una situación de verdadera "*rapiña*". En los textos de Vanguardia Obrera, para

aludir a dichas empresas o intereses extranjeros se emplea frecuentemente el término *multinacionales*.

Hay otro ámbito en donde se recalca esta relación dependiente: el militar, al señalar la función subordinada -incluso orgánica "en virtud de unos ignominiosos pactos con los Estados Unidos" (VO 252)- del Ejército español con respecto al norteamericano -"nadie ignora que el ejército de casta monarco-fascista, el ejército sublevado en 1936 contra la República legítimamente constituida, es, además del brazo armado de la oligarquía pro-yanqui en el poder, un auténtico apéndice de la estrategia militarista del Pentágono" (V. Roig, VO 245), razón por la cual, el Ejército del Estado español carece de legitimidad para garantizar la soberanía nacional -"Mal puede defender la soberanía e independencia nacional un ejército que, de hecho, está bajo las órdenes de una potencia extranjera" (E. Odena, VO 254). Además, la influencia norteamericana sobre España abarca otros ámbitos de la sociedad hasta dar lugar a una "colonización económica, científica, tecnológica, militar y política" (V. Roig, VO 245).

Si en unas ocasiones se indica que la clase que está en el poder -"la naturaleza reaccionaria y antinacional de la clase en el Poder" (VO 252)- es la oligarquía, en otras, además de una clase configurada por intereses económicos, aparece un bloque - (las Cortes están hechas) "a la medida del Poder, de la Corona, del Ejército, de los cuerpos represivos, de la Iglesia, de la oligarquía financiera, las multinacionales y los terratenientes, que son las fuerzas que ayer se repartían el poder bajo la dictadura de Franco y hoy se lo siguen repartiendo" (V. Vega, VO 232)- formado por fracciones de clase en sentido económico, por estamentos, por miembros de los aparatos del Estado y hasta por la dinastía borbónica.

En este bloque social dominante, se atribuye a la monarquía un papel esencial (que recuerda mucho al dictamen de Bandera Roja sobre esta institución) -"recordemos que el rey está rodeado de

banqueros, militares, aristócratas, jerifaltes del Opus Dei" (V. V., VO 233)- al vincular a los diversos estratos que forman dicho bloque -"la monarquía representa a unas élites aristocráticas, hoy estrechamente vinculadas y fundidas con las oligarquías financieras y terratenientes, y a intereses extranjeros" (Elena Odena, VO 246) y por su especial relación con el Ejército, cuya jerarquía participa en los intereses económicos y políticos de la oligarquía -"los generales y altos mandos siguen en los consejos de administración de empresas y bancos, dirigiendo negocios para las multinacionales y para los yanquis.../..siguen ocupando altos cargos en el aparato estatal (en el sector judicial, político, económico, en las fuerzas represivas, etc) y en el mismo Consejo del Reino" (E. O., VO 254)-.

Políticamente este bloque social dominante esta representado por dos partidos: UCD y AP -"la derecha franquista y continuísta de siempre, hoy organizada en UCD y AP... " (VO 252).

Sin embargo, en este bloque dominante configurado económica y socialmente en torno a la gran burguesía nacional y extranjera hay una ausencia perceptible: el mediano y el pequeño capital nacional; ¿qué papel reserva Vanguardia Obrera a la pequeña y a la mediana burguesía en el análisis de clases?.

Si, en una sociedad escindida en dos colectividades antagónicas, no forman parte del bloque social dominante, podemos inferir que merecen ser consideradas clases subalternas, en cuyo caso forman parte del pueblo.

Como conclusión podemos decir que, de la lectura de las páginas de Vanguardia Obrera, extraemos la idea de que el bloque social dominante es un conjunto definido social y políticamente por sus intereses en torno a la oligarquía o gran burguesía como estrato central; que es perfectamente identificable por su trayectoria, sus modos y talante; por su relación con las clases subalternas, con el poder y con las viejas y nuevas instituciones del Estado; por sus representantes políticos; por sus aliados, nacionales e

internacionales, y por los adheridos posteriormente a este programa de reformas, en el cual juega un papel destacado la Constitución.

De todo ello surge una serie de agentes identificables -tanto instituciones como personas (la Corona o el Rey, la Trilateral, Jimmy Cáster o el Pentágono, la UCD, Adolfo Suárez o Martín Villa (el ministro más nombrado), el PCE o Santiago Carrillo, el PSOE o Felipe González, la Iglesia, la FERE o el Opus Dei)- con sus planes, actitudes e intereses que sugieren un discurso inspirado por la realidad de lo que sucede en el país, lo cual, si, en principio, no puede considerarse precisamente un mérito, y más tratándose de un discurso político, sí lo es comparándolo con el discurso sobre las clases subalternas, en donde los vínculos con la realidad, al igual que en los otros discursos ya tratados, son mucho más débiles y, en algunos pasajes, inexistentes.

7.4.1.2. LAS CLASES SUBALTERNAS

Como hemos observado en el epígrafe anterior, los textos de Vanguardia Obrera describen una sociedad dividida en, al menos, dos colectivos que se comportan como irreconciliables enemigos por su diferente ubicación y función social, intereses contrarios y asimétrica relación con respecto al poder. Una vez que hemos determinado cual de estas dos colectividades ejerce una función dominante, ocupémonos de la colectividad subalterna, que debe esta condición a la doble circunstancia de encontrarse económicamente explotada -de *manera brutal*, o *sobreexplotada*, como hemos visto con las oportunas citas- y políticamente oprimida; es decir, privada de medios de producción y de poder político. Veamos lo uno y lo otro.

En lo que atañe a la subalternidad en el campo de la producción mercantil, es decir a la subalternidad en la relación entre el capital y el trabajo, frente a la clase económicamente dominante

-la oligarquía- en los textos se utilizan varios términos para aludir al colectivo que se halla en posición subordinada: son *clase obrera*, *proletariado*, *masas trabajadoras* y, finalmente, *pueblo trabajador*. También aparecen *juventud obrera*, *campesinos*, *campesinos sin tierra* y *jornaleros* y otros términos que aluden a situaciones que se apartan de la producción agrícola o fabril y hacen referencia al trabajo no directamente productivo o inmerso en el ámbito de la superestructura o de la cultura, como son *profesionales*, *artistas* e *intelectuales*, aunque estas voces tienen mucha menor importancia en el discurso frente al carácter axial de las clases laboriosas directamente productivas.

Si *clase obrera* y *proletariado*, siguiendo el uso habitual en este tipo de literatura, pueden considerarse términos sinónimos en cuanto al terreno laboral se refiere, *proletariado* tiene en estos textos una connotación política (incluso mítica) por la función dirigente que se le atribuye con respecto al pueblo -"*los pueblos de España, con el proletariado a la cabeza...*" (VO 233)- y al resto de colectivos, que se manifiesta, incluso, en el orden en que se colocan las palabras al construirse las frases aunque no se mencione de forma expresa esa función dirigente -"*¿... éste es el proyecto constitucional que el proletariado y el pueblo necesitan?*" (VO 243) o "*... que la lucha del proletariado y otros sectores populares han puesto en el centro de la escena política*" (VO 239)-. Este orden, que señala la preeminencia política del proletariado sobre el resto de clases y capas sociales que forman el pueblo, está presente en todos los casos en que el primer término, o su sinónimo *clase obrera*, se une a cualquiera de los que aluden a las clases y capas sociales que forman el segundo, como, por ejemplo, en "(el sentimiento republicano y socialista que está presente) *no sólo entre la clase obrera y el pueblo trabajador*" (VO 245), "*la clase obrera y las masas trabajadoras que luchan en la calle, en las fábricas y en el campo*" (V. Vega, VO 233), "*la brutal explotación capitalista sobre la clase obrera y sobre todo el pueblo*" (ibíd), "*ni el proletariado ni el pueblo*

en general participan de este nerviosismo y de estas prisas 'constitucionalistas'" (R. Sánchez, VO 250), "... defender los privilegios de la minoría oligárquica, sobre la base de la explotación de los trabajadores y del pueblo" (M. Garcés, VO 255)-. Norma que se cumple también cuando se alude a las mujeres: "debemos estar a la cabeza de la lucha contra toda discriminación sobre las mujeres trabajadoras y por la liberación de todas las mujeres del pueblo" (V. Roig, VO 244).

Estos ejemplos obedecen a una regla que se cumple también en sentido contrario; cuando se critica, por poner un caso, el contenido de la Constitución, se dice, en primer lugar, que es antiobrero y después, antipopular y no a la inversa.

Esta norma, que parece deberse a un estricto libro de estilo de la redacción de Vanguardia Obrera, se cumple también cuando se alude a los propósitos y relaciones que mantiene la organización editora -el PCE (m-l)- con otras fuerzas -"Nuestro Partido, al frente del proletariado revolucionario y de amplios sectores populares, está impulsando una potente movilización..." (V. Roig, VO 235), "El Partido se esfuerza por unir a la clase obrera y a todo el pueblo contra este engendro constitucional" (V. Vega, VO 241)- y en sus llamamientos y apelaciones a la movilización - "...y llama (el Comité Central) a toda la clase obrera y a todo el pueblo a votar NO en el referéndum" (Resolución del C.C., VO 257), "llamamos a la clase obrera, a todo el pueblo trabajador, a todos los demócratas..." (Declaración del C.E., VO 259)-.

De la misma manera, cuando se precisan los lugares en donde debe realizarse la campaña por el NO en el referéndum constitucional, aparecen citados en primer término los lugares de trabajo propios de la clase obrera -"(la Declaración por el NO a la Constitución Monárquica) debe ser ampliamente distribuida entre todos los sectores y clases populares.../. organizando debates en las asambleas de fábricas, tajos, barrios populares, asociaciones de vecinos y en todos los organismos populares de ciudades y pueblos; entre los jornaleros y campesinos, entre los pequeños

comerciantes y los artesanos, entre los intelectuales y artistas, en las universidades e institutos y, en general, entre todas las capas y sectores del pueblo" (VO 248).

Sin embargo, el concepto de *pueblo* no queda claro, porque no sabemos con certeza qué colectividades lo integran, ni en qué sentido se usa la palabra cada vez que se utiliza.

Por un lado, parece claro que el empleo en plural se refiere a las clases subalternas de las nacionalidades -"*los pueblos de España*"- pero, por otro, también se apela a (los habitantes de) las nacionalidades -"*... llamamos a los millones de campesinos jornaleros sin tierra y sin pan; llamamos a las nacionalidades oprimidas...*" (Declaración del C.E., VO 247)- sin distinción de clase ni condición, tomando como única delimitación la que marca el territorio, en cuyo caso, todos los propietarios de medios de producción, grandes y pequeños, quedan incluidos en esa condición de "oprimidos" en cuanto habitantes de determinado territorio y, por lo tanto, posibles aliados de la clase trabajadora frente al gobierno central del Estado.

Pero esta posible noción de *pueblo* es contradictoria con el uso del término *pueblo trabajador* que aparece en la misma Declaración -"*Llamamos a la clase obrera, a todo el pueblo trabajador...*"- si nos atenemos al sentido que la literatura marxista concede a esta palabra dentro de la relación capital/trabajo, pero además, esa condición *popular* derivada de la ubicación territorial también es contradictoria con los sujetos a los que se dirige la primera parte del llamamiento -"*los millones de campesinos sin tierra y sin pan*"- porque sus intereses y perspectivas serán difícilmente convergentes con los de los habitantes de su misma nacionalidad que tengan tierra y pan y, sobre todo, con los de aquellos que tengan mucha tierra y mucho pan, máxime, cuando una de las más duras críticas que se hacen a la Constitución es que legitima el latifundio -"*La Constitución, un engendro al servicio de los terratenientes*" (VO 247)- y se postula, como una de las medidas

a adoptar por un hipotético gobierno provisional, *"la Reforma Agraria que dé la tierra a quien la trabaja y acabe con los latifundios"* heredados del franquismo.

Pero no es ésta la única contradicción que ofrece esta noción de *pueblo* porque cada vez que hemos intentado delimitarlo nos hemos topado con una presencia fantasmal, con un convidado de piedra que hace brotar nuevas contradicciones.

En el epígrafe precedente hemos indicado que el bloque social dominante estaba exclusivamente formado por la gran burguesía y su aliada, la clase homóloga norteamericana -*"una constitución para los grandes explotadores"* (V. Vega, VO 241), *"¿Puede una constitución ...servir a la vez a las multinacionales, a los grandes patronos, a los obreros y a los trabajadores?"* (ibíd).

"La constitución monárquica garantiza la continuidad de lo que ha sido la tónica general durante la dictadura franquista manteniendo las grandes industrias en manos de la oligarquía, del imperialismo y de las multinacionales (VO 252), "... que el poder, los privilegios y la libertad son patrimonio exclusivo de la oligarquía financiera, de las multinacionales extranjeras y de los grandes capitalistas en general" (VO 241), etc -, con ello, la mediana y pequeña burguesías quedaban implícitamente ubicadas en el campo de las clases subalternas; es decir, formando parte del pueblo, en esa sociedad dividida por el enfrentamiento entre éste y la oligarquía.

Según lo anterior y desde el punto de vista de la contradicción entre el capital y el trabajo, algunos sectores de la pequeña burguesía urbana y rural, junto con otras capas asalariadas no proletarias, quedaban incluidas explícitamente en el pueblo -*"los campesinos, entre los pequeños comerciantes y los artesanos, entre los intelectuales y artistas, en las universidades e institutos y, en general, entre todas las capas y sectores del pueblo"* decía un suelto de redacción (VO 248) refiriéndose a los sectores sociales entre los que se debía hacer propaganda por el

NO en el referéndum-, pero en los textos no se alude a la mediana burguesía ni a sus intereses económicos, ni a su concordancia o discordancia con los intereses de la clase obrera.

Si unas líneas más arriba, uno de los articulistas de la Revista se preguntaba si una constitución podía *"servir a la vez a las multinacionales, a los grandes patronos, a los obreros y a los trabajadores"* y se contestaba afirmando que *"el anteproyecto constitucional es una prueba irrefutable de que no puede existir tal maravilla..."* porque beneficiaba a la oligarquía, a los grandes capitales, nosotros podemos preguntarnos en qué medida afecta -beneficia o perjudica- al mediano y pequeño empresario que no sea comerciante, pero en los textos no hallaremos la respuesta.

Si los articulistas de Vanguardia Obrera estiman que existen diferencias entre los intereses económicos de los trabajadores a corto plazo -al menos como productores y como consumidores- y los de la pequeña y mediana burguesías, no lo manifiestan aunque señalan que existen objetivos políticos compartidos como más adelante veremos. No obstante, en un artículo ajeno al *corpus* -no se refiere a la Constitución-, firmado por M. Serrada (VO 243), encontramos una alusión a estas evasivas clases -*"La pequeña y mediana empresa soportan también, aunque en mucha menor medida, los efectos de la política de la alta finanza"*, *"los ojos de la pequeña y mediana empresa, paulatinamente y pese a las contradicciones que puedan tener con ella, han de volverse hacia la clase obrera y el pueblo, con cuyos intereses coinciden en la lucha por la independencia nacional y contra el gran capital"*. Sobre este particular, E. Odena (VO 248) añade: *"hemos visto que en la actual coyuntura, en toda España se dan condiciones óptimas para desarrollar rápida y ampliamente una intensa labor con el fin de atraer al lado de las fuerzas populares y revolucionarias a estas capas medias compuestas de sectores de trabajadores de la ciudad y del campo, profesionales liberales, artistas e intelectuales, pequeños comerciantes, pequeños y medianos empresarios, artesanos*

y, también, por supuesto y en particular, al campesinado".

Por esta cita, observamos que para esta autora tales clases pueden estar al lado de las fuerzas populares pero todavía no pertenecen al pueblo, en tanto que en otros artículos hemos visto que se les consideraba ya parte integrante del mismo. Así, por lo que respecta a la conformación del bloque de clases subalternas, desde el punto de vista de las relaciones con la producción, la noción de *pueblo* ofrece no pocas obscuridades.

Podemos pensar que si los publicistas de Vanguardia Obrera pasan como sobre ascuas por las contradicciones entre capital y trabajo en el interior del bloque de clases subalternas y ubican, casi clandestinamente, a la pequeña y mediana burguesías en el seno del pueblo, es porque estiman que existen entre los trabajadores y la pequeña y mediana burguesías otros intereses de rango superior que son comunes. Y así es; son intereses políticos.

Los textos adjudican al pueblo un alto nivel de consciencia y una actitud resuelta en pos de objetivos políticos muy definidos.

El pueblo es, antes que nada, republicano -"*un pueblo que nadie duda de que es republicano*" (VO 251)- y esta aseveración se funda en razones históricas que no parecen admitir controversia alguna:

"A España la proclamó reino el verdugo Franco cuando el pueblo estaba aherrojado y amordazado, pero el pueblo en 1931 la había proclamado republicana y por ella, y por la República, han luchado y muerto cientos de miles de hombres y mujeres, y esto nada ni nadie ha podido ni podrá cambiarlo" (V. Vega, VO 234).

Esta profunda vocación republicana, que se extiende también a otras clases y capas sociales, priva de legitimidad a la Corona: -"*Nadie que tenga sentido común puede pensar seriamente que una monarquía puede mantenerse democráticamente cuando no existe una voluntad popular monárquica y cuando sí existen profundas y amplísimas corrientes de opinión, pensamiento y sentimientos republicanos y socialistas, enraizados no sólo entre la clase obrera y el pueblo trabajador, sino también entre amplios*

sectores de las capas medias (intelectuales, profesionales, entre las minorías nacionales, el campesinado, pequeños y medianos empresarios y comerciantes, etc)" (E. Odena, VO 246).

Pero además, se afirma que tales convicciones han llevado a las capas más decididas del pueblo a movilizarse por esos objetivos - *"La clase obrera y las masas trabajadoras que luchan en la calle, en las fábricas y en el campo... por sus derechos democráticos, por la disolución de los cuerpos represivos, contra los salarios de hambre, el paro y la carestía de la vida, deben hacer frente a esta engendro de constitución monarco-fascista que trata únicamente de perpetuar el régimen de opresión y explotación heredado de la dictadura"* (V. Vega, VO 233). Con lo cual, se adjudica a la clase obrera y las masas trabajadoras un nivel de movilización y enfrentamiento que es producto de la combinación de dos niveles de lucha bien diferentes; por un lado, la lucha por objetivos inmediatos -sindical, reivindicativa (salarios, paro, carestía)- y, por otro, la lucha por objetivos políticos, contra el Estado: la disolución de los cuerpos represivos y por derechos democráticos.

En otro momento, se llega a decir que tales movilizaciones políticas han sido la causa de la reacción del bloque dominante - *"el gobierno de la monarquía se ha visto obligado a imponer la llamada constitución acosado por la lucha del pueblo republicano y antifascista..."* (M. Serrada, VO 261).

Coherente con lo anterior es la consideración de que, como producto de ese alto nivel de conciencia y movilización política, las clases subalternas, frente a los planes del bloque dominante, son capaces de poner en marcha su propio proyecto político -*"los pueblos de España, con el proletariado a la cabeza, tienen su propia alternativa: romper definitivamente con el viejo régimen fascista en crisis, abrir un proceso constituyente y dotarse de una Constitución democrática que garantice la independencia nacional de nuestro país frente al imperialismo yanqui y frente a cualquier otra potencia imperialista, que garantice la autode-*

terminación de nuestras nacionalidades, la Reforma Agraria, las conquistas sociales de los trabajadores y las libertades democráticas para el pueblo" (V. Vega, VO 233).

Es justamente en este proyecto político, en donde convergen los intereses de la clase trabajadora con los de la pequeña y mediana burguesías -*"La alternativa republicana y popular, cuyo marco más amplio y consecuente se materializa en la Convención Republicana de los Pueblo de España, hoy por hoy debe englobar a los sectores más conscientes de la pequeña y mediana empresa que luchan por sobrevivir frente a los grandes capitalistas y que siguen, en la medida de sus fuerzas, una política de creación real de puestos de trabajo. Si con la oligarquía monárquica sólo encuentran asfixia y ruina, estos sectores deben comprender que con la República y el pueblo pueden encontrar un respiro y una perspectiva positiva..."* (M. Serrada, VO 243).

Es decir, la contradicción entre el pequeño/mediano capital y el trabajo en el seno del pueblo es desplazada a un lugar secundario frente a la oposición de intereses entre el capital nacional y el capital extranjero; entre pequeño/mediano capital y gran capital; entre libre empresa (mediana/pequeña) y monopolio; entre mediana/pequeña propiedad agraria y latifundio.

De la lectura de los artículos de Vanguardia Obrera extraemos la impresión de que esa tensión entre el pequeño/mediano capital y el trabajo queda aplazada o, mejor dicho, desplazada al nuevo marco de relaciones sociales creado con la instauración de la república popular, en donde -suponemos- se manifestará con toda su crudeza. En tanto llega ese momento, los pequeños y medianos empresarios no aparecen como explotadores de mano de obra -poca o mucha- ni como gestores/apropiadores de la parte del excedente colectivo generado por el trabajo productivo realizado en las medianas y pequeñas empresas, sino en tanto que antifascistas, demócratas, republicanos, nacionalistas, patriotas, antimopolistas y antiimperialistas.

Como resumen, podemos decir que, por lo que respecta a las clases subalternas, de la lectura de los textos de Vanguardia Obrera obtenemos un resultado paradójico, porque, por un lado, se extrae la impresión de que nos encontramos ante un pueblo luchador y articulado en torno a una clase definida -el proletariado- que tiene un papel dirigente sobre el conjunto de clases y estratos subalternos. Y, por otro, tales grupos sociales están vagamente perfilados por categorías heterogéneas que se refieren tanto al territorio, al sexo o a la edad, como a la situación laboral, a la relación con la propiedad -agraria, industrial o comercial-, cuando no únicamente por rasgos políticos e ideológicos.

Es decir, que el colectivo *pueblo* queda mejor definido por los valores ideológicos que se le atribuyen que por su composición social y, por supuesto, que por su representación política, pues aparte del PCE (m-l) y su organización la Convención Republicana de los Pueblos de España, no aparecen en los textos otras fuerzas políticas que puedan representar los intereses populares, habida cuenta del trato que se dispensa en ellos al PCE y al PSOE, a los que se acusa de colaborar con el proyecto burgués.

7.4.2. LA CORRELACIÓN DE FUERZAS Y EL PODER CONSTITUYENTE

7.4.2.1. DICTAMEN SOBRE EL MOMENTO CONSTITUYENTE

Según Vanguardia Obrera, no ha habido una ruptura con el régimen franquista que haya producido un período de libertad política para todas las fuerzas antifascistas y para el pueblo "*sino que las mismas fuerzas, los mismos intereses de clase, los mismos exministros y exsubsecretarios de Franco han procedido a algunos cambios de fachada pseudodemocratizantes y, sin haber abierto un período constituyente, han colocado a su entero servicio a las camarillas de la 'oposición' colaboracionista*" (V. Vega, VO232)

de tal manera que tales reformas, realizadas "a la medida de la Corona, del Ejército, de los cuerpos represivos, de la iglesia, de la oligarquía financiera, de las multinacionales y de los terratenientes" (ibíd), han hecho posible que aquellos "que ayer se repartían el poder bajo la dictadura de Franco, hoy se lo siguen repartiendo escudados en una fachada parlamentaria".

En estas circunstancias, podemos leer en el mismo artículo, que "las actuales Cortes monárquicas han nacido, no con carácter constituyente, puesto que por encima de ellas se sitúa en todo momento la monarquía instaurada por Franco, sino con carácter legitimante". Por ello, "en tanto que Cortes legitimantes, su papel es el de contribuir a consolidar la usurpación de tal soberanía, usurpación operada tras la sublevación militar-fascista del 18 de julio de 1936, prolongada durante 40 años de dictadura y transmitida en herencia a la monarquía juancarlista". Pero de ello no puede sacarse la idea de que el bloque dominante, por propia iniciativa, haya acometido estos modestos cambios -"la oligarquía no ha concedido graciosamente nada, sino que se ha visto obligada a ceder algo ante el empuje de las masas" (V.Vega, VO 239), empuje que continúa durante el período constituyente y que puede poner en peligro la reforma -"La prisa de ellos está en que cuanto más tardan en hacer pasar su Constitución menos podrán controlar el contenido e impedir la presión de las masas sobre el mismo. Si hoy aparecen voces de alarma en los principales órganos de prensa es porque la presión de las masas y de las fuerzas republicanas actúa ya, no en forma de 'desinterés' o 'desencanto' según dicen sino en forma de movilizaciones, banderas, pancartas, directamente en la calle en cada ocasión, como en la más reciente Diada" (R. Sánchez, VO 250).

En otro número (VO 252), M. Serrada insiste en la misma idea -"La oligarquía tiene prisa y el consenso fascismo-colaboracionismo está trabajando a tope"- atribuyendo la causa de esta presteza a la celebración del V Pleno de la Convención Republicana de los Pueblos de España (una de las organizaciones afines al PCE (m-l))

y a los actos por el III aniversario (de la ejecución de tres militantes del FRAP y dos de ETA) del 27 de septiembre, que *"han mostrado con meridiana claridad"* que España está lejos de ser una democracia y *"que el republicanismo de nuestro pueblo, alentado, apoyado y organizado por nuestro Partido y otras fuerzas anti-fascistas, va situándose en el primer plano de la vida política y perfilándose como la única oposición verdadera al continuísmo monárquico. Cada día que pasa es un punto a nuestro favor, a favor de la República. La monarquía, en consecuencia, tiene prisa por conseguir ese mínimo de consolidación que todavía no tiene y que tampoco conseguirá por muchas 'constituciones' que se adjudique"* (ibíd). Así, pues, para este autor *"las condiciones están dadas para que este rechazo popular a la Constitución sea masivo y se refleje con un NO claro y rotundo el día de la 'consulta'". Las condiciones están dadas para que este NO sea un paso más hacia la apertura de un verdadero proceso constituyente, hacia la conquista de las libertades democráticas"*.

Para los articulistas de Vanguardia Obrera, la correlación de fuerzas durante el período constituyente está muy bien definida: por un lado, la derecha de siempre que ha sabido *metamorfosearse* en democrática -recordemos que según VO no ha habido ruptura con el franquismo- y del otro, los que postulan, precisamente, la ruptura -*"Los campos, en esto también, están claros: la derecha franquista y continuísta de siempre, hoy organizada en UCD y AP, y las camarillas dirigentes colaboracionistas del PSOE y del PCE están por el Sí a la Monarquía, por el Sí al franquismo sin Franco. Los republicanos de todo tipo, los verdaderos demócratas, los que no escamoteamos la voluntad popular para sustituirla por pactos y consensos, los que rechazamos la Monarquía instaurada por Franco mediante el terror y los asesinatos para hacerla su continuadora, vamos a decir NO"* (VO 252).

De lo anterior, Vanguardia Obrera deduce que no cabe, por tanto, ninguna otra opción proveniente de la derecha que merezca el

mínimo crédito y mucho menos, una alternativa violenta desde la extrema derecha -"No vemos por ninguna parte la necesidad, por parte de la oligarquía y del imperialismo, de dar ningún golpe de Estado en nuestro país. ¿Golpe de Estado en contra de quién y en favor de quién? ¿En contra del gobierno Suárez? Seamos serios, señores" (VO 259). En consecuencia, ante los rumores sobre un posible golpe de Estado difundidos durante el verano de 1978 y el descubrimiento de la trama golpista urdida por Ynestrillas y Tejero en la cafetería "Galaxia" de Madrid, la posición de esta revista será diametralmente opuesta a las sostenidas por En lucha y La Unión del Pueblo; es decir, la llamada "Operación Galaxia" no es una muestra de la fortaleza de la opción involucionista ni, por lo tanto, debe interpretarse como una llamada de atención que deba conducir a moderar el discurso y las posiciones rupturistas y, por ende, a apoyar el proyecto constitucional, sino todo lo contrario: la trama de Ynestrillas y Tejero muestra que no son enemigos de talla y que el verdadero peligro para los intereses populares -"La constitución monárquica es el mayor complot contra el pueblo", es el título del artículo que comentamos- viene del proyecto político, antiobrero y antipopular, que se pretende sancionar por medio de la Constitución -"Con lo cual llegamos a la farsa del 'golpe' de la cafetería Galaxia. La 'terrible' amenaza que gravita sobre nosotros estaría constituida por un capitán de la Policía Armada y por un teniente coronel de la Guardia Civil. Y para huir de tamaño peligro deberíamos correr todos despavoridos a votar 'Sí' a su Constitución, a votar 'Sí' a TODO UN EJÉRCITO de generales franquistas, a TODA UNA POLICÍA de torturadores franquistas, a TODO UN ESTADO franquista hasta la médula..." (VO 259).

7.4.2.2. EL CONSENSO

El consenso, que, según V. Vega (VO 239), es "una palabreja que ya todo el mundo identifica como una refinada técnica de

confundir y marear, como una representación donde todo está trucado de antemano, donde sobra oportunismo y faltan principios y vergüenza", es una consecuencia de la falta de ruptura con el régimen franquista. Tiene su origen en la política instaurada con el "pucherazo electoral del 15 de junio" (ibíd) y "el aborto parlamentario" surgido del mismo, por el cual pasa a primer plano el discurso de "los politicastros eurorrevisionistas y socialdemócratas.../... pregoneros de la armonía entre las clases y de los 'comunes' intereses entre el proletariado y el gran capital", cuyo "papel era convencernos de que la 'democracia' consiste en apuntalar la economía capitalista a costa del salario y de los derechos de los tabajadores" (ibíd).

Según los articulistas de Vanguardia Obrera, el primer fruto de esta política de colaboración de clases es el Pacto de la Moncloa y después el proyecto constitucional, elaborado "bajo el signo del oscurantismo" y del secreto. Por ello, no puede hablarse ni de un proceso de transición -"no era la 'transición a la democracia' lo que se ofrecía hace un año a los pueblos de España; era una operación de arriba a abajo, hacia las masas, del fascismo continuísta bien instalado en el poder del Estado; una operación cuyos instrumentos más valiosos han sido las fuerzas colaboracionistas y en particular el revisionismo carrillista; una operación que no pretendía liquidar el fascismo sino endulzarlo un poco..." (ibíd), ni, por supuesto, de un verdadero proceso constituyente.

El mismo autor, en otro texto (VO 243), insiste en la misma idea -"(la Constitución) está siendo cocinada a espaldas del pueblo mediante la acumulación de trapicheos y mentiras, mediante la corrupción intelectual y el consenso"- , que otros articulistas comparten en otros tantos textos: "Los pueblos de España no están en los pasillos de las Cortes, donde se fraguan los cambalacheos y las traiciones a sus intereses, sino en la calle. Y esta constitución, reaccionaria y antipopular, cocida entre pasillos y susurros, irá a la calle para morir" (M. Serrada, VO 252).

"Los pueblos de España para nada han intervenido en la elaboración de este engendro; para nada han sido consultados; para nada se han tenido en cuenta sus intereses y anhelos democráticos y antifascistas; para nada se han tenido en cuenta sus profundas convicciones republicanas..." (VO 248).

"Ese proyecto constitucional, redactado y aprobado, no lo olvidemos, por los representantes políticos de la gran patronal y sus comparsas, los anticomunistas y antisocialistas Carrillo Solares, Felipe González y compañía..." (M. Garcés, VO 255).

Esta marginación del pueblo en el proceso constituyente no debe interpretarse como dejación o desinterés, sino todo lo contrario: *"Y no porque el pueblo se desinterese de lo que está sucediendo en estos momentos y de la grave evolución de una situación que le está afectando en lo más hondo y a todos los niveles: económico, social y político. Todo lo contrario. Nadie más interesado y necesitado que el pueblo de una Constitución verdaderamente democrática que consagre la ruptura real con un régimen que le viene oprimiendo desde hace más de cuarenta años..." (R. Sánchez, VO 250) y gracias a este interés y a la movilización derivada del mismo, el consenso no ha podido evitar que se haya puesto en primer plano la cuestión del poder -"Un año de renunciias a todo por parte de la 'oposición', de arreglos secretos, un año de esperpento parlamentario no ha sido capaz de sepultar lo que la lucha del proletariado y otros sectores populares y democráticos han puesto en el centro mismo de la escena política, a saber: el problema de nuestro futuro, la cuestión de quién y cómo ha de quedar finalmente en el poder, si la misma oligarquía subordinada al imperialismo yanqui, que lo usurpa hasta hoy, o la clase obrera y las amplias fuerzas populares" (V. Vega, VO 239).*

7.4.3. DICTAMEN SOBRE LA CONSTITUCIÓN

7.4.3.1. VALORACIÓN DE LA CONSTITUCIÓN

Las páginas de Vanguardia Obrera, como hasta ahora hemos visto, adjudican a la Constitución la función de legitimar el régimen surgido tras la muerte de Franco, con el que la clase dominante durante la etapa franquista y sus aliados pretenden asegurar su permanencia en el poder.

En este proceso, los diversos articulistas de la Revista conceden un papel fundamental a la Corona como institución garante de la continuidad de los intereses y objetivos defendidos en vida por el dictador -"el proyecto constitucional que actualmente se está discutiendo en el pseudo-Congreso monárquico no va más allá de la simple modernización del Fuero del Trabajo y de los Españoles, promulgado por el dictador Franco" (VO 235)-, por lo cual, gran parte de la crítica dirigida al texto constitucional se centrará en la institución monárquica, de tal manera que, por encima de cualesquiera otras consideraciones, el rasgo más definidor -y rechazable- de la Carta será su carácter monárquico como podemos comprobar por los párrafos que, como muestra, a continuación se transcriben:

-*"La constitución monárquica es un instrumento más con el que dar un tinte de legitimidad a la continuación de sus privilegios y prebendas y a la brutal explotación capitalista sobre la clase obrera y sobre todo el pueblo"* (VO 233).

-*"La constitución monárquica viene, pues, a sancionar el 'statu quo' vigente y a sancionar que los que hoy están arriba sigan ahí y los que hasta hoy están abajo, sigan abajo..."* (VO 233).

-*"...la constitución monárquica es un aborto constitucional de la oligarquía, dirigido contra las aspiraciones de las masas trabajadoras"* (VO 233).

"...la constitución monárquica, combinada a espaldas del pueblo, no será más que un trozo de papel mojado sin autoridad moral alguna, porque España, hoy como ayer, sigue siendo, mal que les pese a las monarquizadas Cortes, republicana" (VO 234).

"La constitución monárquica garantiza la continuidad de lo que ha sido la tónica general durante la dictadura franquista, manteniendo las grandes industrias en manos de la oligarquía, del imperialismo y de las multinacionales..." (VO 252).

Junto con éste, hay otros dos asuntos que se hacen merecedores de una atención preferente en el discurso de Vanguardia Obrera. Uno es la consideración de que el proyecto constitucional responde en exclusiva a la colusión de propósitos de la oligarquía española con la norteamericana:

"Ésta es la constitución 'aconsejada', impuesta por el Consejo Hispano-Norteamericano y sus Comités Conjuntos, por los grandes banqueros y por los altos mandos del Ejército" (VO 243).

"Se trata, en realidad, de un proyecto de constitución a la medida de los intereses de la oligarquía fascista, continuadora del franquismo, y del imperialismo" (VO 247).

"¿Qué contenido tiene la carta otorgada y elaborada a golpes de consenso a la cual llaman pomposamente constitución? Pues ni más ni menos que asegurar constitucionalmente el sistema capitalista en España y el dominio del imperialismo norteamericano sobre nuestra Patria al institucionalizar la economía basada en la libre empresa. Es decir, basada en la libertad de los patronos para explotar a los trabajadores..." (M. Garcés, VO 255).

El otro asunto es la misión atribuida al Ejército en la defensa del orden constitucional, de la integridad territorial y de la

soberanía nacional, funciones que el actual Ejército, según la Revista, malamente puede cumplir por su subordinación "a una potencia extranjera, en virtud de unos ignominiosos pactos con los Estados Unidos" (VO 254) y por su función como "brazo armado e imprescindible instrumento de poder" de la oligarquía (id).

Para la Revista, la reciente historia del ejército español lo incapacita para ejercer las funciones que la Constitución le encomienda -"La historia y la trayectoria del Ejército durante los últimos cuarenta años es la de un ejército al servicio de la más negra reacción. No es un secreto para nadie el decisivo papel que desempeñó el ejército en el levantamiento fascista contra la República y el pueblo soberano, y también en la instauración y el mantenimiento de la dictadura franquista" (E. Odena, VO 243).

La articulista recuerda el papel de las fuerzas armadas en "los tribunales represivos contra los antifranquistas y republicanos" puestos en marcha desde el fin de la guerra civil y hasta fecha reciente en el proceso de Burgos (1970) y en los juicios de El Goloso, en 1975, en donde fueron juzgados y ajusticiados dos militantes de ETA y tres miembros del FRAP, organización dirigida por el PCE (m-1).

"Actualmente si bien el papel del Ejército en el terreno de la represión es algo más discreto que en el pasado, sin embargo, conserva todo su espíritu de casta, su ideología y métodos reaccionarios" (ibíd), igualmente -continúa la articulista-, altos mandos militares siguen vinculados al mundo empresarial, nacional e internacional, y siguen ocupando altos cargos en el aparato del Estado.

En definitiva, para esta autora, la misión del Ejército es muy diferente de la que el proyecto constitucional le confía: "la monarquía reaccionaria, consciente de su falta de base popular y temerosa de las aspiraciones democráticas y republicanas de la inmensa mayoría, designa al Ejército como guardián y árbitro para mantenerse en el Poder contra viento y marea". Y, por otro lado,

por su posición subordinada con respecto a los Estados Unidos, el Ejército podría llegar a *"arrastrar a España a cualquier aventura militar que interese al imperialismo yanqui y a sus reaccionarios lacayos en el Poder en nuestra patria"*.

Otro conjunto de argumentos está destinado a criticar la desigual atención que presta el texto constitucional a los contradictorios intereses del capital y del trabajo, al legitimar *"el sistema capitalista de explotación (que) con todas sus secuelas de abusos y corrupciones 'queda atado y bien atado'"* (V. Roig, VO 235).

La economía de mercado equivale, para este autor, a la obtención de *"plusvalías sin límites y ganancias exorbitantes para la oligarquía financiera y los monopolios extranjeros..."* pero, además, el proyecto recoge lo que *"ninguna constitución del mundo se había atrevido aún a recoger: el despido libre, el cierre patronal o 'lock out', las sanciones colectivas..."* Igualmente critica la restrictiva regulación del derecho de huelga y las limitaciones impuestas a determinados colectivos de trabajadores para poder afiliarse sindicalmente. En todo ello, el autor ve la *"esencia continuísta del régimen monárquico"*, manifestada en *"el insultante pisoteo de los derechos más elementales del pueblo trabajador"* en todos aquellos *"artículos del proyecto que se refieren al proletariado y a las clases populares"*.

Hay que señalar que, en perfecta consonancia con el dictamen sobre las clases sociales y la correlación de fuerzas, todos los articulistas de Vanguardia Obrera estiman que la gran burguesía es la exclusiva beneficiaria del espaldarazo constitucional a la economía de mercado. El proyecto viene a *"constitucionalizar el statu quo social y económico heredado del franquismo y basado en que el poder, los privilegios y la libertad son patrimonio exclusivo de la oligarquía financiera, de las multinacionales extranjeras, principalmente norteamericanas, y de los grandes capitalistas en general..."* (V. Vega, VO 241).

El autor, en el mismo artículo, interpreta lo que esto supone contemplado desde el lado de los intereses de los trabajadores: *"El proyecto viene, pues, a reforzar y a constitucionalizar la superexplotación de los trabajadores por parte de los grandes capitalistas, la colonización económica del país por los monopolios y bancos extranjeros, la propiedad latifundista de la tierra y todas las secuelas que esto conlleva", en tanto que "el derecho al trabajo, demagógicamente reconocido en el texto, es una verdadera burla en un país donde estamos llegando a los dos millones de trabajadores en paro forzoso..."*

También M. Garcés (VO 255), además de lo dicho líneas arriba, estima que *"La constitución monárquica garantiza la continuidad de lo que ha sido la tónica general durante la dictadura franquista, manteniendo las grandes industrias en manos de la oligarquía, del imperialismo y de las multinacionales mientras proporcionan beneficios, para luego socializar las pérdidas cuando dejan de ser rentables mediante la canalización hacia ellas de los impuestos que paga el pueblo trabajador y mediante las consiguientes reducciones de plantilla que dejan en la calle y en paro a miles y miles de trabajadores"*.

Hay otros dos temas de la Constitución que merecen la atención - aunque menor- y la crítica de Vanguardia Obrera: son los derechos de la mujer y el tratamiento dado a la reivindicación nacional y regional.

Por lo que respecta al primero, se critica que ni el matrimonio civil ni el aborto sean reconocidos constitucionalmente, ni se aluda a la planificación familiar ni al control de la natalidad, en tanto que el proyecto mantiene una concepción reaccionaria de la patria potestad sobre los hijos y consagra una estructura familiar basada en el matrimonio indisoluble, según la *"visión católico-oscurantista"* (VO 258). Igualmente se critica que la igualdad entre sexos sea más teórica que real, empezando por la

sucesión a la Corona, en donde se prefiere, con el mismo grado de parentesco, el varón a la hembra (V. Roig, VO 244).

Por lo que hace a las reivindicaciones nacionales y regionales se afirma que la Constitución *"pretende perpetuar el oscurantismo centralista y la opresión nacional, negando toda posibilidad de autogobierno real de las nacionalidades en beneficio exclusivo del enemigo común: la oligarquía financiera y terrateniente y sus amos los imperialistas norteamericanos"* (V. Roig, VO 242), porque *"no va más allá de la simple descentralización administrativa, y aún ésta, controlada directamente por el Gobierno de la monarquía borbónica"* (ibid). Para dicho autor, *"el aspecto más reaccionario del proyecto"* es no reconocer el derecho de autodeterminación de las nacionalidades y rechazar *"una solución federativa para los diferentes pueblos de España"*.

Critica, igualmente, la moderación de los proyectos autonómicos apoyándose en el argumento de que *"la auténtica autonomía no puede conquistarse desligada de la lucha por la República, del mismo modo que el derecho a la autodeterminación de los pueblos no puede ejercitarse al margen de la existencia de unas libertades democráticas garantizadas por un Gobierno Provisional Revolucionario"*.

Finalmente, no faltan críticas a la relación del Estado con la Iglesia católica por las *"prebendas y privilegios de la casta clerical-oligárquica"* que el proyecto constitucional reconoce a una institución *"que ha sido y es uno de los pilares básicos del régimen explotador de la oligarquía proyanqui"* (V. Roig, VO 240). Entre estos privilegios, amparada en el principio constitucional de la libertad de enseñanza, se encuentra la enseñanza privada, reaccionaria y clasista, impartida por las órdenes religiosas, el Opus Dei y la *"reaccionaria patronal de la enseñanza privada, la FERE"* (VO 238).

Por todo ello, para los diferentes articulistas, la lucha por los derechos democráticos pasa por rechazar la Constitución, postura que el Comité Ejecutivo del PCE (m-1) resume, en una declaración publicada en el número 247 de la Revista, con las siguientes razones:

- *"No a la Constitución porque no es más que un instrumento para engañar al pueblo y para hacerle aceptar la continuación del franquismo".*
- *"No a la Constitución porque estamos por la apertura inmediata de un proceso democrático constituyente, por un Gobierno Provisional Revolucionario y por la República".*
- *"No a la Constitución porque pretende marginar a la inmensa mayoría de los pueblos de España que son republicanos".*
- *"No a la Constitución porque agrava la dominación yanqui sobre nuestra patria".*
- *"No a la Constitución porque refuerza el carácter militarista de la Monarquía".*

7.4.3.2. POSICIÓN ANTE EL REFERÉNDUM CONSTITUCIONAL

En su afán por hallar el mayor número posible de vínculos entre el naciente régimen y el anterior, los articulistas buscan similitudes con los refrendos realizados por Franco:

- *"La oligarquía y todos sus lacayos quieren hacer tragar al pueblo su engendro constitucional sirviéndose de un referéndum del viejo estilo, es decir, de un referéndum bajo control del Ministerio del Interior, de Martín Villa, de la Guardia Civil, los 'grises' y la Brigada Político-Social rebautizada, con un*

gobierno antidemocrático en el poder manipulando todo lo manipulable, con el aparato caciquil intacto, con el Ejército de casta recreado y depurado por Franco como amenaza permanente contra el pueblo..." (V. Vega, VO 233).

- *"...un referéndum sin libertades democráticas plenas, sin la legalización de todos los partidos y organizaciones populares, sin posibilidades reales de hacer propaganda y agitación republicanas, sin la disolución de los cuerpos represivos, sin un control popular efectivo, etc, es algo a lo que nos tenía acostumbrados el dictador Franco, y que el pueblo no está dispuesto a consentir" (V. Roig, VO 235).*
- *"El pueblo no ha intervenido en modo alguno en ninguna fase de su elaboración ni ha sido consultado sobre ninguna de las decisivas cuestiones planteadas en la actual coyuntura, como son en primer término, la soberanía e independencia nacionales, la forma de estado o gobierno (República o Monarquía), el derecho de autodeterminación de las minorías nacionales, el sistema económico en que ha de basarse la sociedad"(DCE, VO246).*
- *"Los republicanos de todo tipo, los verdaderos demócratas, los que no escamoteamos la voluntad popular para sustituirla por consensos y pactos, los que rechazamos la Monarquía instaurada por Franco mediante el terror y los asesinatos para hacerla su continuadora, vamos a decir NO" (VO 252).*

Por lo tanto, desde las páginas de Vanguardia Obrera se llama a votar NO en el referéndum a "la clase obrera, a todo el pueblo trabajador, a todos los demócratas, a los millones de campesinos jornaleros sin tierra y sin pan; a las nacionalidades oprimidas, a las mujeres, a la juventud obrera y estudiantil, y a los profesionales, intelectuales y artistas".

7.4.3.3. EVALUACIÓN DE LOS RESULTADOS DEL REFERÉNDUM

Se alude, en primer lugar, al clima de intimidación en que, según la Revista, se ha celebrado la consulta y después, a los resultados.

M. Serrada (VO 261) lo ve así: *"El ejército, además, ha salido a la calle en toda España en una operación de intimidación sin precedentes en los últimos años". "Las tropas han estado en la calle controlándolo todo y hasta han aparecido en las puertas de numerosas fábricas. Las calles y las carreteras nacionales y comarcales permanecieron fuertemente controladas en todo el país.../... La Marina también ha intervenido y el portaaviones 'Dédalo' estuvo navegando por aguas del Cantábrico, sirviendo de base móvil a una escuadrilla de helicópteros del Ejército que vigilaba las principales ciudades vascas. En tales condiciones ¿qué valor tiene un Sí, que además apenas sobrepasa la mitad del censo electoral? ¿Qué vale un Sí arrancado por la manipulación, el miedo y la intimidación de las armas?"*

"El cómo, tiene su importancia... y el cómo, hoy, como en 1947, ha sido la presión, el chantaje y durante las últimas semanas una propaganda engañosa, convertida en verdadero lavado de cerebro. Una Constitución así no puede durar demasiado".

Por lo que se refiere al resultado de la consulta, Elena Odena (VO 261) hace la siguiente estimación: *"... los resultados del referéndum han confirmado plenamente la falta de amplio apoyo popular a la Monarquía y a su Constitución".*

"Es necesario concluir que ese 58% conseguido con todos los partidos del consenso, como hemos señalado, pone de manifiesto que existe un foso cada vez mayor entre el pueblo, de un lado, y el Poder y esos partidos que dicen representarlo, de otro".

"En resumen, el intento de hacer pasar la Constitución monárquica como una constitución de todos y para todos los españoles ha fracasado este 6 de diciembre".

Termina su análisis de los resultados llegando a una conclusión

ciertamente exagerada: *"Si algo augura este referéndum son las futuras derrotas de las fuerzas reaccionarias, el agravamiento de la crisis y el aislamiento del Poder y los distintos cabecillas colaboracionistas y el crecimiento del movimiento popular.../.. La Constitución ha nacido moribunda"*.

Esta visión triunfalista del momento, la conduce a concluir el artículo con un llamamiento: *"¡Hacia la apertura de un verdadero proceso constituyente democrático, hacia la completa liquidación del fascismo y hacia la República, hacia el Socialismo!"*.

7.4.4. EL DISCURSO SOBRE EL PUEBLO

7.4.4.1. EL DISCURSO SOBRE EL PODER Y SOBRE EL PUEBLO

Decíamos al final del epígrafe 7.4.1.2. que de la lectura de los textos de Vanguardia Obrera obteníamos un resultado paradójico, porque, por un lado, sacábamos la impresión de hallarnos ante un pueblo luchador y articulado en torno a una clase definida -el proletariado-, que ejercía un papel dirigente sobre el conjunto de clases y estratos subalternos, y, por otro, tales grupos sociales estaban vagamente perfilados.

Por otra parte, concluíamos que la colectividad *pueblo* quedaba mejor definida por los valores ideológicos que se le atribuían que por su composición social y, por descontado, que por su representación política, ya que, quitando al PCE (m-l), en los textos no aparecían fuerzas políticas que pudieran representar los intereses populares, lo cual hace brotar serias dudas sobre la pretendida capacidad dirigente de la clase obrera, pues dicha capacidad rectora necesita, en primer lugar, de sujetos políticos y, en segundo, de programas sobre los que se negocie y articule dicha dirección. Pero vayamos por partes.

1. En primer lugar, los textos atribuyen a la clase obrera y al pueblo determinadas reivindicaciones -*"La clase obrera y las*

masas trabajadoras que luchan en la calle, en las fábricas y en el campo... por sus derechos democráticos, por la disolución de los cuerpos represivos, contra los salarios de hambre, el paro y la carestía de la vida, deben hacer frente a esta engendro de constitución monarco-fascista que trata únicamente de perpetuar el régimen de opresión y explotación heredado de la dictadura" (VO 233)- que van más lejos que la mera reivindicación sindical puesto que incluyen objetivos claramente políticos como son la disolución de los cuerpos represivos o los derechos democráticos. En otro pasaje, los objetivos políticos se amplían y se califican de alternativa frente a los planes del bloque dominante y sus aliados -*"Ante la crisis que ha dejado tras de sí el dictador, los pueblos de España, con el proletariado a la cabeza, tienen su propia alternativa: romper definitivamente con el viejo régimen fascista en crisis, abrir un proceso constituyente y dotarse de una constitución democrática que garantice la independencia nacional frente al imperialismo yanqui y frente a cualquier otra potencia imperialista, que garantice la autodeterminación de nuestras nacionalidades, la Reforma Agraria, las conquistas sociales de los trabajadores y las libertades democráticas para el pueblo"* (VO 233)-.

En otros pasajes se asegura que en el pueblo permanecen, a lo largo del tiempo y por encima de las circunstancias políticas, ciertos valores considerados esenciales como el republicanismo -*"A España la proclamó reino el verdugo Franco cuando el pueblo estaba aherrojado y amordazado, pero el pueblo en 1931 la había proclamado republicana, y por ella, y por la República, han luchado y muerto cientos de miles de hombres y mujeres, y esto nada ni nadie ha podido ni podrá cambiarlo"* (V. Vega, VO 234), *"la constitución monárquica, combinada a espaldas del pueblo, no será más que un trozo de papel mojado sin autoridad moral alguna, porque España, hoy como ayer, sigue siendo, mal que les pese a las monarquizadas Cortes, republicana"* (ibid)-. De tal manera se

considera indeleble tal sentimiento que ni siquiera de cara al futuro se pone en duda su vigor -"*Con constitución monárquica o sin constitución, los pueblos de España lucharán más que nunca por la República, y nosotros, en tanto que comunistas, por una República Popular y Federativa, por el socialismo*" (ibid)-, con lo cual, esta noción de pueblo, más que política, es decir sujeta a las cambiantes alianzas políticas entre las clases subalternas, se acerca a la noción romántica al detenerse en valores que permanecen a lo largo del tiempo.

Estimamos que una de las causas de esta concepción reside en el idealizado recuerdo de la II República -"*única forma de gobierno que fue elegida libre y democráticamente por nuestro pueblo*" (VO 252)-, que no fue exactamente instaurada por el pueblo, sino por los elementos más despiertos del bloque dominante ante el vacío producido por el descrédito de la monarquía.

Andreu Nin (1978, 56), una de las mentes más claras de la época y una voz pronto y arteramente acallada desde las propias filas de la izquierda, nos ofrece una interpretación muy distinta del advenimiento de la II República: "*En realidad, la proclamación de la República no ha sido más que una tentativa desesperada de la parte más clarividente de la burguesía y de los grandes terratenientes para salvar sus privilegios. En este sentido, la composición del gobierno provisional es extremadamente significativa. La presidencia y el Ministerio de la Gobernación se hallan en manos respectivamente de Alcalá Zamora y de Miguel Maura, católicos fervientes, representantes típicos del feudalismo y del unitarismo absolutista y reaccionario; la cartera de Hacienda la detenta el socialdemócrata Prieto, estrechamente ligado al capital financiero vasco; el ministro de Economía, Nicolau D'Olwer, es el representante de la banca catalana; finalmente, al frente del Ministerio de Trabajo se halla Largo Caballero, líder socialista, exconsejero de estado bajo la dictadura, secretario de la central sindical reformista Unión General de Trabajadores, y cuya misión*

en el gobierno es bien clara: ahogar el movimiento obrero, domesticarlo, para mayor provecho de la consolidación del régimen de explotación burguesa bajo la forma republicana". Para Nin, "es evidente que un gobierno parecido no puede resolver ninguno de los problemas fundamentales de la revolución democrática: el de la tierra, el de las nacionalidades, el de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, el de la transformación del aparato administrativo burocrático del antiguo régimen y el de la lucha contra la reacción".

2. Estrechamente relacionado con el mistificado recuerdo de la II República se encuentra el tema del fascismo, término que en las páginas de Vanguardia Obrera adquiere una dimensión tan elástica que es un verdadero lastre para un cabal análisis social de la España contemporánea.

La caracterización del franquismo como un régimen fascista se inscribe dentro de la misma lógica de arrastrar los procesos a lo largo del tiempo y concebir a las fuerzas políticas de fines de los años setenta enfrentándose de la misma manera y por idénticos objetivos que en los años treinta. La extraordinaria permanencia vital de algunos de los protagonistas de los acontecimientos de antaño, así como parte de la retórica de un régimen que vanamente se esforzaba para que políticamente nada cambiase, aún por encima de las mutaciones sociales y económicas que su propia actividad gubernativa introducía, han podido inducir a los articulistas de Vanguardia Obrera a insistir tercamente en utilizar categorías añejas para caracterizar al régimen de Franco.

Esta obsesión por el fascismo, por un fantasma al fin y al cabo, por lo que permanece del régimen de Franco -el Fuero del Trabajo y el Fuero de los Españoles remozados (VO 235)- impide ver a los publicistas de Vanguardia Obrera los cambios que sanciona -y a la vez auspicia- la Constitución; la nueva forma del poder, la nueva legitimidad; el carácter específicamente burgués del Estado de derecho, pues prestan atención únicamente a los elementos que

marcan la continuidad con lo anterior -el rey, el ejército, los fueros...- leídos con ojos pretéritos. Por ello, interpretan que no puede hablarse ni de un proceso de transición -"no era la *'transición a la democracia'* lo que se ofrecía hace un año a los pueblos de España; era una operación de arriba a abajo, hacia las masas, del fascismo continuísta bien instalado en el poder del Estado; una operación cuyos instrumentos más valiosos han sido las fuerzas colaboracionistas y en particular el revisionismo carrillista; una operación que no pretendía liquidar el fascismo sino endulzarlo un poco..." (V. Vega VO 239), ni, por supuesto, de un proceso constituyente, como ya hemos visto. Así, dibujado por la "constitución monarco-fascista" surge un extraño régimen que es medio fascista, pero también es monárquico y tiene algo de representación ciudadana, aunque viciada; un régimen híbrido que explica poco, o mejor dicho, que no explica nada y confunde mucho.

Pero este régimen híbrido, obtenido por el perezoso trabajo de un aparato teórico/doctrinal inadecuado, es necesario tanto para que el discurso pueda mantener el viejo enfrentamiento social de la república y la guerra civil -y, por ende, de la Europa de los frentes populares antifascistas- que actúa como un componente mítico en el universo simbólico de una parte de la izquierda radical, como para ofrecer resultados de la ofensiva popular que, al haber alcanzado sólo a medias sus objetivos, debe continuar su movilización hasta cumplirlos: acabar de una vez con el fascismo mediante "la apertura de un verdadero período constituyente, democrático y popular, y por la instauración de un gobierno provisional revolucionario dotado de poder efectivo para proceder a la liquidación definitiva y total del fascismo..." (VO 239). Dado que se considera que el fascismo está metido en las entrañas del régimen postfranquista -"el fascismo está EN LA CABEZA y en EL CORAZÓN del Estado monárquico" (mayúsculas de VO 259)-, se estima que sólo con la instauración de una república se acabará con él, con lo cual arribamos a un curioso razonamiento: si el

fascismo acabó con la república, únicamente la reinstauración de la república puede acabar con el fascismo. Así, el antifascismo, junto con el republicanismo, figura entre los valores esenciales atribuidos al pueblo. Sin embargo hay que decir que ambos rasgos son poco más que anhelos, porque, quitando a la minoritaria Convención Republicana de los Pueblos de España, organización afín al PCE (m-l), no hallamos en los textos referencia alguna a otros partidos que expresen esa acendrada tradición republicana del pueblo con los cuales llegar a establecer una alianza que termine con la monarquía, acabe con la Constitución o, al menos, la modifique sustancialmente. Es decir, no hallamos en los textos referencia alguna a otras fuerzas políticas que pudieran ser una muestra un poco más extensa de los perdurables sentimientos y profundos deseos republicanos y antifascistas del pueblo.

Pero la caracterización del régimen de Franco como un régimen fascista obedece también al propósito de hacer verosímil la alianza de la clase obrera, el campesinado, las capas asalariadas urbanas y los profesionales e intelectuales con la pequeña y la mediana burguesías. Asumida la definición del fascismo dada por Dimitrov (1977, 7) en el VII Congreso de la III Internacional como "*el poder del propio capital financiero*", se piensa que el pequeño y el mediano capital, asfixiados por la banca y por la conjunción de los intereses de la oligarquía nacional con los monopolios extranjeros, podrán ser ganados para la causa del pueblo.

Para llegar a esa hipotética alianza, el discurso recorre un doble camino: al tiempo que la divergencia de intereses entre el grande y el mediano/pequeño capital se antagoniza, la divergencia entre éstos y las fuerzas del trabajo se suprime y aparece un campo despejado en donde quedan enfrentados únicamente el interés de los trabajadores y el del gran capital, correlación que la Constitución sanciona. Y así, en Vanguardia Obrera nº 255. se indica "*La constitución monárquica garantiza la continuidad de lo*

que ha sido la tónica general durante la dictadura franquista, manteniendo las grandes industrias en manos de la oligarquía, del imperialismo y de las multinacionales mientras proporcionan beneficios, para luego socializar las pérdidas cuando dejan de ser rentables mediante la canalización hacia ellas de los impuestos que paga el pueblo trabajador y mediante las consiguientes reducciones de plantilla que dejan en la calle y en paro a miles y miles de trabajadores", como si los expedientes de crisis o de regulación de empleo fueran una práctica privativa de las grandes industrias. Pero no es únicamente eso, ya que la Constitución reconoce la libertad de empresa -de todo tipo de empresas mercantiles (grandes, medianas y pequeñas)- en el marco de una economía de mercado, con lo cual, si se estima que la Carta Magna defiende mejor los intereses del capital que los del trabajo, los intereses del mediano y pequeño capital estarán mejor reconocidos que los del trabajo.

La posición de Vanguardia Obrera parece contemplar sólomente uno de los aspectos de un asunto tan complejo como es la urdimbre económica del país, donde miles de pequeñas y medianas empresas son parte importante del tejido que forma el sistema productivo capitalista y, por lo tanto, de un proyecto empresarial que tiene por norte la obtención de cuotas del excedente social en forma de beneficio. Y en este entramado, un objetivo común de todos los empresarios -grandes, medianos y pequeños- es reducir -hasta donde lo permita la resistencia obrera- el coste de la mano de obra y obtener el máximo rendimiento productivo por cada hora de trabajo remunerada.

Naturalmente, puede argüirse que, en la competición entre los propios empresarios por el reparto del excedente social, la parte del león se la quedan los grandes en tanto que los pequeños deben conformarse con la parte del ratón. Y, efectivamente, eso es cierto, pero de ello no se deriva que dicha contradicción en el campo económico se traduzca políticamente en una aproximación de

la pequeña y mediana burguesías a las posiciones de la clase obrera, sino que puede resolverse de manera bien diferente¹.

3. Y aquí hemos arribado, a nuestro entender, a uno de los puntos centrales de esta cuestión, que no es otro que el de la debilidad política del pretendido núcleo dirigente del pueblo: la clase obrera.

La debilidad del movimiento obrero y especialmente de aquellos sectores que impulsan una lucha de contenido anticapitalista no permite a la mediana y a la pequeña burguesías -en particular a ésta última- poner en duda su papel dentro de un orden económico considerado "natural"; es decir, cuestionar su inserción en la peculiar configuración del modo de producción capitalista en España; revisar su papel dependiente y sin embargo necesario, su función articuladora y sin embargo subordinada. Esta distribución de papeles puede ser alterada por la acción de alguno de los agentes que intervienen en la producción y, particularmente, por la lucha de los trabajadores. Esta alteración del funcionamiento cotidiano de la producción generada por la lucha obrera puede, en principio, reforzar la solidaridad entre todos los empresarios, pero combinada con reivindicaciones políticas también puede poner de manifiesto intereses comunes entre los trabajadores y el pequeño capital. En todo caso, ése es uno de los terrenos en donde se debe jugar la formalización del pueblo en torno a un programa político, en donde el pequeño y el mediano capital pudieran sopesar la posibilidad de verse libres de la tutela de los grandes monopolios nacionales y extranjeros (si es que se puede realizar tal distinción) y encontrar un lugar más adecuado para conseguir sus particulares intereses al aliarse con las clases subalternas. Eso sería, sobre todo, lo que habría que

¹Una muestra de por donde iban entonces las preferencias reales de la pequeña y mediana burguesías fue la integración de la Confederación Española de la Pequeña y Mediana (CEPYME) en la CEOE y el posterior nombramiento de su presidente, Agustín Rodríguez Sahagún, como ministro de Industria y Energía del Gobierno de UCD.

negociar en el programa popular y cuyos resultados incidirían en el carácter de la futura república popular y federativa propuesta por Vanguardia Obrera. Si todo esto existe, el pueblo no es una noción vaga, nebulosa, sino que es concreto, lleno de partidos, de organizaciones, de programas, de interpretaciones, de siglas, de nombres propios y del pueblo surge una opinión o, mejor dicho, muchas opiniones, que dan idea de que algo se mueve en el seno de las clases subalternas. Pero no es el caso, puesto que se admite que éstas han sido marginadas en un momento tan crucial para su existencia como es el proceso constituyente.

Nos hallamos, pues, ante uno de los frecuentes casos en que un esquema teórico excesivamente rígido precede (y sustituye) al resultado del análisis de la evidencia histórica a la que debe caracterizar; ante una construcción "prefabricada" para aludir a las clases subalternas, pues tenemos la impresión de que términos como *clase obrera* y *pueblo* son antes categorías previas a la realización de un análisis social que una consecuencia del mismo. Así, la clase obrera se considera revolucionaria *per se* -la clase se da por hecha y el carácter revolucionario por supuesto- y el pueblo se considera democrático, republicano y antifascista, también por definición, antes de que la primera con su práctica haya demostrado que es revolucionaria y de que el segundo con la suya haya mostrado su vocación republicana y antifascista.

Con ello, la adscripción a un proyecto o la delimitación de unos rasgos son previos a la praxis social de millones de personas, cuando lo metodológicamente correcto es lo contrario: "*sabemos que hay clases porque las gentes se han comportado repetidamente de modo clasista*", puntualiza, de forma sencilla y contundente, E. P. Thompson (1979, 34).

Y con esto llegamos a otra consideración sobre el pueblo: la que señala su lugar -abajo- con respecto al poder -arriba- en una visión geométrica de la sociedad presidida por la verticalidad.

Esta posición subordinada es ratificada por la Constitución, que, se dice (VO 233), viene "*a sancionar que los que hoy están arriba sigan ahí y los que hasta hoy están abajo, sigan abajo...*"

Pero esta delimitación espacial con respecto al poder aun siendo cierta es muy primaria y nos da idea de un pueblo que todavía es prepolítico, lo cual encaja perfectamente con su indefinición, con la carencia rasgos políticos, y nos acerca a la noción de plebe -los que no tienen poder ni propósito de tenerlo-, pero todo ello encaja mal con la alusión que se hace, en otro momento, al bloque social dominante, al que se identifica como enemigo de clase, que es una formulación compleja, pues refleja un elevado grado de experiencia y de reflexión política por parte de una colectividad, y, por supuesto, encaja todavía menos con los objetivos atribuidos a la lucha y movilización popular, como ya hemos indicado más atrás.

Por otro lado, esta indefinición del pueblo nos conduce a otra reflexión sobre las colectividades que forman el pueblo -la clase obrera, que hace de elemento dirigente, los campesinos, las capas asalariadas urbanas, la pequeña y mediana burguesía, las mujeres, los jóvenes, los intelectuales, los profesionales y artistas...- y sobre sus armónicas relaciones, porque una de las impresiones que brotan de los textos es que se trata de un amplio colectivo sin contradicciones internas; de un pueblo amplísimo pero en paz. No vemos reivindicaciones específicas, programas particulares; no hay manifestaciones de intereses sectoriales, locales, por estratos, etc, que deban conjugarse, contemplarse y articularse en un programa único. Es decir, no hay reclamación política todavía: los colectivos que forman el pueblo aún no son fuerzas políticas para sí mismas, no tienen intereses específicos que les lleven a buscar unas u otras alianzas y si estas colectividades no tienen aún su proyecto particular ¿cómo podemos pensar que aceptan una alianza por un proyecto general republicano o antifascista?. Así, pues, si el pueblo es un colectivo amplio y

en paz es porque no hay tal colectivo; porque es un sujeto artificialmente constituido sobre el texto; es un pueblo sin contradicciones.

Comprobamos, entonces, que el discurso de Vanguardia Obrera, portavoz de una organización muy influida en su momento² por una aceptación acrítica del pensamiento de Mao Zedong, ofrece un maoísmo muy poco maoísta porque olvida una de las enseñanzas fundamentales del marxista chino (1977, V, 419), recogida en una obra -"Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo" - ya tópica sobre el papel de la política en la articulación de los diversos intereses que atraviesan las fuerzas sociales que forman el pueblo, que es, al fin y al cabo, la única noción de pueblo -el pueblo como fuerza política revolucionaria- que le interesa. En este sentido A. de Irala (1976) percibe muy bien lo sustancial del maoísmo cuando sostiene: "*En realidad, lo que se ha dado en calificar de <<Pensamiento Mao Tse Tung>>, no es sino el proceso teórico para poder hacer efectivos en el desarrollo de la REVOLUCIÓN los conceptos de <<ENEMIGOS>> y <<AMIGOS>>; para poder buscar en cada etapa los amigos que colaboren en la eliminación de los enemigos, y de ese modo alcanzar el triunfo de la revolución*".

Finalmente, este pueblo, cuya identidad se ha ido formando por la mera atribución de cualidades, ¿por qué no puede ser acreedor de un atributo decisivo? ¿por qué no atribuirle también la victoria? Y, efectivamente, así es: el discurso de Vanguardia Obrera está recorrido por una fe inquebrantable en la victoria popular, de lo cual ofrecemos algunas muestras:

-"*por el contrario, (el proletariado revolucionario y todas las fuerzas consecuentemente democráticas) aprovecharán cada ocasión*

² El III Pleno ampliado del Comité Central del PCE (m-1) (VO 257, 11/11/78) analiza críticamente y repudia el "pensamiento Mao Zedong" y al dirigente chino, al que acusa de revisionismo y de ser el principal responsable del camino emprendido por China.

que se les presente, cada concesión del enemigo de clase, para librar una lucha aún más amplia, más de masas, más decidida e intensa contra el viejo régimen, por un Gobierno Provisional Revolucionario, por un Gobierno formado por las fuerzas antifascistas, patrióticas y revolucionarias, que se apoye en las amplias masas movilizadas, convoque elecciones libres a la Asamblea de representantes del pueblo y abra las puertas de la República, que, dada la etapa histórica en que nos encontramos y las clases y problemas en presencia, nuestro Partido mantiene que habrá de ser una República Popular y Federativa" (VO 233).

- "La burguesía monopolista puede hacer muchas leyes, pero el proletariado, con sus luchas, impondrá su legalidad que nada se parece a la de sus enemigos irreconciliables de clase" (VO 235).

- "Todas estas mistificaciones y componendas se estrellarán frente a la ofensiva popular. El derecho a la autodeterminación de las nacionalidades y a la solución federativa y solidaria entre los pueblos en el marco de una República Popular y Federativa, son patrimonio de lucha a los que nuestro pueblo no está dispuesto a renunciar" (V. Roig, VO 242).

- "Si algo augura este referéndum son las futuras derrotas de las fuerzas reaccionarias, el agravamiento de la crisis y el aislamiento del Poder y los distintos cabecillas colaboracionistas y el crecimiento del movimiento popular" (E. Odena, VO 261).

- "¡Hacia la apertura de un verdadero proceso constituyente democrático, hacia la completa liquidación del fascismo y hacia la República, hacia el Socialismo!" (EO, VO 261).

- "Las condiciones están dadas para que este NO sea un paso más hacia la apertura de un verdadero proceso constituyente, hacia la conquista de las libertades democráticas. ¡¡Abajo la Constitución

monarco-fascista. Votemos NO a la Constitución. Por un proceso constituyente, por las libertades democráticas para el pueblo. Por un Gobierno Provisional Republicano. Por el socialismo!!" (R. Sánchez, VO 250).

A pesar de todo el idealismo, en ocasiones la terca realidad se impone y, orillando las intenciones agitatorias del articulista, logra ofrecerse al lector a través de los intersticios del texto, como en el siguiente párrafo de un texto de Elena Odena (VO 261) "*Pese al apoyo de los traidores carrillistas y felipistas, la forma, simplemente, como el gobierno de la monarquía se ha visto obligado a imponer la llamada constitución, acosado por la lucha del pueblo republicano y antifascista, dice mucho del carácter continuísta y franquista de la misma.....*", en donde cualquier lector desapasionado entendería que el "*carácter continuísta y franquista*" de la Constitución lo que dice es mucho sobre la debilidad del pueblo republicano y antifascista. En definitiva, la autora, entre líneas, se ve obligada a reconocer que la hegemonía política corresponde al bloque dominante, que ha logrado incorporar a su proyecto reformador a los dos principales partidos de adscripción obrera y popular.

7.4.4.2. CONCLUSIONES

Por lo que concierne al contenido general, los artículos de Vanguardia Obrera ofrecen mucha información sobre las posiciones políticas del sujeto emisor ante la coyuntura -postfranquismo, transición, período constituyente-, así como sobre sus objetivos a corto y a largo plazo (liquidación del fascismo, gobierno provisional, nuevo proceso constituyente, república popular, socialismo).

Por lo que se refiere a su evaluación sobre la Constitución, hay que señalar que los ejes fundamentales de su crítica -forma de régimen (especialmente éste), independencia nacional, sistema

productivo, función del ejército, organización territorial y derechos populares- se mantienen a lo largo de todos los textos del *corpus* y por todos los autores, y que la postura ante el referéndum -votar NO- es congruente con ellos.

La oposición entre las categorías *pueblo* y *oligarquía* -o *pueblo republicano/oligarquía monárquica*- constituye el eje del discurso sobre el momento constituyente, pero tanto el pueblo como su fuerza dirigente -la clase obrera- están tan débilmente esbozados desde el punto de vista político que realmente no pueden asumir el cometido que se les atribuye en un coyuntura de movilización social como la que se afirma que existe. Por lo tanto, es poco rigurosa la aseveración de que la lucha popular -dirigida por la clase obrera- ha logrado poner en jaque al bloque dominante, que se ha visto obligado a efectuar determinadas concesiones para conservar el poder.

De ello inferimos que el contenido de las categorías *pueblo* y *clase obrera* está tomado del análisis de una situación que no se corresponde con la de la sociedad española del momento.

Esta contrucción idealista de la categoría *pueblo* se ve obligada a recurrir a una lógica muy similar a las anteriores -ofensiva popular, parálisis durante el proceso constituyente, nueva ofensiva- para justificar la evolución de las posiciones del pueblo, aunque con matices, pues los altibajos son menos acusados y no se habla de derrota del fascismo, sino de completar su liquidación -luego, ha sido media derrota, o media victoria-. En esto Vanguardia Obrera comparte la misma perspectiva que las publicaciones anteriores e idéntica visión determinista sobre la inevitable victoria del bloque popular, aunque en el caso del órgano del PCE (m-1) la confianza en el triunfo es más acusada, lo cual se trasluce en un estilo de discurso muy proyectivo -casi profético- por el uso de las formas verbales en futuro.

Por lo que se refiere a los rasgos formales del discurso, hay que señalar que se trata de un discurso duro -muy despectivo con sus adversarios -oligarquía y aliados-, pero aún más con los llamados partidos obreros y populares colaboracionistas -PCE y PSOE-, en particular con el primero y, especialmente, con su Secretario General, Santiago Carrillo.

Tampoco faltan las críticas a aquellos partidos de la izquierda radical que acaban defendiendo el proyecto constitucional -PTE y ORT- y sobre todo a esta última organización, con quién el PCE (m-l) mantiene un vieja relación de competencia.

Frente al tono conciliador del discurso de los órganos de prensa de estos dos partidos radicales, el discurso de Vanguardia Obrera es poco respetuoso con el orden existente y utiliza un lenguaje claro y duro que habla de lucha de clases, de interés de clase o de la explotación capitalista y, por otra parte, es la única publicación de todo el *corpus* que recurre a una cita erudita -del republicano Melquíades Álvarez (VO 232)- con la que apoyar sus argumentos.

Por último, debemos indicar que el discurso de Vanguardia Obrera ofrece una buena muestra de lo que denominábamos ideología hacia adentro o uso interno de la ideología por parte de quien elabora y emite el discurso, pues, junto con las críticas -a diestra y siniestra-, son frecuentes las alusiones en tono triunfal y excluyente a la actividad del Partido, con lo cual el discurso cumple su cometido como elemento conformador y sustentador de la identidad colectiva.

Dijo Dios: Hágase la luz. Y la luz se hizo...
Y dijo Dios: Que exista una bóveda que separe aguas de aguas...
Y dijo Dios: Que se junten las aguas y que aparezca la
tierra...
Y dijo Dios: Que verdee la tierra...
Y dijo Dios: Que haya lumbreras en el cielo
para separar el día de la noche...
Y dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes...
Y dijo Dios: Hagamos el hombre
a nuestra imagen y semejanza...

(Génesis, capítulo primero)

CAPÍTULO 8. CONCLUSIONES

8. CONCLUSIONES

Sumario

- 8.1. Rasgos generales del discurso. Elementos comunes y diferenciales
- 8.2. Sobre la noción de <<pueblo>>
- 8.3. Determinaciones del discurso o crítica de la pereza metodológica
- 8.4. Sobre la noción de <<poder político>>
- 8.5. Verificación y crítica del paradigma <<pueblo/enemigos del pueblo>>
- 8.6. Verificación de las hipótesis
- 8.7. Final. Paradojas, nuevos interrogantes, una licencia y un juego

8.1. RASGOS GENERALES DEL DISCURSO. ELEMENTOS COMUNES Y DIFERENCIALES

Como rasgos generales del discurso de la prensa analizada debemos señalar los siguientes:

1.- La crítica a la Constitución se realiza desde una perspectiva eminentemente política, lo que determina, en principio, el uso de categorías que representan relaciones sociales establecidas en términos de competencia por el acceso al poder. Este carácter se acentúa por el enfoque teórico/doctrinal (marxismo-leninismo) que sustenta tal crítica, para el cual en las sociedades modernas prevalece el conflicto (lucha de clases) sobre la cooperación. Así, el análisis parte, por un lado, de la existencia de clases sociales con intereses divergentes (y aun contradictorios) y, por otro, de unas asimétricas relaciones sociales derivadas de la proximidad con respecto al poder político y de los vínculos

establecidos con él. Esta polaridad queda representada en los textos por el binomio <<pueblo/enemigos del pueblo>>, aunque en algunos casos -En lucha y La unión del pueblo- la composición de los elementos que forman <<el pueblo>> y la de <<sus enemigos>> varíe a lo largo de los textos. Pero, aun cuando el <<pueblo>> como sus <<enemigos>> se hayan transformado, el esquema de análisis basado en la bipolaridad se mantiene hasta el final. Podemos decir que, aunque <<el pueblo>> y <<sus enemigos>> cambien de rasgos o de perfil, son categorías necesarias para definir la relación entre dominio y subordinación política y entre dominio y explotación económica, aunque esta última relación pierde consistencia en los textos que acaban aceptando el proyecto constitucional porque eluden toda referencia a las contradicciones económicas entre clases para poner el acento en el ámbito de la política y en la función unificadora del nuevo marco político definido por la Constitución.

El enfoque político prevalece sobre cualesquiera otros (jurídico, teórico o histórico) desde donde enjuiciar la Constitución y el momento constituyente, aunque existen aproximaciones en alguno de estos campos -alguna definición de tipo jurídico se puede hallar en las páginas de En lucha y alguna ocasional comparación con otros documentos similares o con otros procesos constituyentes como la Constitución de China de 1978 (Bandera Roja nº 103) o la Constitución española de 1931 (En lucha nº 157)-.

Las referencias a teóricos y constitucionalistas son inexistentes así como las citas de autoridad -incluso de autores marxistas-, salvo una de Melquíades Álvarez aparecida en un artículo de Vanguardia Obrera, aunque en esta publicación son frecuentes las alusiones laudatorias a la II República española, pero sin entrar en más detalles.

En este mismo sentido, las alusiones a esa etapa de la historia de España dejan entrever una especie de veneración y nostalgia por una perdida edad de oro del protagonismo popular.

2.- El discurso hace una lectura ideológica y política del texto constitucional para sacar a la luz los contenidos implícitos y desvelar el carácter y los intereses de clase ocultos tras las ambigüedades del lenguaje y los silencios del pacto de consenso. En consecuencia, dicha la prensa radical elabora su discurso desde la posición de considerarse portavoz de todos aquellos que no ven plenamente reconocidos sus intereses y aspiraciones en la Constitución o bien encuentran vacíos de contenido sus derechos, en tanto que hallan plenamente representados los intereses y reconocidas las aspiraciones de la vieja alianza de las clases dominantes.

En consecuencia, la calificación de que es una constitución de clase viene porque se estima que es un documento selectivo que, lejos de dispensar un trato igual a toda la población, favorece a una clase social -la burguesía- y en particular a su fracción más selecta -la alta burguesía (llamada también oligarquía)- en detrimento de las demás clases, aunque esta última posición sea matizada en los textos finales de las publicaciones que aceptan la Carta.

3.- La prensa radical niega legitimidad a la Constitución por el gran número de elementos de continuidad con el régimen anterior que guardan tanto el proyecto constitucional como el proceso constituyente, cuya mera existencia explícitamente se niega en dos casos -Vanguardia Obrera y Bandera Roja-, pues, según dichas publicaciones, lo que realmente se ha producido es un proceso legitimante de la monarquía.

Frente al discurso del consenso, que entiende la Constitución como una ruptura con el franquismo sobre la base de un acuerdo, la prensa radical resalta los elementos del viejo régimen que perviven en el nuevo y la persistencia de viejos intereses representados en la Constitución. Por tanto, esta prensa no acepta el pacto de desmemoria sobre el pasado inmediato y aboga por una ruptura real con todos los elementos, instituciones,

personas y símbolos del régimen de Franco y lamenta que no se haya procedido a una depuración de responsabilidades políticas.

4.- La crítica del consenso es un rasgo que comparten todas las publicaciones. Incluso aquellas que luego dan su aprobación a la Constitución critican el procedimiento seguido para elaborarla. El consenso, al que se vitupera de muchas maneras -como pasteleo, como procedimiento secreto para confundir y marear, como sistema irregular-, se ve, por un lado, como un modo de apartar al pueblo de unas deliberaciones que le atañen de manera muy directa y, por otro lado, como una claudicación del PSOE y del PCE (partidos considerados populares) ante los partidos de la burguesía que, de esta manera, siguen conservando la hegemonía que tuvieron durante el franquismo y que la Carta refleja en su articulado.

Inicialmente, también es común a todos los textos la posición crítica ante el referéndum porque supone ratificar en un sólo acto, sin matices, un documento complejo y porque no ha sido precedido de un plebiscito sobre la forma de Estado, en donde los ciudadanos hayan podido manifestar sus preferencias sobre el sistema monárquico o el republicano.

Los textos más críticos verán en el referéndum la continuación del consenso: un sistema para obtener la ratificación de los hechos consumados y su voto será un rechazo simultáneo del texto constitucional y del procedimiento para elaborarlo y ratificarlo públicamente.

Los periódicos que tienden hacia las posturas del consenso verán en el refrendo una oportunidad para que el pueblo manifieste su opinión aunque sea posteriormente.

5.- Con respecto a la opinión de estas publicaciones sobre el contenido de la Constitución, antes de señalarla es preciso hacer algunas consideraciones.

Debido a su ubicación extrema dentro del espectro político y al contenido profundamente transformador de un programa máximo (la

revolución y no la reforma, ver Capítulo 6) que, como ya hemos visto, se mantiene durante el período constituyente, la crítica de la prensa radical se detiene más en los aspectos sustantivos de la Constitución que en los normativos.

Inicialmente, las críticas se centran en las grandes cuestiones de principio, en los aspectos sustantivos de la Carta, porque se critica su contenido desde la comparación con los modelos ideales de sociedad que dichas publicaciones propugnan.

Es decir, ante la carencia de un modelo concreto de organización política del Estado, se critican los principios constitucionales existentes por comparación con los principios de un modelo ideal, abstracto e impreciso de sociedad. Es decir, ante la propuesta de un proyecto concreto e inmediato de organización del Estado se oponen como alternativa distantes y vagos diseños denominados república popular o socialismo.

Es decir, que en principio y debido a su posición revolucionaria, la izquierda radical no está interesada reformar el sistema ni en gestionarlo, sino en cambiándolo drásticamente y profundamente, por lo tanto los aspectos normativos tienen menor importancia que los sustantivos.

Existe otra razón relacionada también con cuestiones doctrinales: es la intención de crear un poder paralelo, alternativo -la célebre situación histórica de doble poder-, más que participar en el poder existente.

Queda una tercera razón, que es más bien una sospecha: la de que, a pesar del tono triunfal de sus manifestaciones, la izquierda radical sea realmente consciente de sus propias limitaciones y de su escasa capacidad para intentar una reforma del sistema más acorde con su programa, motivo por el cual las cuestiones de procedimiento, entonces, carecerían de importancia.

Ahora bien, con respecto a estas posiciones de principio hay que señalar que existe un cambio de postura en las publicaciones que acaban pidiendo el voto afirmativo en el referendum -En lucha y La unión del pueblo- y que encuentran aceptable el contenido

normativo de la Carta aunque esto represente una contradicción con respecto a unos principios revolucionarios que permanecen inalterados.

En el caso de En lucha se puede hallar un boceto de principios constitucionales que incluye aspectos normativos y, además un deseo, compartido con La unión del pueblo, de intervenir en la elaboración del Proyecto constitucional presentando enmiendas y sugerencias (de valor testimonial pero escasa eficacia jurídica al carecer de representación en el cauce adecuado) referidas a aspectos normativos.

6.- Para la prensa radical, la Constitución, lejos de representar una ruptura con el pasado, guarda vínculos muy estrechos con el régimen franquista y legitima la hegemonía de las viejas clases dominantes.

Esta lectura de la Constitución se realiza partiendo de siete ejes que señalan las grandes tensiones de la sociedad española en el momento constituyente:

- la tensión entre monarquía y república, a la hora de decidir sobre el Estado postfranquista
- la tensión entre sexos, a la hora de plasmar en la Carta los derechos de la mujer
- la tensión entre centro y periferia, a la hora de decidir entre los proyectos autonómicos y el derecho de autodeterminación
- la tensión entre los valores laicos y los valores católicos, a la hora de plasmar las atribuciones de la Iglesia católica
- la tensión entre clases sociales, expresada en el mundo de la producción entre los intereses del capital y del trabajo a la hora de definir el modelo económico
- la tensión entre la soberanía nacional y la penetración del capital extranjero (relacionada con la anterior)
- la tensión entre las libertades ciudadanas y las atribuciones del Estado, al decidir sobre los mecanismos que permiten la vigilancia y el control del poder

Del tratamiento dado por la Constitución a estas tensiones surge un proyecto legal, que consagra:

- la institución monárquica
- un poder ejecutivo fuerte
- un Estado centralista
- el modo de producción capitalista
- el papel garante del ejército
- la influencia de la Iglesia católica
- la penetración del capital extranjero

Lo que socialmente supone:

- la subordinación política y la explotación económica de las clases trabajadoras
- la opresión de la mujer
- la marginación de la juventud
- la opresión de los pueblos de las nacionalidades
- la pérdida de soberanía nacional
- la hegemonía de la Iglesia

Este discurso se matiza por parte de la prensa radical postulante del Sí en el referéndum, la cual, aun admitiendo que el Proyecto contiene limitaciones e insuficiencias, lo considera un avance con respecto a las leyes fundamentales del régimen anterior.

7.- Frente al discurso del consenso, para el que la Constitución pone fin a un período de efervescencia política y social, de legitimidad interina y de provisional organización del Estado, una parte de la prensa analizada -Bandera Roja y Vanguardia Obrera- pretende prolongar la etapa provisional avivando la efervescencia social y ofreciendo a sus lectores alternativas a largo plazo, en tanto que la otra, se aproxima a las tesis del consenso.

En los casos en los que se rechaza la Constitución hasta el final -Bandera Roja y Vanguardia Obrera-, la etapa constituyente no

tiene un fin en sí misma porque enlaza con un proyecto político a más largo plazo -y que viene de atrás-, sustentado igualmente en la movilización obrera y popular.

Para los textos críticos con la Carta, el rechazo -la abstención más los votos negativos- en el referéndum señala el renacer del vigor de las fuerzas populares y, por tanto, la posibilidad de desbordar los límites marcados por la Constitución y de proseguir la marcha hacia metas de mayor alcance colectivo.

Para los textos que acaban apoyando la Carta -En lucha y La unión del pueblo, el respaldo en el referéndum indica exactamente el mismo avance del pueblo, pero con la posibilidad de ensanchar desde dentro del sistema los límites de la Constitución debido a una interpretación de su contenido en clave popular.

Los primeros estiman que la movilización popular dejará obsoleta la Constitución como un angosto cauce impuesto por los enemigos del pueblo y sus colaboradores. Los segundos opinan que la asunción popular del proyecto constitucional permitirá avanzar hacia metas sociales más profundas al contar con un marco legal superior dentro del cual encuentran cabida las reivindicaciones populares. Lo cual deja obsoleta la movilización, a la que se puede recurrir cuando la Constitución se vea amenazada.

En este sentido, el discurso de aquellas publicaciones en que finalmente se acepta la Constitución -En lucha y La unión del pueblo- se aproxima al del consenso al considerar que con la instauración de un nuevo marco legal termina la etapa de las reivindicaciones populares al margen de las instituciones.

8.- Hay que señalar que, en ambos casos, los resultados del mismo refrendo, interpretados con claves distintas, acaban confirmando alternativas políticas diametralmente opuestas pero en las que el pueblo siempre resulta triunfador. En un caso, por aceptar una constitución de contenido popular y democrático -En lucha y La unión del pueblo- que pone término a la legalidad franquista; en

otro -Bandera Roja y Vanguardia Obrera- porque, al rechazar una constitución antipopular (monárquica, capitalista, centralista, etc), el pueblo ha recuperado su capacidad ofensiva.

9.- Al ser estas revistas órganos de expresión de los centros de dirección de las organizaciones radicales, el discurso, o mejor cada uno de ellos, mantiene determinados ejes de interés que van apareciendo sucesivamente a lo largo de los artículos elegidos. Hay que señalar que éstos, al impartir orientaciones de cara a la práctica, señalar pautas, objetivos y acciones, son algo más que meros editoriales o artículos de opinión; son, en cierta medida, "boletines oficiales" que legislan y prescriben la práctica a seguir por los lectores o adherentes, tratando de convertir la opinión en acción.

Todos los discursos son polémicos y tienen un claro tono exhortativo que, en ocasiones, incorpora elementos didácticos. Por otra parte, abunda en ellos un tono doctrinal que se esfuerza por mantenerse dentro de la ortodoxia, o si se prefiere, dentro de los términos más conocidos y hasta tópicos de este ideario. En el caso de Bandera Roja y Vanguardia Obrera son frecuentes los pasajes con connotaciones míticas y utópicas, en tanto que en el caso de En lucha y La unión del pueblo destaca un estilo más realista o, si se quiere, pragmático, pero no innovador desde el punto de vista teórico o político.

En todos los casos, para descalificarse entre sí, unos discursos y otros recurren a los argumentos de autoridad doctrinal.

Al estar estos grupos fuertemente impregnados por el espíritu de secta o participar en lo que podríamos llamar *cultura de la diferencia*¹, de la que se derivan unas relaciones políticas muy

¹La adscripción a la revolución y al comunismo, lejos de ser un factor aglutinante, se convierte en un elemento disgregador y en una de las causas del acendrado sectarismo que preside las relaciones entre las organizaciones
(continúa...)

tensas y competitivas, los discursos no se ahorran las críticas entre sí, en algunos casos en tonos verdaderamente insultantes pese a la proximidad política e ideológica de sus autores (o quizá por eso). Con referencia a este sectarismo, hay que señalar que los dos mayores partidos de la izquierda radical -el PTE y la ORT-, pese a mantener posiciones afines con respecto a la Constitución, realizan la campaña de apoyo por separado.

10.- En la medida en que los textos critican la Constitución, los discursos emplean términos unívocos, calificativos ásperos y, en ocasiones, despectivos, en particular Vanguardia Obrera, sobre todo para referirse a los partidos de izquierda partícipes del consenso (PSOE, PCE) y a sus máximos representantes.

Los discursos se valen, también, de redundancias para formalizar un mensaje directo, claro y duro frente a las ambigüedades y rodeos del discurso del consenso.

En los casos en que, tras criticar el proyecto constitucional, éste finalmente se acepta, el discurso radical, en las formas y en el contenido, tiende a parecerse al del consenso.

En este sentido hay que señalar que los textos en los que se justifican las razones para apoyar la Constitución adolecen de cierta hinchazón retórica y aportan poco contenido informativo.

11.- Otro rasgo común a todos los textos, aunque se refiere a un recurso que se utiliza con fines bien distintos (unos para apoyar la Constitución y otros para rechazarla), es la apelación a los lectores buscando su movilización, lo cual representa una diferencia importante con respecto al discurso político de la mayoría o del consenso, cuyos emisores no sienten el menor

¹(...continuación)

radicales, cada una de las cuales busca distinguirse de todas las demás y plasmar sus diferencias aun con las más afines (véase Roca, J.M., 1994, p. 75).

interés por suscitar un debate público salvo aquel entablado en las instituciones ni por llevarlo más lejos de donde lleguen los grandes medios de comunicación, salvo en el etapa propagandística que precede al referéndum.

Dentro del ámbito de la prensa radical, tanto de los textos que defienden la Constitución como de los que rechazan, surge la exhortación a sus más inmediatos seguidores para tratar de llevar sus posiciones a aquellos lugares que se consideran como ámbitos específicos de la presencia popular (las empresas, los barrios, los centros de enseñanza) para que conozcan el contenido de la Carta y convertir a sus lectores en actores, que con su presencia la aclamen o la rechacen antes de emitir su voto. En ambos casos, se propugna un amplio debate constituyente entre los ciudadanos, a los que se considera, en ese momento, elementos activos y decisivos en el proceso constituyente.

12.- Desde el punto de vista de la difusión del discurso, la prensa de la izquierda radical emite el suyo desde un lugar de la periferia del sistema de producción social de comunicación, que cuenta con su propio circuito de distribución y realimentación formado por un público simpatizante y ajeno, por tanto, a los grandes circuitos de información regidos por las leyes del mercado. Podría decirse que se trata de un *público cautivo*, seleccionado por el uso de un código restringido de símbolos y significantes, carente, por demás, de representación política en los foros institucionales, por lo cual esta prensa se adjudica la legitimidad de ser la voz de los sin voz.

Tanto el PTE con La unión del pueblo, como la ORT con En lucha perciben su ubicación marginal -política e informativa-, que tratan de abandonar y se afanan por penetrar en los grandes circuitos de comunicación al asumir el discurso del consenso.

8.2. SOBRE LA NOCIÓN DE <<PUEBLO>>

Del análisis del *corpus* hemos extraído la impresión de que las organizaciones editoras tienen intuiciones, aproximaciones sobre el pueblo, pero carecen de una teoría política sobre el mismo. En los artículos, naturalmente, son frecuentes las alusiones al pueblo, pero son tanto apelaciones que buscan su movilización como corporatizaciones para rellenar un esquema heredado (punto sobre el que volveremos), como declaraciones de principios cuya primordial finalidad es autolegitimar al emisor del discurso, pero, desde el punto de vista del conocimiento de la sociedad y de la correlación de fuerzas políticas, son construcciones de escaso interés; el pueblo no aparece claramente con cara y ojos; es inconcreto, políticamente fantasmal.

Esta carencia teórica conduce a aceptar los usos corrientes del término pero, sobre todo, aquellos que acercan su significado al de plebe -una colectividad marginada, carente de derechos y alejada del poder- o al de clase, en la medida en que también se considera al pueblo una colectividad explotada económicamente. Subalternidad y explotación serían los dos rasgos fundamentales que definirían desde esta perspectiva la condición popular, que en los textos aparece expresada por medio de ese indisoluble binomio de adjetivos *obrero* y *popular*.

Otro de los usos corrientes es aquel que hace referencia a los valores culturales -raíces, tradición, costumbres- y de forma muy especial a la lengua. Sobre este impreciso uso ya hemos visto que en las revistas en cuestión se hacía escasa distinción entre unos y otros pueblos de la península y que, sin exclusiones, se hacían extensibles derechos que muchas colectividades (pueblos) estaban lejos de sentir y de reclamar. Podríamos decir que se trata de una versión populista de la conocida fórmula "*café para todos*",

pero no para extender los derechos autonómicos que concede la Constitución, sino los de autodeterminación nacional "*urbi et patria*".

El pueblo también queda perfilado por otros atributos como son el haber luchado largo tiempo contra la dictadura franquista (o fascismo) hasta *quebrarla* y el haber conquistado las libertades democráticas, con lo cual queda impregnado de connotaciones políticas positivas a las que se añade la defensa de los valores e intereses nacionales frente a las apetencias del capitalismo extranjero (imperialismo). Y por el camino de estos atributos nos acercamos a otra noción que está muy presente en los textos: el pueblo como mito.

Si en el terreno de la política el pueblo debe ser concreto e inmediatamente reconocible, en un discurso de tipo ideológico puede ser algo mucho más precioso pese a su ambigüedad o quizá por ese mismo motivo: puede ser un mito y entonces el término ya no necesita ser definido porque su papel es otro: evoca, sugiere, cobra el valor oscuro y antiguo que ha tenido la palabra en el discurso prelógico y se convierte en un símbolo que ayuda a movilizar, a suscitar la emoción colectiva; impele a la acción. Si por ello el discurso resulta incoherente, no importa; el mito no tiene por qué ser coherente ni explicable, porque es por naturaleza irrefutable -"*un mito* -escribe Cassirer (1985, 351)- *es, en cierto modo, invulnerable. Es impermeable a los argumentos racionales, no puede refutarse con silogismos*".

No puede extrañarnos, por tanto, que el mito se convierta en un valioso recurso en el terreno de la política, que es el terreno de la praxis, de la voluntad, y cobre especial importancia en tiempos de acción y de incertidumbre, como fueron los del franquismo tardío y la transición, en donde, como hemos indicado, se produjo cierta movilización social localizada en la periferia del sistema y unas generales expectativas de cambio y cuando se

produjo un discurso crítico con la ideología dominante pero no exento a su vez de ideología, ni de presupuestos prelógicos que sustentaban, a su vez, otros mitos.

Como todo mito, el del pueblo tiene una edad de oro que es la II República y guerra civil, aunque alguna revista (Bandera Roja) se remonta a la guerra de la independencia, y una historia llena de momentos gloriosos en los que la energía del pueblo se despliega, las masas se ponen en movimiento, la creación colectiva marcha y la emoción y el esfuerzo compartidos transforman profundamente las sociedades, como parecen demostrar los embellecidos casos con los que la izquierda radical enriquecía su imaginería en aquellas fechas.

Como parte de la mitología política que alimenta este ideario, aparecen en los textos referencias al movimiento revolucionario, a la lucha de las masas populares, a la unidad antifascista, a la unidad combativa de todo el pueblo, que son tanto desorbitadas alusiones al movimiento realmente existente, cuanto objetivos a conseguir, anhelos, mitos. En este sentido, si el declive ideológico del franquismo y el parcial desmontaje de su aparato estatal se entienden como un proceso de *quiebra, derrota o caída* del fascismo, no se debe sólo a un análisis político y social inadecuado, sino a la poderosa influencia de elementos prelógicos que creen ver en la situación política sobrevenida a la muerte del dictador la realización de un sueño largamente esperado: la derrota del fascismo lograda tras largos años de lucha popular y una reparación histórica debida a los derrotados de la guerra civil, cuyo recuerdo forma parte del repertorio de símbolos de la izquierda radical.

Puede objetarse que esta interpretación no es realista: cierto, pero, desde el punto de vista del mito, que se asienta sobre un terreno volcánico (Cassirer), no importa que el dictamen sobre el pueblo y la correlación de fuerzas no sea realista, ni siquiera cercano a la realidad, porque la capacidad del pueblo viene dada por la experiencia histórica que se le adjudica, por actitudes

atribuidas por extensión desde otras experiencias, algunas de ellas muy lejanas, y por unos valores y actitudes que se consideran inmanentes a su condición subalterna.

De todo ello resulta que un conjunto de publicaciones influidas por el llamado pensamiento Mao Zedong concibe un pueblo ideal, embellecido; un pueblo armónico, sin desgarros ni tensiones internas, cuando una de las cosas que quedan más claras de la obra de Mao es su esfuerzo continuo por articular políticamente al pueblo actuando sobre unas u otras clases sociales, uniendo todo lo que es aglutinable en favor de unos u otros objetivos, en una labor propia de Penélope. Pero la noción de pueblo de los textos que nos ocupan está más cercana a la noción cultural, que insiste en los rasgos que permanecen a lo largo del tiempo, que a la noción dinámica propia del enfoque político, de ahí que nos encontremos que en la identidad del pueblo español de los años setenta sobresalgan dos rasgos -el republicanismo y el antifascismo- que perduran desde la guerra civil, aunque aquel pueblo político, costosamente articulado por el programa del Frente Popular, desapareciera con la contienda.

En realidad, ha sido posible concebir este pueblo armónico porque no existe el pueblo como sujeto político, porque el pueblo es políticamente informe, porque no existe todavía la formalización de intereses políticos de las diversas clases subalternas ni, por tanto, la lucha política en torno a intereses que pueden llegar a ser comunes y cuya expresión en un programa sellaría la alianza que daría lugar al nacimiento del pueblo como sujeto político, por ello, el mismo término *pueblo* sirve, por su ambigüedad, en unos casos para designar a una colectividad que ha rechazado la Constitución y, en otros, para designar a otro colectivo que, al refrendarla, se ha aproximado a sus antiguos adversarios.

La experiencia histórica muestra que, lejos de ser una armónica y espontánea conjunción de intereses, el alumbramiento político del pueblo es un proceso largo y controvertido, pues, aunque

exista entre las clases subalternas cierta tendencia hacia la unidad ésta es frecuentemente estorbada por la acción de las clases dominantes (Gramsci, 1988, 493). De ello existen ejemplos no muy lejanos, como la lenta gestación de la unidad de las fuerzas de la clase obrera, el campesinado y la pequeña y mediana burguesía intelectual y urbana que cristalizó, en 1936, en el Frente Popular, o el no menos laborioso proceso que condujo a la Unidad Popular de Chile en tiempos de Salvador Allende, cuyas contradicciones internas eran evidentes. En fecha todavía más reciente encontramos en el nicaragüense Frente Sandinista una excelente muestra de las graves tensiones que recorren a esa expresión política de la unidad popular revolucionaria.

Como indicábamos en el punto 3.2.4. el problema está en pasar del pueblo entendido como colectividad cultural, prepolítica, mítica -conjunto de individuos unidos por la lengua, la tradición, la cultura, etc.- al pueblo como unidad de las clases subalternas con un determinado grado de organización y articulación en torno a un programa político. O quizá mejor expresado, lo difícil es pasar desde el estadio donde las clases subalternas aceptan pasivamente su condición alejada del poder a un estadio donde un colectivo es consciente de su situación y aspira a cambiar su situación subordinada, llegar al poder y configurar la sociedad con arreglo sus presupuestos. Es decir, pasar de la situación del pueblo entendido como lo primario, como el sustrato básico de cualquier otra organización, de un estadio próximo a lo natural, al estadio artificial del ámbito político erigido sobre unos presupuestos más abstractos. Y este paso, que requiere un largo proceso, no se puede obviar: existe o no existe, pero no se puede suplir con un acto de voluntad ni de imaginación. Y con ello nos enfrentamos con la siguiente paradoja: estamos ante un dictamen que basa su modelo analítico en el antagonismo político entre sujetos, pero uno de ellos no está políticamente definido.

Como resumen de este punto, afirmamos que, aun sabiendo que es imposible desterrar del todo el peso del pasado y sustraerse al influjo de la imaginación, la noción de pueblo que se desprende de la lectura de los textos del *corpus* está lastrada por el pasado y decisivamente inspirada por el imaginario y que la influencia de ambos elementos ha ido en detrimento del análisis de los factores coetáneos. Sin embargo, no creemos que dicha visión responda solamente a una actitud nostálgica con respecto a un pasado que se imagina mejor, más emocionante o heroico, aunque algo de ello puede haber, sino que existen factores teórico/doctrinales que favorecen dicha posición y de cuya influencia vamos a ocuparnos en el epígrafe siguiente.

8.3. DETERMINACIONES DEL DISCURSO O CRÍTICA DE LA PEREZA METODOLÓGICA

De forma abreviada podríamos decir que en los textos analizados no encontramos una actitud teórica en su originario y estricto sentido de mirar alrededor y pensar. *Contemplar* llamaban los filósofos griegos a ver y meditar y en ese mirar sitúa Emilio Lledó (1994) el origen de la *theoría*. Si, para Lledó, ver es "*como una forma de saber. Y saber, como una forma esencial de existir, de ser*", podríamos decir que una actitud teórica es una predisposición a mirar que conduce a vivir sabiendo; a vivir escrutando, a vivir descubriendo y, en consecuencia, a vivir sabiendo que es mucho lo que se ignora y mucho lo que falta por saber y, que es preciso, por tanto, seguir ansiosamente mirando. Pero lo que late en el fondo de los textos no es esta inquietud, sino una postura discente mezcla de pereza metodológica y de conducta reverencial ante la teoría ya formulada, preparada y dispuesta para ser consumida y ante las soluciones políticas ya probadas; o sea, una devoción por la doctrina y por su estricta

aplicación. Falta la mirada curiosa que se arriesga a descubrir y a aventurar otras explicaciones, y se percibe la actitud del que, mirando algo que no es lo prescrito, teme ser escrutado y reconvenido por la autoridad.

La compulsiva búsqueda de la ortodoxia que ha acompañado al movimiento comunista ha hallado en el respaldo de la autoridad - de lo dicho y de lo hecho- los hitos para no apartarse del recto camino y desviarse por alguna de las erráticas veredas de los varios *ismos* (reformismo, izquierdismo, trotsquismo, oportunismo, liquidacionismo, revisionismo, etc, etc) que conducían a la heterodoxia y, a la postre, a la condena política (cuando no a algo peor).

Una de las peores consecuencias de la instauración oficial de la heterofobia en unos partidos que tenían como meta no sólo conocer el mundo sino transformarlo fue crear un pensamiento canónico que descartaba la audacia de descubrir caminos nuevos y optaba por transitar por sendas trilladas pero seguras.

Desoyendo la opinión de Marx (1946, I, XXV) quien, en 1872, advertía a su editor en Francia ("*Carta al ciudadano Lachâtre*") - "*En la ciencia no hay calzadas reales, y quien aspire a remontar sus luminosas cumbres tiene que estar dispuesto a escalar la montaña por senderos escabrosos*"- sobre las dificultades que entraña el conocimiento científico de la realidad, sus discípulos adoptaron un método escolástico para conocer.

La pereza metodológica y la urgencia impuesta por la actividad política (recuérdese la función que, según Martín Santos, cumple la ideología como saber que ya cree tener todas las respuestas) llevaron a buscar en el acervo de las cosas ya hechas y probadas la solución de cada problema y a reverenciar un único método para conocer la realidad, con lo cual, en el ámbito político, quedaba instaurado el dogmatismo como fidelidad a lo existente y, en el ámbito teórico, como incapacidad para extraer principios de validez general de las experiencias particulares o, dicho sea de

otra manera, como facilidad para imitar lo particular -lo local y temporal- en todas sus formas.

Sin extendermos mucho, porque tampoco es el momento, vamos a ocuparnos de algunos resultados de esta actitud dogmática que han surgido en el análisis de los textos.

8.3.1. FASCISMO

Debido a la influencia de un análisis político de la década del treinta prolongado hasta los años 70 y a la acrítica asunción de las tesis sobre el fascismo expuestas por Dimitrov en el VII Congreso de la III Internacional, todos los textos comparten el criterio de que el régimen de Franco es fascista hasta sus últimos días; ven en el fascismo la esencia del poder autoritario y total cuando únicamente es una forma, un accidente. Y una de las consecuencias de esta caracterización es atribuir al pueblo, como un valor positivo, el antifascismo.

No obstante, el franquismo tardío no solamente no es un régimen fascista, sino que el fascismo tuvo, desde el primer momento, escaso peso en España².

La breve influencia política e ideológica de la Falange, las iniciales alianzas internacionales del Régimen y la parafernalia del partido único no eran más que una ligera pátina moderna -sugerida por las formas políticas de moda en aquella época- para encubrir que bajo aquel régimen de excepción permanente había una naturaleza más rancia: su carácter premoderno o, quizá mejor, antimoderno; su carácter predemocrático, aunque el régimen hubiera nacido como una reacción contra el sistema democrático. Franco no representaba valores modernos frente a una burguesía que antaño había sido progresista y poderosa y que después se

². Véase el artículo "Franco: ¿fascista o antimoderno? (Roca, J.M. 1992, 22, 14) del cual tomo algunas ideas.

mostró impotente en su función rectora, como era el caso de los numerosos críticos del liberalismo tardío que surgieron en Europa entre las dos guerras, sino los valores y aspiraciones de la clase media y media baja de provincias -familia, religiosidad, tradición, moral estricta, jerarquía y vinculación con el ámbito rural- y su temor al desorden, al laicismo, a la libertad y al conflicto social, asociados a los aires modernizantes que llegan de las grandes ciudades y, sobre todo, del extranjero.

Franco encarna la prevención del antiguo régimen ante uno de los efectos de la modernidad: el sistema político representativo, es decir, el miedo al sufragio universal, y el pánico de las clases acomodadas al movimiento obrero -inevitable consecuencia de la industrialización-, al que son incapaces de atraer o de integrar. Estas viejas aspiraciones, es verdad, hallan un momento propicio para manifestarse con la crisis de dirección política de la burguesía liberal durante la II República, pero en su forma de plantearse -un golpe militar- y en sus apoyos se aprecia una considerable distancia con respecto a cómo resuelven el problema de la decadencia del régimen liberal los verdaderos fascistas.

Si afirmamos que la entrada y el protagonismo de las masas en el escenario social es una de las cualidades de la modernidad, este miedo a las masas es uno de los rasgos esenciales que muestran el carácter premoderno del franquismo y lo distingue de los dos modelos de fascismo -el alemán y el italiano-. Mientras que éstos aceptan la entrada en la historia de ese nuevo sujeto colectivo -oceánico, según el adjetivo fascista- y lo utilizan para llegar al poder, el franquismo, heredero del aristocrático miedo a las masas, toma el poder precisamente para combatir a unas masas que habían sido ganadas mayoritariamente por los grandes sindicatos de la izquierda y representaban, por ello, una amenaza para las clases que tradicionalmente habían sido política y culturalmente hegemónicas.

Mientras el fascismo utiliza el carisma del jefe para movilizar

a las masas y dirigirlas hacia el asalto del Estado, el carisma de Franco es posterior a la toma del poder; puede decirse que es erigido desde el poder para movilizar, en pocas ocasiones, a sus masas. Las concentraciones de apoyo a Franco y la difusión desde el aparato de propaganda del Régimen de los idealizados valores de su personalidad para suscitar su culto, no son la continuación de su popularidad después de la toma del poder. Muy al contrario, de haber contado con el fervor de las masas Franco hubiera visto dificultada su labor de conspirador. Su triunfo no es el del tribuno de la plebe, sino el del estratega militar.

De la misma manera, para el fascismo las masas son el vehículo para desatar la tensión social, para buscar el peligro -"vivir peligrosamente"- y hacer la guerra como prueba de los pueblos -"como higiene social", según Marinetti ³-, en tanto que Franco no precisa de las masas porque su objetivo es precisamente el contrario: disciplinar a éstas para retornar al orden jerárquico de la sociedad estamental.

El fascismo responde a una situación de emergencia, es una forma rápida y contundente para hacer frente a situaciones extremas, que es costosa por su carácter excepcional. Es eficaz cuando hay que enfrentarse a un poderoso enemigo interior, pero cuando se ha terminado con él el Estado debe buscar enemigos exteriores para seguir manteniendo una situación de emergencia y a las masas movilizadas. El fascismo responde a un estado de aguda crisis social, por eso es la máxima expresión de la violencia dirigida desde el Estado. Se inscribe pues en la lógica del enfrentamiento agudo que es la lógica militar -encuadramiento, uniformidad y jerarquía para ejercer la violencia hasta su grado máximo: hasta aniquilar al adversario-, por eso, acabado el enfrentamiento con la destrucción del enemigo interior, el fascismo político no

³. Véase el "Manifiesto del futurismo" de Marinetti en Cassigoli, A., *Antología del fascismo italiano*, Méjico, Fac. CC. Políticas y Sociales, 1976, p. 57 y ss.

tiene sentido aunque queden actitudes y grupos fascistas, pues ¿contra quién dirigir la violencia de las masas?, ¿contra quién dirigir una poderosa y costosa maquinaria que utiliza sólo la violencia y el terror?. Pasado el momento de peligro, esa función la asumen los órganos ordinarios del Estado -ejército, en última instancia, y sobre todo policía y policía política- más eficaces y más baratos y, al tiempo, al ser más pequeños y encuadrables dentro de otros órganos del Estado, menos peligrosos para el bloque social dominante en caso de alcanzar excesiva autonomía.

Por otro lado, mantener la calificación de fascista suele olvidar que el régimen de Franco también se asienta sobre el consenso (o, al menos, el pasivo asentimiento) de parte de la población y, en particular, sobre la adhesión del bloque social dominante -la burguesía- que delegó, en su día, sus poderes en un régimen extraordinario, que, si bien, se prolongó excesivamente, también cumplió su objetivo.

El fascismo, usado en los términos que acabamos de criticar, tiene más de descalificación moral del régimen que de dictamen político y, si se emplea para tratar de unir al pueblo contra un adversario, se hace contra un enemigo que no existe.

8.3.2. MAOÍSMO

Sin entrar ahora en consideraciones sobre sus secuelas en China, a lo ya dicho sobre la paradójica interpretación de la obra de Mao Zedong[†], queremos añadir que lo que se ha llamado *maoísmo* es una forma de pensamiento y de acción típicamente china (Del Río, 1994, 12), basada, a su vez, en un pensamiento bifronte importado

[†].Además de la inmensa bibliografía sobre el tema que se produjo en los años 60 y 70, especialmente las aportaciones de Ch. Bettelheim, véase en fecha más reciente Del Río, E. *La teoría de la transición al comunismo en Mao Tsetung (1949-1969)* (Madrid, Revolución, 1981), Lew, R. *China: de Mao a la desmaoización* (Madrid, Revolución, 1988).

de Europa -el marxismo-leninismo-, uno de cuyos rostros -el leninismo- es a su vez una asimilación rusa del marxismo centro-europeo. El maoísmo es, así, la rara combinación de una escuela de pensamiento occidental adaptada a una tradición milenaria, pero que se ha mostrado capaz de dirigir intelectualmente el proceso de modernización de una sociedad que a principios de siglo parecía empantanada en una decadencia sin fin⁵.

El propio Mao, que busca un camino autónomo, rechaza, primero, la vía revolucionaria occidental aconsejada por Stalin y, luego, el modelo de industrialización soviético, lo que daría, después, lugar a la ruptura de relaciones con el PCUS y al enfrentamiento (incluso armado) con la URSS. Pero parece que una vez que están creadas las bases para producir un pensamiento dogmático, un mecanismo infernal reprodujera el modelo escolástico hasta el infinito y, con Mao, de un pensamiento original surge una nueva escuela que ofrece modelos de revolución "*prêt a porter*".

Por extrañas circunstancias, el *maoísmo* ha tenido la fortuna de haber encontrado eco en la izquierda radical de varios países de Europa occidental, entre ellos España, y la experiencia de su articulación política en el marco de la revolución democrático-popular (recuérdese la nota 26 del capítulo 6), especialmente la formalización de las alianzas en el período del frente nacional antijaponés, ha sido tomada como un paradigma universal con categorías tan claras que ha bastado sustituir los nombres de los agentes sociales para que tal constructo pareciera el resultado de un análisis político y permitiera a sus mentores operar con él como si fuera una fiel representación de la realidad española.

⁵. Véase Roca, J.M. "China busca su revolución" y "China y el maoísmo", en *Historia del comunismo* (II) (Madrid, El Mundo, 1990, pp. 248-249 y 418-421).

8.3.3. DIALÉCTICA

Después de lo dicho en el Capítulo 4 no vamos a añadir nada más sobre la especificidad del método y su adecuación al objeto al que trata de aproximarse, pero viene bien recordarlo con el fin de contraponer dicha concepción a aquella que defiende la validez de un método único y, por tanto, universal -el método dialéctico- para investigar, del cual se ha llegado a hacer una cuestión de ortodoxia, como ya apuntaba G. Lukács (1969, 2) en 1919: *"En cuestiones de marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al método. Esa ortodoxia es la convicción científica de que en el marxismo dialéctico se ha descubierto el método de investigación correcto, que ese método no puede continuarse, ampliarse ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores. Y que, en cambio, todos los intentos de <<superarlo>> o <<corregirlo>> han conducido y conducen necesariamente a su deformación superficial, a la trivialidad, al eclecticismo"*.

En esta obra maldita, de la cual renegó su autor durante mucho tiempo, asistimos a uno de los intentos de canonizar a Marx, el cual, pese a todo, se resiste a ello cuando, en el postfacio a la segunda edición de *El Capital* (1946, I, XXIII), asegura *"La investigación ha de tender a asimilarse en detalle a la materia investigada, a analizar sus diversas formas de desarrollo y a descubrir sus nexos internos. Sólo después de coronada esta labor, puede el investigador proceder a exponer adecuadamente el movimiento real. Y si sabe hacerlo y consigue reflejar idealmente en la exposición la vida de la materia, cabe siempre la posibilidad de que se tenga la impresión de estar ante una construcción <a priori>"*. Sin embargo muchos de sus discípulos han empezado (y no han pasado de ahí) por la "construcción <a priori>" de la realidad y la dialéctica les ha ayudado mucho en ello.

Siguiendo estas palabras de Marx inferimos que, lejos de ser un método de análisis de la realidad, es un método de síntesis que se revela útil en las etapas finales de una investigación (o de

aproximación a los objetos reales), puesto que ofrece, a un alto nivel de abstracción, una representación total, articulada y en movimiento del objeto social investigado. La dialéctica no es el análisis de lo concreto, ni un método para analizar lo concreto, sino una representación abstracta de los resultados del análisis. No puede decirse, entonces, que la dialéctica "refleja" lo real, sino que sólo lo representa a un alto nivel.

La adopción mecánica del "método dialéctico" para analizar la realidad social ha permitido, con excesiva frecuencia, sustituir el engorroso trabajo de analizar los objetos concretos en sus determinaciones materiales por el fácil e inútil remedio de ir rellenando unas categorías que se estimaban de validez universal por las que se consideraban sus homólogas específicas. Así, dicho método ha ayudado a elaborar modelos que tenían poco que ver con los objetos (o realidades sociales) representados y a fabricar representaciones que tenían poco que ver con la realidad, aunque por su capacidad para "explicar" dinámicamente procesos sociales a un alto nivel de abstracción haya gozado de cierta reputación filosófica, como bien advierten Ogden y Richards (1964, 48) -*"La filosofía del siglo XIX estaba dominada por una tradición idealista, en la cual la elaboración de un mecanismo simbólico monstruoso -la Dialéctica hegeliana constituye un notable ejemplo- ocupó el lugar de la investigación directa y atrajo el foco de atención"*-. También el mismo Marx, en el epílogo a la segunda edición de *El Capital* (1968, I, XXIV), alude a esta supuesta capacidad transformadora -*"La dialéctica fue moda alemana en su forma mistificada porque parecía transfigurar lo existente"*-.

Como en política no se trata de transfigurar nada sino de poder o no poder actuar sobre el orden existente, bien para conservarlo o bien para transformarlo, la polaridad de la dialéctica, basada en la tensión entre tesis y antítesis, ha servido para ofrecer un

esquema que permitiera concebir la realidad social como un nudo de contradictorias relaciones⁶, pero esta polaridad lógica o metodológica frecuentemente ha conducido a interpretar que dichas contradictorias relaciones se hallaban entre agentes sociales siempre en su máximo grado de oposición y a ver el antagonismo como la única relación, o como la relación dominante, siempre y en todo lugar, entre los sujetos sociales de las sociedades modernas.

Este "*mecanismo simbólico monstruoso*" unido a la grosera adopción de soluciones políticas fuera de su contexto local y temporal ha llevado a ofrecer dictámenes sociales y políticos dotados de una gran cohesión abstracta pero que han fallado estrepitosamente a la hora de representar -con cara y ojos- a los sujetos políticos concretos, como es el caso del *pueblo* que ya hemos comentado.

⁶.Sobre el tema de las diversos grados que puede alcanzar la contradicción véase el artículo de Mao Zedong "Sobre la contradicción" (O. E (I), Madrid, Fundamentos, 1974) y sobre el tratamiento que hace el dirigente chino de las contradicciones sociales en China, la obra de Irala, A. Uno se divide en dos (San Sebastián, Etor, 1976).

8.4. SOBRE LA NOCIÓN DE <<PODER POLÍTICO>>

1.- En los textos el poder aparece bajo los términos de dominio, explotación y opresión y para la clase o fracción de clase que detenta el poder los fines del ejercicio de éste son explotar y oprimir a la clase obrera y al pueblo. Dominación es la relación que los enemigos del pueblo mantienen con el pueblo.

Inicialmente, la Constitución es vista como un instrumento que legaliza una nueva forma de dominación que es continuación de la ejercida por el franquismo. No obstante, los textos que la acaban aceptando la presentan como un instrumento que puede estar al servicio del pueblo, aunque los argumentos sobre este posible uso son mucho más imprecisos que aquellos que inicialmente la evalúan negativamente.

En todos los casos, se hace más hincapié en los aspectos legales que confieren poder a los aparatos que en los valores simbólicos que entroniza la nueva legitimidad.

2.- El poder reside en el Estado y en particular en sus aparatos, de los cuales destacan los que desempeñan una función coercitiva -militar, policial, judicial y burocrático- que en los casos más críticos se vinculan de forma subordinada a aparatos políticos y militares extranjeros, especialmente norteamericanos (Pentágono, OTAN). Cuando se alude al poder económico, esta subordinación es con respecto a las grandes compañías multinacionales.

Todos los textos coinciden en señalar la importancia del poder del Rey, que es el más definido y, por ende, el más criticado. En dos casos -Bandera Roja y Vanguardia Obrera- se considera a la monarquía el centro neurálgico del nuevo Estado, ya que vincula y controla los viejos aparatos del Estado franquista y los nuevos del Estado democrático.

Así, la monarquía nunca es popular. En los casos más críticos (Bandera Roja y Vanguardia Obrera) esta institución es claramente antipopular, contraria a los intereses del pueblo, por lo cual, a la monarquía se opone como alternativa política una república popular. En todos los casos, entre las primeras y más severas críticas formuladas al proyecto constitucional está la de haber instaurado de hecho la forma monárquica sin haber realizado previamente un plebiscito para decidir sobre la forma de Estado (monarquía o república).

En los casos menos críticos y que acaban aceptando la monarquía, se afirma que ésta no impide seguir manteniendo la adscripción republicana (El lucha) o bien (La unión del pueblo) se reconoce tardíamente al Rey el haber desempeñado un papel positivo en la transición, pero que, a pesar de todo, la institución monárquica al pueblo le es indiferente.

3.- Además del Rey, los agentes sociales que detentan el poder -o importantes cuotas de él- son:

3.1.- el capital (en general)

3.2.- burguesía, la patronal, pero sobre todo la oligarquía

3.3.- las empresas multinacionales (el imperialismo)

3.4.- la iglesia católica

3.5.- los militares

3.6.- la burocracia estatal

4.- La influencia de una concepción estructuralista del Estado muy centrada en analizar los aparatos, en particular los aparatos de coerción, muy propios de las dictaduras, deja poco lugar para interpretar el poder también como un resultado del consenso, del acuerdo social basado bien en la adhesión y el convencimiento o bien en la aceptación pasiva del orden existente. Por ello, ya lo hemos señalado, la legitimidad de la Constitución se interpreta más como legalidad -normas escritas, aprobadas por el parlamento, ratificadas por refrendo y que, después, darán lugar a leyes que

serán aplicadas por los diversos aparatos- que como el consenso sobre los símbolos, sobre los códigos, sobre los principios; es decir, como resultado de la hegemonía del bloque dominante -y dirigente- y de su capacidad para lograr que la ciudadanía (el pueblo) asuma el discurso dominante (o partes sustanciales) o al menos no muestre un global rechazo.

En este sentido, la Constitución, como un discurso político estratégico, es una prueba de que una parte del bloque social dominante tiene la capacidad suficiente para guiar al resto de las clases sociales con un discurso global y a largo plazo plasmado en un documento solemne. Los trámites seguidos para su elaboración y aprobación son una buena prueba de la habilidad de quienes dirigieron el proceso constituyente y de su experiencia en el uso de los resortes del Estado para combinar coerción y consenso¹.

Entendemos, entonces, la hegemonía como la capacidad de lograr la identificación autónoma, sugerida en gran parte por los medios de comunicación de masas, con unos valores que si bien aparecen como nuevos no chocan con los imperantes en la sociedad; para lograr la identificación con un proyecto político verosímil, pues el discurso dominante, junto con el contenido explícito, ofrece los códigos para comprenderlo y asimilarlo y para excluir a los discursos adversos como poco o nada verosímiles. Esta idea de hegemonía va más allá de la mera búsqueda del inmediato consenso sobre un proyecto político -necesario, por otra parte-, sino que comprende la capacidad y los esfuerzos del bloque dirigente para

¹Recuérdese que parte del proceso constituyente transcurrió bajo una legalidad -la ley antiterrorista- que anulaba parte de los derechos que el proyecto constitucional trataba de instaurar y que el Gobierno, por medio de una represión selectiva, impidió con frecuencia actos contrarios a la Constitución. En otro orden de cosas (véase el Apéndice 10.3.) ese año, en un consejo de guerra, Albert Boadella, director del grupo teatral *Els Joglars*, fue condenado por injurias al Ejército y que, durante los <<sanfermines>>, la policía entró en la plaza de toros de Pamplona ocasionando más de cuarenta heridos, siete de ellos por arma de fuego (véase *San Fermín 78. Así fue*, informe elaborado por la Comisión de Peñas, Pamplona, agosto, 1978).

lograr la aparente adhesión espontánea de toda la sociedad al proyecto de una minoría, pero que se presenta no sólo como el más conveniente sino como el único realizable.

Así, pues, los textos, al detenerse en una crítica excesivamente instrumental del poder repartido en aparatos de coerción, han dejado pasar la ocasión para ocuparse de otros aspectos de la dominación: aquellos que están determinados por la influencia moral e intelectual y por las técnicas de persuasión.

5.- De la lectura de los textos surge también otra idea: que los enemigos del pueblo están presentes en las instituciones (nuevas y viejas) y que el pueblo no lo está; o quizá mejor expresado sería decir que el pueblo se expresa en movimientos, con lo cual la lucha entre el bloque popular y el bloque dominante estaría representada por el enfrentamiento entre las instituciones y unos potentes movimientos capaces de hacerlas tambalear. De ello resulta una correlación de fuerzas muy lábil, en donde parece que en cualquier escaramuza se dirime una batalla decisiva de la lucha de clases.

El resultado es una visión muy dinámica de la correlación de fuerzas pero que, teniendo en cuenta la potencia que se atribuye a los aparatos e instituciones del Estado, ofrece del pueblo una trayectoria incoherente y, a la vez, la idea de que el poder político se encuentra sometido a excesivos vaivenes.

Esta incoherencia surge al examinar el curso seguido por la lucha popular desde la agonía del régimen de Franco hasta el referéndum constitucional, que es el siguiente: inicialmente, todos los textos consideran que el pueblo se encuentra en una situación de ofensiva que consigue acabar con el franquismo (fascismo) aunque no de una manera completa, lo cual permite el reagrupamiento de las fuerzas burguesas en una contraofensiva que culmina con la política de consenso, cuyos mayores logros son el Pacto de la Moncloa y el proyecto de Constitución. Hasta aquí coincide el dictamen de las cuatro revistas sobre la correlación de fuerzas

durante el período constituyente, que se caracteriza, según los textos, por la ausencia en el debate del sujeto constituyente por excelencia: el pueblo.

Es justamente con el referéndum constitucional cuando el pueblo vuelve a aparecer en la escena política, aunque este hecho halla distinta interpretación. Para las revistas Vanguardia Obrera y Bandera Roja, los resultados del referéndum muestran el rechazo popular del proyecto burgués y auguran una nueva ofensiva obrera y popular, en tanto que para En lucha y La unión del pueblo, el resultado indica exactamente lo contrario: el apoyo popular a la Constitución y, por lo tanto, el fin de la etapa de movilización ciudadana a favor de objetivos democráticos.

Los acontecimientos del verano de 1978 (ver apéndice 10.3) y los rumores sobre un golpe de estado serán esgrimidos en las páginas de En lucha y de La unión del pueblo como motivo para cambiar sus posiciones iniciales sobre el proyecto constitucional y para irse acercando a las posiciones del consenso. Esta percepción parece confirmarse cuando se descubre la conspiración urdida por Tejero e Ynestrillas conocida como "operación Galaxia", por lo cual, ante lo que parece una seria amenaza para el poder existente, ambas revistas deciden a apoyar al gabinete Suárez.

Para las otras dos revistas, Bandera Roja y Vanguardia Obrera, el poder está firmemente asegurado y el bloque dominante no necesita recurrir a un golpe militar para llevar adelante sus propósitos. Así, la primera califica a la conjura de "*divertida amenaza*" y la segunda, de "*farsa del golpe de la cafetería Galaxia*". Para estas revistas, el poder se encuentra perfectamente asegurado por la continuidad de los aparatos estatales heredados del franquismo y por el apoyo que supone la política de consenso.

Frente a ambas interpretaciones hay que indicar lo siguiente. Al lograr el bloque del consenso que se refrende la Constitución con un contenido que ha sido criticado, se muestra la ausencia en el proceso constituyente del pueblo como sujeto político radical e

innovador, cuya voluntad política expresa un poder extraordinario frente al poder ordinario ya instituido. Esa potencia, que tiende por principio a no someterse a condiciones de tiempo ni espacio pues aspira a cambiarlo todo -es constituyente de un orden nuevo, que necesita expresiones nuevas y un tiempo adecuado-, expresa la rebeldía ante el derecho existente; la subversión que supone la acción de un nuevo sujeto cuya última legitimidad es poder hacer lo que desea -para Negri (1994, 32) el poder constituyente es omnipotente y expansivo, ilimitado y no finalizado-, pero ese impulso dinamizador es lo que ha faltado y lo que los textos, pese a todas sus intenciones, elípticamente reconocen.

8.5. VERIFICACIÓN Y CRÍTICA DEL PARADIGMA «PUEBLO/ENEMIGOS DEL PUEBLO»

1.- En primer lugar, afirmamos que con el uso de las categorías de inspiración maoísta «pueblo» y «enemigos del pueblo» se verifica el paradigma con que las publicaciones en cuestión han analizado el discurso constitucional.

Debemos indicar también que, en tanto que una de las categorías, «pueblo», es común a todos los artículos, en otros no se emplea explícitamente la categoría «enemigos del pueblo» sino que se sustituye por «oligarquía» o por «derecha», aunque ambas conservan la misma denotación -la oposición de intereses- con respecto al pueblo. Es decir, se verifica, igualmente, una de las grandes hipótesis teóricas de las que partíamos en el punto 3.2.3, del Capítulo 3, cuando afirmábamos que la política, como actividad encaminada a alcanzar y ejercer el poder, determinaba unas relaciones agonales cuya esencia había resumido C. Schmitt al definir la relación entre el «amigo» y el «enemigo» como una relación paradigmática en el ámbito político.

2.- Este modelo -legado, ya lo hemos señalado, de la combinación de dogmatismo y dialéctica- basado en la polaridad es útil para analizar discursos políticos en momentos de agudo conflicto social pero deja poco lugar para los matices y más en un proceso como la transición española, en donde la coyuntura nueva crea las condiciones para que aparezca una tendencia a la rápida búsqueda de afinidades, a la redefinición y reorientación de los campos y a formalización de fuerzas que permitan salir de la incertidumbre que caracteriza la etapa. Este afán exploratorio para encontrar aliados, que es muy claro en el campo de las fuerzas burguesas o de la derecha política, no encuentra parangón en el campo de la izquierda radical, cuyas organizaciones, inmersas en lo que hemos denominado *cultura de la diferencia*, mantienen entre sí unas relaciones presididas por un sectarismo feroz. De esta manera, mientras en el campo de la derecha política una intensa actividad negociadora busca ampliar el campo de los amigos, en el de la izquierda radical una concepción rígida de los principios y unas relaciones hipersectarias entre los grupos llevan a ampliar el campo de los enemigos al ubicar cada organización al resto de los grupos, incluso a los más afines, en el territorio contrario.

3.- Así, pues, en una coyuntura como la del período constituyente en que se produce una convergencia de antiguos adversarios en vez de una profundización del antagonismo social, lo que se dirime en esos momentos es lo que puede ser motivo de negociación, pero la izquierda radical, que se mueve con mucha dificultad fuera del terreno de los fundamentos, se opone, por principio, a cualquier transacción aun dentro de su propio espectro político.

Las ideas de totalidad, pureza e impaciencia que alimentan el proyecto revolucionario llevan a estas fuerzas a considerar una traición no sólo cualquier demora, cualquier concesión en el contenido o la aplicación escalonada de un programa que, siendo máximo, se considera indivisible, impostergradable e innegociable en alguno de sus aspectos, sino la revisión de algún aspecto del

repertorio teórico-doctrinal. Con esta actitud, la izquierda radical se atrincheró en los confines del sistema político y queda al margen de un debate que mostrará, una vez más, que, en la tradición política de la España moderna, más que rupturas bruscas y soluciones al estilo jacobino lo que ha predominado y caracterizado los frecuentes cambios de régimen ha sido la tendencia al compromiso y a la avenencia entre representantes de los antiguos adversarios.

4.- Las clases subalternas para luchar contra el bloque dominante deben primero identificarlo como enemigo, despojarlo de todos sus velos para dejar desnuda su esencia, porque este enemigo rara vez se presenta como tal, sino que adopta formas amistosas o una engañosa neutralidad. Pero, además, la identificación del enemigo real pasa por la construcción de un enemigo simbólico -ideal, idóneo- por medio de un discurso. Ideal, porque no es el real; es sólo una representación; idóneo, porque se construye el enemigo que más conviene y al que se le pueden colgar los atributos que mejor convengan; no hace falta que sea malo, pero mejor es que lo sea o, al menos, lo parezca. Pero en esta construcción teórico/política debe quedar muy claro que una cosa es el enemigo, otra su representación y otra sus manifestaciones.

5.- La construcción simbólica del enemigo es fundamental para configurar políticamente a las clases subalternas, las cuales, según Gramsci ("Subversivo" 1974, 28), *"al estar históricamente a la defensiva, no pueden adquirir conciencia de sí más que por negación a través de la conciencia de la personalidad y de los límites de clase del adversario"*. Pero como la construcción simbólica del enemigo se puede hacer tomando prestados rasgos de otros enemigos es posible crear falsos enemigos, falsos aliados y, por ende, dotar a las clases subalternas -o a sus reales o pretendidos representantes- de una falsa conciencia de sí mismas. Con Franco, tomar modelos prestados era fácil por la situación de

España y del mundo y por los propios rasgos del personaje. Franco como enemigo era fácilmente identificable; una inmejorable percha para colgar los peores apelativos que se le quisieran adjudicar - fascista, arropado por la iglesia, triunfador en la guerra civil, defensor de los ricos, de la monarquía o lacayo del imperialismo - y, dados los poderes de que estaba investido, todo ello podía concretarse en un solo rostro, pero precisamente esa concreción podía llevar a concebir un régimen basado en el poder excepcional de una persona y a olvidar otros poderes igual de reales y, por tanto, a construir un enemigo simbólico excesivamente semejante a un enemigo personal, cuya desaparición podía ser fácilmente identificada con la desaparición del enemigo o con la quiebra de su régimen ("*hundimiento del fascismo*").

6.- Para las clases subalternas, la construcción simbólica del enemigo tiene una importancia decisiva porque, dada su relación especular con éste, tienden a adoptar valores y actitudes que son la negación de los valores y actitudes de aquel. La identidad y manifestaciones del enemigo acotan el terreno de lo disputable, fijan de alguna manera las formas de lucha y obligan a ceñirse a esos terrenos a todo el que desee disputárselos. Así, las clases subalternas obtienen de sí mismas una percepción en negativo -son lo que el enemigo no es- antes que en positivo. Son, antes que nada, antienemigo porque le combaten en los rasgos que le han atribuido; se construyen como adversarios para combatirle en los rasgos que simbólicamente le han adjudicado. Lo cual, para las clases subalternas conlleva el grave riesgo de percibirse de manera deformada.

De esta manera, si se estima que el régimen de Franco descansa en los desorbitados poderes de su fundador, los adversarios serán antifranquistas; si se estima que el régimen es fascista, sus oponentes serán, en consecuencia, antifascistas; si el régimen es monárquico, sus adversarios, serán entonces antimonárquicos o republicanos y así sucesivamente. Así, interpretando desde esa

clave especular, cualquier manifestación popular será fácil de ver como una muestra del antifascismo o del republicanismo atribuidos al pueblo, aun antes de que dicho sentimiento haya adoptado forma política, porque si afirmamos que <<enemigo>> es un concepto político, debe estar definido por lo esencial de la política -el ejercicio del poder-, y si el pueblo es un sujeto político debe estar definido por su aspiración a participar en el poder.

7.- A la vista de lo dicho, no podemos dejar de preguntarnos si desde el punto de vista teórico son adecuadas para el análisis social unas categorías agonales como *pueblo y enemigos del pueblo* que definen relaciones polares en una coyuntura, como es la del período constituyente, en donde la bipolaridad, que anteriormente no ha sido grande, se matiza, pues gracias al consenso el antiguo enemigo desaparece -muere el odiado rostro, compendio de todos los males, así como el régimen que fundó- o su representación política se reduce a cotas marginales (extrema derecha). Ahora bien, ello no quiere decir que <<el enemigo>> haya desaparecido, porque en política siempre es necesario, sino que ha cambiado de forma, tamaño y objetivos (los nuevos enemigos, según el discurso del consenso, son el golpismo y el terrorismo).

8.- En situaciones como la transición española, en donde no se produjo un gran antagonismo social, parece más adecuado emplear otras categorías analíticas para delimitar la correlación de fuerzas.

A la hora de delimitar a las clases subalternas, tan importante como definir al enemigo político es configurar el campo de los amigos, cuya selección vendrá dada por su posición con respecto al enemigo y con respecto al enemigo del enemigo; los amigos también son antienemigo porque se formalizan políticamente por su relación con respecto al poder existente pero también con respecto a quienes desafían tal poder. Así, pues, el dictamen

sobre la correlación de fuerzas es mucho más rico -y ajustado a la realidad- si en vez ceñirse a dos únicas categorías -*pueblo y enemigo del pueblo*-, considera que frente al *enemigo del pueblo* existe una amplia variedad de posiciones que expresan diferentes grados de determinación política -los que forman el pueblo, los amigos del pueblo, los afines al pueblo, los proclives al pueblo, los no hostiles al pueblo, los indiferentes al pueblo-, que, con el debido tratamiento, pueden dar lugar a diferentes compromisos y alianzas, debiendo tener en cuenta que para que se produzca la definición de éstos colectivos subalternos con respecto al bloque social dominante debe existir otra referencia política que pueda suponer una alternativa al orden existente.

Naturalmente, admitir como posible toda esa gama de posturas con respecto al pueblo implica adoptar una posición muy diferente con respecto a la materia negociable y dedicar no pocos esfuerzos a los diversos frentes de negociación.

9.- En estas conclusiones no podemos dejar de apuntar algunas de las causas que han conducido a esa construcción *apriorística* del pueblo basada en la bipolaridad.

La primera de ellas es la mezcla de niveles de abstracción, que ha llevado a confundir el nivel de las contradicciones lógicas o formales con la oposición (lucha) entre agentes sociales en la realidad. Es decir, que el grado de oposición real entre los agentes sociales no se encuentra expresado adecuadamente en las contradicciones formales, cuyo grado de antagonismo es superior al real. Por ello, los grandes ejes en los que se basa la crítica a la Constitución -capital/trabajo; hombre/mujer; cultura civil/religión; soberanía nacional/imperialismo; centralismo/periferia; monarquía/república; pueblo/ejército- no expresan las tensiones emanadas de un proyecto político alternativo sino contradicciones lógicas que todavía no han encontrado un sujeto que las asuma o que lo ha hecho débilmente. De la misma manera que las antinomias con que se delimitan los rasgos políticos de la identidad popular

-capital/ trabajo; pueblo/imperialismo; pueblo/fascismo; pueblo/monarquía- frente a sus enemigos son sólo contradicciones lógicas que no expresan contradicciones reales (luchas) del pueblo por su consecución. Son reivindicaciones, objetivos que el pueblo podría asumir pero que todavía no ha hecho suyos (y que quizá nunca los haga). Son razonamientos, pero aquí *lo racional no es real*.

La segunda causa es que en los textos se opera lógicamente con un único nivel de oposiciones, con un solo grado de contradicciones, que es el máximo. Así, el antagonismo preside tanto la relación con el enemigo como con los que podrían ser los amigos; hay un único modo de entender las relaciones: la lucha por eliminar políticamente al adversario, quien, por ello, se convierte en enemigo.

En la cultura de la izquierda radical es difícil distinguir entre el enemigo y el adversario. El enemigo es aquel cuya destrucción se busca; entre enemigos cada cual tiene como objetivo destruir al otro. Los adversarios se enfrentan porque compiten por el mismo fin; comparten el objetivo, pero no el camino, de ahí viene su rivalidad.

Cabría pensar en buena lógica -y fría lógica, no siempre presente en la política- que el trato dispensado a los amigos debería ser distinto del mantenido con los enemigos -*las contradicciones de carácter diferente deben ser resueltas de forma diferente*, Mao *dixit*- y que habría que empezar a construir el bloque social subalterno a partir de los amigos, de los más afines, pero esos, con harta frecuencia, son considerados los peores enemigos en vez de ser vistos sólo como adversarios en la construcción del pueblo (y en liberación de las clases subalternas). De esta manera, con esta postura excluyente -*el que no está conmigo, está contra mí*- no se reconocen amigos; sólo existe un enemigo que crece.

Si en el punto 8.3. nos hemos referido a la pereza metodológica, ahora podríamos hablar de fundamentalismo metodológico, aunque

cabe otra explicación: la de que la izquierda radical, con esta postura sectaria, busca dentro de sus propias filas enemigos a los que verdaderamente puede combatir; enemigos de su tamaño, con lo cual nos hallaríamos ante una intestina *guerra de pulgas*.

10.- Para concluir este punto debemos indicar que en los textos de En lucha y La unión del pueblo se puede percibir un cambio de registro con respecto a estas posturas; que existe una percepción diferente de la realidad. La general moderación del país, la gran pasividad de sus ciudadanos y la inmensa incultura política -en especial de las clases subalternas- conduce a los ciudadanos a mantener una posición expectante en el mejor de los casos (cuando no ajena) durante el período constituyente.

Estas dos revistas tienen una percepción de la sociedad más próxima a la real, con los contornos sociales menos perfilados, las clases sociales menos formalizadas y menos hostiles y con una correlación de fuerzas desfavorable a los intereses populares, pero mantienen las mismas categorías antagónicas para analizarla. Esta percepción no acucia a estas organizaciones -ORT y PTE- a asumir su descubrimiento hasta las últimas consecuencias; desean cambiar su discurso pero no quieren -en realidad, no pueden sin correr el riesgo de desnaturalizarse y perder su identidad- variar un ápice ni el programa ni los principios, ni modificar el enfoque teórico ni los presupuestos metodológicos, lo cual les conduce a afirmar otra cosa sobre la base del mismo dictamen (no hay una rectificación profunda). Actitud que los otros grupos radicales interpretan como un signo de oportunismo; como el acelerado esfuerzo por adaptarse a un clima de opinión favorable al discurso del consenso y a una praxis política que progresivamente se circunscribe a las instituciones del Estado.

8.6. VERIFICACIÓN DE LAS HIPÓTESIS

Aunque de la lectura de lo expuesto hasta este punto se desprende que las hipótesis se han verificado, en este epígrafe y por razones no sólo de forma, hemos creído conveniente hacer alguna consideración explícita al respecto.

1.- LA OPACIDAD DE LO SOCIAL

Con el modesto trabajo realizado y dentro el limitado marco de nuestra perspectiva, creemos haber mostrado que el ámbito de lo social es esencialmente opaco y que la realidad social no se brinda clara y espontáneamente a la mirada del investigador, sino que éste, pertrechado por el instrumental teórico y metodológico adecuado y después de notables esfuerzos, lograr construir una representación de lo que la realidad social, a veces de forma muy confusa, le ofrece.

Esta consideración es importante porque se enfrenta a uno de los supuestos epistemológicos fundamentales de la izquierda radical - la teoría del conocimiento como reflejo de la realidad- y, en cuestión de método, a otro de los supuestos básicos -el método dialéctico-. Nuestro trabajo ha mostrado que los resultados de aquello que los textos denominaban análisis de la realidad no dimanaban directamente de ella; no eran reflejos sino representaciones realizadas con los mismos inconsistentes y poco fiables elementos con los que construimos los mitos: con las palabras, pero no hay otros. Y lo que los textos de la prensa radical ofrecían como muestras de un pueblo antifascista y republicano a la ofensiva no eran reflejos de la realidad, sino interesadas interpretaciones de ella, tan interesadas e influidas por la ideología y por un determinado uso del lenguaje como lo era la ofrecida por el discurso del consenso, aunque con esto no queremos señalar que no se pudieran encontrar en ambas visiones elementos concordantes con la realidad.

Lo que aquí queremos poner de relieve es que la llamada teoría del reflejo -que como apresurada metáfora del conocimiento puede servir- pasa por alto que el proceso de mediación entre los objetos reales y la representación que de ellos se hacen los sujetos se realiza dentro de sistemas de representaciones ya existentes (ideologías) y que éstos se organizan a través del lenguaje, instrumento cuyo uso está socialmente determinado. Lo curioso del caso es que en el universo teórico de la izquierda radical la teoría del reflejo en el ámbito científico ha podido coexistir durante mucho tiempo con la teoría de la ideología socialmente dominante en el ámbito político, que es su negación, pero no vamos a ahondar ahora en esas paradojas.

2.- LA POLÍTICA COMO EXPRESIÓN CONCENTRADA DE LA CONCIENCIA SOCIAL Y OTRAS DETERMINACIONES

Por lo que respecta a la segunda, tercera y cuarta de las grandes hipótesis, consideramos haber mostrado las dificultades de la prensa en cuestión para lograr que apareciera un sujeto político que representara a las clases subalternas. El pueblo, sería tal sujeto y tendría como misión conciliar los intereses, definir los objetivos y unir las voluntades de los clases subordinadas, pero hemos visto que ninguna de dicha colectividades subalternas ha logrado concebir un proyecto propio con el que dar expresión política a sus necesidades económicas, sociales, vitales, ni asumir una relación agonal con respecto al poder existente ni, por supuesto, ponerse en relación, con tales fines, con otros colectivos subordinados. El pueblo como sujeto político, configurado en torno a un programa y con aspiraciones de ocupar -o al menos compartir- el poder, no ha aparecido en los textos.

Muy al contrario, los avatares del proceso constituyente han mostrado la ausencia del pueblo como sujeto constituyente por excelencia y que las clases subalternas han permanecido alejadas de la política; o expresado de otra manera, dichas clases han continuado considerando que la política, como preocupación por

la gestión de lo general, sigue perteneciendo a un ámbito ajeno a las preocupaciones cotidianas y debe ser confiada a ciertas élites especializadas.

En consecuencia -y con esto entramos ya en las pequeñas hipótesis que definíamos de manera negativa-, de la lectura de los textos adversos hasta el final al discurso del consenso -Bandera Roja y Vanguardia Obrera- no surge un pueblo republicano, antifascista, antiimperialista, y políticamente revolucionario (o al menos, radicalmente reformador) sino un agregado impreciso que no logra articularse frente a un proyecto constituyente que le es adverso. Por contra, los textos finalmente proclives al consenso -En lucha y La Unión del Pueblo- interpretan los resultados del referéndum como la ratificación popular del texto constitucional. Con lo cual llegamos a la conclusión de que, o bien, el pueblo se ha transformado en el transcurso de la transición, pues ha pasado de ser antifascista, republicano, antiimperialista y radical, a sentirse representado por los valores democrático/burgueses que la Constitución entroniza; es decir, el pueblo se ha hecho monárquico, moderado, proimperialista y liberal, o bien, los primeros atributos eran gratuitos.

Nosotros, ya lo hemos señalado, nos inclinamos por esta segunda lectura, pues tanto el contenido como el proceso de elaboración de la Constitución, que en buena medida resumen y condensan la transición, revelan que la ofensiva popular contra el franquismo no ha revestido ni el carácter ni la magnitud que los textos indican.

Según el dictamen que los propios textos realizan del contenido de la Constitución, los derechos de las clases populares y de los trabajadores reconocidos en la Carta no responden a los fueros que cabría imaginar para una clase o alianza victoriosa en la lucha de clases. No sólo eso, sino que, por contra, según estas publicaciones, en el proyecto constitucional salen notablemente

favorecidos sectores del viejo régimen "derrotado", de lo cual la reinstauración de la monarquía sería uno de los más expresivos ejemplos.

Por lo tanto -y nos referimos a la última de las hipótesis-, en lo que respecta al período constituyente, las organizaciones de la izquierda radical no han alcanzado su pretensión de formar un frente para rechazar o modificar el proyecto constitucional del consenso o proponer otro, y con respecto a la pretensión de más calado de configurarse como la vanguardia dirigente del conjunto de las clases subalternas, tampoco se ha alcanzado, ni de forma individual por alguno de estos grupos, ni colectivamente, al haber rehusado reiteradamente colaborar en un proyecto conjunto a largo plazo.

Los intentos de formalizar colectividades en torno a un proyecto radical consiguieron aglutinar, en sus mejores momentos y durante poco tiempo, a una estrecha franja de adherentes que representó en las dos primeras consultas electorales alrededor de un tres por ciento de los votos. El proyecto radical no pudo superar su fase embrionaria y, reducido a una estrecha pero activa minoría, se reveló incapaz de conformar una alternativa al orden que se estaba instaurando o influir en su curso de manera decisiva.

8.7. FINAL. PARADOJAS, NUEVOS INTERROGANTES, UNA LICENCIA Y UN JUEGO

1.- No podemos terminar sin antes preguntarnos dónde está el pueblo, para lo cual estimaremos diversos supuestos:

A) Si consideramos que el pueblo existe, con su voto aprobatorio en el referéndum -no masivo, pero sí holgadamente válido- ha ratificado tanto el texto constitucional como el procedimiento empleado -el consenso- para su elaboración.

B) Si consideramos que el pueblo existe, entonces ya ha elegido

su expresión política, confiando su representación principalmente a dos partidos: el PCE y el PSOE.

Luego, o bien se acepta que las organizaciones de la izquierda radical han fracasado en su propósito de ser reconocidas por el pueblo como su genuína representación o bien se admite que el fracaso de éstas supone también el fracaso de un empresa mayor, que era formar el pueblo como una entidad política revolucionaria que dentro de la lógica de la total ruptura con el franquismo impulsara un proceso profundamente transformador.

En el primer caso, se consideraba que el pueblo, como entidad colectiva, ya estaba hecho y se le ofrecía una representación política más radical, que ha rechazado. En el segundo caso, el pueblo no estaba hecho sino que debía formarse en torno a esa representación radical, que tampoco ha podido ser.

Desde esta perspectiva se imaginaba la formalización política del pueblo como resultado de la confluencia de fuerzas que expresaban intereses particulares de diversas clases y estratos subalternos -clase obrera urbana y rural, campesinado, fracciones asalariadas urbanas no proletarias, pequeña burguesía industrial y comercial, mediana burguesía-. Dicha convergencia se plasmaba en un programa interclasista del tipo del frente popular, unidad popular o frente nacional que, como hemos visto en las citas de Mao Zedong, cambiaba de articulación según lo aconsejaran las circunstancias. Sin embargo, en las modernas sociedades industriales, donde los perfiles de las clases sociales están menos definidos, donde la clase trabajadora se ha escindido en varias estratos con intereses divergentes -y en ocasiones contrapuestos-, donde se ha formado una numerosa clase de empleados de los servicios -con múltiples niveles salariales y profesionales-, donde se han extendido de manera casi general los mínimos asistenciales del Estado de bienestar (si bien hoy se encuentran en retroceso), donde la influencia de los medios de comunicación de masas hace llegar a toda la población las pautas de vida y consumo de la minoría dominante y donde, gracias a la producción masiva de

mercancías y a la generalización de los mecanismos de crédito y pago aplazado, se ha extendido el consumo a amplias capas de la población asalariada, es mucho más difícil lograr una alianza política de este tipo.

La aparición de múltiples intereses sectoriales (y la extensión de las actitudes individualistas) y la reestructuración de las clases sociales no podían dejar de repercutir en los partidos políticos que hasta ese momento las representaban. Así, la pérdida de nitidez en los perfiles de las clases ha conducido a una pareja situación a los partidos (la crisis de los partidos y su indefinición programática y la pérdida de diferencias entre la izquierda y la derecha son algunas de las manifestaciones más evidentes de este fenómeno de redefinición social).

Una de los efectos de esta situación ha sido la rápida adaptación de los partidos más flexibles (recuérdese la distinción hecha en capítulos anteriores entre los partidos con programas y actitudes duros y blandos), que han tratado de ampliar su influencia entre sectores sociales que antaño les eran ajenos, pero el precio de esta ansiosa búsqueda de votos ha sido la pérdida de definición en los programas. La nueva fórmula del partido "atrápalo todo" que busca su base electoral en torno al centro del espectro político, suple a las tradicionales alianzas de partidos que representan a clases o estratos sociales bien definidos.

Desde el punto de vista de una opción política radical, que basa su proyecto de transformación -profunda y urgente- de la sociedad en la acción aglutinante y dirigente de un sujeto revolucionario entre las clases subalternas, la peor consecuencia ha sido la disipación de las clases que tradicionalmente habían desempeñado esta función dinámicamente subversiva, cuyo fermento había podido ser la acción de un reducido grupo de revolucionarios (esta es la teoría leninista o la teoría guevarista del foco) que actúa sobre estas clases como *"la chispa que incendia la pradera"*.

A pesar de todos los pesares, cuando muere Franco, la sociedad

española hace ya tiempo que viene sufriendo los cambios que la aproximan a las sociedades de su entorno, pero este tránsito se hallaba dificultado por la acción institucional del franquismo². Una vez desaparecido éste (como régimen político, no como muestra de ciertas actitudes, como "cultura") el tránsito se acelera dificultando la labor de los agentes políticos de reconocer las clase sociales y de reconocerse en ellas, reconocimiento que ya había sido dificultado por el propio sistema franquista de representación que impedía las expresiones políticas al margen del partido único -el Movimiento Nacional-.

Por otro lado, durante la larga etapa antifranquista, si bien hubo respuestas, movilizaciones populares, actos contra el régimen, el enfrentamiento no llegó a implicar a capas extensas de la sociedad -ni de las clases subalternas- y no se convirtió por ello en la lucha de un pueblo contra una clase o contra una camarilla, ni siquiera contra un dictador, sino que el régimen fué desgastado lentamente por diversas presiones y entre ellas la movilización obrera y popular. Es decir, durante la lucha contra la dictadura franquista, no se produjo un proceso de convergencia de partidos y organizaciones populares que cuajara en un programa popular y menos aún en un programa revolucionario.

Ateniéndonos a la noción política de pueblo, podemos afirmar que, en los días finales del franquismo y durante la transición, el pueblo se encontraba en estado embrionario o, quizá mejor dicho, imaginario. Nos encontramos con que en el momento fundacional del nuevo régimen, para amplias capas de la población la expresión más verosímil de los intereses del pueblo se hallaba en los programas del PCE y del PSOE, sobre todo de éste último. Así, pues, no existe un programa del pueblo que sea una síntesis de

²Félix Ortega (1994, 61) indica que "la democracia venía a ser el último proceso de modernización pendiente" y que al contrario que "en el período republicano, la democracia no es en este caso la instancia privilegiada que ha de proceder a reorganizar un caduco orden social, sino la prolongación coherente de una estructura social que por la intensidad de los cambios sufridos resulta inviable con un régimen autoritario".

los elaborados por partidos que representan diversas corrientes populares, sino un programa dirigido a parte de la clase obrera, en particular a sus fracciones superiores, a la mediana burguesía urbana y agraria, a las capas de profesionales y mandos medios, a los pequeños y medianos empresarios, incluso, a la gran burguesía.

En vez de la confluencia al viejo estilo de programas sectoriales que convergen en uno, el PSOE, con un mensaje ambiguo, ofrece un programa dirigido a públicos muy amplios, que no puede aplicarse más que selectivamente porque representa intereses y aspiraciones sociales difícilmente conciliables.

Todo ello ha puesto en evidencia que el potencial revolucionario adjudicado a la clase obrera y al pueblo no era tal y que el nivel de lucha y movilización estaba contemplado con notable exageración.

2.- Después de todo lo dicho y ante la inanidad popular durante el proceso constituyente, debemos preguntarnos si el texto de la Constitución no ofrecía un discurso sobre el poder y sobre la organización del Estado y de la sociedad que iba entonces -¿y quién sabe si aún va ahora?- por delante de las aspiraciones políticas del pueblo.

3.- Para concluir, permitámonos una pequeña licencia y volvamos a la cita bíblica que encabeza este capítulo y con ella, al papel desempeñado por el lenguaje en la representación social del mundo y al sentido atribuido a la palabra como origen del mismo.

El Génesis describe los sucesivos actos que dieron lugar al mundo indicando, antes de aparecer cada criatura, la intención del Creador -"Y dijo Dios: *hágase la luz. Y la luz existió*", "Y dijo Dios: *que exista una bóveda que separe aguas de aguas...*" y así sucesivamente hasta completar la labor de los seis días bíblicos. Con ello, el acto de crear es precedido por el acto de invocar;

por el acto de pronunciar la palabra que designa lo que va a ser seguidamente creado. Así lo interpretó San Juan cuando escribió el célebre prólogo de su Evangelio: antes que nada existía la palabra de Dios -"*In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum*"-: el único capaz de hablar, el único capaz de crear. Quedaron, así, unidas desde tiempos remotos creación y palabra.

Aunque el proceso de creación del mundo no fue acompañado, ni mucho menos precedido, por la creación del lenguaje, el célebre prólogo de San Juan es coherente con el descubrimiento del mundo desde la subjetividad, porque ¿qué es el descubrimiento del mundo para cada persona sino la sucesiva ceremonia de adjudicar un nombre y un lugar a cada objeto?.

Es imposible imaginar el mundo sin la ayuda de las palabras. Sencillamente, sin ellas no existiría. Sería un nebuloso telón de fondo poblado de objetos entrelazados e ignotos; un *continuum* incoherente. Sólo la palabra permite ir rescatando cada objeto de este fondo difuso y dotarlo de identidad: sólo con la palabra se relacionan y oponen unos entes a otros. Así, hablar es señalar, designar, dar un nombre, establecer relaciones; descubrir y conocer, pero también de alguna manera es crear, porque el mundo va creciendo en dimensión y complejidad a medida que se crean palabras para designar nuevos aspectos. Este es el sentido que puede atribuirse al primer Wittgenstein cuando, en el *Tractatus Logico-Philosophicus*³, escribe "*Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo*" y más adelante añade (5.6.2) "*Que el mundo es mi mundo, se muestra en que los límites del lenguaje (el lenguaje que yo sólo entiendo) significan los límites de mi mundo*".

³.Wittgenstein, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, Madrid, Alianza, 1973, 5ª ed. 1981, p. 163, parag. 5.6.

El ser humano, si se permite el atrevimiento, mediante la palabra se asemeja a Dios, porque si bien a éste se le adjudica, como ya hemos visto, la creación del mundo, el ser humano le ha dado la forma; ha convertido el caos en cosmos gracias al poder de la palabra.

De poco sirve separar la luz de las tinieblas si a la luz no se la llama luz o día y a las tinieblas, tinieblas o noche.

Tampoco podría considerarse la obra de la creación plenamente concluida si una vez separados los sólidos de los líquidos que estaban confundidos antes de las jornadas bíblicas, los primeros no recibieran el nombre de tierra y los segundos el de agua. Y, así sucesivamente, hasta abarcar todos los entes creados y sus relaciones, el mundo ha recibido forma gracias al lenguaje.

Si respetamos esta idea de que el acto de crear va precedido en el tiempo por el acto de invocar lo que seguidamente ha de ser creado, permítasenos, dentro ya de esta licencia, un juego borgiano e imaginemos que entre ambos actos el tiempo se dilata infinitamente y que, al fin, lo que debiera ser creado por el conjuro de su nombre, a causa de algún error inexplicable, no aparece... Imaginemos, entonces, la expresión asombrada del fallido creador repitiendo un nombre en vacío ante la contumaz ausencia del ente que debía ser creado...

Éste podría ser el caso de los partidos de la izquierda radical que, emulando al Yavéh de los días bíblicos, imaginaron que con un discurso podían crear, a su imagen y semejanza, al sujeto político necesario para sus transformaciones, y exclamaron: "*¡Hágase el pueblo!*", pero el pueblo no se hizo.

En Madrid, a 8 de enero de 1995

9. BIBLIOGRAFÍA

9. BIBLIOGRAFIA

Sumario

9.1. Libros

9.2. Otras publicaciones

9.1. LIBROS

- Abercrombie, N., Hill, S. & Turner, B. (1987) *La tesis de la ideología dominante*, Madrid, Siglo XXI.
- Adorno, T.W. (1971) *La ideología como lenguaje*, Madrid, Taurus, 2ª ed. 1982.
- Aguila, R. Del, y Montoro, R. (1984), *El discurso político de la transición española*, Madrid, CIS.
- Aguilar, M. A. (1976) *Las últimas Cortes del franquismo*, Barna, Avance.
- Alba, V. (1982), *¿Dónde está la izquierda?*, Barna, Planeta.
- Alburquerque, F. (1981), *El análisis dialéctico estructural de la realidad económica*, Madrid, F. Alburquerque.
- Alfárez, A. (1986) *El cuarto poder en España*, Barna, Plaza&Janés.
- Althusser, L. (1974), *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- " -(1967) *La revolución teórica de Marx*, Méjico, Siglo XXI, 1972, 8ª ed.
- " -(1969) *Para leer El Capital*, Méjico, Siglo XXI, 1973, 6ª ed.
- Álvarez Junco, J. (comp.) (1987), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, CIS.
- Arias Navarro, C. (1974), *Discurso del Presidente del Gobierno Carlos Arias a las Cortes Españolas, 12-II-1974*, Madrid, Ed. del Movimiento.
- Aragón, M. (1989), *Constitución y democracia*, Madrid, Tecnos.
- Arendt, H. (1981) *Los orígenes del totalitarismo (3 vol.)* Madrid, Alianza, 1987, 2ª ed.
- Aristóteles (1985), *Política*, Barcelona, Orbis.
- Bardavío, J., (1969) *La estructura del poder en España*, Madrid, Ibérico/Europea de Ediciones.
- Bardin, L., (1986) *El análisis de contenido*, Madrid, Akal.
- Barthes, R., (1971) *Elementos de semiología*, Madrid, A. Corazón.
- Bell, D. (1982) *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1982, 2ª ed.
- Beltrán, M. (1991) *La realidad social*, Madrid, Tecnos, 1991.

- Bermann, M. (1988), *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Madrid, Siglo XXI, 4ª ed. 1991.
- Bisky, L., (1982) *Crítica de la teoría burguesa de la comunicación de masas*, Madrid, De la Torre.
- Bobbio, N. (1991) *El tiempo de los derechos*, Madrid, Sistema.
- " - (1994), *Destra e sinistra*, Roma, Donzelli.
- Böckelmann, F. (1980) *Teoría della comunicazione di massa*, Roma, ERI.
- Bourdieu, P. & Chamboredon, J. C. & Passeron, J.C., (1989) *El oficio de sociólogo*, Madrid, Siglo XXI.
- Boyer, M. y oo.aa. (1978) *Crisis política, crisis económica y crisis empresarial*, Barcelona, Dopesa.
- Brennan, G., (1962) *El laberinto español*, París, Ruedo Ibérico.
- Bujarin, N., (1974) *Teoría del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI.
- Bunge, M., (1980), *Epistemología*, Barcelona, Ariel.
- " - (1988) *La ciencia, su método y su filosofía*, Buenos Aires, Siglo Veinte.
- " - (1981) *Materialismo y ciencia*, Barcelona, Ariel.
- Burdeau, G., (1981), *Derecho constitucional e instituciones políticas*, Madrid, Ed. Nacional.
- Burke, P. (ed.) (1993), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza.
- Busse, M. (1984) *La nueva democracia española. Sistema de partidos y orientación del voto (1976-1983)*, Madrid, Unión.
- Bustamante, E. (1982) *Los amos de la información en España*, Madrid, Akal.
- Cacciagli, M. (1986) *Elecciones y partidos en la transición española*, Madrid, CIS-Siglo XXI.
- Canosa, R. (1977) *Diritto e rivoluzione*, Milano, Mazzotta.
- Carandell, L. y oo.aa. (1988) *10 años de Constitución española*, Zaragoza, Asociación de la Prensa de Zaragoza.
- Caro Baroja, J. (1970) *El mito del carácter nacional*, Madrid, Seminarios y Ediciones, S.A.
- Carr, E. H. (1972) *La Revolución Bolchevique (1917-1923) (1)*, Madrid, Alianza.
- Carrillo Solares, S. (1975) *Mañana, España*, París, Ebro,.
- " - (1977) *Eurocomunismo y estado*, Barcelona, Crítica.
- " - (1983) *Memoria de la transición*, Barcelona, Grijalbo.
- * *La Constitución española* (1986), Madrid, Ed, Civitas.
- * *La Constitución española. Leyes fundamentales del Estado*, (1971) Madrid, Mº Información y Turismo.
- * *Constitución de la República Popular China* (1978), Pekín, Ed. Lenguas Extranjeras, 1978.

- * Constitución de la República Popular China (1982), Pekín, Ed. Lenguas Extranjeras, 1983.
- * Constitución Política de la República de Nicaragua (1987) Managua, 1987.
- * Constitución (Ley Fundamental) de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (1977), Madrid, Rubiños, 1977.
- Casasús, J. M. (1985) Ideología y análisis de medios de comunicación, Barcelona, Mitre.
- Cassirer, E. (1947) El mito del Estado, México, FCE, 1985, 5ª reimp.
- Castells, M., Ipola, E. De (1981) Metodología y epistemología de las ciencias sociales, Madrid, Ayuso.
- Castro Cuenca, J., Aranda, F.J. (1991) "El análisis del discurso. Una metodología para el estudio de la historia social en la edad moderna", en Castillo, S. (coord.), Situación y perspectivas de la historia social en España, Madrid, Siglo XXI
- Chomsky, N. & Herman, E. (1990) Los guardianes de la libertad, Barna, Crítica.
- Claudín, F. (1974) Prólogo a V.I. Lenin, Escritos económicos (1893-1899), vol. I. Contenido económico del populismo, Madrid, Siglo XXI, 1974.
- Clavero, B. (1985) Evolución histórica del constitucionalismo español, Madrid, Tecnos.
- Colomer, J. M. (1990) El arte de la manipulación política, Barcelona, Anagrama.
- Cohn, N. (1981) En pos del milenio, Madrid, Alianza.
- Cotarelo, R. (1989) La izquierda: desengaño, resignación y utopía Barcelona, Ediciones del Drac.
- " - & Linde, E. (1979) Índice analítico de la Constitución española de 1978, Madrid, Ed. Nacional.
- Dader, J.L. (1992) El periodista en el espacio público, Barcelona Bosch.
- Daubier, J. (1972) Historia de la revolución cultural proletaria, México, Siglo XXI, 2ª ed. 1974.
- Del Rey Morató, J. (1989) La comunicación política, Madrid, Eudema.
- Del Río, E. (1981), La teoría de la transición al comunismo en Mao Tsetung, Madrid, Revolución.
- Del Val Merino, F. A. (1984) Historia e ilegitimidad. La quiebra del Estado liberal en Ortega, Madrid, UCM.
- " - (1977) Autonomía de clase y crisis del marxismo, Castellote
- " - (1976) Filosofía e ideología liberal. Fascismo, Valencia, Fdo Torres ed.

- Derozier, A. (1975) **Escritores políticos españoles (1780-1854)**, Madrid, Turner.
- Díaz Barrado, M. P., (1989) **Análisis del discurso político**, Mérida, E. Regional de Extremadura.
- Díaz-Salazar, R., (1992a) **El proyecto de Gramsci**, Barcelona, Anthropos.
- " -(1992b), "Transición política y revolución pasiva", en J. Trías (coord.) **Gramsci y la izquierda europea**, Madrid, FIM.
- Dimitrov, J. (1977) **Contra el fascismo**, Madrid, E. Escolar.
- Duverger, M. (1968) **Introducción a la política**, Barna, Ariel.
- " -(1970) **Instituciones políticas y derecho constitucional**, Barcelona, Ariel, 6ª ed. 1980, 2ª reimp. 1982.
- Eco, U. (1986) **Como se hace una tesis**, Barcelona, Gedisa, 6ª ed.
- " - (1981) **Lector in fabula**, Barcelona, Lumen.
- Edwards, R., y oo.aa. (1988) **Repensar a Marx**, Madrid, Revolución.
- El País, (1986) **Guardar la línea**, Madrid, El País.
- En Lucha, **En Lucha. ¿Qué es el proletariado?**, Madrid, Emiliano Escolar, 1978.
- Engels, F. (1964) **Anti-Dühring**, Méjico, Grijalbo, 2ª ed. 1968.
- Equipo de Estudio (1976a) **Prueba de fuerza entre el reformismo y la ruptura**, Madrid, E. Querejeta.
- " -(1976b) **La lucha por el poder**, Madrid, E. Querejeta.
- " -(1976c) **La clase obrera, protagonista del cambio**, id. id.
- Escotado, A. (1988) **Filosofía y metodología de las ciencias**, Madrid, UNED, 2ª ed.
- Esteban, J. De (1977) **El proceso electoral**, Barcelona, Labor.
- " -(ed.) (1982) **Las constituciones de España**, Madrid, Taurus, 2ª reimp. 1987.
- " - (1992) **El estado de la Constitución**, Madrid, Libertarias.
- " -& López Guerra, L. (1977) **La crisis del Estado franquista**, Barcelona, Labor.
- Etxezarreta, M. (coord.) (1991) **La reestructuración del capitalismo en España, 1970-1990**, Barcelona, Icaria/Fuhem.
- Ezcurra, A. M. (1982) **La ofensiva neoconservadora**, Madrid, Iepala.
- Farias, P. (1976) **Breve historia constitucional de España**, Madrid, Doncel.
- Faye, J.P. (1978) "Crítica de los lenguajes y análisis de clase", en Macciochi, M.A., **Elementos para un análisis del fascismo (I)** Barcelona, Madrágora.
- " -(1974) **Los lenguajes totalitarios**, Madrid, Taurus.
- Febvre, L. (1986) **Combates por la historia**, Barcelona, Planeta-Agostini.
- Fernández Buey, F. (1991) **La ilusión del método**, Barna, Crítica.

- Fernández de Castro, I. y Elejabeitia, C. de (1983) **Crítica de la modernidad**, Barcelona, Fontamara.
- Fernández De la Mora, G. (1965) **El crepúsculo de las ideologías**, Madrid, Rialp.
- Ferrater Mora, J. (1970) **Indagaciones sobre el lenguaje**, Madrid, Alianza.
- Ferrero, G. (1991) **El poder. Los genios invisibles de la ciudad**, Madrid, Tecnos.
- Feyerabend, P. (1986) **Tratado contra el método**, Madrid, Tecnos.
- Fontana, J. (ed.) (1986) **España bajo el franquismo**, Barcelona, Crítica.
- " -(1982) **La historia después del fin de la historia**, Barna, Crítica.
- Foucault, M. (1968) **Las palabras y las cosas**, Méjico, Siglo XXI, XXª edición, 1990.
- " -(1992) **Genealogía del racismo**, Madrid, La piqueta.
- Foweraker, J.(1990) **La democracia española**, Madrid, Arias Montano.
- Francisco, A. De, y J. Carabaña (comps.) (1993) **Teorías contemporáneas de las clases sociales**, Madrid, P. Iglesias.
- Franco, F. (1973) **Tres discursos de Franco**, Madrid, Ediciones del Movimiento.
- " - (1975) **Pensamiento político de Franco. Antología (I)**, Madrid, Ediciones del Movimiento.
- Ganivet, A. (1943) **Antología**, Madrid, Ed. FE.
- Garaudy, R. (1968) **¿Se puede ser comunista hoy?**, Méjico, Grijalbo
- García Castro, E.(1978) **La crisis económica. Alternativa democrática al Pacto de la Moncloa**, Madrid, Manifiesto Edit.
- García Cotarelo, R. (1979) **Crítica de la teoría de sistemas**, Madrid, CIS.
- García-Pelayo, M. (1986) **El Estado de partidos**, Madrid, Alianza.
- Gillespie, R. (1991) **Historia del Partido Socialista Obrero Español**, Madrid, Alianza.
- Gilli, Gian A. (1975), **Como se investiga**, Barcelona, Avance.
- Giner, S. (1969), **Sociología**, Barcelona, Península, 1983, 17ª ed.
- González Casanova, J. A. (1986), **El cambio inacabable**, Barcelona, Anthropos.
- " -(1982) **Teoría del Estado y Derecho Constitucional**, Barna, Vicens, 2ª reed. 1983.
- Gouldner, A. W. (1980), **El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase**, Madrid, Alianza.
- Gramsci, A. (1971) **La política y el Estado moderno**, Barcelona, Península.

- Gramsci, A. (1970) *Antología*, Méjico, Siglo XXI, 11ª ed. 1988.
- " -(1981) *Cuadernos de la cárcel* (I), Méjico, Era, 1ª reimp. 1985.
- " -(1973) *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, B. Aires, Nueva Visión.
- " -(1974) *Pasado y presente*, Buenos Aires, Gránica.
- Guevara, E. *Ché*, (1969) *Obra revolucionaria*, Méjico, Era.
- Habermas, J. (1981) *Historia y crítica de la opinión pública* Barcelona, G. Gili, 2ª ed. 1994.
- Harrison, J. (1980) *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Vicens, (3ª reimp., 1988).
- Heller, A. (1980) *El hombre del Renacimiento*, Barna, Anthropos.
- " -& Feher, F. (1985) *Anatomía de la izquierda occidental*, Barcelona, Península.
- Hobsbawm, E. (1978) *Revolucionarios*, Barcelona, Ariel.
- Ibañez, J. (1986) *Más allá de la sociología*, Madrid, Siglo XXI.
- Irala, A. De (1976) *Uno se divide en dos*, S. Sebastián, Etor.
- Jáuregui, F. & Vega, P. (1983) *Crónica del antifranquismo* (3 vol) Barcelona, Argos Vergara.
- Jellinek, G. (1984) *Orígenes de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano*, Madrid, Ed. Nacional.
- Katouzian, H. (1980) *Ideología y método en economía política*, Madrid, H. Blume.
- Kientz, A. (1974) *Para analizar los mass media*, Valencia, F. Torres.
- Krahl, H.J. (1973) *Costituzione e lotta di classe*, Milano, Jaka Book.
- Kuhn, T. S. (1971) *La estructura de las revoluciones científicas*, Méjico, FCE, Madrid, 1992, 15ª reimpr.
- Laclau, E. (1978) *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI.
- Lacomba, J.A. y co.aa (1976) *Historia social de España siglo XX*, Madrid, Guadiana.
- Landero, L. (1990) *Juegos de la edad tardía*, Barcelona, Tusquets.
- Lassalle, F. (1979) *¿Qué es una Constitución?*, Madrid, Júcar.
- " -(1984) *¿Qué es una Constitución?*, Barcelona, Ariel.
- Lenin, V.I.U. (1976) *Obras completas*, Madrid, Akal.
- " - (1966) *Obras escogidas* (III vols.), Moscú, Progreso.
- Lenk, K. (1974) *El concepto de ideología*, B. Aires, Amorrortu, 1ª reimp. 1982.
- Lew, R. (1988) *China. De Mao a la desmaoización*, Madrid, Revolución.
- Longo, G. (1973) *Manual de economía política*, Madrid, A. Corazón.

- López Pina, A. & L. Aranguren, E., (1976) **La cultura política de la España de Franco**, Madrid, Taurus.
- López Pintor, R. (1982) **La opinión pública española: del franquismo a la democracia**, Madrid, CIS.
- Lozano, J., Peña Marín, C., Abril, G. (1986) **Análisis del discurso**, Madrid, Cátedra.
- Lukács, G. (1969) **Historia y conciencia de clase**, Méjico, Grijalbo.
- Mao Tse Tung, (1974), **Obras escogidas**, Madrid, Fundamentos.
- Maravall, J.M. (1981), **La política de la transición**, Madrid, Taurus, 2ª ed. 1984.
- Marcuse, H., (1971) **Razón y Revolución**, Madrid, Alianza, 1981.
- Marshall. G., (1982), **Teoría constitucional**, Madrid, Espasa-Calpe
- Martín Santos, L. (1988) **Diez lecciones de sociología**, Madrid.
- " -(1976) **Una epistemología para el marxismo**, Madrid, Akal.
- Martín Serrano, M. (1978) **La mediación social**, Madrid, Akal.
- " -(1986) **La producción social de comunicación**, Madrid, Alianza.
- " -(1982) **Teoría de la comunicación**, Madrid, A. Corazón.
- Martínez Sospedra, M., (1980) **Aproximación al derecho constitucional español**, Valencia, F. Torres ed.
- Marx, C. (1946) **El Capital**, Méjico, FCE, 5ª ed. 1968.
- " -(1968) **Crítica de la filosofía del Estado de Hegel**, Méjico, Grijalbo.
- " -(1968a) **El 18 brumario de Luis Bonaparte**, Barcelona, Ariel, 2ª ed. 1971.
- " -(1970) **Contribución a la crítica de la economía política**, Madrid, A. Corazón.
- " -(1970) "Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel", **Anales franco-alemanes**, Barcelona, Martínez Roca, 2ª ed. 1973.
- " -(1974) **Miseria de la filosofía**, Madrid, Júcar.
- Marx & Engels, F. (1987) **Sobre prensa, periodismo y comunicación**, Madrid, Taurus, (compilación de V. Romano).
- " " -(1978) **La ideología alemana**, Méjico, Cultura Popular, 8ª reimpresión.
- " " -(1969) **Manifiesto del Partido Comunista**, Méjico, Grijalbo.
- " " -(1970) **Revolución en España**, Barcelona, Ariel.
- Marx & Engels & Hess, M. (1973) **De la 'Liga de los Justos' al Partido Comunista**, Méjico, Roca.
- Mella Márquez, M. (comp.) (1985) **La izquierda europea. Análisis de la crisis de las ideologías de izquierda**, Barna, Teide.
- Míguez González, S. (1990) **La preparación de la transición a la**

- democracia en España, Zaragoza, PUZ.
- Moles, A. (1975) *La comunicación y los mass media*, Bilbao, Mensajero.
- Montabes, J. (1989) *La prensa del Estado durante la transición política española*, Madrid, CIS-Siglo XXI.
- Monzón Arribas, C. (1987) *La opinión pública. Teorías, concepto y métodos*, Madrid, Tecnos.
- Moragas, M. De (ed.) (1985) *Sociología de la comunicación de masas.III. Propaganda política y opinión pública*, Barcelona, G. Gili, 3ª ed. 1993.
- Morán, G. (1979) *Adolfo Suárez. Historia de una ambición*, Barcelona, Planeta.
- " (1991) *El precio de la transición*, Barcelona, Planeta.
- Morin, E. (1988) *El método. El conocimiento del conocimiento*, Madrid, Cátedra.
- Morlino, L. (1985) *Como cambian los regímenes políticos*, Madrid, CESCO.
- Morodo, R., (1982), *Por una sociedad democrática y progresista*, Madrid, Turner.
- Mosterín, J. (1984) *Conceptos y teorías en la ciencia*, Madrid, Alianza.
- Muñoz Alonso, A. (1982) *El terrorismo en España*, Barna, Planeta.
- Muñoz Alonso, A., Monzón, C., Rospir, J.I. Dader, J.L., (1990) *Opinión pública y comunicación política*, Madrid, Eudema.
- Muñoz, J., Roldán, S., Serrano, A. (1978) *La internacionalización del capital en España. 1959.1977*, Madrid, Cuadernos para el diálogo.
- Negri, A. (1994) *El poder constituyente*, Madrid, Libertarias/ Prodhufi.
- Nin, A. (1977) *Los problemas de la revolución española*, Barna, Ruedo Ibérico.
- O'Connor, J. (1989) *El significado de la crisis*, Madrid, Revolución.
- Offe, C. (1990) *Contradicciones en el Estado del Bienestar*, Madrid, Alianza.
- Ogden, C. K. & Richards, I.A. (1964) *El significado del significado*, B. Aires, Paidós.
- Ortega, F. (1994) *El mito de la modernización*, Barcelona, Anthropos.
- Ortega y Gasset, J.(1979) *Una interpretación de la historia universal*, Madrid, Rev. de Occidente-Alianza, 2ª ed. 1984.
- " (1981) *El tema de nuestro tiempo*, id, id, 3ª reimp. 1987.
- Pardinas, F. (1969) *Metodología y técnicas de investigación en*

- ciencias sociales, Méjico, Siglo XXI, 30ª ed. 1988
- Parménides (1983) *Parménides. Heráclito. Fragmentos*, Barcelona, Orbis.
- Peces Barba, G. y co.aa.(1978) *La izquierda y la Constitución*, Barcelona, Taula de Canvi.
- Pérez Serrano, G. (1984) *El análisis de contenido de la prensa*, Madrid, UNED.
- Petta, P. (1975) *Ideologie costituzionali della sinistra italiana (1892-1974)*, Roma, Savelli.
- Petras, J. (1984) *La socialdemocracia del sur de Europa*, Madrid, Revolución.
- Piaget, J. (1985) *El estructuralismo*, Barcelona, Orbis.
- Pizarroso, A. (1990) *Historia de la propaganda*, Madrid, Eudema.
- Portelli, H. (1977) *Gramsci y la cuestión religiosa*, Barna, Laia.
- Poulantzas, N. (1976) *Las crisis de las dictaduras*. Portugal, Grecia, España, Madrid, Siglo XXI.
- " - (1969) *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Méjico, Siglo XXI, 23ª ed. 1986.
- Powell, Ch. T. (1969) *El piloto del cambio*, Barcelona, Planeta.
- Presidencia del Gobierno (1977) "Acuerdo sobre el Programa de Actuación Jurídica y Política", *Los Pactos de la Moncloa*, Madrid, Presidencia del Gobierno, 1977, 4ª ed.
- Przeworski, A. (1988) "Algunos problemas en el estudio de la transición a la democracia", en O'Donnell & Schmitter (eds.) *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Buenos Aires, Paidós, 1988, vol. III.
- Ramírez, M. (1989) *Partidos políticos y constitución*, Madrid, CESCO.
- Recio, J.L. & Uña, O. & Díaz-Salazar, R. (1990) *Para comprender la transición española*, Estella, Verbo Divino.
- Rescigno, U. (1975) *Costituzione italiana e Stato borghese*, Roma, Savelli.
- Ricoeur, P. (1989) *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa.
- Robespierre, M., (1973), *La revolución jacobina*, Barcelona, Península.
- Roca, J. M. (ed.) (1994) *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Madrid, Los libros de la catarata.
- " - "Spain", en R. East (ed.) (1990) *Marxist and Communist parties of the World*, Essex, Longman & Chicago, St James.
- Rodríguez Díaz, A. (1989) *Transición política y consolidación constitucional de los partidos políticos*, Madrid, CESCO.
- Rubio Llorente, F. (1986) *Nota preliminar a La Constitución*

- española, Madrid, Civitas.
- Ruiz, F. & Romero, J. (1977) **Los partidos marxistas**, Barcelona, Anagrama.
- Sánchez Agesta, L. (1982), **Documentos constitucionales y textos políticos**, Madrid, Editora Nacional.
- Sánchez Ron, J.M. (1992) **El poder de la ciencia**, Madrid, Alianza.
- Saussure, F. de. (1945) **Curso de lingüística general**, Buenos Aires, Losada, XVIIª ed. 1978.
- Schaff, A. (1973) **Ensayos sobre filosofía del lenguaje**, Barna, Ariel.
- Schiller, H.I. (1977) **El imperialismo USA en la comunicación de masas**, Madrid, Akal.
- " (1986), **Información y economía en tiempo de crisis**, Madrid, Fundesco/Tecnos.
- Schmitt, C. (1975) **Estudios políticos**, Madrid, Doncel.
- " (1982) **Teoría de la Constitución**, Madrid, Alianza.
- Sempere, P. (1977) **Los muros del posfranquismo**, Madrid, Castellote.
- Sieyès, E. J. (1985) **¿Qué es el Tercer Estado?**, Barna, Orbis.
- Soboul, A. (1971) **Las clases sociales en la Revolución Francesa**, Madrid, Fundamentos.
- Solé Tura, J., (1977) **Constituciones y períodos constituyentes en España (1808-1936)**, Madrid, Siglo XXI, 1978, 2ª ed.
- " (1978) **Los comunistas y la Constitución**, Madrid, Forma.
- Sonntag, H. & Valecillos, H. (1977) **El Estado en el capitalismo contemporáneo**, Méjico, Siglo XXI, 7ªed. 1986.
- Subirós, P. y oo.aa., (1977) **Franquismo y lucha de clases**, Barcelona, Iniciativas Edit.
- Tajuelo, T., (1977) **El MIL, Puig Antich y los GARI**, París, Ruedo Ibérico.
- Tamames, R., (1967) **Introducción a la economía española**, Madrid, Alianza 1983, 14ª ed. revisada y aumentada.
- " (1983), **La República. La era de Franco**, Madrid, Alianza.
- Taufic, C. (1986) **Periodismo y lucha de clases**, Madrid, Akal.
- Teodori, M.(1976) **Storia delle nuove sinistre in Europa**, Bologna, Il Mulino.
- Tezanos, J.F. & Cotarelo, R. & De Blás, A. (eds) (1989), **La transición democrática española**, Madrid, Sistema.
- Thompson, E. P. (1989) **La formación de la clase obrera en Inglaterra**, Barcelona, Crítica, (2 vol.).
- " (1979) **Tradición, revuelta y consciencia de clase**, Barna, Crítica, 3ª ed. 1989.
- Tomás y Valiente, F. (1989) **Códigos y constituciones. 1808-1978**,

- Madrid, Alianza.
- Trías, C. (1976) **Qué son las organizaciones marxista-leninistas**, Barcelona, La Gaya Ciencia.
- Tuñón de Lara, M. (1973) **Metodología de la historia social de España**, Madrid, Siglo XXI, 1973, 5ª ed. 1984.
- " - (dir.) (1980) **Historia de España (X). España bajo la dictadura franquista**, Barcelona, Labor.
- Tusell, J. (1984) **La transición española a la democracia**, Madrid, Historia 16.
- Velarde Fuertes, J. y oo.aa (1976) **Historia social de España. Siglo XX**, Madrid, Guadiana.
- Verón, E. y oo.aa. (1976) **Lenguaje y comunicación social**, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Vettori, G. (curat.) (1973) **La sinistra extraparlamentare in Italia**, Roma, Newton Compton.
- Vidal-Beneyto, J. (1981) **Diario de una ocasión perdida**, Barna, Kairós.
- Vilches, L. (1990) **La lectura de la imagen. Prensa, cine, televisión**, Barcelona, Paidós.
- Violi, P. (1977) **I giornali dell'estrema sinistra**, Milano, Garzanti.
- " - (1977) "La prensa de la izquierda extraparlamentaria: análisis del lenguaje", en Lutzemberger y oo.aa., **Cultura, comunicación de masas y lucha de clases**, Méjico, Na Imagen.
- Voloshinov, V. N. (1976) **El signo ideológico y la filosofía del lenguaje**, Buenos Aires, Nueva Visión.
- " - (1992) **El marxismo y la filosofía del lenguaje**, Madrid, Alianza.
- Weber, H. (1977) **Marxismo y conciencia de clase**, Barna, Madrágora.
- Weber, M. (1984) **La ética protestante y el espíritu del capitalismo**, Madrid, Sarpe.
- " - (1944) **Economía y sociedad**, Méjico, FCE, 1984, 7ª reimp.
- " - (1967) **El político y el científico**, Madrid, Alianza, 1986, 8ª reimp.
- Williams, R. (ed), (1992) **Historia de la comunicación I. Del lenguaje a la escritura**, Barcelona, Bosch.
- Young, K. (1986) **La opinión pública y la propaganda**, Méjico, Paidós.

9.2. OTRAS PUBLICACIONES

- ABC (1966) "Franco ratifica la monarquía como régimen indiscutible del futuro. Su Excelencia preside el Pleno Extraordinario de las Cortes que aprobó ayer la Ley Orgánica del Estado", 23 noviembre, 1966, pp. 48-68.
- Ackelsberg, M. & Stolcke, V. (1979), "La significación política de la abstención", Cuadernos Ruedo Ibérico nº 63-66, mayo-diciembre 1979, pp. 5-36.
- Arias Navarro, C. (1974) "Desarrollo político. Cuarto: Derecho de asociación", Discurso del Presidente del Gobierno Carlos Arias a las Cortes Españolas, 12-II-1974 (Madrid, Ediciones del Movimiento, 1974, p. 30)
- Arias-Salgado, R. (1978), "Una perspectiva de la transición española a la democracia", Cuenta y Razón nº 41, diciembre 1978, pp. 77-84.
- " -(1991), "El consenso, fundamento de la nueva España", Cambio 16 nº 1000, enero 1991
- Ayala, F. (1992) "¡Franco, Franco!", El País, 19, marzo, 1992.
- Baena del Alcázar, M. & García Madaria, J.M. (1979) "Elite franquista y burocracia en las Cortes actuales", Sistema nº 28, enero 1979, pp. 3-50.
- Bandera Roja* (OCE BR) "Sviluppo monopolistico e intensificazione della lotta di classe in Spagna (1962-1970)", Avanguardia Operaia nº 14-15, marzo-abrile, 1971. Milano.
- Bandera Roja* (OCE BR) "Blocco dominante e Stato franchista: l'analisi delle classi e dei ceti che detengono il potere in Spagna", Avanguardia Operaia nº 11-12, genaiio 1971. Milano.
- Bercovitz, R. y Glez Tablas, A. (1977) "Las salidas a la crisis: del gobierno de concentración a la unidad de las fuerzas populares", El cárabo nº 7, octubre 1977, pp 27-40.
- Bueno Lastra, J. y García de la Cruz, J.M. (1977) "Imperialismo, empresas multinacionales y capitalismo español, 1959-1973", Zona abierta nº 9-10, 1977, pp. 33-51.
- Bustamante, E. (1977) "Estructura de la propiedad de los medios de comunicación en España", El cárabo nº 5, marzo-abril 1977, pp. 35-64.
- Campos Ríos, G. (1979) "El poder político y la Constitución", en

- Cuadernos Ruedo Ibérico, nº 61-62, 1979, pp. 13-26.
- Capella, J. R. (1985) "La Constitución tácita", Mientras tanto nº 25, diciembre, 1985, pp. 16-20.
- Carandell, L. "Asenso, consenso y reasenso", Cuadernos para el diálogo, 24 junio de 1978.
- Carandell, L. y Márquez Reviriego, V. "Los testigos del proceso constituyente", en 10 años de Constitución española, Zaragoza, 1988, Asociación de la Prensa de Zaragoza.
- Cebrián, J. L. (1988) "La hojalata constitucional", El País, 6 diciembre, 1988, p. 11.
- Cortés Alcalá, L. (1992) "La modernización de la sociedad española", Documentación Social nº 88, julio-septbre 1992.
- Del Campo, S., Tezanos, F. y Santín, W., "La élite política española y la transición a la democracia", Sistema nº 48, mayo 1982, pp. 21-61.
- Del Río, E. (1994) "Cien años de Mao Tsetung", Página Abierta nº 35, enero.
- Diario 16 (1988) (editorial) "Una Constitución consolidada", 6, diciembre, p. 3.
- Diario 16 (1988) "Los 7 padres de la Constitución, diez años después", "Historia del Felipismo" cap. 7, nº 376, 4/XII/88
- Díaz, E. (1983) "Política y cultura en el final del franquismo", Leviatán nº 11, 2ª ep., primavera 1983.
- " -(1977) "El Estado democrático de Derecho y sus críticos izquierdistas", Sistema, nº17-18, abril 1977, p.51-70.
- " -(1981) "El Estado democrático de Derecho en la Constitución española de 1978", Sistema nº 41, marzo 1981, pp. 41-86.
- El Independiente (1988) (especial) "La Constitución, diez años después", 6, diciembre, pp. 21-44.
- El País (1988) "Desconcertación", (editorial), 10 nov., p. 14.
- El País (1988) "Constitución y democracia" (editorial), 6, diciembre, 1988, p. 10.
- El País (1988) (extra) "La Constitución cumple diez años", 6, diciembre, 1988, p. 1-24.
- Esteban, J. De (1976) "Modernización política y cambio social en la España actual", Historia social de España. Siglo XX, Madrid, Guadiana, 1976.
- " -(1988) "Diez años de Constitución: una reflexión sobre lo realizado", El País, 3, diciembre, 1988, p. 22.

- Estefanía, J. (1978) "El capital se organiza", Transición 2, nov. 1978, pp. 15-19.
- Feher, F., (1987) "El paradigma de la redención", Leviatán nº 28, verano 1987, pp. 75-86.
- Fernández Torres, A. (1978) "El paro: piedra de toque del Pacto de la Moncloa", El cárabo nº 10, junio 1978, pp. 5-19.
- Fioravanti, E. (1976) "La élite del poder en la España franquista", Negaciones nº 1, otoño 1976, pp. 79-106.
- Fishman, R. (1984) "El movimiento obrero en la transición", REIS 26, abril-junio, 1984, pp. 61-112.
- Fraga Iribarne, M. (1984) "El artículo 2º fue un error", Historia de la transición, II parte, Diario 16, 1984, fascículo 36, pp. 535-536.
- Gallego-Díaz, S., Martínez, J.L., Abascal, F. "Los que jugaron la final", Cuadernos para el diálogo, 24 junio, 1978, pp. 30-35
- García Santesmases, A. (1987) "La transición política en perspectiva", Sistema nº 78, mayo 1987.
- Giner, S. (1972) "La estructura social de España" Cuadernos Ruedo Ibérico, Horizonte español 1972, vol II, París.)
- González, R. (1978) "El oportunismo de derecha de ORT: su fundamento" Octubre nº 11, enero 1978, pp. 1-26.
- Gramsci, A. (1974) "Notas críticas sobre una tentativa de <<Ensayo popular de sociología>>", en N. Bujarin, La teoría del materialismo histórico, Madrid, Siglo XXI, 1974.
- Hacia el socialismo, revista teórica del PTE, nº 6, julio, 1975.
- Herrero Rodríguez de Miñón, M. (1993) "Memorias de un padre de la Constitución", El País, 7, noviembre, 1993, pp. 16-17.
- Ibarra, P. (1992) "The basque nationalist radical movement. Discourse analysis", Revista del Instituto Universitario Europeo, junio, 1992, pp. 2-57.
- Job, B. y André. (1979) "El metadiscurso. Un discurso electoral que cuestiona sus propios mecanismos", Cuadernos Ruedo Ibérico, nº 61-62, 1979, pp. 95-106.
- Juliá, S. (1988) "Transiciones a la democracia en España", Sistema nº 84, mayo 1988.
- Julliard, J. (1987) "La izquierda y el poder", Leviatán nº 27, primavera 1987, pp. 85-91.
- Láiz Castro, C. (1987) "Aproximación al estudio de la Organización Revolucionaria de Trabajadores", Cuadernos de Ciencia

- Política y Sociología nº 19, julio 1987, pp. 61-71.
- " - (1993) "La izquierda radical en España durante la transición a la democracia", tesis doctoral inédita, Madrid, UCM.
- Larra, M. J. (1967) "El día de difuntos de 1836", En este país y otros artículos, Madrid, Alianza, 1967.
- Le Goff, J., "Los documentos no son inocentes" (entrevista), Archipiélago nº 8, pp. 115-120.
- López Garrido, D. y co.aa. (1988) "El retorno de los agentes sociales", El País, 9, diciembre, 1988, p. 12.
- López Pintor, R. (1981) "Los condicionamientos socioeconómicos de la acción política en la transición democrática", REIS nº 15, julio 1981, pp. 9-31.
- López Salinas, A. (1992) "La transición fue la derrota de la izquierda" (entrevista), Diario 16, 28, abril, pp. 4-5.
- Marías, Julián (1994) "Entender y no entender", ABC, Madrid, 6/1/94, p. 3.
- Martí, G.I. (1979) "Aproximación a una teoría del discurso político", Cuadernos Ruedo Ibérico, nº 61-62, 1979, pp. 75-86.
- " - "El gran 'show' político o las trampas de la comunicación: las elecciones del 15 de junio de 1977", ibíd, pp 87-94.
- " - "El discurso oficial. Del referéndum del 15 de diciembre de 1976 al referéndum del 6 de diciembre de 1978", ibid, pp. 107-126.
- Massi, Edoarda (1969) "La concezione delle classi e della lotta di classe in Mao e la sua influenza nella sinistra europea" Cuaderni Piacentini nº 39, noviembre, Piacenza.
- El militante, Órgano teórico y político de la ORT, nº 6, mayo 1974
- El militante, nº 12, marzo, 1978.
- El militante, nº 14, noviembre, 1978.
- Montoro Romero, R. (1981) "Hacia la construcción de una teoría de la interpretación: en torno al debate Habermas-Gadamer", REIS, nº 14, abril-junio, 1981, pp 47-68.
- Morán, A. (1980) "Sobre la crisis del PTE y la nueva alternativa: del partido radical", Manifiesto nº 53, agosto, pp 5-41.
- Morán, G. (1992) "La transición democrática y sus historiadores", El País, 15 abril, 1992, p. 10.
- Mosterín, J. (1994) "Errar y acertar", El País, 14 dic. p. 34.

- O.R.T. (1977) *Programa electoral*, abril, 1977.
- Paramio, L. (1988) "Agonía y muerte de dos dictaduras: España y Brasil" REIS nº 44, oct-dic- 1988, pp. 7-21 (separata).
- " & Martínez Reverte, J., (1979) "Sin imaginación y sin principios. La izquierda durante el período constituyente", Zona Abierta nº 18, 1979, pp. 35-45.
- Peces Barba, G. (1984) "La ponencia y 'el portazo'", *Historia de la transición* (II parte), Diario 16, 1984, fascículo 37, pp. 550-551.
- Pérez Díaz, V. (1990) "La 'invención' de la España democrática", El País, 23, junio, 1990, p. 13.
- Política Comunista nº 3 (1974), "La crisis sucesoria y la conquista de las libertades políticas", julio, 1974.
- Política Comunista nº 5 (1975) "Las tareas del proletariado en la presente crisis política", noviembre, 1975.
- Quaderni Rossi nº 1 (1961) vv.aa. "Lotte operaie nello sviluppo capitalistico", settembre, Milano.
- Quaderni Rossi nº 3 (1963) vva.aa. "Piano capitalistico e classe operaia", giugno, Milano.
- Portuondo, E. (1994) "Forja de rebeldes" en J.M. Roca (ed) *El proyecto radical*, Madrid, Libros de la catarata.
- Powell, Ch. (1992) "La virulenta crónica de un desengaño", El País, 'Babelia', 21 de marzo, 1992, p. 15.
- Przeworski, P. (1986) "La democracia como resultado contingente de los conflictos", Zona Abierta nº 39/40, abril/septbre, pp. 1-25.
- Roca, J. M. (1992) "XIIIº Aniversario de la Constitución. ¿Cumpleaños feliz?", Iniciativa Socialista nº 18, feb. 1992, pp. 16-22.
- Roca, J.M.(1993) "La izquierda comunista revolucionaria en España (1964-1992)", Leviatán nº 51/52, prim./verano, pp. 89- 117.
- " -(1990) "El final de la Comintern", *Historia del comunismo* (II), El Mundo, 1990, p. 326.
- " -(1990) "China busca su revolución", *Historia del comunismo* (II), El Mundo, 1990, p. 248-249.
- " -(1990) "China y el maoísmo", *Historia del comunismo* (II), El Mundo, 1990, p. 418-421.
- " -(1993) "Cambios en las filas del comunismo en España", Cadernos de Ciências Sociais, (Belo Horizonte), vol. 3, nº

- 4, dezembro, pp. 45-49.
- Rodríguez de la Borbolla, J. (1978) "Criterios previos para una valoración de la Constitución", Leviatán nº 1, II época, 3er trim., pp. 117-128.
- Ronda, P. (1979) "La prensa escrita en la transición", El cárabo nº15, pp. 35-46.
- Sistema nº 68-69, noviembre, 1985, Nº especial. "Encuesta sobre la transición democrática en España", pp. 175-292.
- Share, Donald, Mainwaring, Scott (1986) "Transiciones vía transacción: la democratización en Brasil y España", REP, nº 49, 1986, pp. 87-135.
- Solé Tura, J. (1984) "Los comunistas y el proceso constituyente", Historia de la transición (II parte), Diario 16, 1984, fascículo 36, pp. 537-538.
- Sotelo, I. (1988) "En los 10 años de la Constitución", Anuario El País 1988, pp. 59-60.
- Suñé Llinas, E. (1988) "No la toquéis", Diario 16, 6, diciembre, p. 2.
- Thompson, J. B. (1987) "Lenguaje e ideología", Zona Abierta nº 41/42, octubre 1986-marzo 1987, pp. 159-181.
- Torres, A. F. (1979) "La ideología, la cultura... y la izquierda revolucionaria", El cárabo nº 15, 1979, pp. 4-19.
- Urbano, P. (1988) "Una historia inédita", Ya, 6 diciembre, p. 5.
- Vázquez Montalbán, M. (1985) "Crónica sentimental de la transición", El País semanal, 13 de enero a 24 de marzo, 1985.
- Vega García, P. De (1977) "El carácter burgués de la ideología nacionalista", Sistema nº 16, enero 1977, pp. 51-63.
- Vicent, M. "La última cena", El País, 21 de junio de 1978, p. 12.
- Ya (1988)(editorial) "Diez años de Constitución", 6, diciembre, 1988, p. 15.
- Ya (1988), suplemento Papeles para la Libertad, 6, diciembre.

10. APÉNDICES

10. APENDICES

Sumario

- 10.1. Índice de siglas
- 10.2. Cronología del período constituyente
- 10.3. Cronología de acontecimientos políticos del año 1978
- 10.4. Publicaciones. Análisis hemerográfico
- 10.5. Primer repertorio de publicaciones
- 10.6. Textos de interés

10.1. ÍNDICE DE SIGLAS

AP: Alianza Popular
AST: Acción Sindical de Trabajadores (luego ORT)
BR: ver OCE (BR)
CCOO: Comisiones Obreras
CiU: Convergencia i Unió
CNT: Confederación Nacional del Trabajo
CSUT: Confederación de Sindicatos Unitarios
EE: Euskadiko Ezkerra
ESBA: Euskadiko Sozialisten Batasuna (FLP en Euskadi)
ETA: Euskadi Ta Askatasuna
FLP: Frente de Liberación Popular (véase también ESBA y FOC)
FOC: Frente Obrero de Cataluña (FLP en Cataluña)
FRAP: Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico
GARI: Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista
GRAPO: Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre
HB: Herri Batasuna
HOAC: Hermandad Obrera de Acción Católica
IC: Internacional Comunista (III Internacional o Komintern)
IU: Izquierda Unida
JGR: Joven Guardia Roja
JOC: Juventud Obrera Católica
KAS: Koordinadora Abertzale Sozialista
LCR: Liga Comunista Revolucionaria
LSR: Liga Socialista Revolucionaria (luego PST)

MCE, MC: Movimiento Comunista de España (luego IA/Liberación)
MIL: Movimiento Ibérico de Liberación
MPAIAC: Movimiento para la Liberación del Archipiélago Canario
OCE (BR): Organización Comunista de España (Bandera Roja)
OIC: Organización de la Izquierda Comunista (luego MC)
OMLE: Organización Marxista Leninista de España (luego PCE (r))
OPI: Oposición de Izquierda (al PCE) (luego PCEU, PCPE)
ORT: Organización Revolucionaria de Trabajadores
PCC: Partit Comunista de Catalunya
PCCH: Partido Comunista de China
PCE: Partido Comunista de España
PCE (m-l): Partido Comunista de España (marxista-leninista)
PCE (r): Partido Comunista de España (reconstituído)
PCI: Partido Comunista Internacional (luego PTE)
PCPE: Partido Comunista de los Pueblos de España
PCT: Partido Comunista de los Trabajadores (luego PCEU)
PCU: Partido Comunista de Unificación (luego al PTE)
PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética
PC (UR): Partido Comunista (Unidad Roja) (luego UML)
PNV: Partido Nacionalista Vasco
POSDR: Partido Obrero Socialdemócrata Ruso
PSOE: Partido Socialista Obrero Español
PSP: Partido Socialista Popular
PSUC: Partido Socialista Unificado de Cataluña
PST: Partido Socialista de los Trabajadores (antes LSR)
PTE: Partido de los Trabajadores de España (PTE más ORT)
PTE: Partido del Trabajo de España
PTE-UC: Partido de los Trabajadores-Unidad Comunista
SU: Sindicato Unitario
UCCO: Unión Comunista Comités Obreros
UCD: Unión de Centro Democrático
UCE: Unificación Comunista de España
UGT: Unión General de Trabajadores
UML: Unión de Marxistas Leninistas (Octubre, UCCO)
USO: Unión Sindical Obrera
VOJ: Vanguardia Obrera Juvenil (luego AST)

10.2. CRONOLOGÍA DEL PROCESO CONSTITUYENTE

-27 julio, 1977: se forma la Comisión Constitucional del Congreso, en la que están representados proporcionalmente todos los grupos parlamentarios.

-22 agosto, 1977: la Ponencia Constitucional se reúne por vez primera. Está formada por Gabriel Cisneros, Miguel Herrero de Miñón, José Pedro Pérez Llorca (UCD), Gregorio Peces Barba (PSOE), Jordi Solé Tura (PCE) Miquel Roca Junyent (CiU) y Manuel Fraga (AP) como ponentes y presidida por Emilio Attard.

La Ponencia decide trabajar en secreto y tener una presidencia rotatoria. Los medios de comunicación recibirán una sucinta información al terminar las sesiones.

-11 octubre, 1977: queda finalizada la primera lectura del borrador constitucional.

-17 octubre, 1977: queda redactado el primer borrador.

-22 noviembre, 1977: la revista Cuadernos para el diálogo desvela el secreto de las deliberaciones y publica los 39 primeros artículos del borrador constitucional.

-25 noviembre, 1977: el texto íntegro se publica en otros periódicos.

-23 diciembre, 1977: tras una segunda lectura, el texto se entrega a la Presidencia del Congreso.

-5 enero, 1978: el Boletín Oficial de las Cortes publica el Anteproyecto de Constitución.

-6 marzo, 1978: Gregorio Peces Barba abandona la Ponencia por diferencias insalvables con los otros grupos sobre la cuestión religiosa, la educación y la economía de mercado.

-10 abril, 1978: con la firma del borrador concluyen los trabajos de la Ponencia Constitucional.

17 abril, 1978: se publica el Informe Preceptivo de la Ponencia sobre el tratamiento de las enmiendas (más de mil) presentadas al borrador de anteproyecto.

-5 mayo, 1978: comienzan los debates públicos en la Comisión del Congreso presidida por Emilio Attard. Los artículos se aprueban por la "mayoría mecánica" (19 votos de UCD y AP frente a los 17 del resto).

-19 mayo, 1978: por presiones del PSOE, A. Suárez desaprueba la táctica seguida por Landelino Lavilla en el debate y delega en F. Abril Martorell la dirección de la discusión constitucional.

-22 mayo, 1978: con la ausencia de Miguel Herrero, se reúnen en un restaurante Fernando Abril, Pérez Llorca y Arias Salgado de UCD, Alfonso Guerra, Enrique Múgica, Peces Barba y Luis Gómez Llorente del PSOE, inaugurando lo que se llamará el pacto del mantel. Esa noche se aprueban los artículos del 26 al 50.

-24 de mayo, 1978: como consecuencia del acuerdo anterior -"un pacto marxista-ucedista"- los diputados de AP se retiran de la Comisión Constitucional.

-29 mayo, 1978: Fraga anuncia el retorno de los diputados de AP.

-5 junio, 1978: el PNV entra en el consenso a propósito de la cuestión autonómica.

-20 junio, 1978: tiene lugar la última reunión de la Comisión Constitucional del Congreso.

-4 julio, 1978: comienzan las sesiones plenarias en el Congreso.

-21 julio, 1978: Se aprueba el texto constitucional en el Congreso, pero los diputados del PNV abandonan el salón de sesiones por no ver reflejadas sus reivindicaciones forales.

-9 agosto, 1978: comienza el debate en la Comisión del Senado.

-14 septiembre, 1978: por sorpresa, el PNV logra la aprobación de una enmienda sobre los derechos históricos de los territorios forales.

-25 septiembre, 1978: comienza la discusión plenaria en el Senado.

-5 octubre, 1978: el Senado aprueba el Proyecto y rechaza, entre otras, la enmienda sobre los derechos históricos de los territorios forales.

-11 octubre, 1978: comienza la discusión en la Comisión Mixta del Congreso y el Senado, presidida por Hernández Gil y formada por 5 miembros de UCD, 3 del PSOE, 1 del PCE, 1 de Minoría Catalana.

-31 octubre, 1978: en sendas sesiones plenarias, el Congreso y el Senado aprueban el texto constitucional. El ambiente de euforia está ensombrecido por no haberse logrado un acuerdo plenamente satisfactorio sobre la cuestión vasca.

En la votación final del Congreso, se abstienen los diputados del PNV y vota en contra Francisco Letamendía, de EE. En el Senado, los senadores vascos se abstienen o votan en contra.

-6 diciembre, 1978: Referéndum. La Constitución es respaldada con el 59 % de votos afirmativos sobre el total de electores (el 87% de los votos emitidos), pero un 33% del censo no acude a las urnas. En el País Vasco y Navarra los votos afirmativos no llegan al 35% del censo.

-27 diciembre, 1978: el Rey sanciona el texto constitucional.

-29 diciembre, 1978: la Constitución se publica en el BOE.

10.3. CRONOLOGÍA DE ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS RELEVANTES DURANTE EL AÑO 1978

- 4 enero: Se forma el Consejo General del País Vasco.
- 15 enero: Incendio en la sala Scala, de Barcelona, con un balance de cuatro muertos. Varios militantes de la CNT son detenidos en relación con este hecho.
- 25 enero: En un atentado similar al <<caso Bultó>> mueren el exalcalde de Barcelona, Sr. Viola y su mujer.
- 24 febrero: Crisis del Gobierno. Dimiten Fuentes Quintana y los ministros de Industria, Transportes, Trabajo y Agricultura.
- 17 marzo: Celebración de la Conferencia de Organización del PCE, preparatoria del IX Congreso, en un ambiente de crítica.
- 22 marzo: El Grapo ametralla en Madrid a Jesús Haddad, Director General de Prisiones.
- 26 marzo: Celebración del primer Aberri Eguna (Día de la Patria Vasca) en la legalidad, con diversos actos en San Sebastián, Bilbao, Vitoria y Pamplona.
- 1 enero-31 marzo: Elecciones sindicales en dos tercios de los centros de trabajo. Se elige el 50% de los cargos.
CC.OO. obtiene el 34,45% de los delegados, UGT el 21,69%, USO el 3,87% y ELA-STV el 11,65%.
- 5 abril: Antonio Cubillo, Secretario General del MPAIAC, es herido gravemente en un atentado en Argelia.
- 8 abril: López Raimundo, Gutiérrez Díaz y J. Serradell dimiten de sus cargos del Comité Ejecutivo del PSUC.
- 19-22 abril: IX Congreso del PCE. Debate sobre el leninismo. Dolores Ibarruri y Santiago Carrillo, ratificados en sus cargos.

- 30 abril: El PSP se integra en el PSOE. Los militantes del primero, que desaparece, quedan en libertad para entrar o no en el PSOE.
- 1 mayo: Primera celebración pública legal del Día del Trabajo.
- 30 mayo: XXXI Congreso de UGT, celebrado en Barcelona. Triunfa la línea continuísta de Nicolás Redondo.
- 21 junio: Primer congreso público de CC.OO. tras veinte años de clandestinidad. Marcelino Camacho es elegido Secretario General.
- 28 junio: ETA asesina al periodista Jose Ma Portell.
- 1 julio: Entra en vigor el Decreto-ley antiterrorista, aprobado por la Comisión de Urgencia Legislativa.
- 8 julio: Durante los <<sanfermines>>, la policía irrumpe en la plaza de toros de Pamplona ocasionando más de cuarenta heridos, siete de ellos por arma de fuego. En las jornadas de protesta que siguen a esta acción, la represión policial de una manifestación ocasiona la muerte de un militante de la extrema izquierda.
- 21 julio: Son asesinados en Madrid, el general Sánchez Ramos y el teniente coronel Pérez Rodríguez. ETA reivindica el atentado.
- 3 octubre: ETA asesina en Bilbao a Francisco Liesa, comandante de Marina.
- 30 octubre: Explosiona en el diario El País un paquete bomba enviado por la ultraderecha. Muere un ordenanza del diario.
- 31 octubre: Las Cortes aprueban la Constitución.
- 10 noviembre: Celebración de manifestaciones multitudinarias contra el terrorismo.
- 16 noviembre: Asesinato del magistrado del Tribunal Supremo, José Francisco Mateu Cánoves, último presidente del extinguido

Tribunal de Orden Público.

- 17 noviembre: Arresto del general Atarés Peña tras un acto de indisciplina. Se descubre la trama golpista conocida como <<operación Galaxia>> auspiciada por el teniente coronel de la guardia civil A. Tejero y por el capitán de la policía Saénz de Ynestrillas.
- 6 diciembre: Referéndum constitucional.
- 8 diciembre: Publicación de la ley de Partidos Políticos.
- 21 diciembre: En un atentado del Batallón Vasco Español, muere, en el País Vasco francés, José Miguel Beñarán Ordeñana, Argala, al hacer explosión su coche.
- 29 diciembre: Disolución de las Cortes y convocatoria de elecciones generales para el 1 de marzo y elecciones municipales para el 3 de abril.
Entra en vigor la Constitución.

10.4. PUBLICACIONES. PEQUEÑO ANÁLISIS HEMEROGRÁFICO

Sumario

10.4.1. Introducción. El papel de la prensa en la transición

10.4.2. Breve análisis hemerográfico

10.4.2.1. Bandera Roja

10.4.2.2. En lucha

10.4.2.3. La unión del pueblo

10.4.2.4. Vanguardia Obrera

10.4.1. INTRODUCCIÓN. EL PAPEL DE LA PRENSA EN LA TRANSICIÓN

Este epígrafe, que merecería todo un capítulo o quizá otra tesis doctoral, pretende solamente servir de introducción al breve análisis hemerográfico de la prensa que nos ocupa y ubicar el entorno en que dicha prensa debió desenvolverse.

Indicábamos en el Capítulo 5. Del contexto, punto 5.3.1., que podíamos interpretar el tránsito desde el régimen franquista a la democracia formal según el modelo de cambio ofrecido por Gramsci de una revolución pasiva -o revolución/restauración-, en donde, sobre la base de una cierta presión popular limitada, había tenido una importancia fundamental el acuerdo entre élites.

Los resultados alcanzados han permitido posteriormente hacer una interpretación (que forma parte del consenso) demasiado estática y rectilínea de la transición, que ha quedado formalizada en un modelo destinado al consumo interno y aun a la exportación. En síntesis, esta fórmula descansa en los siguientes supuestos: la transición fue posible por la responsabilidad y madurez cívica

del pueblo español, la postura razonable de los poderes fácticos (Iglesia católica, ejército, banca, gran capital...), el papel de la prensa, la función aglutinante de la Corona y, finalmente, la actitud del Rey como piloto del cambio. En esta elucidación *a posteriori* todo cuadra; el país es como una nave en donde la tripulación y el pasaje están de acuerdo en las singladuras y donde reina una confianza general en llegar a buen puerto.

Hay quien hace (A. Guerra, 1985, 219) de esta suerte de crucero una interpretación germánica al asegurar que casi todo estaba ya previsto -"En los primeros años 70 la dirección del PSOE diseñó una estrategia de <<salida del franquismo>>, en la que se prevían las líneas generales del proceso que habría de desembocar en la instauración de la democracia. Aunque tal vez parezca pretencioso, lo cierto es que los sucesivos escenarios previstos en aquella estrategia se ajustaron con bastante exactitud al desarrollo real de la transición"- , pero nuestra modesta interpretación se acerca más a la de G. Morán (1991, 154), que afirma que se trató de una "improvisación consensuada", porque encaja mejor con el talante escasamente planificador de las gentes de este país y, después, con la forma de gobernar del PSOE.

Con esto queremos hacer hincapié en dos factores que A. Rodríguez Díaz (1989, 37 y ss) señala como constitutivos de todo proceso de transición: un elevado grado de incertidumbre y una gran fluidez de acontecimientos políticos. Este autor señala que como un efecto de lo anterior "crezca espectacularmente el valor de la información". Por ello, en una circunstancia donde la política es lo decisivo y cobra una gran autonomía con respecto a otras esferas, las élites o grupos mejor informados estarán en mejores condiciones para "reducir el nivel de incertidumbre y diseñar estrategias más ajustadas a como (preven que) se desenvolverán los acontecimientos". Pero el papel de la prensa -de todos los medios de comunicación y muy en especial de la prensa escrita- es, además, importante en el período por otras razones.

La primera tiene que ver con la visión del cambio aportado por el modelo de la revolución pasiva o revolución/restauración, en el cual el bloque dominante aspira a mantener la hegemonía; o sea, a seguir manteniendo en condición subordinada a las clases hasta ahora subalternas (clases populares). Pero a la vez, dentro del propio bloque dominante se libra una lucha entre representantes de diversas fracciones sociales por hacerse con la dirección intelectual y moral del mismo. Ya hemos señalado que en esta situación una parte del bloque dominante se despega del viejo régimen y asume una parte del programa del adversario, fenómeno al que Gramsci denomina transformismo. Es decir, trata de seguir conservando la hegemonía, aunque de otra manera, desde otros presupuestos, sobre otro discurso, y de conseguir que ésta, en el sentido en que Capella (1991, 47, 47) interpreta a Gramsci, no se reduzca al *"mero consenso político"*, sino que busque sobre todo *"la identificación autónoma de la sociedad con un proyecto"*. En esta labor, el papel de la prensa es esencial para crear, recrear y difundir el lenguaje político, divulgar las claves de un nuevo discurso, dotar de contenido preciso a determinados términos, asegurar que ciertos significantes tienen un sólo significado, ofrecer nuevos centros de atención de lo público, informar sobre las nuevas instituciones y lavar la cara a las viejas, permitir la aparición pública de nuevos rostros políticos y remozar algunos de los viejos y contribuir a crear los nuevos mitos, entre ellos el de la propia función (vigilante) de la prensa en un régimen parlamentario (el llamado cuarto poder).

Y con esto hemos llegado a otro factor: la propia transición de la prensa desde un modelo de información tutelado por el Estado y con un mercado de ideas restringido a un modelo más plural y menos intervenido por el poder político aunque con una creciente intervención del poder económico. En dicho tránsito los medios de comunicación están interesados, como aparatos políticos y como empresas económicas, en el nuevo régimen basado en el pluralismo

político y porque a través de su labor a favor de la reforma obtienen su propia legitimación democrática que les borra su pasado de portavoces del franquismo (Morán, 1991, 90-97, 168), aunque en esta legitimación no se trate de ajustar cuentas con el régimen que tuteló durante casi cuarenta años la libertad de expresión, sino de arremeter sola y tardíamente contra sus residuos más intransigentes (extrema derecha) o contra algunos de los aspectos más impopulares, respetando el marco del consenso general sobre el pasado inmediato, al que no se puede aludir sin correr el riesgo de despertar a la bestia y sin desvelar sus servidumbres y conexiones con el régimen caído.

Sobre este particular, Pedro Ronda (1979, 37) señala: *"no fue precisamente <<la prensa>> quien trajo la democracia a España. Cabría hablar todo lo más de ciertos y reducidos medios de información escrita, no diarios en su inmensa mayoría, que recogieron y prestaron resonancia a las luchas democráticas de los últimos tiempos de la Dictadura, en tanto que la gran prensa de difusión masiva seguía el proceso de cambio con retraso, continuaba apoyando al régimen ya moribundo y no dejaba de hacer intentos de frenar su caída o al menos de reducir la profundidad de las reformas"*.

En este período de incertidumbre, cuando se dirime la orientación del cambio (Morlino, 1985, 55), los medios de comunicación están interesados, en primer lugar, como soportes de noticias en cuanto empresas de información; en segundo lugar, como los instrumentos más dinámicos de la ideología y, por tanto, como vehículos de expresión y de articulación de las distintas fracciones del bloque social dominante y, en tercer lugar y de cara a su propia legitimación democrática, están interesados en aparecer como protagonistas de ese cambio (*"la prensa motor del cambio"* fue una frase de contenido propagandístico aparecida entonces).

En esta situación de incertidumbre y expectación, cuando aumenta la demanda de información y con ella crecen las tiradas y el

volumen de ventas, en medio de una verdadera eclosión informativa con una libertad de expresión que lentamente se abre paso entre una censura y una represión selectivas, la prensa de la izquierda radical intenta hacer oír su modesta voz en medio de un verdadero estruendo informativo.

En esta batalla por la información y la opinión, la prensa de la izquierda radical, dotada de pocos y malos medios y de escasos recursos económicos, recién salida de la clandestinidad o todavía en la ilegalidad, encuentra insuperables dificultades para poder competir con los medios de gran tirada.

Esta desigualdad de fuerzas frente al discurso del consenso tratará de ser suplida con el auxilio de otros soportes -hojas, carteles, pancartas, pintadas o la movilización callejera (los lectores son actores)-, pero, además de las económicas (que son decisivas), tiene graves dificultades para convertir la vieja actividad de agitación y propaganda -la *agit/prop*-, peculiar de la época clandestina, en publicaciones regulares (adecuando vistosidad, presencia, forma, agilidad, contenidos) para competir en un mercado propio pero reducido, de poco público potencial y con muchas otras publicaciones de la "competencia política" del mismo espectro.

Dejando aparte el decisivo factor de sus recursos económicos, que son exíguos, sus limitaciones más graves son: carece de formación adecuada (no hay escuelas de *periodismo revolucionario*) salvo la obtenida por la práctica y la experiencia; sufre un proceso de reconversión técnica (transformación de imprentas clandestinas en legales, paso de la multicopista al ofset) y el traslado desde el exterior al interior del país o la reinstalación legal de los aparatos clandestinos; poca cualificación profesional (a nivel de redacción y de talleres) y escasa división del trabajo, todo ello suplido con trabajo gratuito entregado sin limitación de tiempo.

10.4.2. BREVE ANÁLISIS HEMEROGRÁFICO

10.4.2.1. Revista: BANDERA ROJA

Nombre: <u>BANDERA ROJA</u>	Editor: O.C.E. (B.R.)
Lugar edición: Barcelona	Periodicidad: semanal
Director: no aparece (1)	Formato: 26 x 37 cm
Depósito legal: B-47273-1977	Nº pgs: 16
Año: X, 1978	Impresión : offset
Pvp: 20,- pts	Tintas : 1

Portavoz de la Organización Comunista de España (Bandera Roja)

(1) No aparece, pero en el artículo "Diez años de Bandera Roja" publicado en el nº 117 de la revista (25-XII-1978) se cita como director en esa época a Ferrán Fullá.

El primer número de BANDERA ROJA aparece en Barcelona en el mes de noviembre de 1968, en una edición clandestina multicopiada de unos pocos centenares de ejemplares, como plataforma de un pequeño colectivo de comunistas separado del grupo "Unidad", escisión a su vez del PSUC.

La publicación, de aparición irregular, hasta el número 17 no figura como portavoz de la OCE (BR), coincidiendo con un cambio de línea y con una edición más regular.

En los cinco primeros años -entre noviembre de 1968 y octubre de 1973- se editan 16 números, en los cinco años siguientes se llega al centenar (nº 100, junio, 1978). Desde 1977 aparece legalmente e impresa en offset.

El último número es el 209 -12 marzo, 1989-, pues la revista desaparece al integrarse la OCE (BR) en el PSUC siguiendo los acuerdos de su Vº y último congreso.

10.4.2.2. Revista: EN LUCHANombre: EN LUCHA

Editor : O.R.T.

Lugar edición : Madrid

Periodicidad: semanal

Director : José Antonio Cruz

Formato : 31,5 x 43

Dep. legal : DL :M-6719-1977

Nº páginas : 16

Año : IX, 1978

Impresión : offset

Pvp : 15,- pts

Tintas : 1, 2 en portada

Organo del Comité Central de la Organización Revolucionaria de de Trabajadores.

La revista, como "*Órgano Central de la Organización Revolucionaria de Trabajadores*", aparece en 1969, impresa en multicopista, a tamaño folio y con una periodicidad que tiende a mensual. Su contenido comprende denuncias, luchas obreras, información sobre convenios, noticias internacionales, artículos de opinión y de teoría, temas de organización y todo lo que puede considerarse cultura obrera comunista en un amplio sentido.

A partir del nº 1 de 1973, año IV, aparece en la cabecera un anagrama con la hoz y el martillo y el lema. "*Proletarios de todos los países y pueblos oprimidos, unámonos*" y desde el nº 7 del año V -mayo de 1974- es "*Órgano del Comité Central de la Organización Revolucionaria de Trabajadores*".

El 12 de junio de 1976 (año VII) aparece el nº 100. Desaparece en 1979, al fusionarse PTE y ORT, y es sustituido por Yesca, de corta duración, y luego por Comunistas.

10.4.2.3. Revista: LA UNIÓN DEL PUEBLO

Nombre: LA UNIÓN DEL PUEBLO	Editor : P.T.E.
Lugar edición : Madrid	Periodicidad : semanal
Director: Antonio Fernández Lera	Formato: 31,5 x 47,5 cm
Depósito legal: DL M 27589-1977	Nº pgs : 16
Año : I, 1978	Impresión : offset
Pvp : 20,- pts	Tintas: 1, 2 en portada

Órgano del Comité Central Federal del Partido del Trabajo de España.

(*) hasta el nº 70, septiembre 1978, el formato es 27,5 x 40

La historia de esta publicación es azarosa, por lo menos en lo concerniente a la mancha.

El antecedente más lejano es Unidad (Órgano del Comité provincial de Barcelona) que aglutina a un grupo de militantes escindidos del PSUC en 1967 y constituidos en PCE (I). En 1969 la revista se convierte en Mundo Obrero Rojo ("Órgano marxista-leninista del Comité Central del PCI"), que en abril de 1973 cambia de formato y numeración tras la refundación de este partido en el denominado "Congreso de constitución".

El 9 de abril de 1975, la publicación cambia su nombre por el de El correo del pueblo ("Órgano central del Partido del Trabajo de España"), que es la nueva denominación del PCE (I) para poder adherirse a la Junta Democrática.

El 21 de abril de 1977, para adaptarse a la coyuntura política, la publicación vuelve a cambiar su nombre por el de La unión del pueblo que pervive hasta abril de 1979, en que desaparece como órgano del PTE, pues, tras la fusión de éste con la ORT, aparece un órgano conjunto -Yesca- de vida tan efímera como el partido resultante.

10.4.2.4. Revista: VANGUARDIA OBRERANombre : VANGUARDIA OBRERA

Editor: P.C.E. (m-l)

Lugar edición : Madrid

Periodicidad: semanal

Director/a : no aparece

Formato : 29,5 x 41,5 cms (*)

Depósito legal :

Nº páginas : 12

Año : XIV, 1978

Impresión : offset

Pvp : 20,- pts

Tintas : 1

Órgano del Comité Central del Partido Comunista de España (marxista-leninista).

(*) Hasta abril de 1978 el formato es 22 x 31,5 cms y trae 8 páginas.

Tiene su antecedente en la revista La chispa, que aglutina a un grupo disidente en el interior del PCE -Oposición Revolucionaria Comunista de España, dirigido por Elena Odena y Raúl Marco- que acaba transformándose, en diciembre de 1964, en el PCE (m-l).

El órgano portavoz de este nuevo partido es Vanguardia Obrera, cuyo primer número aparece en enero de 1965 y, pese a todos los avatares, continúa apareciendo hasta el 5 de febrero de 1992 en que se publica el nº 788 y último.

Al cesar la actividad pública del partido decidida en su VI Congreso, le sustituye la revista mensual Libertad 7 -número 0, noviembre de 1992- que aglutina a un colectivo de estudios.

10.5. PRIMER REPERTORIO DE PUBLICACIONES

<u>Título</u>	<u>Editor</u>	<u>Lugar</u>	<u>Period.</u>	<u>Tipo</u>
ACCION	F.R.A.P.		mensual	órgano
ACCION COMUNISTA	A.C.	Bruselas	variab	órgano
ACTUALIDAD - PROLETARIA	O.I.C.E.	Madrid	variab.	6.C.Castilla
ADELANTE	OCE (BR)	Madrid	quincenal	P.C.Madrid
¡ ARA !	O.R.T.	Valencia	mensual	C.P.Valen.
ARMA DEL PUEBLO	U.C.E.	Valencia	mensual	ó.político
AVANT !	P.T.E.	Barcelona	quincen	C.Nal.Cat.
LA AURORA	P.O.R.E.	Barcelona	mensual	O.T.L.R.IV.
BANDERA ROJA	OCE (BR)	id	semanal	portavoz
BANDERA ROJA	P.C.E. (r)		mensual	órg CC
LA BATALLA	P.O.U.M.	Barcelona	id	boletin
LA BATALLA - VOZ - OBRERA	AC-CUM-POUM	id	irregul.	órg enlace
CANARIAS UNIDAD - POPULAR	O.R.T.	Canarias	mensual	C.Nal Can.
COMBATE	L.C.R.	Madrid	semanal	o.CC Unif.
COMBATE SOCIALISTA	P.O.S.I.	Madrid	mens.	org. C.C.
EL COMUNISTA	P.C.(UR)	Granada	mensual	C.Prov.
CUADERNOS DE - COMUNISMO	L.C.R.	Madrid	bimensual	r. teórica
¿DE VERDAD?	U.C.E.	Valencia	semanal	órg.
EN LUCHA	O.R.T.	Madrid	semanal	órg. C.C.
ERGUEDEVOS	P.T.E.	Galicia	mensual	C.Nal.Gal.
FORJA COMUNISTA	UJM (ORT)	Madrid	mensual	org.C.C.
GACETA ROJA	P.C.E.(r)	Madrid	mensual	órgano
GAZTE KOMUNISTA	JIC (OICE)	Euskadi	mensual	J.Euskadi
GUIA ROJA	JUCE (UCE)	Valencia	mensual	o. JUCE
HACIA EL SOCIALISMO	P.T.E.	Madrid	mensual	revista
HERTZALE	H.A.S.I.		mensual	órgano
IZQUIERDA COMUNISTA	O.I.C.E.		mensual	órg. CC

JUVENTUD ROJA	P.C.(U.R.)	Málaga	id	O. JJ.CC.
LUCHA OBRERA	M.L.C.	Madrid	irreg	periódico
LUCHA OBRERA	P.O.R.E.	Barna	irreg	org.
MANIFIESTO	U.M.L.	Madrid	bimensual	órg. CC
MANIFIESTO	U.C.K.B.	Donosti	mensual	órg. UC.KB
MILITANTE	JIC (OICE)		mensual	C.Nal.JIC
EL MILITANTE	O.R.T.	Madrid	mensual	ó. teórico
MUNDO OBRERO	PCE (89-90C)	Madrid	mensual	org. C.C.
NUESTRA CLASE	UML-Co.Oo.	Madrid	mensual	rv. obrera
OCTUBRE	U.M.L.	id	cuatrim.	rev.teor.
POLITICA COMUNISTA	OCE (BR)	Barcelona	mensual	rev.teor.
PRENSA OBRERA	L.O.C.	id.	semanal	org. C.C.
PODER OBRERO	P.C.(U.R.)	Almería	irreg.	bol.C.Prov.
REVOLUCION	P.C.(UR)	Málaga	varia.	rev.política
REVOLUCION ESPAÑOLA	P.C.E(m-1)	Madrid	variab.	rev.teórica
SERVIR AL PUEBLO	M.C.	Madrid	quincenal	periódico
TRIBUNA SOCIALISTA	P.O.U.M.	París	semestral	rev.crit.
UNIDAD ROJA	P.C.(UR)	Málaga	mensual	Org. CC
UNIFICACION -				
COMUNISTA	UC-KB	Donosti	mensual	org CC
LA UNION DEL PUEBLO	P.T.E.	Madrid	semanal	o.C.C.Fed.
VANGUARDIA OBRERA	P.C.E.(m-1)	Madrid	semanal	org. C.C.
VENCEREMOS	JGR (PTE)	Madrid		or.central
LA VERDAD	L.S.R.	Madrid	mensual	org.
VERDAD OBRERA	P.C.(U.R.)	Málaga	mensual	o.agit.C.C.
VIURE DE LA TERRA	O.R.T.	Valencia	"	C.N. P.V.
LA VOZ COMUNISTA	P.C.T.	Madrid	mensual	Org. C.C.
LA VOZ DE LA JOVEN				
GUARDIA	J.G.R.(PTE)	Madrid	mensaul	org.CC
LA VOZ DEL PUEBLO -				
CANARIO	P.U.C.C.	Tenerife	mensual	org
VOZ OBRERA	A.C.	Barcelona	quincen.	periódico
LA VOZ DE LOS -				
TRABAJADORES	O.I.C.	Madrid	quincen.	periódico
ZUTIK	L.K.I.	Euskadi	mensual	revista

10.6. TEXTOS DE INTERÉS

10.6.1. BANDERA ROJA

Editorial del nº 101; 15-22 de junio de 1978.

Texto conjunto de UCE - OCE(BR)

CONTRA LA CONSTITUCIÓN MONÁRQUICA

Nuestro país está a punto de vivir un acontecimiento especialmente importante: la 'legalización' plena, como alternativa al Régimen franquista, de la monarquía de Juan Carlos de Borbón. El punto culminante de esta 'legalización' es la próxima aprobación por las Cortes del texto constitucional que consagra la forma monárquica del Estado. De esta manera, los enemigos del pueblo quieren perpetuar su dominación.

Este suceso va a tener un peso indudable en el futuro inmediato de España. Para la clase obrera y el resto de las clases populares tiene mucha importancia la cuestión de qué hacer ante estos hechos.

Hoy, nuestros dos Partidos, Organización Comunista de España (Bandera Roja) y Unificación Comunista de España, nos dirigimos conjuntamente a todos los obreros, a los campesinos y a los trabajadores, y a todas las fuerzas populares, revolucionarias, republicanas y antiimperialistas de nuestro país con un objetivo común: lograr la unidad combativa de todas las fuerzas del pueblo contra sus enemigos: la burguesía monopolista y el imperialismo y lograr que la 'batalla' de la Constitución sea un primer paso en el camino de esa unidad popular.

1º. La Constitución Monárquica es resultado de la actual correlación de fuerzas existente entre las distintas clases sociales en España. Las luchas de las masas populares llevaron a la quiebra al franquismo y han impuesto la conquista de una serie de libertades democráticas. Pero el movimiento popular antifascista ha carecido de una dirección revolucionaria. Apoyados por

la influencia del revisionismo y del reformismo, los enemigos del pueblo han impuesto una salida a la crisis del Régimen de Franco, favorable a sus intereses; han cambiado de régimen para asegurar el mantenimiento de su Estado, dejando intacta una parte esencial de sus aparatos de dominación. Han pasado de valerse principalmente del terrorismo abierto sobre las masas populares, a valerse principalmente del engaño, de la demagogia para seguir ejerciendo su dominio sobre España.

El actual proyecto constitucional es básicamente un instrumento del gran capital para continuar explotando y oprimiendo a la clase obrera, a los trabajadores y al pueblo.

2º. La alternativa del gran capital y el imperialismo norteamericano para nuestro país es la consolidación de un régimen de democracia burguesa, estrechamente vinculado e integrado en el sistema de alianzas militares y políticas bajo la hegemonía de EE.UU. El centro medular de esta alternativa es la monarquía. En la figura de Juan Carlos de Borbón confluye un complejo sistema de relaciones e intereses económicos y políticos entre las fuerzas del imperialismo y las distintas fracciones de la burguesía monopolista, entre los viejos aparatos franquistas (ejército, policía, aparatos administrativos, etc) y los nuevos aparatos democrático-burgueses. Pero, sobre todo, la monarquía representa la garantía de continuidad de lo esencial de los aparatos puestos en pie por el franquismo: el ejército, la policía y todo el aparato judicial y burocrático. Combatir a la monarquía es combatir el centro neurálgico de la alternativa de los enemigos del pueblo.

3º. El PCE y el PSOE están jugando un papel de pieza clave para la consolidación monárquica. Los dirigentes de estos partidos han traicionado la confianza de la clase obrera y del pueblo. Por un lado, han pactado y se han subordinado a los grandes capitalistas aceptando sus condiciones y, por otro, han desencadenado permanentes campañas de propaganda cuyo objetivo es desorientar y desmovilizar a la clase obrera y al pueblo en su lucha contra la explotación y la opresión a que las somete el gran capital. Ante el debate del proyecto constitucional, los dirigentes de estos partidos han comulgado con ruedas de molino y, haciendo

críticas en lo secundario, han pasado a aceptar lo esencial del proyecto de consolidación de la Monarquía.

40. Alianza Popular, Unión de Centro Democrático, el PSOE y el PCE se han puesto de acuerdo en lo sustancial: la 'legalización' y consolidación de la Monarquía. Sin embargo, las fuerzas más reaccionarias, AP y UCD, intentan frenéticamente limitar al máximo y vaciar de contenido las libertades democráticas y las conquistas populares. Así, niegan la mayoría de edad a los dieciocho años; 'conceden' autonomías ficticias, Gobiernos Autonómicos sin ningún poder efectivo que no tienen nada que ver con las exigencias de las nacionalidades oprimidas; limitan los derechos de la mujer; imponen draconianos reglamentos para beneficio del capital financiero ('lock-out'); consagran la 'economía de mercado' (el sistema de explotación capitalista) y un largo etcétera. Ante estas dentelladas de las camarillas neofranquistas de UCD y AP, los dirigentes del PSOE y del PCE mantienen una actitud desfalleciente. Se limitan a protestar verbalmente, lloriquean y al mismo tiempo boicotean cualquier movilización popular que pueda presionar ante las Cortes nacidas el 15 de junio.

Nuestros dos Partidos están contra la Constitución Monárquica, una constitución al servicio exclusivo del gran capital y del imperialismo. Nuestros dos Partidos están por una República que garantice las más amplias libertades para el pueblo, que realice profundas transformaciones económicas y sociales (nacionalización de la banca y los monopolios, reforma agraria, etc) y que asegure la independencia nacional frente al imperialismo.

Nuestros dos Partidos están por una República que abra las puertas al socialismo en nuestro país. Para ello, estamos por impulsar y forjar la más amplia y combativa Unidad Popular contra el dominio político y económico de la burguesía monopolista y el imperialismo sobre España.

Nuestros dos Partidos están dispuestos a luchar sin escatimar esfuerzos por lograr la unidad de todas las fuerzas consecuentemente democráticas, republicanas, nacionalistas y revolucionarias para denunciar el actual proyecto constitucional, para promover

y encabezar movilizaciones de masas por la exigencia del reconocimiento de sus demandas.

Estamos, pues, dispuestos a utilizar todos los medios y resquicios legales que permitan crear condiciones más favorables para el desarrollo de la lucha, la conciencia y la organización de las masas populares y lograr de esta manera el avance del movimiento revolucionario en España.

NO A LA CONSTITUCIÓN MONÁRQUICA

FRENTE A LA MONARQUÍA DEL GRAN CAPITAL: REPÚBLICA POR LA UNIDAD POPULAR

10.6.2. BANDERA ROJA

Editorial del nº 106, 7-14 de septiembre de 1978.

RECHACEMOS LA CONSTITUCIÓN CON UNA AMPLIA ABSTENCIÓN ACTIVA Y POLÍTICA

Rechazamos una Constitución que pretende legitimar la dominación capitalista. Estableciendo constitucionalmente la 'economía de mercado' el pleno sometimiento a la propiedad y a la iniciativa privada, el pleno poder patronal de organizar la producción y el trabajo y el empleo bajo criterios de productividad, el poder patronal absoluto en la empresa, el derecho de lockout, la no supresión del despido libre y el recorte de las libertades sindicales...Vetando así y en su conjunto toda perspectiva socialista.

Rechazamos una Constitución que pretende legitimar la Monarquía y sus poderes por encima del control y de la voluntad popular. Estableciendo con ello el mandato supremo del estado, del ejército...así como atribuciones de designación de presidente del Gobierno, de las del Tribunal Supremo, de disolución de las Cortes. Estabiliza la restauración Monárquica y su prolongación hereditaria. El rey, símbolo de la 'unidad del estado', de carácter inviolable y no sujeto a responsabilidad como un PODER

CENTRAL de garantía y reserva para las clases dominantes.

Rechazamos una Constitución que pretende legitimar el centralismo del capital monopolista, impidiendo el derecho de autodeterminación, el ejercicio efectivo de la soberanía y autogobierno a las diversas nacionalidades, reservando como atribuciones exclusivas del estado todas las competencias políticas, judiciales, económicas...e impidiendo por tanto toda concreción popular avanzada de las autonomías y de su vía de lucha por el socialismo. Establece por fin que el mecanismo de elaboración de estatutos es aprobado en Madrid y el papel de las nacionalidades es 'ratificarlo'.

Rechazamos una Constitución que perpetúa en lo fundamental la opresión y explotación de la mujer, que niega el derecho al divorcio, al aborto, que mantiene las discriminaciones de la mujer en el trabajo e ignora la coeducación, figurando de forma demagógica la igualdad de sexos.

Bajo estos cuatro grandes ejes se pretende consolidar los pilares básicos de la denominación (sic) Capitalista. De la nueva dictadura en forma 'democrática' de la burguesía, que se estructura a base de un fuerte aparato represivo heredado de la dictadura y reforzado en sus medios. Que legitima paralelamente leyes antiterroristas, prácticas de estado de excepción, limitación de libertades políticas y sindicales. Así como un amplísimo frente de represión social, sexual y penitenciaria.

El rechazo a la Constitución enlaza con la perspectiva abierta de lucha por un programa obrero frente a la crisis capitalista, en la lucha por el derecho de autodeterminación, por las autonomías populares, por la república, por los plenos derechos sindicales, por la liquidación del aparato represivo, por los plenos derechos de la mujer, y contra la subordinación imperialista económica y militar.

El rechazo a la Constitución es una necesidad de todos los trabajadores de la industria, de los servicios, del mar, de los campesinos, de las mujeres y de la juventud porque atenta directamente contra sus exigencias. Es por tanto el rechazo a una Constitución contraria a la mayoría absoluta del pueblo.

El rechazo a la Constitución no es una batalla tan sólo de un día ni de un referéndum. Es una batalla que ya se ha expresado en múltiples formas en los últimos meses con hechos tan importantes

como la Huelga general de Euskadi, las grandes huelgas obreras y las exigencias sindicales, las movilizaciones por la autonomía frente a los actuales proyectos o las movilizaciones de las mujeres. Es la unidad de objetivos pendientes en la lucha contra la dictadura y el avance de la unidad popular frente a la reforma, a la Monarquía y los pactos antipopulares. Esta lucha se ha expresado antes del referéndum, se expresará en él y continuará después. Porque la lucha contra esta Constitución va más allá de lo inmediato y enlaza con la lucha contra el proyecto del gran capital por la conquista del socialismo lucha que la Constitución pretende encajonar con barreras escritas y pactos antipopulares.

El mismo referéndum, no es más que el viejo método de las clases dominantes para controlar con todas las garantías sus resultados. Para encubrir en él una sola propuesta sin alternativas y poner todos los resortes del poder en la consulta. Incluso en él se utilizará la demagogia y el posibilismo 'democrático' situándolo como la única vía entre la vieja dictadura y el terrorismo. Los partidos reformistas PCE -PSOE después de un largo año de subordinación a todo el proyecto capitalista contribuirán con fuerza a esta demagogia.

En ello se juegan su papel y sus privilegios, aferrados a su reforma pactada y a su resultado del 15 de junio. La misma Constitución CON TODOS SUS LIMITES será más adelante una buena excusa para no ir más allá si gobiernan o colaboran desde fuera con el Gobierno. Esta Constitución les permite, en definitiva, su juego dentro del marco capitalista acatando su lógica y sus límites.

Por todo ello la Secretaría Política de la OCE (Bandera Roja) llama a una amplia campaña de denuncia y rechazo de la Constitución en donde se sitúe con fuerza todo el rechazo político a este proyecto, las principales exigencias populares y se concrete un amplio frente de abstención activa y política.

La expresión concreta de este rechazo debe saber aglutinar la máxima fuerza, no sólo en la unidad entre luchas y exigencias concretas frente a la Constitución, sino también en la forma de actuación popular en las urnas que a nivel general se expresará en la abstención. Al mismo tiempo, entendemos que esta consigna debe de estar abierta al debate popular y con otras fuerzas

políticas y de masas para que si el NO sintetiza la denuncia política y la más amplia expresión de masas, como en el caso de Euskadi éste sea el slogan defendido por los comunistas.

El rechazo a la Constitución a través de la abstención activa y política y del NO revolucionario significarán un amplio frente de rechazo a la Constitución y la nueva dominación capitalista y Monárquica que debe facilitar las batallas del futuro y el avance de una alternativa comunista en las elecciones.

10.6.3. BANDERA ROJA

Editorial del nº 110; 16-23 de octubre de 1978.

ANTE EL REFERÉNDUM CONSTITUCIONAL !ABSTENCIÓN;

La constitución que someterán a referéndum va a consagrar, tal como se dijo en otros números de Bandera Roja, una serie de normas inaceptables por antipopulares y antidemocráticas tales como las siguientes: el jefe del Estado no es elegido por la población; las nacionalidades no tienen derecho a la autodeterminación, o sea a decidir libremente su futuro; se subraya el papel del ejército en la defensa de la Constitución; se legalizan las formas más brutales de explotación como el lockout, etc. Esta Constitución no recoge, pues, las aspiraciones de la inmensa mayoría de la población. Sólo para poner un ejemplo, tenemos la pelea entre los dirigentes del Partido Nacionalista Vasco y el Gobierno porque éste no está dispuesto a aceptar unos viejos derechos de Vizcaya y Guipúzcoa. Si incluso estos dirigentes burgueses vascos, que en su momento no defendieron el derecho a la autodeterminación, están incómodos dentro de la Constitución, ¿cómo van a estar los trabajadores?.

Utilizando como pantalla algunos derechos democráticos que el Gobierno ha tenido que reconocer por la lucha del pueblo, se pretende ahora imponernos una Constitución cortada a la medida de los grandes empresarios, banqueros, terratenientes y de sus

amigos de dentro y fuera del país, o sea una Constitución al servicio del cinco por ciento de la población, que es lo que suman todos esos caballeros.

Los comunistas no apoyaremos nunca algo que va en contra de los intereses de la inmensa mayoría del pueblo. Por eso rechazamos la actual Constitución. Ahora bien, ¿cómo organizar este rechazo ante el referéndum?. En el conjunto del Estado, es decir excepto en Euskadi en que se dan condiciones especiales, nuestro partido considera que la actitud más consecuentemente revolucionaria se expresa mediante la abstención política, activa.

Algunos opinan que el 'no' es más claro y tajante, es más revolucionario. Nosotros, en cambio, pensamos que hoy votar 'no' en todo el Estado significa no tener en cuenta lo que el enemigo quiere lograr con el referéndum y lo que los revolucionarios y el pueblo tenemos que sacar de él.

En primer lugar, el referéndum no está pensado para que en él se decida nada, sino para 'demostrar' con números en la mano que la población está satisfecha con lo que hay, que los que protestan son una ridícula minoría. Es decir, pretende aislar las corrientes revolucionarias y progresistas. En cuanto a números, el gobierno ya tiene ganado el referéndum. Por dos razones. Primero, porque se ha asegurado la colaboración de los principales partidos políticos. Segundo, porque el referéndum lo están planteando como un voto a la democracia contra el franquismo: usted no quiere el franquismo, pues vote sí a la Constitución; como si se estuviese decidiendo ahora la posibilidad de volver al franquismo. De esta manera se nos intenta esconder la realidad de la Constitución.

De lo que se trata para el gobierno y para los que lo apoyan es de sumar 'síes' como sea, dando gato por liebre si es necesario, ya que lo importante del referéndum para ellos viene después, con el uso que harán de sus resultados para decirnos: 'Tenéis lo que habéis votado libremente, ¿de qué os quejáis?.'

Mire por donde se mire, el referéndum se nos presenta de modo desfavorable: es el enemigo quién nos emplaza y quién nos obliga a entablar batalla cuando él quiere y en su terreno, o sea contando con los medios más poderosos para sembrar la confusión en la gente sobre el sentido del voto, habiendo evitado que el debate constitucional se proyectara en la calle y no existiendo

ahora un clima de movilización popular lo bastante amplio como para permitir, por nuestra parte, una labor de explicación política de la envergadura necesaria. En estas condiciones, ¿cuál ha de ser el objetivo de las fuerzas revolucionarias?

El primer objetivo consiste en reducir lo más que se pueda el número de los que participen en la votación, o sea trabajar para quitarle importancia a los resultados del referéndum, para desacreditarlo. Para cumplirlo hay que esforzarse por sumar el número de los que representan la oposición más consciente, más organizada, con toda aquella amplia masa de población que simplemente no ve clara la jugada, que se ha ido desengañando de las promesas hechas en las elecciones de junio de 1977 y que ha sufrido las consecuencias del Pacto de la Moncloa y también, con aquellos sectores minoritarios de la burguesía pequeña o media frustrados ante las autonomías sin poder real. Esta parte de la población, en su mayoría, no irá a votar porque no ve claro que ello sirva para mejorar o cambiar nada, y tampoco tiene otra idea completa de sociedad para oponer a la actual Constitución.

Estas condiciones son algo distintas en Euskadi, en donde nuestro partido defiende el 'no', ya que allí el 'no' lo ha hecho suyo la amplísima corriente popular que en las restantes nacionalidades se abstendrá de votar.

Los que defienden el 'no' como consigna general en todo el Estado, lo que están proponiendo en realidad es que los sectores más conscientes del pueblo se separen de esa gran masa que cada vez más mira con desconfianza al toma y daca entre Suárez, Carrillo o González. Los partidarios del 'no' olvidan que hoy los revolucionarios proletarios deben organizar y educar a esa gran masa que, con su desconfianza a participar en el referéndum, expresa una reacción instintiva, progresista, contra los tinglados del postfranquismo. Objetivamente esa masa es, ante el referéndum, el sector revolucionario del pueblo.

Nuestro segundo objetivo consiste precisamente en lograr algunos resultados en esta labor de educación política, en reforzar nuestra ligazón con este sector del pueblo para ganar fuerza y capacidad de iniciativa en luchas posteriores. Ello exige multiplicar nuestro trabajo de explicación, llevar la discusión allí donde haya un solo comunista, elevar la comprensión política

de nuevas capas de trabajadores, crear grupos de simpatizantes que colaboren activamente en la campaña de denuncia de la Constitución como primer paso hacia un compromiso militante más alto. Ello exige también prestar la máxima atención a las luchas en curso, a las huelgas y protestas de obreros y campesinos, de los vecinos por una vivienda digna, contra el encarecimiento de los transportes o por mejorar las condiciones de vida en los barrios, a las acciones de las mujeres y los jóvenes por el reconocimiento de sus derechos, a las movilizaciones contra las autonomías nacionales o regionales recortadas, etc...haciendo ver cómo cada reivindicación sentida por los trabajadores no tiene cabida en esa Constitución.

Así entendemos la abstención activa y política como la mejor, es decir, la más revolucionaria de las formas con que hoy se expresa el rechazo claro y tajante a la Constitución monárquica.

10.6.4. BANDERA ROJA

Editorial del nº 117; 25 diciembre, 1978 - 8 enero, 1979.

TRANSFORMAR LA ABSTENCIÓN EN AVANCE DE LAS FUERZAS POPULARES

Por más que el Gobierno, el PSOE y el PCE y la prensa burguesa intentan ignorarlo, la abstención política en el pasado referéndum tiene un claro signo popular de desconfianza y rechazo a la reforma monárquica.

La imagen televisiva de la unidad de los 'españoles' en torno al nuevo régimen se ha roto en pedazos. La verdad es que la burguesía apenas ha conseguido el apoyo a su constitución (sólo un 59 por ciento de la población votó sí) y ello se lo debe en gran parte a sus nuevos servidores, el PSOE y el PCE.

De nuevo se dibujan dos campos definitorios de la lucha de clases en la España actual. El campo de la burguesía, en el que se han integrado las fuerzas reformistas del PSOE y el PCE, y que se unifica en torno a la defensa de los planes del gran capital:

pacto social, política de empeoramiento de las condiciones de vida y trabajo del pueblo (paro, congelación salarial, aumento de precios, incremento de la productividad) como vía capitalista de hacer frente a su propia crisis económica, dependencia e integración en el campo imperialista y estado fuerte bajo la institución de una monarquía intocable.

Y, del otro lado, el campo popular que empieza a reorganizarse y del que ha sido expresión clara la abstención política. Tres grandes fuerzas se van dibujando en este campo: la clase obrera y el campesinado pobre, los comunistas; las fuerzas nacionalistas revolucionarias de Euskadi, Catalunya, Galicia y Canarias; y los demócratas republicanos.

Debemos reconocer que la contraofensiva de la burguesía en torno a las elecciones del 15 de junio, los pactos de la Moncloa, la Constitución monárquica, consiguió dividir y confundir al pueblo. La abstención en el referéndum ha supuesto parar los pies a esta ofensiva. Se abre un período que se caracteriza por el intento de consolidación del nuevo régimen por parte de la burguesía y de reorganización de las fuerzas populares.

Para consolidar este régimen la burguesía necesita resolver dos grandes cuestiones. Primero, superar la crisis económica; esto es, incrementar los grados de explotación y opresión para hacer cargar al pueblo el enorme coste de la actual crisis capitalista. Y esto va a ser difícil que la clase obrera española lo acepte. Segundo, resolver el problema de las nacionalidades cuya expresión popular es la exigencia de auténticos autogobiernos y el derecho a la autodeterminación. Lo que difícilmente aceptará la burguesía. Como se ve, no va a ser fácil consolidar este régimen.

La reorganización de las fuerzas populares

Si la abstención representa un primer avance de las fuerzas populares, la realidad es que queda aún mucho por hacer. Transformar la abstención política en organización política del pueblo es una ardua tarea, cuyas líneas generales vienen marcadas por la necesidad de construir un fuerte Partido Comunista y ganar a la mayoría del pueblo.

Pasado el referéndum, se trata de llevar la lucha política a los diversos terrenos en que se sitúa la lucha de masas. Se trata de

ordenar la resistencia obrera y campesina frente a la crisis y ante los nuevos convenios: contra el paro, contra la venta de las grandes empresas, contra la congelación salarial. Levantar de nuevo la lucha popular en los barrios y pueblos, frente al deterioro de las condiciones de vida: vivienda, enseñanza, sanidad, etc. Fortalecer y radicalizar el movimiento de liberación de la mujer, y reorganizar la juventud en rebelión contra la redoblada opresión que sufre en nuestros días. Y se trata a su vez de hacer que las nuevas luchas choquen con los límites de la Constitución de forma que se abran profundas brechas por donde penetre el movimiento revolucionario del pueblo.

Dos objetivos deben presidir la tarea de todos los revolucionarios en este período: reorganizar y fortalecer las organizaciones de masas, acrecentando al tiempo el peso de las posiciones revolucionarias en su seno, y fortalecer el partido y unir las fuerzas comunistas.

En esta perspectiva debemos también trabajar por la unidad de las fuerzas comunistas y las fuerzas nacionalistas revolucionarias.

Prepararnos para las próximas batallas electorales

El consenso y el gobierno de la UCD han recibido un tremendo golpe con la abstención. Llevar a la práctica la política del gran capital exige contar con un gobierno fuerte, y esto quiere decir un gobierno de coalición UCD-PSOE y nuevas elecciones.

Aún no está decidido si primero se celebrarán elecciones generales, municipales o ambas a la vez. En todo caso, debemos partir de la idea de que en mayo o en abril habrá elecciones. Nosotros exigimos las municipales. Es lo que procede desde una lógica democrática y lo más favorable para el pueblo. Pero debemos prepararnos también para la eventualidad de unas generales.

Nuestra propuesta es clara en uno y otro caso, formar Candidaturas de Unidad Comunista que permitan unir fuerzas y consolidar electoral y organizativamente el avance de las fuerzas populares. Nuestro partido se compromete en este sentido multiplicando los esfuerzos para que la campaña electoral coincida a su vez con una nueva dinámica de lucha de masas.

Avanzar en la unidad de las fuerzas comunistas y de la nueva vanguardia obrera y popular es la única garantía de victoria.

10.6.5. EN LUCHA

Extractos del documento "Sobre la Constitución" de la Secretaría Política del Comité Central de la ORT, aparecidos en el periódico *EN LUCHA*, número 161, del 8 al 15 de agosto, 1977.

ESPAÑA NECESITA UNA CONSTITUCIÓN DEMOCRÁTICA

Ante el próximo e inminente debate en las Cortes sobre la elaboración de una Constitución que regule la actividad política de nuestro país, la Secretaría Política del Comité Central de la ORT ha elaborado un documento que señala los aspectos más importantes que debe recoger la Constitución. Por la importancia y trascendencia de dicho debate, nuestro Partido ha enviado este documento a los diputados y senadores Felipe González (Presidente del grupo parlamentario de diputados del PSOE), Santiago Carrillo (Presidente del grupo parlamentario de diputados del PCE), Enrique Tierno Galván (Presidente del grupo parlamentario mixto de diputados), Joan Raventós (Presidente del grupo parlamentario Socialista de Catalunya), Juan María Bandrés, Lluís María Xirinacs y Francisco Letamendía.

En este artículo mostramos las cuestiones principales que aborda el documento de nuestra Secretaría Política.

España necesita un nuevo ordenamiento constitucional. Esa es una de las principales conclusiones extraídas de la victoria conseguida por las fuerzas democráticas en las pasadas elecciones del 15 de junio. Una Constitución que, como señala el documento, "reconozca y garantice, formal e institucional-mente las demandas populares de un régimen político que cancele el fascismo y que abra un período de efectiva titularidad y ejercicio popular de los derechos y libertades democráticas, individuales y colectivas, por cuya restauración y ampliación han venido luchando ininterrumpidamente los pueblos de España durante los últimos cuarenta años".

En el momento de redactar un texto constitucional conviene reflexionar sobre la experiencia histórica general de nuestro país y, más concretamente, sobre el período que se pretende

concluir. Máxime si tenemos en cuenta que el régimen imperante en España estos últimos cuarenta años ha sido de carácter fascista; justo pues, lo contrario de la Constitución que ahora se debe elaborar.

España necesita no solamente una Constitución democrática sino, además, una Constitución abiertamente antifascista. Esto significa en primer lugar, barrer todo vestigio y supervivencia institucional del régimen anterior, privando a las fuerzas fascistas de su poder en el aparato del Estado. A su vez, no debemos de ignorar que la clase responsable de la subida al Poder del fascismo ha sido la oligarquía, la misma que hoy sigue teniendo en sus manos el poderío económico y político; la misma que tiene copadas las instituciones estatales. Por ello, eliminar las posibilidades de marcha atrás va parejo al debilitamiento del poderío de esa oligarquía y al aumento del protagonismo e influencia política del proletariado en el Estado.

De ahí la responsabilidad de los partidos democráticos, y especialmente de aquellos que se encuentran en el Parlamento, de lograr una Constitución Democrática, fundada en el reconocimiento de la soberanía popular, expresada a través del sufragio universal y sobre el principio de que todos los poderes políticos emanan del pueblo organizado como electorado.

El documento señala que "la Constitución va a estar bajo el poder burgués: el poder real va a seguir gravitando en la burguesía y por ese solo hecho el peso político del pueblo sobre el Estado y su influencia en los órganos estatales va a estar muy limitado". Es cierto, la clase obrera y los pueblos de España no han podido unir en un único haz la derrota del fascismo y la de la oligarquía. Pero no es menos cierto que, como también señala el documento, el pueblo ha impuesto a los grandes capitalistas, enemigos de la libertad y la democracia, el reconocimiento de los derechos y libertades negados en las cuatro últimas décadas; con esa victoria y con la fuerza fraguada en los continuos combates logrará hacer de los derechos conquistados una potente palanca que le vaya acercando a la lucha decisiva por el Poder.

Las constituciones escritas son una pieza fundamental de la realidad política. Configuran el marco legal, jurídico-político en que deben desenvolverse los partidos y organizaciones.

De esta manera ayudan a moldear esa realidad política, dando forma a la relación de fuerzas existente.

Nada habrá más peligroso que valerse del equilibrio coyuntural reflejado en unas elecciones sui géneris, como las del 15 de junio, para hacer y deshacer componiendo un sistema político con marginación o subordinación manifiesta de sectores sociales y fuerzas políticas fundamentales.

Las condiciones antidemocráticas en que se desarrollaron las pasadas elecciones, dieron la mayoría a la UCD, fuerza política oligárquica que trata de recortar los derechos democráticos del pueblo, dificultando el ejercicio del poder constituyente por la nuevas Cortes.

En esta situación de predominio de los representantes de la oligarquía, se libra una batalla entre los que desean recortar los derechos democráticos y aquellos que desean ampliarlos. Se nos plantea pues, la necesidad de la unión de las fuerzas democráticas en todos los planos para defender las conquistas realizadas por el pueblo.

La responsabilidad adquirida por los partidos y fuerzas populares que tienen representación parlamentaria es grande; también lo son los deseos de los pueblos de España de ver realizadas las promesas hechas durante la campaña electoral.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA CONSTITUCIÓN DEMOCRÁTICA

Una Constitución democrática debe recoger y estar asentada en un mínimo de principios, fijados sin ningún género de confusión en las disposiciones fundamentales y proyectados sobre el conjunto del articulado. La ORT considera que estos fundamentos mínimos son:

- España es un Estado Democrático-Constitucional.
- La Soberanía reside en el pueblo.
- Todos los Poderes del Estado emanan del pueblo.

Frente al régimen fascista anterior únicamente basado en el poder coactivo, el Estado Democrático debe funcionar en el marco de la legalidad constitucional; marco que debe establecer las funciones políticas del Gobierno, la Magistratura y el Parlamento, y que debe asimismo fijar un mecanismo institucional que permita cierto control popular sobre los detentadores formales del Poder.

"Nuestro Partido, consecuente con el reconocimiento expreso de la soberanía popular, propugna que la forma de Gobierno fijada en la Constitución sea la República por cuanto configura el régimen político más democrático posible dentro del tipo de las democracias parlamentarias, esto es, un régimen que establezca una estructuración de los órganos superiores del Poder en la que el propio Jefe del Estado sea una persona electiva, con independencia de que ese carácter electivo se instrumente a través de la participación de toda la población organizada como electorado, del Parlamento o también de ambos coordinadamente". La imagen interesada que de Juan Carlos han dado los políticos oligárquicos, presentándolo como el "motor del cambio" y "el artífice de la democracia", tiene por objeto legalizar sin discusión la institución monárquica. Discrepamos en lo más profundo; el único motor que ha hecho posible el paso de la dictadura a la democracia, ha sido la lucha sostenida por el pueblo con la clase obrera a su cabeza por la conquista de los derechos democráticos. Por ello, y teniendo en cuenta que todos los poderes emanan formalmente del pueblo, nuestro Partido exige que de esta cuestión se haga materia de plebiscito, tal y como lo hicieron en su día Bulgaria e Italia, donde en el momento de redactarse una nueva Constitución democrática el pueblo pudo optar mediante plebiscito sobre el carácter de la Jefatura del Estado y del Gobierno. En ningún caso hay que admitir que la nueva Constitución niegue la reforma constitucional sobre este determinado aspecto. Las condiciones antidemocráticas en que se ha procedido a la restauración monárquica en España así lo aconsejan.

DERECHOS Y LIBERTADES FUNDAMENTALES

-La Constitución reconoce y garantiza el ejercicio de los derechos y libertades fundamentales, individuales y colectivas, de carácter político, económico, social y cultural. Igualdad jurídica de todos los ciudadanos sin distinción de sexo, raza, idioma, clase social, opiniones políticas y creencias religiosas. El Estado democrático español contribuirá a remover los obstáculos de carácter económico y social que limitan la igualdad de los ciudadanos en el ejercicio de sus derechos. Pondrá al servicio de los trabajadores y el pueblo, a través de las asocia-

ciones y partidos políticos que los representan legítimamente, los medios materiales que puedan hacer efectivo el ejercicio de las libertades democráticas.

Junto a estos derechos y libertades fundamentales de los españoles, concretados en determinados puntos, la nueva Constitución democrática debe reconocer:

-La Igualdad de todas las naciones que forman el Estado español. Igualmente el derecho a la separación política de Catalunya, Euskadi, Galicia, País Valenciá, Les Illes y Canarias. El Estado español podrá adoptar la forma de Federación. Todas las nacionalidades como las regiones, podrán establecer instituciones de autogobierno, en base a Estatutos de Autonomías que serán reconocidos y amparados por el Estado.

-El ejercicio del derecho de propiedad podrá ser limitado por causa de interés social, pudiendo procederse a la expropiación forzosa de toda clase de bienes y a su legalización.

-Control democrático por parte de los trabajadores, a través de sus asociaciones y Sindicatos, de las empresas nacionalizadas.

-El Estado español no tiene religión oficial.

-El Estado español velará por el mantenimiento de una política exterior basada en la independencia, soberanía nacional y coexistencia pacífica.

ORDENAMIENTO DEL ESTADO DEMOCRÁTICO ESPAÑOL

Nosotros nos pronunciamos porque esta Constitución establezca un ordenamiento de tipo democrático-parlamentario. Una democracia parlamentaria que no impida la participación efectiva del pueblo en las más importantes decisiones del Poder, que no cierre el control de la colectividad sobre el aparato estatal y que, en definitiva, pueda ser el marco en el que surja un Gobierno Popular que abra la lucha por el Poder".

La Constitución debe conformar un régimen parlamentario en el que los dos detentadores formales del poder, Parlamento y Gobierno, tengan recíprocas facultades y mecanismos de control mutuo. Por lo que respecta a la estructura del Parlamento, la ORT es partidaria de su carácter unicameral, pues no hay razón democrática alguna que justifique la existencia de una Segunda Cámara constituida en base a principios diferentes y discriminatorios respecto a la Cámara baja y que posea idénticas competencias y poderes.

Sólo en el caso de que en el proceso constituyente a nivel estatal y de nacionalidad, se decidiera para España una estructura federal, se podría concebir una estructura bicameral. Los Estados miembros de la Federación estarían representados en la Segunda Cámara.

GARANTÍAS Y REFORMA DE LA CONSTITUCIÓN

En la medida en que las Constituciones bajo el poder burgués son, por lo común el resultado de un compromiso, traducción de un equilibrio temporal e inestable entre las fuerzas político-sociales participantes en su elaboración (aunque siempre bajo la supremacía burguesa) es necesario, en tanto exista amplio consenso respecto a la Constitución, contar con un mecanismo que permita establecer modificaciones constitucionales que reflejan, al menos en parte, la evolución de la correlación de fuerzas.

De lo anterior no debe deducirse que nuestro Partido se plantea la "reforma constitucional" como medio esencial de llevar a la clase obrera y al pueblo al socialismo. La ORT, como todo Partido marxista leninista, ha señalado repetidas veces que para cambiar el carácter de clase del Estado es necesaria la revolución que destruya lo viejo y construya lo nuevo. Pero mientras exista amplia aceptación de la Constitución y los cambios en la correlación de fuerzas sean favorables al pueblo, nos mostramos partidarios de reformar la Constitución, en la medida que ello sirve a la causa de profundizar las conquistas populares sobre el poder de la oligarquía y el imperialismo.

Somos de la opinión de que la iniciativa de la reforma constitucional deben poder tomarla tanto el Parlamento, a petición de un determinado número de diputados, como el electorado también en un número determinado.

DISOLUCIÓN DE LAS CORTES

La Ley de Reforma Política prevee un mandato de las actuales Cortes por espacio de cuatro años. Cumplir con ello significaría ofrecer la supremacía en cuanto a su rango formal y material a dicha Ley y dar por bueno el marco antidemocrático en que tuvieron lugar las pasadas elecciones legislativas.

El pueblo con su lucha y con sus votos ha establecido un mandato a los partidos democráticos: elaborar una nueva Constitución que

regule la vida y actividad democrática del país. Iría contra la experiencia histórica y la voluntad popular prolongar artificialmente las actuales Cortes. Por todo ello, la ORT pide la disolución de las Cortes al término de la elaboración de la Ley fundamental.

10.6.6. EN LUCHA

Editorial del nº 183; 2-6 de febrero, 1978.

ANTE EL INMINENTE COMIENZO DEL DEBATE CONSTITUCIONAL EN LAS CORTES

El Proyecto de Constitución está ya a punto. Va a comenzar, por fin, el debate parlamentario sobre la Constitución. El día 31 habrá terminado el plazo de presentación de enmiendas y el Congreso de Diputados se adentrará en la tarea primordial que encomendó al Parlamento la voluntad mayoritaria del electorado: elaborar y aprobar la Constitución Democrática que España necesita.

Llega el Proyecto a las Cortes ya bastante maltratado. Amasado en el secreto de unos pocos dirigentes de partidos parlamentarios, se ha cocido en el horno de una Comisión Constitucional a cuyos miembros ataban muchos compromisos y un pacto.

Por otra parte, va a elaborar el texto definitivo y aprobarlo un Parlamento dócilmente doblegado en sus tareas al Gobierno. En estas condiciones va a abrirse el debate parlamentario sobre el Proyecto Constitucional.

Cuando la Ponencia redactaba el primer borrador, nuestro Partido exigió en decenas de mítines ante miles de oyentes que se hiciera público. La correcta indiscreción de Cuadernos para el Diálogo permitió conocer el resultado de aquel pasteleo llevado en secreto; y en torno al texto del borrador en las semanas últimas, desde diferentes medios, se ha forzado a la Comisión Constitucional a perfilar los actuales contenido y forma del Proyecto. Al mismo tiempo, los partidos y grupos parlamentarios han ido

preparando los materiales que como votos particulares, enmiendas o correcciones, defenderán en el debate que va a abrirse.

El doblegamiento ante la Jefatura del Estado y el Gobierno se traduce también en estos materiales hechos públicos. A pesar de todo, en torno a ellos puede abrirse cierta lucha entre las fuerzas con representación en el Parlamento. Los partidos de la oligarquía van a tratar de incrementar y llevar más lejos su ofensiva para forzar una redacción del texto constitucional aún más restrictiva. Frente a esto, la responsabilidad de los partidos y fuerzas populares que tienen representación parlamentaria es muy grande; como también lo son los deseos de los pueblos de España de ver realizadas sus aspiraciones democráticas y cumplidas las promesas electorales.

EL Proyecto de Constitución que se va a debatir es sólo un reflejo muy pálido de los objetivos que estaban presentes en las amplísimas luchas que el pueblo llevó por su libertad contra la dictadura fascista. La ausencia del Preámbulo -habitual en un buen número de constituciones contemporáneas- que defina el carácter de constitución democrática en oposición al ordenamiento jurídico-político anterior pone de manifiesto que no se quiere hacer una Constitución Democrática antifascista.

La definición de la forma de Gobierno como Monarquía Parlamentaria contraviene flagrantemente la única solución democrática, que en esta cuestión no puede ser otra que la libre decisión por el pueblo en referéndum.

El principio expresamente instituído de que "los poderes de todos los órganos del Estado emanan del pueblo español en el que reside la soberanía" implica negarles a los pueblos de España el carácter multinacional del Estado. En consonancia con esto, el tratamiento que el texto constitucional da a las autonomías no rebasa los límites de una desconcentración y descentralización administrativas

La regulación constitucional de las relaciones Iglesia-Estado ha sufrido, por presiones de la jerarquía eclesiástica, una importante alteración regresiva entre el primer borrador y su redacción actual.

Basten estos ejemplos para demostrar lo que afirmamos de lo lejos

que queda el Proyecto de Constitución que se va a debatir de los intereses democráticos que movieran tan amplias luchas de los pueblos de España.

Como entonces para acabar con la dictadura fascista, tiene ahora el pueblo que luchar por que se plasmen adecuadamente en la Constitución los derechos que conquistara. Pero, aún con las mejoras que, sin duda, el pueblo va a lograr introducir en el Proyecto haciendo oír su voz ante los partidos que van a redactarla, la Constitución va a estar bajo el poder burgués; porque no fue posible unir en un mismo golpe la derrota del fascismo y la de la oligarquía que lo sustentaba, la Constitución que se redacta no posibilitará a partir de ella el paso al socialismo.

Aún con todo, pueden y deben conseguir los pueblos de España que el texto constitucional que han de elaborar las Cortes recoja adecuadamente los derechos y libertades democráticas que conquistaran. Hay que poner definitivamente freno a quienes pretenden hacer democracia negándole sistemáticamente al pueblo el derecho a participar en los asuntos vitales de la política. Los hombres y mujeres del pueblo trabajador deberán ahora usar intensamente el derecho a opinar sobre el contenido de la Constitución, hasta forzar a los partidos redactores de la misma a tener en cuenta esa opinión.

Ante el anuncio del comienzo del debate constitucional, ya desde ahora y en el transcurso de su discusión en las Cortes, la clase obrera y los pueblos de España hemos de dejar oír nuestra voz desde todas las nacionalidades y regiones, convertidas en escenario de un inmenso parlamento del pueblo exigiendo su pan y sus derechos.

10.6.7. EN LUCHA

Editorial del nº 222; 2-8 de noviembre, 1978.

SÍ, EN EL REFERÉNDUM. ¿DESPUÉS, QUÉ?

El día 31 de octubre el Parlamento ha aprobado la Constitución. Con ella se desmantela la vieja legislación franquista. Se alumbraba un nuevo régimen político, democrático.

Este texto constitucional que ahora se aprueba es el fruto que nos ofrecen las Cortes. Sólo queda su ratificación por el pueblo en referéndum. La consulta popular aparece como ocasión propicia para que todos los ciudadanos puedan participar en afirmar la democracia que nace en este país y dejar sentado, al tiempo, que los derechos que la nueva Constitución reconoce deben ser exigidos y ejercidos en la más amplia libertad.

La Organización Revolucionaria de Trabajadores se ha pronunciado ya por el SÍ para el referéndum constitucional, considerando el texto globalmente positivo y válido para avanzar a pesar de las insuficiencias y deficiencias que contiene.

Hemos dicho ya desde estas páginas, que los debates que acompañarán sin duda al referéndum deberían considerarse como una buena ocasión para que todos los partidos den a conocer sus proyectos políticos para el período postconstitucional. La ORT ya lo ha hecho. El IVº Pleno del Comité Central ha presentado la perspectiva de avance para el pueblo en la actual situación.

Es grave en este sentido que, a punto de celebrarse el referéndum, no se conozcan los derroteros inmediatos que va a seguir este país. Es intolerable que Suárez y su Gobierno sigan guardándose las cartas dentro de la manga y nos mantengan en la actual incertidumbre. ¡No se puede mantener a un país así!, máxime cuando hay claros partidarios de volver al invierno franquista.

Es imprescindible que se clarifiquen las incógnitas que hoy pesan sobre el avance de la democracia. ¿Se convocarán elecciones municipales en los plazos marcados por la ley? ¿Serán disueltas las actuales Cortes? ¿Se celebrarán nuevas elecciones generales que puedan dar paso a un nuevo Parlamento y a la formación de un

Gobierno nuevo? ¿Qué opciones van a ser puestas en mancha para solucionar la crisis económica?.

Al cabo de casi dos meses de 'impasse' y de silencio un único dato ha venido a despejar una pequeña parte de los interrogantes que se plantean. La Comisión Mixta Congreso-Senado ha introducido una nueva redacción en la Disposición Transitoria Octava de la Constitución. Concretamente exige al Presidente Suárez, en el plazo de 30 días después del referéndum, optar por dos alternativas:

-La primera, disolver las Cortes para celebrar elecciones legislativas.

-La segunda, presentar su dimisión y someterse a la votación de investidura si es nombrado nuevamente candidato por el Rey como previsiblemente ocurriría.

En caso de que Suárez optara por disolver las actuales Cortes, la Constitución establece la necesidad de celebrar nuevas elecciones legislativas entre los 30 y 60 días después de aprobada la Constitución. La Ley Electoral Municipal también exige la celebración de elecciones municipales en los 90 días después de promulgada la Constitución. Según esto las elecciones generales y las municipales se celebrarían simultáneamente, o bien deberían ser aplazadas las últimas.

En el caso de que fueran las dos consultas electorales celebradas simultáneamente se estaría favoreciendo la confusión al tener ambas entidad y objetivos específicos distintos; en el caso de demorar las municipales, se estaría permitiendo seguir en sus poltronas de los ayuntamientos a los fascistas que han tomado como una de sus guaridas estas corporaciones. Asimismo, esta decisión entorpecería las negociaciones económicas al entrar en una campaña electoral al inicio de las mismas; al fin y a la postre supondría prolongar más la crisis y la adopción de medidas concretas para paliarla.

Si Suárez, tras los 30 días al frente de la Presidencia que le otorga la Constitución optara por someterse a la votación de investidura, se vería obligado a buscar apoyos parlamentarios suficientes para ganar la "confianza" de las Cortes, por mayoría absoluta en la primera votación. Concedérselos sería proseguir la

política de Consenso que tan contraria ha resultado a los intereses populares y que ha favorecido la impune arbitrariedad con que la UCD ha procedido en el Gobierno. Nadie que diga defender a los trabajadores, las nacionalidades, al pueblo, puede arrimar el hombro a esta operación que confirmando a Suárez en la Presidencia y a la UCD en el Gobierno podría cerrar la puerta a unas nuevas elecciones legislativas, a la formación de un Parlamento más representa-tivo y a que sobre esa base se constituya un Gobierno dirigido por la izquierda. Sumadas las fuerzas de izquierdas y de las nacionalidades para la oposición a la UCD y a la investidura de Suárez, se obligaría a éste a quedar en minoría. En estas condiciones sería posible obligarle a recurrir de nuevo a la consulta popular que podría forjar una nueva correlación de fuerzas en el Parlamento. Y en consecuencia la configuración diferente del Gobierno. Las fuerzas de izquierda y de las nacionalidades podrían así alcanzar en uno y otro posiciones más favorables.

Los partidos de la izquierda y de las nacionalidades con representación parlamentaria, tienen en sus manos hoy abrir camino a esa perspectiva de avance.

10.6.8. EN LUCHA

Editorial del nº 227; 7-13 de diciembre, 1978.

... Y SEGUIR AVANZANDO

Acaba de aprobarse la Constitución en referéndum. Se ha impuesto el deseo de la inmensa mayoría de los españoles, que forman el pueblo, de enterrar legalmente el franquismo y construir un régimen democrático. Ahora se nos reconocen los derechos y libertades elementales por los que hemos venido luchando en los últimos cuarenta años. La cantidad de votos favorables son en su mayoría kilos a sumar al peso de la losa que cubre a Franco en el Valle de los Caídos.

Esta Constitución pone el punto final al pasado fascista y es también un instrumento para consolidar la democracia. Consolidar, en este caso, es sinónimo de avanzar: usar las libertades y derechos que en la Constitución se reconocen para conquistar mayores metas. Ahora se nos presenta la urgente necesidad de dar respuesta a los más graves problemas que padece el país en el marco constitucional, para seguir avanzando.

En primer lugar, es necesario abordar las transformaciones democráticas del Estado, tanto de sus instituciones, como de su funcionamiento. Unas transformaciones que se dirijan a permitir la creciente influencia del pueblo y sus partidos en el Estado. En este terreno caben plantearse dos instrumentos principalmente. La inmediata convocatoria de elecciones municipales en el plazo de treinta días que establece la ley, para limpiar de caciques los ayuntamientos. Es necesario después la celebración de elecciones legislativas, dentro del año que viene, que den oportunidad para formar un Parlamento más representativo con la inclusión de la Organización Revolucionaria de Trabajadores -que goza de reconocida influencia en una parte importante del pueblo- y una mayor presencia de las fuerzas nacionalistas.

El Parlamento tiene ante sí una importante tarea legislativa para desarrollar y completar la Constitución que en unos cincuenta artículos prevee la necesidad de elaborar leyes ordinarias que regulen su contenido. Esta es una razón más para exigir la convocatoria de elecciones generales, después de las municipales, para hacer posible un Parlamento más representativo que acometa esa importante tarea. Las actuales Cortes, con el predominio de la derecha y la atadura de los partidos de izquierda al consenso, no pueden ir más allá de lo que ya han hecho. Hace falta que la voz del pueblo llegue por más cauces al Parlamento, para que se pueda oír más claramente y tenga más fuerza.

En segundo lugar hay que avanzar en la solución del problema nacional interno de España. La solución cabal de este problema pasa por el reconocimiento del derecho de autodeterminación; una solución que tiene tan largo camino como la revolución. Pero hoy podemos abrir ese camino y dar un avance con los Estatutos de Autonomía.

La clase obrera es partidaria de la unidad de España, de la unidad de los pueblos de España contra el enemigo común que es la oligarquía financiera y terrateniente centralista, un enemigo que tiene apellidos vascos, andaluces, castellanos o gallegos. Esperamos que la conquista de Estatutos de Autonomía para las nacionalidades y regiones, con amplias competencias, puede contribuir a esa unidad.

La solución del problema nacional interno tiene una importancia capital para fortalecer la posición del Estado español en el ámbito internacional y para avanzar en nuestra independencia nacional frente a las injerencias de las dos superpotencias.

El tercer problema a resolver es el de la posición internacional de la España democrática y constitucional. Una mejora de esta posición tiene que ir invariablemente unida a ir librándonos progresivamente de la influencia de los Estados Unidos, e impidiendo la creciente disputa en nuestro país entre las dos superpotencias que no sólo constituye una amenaza sino que esta disminuyendo nuestra capacidad real de tomar decisiones libre y soberanamente. Los amigos de España son Europa y el Tercer Mundo y los enemigos son Estados Unidos y la URSS. Ahora ganamos democracia para ser más independientes y para contribuir a la paz mundial, enfrentándonos con quienes prepararon la guerra y uniéndonos con quienes la combaten.

El cuarto problema con el que se enfrenta la España democrática y constitucional es el de dar pasos efectivos en la solución de la crisis económica. El pueblo trabajador ha asociado desde siempre la conquista de la libertad a la obtención de mejores condiciones de vida y trabajo. Los grandes capitalistas quieren utilizar la democracia para seguir explotando a los trabajadores, y ahora también con el engaño del pacto social. Para el pueblo, la consolidación de la democracia no puede ir separada del combate contra el pacto social y del uso de la libertad para conseguir mayor bienestar material y cultural.

Ha desaparecido la incógnita de si se aprobaba o no la Constitución pero no han desaparecido todavía los interrogantes de qué va a pasar con ella y cómo se va a utilizar. La ofensiva

fascista contra la democracia continúa. El golpe no ha sido parado y sus cabezas -Blas Piñar y Fraga- siguen acumulando fuerzas. El Gobierno y el Parlamento han hecho silencio cediendo así a los fascistas que siguen engordando la bola de nieve de su ofensiva. No descartan -lo han dicho Girón y Fraga cada uno por su lado- utilizar la Constitución para anularla y truncar el desarrollo democrático. Fraga ya ha pedido que se instaure, con la Constitución en la mano, el estado de excepción en Euskadi, y diversas informaciones apuntan a la posibilidad de acuerdos entre UCD y AP.

La "Operación Galaxia" ha producido en los gobernantes de este país una tortícolis que les ha dejado mirando a la derecha. Y mientras, los partidos parlamentarios de izquierda no hacen más que quitarle importancia al tema y hacer el caldo gordo a quienes están interesados en decir que no va en serio.

Para detener la ofensiva fascista no queda otro camino que castigar a los culpables de la intentona golpista, que todo el peso de la ley caiga sobre ellos, cortando así esta punta del iceberg que ha salido a flote. Y, puesto que el Gobierno no está dispuesto a hacerlo por propia voluntad, es necesario formar un frente común de todos los partidos y sindicatos democráticos que exijan el castigo a los culpables, pública, rápida y legalmente. Un frente común que se apoye en la movilización popular, con cuyo calor derrita el iceberg completo.

10.6.9. LA UNIÓN DEL PUEBLO

Editorial del nº 34; 4 de enero, 1978.

Proyecto de Constitución: TODO EL PODER PARA EL REY

El proyecto de Constitución que se acaba de dar a conocer a la prensa y a los parlamentarios difiere poco, en lo esencial, del borrador que se filtró hace unas semanas a la opinión pública.

Como cambios positivos cabe señalar el reconocimiento de la mayoría de edad a los 18 años y la desaparición del límite de un millón y medio de habitantes para que las nacionalidades y regiones puedan gozar de autonomía.

Por el contrario, entre los aspectos negativos hay que señalar especialmente el aumento de facultades y prerrogativas del Rey, que será quien designe al Presidente del Gobierno y podrá disolver las Cortes, si éstas no aceptan su candidato. Se trata de una potestad excepcional inexistente en cualquier Monarquía Parlamentaria, lo que unido a los ya exorbitantes poderes concedidos en el Proyecto a La Corona hace que se asemeje más bien a una Monarquía africana o asiática que a una europea.

Parece bastante claro que existía ya un acuerdo previo de las fuerzas políticas que intervinieron como ponentes en la redacción del borrador, para que la Constitución se elaborase en éstos o parecidos términos, utilizando para ello el secreto, de cara incluso a los propios parlamentarios, a fin de sorprender una vez más al Parlamento con la política de hechos consumados y la aclamación, por disciplina de partido, a lo acordado en los reducidos cenáculos donde se decide el destino de los españoles, evitando así una discusión con participación del pueblo.

No todo el engranaje ha funcionado como habían previsto los que han llevado la iniciativa de esta operación. Primero, la filtración del borrador provocó críticas generalizadas, lo que obligó a que se hayan recogido algunos aspectos de esas críticas. Pero esto ha sido a cambio de hacer más concesiones a la derecha, tales como el reforzamiento de los poderes de la Corona, la posibilidad de subvenciones oficiales a la jerarquía eclesiástica, la limitación del derecho de los electores a promover cambios en las leyes (lo que en términos jurídicos se llama "iniciativa legislativa") y el visto bueno del Rey a los Estatutos de Autonomía.

El resultado es que los criterios políticos e ideológicos de la UCD han presidido en lo fundamental y la oposición se ha limitado a actuar de comparsa -si bien no todos los partidos en el mismo grado- haciéndose corresponsable de los proyectos de la derecha. Si este proyecto se convirtiese en la futura Constitución española, no sólo se habría obstaculizado gravemente el avance del proceso de cambio político, sino que se pondría en peligro la

naciente democracia, puesto que podrían tacharse de contrarias a la Constitución -o como mínimo al margen de ella- las actuaciones de las fuerzas más consecuentemente democráticas y progresistas del país, y las de un pueblo que, tras haber conquistado las libertades en una prolongada y tenaz lucha contra el fascismo, se vería ahora burlado y a merced de las fuerzas de la derecha conservadora.

La batalla que ha de librarse próximamente en Las Cortes, en la discusión de este proyecto, no puede quedar desvinculada del pueblo y de la acción de todos los ciudadanos y de los trabajadores en primer lugar, que han de presionar a los parlamentarios y a las fuerzas políticas con representación en las Cortes, a salir al paso de la maniobra antidemocrática que supondría su aprobación, tal como está redactada. Las opciones ante las que se encuentran los partidos democráticos hoy están a la luz: o dar su apoyo al Proyecto, poniéndose abiertamente de espaldas, e incluso en contra del pueblo, o defender las libertades y principios democráticos esenciales de acuerdo con las demandas populares.

10.6.10. LA UNIÓN DEL PUEBLO

Editorial del nº 39; 16 de febrero, 1978.

SE ABRE EL DEBATE CONSTITUCIONAL: LA DEMOCRACIA ESTÁ EN JUEGO

1113 enmiendas han presentado al proyecto de Constitución los mismos grupos parlamentarios que la elaboraron a puerta cerrada, con lo cual queda en ridículo el absurdo argumento que se dió de que así, a escondidas de la opinión pública, se podía llegar a un "consenso parlamentario".

Lógicamente, entre estas enmiendas y votos particulares -de supresión o rectificación de artículos del proyecto- las hay de muy diferente carácter: algunas, progresistas, tenderían a configurar una Constitución realmente democrática que reconozca

y proteja el ejercicio de amplias libertades a los trabajadores y a los pueblos de España. Entre ellas se encuentran sobre todo las presentadas por el diputado Letamendía, en nombre de la coalición Euskadiko Ezkerra, y las del PSOE. Por otro lado, tenemos las que presentan UCD y AP, que ante la Constitución están haciendo frente común; de prosperar esas enmiendas darían un resultado aún más reaccionario y regresivo que el actual proyecto, ya de por sí bastante poco satisfactorio.

Entre los temas claves que más se debaten, se encuentra el de las Autonomías y dentro de éste las atribuciones y competencias de los órganos de autogobierno que se creen. En el proyecto actual quedan sumamente difusas y limitadas y el Gobierno puede suspender si quiere las decisiones de los gobiernos nacionales o regionales. UCD quiere lógicamente mantener esta redacción del texto favorable al centralismo y AP endurecerlo aún más. Está claro que de triunfar tales posiciones, la Autonomía sería una palabra vacía en la Constitución y en la vida del país.

Otro tema fundamental en litigio es la forma de gobierno. Según el proyecto, que en este punto tiene el respaldo no solo de la derecha, sino también del PCE, PNV y la minoría catalana, sería una monarquía "parlamentaria". El PSOE y los diputados Letamendía y Heribert Barrera (Esquerra Republicana de Catalunya) han presentado votos particulares en defensa de sus convicciones republicanas. Nosotros, que estamos también por una Constitución republicana, estimamos que, en cualquier caso, es el pueblo el que debe decidir la forma de gobierno que quiere para España en un plebiscito previo al referéndum constitucional.

Esta monarquía que se nos trata de imponer a los españoles de forma tan curiosa absorbe además en el proyecto constitucional amplios poderes, arrebatados al Parlamento. Tales atribuciones, desorbitadas, de la Corona, casan más con monarquías absolutas y medievales que con las monarquías europeas modernas.

Otros aspectos en litigio, de importancia decisiva casi todos, y en muchos de los cuales las enmiendas de la derecha pueden empeorar más el texto actual, son los referentes a las libertades de reunión, de asociación y de huelga, la desaparición o no del término nacionalidad, el papel de las Fuerzas Armadas y los

derechos de los militares, la moción de censura del Parlamento al Gobierno, los requisitos para la reforma de la Constitución, la plena igualdad de la mujer ante la Ley, la separación de la Iglesia y el Estado, etc.

Que se aprueben unas u otras propuestas es algo vital para todos los pueblos de España. La relación de fuerzas en el Parlamento es bien conocida: UCD y AP son mayoría y además cuentan con la complicidad frecuente de partidos de izquierda para sus objetivos reaccionarios.

Nosotros nos comprometemos a realizar todos los esfuerzos que estén en nuestra mano para llevar el debate constitucional a la calle, para que sea el pueblo, sin los ojos vendados, quien diga la última palabra y haga reconocer sus derechos. Para ello es imprescindible que todas las fuerzas democráticas, presentes o no en el Parlamento, aúnen esfuerzos en torno a las propuestas progresistas y conjuntamente levantemos una intensa actividad popular con el fin de conseguir una Constitución democrática y echar atrás los proyectos restrictivos de la derecha.

10.6.11. VANGUARDIA OBRERA

Artículo sin firma publicado en el nº 234; 12-18 de mayo, 1978

UN TRÁGALA DE CONSTITUCIÓN: Celeridad y consenso de unas cortes domesticadas

Por mucha prisa que se den sus señorías y pese al "consenso" de unas cortes domesticadas, el debate sobre el proyecto de la mal llamada constitución, urdido a espaldas del pueblo, está poniendo de manifiesto que ni la celeridad con la que pretenden resolver esa cuestión, ni la complicidad de todos los partidos de centro, de derecha y de pretendida izquierda han podido evitar que el espectro de la República esté quitando el sueño monárquico, en particular a aquellos cuya obligación hubiera sido la de defender

la República y el derecho de todo un pueblo a decidir libremente acerca de la futura forma de Estado.

Tras cuarenta años de brutal dictadura fascista que suprimió por la fuerza de las armas, a sangre y fuego, la República, que era la forma legítima y constitucional de Gobierno, se nos quiere imponer ahora una vez más, por la fuerza, una monarquía que pretenden constitucional. Pero los hechos estan ahí, contundentes y suficientemente claros como para que nadie se llame a engaño. Nos encontramos ante la ausencia total de la más elemental ética, o decencia política, y de un total desprecio por el pueblo por parte de quien nos gobierna y de los grupos y partidos políticos de la "oposición", el Sr. Carrillo ha llegado incluso a tener la desfachatez de declarar que: "Plantear la cuestión de la República sería una aventura catastrófica, en la que seguro no obtendríamos la República, pero perderíamos la democracia".

Pero nadie ignora que actualmente en España con constitución o sin constitución, ni ganamos ni perdemos una inexistente democracia. A España la proclamó reino el verdugo Franco cuando el pueblo estaba aherrojado y amordazado, pero el pueblo en 1931 la había proclamado republicana, y por ella, y por la República, han luchado y han muerto cientos de miles de hombres y mujeres y esto nada ni nadie ha podido ni podrá cambiarlo.

Como muy bien dice un proverbio conocido "la mona aunque se vista de seda, mona se queda", lo que quiere decir en este caso, que por muchos epítetos democráticos y constitucionales que le añadan, la "constitución" monárquica, combinada a espaldas del pueblo, no será más que un trozo de papel mojado sin autoridad moral alguna, porque España, hoy como ayer, sigue siendo, mal que les pese a las monarquizadas cortes, republicana.

Se equivocan de medio a medio los reaccionarios en el Poder y sus cómplices traidores al pueblo si piensan que van a poder colocar una camisa de fuerza monárquica a un pueblo que ha sabido derramar la sangre de sus mejores hijos luchando por la República, luchando por la libertad.

Con constitución monárquica o sin constitución, los pueblos de España lucharán más que nunca por la República, y nosotros, en tanto que comunistas, por una República Popular y Federativa, por el socialismo.

10.6.12. VANGUARDIA OBRERA

Declaración publicada en el nº 247; 1-8 de septiembre, 1978.

*Declaración del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España
(Marxista-Leninista)*

NO A LA CONSTITUCIÓN MONÁRQUICA

El proyecto de Constitución, elaborado a espaldas del pueblo y aprobado precipitadamente por las llamadas Cortes, constituye una pieza clave de la cínica maniobra pseudodemocratizante que la oligarquía y el imperialismo yanqui han montado, con el apoyo de los partidos colaboracionistas, el partido carrillista y el PSOE, tras la muerte del dictador Franco.

Se trata de una caricatura de constitución, urdida tras cuarenta años de dictadura, sin que los pueblos de España hayan aún recuperado las libertades y los derechos democráticos más elementales.

El pueblo no ha intervenido en modo alguno en ninguna fase de su elaboración ni ha sido consultado sobre ninguna de las decisivas cuestiones planteadas en la actual coyuntura, como son, en primer término, la soberanía y la independencia nacionales, la forma de estado o gobierno (República o Monarquía), el derecho de autodeterminación de las minorías nacionales, el sistema económico en que ha de basarse la sociedad ha de ser forzosamente capitalista; el papel de árbitro del "ordenamiento constitucional" atribuido al ejército; por no citar más que algunos aspectos particularmente antidemocráticos y militaristas del texto de la llamada constitución.

Se trata, en realidad, de un proyecto de constitución a la medida de los intereses de la oligarquía fascista, continuadora del franquismo y del imperialismo yanqui. Se trata de colocar una careta "constitucional y parlamentaria" a la antipopular política de la monarquía proyanqui, con el fin de cambiar algunos aspectos secundarios y superficiales para que todo siga igual. Se trata de sentar las bases constitucionales para justificar constitucional-

mente la intervención del ejército contra el pueblo en cualquier momento determinado, otorgando también plenos poderes para arrastrar a España a cualquier aventura militarista y de guerra. Niega el derecho de autodeterminación a las nacionalidades del Estado; institucionaliza la economía capitalista y cualquier lucha del tipo que fuere contra dicho sistema resulta anticonstitucional; y por si todo esto fuera poco, se establece la monarquía como forma de Estado, ignorando y marginando a los millones de ciudadanos en todo el país que han sido y siguen siendo republicanos, ya que no se permite una opción entre República y Monarquía.

Finalmente, se pretende que el pueblo apruebe dicho texto en un amañado referéndum. Dicho referéndum, sin que haya mediado ningún proceso constituyente y sin que el pueblo disfrute de sus derechos y libertades democráticas, constituye una estratagema más de la reacción en el poder.

Nadie ignora que en estas condiciones quien organiza este tipo de "consulta" la tiene ganada de antemano, ya que de otro modo no se organizaría. Para ello, la oligarquía y su gobierno cuenta, además, con los colaboracionistas vendidos, que son desde los socialdemócratas de Felipe González, pasando por los revisionistas de Carrillo y los grupos oportunistas a su zaga como la ORT, el PTE, etc.

De cara a dicho referéndum, el Partido Comunista de España (Marxista-Leninista) no puede permanecer al margen de esta importante batalla política en la que se pretenden sentar las bases futuras de todo el sistema monarco-militarista y fascista. Por tanto, como lo ha hecho siempre, opta por acudir a la lucha para impulsar un amplio movimiento de unidad popular, democrática y republicana, de rechazo total y rotundo a la Constitución monarco-fascista. Hoy la lucha por los derechos democráticos pasa por expresar clara y rotundamente nuestro NO al engendro de Constitución.

Decimos NO a la Constitución porque estamos por la apertura inmediata de un proceso democrático constituyente, por un Gobierno Provisional Revolucionario y por la República.

NO A LA CONSTITUCIÓN porque pretende marginar a la inmensa mayoría de los pueblos de España que son republicanos, como lo han demostrado a lo largo de la Historia.

NO A LA CONSTITUCIÓN porque agrava la dominación yanqui sobre nuestra patria.

NO A LA CONSTITUCIÓN porque refuerza y agrava el carácter militarista de la Monarquía.

Y PARA EXPRESAR ESTA NEGATIVA, IREMOS A LAS URNAS PARA VOTAR NO A LA CONSTITUCIÓN MONÁRQUICA.

LLAMAMOS A LA CLASE OBRERA, A TODO EL PUEBLO TRABAJADOR, A TODOS LOS DEMÓCRATAS, cuyas aspiraciones e intereses pisotea este engendro de Constitución monárquica; LLAMAMOS A LOS MILLONES DE CAMPESINOS JORNALEROS sin tierra y sin pan; LLAMAMOS A LAS NACIONALIDADES OPRIMIDAS, A LAS MUJERES, A LA JUVENTUD OBRERA Y ESTUDIANTIL, A LOS PROFESIONALES, INTELECTUALES Y ARTISTAS a participar en esta batalla contra la Monarquía continuadora del franquismo, acudiendo a las urnas a VOTAR NO A LA CONSTITUCIÓN MONÁRQUICA.

QUE ESTE NO A LA CONSTITUCIÓN SIGNIFIQUE ADEMÁS UN PASO MÁS EN LA LUCHA DE TODO EL PUEBLO POR LA APERTURA DE UN PROCESO CONSTITUYENTE en un marco de libertades democráticas para el pueblo, que suponga: el desmantelamiento del aparato estatal franquista, la disolución de los cuerpos represivos y el procesamiento y castigo de los responsables de los crímenes y brutalidades contra el pueblo perpetrados por el franquismo y sus continuadores.

¡POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL! ¡POR LA REFORMA AGRARIA!

¡POR EL DERECHO DE AUTODETERMINACIÓN DE LAS NACIONALIDADES!

¡ABAJO LA CONSTITUCIÓN MONARCO/FASCISTA!

¡POR UN PROCESO CONSTITUYENTE, POR LAS LIBERTADES DEMOCRÁTICAS PARA EL PUEBLO!

¡POR UN GOBIERNO PROVISIONAL REPUBLICANO, POR EL SOCIALISMO!

10.6.13. VANGUARDIA OBRERA

Fragmento de la resolución publicada en el nº 257; 11-17 de noviembre, 1978.

RESOLUCIÓN GENERAL DEL III PLENO (AMPLIADO) DEL COMITÉ CENTRAL DEL PCE (marxista-leninista)

1. El Comité Central en su Pleno ampliado se reúne en momentos de particular agudización de las contradicciones políticas, económicas y sociales en las que se debaten el capitalismo y la oligarquía en nuestro país.

La actual coyuntura se caracteriza de un lado, por la necesidad inaplazable para la oligarquía de dar un barniz "legal" a su continuísmo franquista, mediante un referéndum manipulado por el mismo Gobierno y una Constitución monárquica, militarista, antipopular y antipatriota; de otro, por el creciente paro e incesante deterioro de las condiciones materiales de vida del pueblo y por la profundización y extensión de la crisis a todos los sectores y niveles de la economía nacional, desde la industria hasta el campo, desde las grandes empresas e industrias básicas hasta la pequeña y mediana empresa.

2. En este marco, la Constitución aparece como la pieza clave de la maniobra continuísta con la que las castas oligárquicas pretenden legitimar una monarquía ilegítima, cuyo origen franquista nada ni nadie puede borrar. Por eso la batalla contra la Constitución ocupa en estos momentos el centro de la escena política y la participación activa de todo el pueblo contra la misma es de una importancia y trascendencia capitales. El Comité Central ratifica y hace suya la Declaración del Comité Ejecutivo de septiembre contra la Constitución y llama a toda la clase obrera y a todo el pueblo a votar NO en el referéndum y a llevar a cabo una amplia e intensa campaña de agitación y propaganda con este objetivo.

-El Comité Central denuncia especialmente el carácter militarista de la Constitución y las medidas arbitradas para la

militarización de todo el aparato estatal, de los principales sectores de la economía y de la política, así como la constitucionalización de los infames acuerdos yanqui-franquistas, y se opone al ingreso formal de España en la OTAN, en el marco de la lucha contra las dos superpotencias, el imperialismo americano y el socialimperialismo ruso.

-El Comité Central condena la política de terrorismo policial que el mismo poder monárquico promueve directamente, en ligazón con sectores oligárquicos, y que consiste en la práctica de actos terroristas y asesinatos, en toda suerte de provocaciones contra las masas en lucha y los partidos y fuerzas revolucionarias, a cargo de grupos parapoliciacos, servicios paralelos, etc., en la llamada lucha contra el terrorismo que viene a justificar la introducción de nuevos métodos y leyes de represión.

-El Comité Central señala la necesidad de forjar la más amplia unidad popular y republicana en torno a la lucha por los derechos y libertades democráticos, por el derecho de asociación y expresión para nuestro Partido, para la Convención Republicana y para todas las fuerzas democráticas de España y en particular de las distintas nacionalidades; derechos y libertades que siguen pisoteados y cuya defensa ignora y desprecia la Constitución que pretenden imponernos.

-El Comité Central condena la conclusión de cualquier tipo de pacto social, económico o político con el poder monárquico y con la patronal en la actual coyuntura y preconiza la acción sindical basada en la participación de las amplias masas y en la negociación directa con la patronal a partir de las asambleas obreras.

(sigue en otros puntos que se apartan de este tema)